

PHILIP REEVE

# UNA LLANURA TENEBROSA

— MÁQUINAS MORTALES —

se



*El fin de la saga.*

El fin de la guerra.

¿El fin de la humanidad?

Londres no es más que un montón de escombros radioactivos. Pero la vieja ciudad depredadora esconde un secreto que podría traer la paz. Mientras Tom y Wren arriesgan sus vidas para descubrirlo, Hester deberá enfrentarse sola a un viejo enemigo que pretende destruir la raza humana.

**Última entrega de la tetralogía «Máquinas mortales», una trepidante y original historia llena de misterio, con una ambientación única en un mundo futurista y postapocalíptico.**



Philip Reeve

# **Una llanura tenebrosa**

**Máquinas mortales - 4**

ePub r1.0

NoTanMalo 24.08.18

Título original: *A Darkling Plain*  
Philip Reeve, 2006  
Traducción: Sara Cano  
Ilustración de cubierta: David Buisan  
Diseño de cubierta: Manuel Esclapez

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r1.2



Para Sarah (como siempre).  
Para Kirsty y Holly (faltaría  
más).  
Y para Sam, Tom y Edward  
(¡algún día!).

Ay, amor: seamos sinceros con  
nosotros mismos, porque el  
mundo, que parece descansar  
ante nosotros como una tierra  
de sueños, tan variado, tan  
hermoso, tan nuevo, en verdad  
no tiene alegría, ni amor, ni  
luz, ni certeza, ni paz, ni ayuda  
o pena; y aquí estamos como en  
una llanura sombría, barrida por  
confusas alarmas de lucha y  
fugas, donde ejércitos  
desconocidos se acometen de  
noche.

Matthew Arnold, *Playa de Dover*

## Agradecimientos

*Una llanura tenebrosa* y sus tres predecesoras habrían sido bastante desastrosas sin la inspiración, los consejos y los ánimos que su autor ha recibido por parte de Brian Mitchell, Leon Robinson, Liz Cross, Mike Grant y Gavin Wilson. También merecen un enorme «gracias» mis editoras: Kirsten Stansfield, Holly Skeet y Katy Moran, y todo el personal de Scholastic, que se han esforzado mucho para hacer que la tetralogía de *Ciudades depredadoras* sea un éxito. Estoy en deuda con Alison Janzen, por la ayuda que me brindó para resolver un par de detalles de este libro, y con mi padre, Michael Reeve, que parece saberlo todo. Por último, gracias a Nick y Kjartan, que me han permitido tomar sus nombres en vano.

Philip Reeve  
Dartmoor, 2006

# PRIMERA PARTE



# 1

## Supermosquitos sobre Zagwa

Theo había estado escalando desde el amanecer. Primero, por las empinadas pistas, senderos y caminos de cabras que había detrás de la ciudad; luego, cruzando resbaladizas llanuras de grava suelta; y, finalmente, por la yerma ladera de la montaña, agarrándose como podía a las hendiduras y a las grietas sobre las que flotaban las sombras azules. El sol ya estaba en lo alto del cielo para cuando alcanzó la cima. Se detuvo allí un momento para beber agua y recuperar el aliento. A su alrededor, las montañas se estremecían tras los velos de calima que surgían de las rocas calientes.

Con muchísimo cuidado, Theo avanzó hacia un estrecho espolón que sobresalía de la cima de la montaña. A ambos lados, unos escarpados barrancos se precipitaban en una caída de miles de metros llena de rocas puntiagudas, árboles y ríos blancos. Una piedra se desprendió, cayó silenciosamente y dio vueltas sobre sí misma, sin fin. Frente a él, Theo no veía más que el cielo desnudo. Se irguió, inspiró hondo, corrió los últimos metros hasta el borde de la roca y saltó.

Cayó sin parar, cada vez más y más abajo, aturdido por el centelleo montaña-cielo, montaña-cielo. Los ecos de su primer grito se fundieron con el silencio y ya no escuchó más que el latido de su corazón acelerado y el rugido del viento que zumbaba en sus oídos. Dando volteretas en el aire, emergió de la sombra del peñasco a la luz del sol y atisbó bajo sus pies — muy abajo— su hogar: la ciudad estática de Zagwa. Desde allí arriba, las cúpulas cobrizas y las casas pintadas parecían juguetes; las aeronaves,

yendo y viniendo del puerto aéreo, eran pétalos arrastrados por el viento; y el río que serpenteaba por su garganta, un hilo plateado.

Theo la contempló con cariño hasta que el lomo de una de las montañas volvió a ocultarla. Hubo una época en la que creyó que jamás regresaría a Zagwa. En el campo de entrenamiento de la Tormenta Verde le habían inculcado que el amor al hogar y la familia era un lujo, algo que debía olvidar si quería cumplir con su cometido en la guerra para reverdecer el mundo. Más tarde, siendo un esclavo en la ciudad-balsa de Brighton, había soñado con su hogar, pero había creído que su familia no querría que regresara. Eran antitraccionistas chapados a la antigua y dio por hecho que, al escapar para unirse a la Tormenta, se había condenado a ser siempre un proscrito. A pesar de todo, allí estaba, de regreso a sus colinas africanas, y ahora era el tiempo que había pasado en el norte lo que le parecía un sueño.

Todo era obra de Wren —pensó mientras caía—. Wren, la extravagante, valiente y divertida muchacha que había conocido en Brighton, su compañera esclava.

—Vuelve con tu madre y tu padre —le había dicho después de que escaparan juntos—. Aún te quieren, y te recibirán encantados, estoy segura.

Y llevaba razón.

Un ave sobresaltada pasó volando junto al costado izquierdo de Theo y le recordó que estaba en el aire, rodeado por un montón de rocas de aspecto amenazador y descendiendo a toda velocidad. Abrió la enorme cometa que llevaba atada a la espalda y dejó escapar un grito triunfal cuando las alas tiraron de él hacia arriba y su vertiginosa caída se convirtió en un grácil y remontado vuelo. Mientras surcaba el aire, el rugido del viento fue apagándose, desplazado por otros sonidos más amables: el susurro de los amplios paneles de seda de silicona, el chirrido del cordaje y las varillas de bambú.

Cuando era más joven, Theo solía llevar allí su cometa para poner a prueba su valor en los vientos y las corrientes. Muchos jóvenes zagwianos lo hacían. Desde que había vuelto del norte, seis meses atrás, a veces observaba con cierta envidia cómo sus alas brillantes se recortaban frente a las montañas, pero no se había atrevido a acompañarlos. El tiempo que había estado fuera le había cambiado demasiado. Se sentía mayor que los

chicos de su edad y, a pesar de ello, tímido cuando estaba en su compañía. Se avergonzaba de las cosas que había sido: un piloto de los Acróbatas, un prisionero, un esclavo... Aquella mañana, no obstante, todos los demás jinetes de las nubes se habían quedado en la ciudadela para ver a los extranjeros. Y, consciente de que tendría el cielo entero para él solo, Theo se había despertado deseoso de volver a volar.

Se deslizó por el viento como un halcón, contemplando cómo su sombra nadaba por los espolones de la montaña bañada por la luz del sol. Los verdaderos halcones, suspendidos en el cielo cristalino a sus pies, se apartaban con agudos graznidos de sorpresa e indignación cuando él pasaba planeando a su lado, un esbelto muchacho negro bajo una vela azul celeste que invadía su elemento.

Theo hizo una pirueta y deseó que Wren pudiera verlo. Pero Wren estaba muy lejos, surcando los Caminos de las Aves a bordo de la aeronave de su padre. Después de escapar de la Nube 9, el palacio aéreo del alcalde de Brighton, y de alcanzar la ciudad-tracción de Kom Ombo, Wren había ayudado a Theo a conseguir un pasaje en un carguero que se dirigía hacia el sur. En el muelle, mientras la aeronave se preparaba para partir, se habían despedido y él la había besado. Y, aunque Theo ya había besado antes a otras chicas (algunas, mucho más guapas que Wren), el beso de Wren aún seguía con él. Su mente continuaba reviviéndolo incluso en momentos tan inesperados como aquel. Cuando la había besado, todas sus risas y gestos irónicos la abandonaron. Se quedó temblorosa, y seria, y muy quieta, como esforzándose en escuchar algo que no alcanzaba a oír. Durante un momento, tuvo deseos de decirle que la quería y pedirle que fuera con él, o de ofrecerse a quedarse con ella. Pero Wren estaba tan preocupada por su padre, que había sufrido una especie de ataque, y tan furiosa con su madre, que les había abandonado y se había precipitado con la Nube 9 hacia el desierto, que hacerlo habría sido aprovecharse de ella. Su último recuerdo de Wren era cuando la vio echar la vista atrás mientras su nave se alejaba por el cielo. Ella le dijo adiós con la mano y se fue haciendo más y más pequeña hasta desaparecer del todo.

¡Hacía seis meses! Medio año ya... Definitivamente, iba siendo hora de dejar de pensar en ella.

Así que, durante un rato, no pensó en nada. Simplemente descendió en picado, giró en el aire jugueteando y viró hacia poniente frente a la montaña que lo separaba de Zagwa, una montaña verde donde los jirones y bancos de niebla fluían desde el dosel formado por el bosque nuboso.

Medio año. El mundo había cambiado mucho en ese tiempo. Cambios repentinos, estremecedores, como el movimiento de las placas tectónicas cuando las tensiones acumuladas durante los largos años de guerra de la Tormenta Verde se liberaron de improviso. Para empezar, la stalker Fang había desaparecido. Ahora, en la pagoda de Jade había un nuevo líder, el general Naga, que tenía reputación de ser un hombre duro. Su primera acción como líder había sido hacer retroceder el avance de la Traktionstadts gesellschaft por los pantanos de Rustwater y destruir las ciudades eslavas que llevaban años picoteando en las fronteras septentrionales de la Tormenta. Pero entonces, para asombro del mundo entero, desmanteló su flota aérea y firmó una tregua con las ciudades-tracción. De todos los territorios de la Tormenta Verde llegaban rumores sobre prisioneros políticos que estaban siendo liberados y duras leyes que estaban siendo derogadas; se decía, incluso, que Naga planeaba disolver la Tormenta y restablecer la antigua Liga Antitraccionista. Ahora había enviado una delegación para entablar conversaciones con la reina y el consejo de Zagwa, una delegación liderada por su propia esposa, la señora Naga.

Aquello era lo que había hecho que Theo se despertara al amanecer y llevara su vieja cometa a los promontorios que había sobre la ciudad. Las conversaciones comenzaban aquel día y su padre, su madre y sus hermanas habían acudido a la ciudadela para intentar atisbar a los forasteros, aunque fuera de lejos. Estaban emocionados y rebosantes de esperanza. Zagwa se había retirado de la Liga Antitraccionista cuando la Tormenta Verde se había hecho con el poder, horrorizada por la doctrina de la guerra total y los ejércitos de cadáveres reanimados. Pero ahora (o eso había oído decir el padre de Theo), el general Naga había propuesto un tratado oficial de paz con las ciudades bárbaras e incluso parecía estar dispuesto a desmantelar el ejército de stalkers de la Tormenta. Si así lo hacía, Zagwa y las demás ciudades estáticas africanas tal vez se unieran en la defensa de las zonas verdes del mundo. El padre de Theo quería que su mujer y sus hijos

estuvieran en la ciudadela y presenciaran aquel acontecimiento histórico; y también quería echarle una ojeada a la señora Naga, de quien había oído decir que era muy joven y hermosa.

Pero Theo ya lo había visto todo de la Tormenta Verde y no se fiaba de nada de lo que Naga o sus emisarios dijeran. Así que, mientras el resto de Zagwa se agolpaba en los jardines de la ciudadela, él surcaba y remontaba el viento dorado, y pensaba en Wren.

Entonces, debajo de él, vio movimiento donde nada debería estar moviéndose; nada, salvo las aves, y aquellas cosas eran demasiado grandes para ser aves. De entre la niebla blanca sobre el bosque nuboso se elevaban dos pequeñas aeronaves con las cubiertas pintadas a franjas amarillas y negras, como las avispas. Theo, a quien habían obligado a memorizar las siluetas de las naves enemigas durante su adiestramiento en la Tormenta Verde, reconoció enseguida las reducidas góndolas y las aerodinámicas vainas de los motores. Aquellos eran supermosquitos Cosgrove, que las ciudades de la Traktionstadtsgesellschaft usaban como cazabombarderos.

Pero ¿qué hacían allí? Theo nunca había oído que los Traktionstadts enviaran naves a África, y mucho menos tan al sur como se encontraba Zagwa.

Entonces pensó: *Están aquí por las conversaciones de paz*. Aquellos cohetes que alcanzaba a ver, brillantes como cuchillos en los soportes que había bajo las góndolas, no tardarían en precipitarse sobre la ciudadela, donde estaba la esposa de Naga, donde estaba la reina. Donde estaba la familia de Theo.

Tenía que detenerlos.

Era extraño lo poco que le inquietaba la situación. Hacía un momento, se sentía bastante en paz mientras disfrutaba del sol y el aire limpio. Ahora, probablemente, estaba a punto de morir y, aun así, todo parecía bastante natural; otro elemento más de la mañana, como el viento y el sol. Ladeó su cometa y descendió hacia el segundo supermosquito. Los aviadores todavía no lo habían visto. Los mosquitos eran naves pilotadas por dos personas, y dudaba que estuvieran vigilando con mucha atención. La cometa lo acercó cada vez más, hasta que alcanzó a ver la pintura descascarillándose en la cubierta de las vainas de los motores. Pintado en los grandes timones estaba

el símbolo de la Traktionstadtsgesellschaft, un puño blindado y con ruedas. Theo se encontró con que estaba casi admirando el valor de aquellos aviadores que se habían adentrado tanto en territorio antitraccionista con sus inconfundibles naves.

Echó la cometa hacia atrás y quedó suspendido en el aire, tal y como había aprendido a hacer cuando era más joven, cuando cabalgaba sobre las corrientes térmicas en el lago Liemba con sus amigos del colegio. Esta vez, sin embargo, no aterrizó sobre el agua, sino sobre la dura y curvada cubierta de la aeronave. El aterrizaje se le antojó terriblemente ruidoso, pero se acordó de que los hombres que había abajo, en la góndola, no podían oír nada más que el rugido de los grandes motores. Se liberó de las correas de su cometa y trató de engancharla en el flechaste que se extendía sobre la cubierta, pero el viento la atrapó y tuvo que dejar que se la llevara para evitar ser arrastrado con ella. Se aferró al flechaste y observó, impotente, cómo la cometa revoloteaba dando tumbos hacia la popa.

Theo había perdido su único medio de escape. Antes de poder preocuparse por ello, una escotilla se abrió a su lado y una cabeza enfundada en un casco de cuero se asomó y lo observó a través de unas gafas de aviador tintadas. Después de todo, alguien sí lo había oído llegar. Se abalanzó sobre el aviador y los dos entraron rodando juntos por la escotilla, cayeron por una corta escalerilla y aterrizaron pesadamente sobre una pasarela metálica que había entre dos de las células de gas. Theo se incorporó como pudo, pero el aviador yacía en el suelo inmóvil, aturdido. Era una mujer, tailandesa o laosiana, a juzgar por su aspecto. Theo nunca había oído que hubiera orientales luchando por los Traktionstadts. Y, sin embargo, allí estaba, en una de sus naves y vestida con uno de sus uniformes, volando hacia Zagwa con los depósitos bien cargados de misiles.

Era un misterio, pero Theo no tenía tiempo de pensar en ello. Amordazó a la aviadora con su propio pañuelo. Luego le quitó el cuchillo del cinturón, cortó una medida de cuerda de la red que envolvía las células de gas y la usó para maniatarla a la barandilla de la pasarela. La mujer se despertó cuando él ya estaba asegurando los últimos nudos y comenzó a revolverse mientras lo fulminaba con una mirada furiosa a través de sus gafas de aviador resquebrajadas.

Theo la dejó allí, debatiéndose, y corrió por la pasarela hacia otra escalerilla para descender al abrigo de las sombras de las células de gas. El ruido de los motores estallaba a su alrededor ahogando rápidamente las maldiciones amortiguadas que procedían del nivel superior. Cuando se dejó caer sobre la góndola, la luz de las ventanillas lo deslumbró. Parpadeó y vio al piloto, que manejaba los controles de espaldas a él.

—¿Qué era? —preguntó el hombre en aeroesperanto.

(¿Aeroesperanto? Era la lengua franca del cielo, pero Theo pensaba que los Traktionstadts hablaban en alemán...).

—¿Un pájaro? —preguntó el hombre. Hizo algo en los controles y se giró.

Era otro oriental. Theo lo empujó contra una mampara y le mostró el cuchillo. Afuera, la ciudadela empezó a despuntar tras un saliente de las montañas. La tripulación del supermosquito que iba a la cabeza, que no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo a bordo de su hermana,ladeó el timón y empezó a girar hacia ella.

Tras obligar al piloto a ocupar de nuevo su asiento, Theo manoseó los controles del aparato de radio. Era idéntico al que había en la cabina de su Acróbata-bomba durante su estancia con la Tormenta. Gritó por el micrófono:

—¡Zagwa! ¡Zagwa! ¡Os están atacando! ¡Dos aeronaves! ¡Estoy en la de atrás! —añadió apresuradamente mientras las ráfagas de fuego antiaéreo empezaban a estallar en el cielo a su alrededor, la metralla repiqueteaba contra la góndola blindada y el cristal de la luna se agrietaba.

El piloto eligió ese preciso instante para intentar luchar, se impulsó desde la silla y embistió con la cabeza a las costillas de Theo. Theo soltó el micrófono y el piloto aferró el cuchillo que tenía en la mano. Ambos lucharon por la posesión del cuchillo hasta que todo estuvo lleno de sangre. Theo miró y se dio cuenta de que era la suya. El piloto volvió a apuñalarlo y Theo gritó de furia, miedo y dolor mientras intentaba esquivar la hoja. Mirando a su oponente con el rostro contraído de rabia, ni siquiera se dio cuenta de que la nave que iba a la cabeza desaparecía tras un manto de llamas color azafrán. La onda expansiva llegó por sorpresa, hizo estallar a la vez todas las lunas de la góndola y los restos de la explosión sacudieron y

chirriaron contra la cubierta. La hélice de un propulsor arrancado atravesó la góndola como una guadaña. El piloto salió dando volteretas a través del inmenso tajo que había en lo que antes era el fuselaje lateral, dejando grabada en las retinas de Theo la imagen de sus ojos enormes, incrédulos.

Theo se tambaleó hasta el aparato de radio y aferró el micrófono oscilante. No sabía si seguía funcionando, pero gritó a través de él de todos modos, hasta que el agotamiento, el terror y la pérdida de sangre pudieron con él. Lo último que escuchó, mientras se desplomaba sobre la cubierta, fueron unas voces que le decían que la ayuda estaba en camino. Desde la ciudadela se elevaban volutas gemelas de humo, y, sobre ellas, azules como libélulas, las aeronaves de las Fuerzas Aéreas Zagwianas ascendían por el cielo dorado.



## 2

### Asuntos del aire

*De: Wren Natsworthy  
NAM Jenny Haniver  
Peripatetiápolis  
14 de abril de 1026 E. T.*

Querido Theo:

Espero que la vida en Zagwa no sea demasiado aburrida. Por si acaso, he pensado que debería sentarme a escribirte una carta en condiciones y contarte todo lo que he estado haciendo últimamente. Me cuesta creer que ya haya pasado tanto tiempo... Parece como si hubiera sido ayer: Brighton, la Nube 9, mamá...

Poco después de que te marcharas a Zagwa, también nos dejó el profesor Pennyroyal: tiene amigos en otras ciudades y se ha ido para quedarse con algunos de ellos... O para gorronearlos, más bien, porque no llevaba consigo nada de las ruinas de la Nube 9 (solo su ropa, y era demasiado extravagante como para poder venderla en el bazar de Kom Ombo). Casi me dio pena. Nos ayudó mucho; primero, llevándonos a Kom Ombo; y luego, plantándoles cara a los médicos del hospital hasta que atendieran gratis a mi padre. Pero quiero pensar que estará bien (me refiero a Pennyroyal). Me dijo que estaba pensando en escribir un libro nuevo y contar toda la verdad sobre la batalla de Brighton. Me prometió que no mentiría, sobre todo acerca de ti y de mí, pero estoy segura de que es una de esas promesas de las que se olvidará en cuanto se siente frente a su máquina de escribir.

Mi padre también está bien. Aquellos médicos de Kom Ombo le mandaron tomar unas cuantas pastillas verdes, y eso le alivia un poco los dolores. No ha tenido ningún ataque desde aquella espantosa noche en la Nube 9. Pero parece tremendamente anciano y terriblemente triste. Es por mamá, claro. La quería mucho, a pesar

de cómo era. Estar sin ella, sin saber siquiera si está viva o muerta, lo entristece tremendamente, aunque intenta ser valiente.

Creía que cuando estuviera lo suficientemente recuperado querría llevarme directamente a casa, a Anchorage-in-Vineland, pero ni siquiera me lo ha sugerido. Así que, desde entonces, nos hemos dedicado a surcar los Caminos de las Aves, a ver algo de mundo y a comerciar un poco, sobre todo con antigüedades y Vieja Tecnología (pero solo cosas inofensivas, no tan horribles como el Libro de Hojalata). Nos ha ido bastante bien, lo suficiente como para darle una capa de pintura nueva a la nave y reparar los motores. Le hemos devuelto su nombre a la Jenny Haniver, que es como se llamaba antes de que el profesor Pennyroyal se la robara a papá y mamá hace muchos años. Al principio dudamos de si no sería peligroso, pero no creo que nadie recuerde ya que ese era el nombre de la antigua nave de la stalker Fang. Y si alguien se acuerda, la verdad es que nos da igual.

¿Te has enterado de lo de la tregua? (yo siempre pensé que el general Naga era de los buenos. Cuando la Tormenta nos capturó en la Nube 9, sus soldados estaban más que dispuestos a empujarme con sus pistolas, pero Naga les impidió que lo hicieran. Es bueno saber que el nuevo líder de la Tormenta se opone firmemente a los empujones). Sea como sea, todo el mundo está muy emocionado con la tregua, esperando que la guerra se acabe, y yo también lo espero.

Estoy bastante acostumbrada a la vida de mercader del aire. Si pudieras verme, me notarías muy cambiada. Me he cortado el pelo a la última, con un estilo asimétrico, así que por un lado me llega por debajo de la barbilla, pero por el otro, solo hasta la oreja. No quiero parecer presumida, pero me queda de lo más sofisticado, aunque cuando me miro a veces me da la impresión de estar torcida. También tengo unas botas nuevas, de caña alta, y un abrigo de cuero. No como el que llevan papá y los aviadores anticuados, sino una túnica con un forro de seda rojo y unas cositas puntiagudas en el borde que se llaman puntillas, o juntillas, o algo así. Y ahora mismo estoy sentada en un café detrás del puerto aéreo de Peripatetiápolis sintiéndome como una aviadora de verdad y disfrutando de estar a bordo de una ciudad. Nunca llegué a imaginar cómo serían las ciudades de verdad, criándome como me crie en la tranquila Anchorage, pero, ahora que paso la mitad del tiempo en ellas, me he dado cuenta de que me encantan: las multitudes y el trajín, y los motores, que hacen que los suelos vibren como si Peripatetiápolis entera fuera un gigantesco animal vivo. Estoy esperando a papá, que ha ido a una de las plataformas superiores para ver si los médicos peripatetianos encuentran unas pastillas más efectivas que las que le recetaron los de Kom Ombo. (Como era de esperar, no quería ir, pero al final ¡conseguí convencerlo!). Y aquí sentada me he puesto a pensar en ti, como me pasa a menudo, y he pensado...

«Mejor no», decidió Wren. Arrugó la página y la lanzó, hecha una bola, a una papelería cercana. Estaba afinando bastante la puntería. Aquella debía de ser la vigésima carta que le escribía a Theo y hasta el momento no le había enviado ni una sola. Le había mandado una tarjeta por Navidad porque, aunque Theo no era muy creyente, vivía en una ciudad cristiana y probablemente celebrara todos sus antiguos y extraños festivales, pero lo único que había escrito era «Feliz Navidad» y unas cuantas líneas con noticias de ella y de su padre.

El problema era que, a esas alturas, Theo, probablemente, ya se hubiera olvidado de ella. Y, aunque la recordara, era muy poco probable que estuviera interesado en la ropa que llevaba, o en su corte de pelo, o en el resto de cosas. Y la parte sobre lo mucho que le gustaba la vida urbana seguramente le alarmaría, porque él era antitraccionista de pura cepa, y podía llegar a ser bastante cuadrado...

Pero ella no podía olvidarse de él, de lo valiente que había sido en la Nube 9. Y su beso de despedida, en el muelle aéreo de Kom Ombo, entre todas aquellas cuerdas grasientas, los choques de los vagones apilados del tren aéreo, los gritos de los estibadores y el rugido de los motores. Wren nunca antes había besado a nadie. La verdad es que no sabía muy bien cómo hacerlo; no estaba segura de dónde se suponía que debía poner la nariz, y cuando sus dientes chocaron, temió estar haciéndolo todo mal. Theo se rio y dijo que había sido raro aquel beso, y ella dijo que creía que podría pillarle el truco con un poco más de práctica, pero entonces el capitán de su nave comenzó a gritar: «¡Todo el mundo a bordo!», y empezó a soltar las abrazaderas de amarre, y ya no hubo tiempo...

Eso había sido seis meses antes. Theo le había escrito una vez —una carta que Wren recibió en enero, en un desvencijado aerocaravasar en las Tannhäuser— para decirle que había llegado a casa sano y salvo y que su familia lo había recibido como si fuera el «hijo pródigo» (fuera lo que fuera lo que eso significara). Pero Wren no había sido capaz de redactar una contestación.

—¡Maldita sea! —dijo, y pidió otro café.



Tom Natsworthy, el padre de Wren, se había enfrentado a la muerte en muchas ocasiones y se había expuesto a todo tipo de situaciones terribles, pero nunca había experimentado un miedo tan frío como aquel.

Estaba tumbado, prácticamente desnudo, sobre una helada mesa metálica en la consulta de un especialista de corazón, en la segunda plataforma de Peripatetiápolis. Sobre él, una máquina con un largo y articuladísimo cuello hidráulico giraba su cabeza metálica de lado a lado y lo examinaba con aire suspicaz. Tom estaba bastante seguro de que aquellas lentes verdes y brillantes y aquel mecanismo procedían de un stalker. Supuso que las piezas de stalker debían de ser fáciles de conseguir en aquellos tiempos, y pensó que debía alegrarse de que tantos años de guerra hubieran generado, al menos, unas cuantas cosas buenas: nuevas técnicas médicas o máquinas de diagnóstico como aquellas. Pero cuando la roma cabeza metálica descendió cerca de su torso y escuchó el chirrido y el zumbido del mecanismo en el interior de aquellos deslumbrantes ojos, lo único que se le vino a la cabeza fue el antiguo stalker Shrike, que los había perseguido a Hester y él por toda la Región Exterior durante el año en que Londres murió.

Cuando todo hubo terminado, el doctor Chernowyth desenchufó la máquina y salió de su pequeño cubículo de paredes de plomo, pero lo que le dijo a Tom no fue nada que él no se hubiera imaginado ya: tenía el corazón delicado. Era culpa de la bala que Pennyroyal le había disparado hacía tantos años en Anchorage. Estaba empeorando y un día terminaría por matarlo. Le quedaban un año o dos, tal vez cinco, no más.

El médico frunció los labios, sacudió la cabeza y le dijo que se tomara las cosas con tranquilidad, pero Tom se limitó a reír. ¿Cómo podía uno tomarse las cosas con tranquilidad en el tráfico aéreo? La única manera de tomarse las cosas con tranquilidad era volver a casa, a Anchorage-in-Vineland, pero nunca podría hacerlo después de lo que había descubierto sobre Hester. Él no tenía nada de lo que avergonzarse —no había vendido la ciudad de hielo a los Cazadores de Arkangel ni tampoco había asesinado a

nadie en sus calles nevadas—, pero se sentía avergonzado de su mujer y estúpido por haber vivido tanto tiempo con ella sin sospechar jamás las mentiras que le había contado.

De todas formas, Wren nunca le perdonaría que la llevara a casa ahora. Tenía el mismo anhelo de aventuras que el propio Tom a su edad. Estaba disfrutando de la vida en los Caminos de las Aves y tenía madera para convertirse en una buena aviadora. Se quedaría con ella, volando y comerciando, enseñándole las costumbres del cielo. Y cuando la Dama Muerte viniera para llevárselo a la Región de las Sombras, le dejaría a Wren la Jenny Haniver y ella podría elegir qué tipo de vida quería para sí: la paz de Vineland o la libertad de los cielos. Las noticias que llegaban del este sonaban esperanzadoras. Si aquella tregua se mantenía, pronto se abrirían todo tipo de oportunidades para el comercio.

Inmediatamente después de salir de la consulta del doctor Chernowyth, Tom se sintió mejor. Allí afuera, bajo el cielo nocturno, le parecía imposible que fuera a morir. La ciudad se mecía suavemente mientras avanzaba hacia el norte por la pedregosa linde occidental del Gran Territorio de Caza. Sobre el mar plateado, iluminado por la puesta de sol, una ciudad pesquera les seguía el paso bajo una nube de gaviotas. Tom las contempló durante un momento desde la plataforma de observación, luego montó en un ascensor para volver a la plataforma base y se dio un paseo por el ajetreado mercado de detrás del puerto aéreo rememorando su primera visita a aquella ciudad, con Hester y Anna Fang, hacía veinte años. Le había comprado a Hester un pañuelo rojo en uno de aquellos puestos para que no tuviera que seguir ocultando su rostro deforme con la mano...

Pero no quería pensar en Hester. Cuando lo hacía, siempre acababa recordando la forma en que se habían separado, y lo que le había hecho le enfurecía tanto que su corazón se aceleraba y se retorció en su interior.

Ya no podía permitirse seguir pensando en Hester.

Empezó a caminar hacia el puerto, ensayando mentalmente lo que le diría a Wren sobre su visita al médico («Nada de lo que preocuparse. Ni siquiera merece la pena operar...»). Al pasar junto a la Casa de Subastas de Vieja Tecnología Pondicherry, se detuvo para dejar salir a un gran grupo de mercaderes y le pareció reconocer a uno de ellos, una mujer más o menos

de su edad, bastante guapa. Aparentemente, la subasta le había ido bien porque cargaba con un paquete grande y pesado. Ella no vio a Tom y él siguió caminando mientras intentaba recordar su nombre y dónde la había conocido. Era Katie, ¿verdad? No, Clytie, eso era. Clytie Potts.

Se detuvo, se volvió y se quedó mirándola. No podía ser Clytie. Clytie era una historiadora del Gremio, un año mayor que él, cuando Londres fue destruida. MEDUSA la había matado, al igual que al resto de la población de su ciudad. Sencillamente, no podía estar paseando por las calles de Peripatetiápolis. Sus recuerdos le estaban jugando una mala pasada.

¡Pero se le parecía tanto!

Retrocedió unos cuantos pasos por la calle por la que había venido. La mujer se apresuraba por una escalera hacia el nivel donde amarraban las aeronaves.

—¡Clytie! —gritó Tom, y su rostro se volvió hacia él. Era ella. De repente, Tom no tuvo ninguna duda. Tras una carcajada de asombro y felicidad, volvió a llamarla—: ¡Clytie! ¡Soy yo! ¡Tom Natsworthy!

Un grupo de mercaderes pasó frente a él, bloqueándole la visión de la mujer. Cuando volvió a mirar, ella ya se había marchado. Comenzó a correr hacia las escaleras, ignorando los leves pinchazos de advertencia que le llegaban desde el pecho. Intentó imaginar cómo Clytie habría podido sobrevivir a MEDUSA. ¿Se encontraría fuera de la ciudad cuando esta fue destruida? Había sabido de otros londinenses que lograron escapar de la explosión, pero todos eran miembros del Gremio de Mercaderes que se encontraban en ciudades lejanas cuando sucedió aquello. En la Percha de los Bribones, Hester había tenido un encuentro con aquel horrible ingeniero, Popjoy, pero él estaba en la Entraña Profunda cuando MEDUSA estalló...

Se abrió camino a empujones por las escaleras atestadas de gente y vio que Clytie huía corriendo de él por entre los puntales de acoplamiento de larga estancia. Ni siquiera podía culparla, después de cómo le había gritado. Seguramente estaba demasiado lejos como para que ella pudiera reconocerlo, y lo había confundido con una especie de lunático, o con un mercader rival furioso porque hubiera superado su puja en la casa de subastas. Trotó tras ella, deseoso de poder explicarse, y la vio subir

corriendo, a buen ritmo, por otra escalera hasta la plataforma siete, donde había atracada una pequeña y aerodinámica nave. Se detuvo al pie de las escaleras apenas el tiempo suficiente para leer los detalles escritos con tiza en la pizarra que había allí, y así supo que la nave era la *Arqueópterix*, registrada en Puertoaéreo y comandada por Cruwys Morchard. Entonces, con mucho cuidado de no correr ni gritar ni hacer nada que pudiera alarmar a la mercadera del aire, subió las escaleras tras ella. Naturalmente, gracias a su adiestramiento en el Gremio, Clytie Potts no habría tenido ningún problema en conseguir un pasaje en una nave mercante de Vieja Tecnología. Sin duda, aquel tal capitán Morchard la había contratado como compradora experta y por eso había salido de la casa de subastas.

Tom se detuvo en lo alto de las escaleras para recobrar el aliento, con el corazón martilleándole violentamente. La *Arqueópterix* se erigía sobre él a la luz del crepúsculo. Estaba camuflada: la góndola y las partes inferiores de la cubierta y de las vainas del motor, pintados de azul celeste; y las partes superiores, con un patrón de camuflaje de deslumbramiento en tonos verdes, marrones y grises. Al pie de la pasarela móvil, dos miembros de la tripulación esperaban bajo un tenue haz de luz eléctrica. Tenían un aspecto rudo y andrajoso, como el de los basureros de la Región Exterior. Cuando Clytie se les acercó, Tom escuchó que uno de ellos decía en voz alta:

—¿Los ha conseguido buenos, entonces?

—Sí —contestó Clytie, señalando con la cabeza el paquete que sostenía.

El otro hombre se acercó para ayudarla y entonces vio que Tom la estaba siguiendo. Clytie debió de darse cuenta de que su expresión cambiaba y se volvió para ver por qué.

—¿Clytie? —dijo Tom—. Soy yo, Tom Natsworthy, aprendiz de tercera clase del Gremio de Historiadores, de Londres. Sé que probablemente no me reconozcas. Han pasado..., ¿cuántos? ¡Casi veinte años! Seguramente creías que estaba muerto...

En un primer momento, no tuvo duda de que ella le había reconocido y se alegraba de verlo, pero luego su mirada cambió. Retrocedió un paso, alejándose de él, y miró hacia los hombres de la pasarela. Uno de ellos, alto, de aspecto cadavérico y con la cabeza rapada, se llevó una mano a la espada y Tom le escuchó decir:

—¿Este individuo la está molestando, señora Morchard?

—No pasa nada, Lurpak —dijo Clytie, haciéndole un gesto para que no se moviera del sitio. Se acercó un poco más a Tom y dijo amablemente—: Disculpe, señor. Me temo que debe de haberme confundido con otra dama. Yo soy Cruwys Morchard, dueña de esta nave. No conozco a nadie de Londres.

—Pero tú... —empezó a decir Tom.

Analizó su rostro, avergonzado y confundido. Estaba seguro de que era Clytie Potts. Había ganado algo de peso, igual que él, y su cabello, antaño oscuro, estaba espolvoreado de nieve, como si sobre él se hubieran asentado telarañas. Pero su rostro era el mismo..., salvo porque el espacio entre sus cejas, allí donde Clytie Potts había exhibido orgullosamente el tatuaje del ojo azul del Gremio de Historiadores, estaba vacío.

Tom empezó a dudar de sí mismo. Al fin y al cabo, habían pasado veinte años. Tal vez se hubiera equivocado.

—Lo siento; se parece tanto a ella... —le dijo.

—No se preocupe —respondió la mujer con una sonrisa encantadora—. Tengo una de esas caras. Me confunden constantemente con otras personas.

—Se parece tanto a ella —repitió Tom medio esperanzado, como si de repente ella pudiera cambiar de idea y recordar que, después de todo, sí era Clytie Potts.

Ella le hizo una reverencia con la cabeza y se volvió. Sus hombres no apartaron la vista de Tom mientras la ayudaban a subir la pasarela con su paquete. No había más que añadir, así que volvió a decir: «Lo siento», y él mismo dio media vuelta, sonrojándose acaloradamente mientras bajaba de la plataforma. Comenzó a cruzar el puerto hacia el lugar donde su propia nave estaba atracada, y no había dado ni veinte pasos cuando escuchó a sus espaldas que los motores de la Archeópterix cobraban vida con un rugido. Vio cómo la nave se elevaba en el cielo nocturno, ganando velocidad rápidamente tras surcar el espacio aéreo de la ciudad, y se alejaba volando hacia el este.

Era curioso, porque Tom estaba seguro de que en la pizarra de la plataforma ponía que estaría estacionada en Peripatetiápolis durante dos días más.



### 3

## La misteriosa señora Morchard

—¡Estoy seguro de que era ella! —dijo Tom aquella noche durante la cena en el Dirigible Feliz—. Era mayor, claro, y ya no tenía la marca del Gremio en la frente, lo cual me hizo dudar un poco; pero los tatuajes se pueden borrar, ¿verdad?

—No te alteres, papá —dijo Wren.

—No estoy alterado, ¡solo intrigado! Y si es Clytie, ¿cómo puede ser que esté viva? ¿Y por qué no me ha reconocido?

Tom no durmió mucho aquella noche. Wren también se quedó despierta, tumbada en su pequeño camarote, en la cubierta de la Jenny, escuchando cómo su padre recorría la pasarela desde la cabina de popa y repiqueteaba calladamente en la cocina mientras se preparaba uno de sus té de las tres de la mañana.

Al principio se preocupó por él. No había creído su versión sobre lo que le había dicho el cardiólogo y estaba bastante segura de que no era bueno que pasase la noche en vela, preocupado por aviadoras misteriosas. Poco a poco, sin embargo, empezó a dudar de si su encuentro con la mujer no habría sido bueno, después de todo. Mientras hablaba de ella en la cena, su padre parecía más vital de lo que Wren le había visto en meses. La desgana que se había apoderado de él después de que su madre se marchase había desaparecido, y había vuelto a ser su antiguo yo, siempre rebosante de teorías e interrogantes. Wren no sabía si lo que le atraía era el misterio, la idea de una conexión con la ciudad perdida que había sido su hogar o si,

simplemente, le gustaba Clytie Potts. Pero, fuera lo que fuera, ¿no le vendría bien tener algo en lo que pensar que no fuera su madre?

Así que, a la mañana siguiente, en el desayuno, dijo:

—Deberíamos investigar. Descubrir más sobre esa supuesta Cruwys Morchard.

—¿Cómo? —preguntó su padre—. A estas alturas, la Arqueópterix ya debe de estar a cientos de millas de aquí.

—Dijiste que compró algo en las salas de subasta —dijo Wren—. Podríamos empezar por ahí.



El señor Pondicherry, que era un caballero orondo y lustroso, pareció volverse aún más orondo y lustroso, si cabe, cuando levantó la vista de sus dietarios para contemplar cómo Tom Natsworthy y su hija entraban en su pequeño cubil. La Jenny Haniver había vendido varias piezas valiosas a través de la Casa de Subastas de Vieja Tecnología Pondicherry.

—¡Señor Natsworthy! —Rio—. ¡Señorita Natsworthy! ¡Cuánto me alegro de verlos! —Se incorporó para saludarlos y se remangó un buen trozo de manga bordada en plata, dejando a la vista una pulposa mano marrón que Tom estrechó—. Espero que ustedes dos estén bien. ¿Les tratan bien los dioses del cielo? ¿Qué tienen hoy para mí?

—Solo preguntas, me temo —confesó Tom—. Me preguntaba qué podría contarme sobre una arqueóloga independiente llamada Cruwys Morchard. Hizo una compra aquí ayer...

—¿La dama de la Arqueópterix? —se sorprendió el señor Pondicherry—. Sí, sí, la conozco bien. Pero me temo que no puedo compartir demasiada información...

—Por supuesto —dijo Tom—: Lo siento, lo siento.

Wren, que medio se esperaba aquello, sacó del bolsillo de su chaqueta un hatillo de tela que depositó sobre el secante del escritorio del señor Pondicherry. El subastador ronroneó como un gato cuando lo desenvolvió.

En su interior había una delgada y plana carcasa de metal plateado, engastada con oblongas teselas en las que aún se adivinaban unos números desvaídos.

—Un teléfono móvil antiguo —dijo Wren—. Se lo compramos el mes pasado a un basurero que ni siquiera sabía lo que era. Mi padre tenía pensado vendérselo a un particular, pero estoy segura de que no le importaría hacerlo a través de Pondicherry si...

—¡Wren! —dijo su padre, sorprendido por su atrevimiento.

El señor Pondicherry había agachado la cabeza para acercarse a la reliquia y hacía girar una lupa de joyero frente a su ojo.

—¡Oh, qué bonito! —dijo—. ¡Qué hermosamente conservado! Y el tráfico de chucherías como estas definitivamente va a aumentar, ahora que despunta la paz. Dicen que el general Naga ya no tiene tiempo para librar batallas, ahora que se ha buscado una bonita y joven esposa. Casi tan bonita como Cruwys Morchard... —Miró a Tom y le guiñó un ojo enorme, aumentado por la lupa—. Muy bien. Que quede entre nosotros: la señora Morchard, efectivamente, estuvo aquí ayer. Compró un lote de bobinas Kliest.

—¿Y por qué diantres iba a querer algo así? —se preguntó Tom.

—¿Quién sabe? —El señor Pondicherry sonrió y abrió mucho las manos, como diciendo: «Una vez que yo me he embolsado mi porcentaje, ¿qué más me da lo que mis clientes hagan con la basura que compran?»—. No tienen absolutamente ninguna utilidad. Para el comercio de bienes, supongo. Esa es la profesión de la señora Morchard. Es tratante de Vieja Tecnología. Una de las buenas, creo. Lleva en los Caminos de las Aves desde que no era más que una chicuela.

—¿Alguna vez ha hecho alguna mención al lugar de donde viene? —preguntó Wren con impaciencia.

El señor Pondicherry se lo pensó un momento.

—Su nave está registrada en Puertoaéreo —dijo.

—Ya, eso lo sabemos. Me refiero a si sabe dónde se crio, dónde recibió su formación. Verá, creemos que es londinense.

El subastador sonrió a Wren con indulgencia y volvió a guiñarle el ojo a Tom mientras deslizaba el antiguo teléfono en uno de los cajones laterales

de su escritorio.

—Ay, señor N., ¡qué ideas tan románticas tienen las jóvenes damas! ¡De verdad, señorita Wren! Ya nadie es londinense.



Después tomaron café en la terraza de una cafetería y miraron hacia poniente sobre las interminables praderas del gran Territorio de Caza. Era uno de esos cálidos y dorados días de primavera. Una bruma verde inundaba los gigantescos surcos y huellas que las cadenas tractoras de las ciudades dejaban sobre la tierra al pasar, y el cielo estaba plagado de vencejos que viraban bruscamente. Al este, en la lejanía, una ciudad minera roía una hilera de colinas que, de alguna manera, habían conseguido pasar desapercibidas hasta entonces.

—Lo raro —comentó Tom con aire pensativo— es que estoy seguro de que he oído antes ese nombre. Ojalá pudiera recordar dónde. Cruwys Morchard. Supongo que sería en los Caminos de las Aves, en los viejos tiempos... —Le sirvió a Wren más café—. Debes de pensar que soy un estúpido por dejar que algo así me afecte tanto. Es solo que la idea de que haya otro historiador aún vivo después de todos estos años...

No podía explicarlo. Últimamente había estado pensando mucho en sus años mozos en el Museo de Londres. Le entristecía pensar que, cuando muriera, el recuerdo de aquel lugar también lo haría con él. Pero, si realmente había otro historiador vivo, alguien que se hubiera criado en las mismas galerías polvorientas y los mismos pasillos con olor a cera de abeja que él, que hubiera cabeceado en las conferencias del anciano Arkengarth y hubiera escuchado cómo Chudleigh Pomeroy rezongaba sobre los endeble amortiguadores del edificio, entonces la responsabilidad de tener que recordar todo aquello se aliviaría. El eco de todas aquellas cosas sobreviviría en otras memorias incluso después de que él hubiera muerto.

—Lo que no entiendo —dijo Wren— es por qué no lo reconoce. Sin duda, sería un atractivo comercial para una mercader de Vieja Tecnología

decir que es londinense y que se formó en el Gremio de Historiadores.

Tom se encogió de hombros.

—Yo siempre lo mantuve en secreto cuando tu madre y yo comerciábamos. Londres no era muy popular en aquella época. Lo que el Gremio de Ingenieros había hecho trastocó el equilibrio del mundo entero. Asustó a muchas ciudades y dio lugar al alzamiento de la Tormenta Verde. Supongo que ese es el motivo de que Clytie adoptara otro nombre. Los Potts son una familia londinense de renombre; estuvieron procurando ediles y jefes de gremio a la ciudad desde los tiempos de Quirke. El abuelo de Clytie, el viejo Pisistratus Potts, fue lord mayor de Londres durante muchos años. Si quisieras fingir que no eres londinense, no sería buena idea ir por ahí llamándote Clytie Potts.

—¿Y qué me dices de esas cosas que compró en Pondicherry? —quiso saber Wren.

—¿Las bobinas Kliest?

—Nunca había oído hablar de ellas.

—No hay razón para que lo hubieras hecho —respondió su padre—. Proceden del Imperio eléctrico, que fue muy próspero en esta zona antes de la aparición de la cultura del Metal Azul, alrededor del año 10 000 a. T.

—¿Para qué sirven?

—Nadie lo sabe —dijo Tom—. Zanussi Kliest, el historiador londinense que se dedicó a su estudio por primera vez, afirmaba que su función era concentrar cierta especie de energía electromagnética, pero nadie ha conseguido deducir nunca su utilidad práctica. Parece que el Imperio eléctrico fue una especie de callejón sin salida en términos tecnológicos.

—Entonces, ¿esas bobinas no son valiosas?

—Solo como curiosidad. Son bastante bonitas.

—Entonces, ¿qué va a hacer Clytie Potts con ellas? —preguntó Wren.

Tom volvió a encogerse de hombros.

—Supongo que tendrá un comprador. Tal vez conozca a algún coleccionista.

—Deberíamos ir tras ella —dijo Wren.

—¿Adónde? Anoche pregunté en la oficina del puerto. La Arqueópterix se marchó sin dejar información sobre su destino.

—Se dirigirá al este —dijo Wren con la seguridad de quien había estudiado el tráfico aéreo durante una temporada entera y sentía que le había tomado la medida—. Todo el mundo se dirige al este ahora que la tregua parece mantenerse, y nosotros también deberíamos hacerlo. Aunque no encontremos a Clytie Potts, el comercio será bueno, y me encantaría ver el Territorio de Caza central. Podríamos ir a Puertoaéreo. La oficina de registro debe de tener más detalles sobre la supuesta Cruwys Morchard y su nave.

Tom se terminó el café y dijo:

—Estaba pensando que tal vez quisieras ir al sur esta primavera. Tu amigo Theo sigue en Zagwa, ¿verdad? Esperaba que pudiéramos conseguir permiso para aterrizar allí...

—Ah, la verdad es que no había pensado en eso —dijo Wren como si tal cosa, y se ruborizó con un rojo intenso.

—Me cayó bien Theo —continuó Tom—. Es un buen chico. Amable y educado. Y guapo también...

—¡Papá! —dijo Wren con dureza, advirtiéndole que no bromeara con eso. Luego se relajó, suspiró y le cogió la mano—. Mira, el motivo por el que Theo tiene tan buenos modales es que es muy pijo. Su familia es rica y viven en una ciudad que pertenecía a una gran civilización cuando nuestros antepasados aún llevaban pieles de animales y se disputaban las sobras en las ruinas de Europa. ¿Por qué iba a estar Theo interesado en mí?

—Sería un idiota si no lo estuviera —dijo su padre—. Y a mí no me pareció un idiota.

Wren dejó escapar un suspiro de exasperación. ¿Por qué su padre no era capaz de entenderlo? Theo estaba en su propia ciudad, rodeado de montones de chicas mucho más guapas que ella. Era posible que, para entonces, su familia ya lo hubiera casado. Y aunque no lo hubiera hecho, seguramente se habría olvidado completamente de Wren. Aquel beso que tanto había significado para ella, probablemente no había significado nada en absoluto para Theo. No quería quedar en ridículo persiguiéndolo hasta Zagwa, llamando a su puerta y esperando que retomaran las cosas donde las habían dejado.

—Vamos al este, papá —dijo—. Vamos al este y encontremos a Clytie Potts.

## 4

### La señora Naga

Theo, que llevaba días a la deriva en medio de lentas oleadas de dolor y anestesia, emergió finalmente a la superficie en una limpia y blanca habitación del hospital de Zagwa. A través de los velos de las mosquiteras y los recuerdos borrosos, atisbó una ventana abierta y la luz del atardecer sobre las montañas. Su madre, su padre y sus hermanas, Miriam y Kaleo, estaban reunidos frente a su cama. A medida que fue recuperando los sentidos, Theo se dio cuenta de que sus heridas debían de ser realmente graves porque, en lugar de meterse con él y decirle lo ridículo que estaba allí tumbado, lleno de cardenales y vendas, sus hermanas parecían a punto de echarse a llorar y de besarle.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —no dejaba de repetir su madre.

Inclinándose sobre él, su padre le dijo:

—Te vas a poner bien, Theo. Pero, por un momento, hemos pensado que no salías de esta.

—El cuchillo —dijo Theo, recordándolo todo y tocándose el vientre, envuelto en vendas limpias y tirantes—. Los cohetes... ¡Alcanzaron la ciudadela!

—Explotaron en los jardines sin causar mayores daños —le aseguró su padre—. Nadie sufrió ningún daño. Nadie más que tú. Estabas gravemente herido, Theo, y perdiste mucha sangre. Cuando nuestros aviadores te rescataron, los médicos estuvieron a punto de darte por muerto. Pero la embajadora supo de tu situación (la embajadora de la Tormenta, la señora Naga) y vino a tratarte ella misma. Antes de su matrimonio era una especie



de cirujana. Sabe un par de cosas sobre las entrañas humanas, sin duda. Menudo reclamo, ¿eh, Theo? ¡Te ha curado la mismísima esposa del general Naga!

—Como tú le salvaste la vida, ella salvó la tuya —dijo Miriam.

—¡Le encantará saber que estás mejor! —dijo la señora Ngoni—. Quedó muy impresionada por tu valentía y se interesa mucho por ti. —Señaló con orgullo un ramo de flores colocadas en la esquina de la habitación de Theo, enviadas por la señora Naga—. Vino a verme en persona para decirme cómo había ido la operación. —Sonrió, evidentemente cautivada por la visitante de Shan Guo—. La señora Naga es muy buena persona, Theo.

—Si tan buena es, ¿qué está haciendo en la Tormenta Verde? —preguntó Theo.

—Un accidente del destino —sugirió su padre—. De verdad, Theo, te caería bien. ¿Quieres que envíe un mensaje a la ciudadela para avisarla de que estás mejor? Estoy seguro de que querrá venir y hablar contigo...

Theo sacudió la cabeza y dijo que no se sentía con fuerzas suficientes. Se alegraba de haber podido detener a los bárbaros y le estaba agradecido a la señora Naga por haberle salvado la vida, pero le incomodaba estar en deuda con un miembro de la Tormenta Verde.



Le permitieron regresar a casa un día después. Durante las semanas siguientes, a medida que iba recobrando lentamente las fuerzas, intentó no pensar en la señora Naga, si bien sus padres la mencionaban a menudo. En efecto, Zagwa entera hablaba de la señora Naga. Todo el mundo se había enterado de que se había quitado sus elegantes ropas y las había sustituido por un pijama de médico para salvar la vida del joven Theo Ngoni. A medida que transcurrían las semanas fueron surgiendo nuevas historias, como que había visitado la antigua iglesia de la catedral, excavada en la roca viva del monte Zagwa en los Siglos Oscuros, y que había rezado allí

con el mismísimo obispo. Aquello le parecía una buena señal a todo el mundo, salvo a Theo. Él sospechaba que no era más que otra de las tretas de la Tormenta Verde.

Dos de los consejeros de la reina vinieron a preguntarle qué recordaba sobre la nave que había abordado. Le dijeron que la aviadora que habían capturado estaba siendo interrogada, pero que se negaba a cooperar. Le felicitaron por su valentía.

—No estaba siendo valiente. No tenía otra opción —respondió Theo. Pero en secreto se sentía orgulloso y muy complacido de que en Zagwa todo el mundo le considerara un héroe, en lugar de recordar que una vez se había fugado para unirse a la Tormenta—. Me alegro de haber podido detener a esos urbanitas antes de que hicieran daño a alguien —les dijo a los consejeros.

Los consejeros intercambiaron extrañas y consideradas miradas cuando dijo aquello. El más joven de los dos parecía a punto de decir algo, pero el mayor lo detuvo, y poco después se marcharon.

Fuera de casa de sus padres, Zagwa se cocía al sol. Vista a ras de suelo, la ciudad no era tan espléndida: los edificios estaban desvencijados, la pintura clara de las paredes estaba descascarillada, los tejados estaban combados. Las malas hierbas proliferaban en el pavimento agrietado. Hasta las cúpulas de la ciudadela tenían vetas de verdín. Los días gloriosos de Zagwa estaban a mil años de distancia: el poderoso imperio que solía gobernar había sido devastado por las hambrientas ciudades. Los hombres se reunían por las tardes a la sombra del árbol paraguas que había en la acera de enfrente para comentar, enfurecidos, las últimas noticias sobre las atrocidades urbanitas cometidas en el norte. Tal vez, algunos de los más jóvenes se enfurecerían tanto que un día se marcharían para unirse a la Tormenta, como había hecho Theo. Theo, a veces, los observaba desde la ventana y trataba de recordar cómo era estar tan convencido de las cosas, pero no podía.



Una tarde, casi un mes después del ataque aéreo, estaba leyendo en la habitación del jardín cuando su padre y su madre trajeron a un visitante que venía a verlo. Theo apenas levantó la vista de su libro cuando entraron porque se había acostumbrado a las visitas de sus numerosos tíos y tías, todos vergonzosamente interesados en ver sus cicatrices y en recordarle lo travieso que solía ser cuando tenía tres años, o en presentarle a las guapas hijas de sus amigos. Hasta que su madre no le dijo: «Theo, cariño, ¿te acuerdas del teniente general Khora?», no se dio cuenta de que aquella visita era distinta.

Khora era uno de los mejores aviadores de África y el comandante de las Fuerzas Aéreas Zagwianas. Era un hombre alto y aún apuesto, aunque rondaba la cincuentena y su cabello estaba empezando a encanecer. Llevaba su armadura ceremonial y de sus hombros pendía la tradicional capa de la guardia de la reina: amarilla, con un patrón de puntos negros que representaban el pelaje de una criatura mítica llamada leopardo. Hizo una profunda reverencia ante Theo, saludándolo como a un igual. Luego se dijeron unas cuantas cosas nimias, inconsecuentes, que Theo estaba demasiado abrumado como para recordar. Khora llevaba siendo su héroe desde que era pequeño. Cuando tenía nueve años, se pasó toda la estación de lluvias entretenido construyendo una maqueta de la nave insignia de Khora, el aerodestructor Mwene Mutapa, que tenía un diminuto Khora, de un centímetro, de pie en la galería de popa. Le resultaba tan sorprendente verlo allí, a tamaño real, en el familiar ambiente de su casa, que Theo tardó varios segundos en darse cuenta de que no había venido solo. Junto a él había dos sirvientas, dos forasteras ataviadas con sendos vestidos de seda multicolor. Tras ellas, vestida con ropas más sencillas, había otra mujer, muy bajita y delgada, que Theo reconoció por las fotografías de las gacetas de noticias zagwianas.

—Theo —dijo el teniente general Khora—, he traído a la señora Naga a conocerte.

Theo sabía lo que debía decir: «No quiero conocerla, no quiero tener nada que ver con ella ni con su gente», pero la presencia de Khora lo hizo enmudecer. De todos modos, cuando la embajadora se acercó a él y vio su

delicado rostro y sus gruesos anteojos negros (que no llevaba en las fotografías de las revistas), descubrió que la conocía.

—¡Estabas en la Nube 9! —se le escapó, sorprendiendo a Khora y a las sirvientas, que esperaban un recibimiento un poco más formal—. ¡La noche que vino la Tormenta! ¡Eres la doctora Zero! ¡Estabas con Naga y...!

—Y sigo con Naga —contestó la mujer con una leve y desconcertante sonrisa. Era joven y muy guapa, de una manera un tanto masculina. Su cabello, que llevaba corto y verde cuando Theo la conoció, ahora había crecido y era completamente negro. Llevaba abierto el cuello de su túnica de lino y del hueco de la garganta le colgaba una cruz de hojalata barata que debía de haber comprado en uno de los puestos que había fuera de la catedral. Alzó la mano para tocarla mientras decía—: ¿De modo que estuvo con nosotros en la Nube 9 el año pasado, señor Ngoni? Me temo que no lo recuerdo...

Theo asintió con vehemencia.

—Estaba con Wren. Usted nos alejó de la stalker Fang y le preguntó a Wren por el Libro de Hojalata...

Su voz se desvaneció. Acababa de recordar el uniforme que la mujer vestía aquella noche.

«Era una especie de cirujana», le había dicho su padre, pero aquella era una verdad a medias: había sido cirujana mecánica, una fabricante de stalkers para el temido Cuerpo de Resurrección de la Tormenta Verde.

—¿Aquel eras tú? —le preguntó ella, aún sonriendo—. Lo siento mucho. Pasaron tantas cosas aquella noche, y han pasado tantas desde entonces... ¿Qué tal tienes la herida? ¿Se está curando?

—La tengo mejor —respondió Theo con valentía.

Khora rio y dijo:

—¡Los jóvenes se curan rápido! Yo mismo resulté herido una vez, en Batmunkh Gompa, allá por el año 07. Un maldito londinense me clavó la espada en el pulmón. Todavía me duele a veces.

—Theo, hijo mío —dijo su padre—, ¿por qué no le enseñas a *Lady Naga* los jardines?

Avergonzado, Theo señaló la puerta abierta y *Lady Naga* lo siguió afuera mientras sus doncellas los seguían a una distancia de cortesía. Echó

la vista atrás. Vio que Khora estaba enfrascado en una conversación con sus padres y que sus hermanas le observaban a él y se reían divertidas. Theo se dio cuenta de que seguramente estarían aventurando de cuál de las sirvientas de la embajadora iba a enamorarse. Las dos muchachas eran muy hermosas. Una era de la etnia Han, o shanguonesa; la otra debía de proceder de algún lugar del sur de la India. Su piel era oscura, como la de Theo, y sus ojos, que se cruzaron con los de él cuando la miró, eran del negro más oscuro que había visto en su vida.

Apartó la mirada rápidamente y trató de ocultar su desconcierto señalando el sendero que llevaba a su parte favorita del jardín: la terraza con vistas a la garganta. El camino quedaba a la sombra de unos árboles cargados de flores de azahar y *Lady Naga* se detuvo a recoger una que había caído al suelo. Mientras caminaban, la hizo girar entre sus manos. Al observarla, Theo se dio cuenta de que tenía los pequeños dedos moteados con zonas de piel descolorida y manchas del color del té.

—Productos químicos —le explicó ella cuando vio que se había dado cuenta—. Durante mucho tiempo trabajé en los Cuerpos de Resurrección. Los productos químicos que usábamos...

Theo se preguntó a cuántos soldados muertos habría convertido en stalkers y cómo era posible que seis cortos meses hubieran transformado a una tímida y diminuta peona de los Cuerpos de Resurrección en la esposa del líder de la Tormenta. Como si pudiera adivinar sus pensamientos, *Lady Naga* lo miró y dijo:

—Fui yo quien asesinó a la stalker Fang aquella noche. Reconstruí a otro stalker, el señor Shrike, y lo programé para atacarla. El general Naga quedó impresionado. Aparentemente, pensó que fui muy valiente. Y supongo que le pareció que yo necesitaba protección, ya que hay muchos miembros de la Tormenta que la adoraban y que se alegrarían de verme muerta. Y..., bueno, ya sabes lo sentimentales que pueden llegar a ser los soldados. Fuera como fuese, cuidó mucho de mí durante el viaje de regreso a casa, en Tienjing. Cuando llegamos allí y aseguró su liderazgo, me pidió matrimonio.

Theo asintió. Era embarazoso hablar con ella de asuntos tan privados. Él había visto a Naga: el valeroso guerrero se movía rechinando dentro de un

exoesqueleto metálico y motorizado que compensaba la ausencia de su brazo derecho y sus piernas tullidas. Era incapaz de imaginar que la doctora Zero estuviera enamorada de él. Debió de ser el miedo o el deseo de poder lo que la había hecho aceptar.

—El general debe de extrañarla —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Creo que lo hace —dijo *Lady Naga*—. Pero es un buen hombre y realmente desea la paz. Quiere restablecer la amistad entre Zagwa y la Tormenta. Lo convencí de que debía ser yo quien hablara con vuestros líderes. Y él creyó que aquí estaría más segura. Aún hay estamentos de la Tormenta que odian a Naga por intentar terminar con su guerra y que me odian a mí por destruir a su antigua líder y permitir que él se hiciera con el poder. Pensó que enviándome a medio mundo de distancia de vuelo, tal vez podría despistarlos durante un tiempo. Parece que se equivocaba...

Theo se preguntó a qué se referiría. Pero en ese momento llegaron al final de la arboleda; la terraza iluminada se abrió frente a ellos y durante unos minutos *Lady Naga* no pudo decir más que «¡Oh!» y «¡Ah!» y «¡Qué vistas tan magníficas!».

Realmente lo eran. Incluso Theo, que había visto aquel paisaje durante toda su vida, a veces se sentía sobrecogido cuando estaba en aquella terraza y se asomaba a la balaustrada. Las escarpadas laderas de la garganta de Zagwa caían en vertical hasta la curva aguamarina del río que había debajo. Las montañas se erigían sobre él, el espeso verdor del bosque nuboso daba paso a la nieve, subiendo alto, muy alto, hasta el cegador cielo, al que se elevaban montañas aún más altas; gigantescas nubes de tormenta, blancas y de un azul antracita bajo la luz del sol. Unos cuantos jinetes de las nubes pasaban el rato en las termas más altas, lo que le recordó a Theo su propio vuelo y la cometa que había perdido. Se dio cuenta de que *Lady Naga* todavía no le había agradecido que la hubiera salvado del ataque aéreo de los urbanitas. Pensaba que era eso a lo que había venido.

—¿Qué fue lo que hizo que quisieras abandonar todo esto y unirme a la Tormenta? —le preguntó.

Theo se encogió de hombros, avergonzado y molesto por recordarle su época como bomba humana voladora.

—Todo está en peligro —respondió—. Las Fuerzas Aéreas hacen todo lo que pueden para defender nuestras fronteras, pero cada año son devorados más terrenos y bosques. Las ciudades del desierto avanzan hacia el sur y traen consigo la desertificación. Llevaba tanto tiempo oyendo a mi padre y sus amigos hablar de ello que, simplemente, quería hacer algo. Y pensé que la Tormenta Verde tenía las respuestas. En aquel entonces, era más joven. Cuando eres joven, siempre crees que las cosas son más sencillas de lo que son.

*Lady Naga* sonrió sin decir nada.

—¿Cuántos años tienes, Theo?

—¿Ahora? Tengo casi diecisiete. Oh, ¡ten cuidado! —gritó. La sirvienta de piel oscura, que parecía bastante intrépida y estaba tan sobrecogida por las vistas como su ama, se había inclinado demasiado sobre la balaustrada—. ¡Cuidado! —gritó Theo—. ¡Es muy vieja! ¡Podría derrumbarse!

La chica no le prestó ninguna atención, pero la otra sirvienta dijo en voz baja:

—Rohini.

Y estiró el brazo para tirar de ella y retirarla. Los ojos negros de la muchacha se clavaron en Theo, sorprendidos y confusos.

—Rohini no puede oírte —le explicó *Lady Naga*—. Es sordomuda, la pobre. La recibí como esclava, un regalo de boda del amigo más antiguo de Naga, el general Dzhu. Por supuesto, yo no tolero la esclavitud, así que ha recuperado su libertad, pero ha elegido permanecer conmigo. Es una buena chica...

La tal Rohini le hizo una reverencia a Theo, bien para agradecerle que la hubiera salvado, bien para disculparse por haberse puesto en peligro.

—No pasa nada —dijo él—, no tiene importancia...

Entonces recordó que no podía oírlo e intentó decírselo con gestos, y eso hizo reír a las dos. Theo pensó que se comportaban igual que sus hermanas, pero en realidad no le molestó.

Justo entonces, por la escalera que venía del nivel superior de los jardines, bajó el teniente general Khora acompañado de los padres de Theo. Todos parecían muy solemnes. Khora le dirigió a *Lady Naga* una mirada que parecía significar algo, aunque Theo no supo adivinar el qué. Las dos

sirvientas dejaron de reírse de Theo y se retiraron velozmente a la otra punta de la terraza. Algunos de sus sirvientes aparecieron con mesas plegables, sillas, té rojo helado y galletitas de miel. La señora Ngoni se apresuró a colocar los asientos y mandó a los criados a buscar una sombrilla en la casa. Suponía que una persona con piel de marfil como *Lady Naga* se quemaría fácilmente con el sol y no quería que eso sucediera en su jardín.

—Bueno —dijo Khora cuando todo estuvo dispuesto—. Entremos en materia, Theo. Tengo en mente un trabajo para ti. Tal vez sea peligroso, aunque interesante, y podría ser de suprema importancia tanto para Zagwa como para el mundo. Por supuesto, no debes aceptarlo a menos que realmente lo desees. Ya has servido bien a Zagwa, y nadie pensará mal de ti si lo rechazas.

—¿Qué es? —preguntó Theo. Miró a sus padres. Su padre parecía orgulloso; su madre, preocupada—. ¿Qué quiere que haga?

En lugar de contestar directamente, Khora se levantó y se acercó a la balaustrada para mirar hacia la resplandeciente garganta.

—Theo —dijo—, cuando abordaste esa nave bárbara, ¿notaste algo extraño en su tripulación?

Theo no estaba seguro de a qué se refería.

—Eran orientales —dijo por fin—. Recuerdo que pensé que nunca había escuchado que hubiera orientales luchando para la *Traktionstadts gesellschaft*.

—Yo tampoco —replicó Khora—. Ni nadie. La aviadora que capturaste afirma que sus camaradas y ella eran mercenarios de la ciudad-balsa de Puerto Perfume, y que estaban a sueldo de una de las ciudades germanas. Tiene documentos que lo demuestran y hemos encontrado una patente de corso firmada por el alcalde de Panzerstadt Koblenz en los restos de la otra nave. No podemos demostrar que los documentos sean falsos. Y, sin embargo, hay algo que no cuadra. Algunas de las piezas de su equipo también eran sorprendentes...

—El equipo de radio de la nave que abordé... —recordó Theo— era un modelo de la Tormenta Verde...

Khora regresó a su asiento, se inclinó para acercarse a él y dijo en voz muy baja:



—Creo que lo que frustraste no fue un ataque a Zagwa perpetrado por bárbaros, sino un intento de ciertos miembros de la Tormenta Verde de asesinar a *Lady Naga*.

—¿Por qué? —empezó a decir Theo, y entonces recordó lo que *Lady Naga* le había contado—. ¿Por lo que le hizo a la stalker Fang?

—Porque me odian —respondió *Lady Naga*.

—No es solo eso —dijo Khora—. *Lady Naga* es demasiado modesta para admitirlo, pero los recientes avances hacia la paz han tenido mucho que ver con su influencia. El general Naga la adora y hace todo lo que ella le pide.

(«Intento guiarlo», respondió *Lady Naga*, sonrojándose).

—Por supuesto, hay otros integrantes de la Tormenta que no toleran la idea de firmar la paz con las ciudades-tracción —prosiguió Khora—. Les sería de extrema utilidad que *Lady Naga* fuera asesinada, y más útil todavía que fueran los traccionistas quienes lo hicieran. Naga difícilmente forzaría la paz si creyera que han sido ellos quienes han asesinado a su amada esposa.

»Por eso se han tomado tantas molestias en disfrazar su ataque como si hubiera sido obra de los Traktionstadts. Ahora que su plan ha fracasado, ¿quién sabe lo que intentarán a continuación? *Lady Naga* estará a salvo mientras se encuentre aquí, pero podrían atacar su nave de regreso a Tienjing. La estarán observando en los Caminos de las Aves, al este de Zagwa, esperando una nueva oportunidad de atacar.

»Así que hemos decidido —dijo— engañar un poco a los enemigos de *Lady Naga*. Se supone que las conversaciones deberían prolongarse aún durante una semana más, pero, entre nosotros: las conversaciones están prácticamente cerradas. *Lady Naga* nos ha convencido de las buenas intenciones de su marido y hemos accedido a ayudarlo. Dentro de unos días, una nave mercante ordinaria partirá del puerto aéreo de Zagwa y volará al noroeste, cruzando el mar de arena hasta la ciudad estática de Tibesti, y luego, de nuevo, hacia el norte, hacia las alturas de Akheggar. En algún punto del desierto, sin embargo, cambiará de rumbo y se dirigirá a Shan Guo. *Lady Naga* volará a bordo de incógnito, acompañada por uno o dos de sus sirvientes. Nadie esperará que tome esa ruta en una nave así.

Para cuando su propia nave despegue, una vez que las conversaciones hayan concluido oficialmente, ya habrá sido entregada sana y salva a su marido en Tienjing.

(«Habla de mí como si fuera un paquete», se quejó *Lady Naga*, avergonzada de estar causando tantos problemas).

—La nave en la que viaje *Lady Naga* debería tener un capitán africano —dijo Khora—. Si nuestros enemigos se enteran de que una nave capitaneada por orientales ha partido de Zagwa, nuestro plan podría verse comprometido. Pero con un zagwiano al mando, parecerá simplemente la nave de un mercader local. Por supuesto, tendría que ser alguien que haya demostrado su coraje y su lealtad y que, quizá, hable un poco de aeroesperanto.

—¿Yo? —dijo Theo, que entendió finalmente adónde quería llegar Khora.

Miró a *Lady Naga*, luego a sus padres y se dio cuenta de que todos aguardaban su respuesta. Su padre estaba petrificado en el asiento, con una galletita de miel a medio camino de la boca. Mientras Theo lo observaba, la galletita se partió lentamente en dos y la mitad inferior cayó pegajosa en su regazo.

—¿Queréis que vaya yo? —repitió.

Estaba asustado y emocionado. Volar al norte de nuevo, ver mundo, que le confiaran una misión tan importante... Miró a su alrededor, a la cómoda casa, a los escarpados jardines iluminados por el sol, y luego, de nuevo, a los rostros serios de sus padres. Ya los había desobedecido una vez, cuando se escapó para unirse a la guerra de la Tormenta Verde. Seguramente no querrían que volviera a marcharse, ¿verdad?

—¿Padre? —preguntó, nervioso—. ¿Mamá?

—La elección es tuya, Theo —dijo su padre mientras abrazaba los hombros de su esposa—. Has demostrado ser más que capaz de cuidar de ti mismo y sabemos que aquí encerrado te sientes inquieto y deseas volver al cielo.

—Como un pájaro enjaulado —dijo su madre.

—Te echaremos de menos si te vas, y temeremos por ti, y rezaremos como hicimos antes para que vuelvas sano y salvo, pero no te impediremos

ir, si eso es lo que quieres —dijo su padre—. Es un gran honor que el teniente general te haya elegido a ti.

—No tienes que decidirlo ahora —dijo Khora, con voz amable—. La nave no partirá hasta el martes, en la oscuridad de la noche. Piénsatelo esta noche, habla con tu madre y tu padre e infórmame de tu decisión por la mañana.

A Theo no le hizo falta tanto tiempo como Khora esperaba para tomar una decisión. *Lady Naga* le había salvado la vida y, a pesar de todo lo que había vivido durante el último año, el ansia de aventuras aún era intenso en su interior. Además, no podía evitar preguntarse si en los Caminos de las Aves nortños volvería a cruzarse con Wren Natsworthy.



El martes por la noche, a la oscuridad de la luna, Theo atravesaba junto al teniente general el puerto aéreo de Zagwa, situado en una meseta baja fuera de las murallas de la ciudad. En un hangar bien iluminado, el crucero de *Lady Naga*, la Primavera Flor del Ciruelo, se erigía ante él en todo su esplendor. Era la nave más hermosa que Theo había visto en su vida, pero apenas le prestó atención: su vista estaba puesta en la nave que lo esperaba estacionada en una oscura plataforma del borde más alejado del puerto. No era una nave extraordinaria —de hecho, la habían elegido precisamente porque era bastante normal—, pero Theo se dio cuenta de inmediato de que era resistente: una robusta y pequeña Achebe 1040 con unas afiladas vainas de motor y unos largos y elegantes timones. El tipo de nave se usaba en toda África como carguero o transporte, y era evidente que aquella había tenido una larga vida, que la había llenado de mugre y abolladuras. Pero era la primera nave que Theo capitaneaba y estaba convencido de que era mejor nave incluso que la Primavera Flor del Ciruelo.

Se llamaba Nzimu.

Theo ya se había despedido y, aparentemente, *Lady Naga* también, porque ya estaba esperándolo al pie de la escalerilla de abordaje de la

Nzimu con otras dos personas: un joven oficial, que había cambiado su uniforme de la Tormenta Verde por las ropas informes de un mercader, y la sirvienta sordomuda, Rohini. Khora explicó que la otra muchacha, Zhou Li, se quedaría en Zagwa para vestir las ropas de su ama y hacerse pasar por ella durante el banquete oficial que se celebraría la semana siguiente. Era más alta que *Lady Naga* y no era aleutiana, sino de la etnia Han, pero se parecía a ella lo suficiente como para despistar a los espías que pudieran estar observando y hacerles creer que la embajadora seguía todavía en Zagwa.

—Theo —dijo *Lady Naga*, tomando sus manos, agradecida, cuando él se detuvo frente a la Nzimu—. Te acuerdas de Rohini, ¿verdad? Y este es el capitán Rasputra, que ha insistido en venir como mi guardaespaldas personal.

—Es un cargamento muy valioso —dijo Rasputra, y su blanca sonrisa cegó a Theo desde la negrura de su barba—. Le prometí a Naga que no la perdería de vista.

—Solo seremos nosotros cuatro —dijo *Lady Naga*.

—Cuando repostéis en Tibesti —dijo Khora—, haz creer a todo el mundo que *Lady Naga* y el capitán son tus pasajeros, y Rohini, tu esposa.

—De acuerdo —dijo Theo mirando a la hermosa sirvienta y alegrándose de que sus hermanas no estuvieran allí para verlo.

El capitán Rasputra dijo:

—Se está levantando viento.

*Lady Naga* se volvió hacia Khora:

—Su país es hermoso, teniente general. Espero volver algún día, cuando la paz también regrese al mundo.

—Espero que ese día llegue pronto —dijo Khora devolviéndole la reverencia. La brisa hizo ondear sus capas. Mientras se enderezaba, Khora añadió—: *Lady Naga*, tengo que agradecerle de corazón que nos haya librado de la stalker Fang. Yo conocí a Anna Fang en vida, y la amaba. Pensar que esa cosa infame iba por ahí con su rostro...

—Lo sé —respondió *Lady Naga*—. Sé lo que se siente. Mi propio hermano... Pero no debe temer por Anna Fang. Descansa en paz. —Miró

más allá del teniente, hacia Theo, y extendió sus pequeñas manos de nuevo hacia él—. ¿Theo? ¿Te parece bien si subimos a bordo?

## 5

### Un muchacho y su stalker

Fishcake corría por un callejón de las plataformas inferiores de las profundidades de El Cairo. El callejón estaba muy concurrido, incluso a aquella hora tardía, pero aquello no le preocupó. Solo tenía diez años y no llegaba mucho más allá de la cintura de los transeúntes, que apenas se fijaban en él mientras se abría paso entre la multitud y aferraba la bolsa de Vieja Tecnología robada que escondía bajo sus ropas. De vez en cuando se detenía entre los grupos de hombres que se congregaban para discutir y regatear frente a los puestos donde se amontonaban restos de maquinaria. Les encantaba discutir allí abajo, en el bajo zoco. Si Fishcake controlaba bien los tiempos y esperaba hasta que la discusión alcanzaba su punto álgido, nunca veían cómo su flaca y blanca mano se lanzaba a por un pedazo de circuito o un fragmento de armadura mellada.

Cuando ya tenía lo que necesitaba, se detuvo frente a un puesto de comida y robó un dulce pegajoso, que se comió a la carrera mientras se escabullía por el largo laberinto de escalerillas, peldaños y pasarelas de mantenimiento entre plataformas que acababan en los sumideros de El Cairo. La ciudad retumbaba sobre los vastos campos en su camino hacia las orillas del mar Medio, y los fétidos vertidos de su sistema colector de aguas pluviales repicaban con el chillido y el gruñido que hacían los grandes ejes al girar. Allí abajo casi todo era sombrío, salvo aquellos lugares donde los rayos de luz roja procedente de los hornos y las refinerías se colaban entre las rejillas. La peste, el ruido y los gases habrían resultado insoportables para la mayoría de la gente, pero para Fishcake aquello era un hogar. Se

sentía a salvo en el ruidoso vientre de la ciudad, donde casi nunca venía nadie.

Comprobó de todas formas que nadie le hubiera seguido antes de abrir una rejilla en la pared de la alcantarilla principal, arrojó su pesada bolsa por el agujero y luego se deslizó tras ella.

El pequeño cuarto lateral en el que aterrizó estaba oscuro. Oscuro y seco. Un siglo antes, El Cairo había ido de caza al lejano sur, a tierras donde las lluvias eran intensas y frecuentes. En aquella época, había necesitado de aquella red de colectores pluviales, pero desde que la ciudad había regresado al desierto, todos estaban sellados y olvidados. En el bajo zoco, Fishcake escuchaba que los hombres decían a menudo que en las alcantarillas se aparecían genios y fantasmas malignos. Siempre le hacía sonreír, porque tenían razón.

Recogió su bolsa y empezó a revolver entre la pila de envoltorios de comida grasientos y las botellas de agua vacías que había en el suelo del cuarto. Casi al fondo de la sala, donde una luz entraba titilando a intervalos irregulares a través de otra de las rejillas, algo se movió.

—¿Fishcake? —susurró una voz.

—Hola, Anna —dijo Fishcake.

Se alegró de que fuera ella. Encendió su lámpara, un globo de argón alimentado con la energía que robaba mediante un empalme al cable del nivel superior. Ella había desenfundado las garras cuando le había oído llegar, y las largas cuchillas seguían a la vista, alzadas frente a su ciego rostro de bronce. Fishcake sintió lo que siempre sentía cuando volvía a casa con ella: orgullo, asco y una especie de amor. Orgullo, porque la había reconstruido con sus propias manos, recomponiendo las piezas de su cuerpo destrozado que había rescatado del desierto. Asco, porque no había quedado tan bien como él esperaba. Su armadura, que antiguamente era tan lisa y plateada, ahora presentaba un aspecto mate y mellado, como un cubo viejo, llena como estaba de costras de soldaduras y ribeteada con remiendos que había hecho alisando latas de sopa. Y, aunque nunca antes había visto un stalker en acción, estaba seguro de que sus articulaciones y sus cojinetes no deberían chirriar cada vez que se movía.

Y en cuanto al amor, bueno, todo el mundo necesita amar a alguien, y la stalker era lo único que Fishcake tenía. Ella lo había salvado en el desierto, indicándole lo que tenía que hacer, explicándole cómo reconstruirla. Era una compañía extraña, en ocasiones temible, pero era mejor que estar solo.

—He encontrado algunos acoplamiento —dijo Fishcake, vaciando la bolsa en la esquina de la estancia donde guardaba sus herramientas robadas. La sala se sacudía y se estremecía con los movimientos de la ciudad. La luz atravesaba las rejillas, resplandeciendo en el rostro impassible de la stalker, en su reconfortante sonrisa de bronce—. Te recompondré muy pronto —prometió Fishcake—. Esta noche...

—Gracias, Fishcake. Gracias por cuidarme.

—No es nada.

Fishcake se había dado cuenta de que aquella stalker era, en realidad, dos personas. Una era la stalker Fang, un ser severo y despiadado que había regido el rumbo de la Tormenta Verde durante años y que ahora regía el de Fishcake. Sin embargo, de vez en cuando se sacudía y temblaba y se quedaba callada durante un momento, y cuando volvía a hablar era Anna, que era mucho más amable y estaba un tanto desconcertada.

Al principio, Fishcake creía que Anna era solo el resultado de un cortocircuito en el interior del complicado cerebro de la stalker, pero a medida que pasaban los meses había llegado a comprender que era más que eso. Anna recordaba todo tipo de cosas que habían sucedido mucho tiempo atrás y le gustaba hablar de gente y lugares de los que Fishcake jamás había oído hablar. Muchas de sus historias no tenían sentido; no eran más que listas de imágenes y nombres sin conexión entre sí, como piezas aleatorias de cien rompecabezas mezclados. A veces se limitaba a emitir sollozos, o imploraba a Fishcake que la matara, algo que él no sabía cómo hacer y que no habría hecho ni aun sabiéndolo. No fuera que volviera a convertirse en la stalker Fang mientras lo hacía y que ella lo matara a él. Pero le gustaba Anna. Y se alegraba de que, aquella noche, fuera ella.

Encontró sus piernas en un rincón, bajo unos cuantos periódicos. Hacía meses que las había reconstruido y estaba bastante satisfecho con ellas, aunque la parte de abajo de la pierna derecha y el pie derecho se habían perdido y había tenido que sustituirlos con la pata de una vieja mesa



metálica. No había conseguido unir las al resto de su stalker porque nunca lograba dar con los acoplamientos adecuados. Pero aquella noche, en el bajo zoco, por fin había tenido suerte. Se debía a aquella tregua con oriente: a El Cairo estaban llegando mercaderes de un montón de lugares que habían estado en guerra hasta hacía muy poco, desde el territorio de la Traktion stadts-gesellschaft y los campos de batalla de Altai Shan. (Y en Altai Shan no había precisamente escasez de piezas de stalker en mal estado).

Fishcake bebió un poco de agua y se puso a trabajar.

—Pronto estaremos lejos de aquí —dijo.

—¿Has encontrado una nave? —susurró la stalker. Parecía ansiosa. Una cosa que tanto la stalker Fang como Anna tenían en común era que ambas agobiaban a Fishcake para que terminara de repararlas y las llevara a un lugar llamado Shan Guo. La stalker Fang tenía algo importante que hacer allí; Anna solo quería volver a casa—. Yo, una vez, tuve una nave propia —susurró—. La Jenny Haniver. La construí yo misma, en Arkangel. Robé piezas de los desguaces de Stilton y hui volando...

—Una nave no... —dijo Fishcake, que ya estaba cansado de aquella historia—. ¿Cómo pretendes que birlamos una nave? El aeródromo está tres niveles más arriba, es demasiado peligroso.

—Pero no podemos caminar hasta Shan Guo. Nos llevará demasiado tiempo.

Fishcake colocó una pierna en su sitio y se entretuvo conectando cables y alambres.

—No tendremos que caminar —dijo—. Hoy he escuchado noticias en el bajo zoco. ¿Sabes a dónde se dirige El Cairo? A Brighton. Vamos a estacionarnos junto al mar y a comerciar con Brighton. Habrá botes y otras cosas para cruzar hasta allí. Y supongo que en Brighton seguirá habiendo lapas. Podremos llegar a Shan Guo fácilmente en una lapa.

—Ojos —susurró su stalker. Se volvió para mirarlo, mostrándole las lentes destrozadas de sus ojos—. Necesitaré ver, si debemos llegar a Shan Guo. Me encontrarás ojos nuevos.

Su voz había cambiado. Seguía siendo un susurro, pero ahora era más áspero y siseante. Fishcake supo que ahora estaba en presencia de la stalker Fang. Mantuvo la compostura.

—Lo siento. Nada de ojos. No los encuentro por ninguna parte. Tal vez en Brighton, ¿qué te parece? Quizá encuentre ojos de stalker en Brighton.

Pero tenía la sensación de que no sería así. De hecho, en varios de los puestos que frecuentaba en el bajo zoco había ojos de stalker a la venta. Enormes jarras de cristal llenas de ellos, como si fueran caramelos. Fishcake había decidido muy pronto que no robaría ojos para su stalker. No era idiota. Sabía que era más fuerte, rápida e inteligente que él. Pero, mientras estuviera ciega, no tendría más remedio que quedarse con su pequeño Fishcake.

—Tal vez en Brighton —repitió, y se puso a trabajar en la otra pierna.

## 6

### Seda color lluvia

La Nzimu voló en dirección nornoroeste durante toda la noche. Al alba surcaba a velocidad de crucero el aire tranquilo sobre lo que parecía un desierto infinito. Theo, que tenía los nervios de punta mientras guiaba su navecita sobre las montañas al norte de Zagwa, pronto empezó a sentirse algo aburrido. Todo iba como la seda. La embajadora estaba en su camarote, en lo alto de la cubierta. Su hermosa sirvienta bajaba de vez en cuando por la escalerilla, con el frufrú de su vestido de seda multicolor, para contemplar las vistas por las ventanas de la góndola. Theo se había girado y la había sorprendido mirándolo una o dos veces aquel día. En cada ocasión, sus ojos oscuros se apartaron velozmente de los suyos, demasiado interesados de repente en los conductos que había sobre el puesto de control principal, o en la vibración de las agujas del altímetro.

Había algo en ella que le resultaba familiar y que incordió a Theo durante sus largas y aburridas horas en dirección norte. ¿Sería que le recordaba a Wren? Pero ella era mucho más guapa que Wren...

El capitán Rasputra, por otro lado, resultó ser amable, competente y educado, y estaba completamente convencido de que podía pilotar la nave y devolver a *Lady Naga* a Tienjing sin ayuda de Theo Ngoni.

—Mira, mi querido amigo —dijo cuando bajó a relevar a Theo aquella noche—, arreglémonos entre nosotros. Soy un piloto con doce años de experiencia en el escuadrón personal del general Naga. Y tú, en cambio, ¿quién eres? Un aficionado. Un piloto de Acróbata frustrado. No pretendo resultar desagradable, pero la verdad es que, a efectos oficiales, solo eres el

comandante de esta tartana para poder mantener la coartada de que se trata de una embarcación zagwiana en un viaje comercial. A efectos prácticos, mientras estemos aquí arriba, en el cielo, creo que será mejor que dejes que me encargue yo, ¿qué te parece?

Antes de acostarse aquella noche, Theo trepó a lo alto de la cubierta y se quedó de pie, en medio del viento, sobre la diminuta plataforma de observación, tratando de divisar problemas. No detectó ninguno. Nada, salvo unas cuantas pequeñas poblaciones desérticas en movimiento, seguidas de las largas estelas de polvo que arrastraban a su paso y demasiado ocupadas con sus propios problemas como para prestar atención a una nave que pasaba. El aire también estaba desierto, salvo por un tren aéreo que se dirigía al sur, muy lejos, con su larga cadena de cubiertas brillando como un collar de ámbar al sol.

Theo suspiró, casi deseando que los piratas aéreos o los asesinos los atacaran para poder demostrarles su utilidad a *Lady Naga* y el capitán Rasputra. Se imaginó a sí mismo volviendo a hacer algo heroico (y olvidando, convenientemente, el miedo que había sentido a bordo del supermosquito) y que el rumor se extendía por los Caminos de las Aves hasta llegar a Wren. Cuando intentó imaginar a Wren, sin embargo, descubrió que el único rostro que le venía a la mente era el de la sirvienta Rohini.



Sola en su camarote de popa en la cubierta de la Nzimu, Enone Zero, *Lady Naga*, se arrodilló, inclinó la cabeza, juntó en alto las palmas de sus manos salpicadas de manchas y comenzó a recitar sus oraciones. No esperaba que Dios respondiera, no creía que funcionara así. Sin embargo, había sentido su presencia de una manera muy evidente desde aquella noche en la Nube 9 en la que pensó que estaba a punto de morir. Le había otorgado fuerza, consuelo y valor. A Enone le parecía que lo mínimo que podía ofrecerle a cambio eran sus oraciones.

Así que dio gracias por su estancia en Zagwa, por la amabilidad de la reina, del obispo y del teniente general Khora. Dio gracias por la valentía de Theo Ngoni y rezó para que no sufriera ningún daño en aquel viaje clandestino. Entonces la distrajo un pensamiento muy poco espiritual: era una lástima que su marido no pudiera ser tan joven y atractivo como Theo...

Abrió los ojos y miró el retrato de Naga que había junto a su camastro: el cuerpo tullido amarrado a una armadura de combate mecanizada; el maltrecho rostro ocre contraído en la incómoda sonrisa de alguien que no tiene experiencia en materia de sonreír. Cada vez que lo veía, se preguntaba qué era lo que hacía que un hombre como aquel la amara.

Ella no lo amaba a él. Tan solo agradecía su protección y se alegraba de que el gobierno de la Tormenta Verde hubiera pasado a manos de un hombre decente. Por eso no había sido capaz de decir que no cuando le pidió que se convirtiera en su esposa.

—Por supuesto —dijo.

Una sensación de entumecido asombro se instaló en ella y no la abandonó hasta que se vio engalanada con su vestido de novia rojo y se puso de puntillas para besar a su recién estrenado esposo, todo frente a una enorme asamblea de oficiales, sacerdotes, damas de honor y un nerviosísimo sacerdote cristiano que había volado, a un precio considerable, desde alguna ciudad estática del Archipiélago Occidental para llevar la bendición del nuevo dios de Enone al matrimonio.

Un suave golpe en la puerta irrumpió en sus recuerdos. La puerta del camarote se abrió y Rohini, tímida y silenciosa, como siempre, entró por ella. Enone se sentó en su tocador portátil y se quitó las horquillas del pelo para que la muchacha pudiera cepillárselo. A la luz de las lámparas, las puntas de su cabello tenían un leve reflejo caoba, un recordatorio de que algunos de sus antepasados más remotos probablemente habían sido americanos huidos a las remotas islas Aleutianas tras la Guerra de los Sesenta Minutos. Un motivo más para que la línea dura de la Tormenta Verde la despreciara...

Intentó olvidarse de ellos y disfrutar del suave tacto de las manos de Rohini y del ligero y aletargado arrullo del cepillo. Se alegraba de que la

muchacha se hubiera ofrecido voluntaria para acompañarla en aquel viaje. Rohini era mucho más dulce y tranquila que el resto de sirvientas, las cuales parecían ligeramente resentidas cuando Enone intentaba tratarlas como iguales. Rohini era la única que parecía apreciarla de verdad y valorar la amabilidad que Enone le mostraba.

Por eso resultó ser una horrible sorpresa cuando Rohini soltó el cepillo, rodeó con el cinturón multicolor de sus ropas la garganta de Enone y, tirando con fuerza, siseó con una voz que Enone nunca le había escuchado:

—¡Sabemos lo que hiciste, maldita prourbanita! ¡Sabemos cómo destruiste a nuestra amada líder y sedujiste a ese necio de Naga! Ahora verás cómo trata la verdadera Tormenta a los traidores...



Algo había despertado a Theo y no conseguía volver a dormirse. En su camarote hacía frío, su camastro era incómodo y extrañaba mucho su hogar. Encendió la lámpara y miró su reloj de muñeca. Aún faltaban bastantes horas para que llegara el momento de relevar a Rasputra al timón. Gruñó, apagó la luz y se arrebujó bajo las ásperas mantas para intentar volver a dormirse, sin conseguirlo.

Mientras estaba allí tumbado, fue poco a poco convenciéndose de que su nave había alterado el rumbo. El sonido del viento contra la cubierta había cambiado de un modo muy sutil. Había aprendido a prestar atención a esos detalles durante su estancia a bordo de los cargueros de las Fuerzas Acróbatas, donde cualquier inexplicable cambio de dirección podía significar que la unidad se dirigía hacia la batalla. La Nzimu no debía alterar su dirección antes de avistar las montañas del Tibesti y Theo no esperaba que eso sucediera antes del amanecer.

¿Qué estaba pasando? Imaginó una bandada de máquinas voladoras bárbaras aproximándose por barlovento, o una nave pirata elevándose desde su guarida entre las dunas. ¡Muy propio de Rasputra intentar dejarlos atrás sin ni siquiera avisarlo! Giró sobre sí mismo para incorporarse de su

camastro y empezó a ponerse las botas y el abrigo, lo único que se había quitado antes de acostarse.

A mitad de camino de la escalerilla central, Theo atisbó a Rohini en la pasarela de abajo. Iba hacia la popa, hacia el camarote de *Lady Naga*. Estaba a punto de llamarla y preguntarle qué había pasado cuando recordó que no podía oírlo. Además, no quería alarmarla con lo que podría ser un inocente reajuste del rumbo. No hasta que hubiera hablado con Rasputra, al menos.

Esperó hasta que ella hubo pasado de largo. Luego bajó los últimos tramos de la escalerilla y se dejó caer en la góndola.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Pero el capitán Rasputra no pudo decírselo porque alguien le había cortado el cuello tan profunda y hábilmente que había muerto antes incluso de que su plácido rostro pudiera mutar en una expresión de leve sorpresa.

—¿Capitán Rasputra? —dijo Theo.

Notó una pequeña oscilación que le hizo dar un respingo, pero era solamente su propio reflejo —con los ojos muy abiertos y un aspecto estúpido— en una ventana. Se miró a sí mismo. ¿Quién habría hecho aquello? ¿Había un intruso a bordo de la *Nzimu*? ¿Había abordado algún asesino la nave, del mismo modo que él había abordado aquellos supermosquitos sobre *Zagwa*? Pero no, el olor de la sangre y el horror de encontrarse a solas con un hombre muerto en aquel cubículo de paredes de cristal le recordaron con viveza las cosas que Wren y él habían visto en la *Nube 9*. Ahora sabía por qué Rohini le resultaba tan familiar.

Tiró de un hacha contraincendios para descolgarla del gancho de la pared y se obligó a sí mismo a regresar a la escalera y subir por ella. Mientras corría por la pasarela hacia la puerta del camarote de *Lady Naga*, oyó que en el interior alguien decía algo sobre traidores. Escuchó el ruido de una pelea y de cosas que caían y rodaban. Theo gritó para darse valor y blandió su hacha contra el candado de la puerta. El candado se desprendió al primer golpe y la puerta se abrió de par en par.

Dentro, en medio del gurrño de sábanas y mantas del camastro volcado y del destello rodante de los frascos y las botellas del tocador, *Lady Naga* estaba arrodillada arañando con ambas manos el cinturón que Rohini usaba

para estrangularla. La expresión triunfal de Rohini se desvaneció levemente cuando se dio media vuelta y vio a Theo, de pie, en el vano de la puerta rota.

—¿No puedes llamar? —le preguntó, furiosa.

—Cynthia Twite —dijo Theo.

—¡Sorpresa! —contestó la chica, con una sonrisa.

*Lady Naga* dejó escapar un horrible gorgoteo, como el del agua remanente de una bañera cuando se desliza por el desagüe. Theo avanzó un paso y blandió el hacha, pero era demasiado precavido para usarla y sabía que Cynthia era consciente de ello. Recordó lo vanidosa que era la muchacha y dijo:

—Estás distinta...

Funcionó. Cansada de *Lady Naga* por el momento, Cynthia le dio al cinturón de seda un último y fuerte tirón y lo soltó. Su víctima cayó hacia delante y quedó tumbada boca abajo, inmóvil.

—Me queda bien, ¿verdad? —preguntó Cynthia, señalándose el cabello negro, rubio la última vez que Theo la había visto, y la piel morena, antes clara. Sonrió, como si Theo acabara de hacerle un cortés halago. Era su única debilidad como agente secreta: estaba tan pagada de su propia inteligencia que era incapaz de resistirse a explicarles a sus víctimas cómo las había engañado.

Theo tenía la esperanza de que, si conseguía mantenerla hablando el tiempo suficiente, algún dios piadoso le introdujera alguna idea en su mente.

—El pelo y la piel fueron fáciles —estaba diciendo Cynthia—. Lo verdaderamente complicado fueron los ojos. Llevo unos pequeños artilugios de Vieja Tecnología que se llaman «lentes de contrato». —Se tocó el dedo con un ojo y parpadeó. Cuando apartó la mano, su ojo había recuperado su color azul aciano original. Miró a Theo de manera inquietante desde su oscuro rostro—. Si sirvieras para algo —dijo—, ya habrías intentado golpearme. Pero veo que sigues siendo un cobarde. La verdad es que estoy deseando matarte, Theo Ngoni. Por eso te he dejado para el final.

—Por favor —susurró *Lady Naga*, jadeando en la cubierta como una criatura medio ahogada—. No le hagas daño...



Cynthia le dio un pisotón.

—¡Estamos hablando!

—Cynthia —gritó Theo—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Cynthia avanzó un paso más y volvió a mirarlo con sus ojos de color extraño.

—Esta zorra aleutiana traicionó a nuestra líder para que Naga pudiera hacerse con el poder. ¿De verdad creías que los que amábamos a la stalker Fang permitiríamos que se saliera con la suya?

—Pero ¿por qué aquí? —exclamó Theo, impotente—. ¿Por qué ahora? Eres miembro de su servidumbre. Podrías haberla matado en Tienjing... Y a Naga también.

Cynthia suspiró exageradamente, irritada por su candidez.

—No queremos a Naga muerto —le explicó—. Eso solo conduciría a una guerra civil y a distraernos de lo verdaderamente importante: matar urbanitas. Solo queremos que renuncie a la tregua. Si tú no hubieras interferido cuando hice llamar a nuestras naves a Zagwa, esto ya habría terminado. Pero soy paciente. Dentro de unos minutos, este cubo viejo y oxidado caerá a tierra envuelto en llamas. Rohini será la única superviviente y ella le contará a Naga cómo Zagwa nos vendió a los urbanitas y cómo estos derribaron nuestra nave. Eso debería dar por finalizada cualquier alianza entre Naga y los tuyos. Y en cuanto a los urbanitas... Bueno, difícilmente va a sentarse a tener conversaciones de paz con ellos cuando sepa lo que le han hecho a su preciosa mujercita. Las armas volverán a disparar. ¡Y nuestra ama nos recompensará cuando regrese a Tienjing!

—¿Te refieres a Fang? ¡Pero si está muerta!

Cynthia sonrió siniestramente.

—Siempre estuvo muerta, africano. Precisamente por eso no pueden matarla. Está esperando a que terminemos con esta traicionera cháchara llena de treguas y condiciones. ¡Entonces regresará y nos guiará hacia la victoria absoluta!

—¡Estás loca! —dijo Theo.

—Oh, eso es muy amable viniendo de alguien que va por ahí destrozando puertas con una sucia hacha gigante —dijo Cynthia.

Sin más aviso que ese, Cynthia levantó un pie y lo propulsó hacia atrás de una patada. La gran hacha contraincendios salió despedida de las manos de Theo mientras él atravesaba la puerta abierta tambaleándose y rodaba por la escalerilla hasta el nivel inferior.

La rejilla que cubría el suelo de la pasarela le golpeó con fuerza en la cara. Theo se quedó un momento allí tumbado, paladeando la sangre en su boca y escuchando cómo Cynthia iba hacia él. Oyó que sus pisadas avanzaban por la pasarela que tenía encima y vio su sombra moverse sobre la superficie de la célula de gas que había allí arriba. Se arrastró hasta la cámara que quedaba entre ambos niveles y, un segundo después, las pisadas cesaron.

—¿Theo? —lo llamó Cynthia—. No pienses que voy a ir a buscarte. Me muero de ganas de matarte, pero la verdad es que no puedo entretenerme jugando al escondite. De todas maneras, tampoco es que eso vaya a cambiar nada. Hay una bomba bajo la célula de gas central programada para estallar a medianoche. Así que voy a coger una de esas estúpidas cometas zagwianas vuestras y a largarme de aquí: he acordado reunirme con unos amigos míos en el desierto dentro de un rato. ¡*Chaíto!*

Las pisadas volvieron a resonar, y fueron silenciándose a medida que Cynthia ascendía y se alejaba de él. Theo supuso que debía de estar dirigiéndose a la salida de emergencia de la parte lateral de la cubierta. Allí había una taquilla con docenas de cometas almacenadas, versiones ordinarias de la que él mismo había usado en Zagwa. Esperó, escuchó cómo se abría la compuerta y, luego, cómo los sonidos del interior de la cubierta cambiaban a medida que el aire entraba en ella. Gateó rápidamente por un soporte lateral hacia el lugar del recubrimiento de cubierta donde había atornillada una claraboya de plastiglás. Fuera, a la luz de las estrellas, en la lejanía, un murciélago negro se recortó durante un instante contra las olas plateadas del desierto.

¿Qué había del resto de cometas? Conociendo a Cynthia, seguro que las había destruido. Aunque, tal vez, el retraso que Theo le había causado le hubiera dejado sin tiempo para ocuparse de ellas. Miró su reloj y comprobó con alivio que aún quedaban ocho minutos para la medianoche. Ignorando el dolor que tenía en el pecho y el costado, comenzó a dirigirse hacia la

taquilla de las cometas. Aunque no hubiera sabido dónde estaba, habría podido encontrarla rastreando el origen de aquel viento helado que aullaba a través de la compuerta abierta. Como era de esperar, la taquilla estaba vacía: Cynthia había hecho un fardo con el resto de cometas y las había arrojado por la compuerta antes de despegar. Cuando Theo asomó la cabeza por el hueco, sin embargo, vio que una de las cometas había quedado enganchada en el flechaste, a unos pocos metros de la escotilla. No le costó estirarse y arrastrarla de nuevo a bordo.

Respirando violentamente, comenzó a abrochársela. Entonces recordó a *Lady Naga*. La cometa era grande, y ella era pequeña: Theo estaba seguro de que podría cargar con los dos. Pero ¿seguiría aún con vida? Miró rápidamente su reloj. Subir hasta el armario de las cometas no le había llevado tanto como pensaba. Tenía que intentar salvar a *Lady Naga*. Lo había prometido.

Dejó la cometa en la taquilla y se lanzó por la empinada escalerilla hasta su camarote. *Lady Naga* estaba tendida en el mismo lugar donde la había dejado. Pensando que era Cynthia, empezó a sollozar y trató de arrastrarse lejos de la puerta cuando lo escuchó entrar.

—No pasa nada —le dijo, arrodillándose junto a ella y ayudándola a darse la vuelta.

—Rohini —gruñó.

—Se ha ido —dijo Theo, ayudándola a levantarse—. De todas maneras, nunca fue Rohini. Su nombre es Cynthia Twite. Formaba parte del cuerpo privado de espionaje de la stalker Fang.

—¿Twite? —*Lady Naga* frunció el ceño y gimió. Daba la impresión de que le doliera pensar—. No. Esa era una muchacha blanca, la agente de la stalker en la Nube 9... Naga la llevó a casa a bordo del Vórtice del Réquiem, pero desapareció cuando llegamos a Shan Guo... Oh, Theo, tengo que volver a casa. Si no lo hago, ella y sus amigos le dirán a Naga que los urbanitas me han matado y la paz fracasará...

—No intente hablar —dijo Theo, preocupado de que forzar aquellas palabras por su maltrecha y amoratada garganta le hiciera más daño—. La llevaré a casa, se lo prometo. Pero antes tenemos que salir de esta nave. —Comprobó su reloj—. Hay una... —dijo, y entonces calló.

Aún quedaban ocho minutos para la medianoche.

*La caída por las escaleras, pensó. Mi reloj está roto...*

Apenas tuvo tiempo de recordar a su padre diciendo: «No sé por qué vosotros, los jóvenes, lleváis esa chatarra de relojes de pulsera. Los relojes de bolsillo son más elegantes y mucho, muchísimo más fiables», antes de que la explosión hiciera su nave mil pedazos a sus pies.

## 7

### Brighton se mece

Brighton había ido a peor desde que Wren y Theo se habían marchado. El palacio volante de la Nube 9 había desaparecido, llevándose consigo a la mayor parte de la élite de gobernantes de la ciudad. Ahora, Brighton estaba gobernada por los muchachos perdidos. Arrastrados a bordo como prisioneros de la Sociedad Shkin, habían escapado de sus celdas la noche del ataque de la Tormenta Verde. Se habían adueñado de la ciudad, habían establecido sus pequeños reinos entre las pulcras y blancas calles de Queen's Park y Montpelier y los fríos y húmedos laberintos de los Laines, y se habían rodeado de ejércitos privados de mendigos y esclavos rebeldes. Luchaban entre ellos o establecían endebles alianzas que se rompían luego por un par de zapatos robados o una mirada de deseo a una esclava bonita. Era imposible anticipar el próximo movimiento de un muchacho perdido. Eran despiadados y sensibles, avariciosos y generosos. Muchos de ellos estaban desquiciados. Por las noches, sus seguidores competían en carreras por los paseos tapizados de basura vengando chanchullos de drogas frustrados e insultos imaginados.

A pesar de todo, Brighton seguía siendo un destino recreativo bastante popular. Los visitantes de clase alta la habían abandonado por completo (los hoteles de lujo, o bien estaban en ruinas, o bien habían sido reconvertidos en las fortalezas de los muchachos perdidos) y ya no la abordaban familias felices que llenaban los hoteles más baratos y chapoteaban en la Piscina Marítima. En cambio, ahora había cierto tipo de personas (artistas adinerados, procedentes de los acomodados niveles centrales de ciudades

que nunca habían sufrido la guerra, y jóvenes malcriados, con ganas de vivir pequeñas aventuras antes de sentar la cabeza en las carreras que les habían pagado sus padres) que encontraban la nueva Brighton provocadora y excitante. Los emocionaba rozarse hombro con hombro en discotecas y bares con verdaderos criminales y rebeldes amotinados; les encantaba que algunos de los muchachos perdidos entraran pavoneándose con sus séquitos en los restaurantes en los que comían; consideraban que la marea de aguas residuales que salpicaba los paseos, la estridente e incesante música y los cadáveres que se lanzaban por la borda al alba eran, de alguna manera, signos de que Brighton era más real que las ciudades de las que ellos procedían. Durante su estancia, algunos sufrían robos, todos eran desplumados y a unos cuantos los encontraban en los callejones de la Hoya de los Topos y la Orca Blanca con los bolsillos vacíos y los cuellos cortados. Pero los supervivientes volvían a casa, en Milán, Peripatetiápolis y St Jean Les Quatre-Mille Chevaux, y pasaban los años siguientes aburriendo a sus amigos y familiares con las anécdotas de sus vacaciones en Brighton.

Había algunos así entre los pasajeros de la lancha que partía en ese momento de la playa donde había estacionado El Cairo, pero la mayoría tenía motivos bastante más oscuros para visitar Brighton. Eran camellos que iban a pasar caballo y hachís, o ladrones, o traficantes de armas, u hombres de aspecto siniestro que habían oído que en Brighton, últimamente, se podía comprar cualquier cosa. Y arriba, en la proa, empapado por el agua que salpicaba por la borda cada vez que la lancha rompía una ola con su morro romo, Fishcake permanecía de pie, observando el complejo residencial cada vez más cercano y deseando haber permanecido en la seguridad de la costa.

En su escondrijo de El Cairo le había resultado fácil complacer a su stalker, prometiéndole que robaría una lapa para ella. Pero ahora que los herrumbrosos flancos de Brighton se elevaban frente a él sobre la marea crecida, estaba empezando a tener serias dudas. No dejaba de recordar que los muchachos perdidos, sus antiguos compañeros, lo consideraban un traidor. La última vez que se había cruzado con algunos de ellos le habían dejado claro que les encantaría matarlo de un montón de ingeniosas maneras. No había tenido más remedio que saltar por la borda y jugársela

en el oleaje. Había supuesto que, para entonces, las autoridades de Brighton ya los habrían reducido, pero escuchando hablar a sus compañeros de pasaje se dio cuenta de que estaba equivocado: ahora, los muchachos perdidos eran la autoridad.

La lancha se balanceó mientras pasaba de largo frente a la deteriorada popa de Brighton, dejando atrás hélices, descuidados paseos y un distrito llamado Plage Ultime donde había una hilera entera de lapas aparcadas en un sucio muelle metálico. Una chica que había cerca, una viajera procedente de alguna ciudad rica, le dijo a su novio:

—¡Puaj! ¡Vaya máquinas tan espantosas! ¡Son como arañas gigantes!

—¡Los submarinos de los muchachos perdidos! —dijo el joven—. Pueden contratarse paseos a bordo para ver la ciudad desde abajo. Y no solo se usan para eso: los muchachos perdidos siguen teniendo corazón de pirata. He oído historias sobre poblaciones que se han cruzado en la trayectoria de Brighton y nunca más se ha vuelto a saber de ellas.

—Puaj —volvió a decir la chica, pero parecía encantada con la idea de estar a punto de abordar una ciudad en la que vivían piratas de carne y hueso.

Fishcake no compartía su entusiasmo. La idea de regresar allí le parecía cada vez peor.

La lancha entró en un canal de aguas tranquilas y sucias entre el casco central de la ciudad y el distrito de batangas de Kemptown. Los embarcaderos recreativos abandonados formaban arcos en lo alto y de sus corroídas grúas de pórtico se desprendía una lluvia de copos de óxido cada vez que la marea desplazaba Brighton. Las voces de la tripulación de la lancha reverberaban por el estrecho túnel que llevaba hacia la escalerilla de anclaje donde aguardaban los estibadores. Aromas de aceite y salmuera. Un gato muerto se mecía sobre un colchón de desechos a la deriva. La lancha apagó sus motores y el resto de los pasajeros empezaron a recoger sus maletas y a palmearse la ropa para comprobar que las carteras y cinturones donde guardaban su dinero seguían a salvo, pero Fishcake se limitó a girar el cuello, se bajó la visera de la gorra mugrienta y deseó poder quedarse en la lancha y dejar que lo llevara de vuelta a El Cairo.

Su stalker, sentada junto a él en silencio y envuelta en una larga capa con capucha que había robado para ella en el bajo zoco, pareció percibir su miedo. Sus dedos de acero se cerraron suavemente en torno a su brazo, y susurró:

—No hay nada que temer. Estoy contigo.

Aquel día era Anna. Fishcake tomó la mano de ella en la suya, la apretó con fuerza y se sintió un poco más valiente. Ni siquiera le preocupó demasiado que una ráfaga de viento le arrancara la gorra y la arrojara, dando volteretas, hacia la luz del sol.



Dos niveles más arriba, en un hotel fortificado de Ocean Boulevard, un muchacho perdido llamado Brittlestar se giró bruscamente para ver cómo una gorra extraviada pasaba revoloteando frente a su ventana.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber.

Sus amigos y guardaespaldas se llevaron las manos a las armas de sus cinturones y respondieron que no lo sabían. Una de sus esclavas dijo que pensaba que solo era una gorra.

—¿Solo una gorra? —siseó Brittlestar—. ¡Nada es solo algo! ¡Algo tiene que significar! ¿De dónde ha salido? ¿De quién era?

Sus guardaespaldas, amigos y esclavos intercambiaron miradas preocupadas. Brittlestar estaba volviéndose cada vez más paranoico. A veces, por las noches, despertaba a toda su banda cuando se revolvía en sueños y gritaba cosas sobre Grimsby y sobre alguien a quien llamaba «el Tío». Sus guardaespaldas y amigos estaban empezando a pensar que llegaría pronto la hora de lanzarlo por la borda y ofrecer sus servicios a algún otro muchacho perdido menos sensible, como Krill o Baitball.

Brittlestar, con el faldón de la túnica de seda arrastrando tras él sobre las carísimas alfombras, corrió a la estancia donde se encontraban sus pantallas. Todos los muchachos perdidos tenían pantallas, y todos ellos tenían también cámaras cangrejo que mandaban a Brighton para espiar al



resto de muchachos perdidos. Todo el mundo estaba bastante acostumbrado a las rozaduras de las patitas metálicas de las máquinas dentro de los conductos de ventilación de la ciudad y al eco y los chirridos que producían las luchas entre dos cámaras rivales cuando se encontraban. A veces, al amanecer, en las aceras bajo los respiraderos había amontonadas patitas de metal arrancadas y lentes rotas, desperdicios de las desesperadas batallas libradas en los conductos durante toda la noche.

—¡«Todo» significa algo! —aseguró Brittlestar a sus seguidores mientras estos se agolpaban en el vano de la puerta para verlo manipular los controles de las pantallas—. Tú dices que es una gorra, y yo digo que es una señal. ¡Podría ser un mensaje del Tío!

Últimamente, Brittlestar había soñado mucho con el Tío. El Tío no dejaba de susurrarle cosas. Había terminado por convencerse de que el anciano seguía vivo, de que pronto castigaría a sus muchachos perdidos por haber dejado que Brighton los atrapase.

Pero no fue al Tío a quien vio cuando acercó una de sus cámaras al grupo de visitantes que desembarcaban por la escalera Kemptown. Al principio no supo con seguridad a quién estaba viendo, solo que aquel chiquillo que guiaba al tullido de la capa negra le sonaba de algo. Después, una de sus esclavas, una mujer llamada Monica Weems, que antes había trabajado para la Sociedad Shkin y tenía mejor memoria para las caras que Brittlestar, señaló de repente la pantalla y dijo:

—¡Mire! ¡Mire, amo! ¡Es el pequeño Fishcake!



El pequeño Fishcake apremió a su stalker por las calles empapeladas de basura que discurrían bajo las arcadas del límite de la ciudad, dejando atrás cafés tapiados y salas de juegos saqueadas, hasta llegar al sol metálico de Plage Ultime. «A la playa», decía una indicación pintada directamente sobre una pared blanca. Fishcake y su stalker siguieron hacia donde apuntaba, dejando atrás los hoteles abandonados y las piscinas vacías, así

como los gigantescos pabellones donde se alojaban los motores del complejo Mitchell & Nixon, y descendieron a la playa donde aguardaban las lapas.

Había una verja de alambre alrededor de la playa y un candado en la puerta, pero las verjas y candados no eran nada para la stalker. Quebró el candado y Fishcake empujó la puerta y corrió entre las lapas, sintiendo una extraña nostalgia por los viejos tiempos vividos en Grimsby. Sus cabinas blindadas y sus patas articuladas, parcheadas por percebes y excrementos de gaviota, otorgaban a las lapas la apariencia de unos gigantescos cangrejos prehistóricos. Fishcake las conocía todas: el Piojo Marino y la Chica Termoclina, la Mixina 2 y la Moradora con Aletas, pero se detuvo en la más pequeña, estilizada y nueva, la Araña Bebé. Estaba más cerca del agua que las demás y tenía un tablón apoyado contra una de las patas delanteras donde se ofrecían visitas guiadas a la ciudad, así que esperaba que ya estuviera cargada de combustible.

Buscó a su stalker, pero la había dejado atrás. Cojeando con esa pata de mesa, ¡la pobre no podía seguirle el ritmo! Empezó a volver a través de las sombras zigzagueantes que se formaban bajo las lapas, llamándola.

—¡Anna! ¡Ven aquí! ¡Necesito que abras la escotilla!

Con un rugido de motores eléctricos, dos pequeños vehículos aparecieron a toda velocidad por las calles bajo los pabellones de motores y atravesaron la puerta abierta de la verja, directos hacia la playa donde estaban aparcadas las lapas. Conducían demasiado deprisa y ambos iban cargados de muchachos y hombres apretujados en sus pequeñas cabinas, de pie en el techo y los estribos. Al ver las espadas, las pistolas de bengalas y los cañones de arpones que blandían hacia él, Fishcake se dio media vuelta para echar a correr. Sin embargo, la única salida posible era atravesar la puerta, que los hombres que salían en tropel de los vehículos se ocuparon de cerrar rápidamente. Sollozando, Fishcake se giró hacia el mar, pero los secos lo tenían completamente rodeado. Entre ellos, con los ojos fijos en él, había un muchacho que conocía, un chiquillo alto, delgado, sumamente nervioso y pelirrojo llamado...

—Brittlestar —dijo Brittlestar—. ¿Te acuerdas de mí? Porque yo sí me acuerdo de ti, Fishcake. —Llevaba un arpón en la mano—. Eres el soplón,

¿verdad? El que le contó a la Shkin dónde estaba Grimsby. No creas que lo he olvidado. Ninguno de los muchachos perdidos lo ha hecho. Quizá, cuando les enseñe que te he pescado empiecen a respetarme un poco. Quizá, el Tío me perdone la vida cuando venga a castigarnos. Quizá...

De alguna forma, la stalker de Fishcake apareció súbitamente tras Brittlestar. Le agarró de la barbilla y el pelo pelirrojo y le retorció la cabeza tan bruscamente que el chasquido de su cuello al romperse retumbó en la playa como un disparo. Lo último que Brittlestar vio fue su propio rostro asombrado en el reflejo de la máscara de bronce de la stalker. Su dedo se tensó en el gatillo del arpón, que apuntaba al cielo. Una flecha plateada salió disparada hacia la luz del sol, se elevó sobre el humo de los motores apagados y ascendió hacia el aire claro sobre la ciudad.

A Fishcake le quedaba todavía la sensatez suficiente para lanzarse junto al cuerpo tembloroso de Brittlestar antes de que las balas empezaran a estallar y cortar el viento junto a las lapas estacionadas. Observó cómo el arpón se elevaba cada vez más y más alto, más y más despacio, hasta que dio la sensación de quedar suspendido durante un segundo en el cielo azul, un copo de plata entre las gaviotas que planeaban sobre ellos. Su stalker sacó las garras. A medida que el arpón comenzaba el descenso, ella se puso a matar a los miembros de la banda de Brittlestar uno a uno, detectándolos por su olor y el sonido de las armas que le disparaban. Para cuando el arpón cayó con un repiqueteo sobre la plataforma que había en la punta más alejada de la playa, todos estaban muertos.

La stalker retrajo las garras, ayudó a Fishcake a levantarse y le preguntó con delicadeza si estaba herido.

—¿Anna? —dijo Fishcake sorprendido—. Pensaba que te habías transformado en...

—La otra aún está dormida, creo —susurró su stalker. Se palmeó la capa, que humeaba allí donde alguien le había acertado con una pistola de bengalas.

—No pensaba que pudieras ser... —dijo Fishcake, avergonzado, contemplando la sangre que le manchaba las manos y las mangas. En la plataforma, junto a él, Brittlestar había dejado de retorcerse y yacía inmóvil en el suelo. Fishcake recordó que, en Grimsby, Brittlestar siempre se había

portado bastante bien con él—. Pensaba que solo *ella* era capaz de hacer algo así.

—En ocasiones tuve que matar a gente —respondió su stalker—. Se me había olvidado, pero ahora lo recuerdo. Se me daba bastante bien. En mi trabajo en la Liga. Y aquella vez en Stayns, para salvar a los pobres Tom y Hester...

—¿Conoces a Tom y Hester? —preguntó Fishcake, casi más sorprendido de escuchar aquellos nombres que de las repentinas muertes de Brittlestar y su pandilla.

Pero su stalker ya lo había agarrado de la muñeca y lo guiaba con determinación hacia la lapa que había elegido. No se molestó en responder a su pregunta, pero, mientras subía por la escalera de embarque y empezaba a forzar la pesada escotilla, siseó para sí algo sobre Shan Guo y Odín. La amable y homicida Anna acababa de hundirse, una vez más, bajo la superficie de su mente, y volvía a ser la stalker Fang.

## 8

### En la línea

Wren había estado soñando con Theo, pero lo que había hecho o dicho él en su sueño no lo sabía; los detalles, que le habían parecido tan vívidos y claros hacía apenas un momento, se desvanecieron en un instante cuando se despertó. Su padre estaba zarandeándola suavemente y la llamaba por su nombre.

—¡Jolín! —murmuró—. ¿Qué pasa?

Estaba en su camastro, a bordo de la Jenny Haniver, hecha un ovillo bajo una pila de pieles y mantas porque, aunque ya era primavera, en los Caminos de las Aves aún hacía frío. Al otro lado del ojo de buey el cielo estaba oscuro. Se incorporó, frotándose los ojos para librarse del sueño.

—¿Qué pasa? —preguntó, ahora con más claridad—. ¿Algo va mal? ¿No te encontrarás enfermo?

—No, no —dijo Tom—. Siento haberte despertado tan temprano, pero estamos ante unas vistas que no quería que te perdieras.

El padre de Wren estaba firmemente convencido de que había vistas en el mundo tan hermosas, o asombrosas, o educativas, que Wren nunca le perdonaría habérselas perdido por dejarla dormir. A menudo recordaba su primer avistamiento de Batmunkh Gompa, y la primera vez que había visto la cadena volcánica de Tannhäuser, y varias veces durante su viaje hacia oriente había sacado a Wren del camastro para que viera un hermoso amanecer o la llegada a alguna bonita ciudad. Wren, que era una adolescente y necesitaba dormir, no siempre se mostraba todo lo agradecida que él habría esperado.

Pero aquella mañana en concreto, cuando salió a regañadientes a la cabina y vio lo que enmarcaban las ventanas del morro de la Jenny, lo perdonó instantáneamente.

Volaban bajo y a sus pies se extendía la misma llanura uniforme y surcada de cicatrices de ruedas que llevaban días sobrevolando. Al sur, había una blanquecina mancha de niebla suspendida sobre los pantanos de Rustwater y el mar de Khazak, pero ese no era el motivo por el que Tom la había despertado. Porque, frente a ellos, erigiéndose como montañas entre las tinieblas formadas por su propio humo, se encontraba la mayor aglomeración de ciudades-tracción que Wren había visto en su vida. Las ventanas iluminadas y los altos hornos de ventilación resplandecían como joyas en la oscuridad que precedía al alba. Poblaciones y ciudades que a Wren le habrían parecido impresionantes tiempo atrás iban rodando de acá para allá, pero quedaban eclipsadas por los colosales zigurats blindados del borde oriental de la aglomeración. Zigurats cuyos diez o quince niveles de viviendas y fábricas emergían desde placas de base de un kilómetro y medio de largo, todas acorazadas como caballeros medievales y llenas de lo que parecían espinas, pero eran cañones y plataformas de acoplamiento para los buques aéreos de guerra. La Jenny Haniver había llegado al confín que delimitaba la frontera más oriental del darwinismo municipal. Estaba entrando en uno de los enormes estacionamientos de ciudades de la Traktionstadtsgesellschaft.

\* \* \*

Catorce años antes, mientras Wren se esforzaba en aprender a gatear y asustar a sus padres comiendo piedras, escarabajos y pequeños objetos decorativos, la Tormenta Verde se había expandido desde sus fortalezas en las montañas de Shan Guo para propagar la guerra y la destrucción por el Gran Territorio de Caza. Sus flotas aéreas y sus ejércitos de stalkers habían arremetido contra occidente, persiguiendo a las aterrorizadas manadas de ciudades-tracción que huían de ellos y destruyendo a todas las que no lo

hicieran lo suficientemente rápido. Entonces, Arminius Krause, el burgomaestre del Traktionstadt Weimar, envió emisarios a otras once ciudades germanoparlantes y les propuso unirse y dar media vuelta para enfrentarse a la Tormenta antes de que todas las ciudades y poblaciones móviles fueran empujadas hacia el mar fuera del límite occidental del Territorio de Caza.

Así fue como nació la Traktionstadtsgesellschaft. Las doce grandes ciudades, a las que rápidamente se unieron más, juraron no devorar ninguna otra ciudad móvil hasta que la Tormenta Verde fuera destruida. Sobrevivirían, en cambio, nutriéndose de naves *mossies*, de fortalezas y de poblaciones estáticas hasta que el mundo volviera a resultar seguro de nuevo para el darwinismo municipal. Cualquier persona civilizada sabía que esa era la forma de vida más natural, sensata y civilizada que jamás se hubiera concebido.

Dieron media vuelta, lucharon y rechazaron a una sorprendida Tormenta Verde, hasta que la partida quedó en tablas. Ahora, una ancha franja de tierra de nadie serpenteaba por el Territorio de Caza desde los límites meridionales de los pantanos Rustwater hasta el borde de los Desiertos de Hielo, señalando la frontera entre los dos mundos. Al este, la Tormenta Verde luchaba por implantar nuevas colonias estáticas y reclamar para sus granjeros tierras que habían sido roturadas y contaminadas por siglos de darwinismo municipal. Al este, la vida seguía prácticamente igual que antes, con ciudades grandes que cazaban otras más pequeñas y ciudades pequeñas que cazaban pueblos; la única diferencia era que ahora la mayor parte de los alcaldes enviaban una parte de su botín para alimentar a los Traktionstadts.

Con el transcurso de los años, se habían librado toda suerte de batallas cada vez que alguno de los dos bandos intentaba quebrar la línea. Las franjas de barro revuelto y los pantanos vacíos cambiaban de dueño una y otra vez, cobrándose miles de vidas. Pero siempre, cuando los largos meses de ataques y contraataques se atenuaban, la línea seguía siendo básicamente lo que era antes: un río de terreno muerto que serpenteaba a lo largo del continente.

Ahora que la tregua parecía afianzarse, algunas valientes ciudades mercantes y plataformas industriales de occidente habían venido a ver la línea con sus propios ojos, formando aglomeraciones comerciales alrededor de cada concentración de Traktionstadts. La Jenny Haniver volaba hacia una de ellas. Tom la hizo descender bajo la capa gris que formaban los humos de la ciudad; Wren se asomó a las plataformas superiores de aquellas ciudades y poblaciones mercantes y luego volvió a mirar al suelo, donde las ciudades más pequeñas se escabullían por las estrechas crestas de terreno que quedaban entre las profundas zanjas de las cadenas tractoras de las ciudades más grandes. Abajo, vio pequeños poblados basureros y rápidos suburbios-tanque que, según Tom le explicó, se llamaban *segadoras*. El cielo estaba lleno de todo tipo de naves, globo-taxis y pesados trenes aéreos. Un escuadrón de burdas máquinas voladoras rugió groseramente frente a la proa de la Jenny.

—¡Aeroerizos! —dijo Tom.

Empezó a refunfuñar sobre aquellos inventos anticuados y sus pilotos, que no mostraban ningún respeto por las costumbres de los Caminos de las Aves, pero Wren estaba emocionadísima: aquellas máquinas que aleteaban y hacían piruetas le recordaban a los Hurones Voladores, los valientes aviadores que había visto en acción en la Nube 9.

Una ciudad-tanque llamada Murnau pasó deslizándose frente a las ventanas: una colosal plataforma blindada agujereada por aspilleras y poternas. Sus niveles tenían forma de largos triángulos que se estrechaban en una afilada proa, donde un ariete sobresalía bajo las mandíbulas de la ciudad. Era sobrecogedoramente grande y tenía un aspecto imponente, pero el cielo se aclaraba rápidamente. Wren alcanzó a ver cinco o seis ciudades parecidas a lo lejos, extendiéndose en una larga línea bajo el límite occidental de los pantanos Rustwater. Algunas parecían incluso más grandes que Murnau.

El destino de la Jenny era mucho más pacífico. Suspendida en el cielo, a pocos kilómetros de Murnau, había una pequeña plataforma con aspecto de rosquilla atestada de edificios ligeros y rodeada de puntales de acoplamiento, cada uno de ellos sostenido por una brillante nube de depósitos de gas que conformaba un útil cumulonimbo. Wren había estado a



bordo de aquella rosquilla muchas veces durante el poco tiempo que había pasado en los Caminos de las Aves: en los fríos cielos norteños y los pegajosos cielos sureños. Encontrarla allí, sobre aquella maraña de ciudades acorazadas, hizo que de alguna forma sintiera que estaba volviendo a casa.

¡Puertoaéreo!

El empleado de cara alargada que había en la oficina del puerto se quedó pensativo cuando Tom le preguntó por la Arqueópterix. Se marchó dando cortos pasitos para revolver los cajones de sus archivadores y regresó unos cuantos minutos después con un mohoso libro de registro que, según él, contenía los detalles de todas las naves inscritas en el puerto aéreo independiente.

—Cruwys Morchard, propietaria y comandante —dijo, y miró a través de sus anteojos una borrosa fotografía de la aviadora sujeta con un clip a la página que contenía los detalles de la Arqueópterix—. Ah, sí, ¡ya me acuerdo! Una mujer muy atractiva. Compra Vieja Tecnología.

—¿Qué clase de Vieja Tecnología? —preguntó Tom.

—Curiosidades magnéticas, principalmente, a juzgar por su registro de aduanas. Viejos artilugios inofensivos y fruslerías del Imperio eléctrico. Aunque también ha adquirido suministros médicos y algo de ganado. Apenas era una muchachita cuando se registró con nosotros. ¡Hace dieciocho años ya!

—El año después de que Londres fuera destruida —dijo Tom. Le quitó el clip a la foto y le dio la vuelta. Había sido tomada hacía mucho tiempo, cuando la retratada aún era una mujer joven y su cabello rizado una nube de oscuridad—. ¡Es Clytie Potts! —murmuró.

—¿Perdone, señor? —El empleado estaba un poco sordo. Se llevó una mano ahuecada a la oreja mientras con la otra recuperaba la foto de un tirón—. ¿Qué decía?

—Creo que su verdadero apellido es Potts —dijo Tom.

El empleado se encogió de hombros.

—Sea cual sea, señor, los dioses del cielo deben de apreciarla. No hay mucha gente que se mantenga dieciocho años en el tráfico aéreo.

Como para demostrarlo, dio la vuelta al libro mayor y mostró a Tom y a Wren el índice onomástico donde, entre una larga lista de naves, había

muchos nombres tachados en rojo acompañados de pequeñas y claras anotaciones en los márgenes en las que se leía «desaparecido», «estrellado» o «explotó en su puesto de acoplamiento».

El empleado creía que la señora Morchard había comprado su nave en la ciudad-tracción de Helsinki y, cuando Tom deslizó un soberano de oro bajo la cubierta del libro mayor, de repente recordó que la había comprado en el desguace de Unthank, allí mismo. Pero dónde había estado antes de eso, dónde había conseguido el dinero para comprar una nave así o en qué consistía exactamente su negocio, eso no lo sabía; es más, el viejo señor Unthank y todos sus registros habían resultado destruidos hacía diez años, cuando uno de sus aprendices encendió un cigarro dentro de la cubierta de una Cosgrove Cloudberry que tenía una fuga que nadie había detectado. («Todavía se ven las manchas de quemaduras en los límites del puerto aéreo de Helsinki», reveló voluntariosamente el empleado, como si esperara que aquello pudiera valerle otro soberano, pero no fue así).

Fuera de la diminuta oficina, la Calle Mayor cobraba vida paulatinamente, y los dueños de los puestos comenzaban a recoger las persianas y a disponer sus bandejas de verduras y frutas, flores, quesos y rollos de tela. Al verlos, Tom recordó haber seguido a Anna Fang por aquellos mismos puestos una tarde de color miel hacía veinte años. Había sido durante su primera visita a Puertoaéreo. Recordaba cómo Hester se escabullía junto a él ocultándose de la vista de los transeúntes tras su mano alzada.

—¡Ay, dioses! —dijo Wren saliendo de la oficina de registro del puerto y señalando a alguien en un apeadero cerca de allí—. Mira quién es.

Confundido por sus recuerdos, Tom creyó por un instante que tal vez se tratara de Hester, que había ido a buscarlos. Se sintió extrañamente decepcionado cuando vio a una esbelta piloto enfundada en un traje de aviador de cuero rosa.

Wren daba emocionados botecitos arriba y abajo, gritando:

—¡Señora Twombly! ¡Señora Twombly!

La aviadora, que estaba enfrascada en una conversación con sus colegas, miró sorprendida a su alrededor y luego cruzó grácilmente el apeadero para descubrir quién la invocaba con tanto entusiasmo.

—Es Orla Twombley —le dijo Wren a su padre—. Solía trabajar para Brighton.

Cuando la aviadora se aproximó un poco más, su expresión de desconcierto se transformó en una sonrisa de reconocimiento. Wren y ella no habían intimado demasiado, pero las dos se alegraron de descubrir que la otra había escapado con vida de la batalla de la Nube 9.

—Eres Wren, ¿verdad? —preguntó la señora Twombley tomando las manos de la chica entre las suyas—. ¿La joven esclava del Pabellón? Pensaba que estarías muerta, o prisionera de la Tormenta. ¡Cómo me alegro de ver que estás bien! ¿Y este apuesto caballero, he de suponer que es tu marido?

—Su padre —respondió Tom, adoptando un intenso color rojo—. Soy el padre de Wren.

—¡Y yo que siempre creí que Wren era una de esas a las que llaman muchachas perdidas! —exclamó la señora Twombley asombrada—. Una pobre huérfana sin madre procedente de algún lejano lugar del mar occidental...

—Huérfana de madre, pero no de padre —respondió Wren—. Es una larga historia. Pero me alegro de verla tan bien, señora Twombley. Pensaba que la habrían derribado.

—Fue una noche terrible, eso sin duda —reconoció la aviadora. Sacudió la cabeza cuando recordó los combates aéreos que se habían desatado alrededor de la Nube 9—. Pero hace falta mucho más que unas cuantas aves stalker y unos asquerosos Espíritus del Zorro para derribar mi Wombat de Combate. He refundado los Hurones Voladores. Ahora trabajamos para Adlai Browne, lord mayor de Mánchester. Está trasladando su ciudad al frente y nos ha mandado a nosotros de avanzadilla.

Wren asintió. Hacía una semana que habían dejado atrás Mánchester, una gigantesca y mugrienta ciudad que traqueteaba hacia el sur llena de grúas y andamios que habían sido utilizados para colocar nuevas placas de blindaje antimisiles sobre los niveles superiores.

—Pero ¿qué os trae a vosotros aquí? —preguntó Orla Twombley.

Miró a Tom, expectante, pero Tom no dijo nada. Se preguntaba si alguna de las naves que se habían cruzado delante de la Jenny Haniver

mientras se aproximaba a la ciudad sería la de la señora Twombley, y si debería quejarse, pero la señora Twombley era tan hermosa que no fue capaz de reprocharle nada.

Wren intervino rápidamente.

—Hemos venido buscando a una vieja amiga de mi padre. Se hace llamar Cruwys Morchard. ¿No la conocerás, por casualidad?

—¿La arqueóloga? —asintió Orla Twombley—. La vi una vez en Brighton, en el Pabellón. Solía comprarle Vieja Tecnología a Pennyroyal. De hecho, creo que en algún momento incluso llegaron a tener una aventura... Pero bueno, el nombre de Pennyroyal se ha asociado al de tantas damas... ¡Incluso al mío!

—Pero yo pensaba que el profesor Pennyroyal y usted... —dijo Wren.

—Ah, bueno, solo en la imaginación de su esposa y en las páginas de cotilleos del *Palimpsesto de Brighton*. —Rio Orla Twombley—. Yo me limité a coquetear un poco con ese viejo canalla para asegurarme de que les renovaba el contrato a los Hurones. También te digo que, cuando me enteré de lo valiente que fue aquella noche, casi deseé haber sido su amante. ¿Quién iba a pensar que una vieja reliquia como Pennyroyal podría burlar a la stalker Fang?

—¿Eso es lo que la gente dice que hizo? —Rio Wren.

—¿No te has enterado? —exclamó Orla Twombley, como si Wren acabara de confesarle que no sabía que la Tierra era redonda o que los trajes de aviador de cuello vuelto estaban pasados de moda—. ¡Ha sido la comidilla de la temporada aquí en la línea! ¿Acaso no es el profesor Pennyroyal el gran héroe de nuestro mundo? ¿Y no ha estado entreteniendo a todas las Traktionstadts con las anécdotas de sus hazañas?

—¿Está aquí? —exclamó Tom.

—A bordo de Murnau en este preciso momento —confirmó la aviadora—. Ya sé: ¡deberías preguntarle a él por su amiga Cruwys Morchard! ¡Estoy segura de que lo sabe todo sobre ella! Conociéndolo, debe de estar desayunando ahora mismo en el Moon's, en el segundo nivel de Murnau.

—¡Oh, sí, papá! —dijo Wren alegremente—. ¡Vamos a buscarlo y a preguntarle!

Tom se llevó la mano al pecho, a la herida de bala que Pennyroyal le había causado. No quería ir a desayunar con el hombre que le había disparado. Y, a pesar de todo, Pennyroyal se había comportado de forma bastante decente a bordo de Kom Ombo. Ahora que lo pensaba, quería recordar que Pennyroyal le había contado una vez la historia de una aviadora que él conocía y que se había aventurado entre las ruinas de Londres. ¿Sería su nombre Cruwys Morchard?

—Yo misma os llevaré a verlo —dijo Orla Twombly. Y no hubo más que hablar.

La aviadora los guio lejos de allí, hacia el centro de Puertoaéreo, donde los globo-taxis estacionaban para transportar pasajeros a las ciudades y pueblos de la superficie.

Mientras el taxi descendía hacia Murnau, Wren parloteaba emocionada sobre las hazañas de los Hurones y sobre cómo sus máquinas voladoras, que parecían mosquitos, se habían lanzado contra los gigantescos aerodestructores que habían sitiado Brighton. Pero Tom no escuchó ni una sola palabra. Estaba demasiado absorto pensando en el misterio que rodeaba a Clytie Potts. ¿Cuál sería el puerto de origen de su nave? ¿Por qué estaba comprando Vieja Tecnología y suministros médicos? ¿Y ganado?

Se le había ocurrido una respuesta unas cuantas noches atrás, mientras estaba despierto intentando encontrarle sentido a su encuentro con ella en Peripatetiápolis. Le había vuelto a la mente mientras evaluaba lo que el empleado de la oficina del puerto acababa de contarle. Era una explicación desquiciada, improbable, y no se atrevía a creerla del todo porque temía que tuviera que ver más con su propio anhelo nostálgico de Londres que con un frío análisis de los hechos. Decidió que debía esperar a ver qué sabía Pennyroyal. Tal vez él pudiera recordar algo sobre la Arqueópterix y su dueña que, de una u otra manera, demostrara la teoría de Tom.

Se dio cuenta de que tenía bastantes ganas de volver a ver a su asesino.

## 9

### Desayuno en el Moon's

El taxi aterrizó sobre una plataforma exterior de un puerto de entrada situado en la armadura de Murnau, donde los esperaban muchos guardias y preguntas. Los guardias fueron bastante amables, pero se mostraron reacios a permitir el acceso al Nivel Dos a dos personajes de aspecto tan dudoso como Tom y Wren. Ni siquiera después de que Orla Twombley prometiera responder por ellos y les mostrara la espada decorativa con que le habían obsequiado por derribar a tres de los destructores de la Tormenta Verde en la batalla de la bahía de Bengala. Exasperada, dijo finalmente:

—¡Son antiguos, muy antiguos amigos del profesor Nimrod Pennyroyal!

Y con eso bastó. Los guardias dejaron de ser amables y pasaron a ser, directamente, simpáticos. Uno de ellos llamó por teléfono a su comandante y, un minuto después, Tom, Wren y la señora Twombley se subían a un ascensor.

En aquellos días de paz, Murnau había accedido a dejar abiertas las persianas de su armadura durante las horas del día para permitir que pasara la luz. A pesar de ello, el Nivel Dos seguía pareciendo lúgubre. En el trayecto desde la estación de la que había partido el ascensor, Tom y Wren pasaron por muchísimos lugares vacíos, lugares donde calles enteras habían sido demolidas por cohetes y bombas voladoras. Los edificios que aún quedaban en pie tenían cinta adhesiva en forma de «X» sobre los cristales de las ventanas, que les daban el aspecto que tienen los borrachos en las tiras cómicas. Cada centímetro cuadrado de pared estaba cubierto de

carteles y eslóganes pintados con espray, y no hacía falta saber alemán para comprender que sus lemas instaban a la población de hombres jóvenes de Murnau a alistarse voluntariamente en el Abwehrtruppe, el ejército de Murnau. La mayor parte de los hombres jóvenes que Wren tuvo oportunidad de ver parecían haber seguido su consejo e iban vestidos con distinguidos uniformes color azul medianoche. Los pocos que no, esos a los que les faltaba un brazo, una pierna o media cara, o esos a los que iban empujando en sillas de ruedas, lucían sin excepción medallas que demostraban que habían hecho su parte en la lucha contra la Tormenta. Muchas mujeres jóvenes iban también uniformadas, aunque no resultaban tan impresionantes como los hombres.

—A las mujeres de Murnau no les permiten combatir, las pobrecillas. Cumplen su cometido trabajando en las fábricas y en el distrito de motores mientras sus compañeros masculinos disparan las armas.

Cruzaron una calle llamada Walter Moers Platz y se dirigieron a un café alto y estrecho llamado Moon's. Habían abierto una persiana en el recubrimiento blindado de la ciudad a unas cuantas calles de distancia, permitiendo que entrara el luminoso brillo del sol primaveral, pero ya era demasiado tarde para los árboles y el césped del parquecito que había en el centro de la plaza, que, después de pasar años a la sombra, estaban muertos, marrones y secos. A través de sus ramas desnudas de hojas, Wren atisbó fragmentos de fuentes silenciosas y un templete oxidado. Pensó que aquella era la ciudad más triste en la que había estado nunca.

Pero cuando siguió a Orla Twombly por la puerta principal del Moon's fue como si acabara de salir de Murnau y hubiera entrado en una ciudad completamente distinta. El mobiliario arañado y desentonado del café tenía un aspecto vagamente artístico, y las paredes estaban cubiertas de cuadros, dibujos y fotografías de gente divirtiéndose. A Wren le recordó a Brighton, y el parecido era deliberado. Había una generación de jóvenes a bordo de Murnau que habían vivido siempre dedicados a la guerra y al deber. Habían oído hablar del tipo de libertad de la que otra gente disfrutaba en sus ciudades y estaban decididos a experimentarla en carne propia.

Y por eso iban al Moon's: los artistas y escritores y poetas y jóvenes de permiso del Abwehrtruppe que soñaban con ser artistas y escritores y

poetas, y que allí se esforzaban al máximo por ser románticos y bohemios.

Por supuesto, no se les daba demasiado bien. Había una rigidez excesiva en las desenfadadas posturas que trataban de componer sobre los viejos y cochambrosos sillones de cuero. Sus ropas anchas e informales estaban demasiado bien planchadas, y el pelo, aunque demasiado largo, estaba excesivamente bien peinado. A los pocos artistas de verdad que había entre ellos, como el pintor Skoda Geist, los encontraban intimidantes. Por eso, cuando Nimrod Pennyroyal llegó a Murnau, lo recibieron con los brazos abiertos. Allí tenían un hombre que había construido su fortuna teniendo aventuras sumamente románticas y escribiendo libros sobre ellas, y que había sido, además, alcalde de Brighton, la más artística de las ciudades. A diferencia de Geist, nunca se había reído de ellos ni se había burlado de sus poemas y cuadros, sino todo lo contrario: siempre estaba dispuesto a halagar sus pequeños esfuerzos y presto a invitarlos a bebida y comida.

Pennyroyal estaba en medio de un colosal desayuno cuando Tom y Wren llegaron a su encuentro. Estaba literalmente en medio, ya que el sofá que ocupaba, en una estancia superior, estaba rodeado por todas partes de mesitas atestadas de rollos y carnes cocinadas, frutas, cruasanes, gofres de algas, huevos fritos con champiñones, tostadas, *kedgeree*, tortillas, jamón y queso. De una cafetera plateada manaban volutas de vapor que flotaban en los dispersos rayos de luz solar proyectados desde las ventanas protegidas con cinta. Alrededor de él, apretados en otros sofás u osadamente sentados en el suelo, varios jóvenes murnaureses con aspiraciones artísticas escuchaban a Pennyroyal, que describía el libro en el que estaba trabajando.

—... Acabo de llegar a la parte donde me enfrenté a la terrorífica stalker Fang —explicaba, con la boca llena de pastel de musgo—. Un episodio bastante complicado de trasladar al papel y durante el cual no me duele reconocer que estuve muy asustado. ¡Chillé! ¡Me estremecí! Nunca estuvo en mis planes luchar con ella, como comprenderéis... No pretendo erigirme en una especie de héroe. No, me topé con ella por accidente mientras corría por los jardines buscando una manera de escapar de la Tormenta...

Su audiencia asintió, entusiasmada. Algunos habían servido en los fuertes periféricos de Murnau y se habían enfrentado cara a cara a los stalkers. La mayoría de ellos recordaban las espantosas batallas del año 14,



cuando las naves de la Tormenta Verde hicieron aterrizar a sus escuadrones de hombres resucitados en los niveles superiores de Murnau. Todos estaban ansiosos por oír cómo aquel valeroso y anciano caballero había conseguido derrotar a la stalker más terrible de todos.

Por una vez, sin embargo, Pennyroyal parecía haberse quedado sin palabras. Abrió la boca, soltó su tenedor y, uno a uno, los asistentes se giraron para mirar a los recién llegados que estaban de pie en el vano de la puerta.

—Dos viejos amigos han venido a verlo, profesor —dijo Orla Twombly, buscando entre los murnaurenses un sitio en el que sentarse.

—¡Tom! —dijo Pennyroyal, poniéndose de pie—. ¡Y Wren! ¡Mi niña querida!

Fue a recibirlos con los brazos extendidos. Su repentina aparición le había sorprendido, pero se alegraba sinceramente de verlos a ambos. Siempre se había sentido culpable por haber disparado a Tom, pero, tras haber salvado a Wren de los muchachos perdidos ayudándola a pilotar el Rollo Ártico hasta Kom Ombo y luego permitiéndoles, magnánimamente, conservar la navecita, esperaba haberlos compensado por aquel desafortunado incidente en Anchorage. Ahora que la horrible esposa de Tom había desaparecido, Pennyroyal se alegraba de contar con los Natsworthy entre sus amigos.

—¡Queridos míos! —Sonrió, abrazándolos por turnos—. ¡Cuánto me alegro de veros! Precisamente estaba aquí contándoles a mis amigos nuestras aventuras en la Nube 9, que son el objeto de mi próximo libro. Una respetable editorial de Murnau, Werederobe y Spoor, me ha pagado un generoso adelanto por el relato del modesto papel que jugué en la caída de la stalker Fang y el ascenso del general Naga, ese pacífico caballero. Ambos apareceréis en el relato, ¡por supuesto! Al fin y al cabo, Wren, ¿no fuiste tú, mi leal y antigua esclava, quien pilotó el Rollo Ártico hasta la Nube 9 para rescatarme cuando toda esperanza parecía perdida?

—¿Fui yo? —preguntó Wren—. No es así como yo lo recuerdo...

—¡Es la modestia en persona! —exclamó Pennyroyal mirando por encima del hombro a sus jóvenes amigos y luego, de nuevo, a la propia

Wren, a quien, bastante urgido, le murmuró—: He tenido que alterar levemente los hechos, aquí y allá, para añadir alguna nota de color.

Wren miró a su padre y ambos se encogieron de hombros. Pensó en lo agotador que debía de ser estar en la piel de Pennyroyal y construirse un pasado entrelazando tantas mentiras. Debía de haber pasado una cantidad ingente de tiempo remendando sus anécdotas para asegurarse de que encajaban y, sin duda, vivía con miedo de que, un día, aquel inestable edificio se derrumbara por completo.

Pero tal vez Pennyroyal considerara que la recompensa hacía que valiera la pena. Sin duda, parecía que estuviera empezando a prosperar. Vestía un atuendo diseñado por él mismo que lograba hacerle parecer importante, al tiempo que le otorgaba un aspecto militar, sin llegar a ser un uniforme: una túnica corta, color azul celeste, encima de un chaleco rojo (ambos cubiertos de alamares y botones plateados que no servían para nada), una faja lila, bombachos morados con un bordado dorado y una franja carmesí de doce centímetros, y botas de caña alta con borlas doradas. Comparado con el Pennyroyal que había conocido en Brighton, Wren pensó que tenía un aspecto bastante estiloso y contenido.

Hizo sitio para Wren y Tom en su propio sofá y los invitó a servirse algo de desayunar mientras él les presentaba a sus amigos. Wren no estaba acostumbrada a conocer a tanta gente a tanta velocidad. Consiguió retener que el hombre de los anteojos vestido de civil era Sampford Spiney, el corresponsal en Murnau de un periódico llamado *El Espéculo*, que estaba escribiendo un reportaje sobre Pennyroyal, y que la silenciosa joven de anteojos que aferraba aquella enorme cámara era su fotógrafa, la señorita Kropotkin. El resto de presentaciones se convirtió en una nebulosa de nombres y rangos. A la única persona en la que Wren parecía realmente interesada —un joven alto y esbelto que estaba solo, junto a la estufa—, Pennyroyal parecía no conocerla. No era tan apuesto como otros de los jóvenes oficiales, y su gabán azul parecía desgastado y manchado por continuos viajes, pero había algo magnético en él, algo que atraía sus ojos hacia aquel rostro irónico y vigilante.

Pennyroyal sirvió café a sus amigos y todos mantuvieron una educada charla sobre la tregua, el tiempo y el goloso adelanto que Pennyroyal había

recibido de parte de sus nuevos editores. Luego preguntó a Tom:

—¿Qué tal está el viejo Rollo Ártico? ¿Y qué os ha hecho traerlo hasta aquí?

—Vuelve a ser la Jenny Haniver —respondió Tom—. Y hemos venido buscando a alguien. Una dama.

—¿Ah, sí? —Pennyroyal entrecerró los ojos, atento, pues se tenía por un experto en el género femenino—. ¿Alguien que conozca, tal vez?

—Eso creo —dijo Tom—. Su nombre es Cruwys Morchard.

—¡Cruwys! —exclamó Pennyroyal—. Sí, por Poskitt, la conozco bien. Santos dioses, deben de haber pasado veinte años desde la primera vez que me topé con ella. —El periodista Spiney garabateó en su cuaderno con un lapicero diminuto—. Me visitó en la Nube 9 un par de veces —prosiguió Pennyroyal—. Todavía pilotando esa Arqueópterix suya y tan misteriosa como siempre...

—¿Misteriosa por qué, señor? —preguntó uno de los murnaurenses.

—Pues porque nadie sabe de dónde procede —respondió Pennyroyal—. ¿Queréis que os cuente lo que sé de ella? Es un relato extraordinario...

—Ay, sí; hágalo, profesor, por favor —exclamó Wren—. Y cuéntenos solo la verdad, sin alterar los hechos ni añadir color...

—¡Ay, sí, por favor! —gritó la mitad de la audiencia de Pennyroyal. La otra mitad accedió diciendo «*Bitte!*» cuando sus amigos angloparlantes les tradujeron la propuesta.

—Muy bien —dijo Pennyroyal, pero la petición de Wren le había puesto nervioso—. Tal vez debería aclarar que se trata de un relato bastante extraordinario. Creo que he escuchado algunos más extraños en mi vida, pero Cruwys Morchard siempre permanecerá en mi mente por sus extraordinarios encantos personales y por el modo en que la conocí.

\* \* \*

—Fue en Helsinki, hace unos diecinueve años —dijo Pennyroyal—. La ciudad estaba cazando poblaciones semiestáticas cerca de Altai Shan. Yo

me encontraba en la Entraña, visitando a una joven supervisora de desguaces llamada Nutella Eisberg, cuando la señora Morchard subió a bordo con un par de compañeros, unos tipos de aspecto rudo, pero conmovedoramente leales a ella. Vino directamente desde la tundra, os lo juro (las mandíbulas de la ciudad estaban abiertas en ese momento para que los equipos de mantenimiento pudieran limpiarle los dientes), y le pidió al capataz de la Entraña que les concediera asilo.

»Causó bastante revuelo, ¡os lo puedo asegurar! Era el año después de que Londres saltara por los aires. Los fanáticos de la Tormenta ya habían cometido unas cuantas atrocidades y las ciudades del Territorio de Caza occidental estaban empezando a inquietarse. Creo que aquel tipo de Helsinki hubiera mandado a la señora Morchard y a sus amigos directamente a la Región Exterior por miedo a que fueran saboteadores o espías, pero, afortunadamente, resultó que yo estaba allí en aquel momento y dije que respondería por ella. Su belleza me había cautivado, ¿comprendéis? Y su juventud, por supuesto, ya que en aquella época no era mucho mayor de lo que Wren es ahora. (Todo el mundo se giró para mirar a Wren, que se sonrojó).

»Llevé a la señora Morchard conmigo al nivel superior de la ciudad — continuó Pennyroyal—, e incluso le ofrecí alojarse conmigo en mi *suite* privada del Hotel Uusimaa, si encontrábamos un alojamiento adecuado para sus peludos amigos. Pero ella me respondió: “No necesito su caridad, señor. Dispongo de mucho dinero, y he venido a esta ciudad para comprar una nave. Si quisiera ayudarme, tal vez pudiera presentarme a algún honrado vendedor de naves de segunda mano”. Bueno, pues la llevé directamente a ver al viejo Unthank. ¡Y vaya si disponía de dinero! Envueltas en un cinturón secreto que llevaba enrollado alrededor de su encantadora persona había docenas de monedas de oro, y cada uno de sus compañeros traía una carga similar. Yo pude echarle un buen vistazo al botín mientras ella regateaba con Unthank y lo reconocí inmediatamente: ¡oro londinense!, con el retrato de Quirke, el dios de aquella desafortunada ciudad, estampado en cada una de las monedas.

»¡Podéis imaginar mi asombro! Londres había desaparecido. ¿Acaso no había visto con mis propios ojos el siniestro destello de su explosión?

“¿Cómo ha conseguido hacerse con todos estos quirkes, querida?”, pregunté. Y, tras unos instantes de confusión, la señora Morchard confesó que era arqueóloga ¡y que había estado buscando material reutilizable entre las ruinas de Londres!

Una oleada de emoción se extendió entre la audiencia de Pennyroyal. La gente susurraba animadamente en neogermano (un hermoso idioma; sus palabras tenían esquinas). Tom se inclinó en su silla con impaciencia. Una joven con un vestido decorado con cientos de ojos azules dijo:

—Pero, *Herr Professor*, ¡las ruinas de Londres están malditas!

—Efectivamente —contestó Pennyroyal—. En los meses que siguieron a la destrucción de Londres, al menos una docena de poblados basureros distintos se apresuraron al este para devorar sus renegridos y retorcidos escombros. Ninguno de ellos regresó jamás.

—Porque la flota aérea de la antigua Liga Antitracción los capturó mientras se aproximaban al campo de desechos, los bombardeó y los redujo a pedazos —dijo una voz clara y levemente burlona.

El joven en el que Wren se había fijado antes se acercó al borde del círculo de amistades de Pennyroyal y se quedó allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, escuchando con atención. Le chispeaban los ojos. Su larga boca se ensanchó hacia un lado en una expresión que era casi una mueca de desdén.

—Eso nos han dicho, señor —admitió Pennyroyal, fulminándolo con la mirada—. Eso nos han dicho. Pero ¿no hemos oído todos rumores mucho más siniestros?

Los murnaurenses asintieron y murmuraron. Al parecer, todos lo habían hecho.

—Cruwys Morchard era una mujer racional, de mentalidad científica, como nuestro amigo aquí presente —prosiguió Pennyroyal—. No prestaba la más mínima atención a aquellas monsergas sobre fantasmas. Pero en el interior de Londres vio cosas que hicieron encanecer su cabello. ¡Su equipo no había acabado de aterrizar entre las ruinas cuando un relámpago de luz misteriosa se abrió paso entre los escombros con un restallido y destruyó su aeronave! A ese lo siguieron más rayos, que se elevaban desde el metal muerto y caían entre los exploradores como atraídos por la calidez de la

nave en llamas, ¡o tal vez la de los cuerpos de la señora Morchard y sus camaradas! Uno de los miembros de su equipo quedó reducido a cenizas. Los otros entraron en pánico y huyeron, pero las ruinas parecían moverse y retorcerse a su alrededor para que no pudieran encontrar la salida de aquel campo de desechos. Una docena de ellos murió durante la semana que tardaron en regresar a la Región Exterior. Y los rayos no fueron lo único que los mató. Había... otras cosas. Cosas que hacían palidecer incluso a la valerosa señora Morchard cuando hablaba de ellas. Cosas que enloquecieron a los hombres, que preferían lanzarse desde las alturas de las ruinas antes que enfrentarse a ellas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó la joven del vestido de ojos, absolutamente anhelante.

—¡Fantasmas! —susurró Pennyroyal—. Lo sé, *Fräulein* Hinblick: me dirá que tales cosas no existen, me dirá que nadie regresa de la Región de las Sombras. Pero la señora Morchard me juró que había visto fantasmas en las calles en ruinas de Londres. Y, dado que la señora Morchard es la única persona en el mundo que ha transitado por esas calles y ha vivido para contarlo, creo que deberíamos dar crédito a su palabra.

\* \* \*

Se hizo el silencio en la habitación. Daba la sensación de que se hubiera enfriado. *Fräulein* Hinblick se apretujó contra sus compañeros y un joven con medallas en la pechera y una mano de madera dijo suavemente:

—Es un lugar maldito. Cuando volaba con la *Abwehrtruppe*, lo vi desde la lejanía. Por la noche, luces fantasmales brillan con un resplandor tenue. Hasta la Tormenta Verde la teme. Han establecido colonias, bosques, granjas y molinos de viento por todo el resto del antiguo Territorio de Caza oriental, pero a unos ciento sesenta kilómetros a la redonda de las ruinas de Londres no hay nada.

Tom se inclinó hacia delante en su asiento. Era el momento de probar la teoría en la que había estado trabajando durante los últimos días. Temblaba

ligeramente.

—Es posible que la señora Morchard no te haya dicho toda la verdad —dijo—. Verás, creo que es londinense. Yo la conocí cuando era Clytie Potts, miembro del Gremio de Historiadores. De alguna manera, sobrevivió a MEDUSA. ¿Tal vez se inventó aquella historia de rayos y fantasmas para mantener a la gente alejada de Londres? ¿Para asustar a los basureros que pensarán saquear las ruinas? ¿Sería posible que otros londinenses sobrevivieran a la explosión y que ella estuviera usando la Arqueópterix para volar de ida y vuelta a las ruinas transportando suministros para los supervivientes?

Los jóvenes murnaurenses eran demasiado educados para decir abiertamente que no le creían, pero Wren vio en sus rostros que no lo hacían. Solo el joven de aspecto andrajoso le observaba con interés.

—Suministros médicos y ganado —dijo Tom esperanzado—. Eso es lo que el recepcionista del mostrador de registro de Puertoaéreo nos dijo que transportaba.

Pennyroyal sacudió la cabeza.

—Es una buena idea, Tom, pero un tanto improbable, ¿no te parece? Incluso, aunque alguien efectivamente hubiera sobrevivido a aquel horrible desastre, ¿por qué seguiría viviendo en las ruinas, a tantos cientos de kilómetros tras las líneas de la Tormenta Verde?

Wren sintió vergüenza de su padre. Deseaba que hubiera compartido con ella aquella idea que tan loca sonaba antes de dejar que todos los demás la oyeran. ¡Pobre papá! Echaba mucho de menos su antigua ciudad, incluso a pesar de todos los años que habían pasado, por eso había dejado volar su imaginación.

El desayuno festivo había empezado a diluirse y la estancia se llenó con el sordo zumbido de la conversación mientras Tom hablaba animadamente con Pennyroyal y *Fräulein* Hinblick explicaba lo que acababa de decirse a algunos de sus amigos que no hablaban inglés. Algunos miraban a Tom con reservas; hubo algunas risas. Wren se volvió para buscar a Orla Twombley y descubrió al andrajoso extraño de pie, muy cerca de ella.

—La imaginación de su padre es casi tan vívida como la del profesor Pennyroyal —le dijo.

—Papá es londinense —le dijo Wren—. Es normal que le interese lo que haya sido de Londres.

El hombre parecía satisfecho. Era más apuesto de lo que Wren había creído en un primer momento, y también más joven: en realidad, era apenas un muchacho de dieciocho o diecinueve años, con una piel clara, pálida, y una leve sombra de barba asomando en su barbilla y el labio superior. Sin embargo, sus ojos azul hielo parecían pertenecer a un rostro mucho mayor. Se clavaron más allá de Wren, en su padre, mientras decía:

—Me apetecería hablar con él. Pero no aquí. —Se lo pensó un momento, luego rebuscó en el interior de su abrigo y sacó un cuadrado de cartulina gruesa, color crema, que le tendió a Wren. Sobre ella había estampada una ondulada caligrafía: una dirección en el Oberrang, el nivel superior de Murnau—. Mi padre da una fiesta mañana por la tarde. Deberían venir los dos. Allí podremos hablar en privado.

El joven estudió el rostro de Wren durante un momento. Wren miró la invitación y, cuando volvió a levantar la vista, el joven ya se había dado media vuelta. Vio cómo los faldones de su abrigo revoloteaban cuando llegó a las escaleras y empezó a descender por ellas. La luz de las lámparas arrancó destellos dorados a su cabello. Acto seguido, se marchó.

Wren se volvió hacia su padre, pero Tom estaba hablando con Spiney y trataba de no revelar demasiadas verdades mientras el periodista le interrogaba sobre cómo había conocido a Pennyroyal. En cambio, Wren se acercó a Orla Twombly.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó—. ¿El que ha interrumpido la historia del profesor?

—¿Él? —La aviadora miró rápidamente a su alrededor y, al ver que el joven se había marchado, dijo—: Se llama Wolf Kobold. Es el hijo del Kriegsmarshal Von Kobold, el anciano soldado al que nombraron alcalde de Murnau cuando comenzó esta guerra. Mira, están juntos en esa foto que hay encima de la chimenea... Wolf es un soldado valiente. Y guapo también, ¿no te parece?

A Wren sí que se lo parecía, pero era demasiado vergonzosa como para reconocerlo. Intentó no sonrojarse cuando la aviadora la guio por la sala, aún atestada de gente, para mostrarle la foto. Allí estaba el Kriegsmarshal,



un caballero de aspecto severo y rígido cuyos enormes bigotes blancos daban la impresión de que un albatros desorientado hubiera elegido su labio superior como asidero. A su lado estaba el joven con el que Wren acababa de hablar, con un aspecto aún más joven: la fotografía debía de tener cinco o seis años porque, en ella, Wolf tenía el aspecto de un escolar angelical. Wren se preguntó qué habría pasado durante los años transcurridos desde esa imagen que lo hubieran tornado tan siniestro.

—Él será el próximo Kriegsmarshal cuando el anciano por fin se retire, o muera —estaba diciendo Orla Twombly—. Hasta entonces, ejerce como alcalde de uno de los suburbios-segadora de Murnau. A veces se deja caer por el Moon's, cuando visita Murnau por asuntos familiares, pero es un tipo solitario. Nunca he hablado con él.

Wren le mostró la invitación que le había entregado y Orla silbó suavemente.

—Wren, cariño, ¡tú sí que sabes ascender socialmente! O sea, llevas a bordo de esta ciudad menos de una hora y ya has sido invitada a la fiesta que el Kriegsmarshal da en sus jardines...

# 10

## El ángel negro

Oh, ¿qué es esto? Aquí, en los altos mares del desierto, donde el horizonte ondulante parece más un líquido que tierra, algo sólido acaba de aparecer. Al principio, no es más que una mancha, un triángulo oscuro que brilla entre los espejismos plateados que cubren las dunas, pero va tornándose más claro y nítido por momentos; una espada, la aleta de un tiburón, una vela negra que se hincha con el viento del desierto. Escucha. Se oye cómo la arena cruje bajo sus veloces neumáticos. Mira. Se ven los reflejos del sol, como diamantes, sobre una hilera de ojos de buey.

Imagina uno de esos insectos, un patinador de agua, pero aumentado al tamaño de un yate. Fija una rueda a cada una de sus largas patas y levanta un mástil sobre él. Después, lánzalo a patinar sobre la arena en lugar de sobre el agua. Es un barco de arena, el vehículo preferido de los cazarrecompensas y basureros del desierto, y mientras pasa, si nos giramos a mirar, podremos ver qué lo ha traído a este océano mineral. La región que tiene al frente está atestada de ciudades, con sus chimeneas y niveles superiores danzando tras los velos provocados por el reflejo del calor que ondean sobre las dunas.

Es un acontecimiento poco frecuente: lo más cercano a una aglomeración comercial que encontrarás en el seco mundo de las profundidades desérticas, donde las ciudades se devoran entre sí. Un suburbio grande y lento, que debería estar cazando aldeas pesqueras a lo largo de la lejana costa, se ha internado en el mar de arena por error, y una manada de veloces depredadores le ha dado caza hasta obligarla a

detenerse. Los cazadores tienen ruedas enormes, mandíbulas enormes, motores enormes y apetitos enormes, en consonancia con todo lo demás. Han arrinconado a su presa en una polvorienta hondonada de arena llamada Bitumen Bay, rodeada de colinas esquiladas por la minería. La están despedazando y, durante aproximadamente un día, mientras están demasiado ocupadas en digerir su presa como para comerse entre sí, una frágil paz prevalece. Los mercaderes van de una fiera ciudad a la otra y las naves errantes aparecen de la nada para vender chismes y Vieja Tecnología. Incluso los ligeros y huidizos poblados basureros se arrastran a las inmediaciones para intentar vender la chatarra que han encontrado entre la arena.

Las velas negras del barco sin nombre se arrugan y ondean como los pétalos de una amapola de opio mientras su piloto lo hace emerger al viento, reduciendo la velocidad y girando en una larga curva que lo llevará hacia la multitud de barcos de arena que rodean la aglomeración.

\* \* \*

El pueblecito de Cutler's Gulp estaba detenido en la ladera de una enorme duna, a poco menos de un kilómetro del frenesí del banquete, y mantenía sus motores al ralentí, preparados para batirse en retirada en cuanto alguno de los depredadores mostrara signos de querer comérselo de postre. Era una cosa larga y estrecha, y su único nivel quedaba eclipsado por las gruesas ruedas que servían para transitar por la arena. Estaba fundamentalmente compuesto por los motores y las hinchadas cañerías y conductos y tubos de escape que precisaba para su funcionamiento. Sus habitantes erigían sus casas en el poco espacio restante, extendiendo toldos entre los conductos y construyendo pequeñas viviendas de barro y papel maché entre las carcasas de los motores, en el poco espacio despejado que quedaba en cubierta. Los barcos de arena entraban y salían de los garajes que había en su vientre, y un vistoso aeromercader de rayas blancas y negras, llamado el Caramelo de Menta, cruzó las dunas zumbando para

aterrizar en el puerto, un espacio vacío cerca de la proa donde un par de edificios de barro se habían derrumbado hacía no mucho.

El dueño del Caramelo de Menta era un mercader llamado Napster Varley. «Varley e Hijo», rezaban los letreros en las vainas de los motores de su nave, aunque el pequeño Napster Junior había nacido apenas tres meses antes y aún no tenía un papel activo en la gestión del negocio. Varley tenía la esperanza de que una mujer y un hijo le aportarían el aire de dignidad necesario para escapar de aquellas desérticas ciudades mercantes de pacotilla e instalarse en una de las grandes urbes. Por el momento, sin embargo, no le habían acarreado más que ruido, molestias y gastos y, de no ser porque necesitaba que su mujer le ayudara a pilotar el Caramelo de Menta, haría meses que los habría arrojado a ambos por la borda.

Cuando el sol se ocultó por poniente y las sombras empezaron a alargarse, Varley se encontraba deambulando a lo largo de los destartados callejones de la popa de Cutler's Gulp con la jefa del lugar, la Abuela Gravy.

Formaban una extraña pareja. Napster Varley era un hombre joven, flaco y macilento, con escamas de piel quemada por el sol desprendiéndose de su naricilla respingona. Era un ávido lector de libros de negocios, y en uno de ellos (*Cómo tener éxito en el tráfico aéreo*, de Dornier Lard) había leído que «el hombre de negocios próspero siempre viste de manera peculiar, para que sus clientes puedan recordarlo». Por eso, a pesar del calor, llevaba puesta una levita morada, un sombrero de copa de piel y unos bombachos amarillos con un estampado a cuadros carmesíes.

La Abuela Gravy, en cambio, iba tapada con tal cantidad de ondeantes chales color óxido, de túnicas, faldas y chilabas, que daba la sensación de que una de las tiendas nómadas de las profundidades del desierto hubiera decidido levantarse y echar a andar. No obstante, si se escrudiñaba con atención el espacio comprendido entre sus enormes hombros y su sombrero de ala ancha podía verse, tras la densa malla del velo de su mosquitera, un rostro orondo y amarillento y un par de ojillos calculadores que resplandecían levemente mientras estudiaban al señor Varley.

—Tengo algo pa' vendé —le dijo—. Sí. Lo he encontrao en lo hondo hace unas semanas. Tié pinta caro.

—¿De verdad? —Varley se secó el cuello con un pañuelo y ahuyentó las moscas con un gesto de la mano—. No será Vieja Tecnología, ¿verdad? El precio de la Vieja Tecnología se ha devaluado de un modo sorprendente desde que esta tregua empezó.

—Tíe pinta más caro que la Vieja Tecno —murmuró la Abuela Gravy—. Una nave *mossie* s'ha estrellao, ¿no t'has enterao? Mis muchachos vieron el estallío en el cielo. Mi ciudad ha sío la primera en echarle el guante a la chatarra. No queda demasiao, pero qué se le va a hacé. Na' más que unos cuantos trozos de metal y unos cachos de motor, y la cosa esta, la cosa esta que tíe pinta cara...

Lo guio por una escalerilla metálica y luego a través de la puerta de una de las torres de ladrillos de adobe que se erigían, como termiteros, entre la maraña de conductos que había en la popa del pueblecito. Dentro había más escaleras y la Abuela resolló y traqueteó al subirlas. Los dobladillos de sus ropas estaban adornados con amuletos mágicos: una mandíbula humana, una mano de mono, pequeñas bolsitas de cuero de aspecto grasiento rellenas de dios sabe qué. La Abuela Gravy tenía fama de bruja y se aprovechaba de ella para mantener a raya a la gente. Hasta Varley se sintió un tanto inquieto mientras la seguía por la escalera de caracol, y se tocó la medalla del dios del comercio que pendía de la cadena que rodeaba su cuello bajo un pañuelo de cachemir.

Llegaron a una de las estancias superiores, calurosa e invadida, igual que el resto de la torre de la Abuela, por una neblina parduzca y un leve olor a grasa quemada. En el centro de la estancia yacía alguien, encadenado por los pies a una anilla metálica fija en el suelo. *Un muchacho*, pensó Varley, hasta que levantó la cabeza para mirarlo a través de unos mechones de pelo grasiento y vio que era una joven. Iba vestida con harapos, tenía la garganta amoratada y llagas en los huesudos tobillos, donde las cadenas le habían hecho rozaduras.

—Lo siento, Abuela —se apresuró a decir Varley—. No voy a comprar ningún esclavo.

(No tenía objeciones morales con el negocio del esclavismo, pero el gran Nabisco Shkin, en su libro *Invertir en capital humano*, advertía a los futuros esclavistas de que solo compraran género en el mejor estado de

salud. Varley se dio cuenta con un vistazo de que aquella escuálida y temblorosa piltrafilla ya estaba medio muerta).

—Esta vale muchísimo más que un esclavo normal —dijo la Abuela Gravy con su voz áspera y jadeante. Avanzó pesadamente por la estancia, agarró a la prisionera del pelo y giró su cara hacia Varley—. ¿Quién t’has pensao que es?

Varley hurgó en el bolsillo de su pechera para sacar un monóculo y, entrecerrando los ojos, miró a través de él a los ojos vacíos y almendrados de la prisionera. Su piel, bajo toda la suciedad, las quemaduras y las ampollas, había sido en algún momento color marfil.

—No lo sé, Abuela. Alguna especie de escoria mestiza oriental. ¿Shanguonesa? ¿Ainu? ¿Esquimal?

—¡Alcheutia! —graznó la Abuela Gravy.

—Salud, abuela.

—¡Que es d’Alcheutia! —La Abuela Gravy dejó caer la cabeza de la mujer y volvió traqueteando adonde Varley aguardaba. Su respiración se tornó en un «jur, jur, jur» tras el velo de la mosquitera—. ¿Saes quién es, mercadercillo chico? Es la mujé del general *mossie* ese. ¡La reina de la Tormenta Verde!

Varley no dijo nada, pero su postura cambió al comprender que la abuela estaba hablando de Aleutia. Sacó las manos de sus bolsillos, se humedeció los labios y su monóculo resplandeció. Había escuchado la historia de que la nave de *Lady Naga* se había estrellado en el mar de arena. ¿Sería aquella mujer? Podía serlo. Había visto una foto suya una vez en la *Gaceta del Aviador*. Se esforzó por intentar recordarla, pero en la imagen iba vestida con sus galas nupciales y, de todas maneras, a Napster Varley todos los orientales le parecían iguales.

—Eso se l’ho encontrao encima —dijo la Abuela Gravy, sacando de debajo de su carpa de túnicas un anillo de oro, con un motivo de hoja de roble, con un sello—. Y mira la cruz esa que lleva colgá del cuello: eso tié pinta de zagwiano.

Varley sostuvo un pañuelo de seda frente a su nariz y se acercó a la mujer.

—¿Eres *Lady Naga*? —le preguntó muy despacio y gritando.

Ella lo miró a los ojos y asintió levemente.

—¿Qué le ha pasado a Theo? —preguntó.

—Está hablando del chiquillo zagwiano que iba con ella —explicó la Abuela Gravy—. L'hemos mandao a los fosos de motores. Ya s'habrá morío, yo creo. Bueno, mercader, lo que yo quero sabé es qué hago con ella. No pueo seguí teniéndola aquí, a tó lujo. Está mú débil para venderla como esclava normal, pero algo de dinero tié que valé, ¿no? La reina de los *mossies*...

—Oh, sí —dijo Varley meditando al respecto.

—He estao pensando que le podríamos arrancá el cuero —sugirió la Abuela Gravy—. Su pellejo debe de valé un pellizquito, ¿no? Igual pué ser una gonita alfombra, o unas almohadas.

—¡Oh, Abuela Gravy, no! —exclamó Varley—. ¡La parte valiosa de ella es su cerebro!

—¿Pa'hacé un pisapapeles o algo?

Varley se acercó a la Abuela todo lo que era capaz de soportar y se golpeó la sien con un dedo.

—Lo que sabe. Podría llevarla a Puertoaéreo y ofrecérsela a la Traktion stadts-gesellschaft. Podrían pagar bien por ella.

—¿Entonces, me la quiés comprar toa? ¿Qué me das?

—Oh, bueno... Por supuesto, tengo que tener en cuenta los costes de transporte y otros gastos generales... Y esta desafortunada tregua no le ha sentado bien al mercado, pero déjame ver...

—¿Cuánto?

—Diez dólares de oro —dijo el mercader.

—Vente.

—Quince.

—Aunque —dijo la Abuela Gravy, pensativa— también pueo hacé amuletos con sus deos, los de las manos y los de los pies, y venderlos por separao...

—Veinte, sean —dijo Varley a regañadientes, y empezó a contar las monedas en la mano de la anciana antes de que esta pudiera volver a subir el precio.



El negro barco de arena encontró apeadero en uno de los garajes laterales de Cutler's Gulp. El encapuchado que lo pilotaba, envuelto en túnicas, plegó las velas y luego bajó de un salto para amarrarlo. Parecía ser un simple criado o un tripulante porque, cuando hubo terminado su trabajo, permaneció de pie, esperando pacientemente a que una mujer bajara de la nave para reunirse con él. Luego, juntos, subieron las escaleras y recorrieron las pasarelas de hierro que cruzaban los hornos del diminuto pueblo en dirección al tropel de cantinas y cafés que había cerca de popa. Los mendigos extendían sus cuencos de limosna hacia ellos, pero entonces les vieron la cara y se lo pensaron mejor. Rudos tipos del desierto, con intenciones bastante claras de robarlos y darles una paliza, les hicieron cambiar de idea, y retrocedieron hacia las sombras que había bajo los conductos. Hasta los perros huyeron.

La mujer era alta y muy delgada, y llevaba un arma larga colgada del hombro. Iba vestida de negro de pies a cabeza: botas negras, bombachos negros, chaleco negro y un largo guardapolvos negro que ondeaba tras ella como dos alas negras cuando el viento levantaba sus faldones. En un lugar donde todo el mundo iba enmascarado o velado, podría esperarse que ella también se ocultara con un pañuelo, pero había elegido ir con el rostro descubierto. Tenía el cabello cano recogido hacia atrás, como si quisiera que todo el mundo pudiera ver lo espantosa que era. Una terrible cicatriz descendía por su rostro desde la frente a la mandíbula, otorgándole el aspecto de un retrato tachado con furia. Tenía la boca contraída de un lado, en una perpetua mueca de desdén; su nariz era un muñón aplastado y su único ojo asomaba de aquel rostro en ruinas tan gris y helado como un mar invernal.

Se llamaba Hester Shaw y asesinaba a gente.

Había aparecido en el desierto seis meses atrás. Su compañero, un stalker que respondía al nombre de señor Shrike, la había llevado a bordo de El Houl, una de las ciudades que ahora devoraban los restos de la Nube 9. En aquel momento estaba herida y Shrike exigió a los habitantes de



la ciudad que se ocuparan de ella. No quisieron discutir con un stalker, así que llamaron a un médico, el cual examinó a la mujer y declaró que no tenía nada más que unos cuantos cortes y rasguños, y que estaba aquejada de una especie de melancolía que había visto antes en supervivientes de calamidades.

—¿Ha perdido algo a lo que tuviera aprecio, señor Shrike? —preguntó el médico.

—LO HA PERDIDO TODO —contestó el stalker.

La mujer vivió durante una o dos semanas en uno de esos cuchitriles con cortinas de lona a modo de tabique que llamaban «casas» en los niveles inferiores de la ciudad. El stalker cuidó de ella y la alimentó con pan y leche que amasaba con sus manos metálicas, y la gente los miraba, y murmuraba, e intentaba imaginar qué tipo de relación podría existir entre aquella conmocionada y espantosa mujer y el hombre resucitado.

Entonces, un día, el jefe de motores del municipio fue a visitar a Shrike y le dijo:

—Stalker, quiero que mates a alguien por mí. El jeque que gobierna esta ciudad es gordo y anciano. Se queda demasiado material rescatado para sí. Mátaalo por mí, y a cambio te proporcionaré una vida cómoda en los niveles más altos, con buena comida y un colchón de plumas para tu, esto, eh...

Seguía buscando un término que pudiera describir a Hester cuando Shrike dijo:

—NO MATARÉ.

—¡Pero eres un stalker! ¡Por supuesto que matas!

—NO PUEDO. MI MENTE HA SIDO... MANIPULADA.

El jefe de motores frunció el ceño y consideró la opción de expulsar de su ciudad a aquel stalker inútil, pero no se le ocurría cómo. Sacudió la cabeza, y estaba a punto de marcharse cuando la mujer del rostro mutilado dijo en voz baja:

—Yo lo mataré por ti.

—¿Tú?

—Soy Hester Shaw. Mi padre era Thaddeus Valentine, el famoso agente secreto y asesino a sueldo —dijo—. ¿Quieres muerto al jeque? Dame un arma y dime dónde encontrarlo.

—¡Pero si solo eres una mujer! —rebatía el jefe de motores.

Así que Hester Shaw se hizo con un tenedor y una palanca y subió las escaleras hasta el nivel superior de El Houl. Abrió las puertas de la casa del jeque de una patada. Mató al jeque. Mató a sus guardias. Mató a sus perros. Avanzó por las habitaciones humeantes como una plaga y no dejó nada vivo a su paso. Tenía más de stalker que su propio stalker, el cual se limitaba a observar y esperarla.

Con el dinero que le entregó el jefe de motores se compró un barco de arena y unas cuantas armas, y su stalker y ella abandonaron El Houl para siempre, para gran alivio de sus habitantes. Desde entonces, se había convertido en una de las leyendas de las arenas profundas: la mujer cazarrecompensas y su compañero, el stalker que no mataba. Incluso Theo Ngoni había oído una versión confusa de aquella historia mientras se dejaba la piel en los fosos de motores de Cutler's Gulp, pero el hombre que se lo había contado hablaba medio en árabe, y se había referido al stalker como un genio y a Hester Shaw como el Ángel Negro. Así que fue una absoluta sorpresa cuando alzó la vista aquella tarde, los vio caminando por la pasarela que cruzaba sobre su estación y los reconoció a ambos.

Durante un instante, Theo fue incapaz de recordar dónde los había visto antes. La Nube 9 le resultaba muy lejana en el tiempo. Incluso el naufragio de la Nzimu le resultaba remoto. Apenas recordaba cómo había sacado a *Lady Naga* a rastras a través de una hendidura en la pared de su camarote justo cuando la aeronave ardía en llamas. Y tampoco cómo se habían colgado de un cabo del timón mientras la nave se desplomaba hacia el desierto. Ahora tenía la sensación de que todo aquello era algo que le había sucedido a otra persona, o algo que simplemente había leído.

Desde entonces, había pasado el tiempo deslomándose en turnos de dieciocho horas mientras lo azotaban, golpeaban y maltrataban, recibiendo poca agua y menos comida. Había empezado a tener pesadillas, incluso cuando estaba completamente despierto. Así que, en un primer momento, pensó que estaba soñando de nuevo cuando vio a la madre de Wren caminar sobre él bajo la luz cegadora. Pero sacudió la cabeza y se secó el sudor de los ojos, y ella seguía allí, con el terrorífico stalker a su lado.

—¡Señora Natsworthy! —gritó, y soltó las agarraderas del depósito de combustible que estaba empujando hacia los hornos.

Los supervisores de la Abuela se le echaron encima casi inmediatamente y lo derribaron sobre la cubierta con sus porras de sogas trenzadas. Sin embargo, estaba seguro de que la madre de Wren le había oído porque, antes de caer al suelo, vio que su espantoso rostro se volvía y lo miraba durante un segundo.

—SOLTADLO —rechinó la voz del stalker, con más fuerza que el ruido de los motores del pueblecillo, y no mucho más humana.

Los supervisores retrocedieron. El foso de motores se había quedado muy silencioso. Theo alcanzaba a oír la respiración acelerada de los hombres. Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil; cayó de rodillas sobre la calurosa cubierta llena de tierra.

—Señora Natsworthy —dijo de nuevo, mirando a los ojos de la mujer de la pasarela.

En realidad, no creía que pudiera ayudarlo. Sabía que, en cuanto se diera media vuelta, los supervisores lo apalearían hasta la muerte. Solo quería que supiera que estaba allí. Tal vez, un día, ella pudiera contarle a Wren lo que le había pasado.

—Nos conocemos. ¿Se acuerda? —dijo—. De la Nube 9.

—TE CONOZCO —dijo el stalker Shrike.

—Yo no —dijo Hester Shaw. Escuchar su antiguo apellido gritado de aquella manera la había trastocado. Se quedó mirando al muchacho en el foso, debajo de ella: un demacrado chico negro que parecía un hatillo de palos quemados. Mostraba los dientes en algo que quería ser una sonrisa y le corría sangre por la cara allí donde los pueblerinos lo habían golpeado—. ¿Quién es? —le preguntó a Shrike.

—ES EL NACIDO UNA VEZ THEO QUE ESTABA CON TU HIJA EN LA NUBE 9.

—¿Es él?

Hester tenía vagos recuerdos de Wren llevando a un muchacho auestas la última vez que se habían visto. Hester deseó que no la hubiera llamado. Estaba intentando olvidar su pasado. Solo había venido a Cutler's Gulp a buscar agua y provisiones. No quería involucrarse.

Pero, tan pronto empezó a darse media vuelta, Shrike la agarró del brazo.

—NO PUEDES DEJARLO AQUÍ.

—¿Por qué no?

—MORIRÁ.

—Todo el mundo muere —contestó Hester.

—NO PUEDES DEJARLO AQUÍ.

—Maldito seas, Shrike. ¿Qué te hizo la Tormenta Verde que te ha vuelto tan blando?

—NO PUEDES DEJARLO AQUÍ.

—Bueno, no te lo vas a llevar —gritó una voz desde el foso. El capataz de los hornos, Daz Gravy, había salido de su oscura guarida para ver a qué se debía tanto escándalo. A Daz no le daban miedo los stalkers: era el nieto favorito de la Abuela Gravy y de su gordo cuello colgaban docenas de amuletos que ella le había dado para protegerle de las balas y el mal de ojo. Lo único que le importaba era mantener los motores de la Abuela funcionando sin problemas. Agarró a Theo de la argolla de hierro que llevaba al cuello, como todos los esclavos, y lo empujó de nuevo hacia el contenedor abandonado—. Es nuestro. Lo encontramos, sin trampas. Lo sacamos a rastras de las ruinas de una aeronave *mossie*. La Abuela dice que podemos hacer lo que nos dé la gana con él...

Con un solo movimiento, Hester se descolgó el arma del hombro, levantó el seguro y lo mató de un disparo. Él cayó con un golpe húmedo y un repiqueteo de amuletos de la suerte. Hester derribó a sus compañeros tan rápido que los disparos y los ecos de los disparos iban a la par, como un redoble de tambor. Bajó corriendo las escaleras de hierro y le tendió la mano a Theo. El muchacho estaba temblando demasiado como para ponerse en pie, así que el stalker tuvo que levantarlo y cargar con él para sacarlo del foso de motores, como si fuera un niño. Hester los siguió sujetando el arma, preparada para volver a disparar. En el silencio que se hizo tras los disparos escuchó los sonidos amortiguados y los murmullos de la gente que se apresuraba a apartarse de su camino.

Por algún motivo, mientras corría tras Shrike hacia el barco de arena y Shrike desenfundaba sus garras y cortaba las sogas de amarre, no dejaba de

recordar Stayns: cómo Tom y ella habían escapado de los esclavistas de aquel pueblo y cómo los había salvado Anna Fang. Lanzó un disparo de advertencia en el garaje, trepó por el lateral de su nave y se maldijo por ser tan sensiblera. Aquel lugar no era Stayns, y Theo no era Tom y, de todas maneras, no quería pensar en ello.

\* \* \*

Napster Varley escuchó los disparos y los gritos mientras preparaba su nave para despegar y maldijo en voz baja, esperando que nada retrasara su partida de Cutler's Gulp. Los muchachos de la Abuela habían metido a *Lady Naga* en su bodega hacía unos minutos y temblaba de emoción al pensar en el precio que pagarían por ella más allá de la línea. Si se quedaba allí demasiado tiempo, la Abuela Gravy podría pensarse mejor lo de venderla. Así que no corrió a asomarse para ver cómo el barco de arena salía escapando por el desierto. Ordenó a su esposa que soltara al bebé y encendiera los motores y le puso un ojo morado cuando vio que no lo soltaba lo suficientemente rápido.

—¡Muévete, mula lerda! —le gritó, imponiéndose al llanto del bebé—. ¡Dejemos a estas pulgas de arena con sus trifulcas! ¡Tenemos negocios de los que ocuparnos!

# 11

## Wolf Kobold

Tom no sabía si aceptar la invitación de Wolf Kobold. Le habían educado para saber dónde estaba su lugar en el mundo y era consciente de que dicho lugar no estaba en el Oberrang, que se elevaba sobre el resto de Murnau como una recargada corona. A Wren le llevó varias horas persuadirlo.

—De verdad, tienes que hablar con este tal Wolf en persona —le dijo—. Parecía muy interesado en lo que dijiste sobre Clytie Potts. Estoy segura de que sabe algo.

Tom sacudió la cabeza.

—Ni siquiera yo estoy seguro de creérmelo. Solo era una teoría; no tengo pruebas. Pennyroyal no le ha dado crédito, y es el mismo hombre que afirma que los vertederos antiguos eran en realidad lugares sacros y que los Antiguos tenían máquinas llamadas «aipods» que usaban para almacenar miles de canciones en discos de gramófono minúsculos. Si él cree que mi teoría sobre Londres es improbable, en realidad puede que no sea más que una fantasía.

Wren arremetió de nuevo.

—Pero ¿no crees que sería bueno para mi educación? ¿Relacionarme un poco con la alta sociedad? Orla dice que tiene un amigo que puede prestarte ropa formal...

Fue difícil, pero al final consiguió convencerlo. Al día siguiente, por la tarde, abordaron Murnau y cogieron un ascensor hasta el Oberrang. Tom parecía incómodo con su ropa prestada y Wren llevaba su traje de aviadora de siempre, porque sentía que le quedaba bien y porque era consciente de

que nada de lo que pudiera comprar en los bazares de Puertoaéreo podría competir nunca con las galas que lucirían las damas ricas. Mirando alrededor a sus compañeros de pasaje, mientras el ascensor se elevaba rechinando, se preguntó si habría tomado una decisión acertada: provocaba miradas de extrañeza en los elegantes oficiales ataviados con uniformes azules de gala y en las damas, que portaban recargados vestidos y sombreros. Escuchó a varias personas susurrar:

—¿Quién es esa muchacha tan extraña?

Fue un alivio cuando el ascensor se detuvo y ella cogió a Tom del brazo y salió con él del edificio de la terminal al sol luminoso. Al igual que el resto de Murnau, el Oberrang estaba cubierto por un revestimiento acorazado, pero habían replegado grandes zonas para permitir el paso del aire y la luz. Los asistentes a la fiesta caminaron hacia la picuda mole que era el edificio del ayuntamiento por un paseo arbolado llamado Über-den-Linden. El paseo tenía un suelo de cristal a través del cual podían contemplarse los árboles del parque que había en el nivel inferior. Debía de haber sido muy bonito en los viejos tiempos, antes de la guerra, pero ahora todos los árboles estaban muertos. Las ramas peladas y ásperas que se extendían hacia Wren le provocaron una sensación escalofriante.

Una amplia franja de parque rodeaba el Rathaus, el gótico y puntiagudo ayuntamiento de Murnau. Allí, sobre una pradera de césped escaso, irregular y musgoso, era donde se celebraba la fiesta que ofrecía el Kriegsmarshal. Habían levantado carpas y pabellones de vivos colores y colgado coloridas guirnaldas de banderillas entre los árboles muertos y las arcadas, dañadas a consecuencia de la batalla, junto a farolillos chinos que se encenderían más tarde, cuando se hiciera más oscuro. Una ingente cantidad de personas pululaba por el jardín, ya que el Kriegsmarshal de Murnau se había propuesto ofrecer entretenimiento a los alcaldes y concejales de todas las demás ciudades de la agrupación. Una banda de música tocaba en un escenario adornado con banderas y los asistentes bailaban complicadas y formales coreografías que tenían más de matemática aplicada que de los antiguos bailes llenos de vueltas que Wren había aprendido en Vineland. Deseó haber hecho caso a su padre y haberse mantenido alejada de aquel evento. En su vida solo había asistido a un

acontecimiento tan grandioso como aquel, y había sido en la Nube 9. Allí había sido una esclava que iba pasando con bandejas llenas de bebidas y canapés.

Estaba preparada para volver a los ascensores cuando Wolf se apartó de un pequeño grupo de oficiales que estaban de pie junto a la banda de música y se acercó a saludarla. Se había arreglado un poco, pero, incluso con el uniforme de gala y el fajón escarlata, había algo en su aspecto que resultaba levemente andrajoso y descuidado. La espada que llevaba al costado era más pesada y barata que las recargadas armas ceremoniales que portaban los demás hombres y tenía aspecto de haber sido usada. Su sonrisa era un dechado de dientes afilados.

—¡Amigos míos! —gritó, dedicándole una profunda reverencia a Tom y tomando la mano de Wren para besarla—. ¡Cuánto me alegro de que hayan podido venir!

Wren no estaba acostumbrada a que nadie le besara la mano. Se sonrojó y agachó la cabeza en señal de cortesía. El pulgar de Wolf rozó el protuberante verdugón que había en el dorso de su mano: la marca de la Sociedad Shkin, de la que había sido propiedad en Brighton. La apartó velozmente, avergonzada, pero Wolf se limitó a escrutarla con mirada inquisitiva, como si no le importara en absoluto que hubiera sido una esclava.

—Ha tenido una vida de lo más interesante, *Fräulein* Natsworthy —dijo, agarrándola del brazo y guiándolos a Tom y a ella por los concurridos jardines.

—En realidad, no, señor Von Kobold. Pero supongo que he llenado el equipaje con algunas experiencias durante los últimos seis meses, más o menos.

—Por favor —le pidió él—, llámame Wolf. O, al menos, «señor Kobold». «Von» es un antiguo título honorífico; mis padres lo usan, pero yo no tengo tiempo para tonterías de esa índole. —Se acercó a Wren y dijo—: No tienes por qué sentirte incómoda entre estas estúpidas mujeres y sus estúpidos vestidos. La mayoría ha estado viviendo en ciudades más seguras que Murnau desde que empezó la guerra, y solo han regresado ahora que las



armas por fin se han acallado. ¡Míralas! Son como niñas grandes. No tienen ni idea de cómo es la vida real...

Wren agradeció su compañía y se complació por la forma levemente envidiosa en que la miraban las mujeres murnaurenses mientras caminaba con él, pero le preocupó un poco que hubiera podido adivinar tan fácilmente cómo se sentía.

—Les ruego que me perdonen por haberlos hecho venir aquí —continuó Wolf, dirigiéndose a Tom—. Pensaba que sería una buena oportunidad para conversar. No me había dado cuenta de lo mucho que despilfarra mi familia en entretenimiento desde que ha comenzado esta estúpida tregua. Vengan, iremos dentro...

Los condujo tras el escenario de la banda, hacia los amenazadores muros acorazados del Rathaus. Sin embargo, a mitad de camino fueron atajados por una mujer de aspecto imponente, ataviada con un vestido de seda gris tan rígido y anguloso que ella también parecía ir acorazada.

—Wolf, cielo mío —dijo con dulzura—, todo el mundo me está preguntando quiénes son tus amigos.

Wolf hizo una cuidadosa reverencia y señaló a Wren y a su padre.

—Madre, permíteme que te presente a Tom Natsworthy, aviador, y a su hija Wren. Tom, Wren: mi madre, Anya von Kobold.

—Encantada —dijo su madre, aunque en realidad pareció bastante incómoda cuando inspeccionó a Tom y Wren de arriba abajo, como si conocer a alguien tan vulgar le produjera auténtico dolor físico—. Wolf ha adquirido unas ideas tan pintorescamente democráticas desde que mi marido le pusiera al mando de Harrowbarrow, que uno ya no sabe quién será el siguiente personaje que traiga a casa. Aviadores. Sumamente interesante...

—Ignórenla —dijo Wolf mientras su madre se apartaba para saludar a un corrillo de concejales y a sus esposas—. No tiene ni idea de cómo es la vida ahí fuera, en la línea. Cada vez que se reanuda el combate, ella abandona Murnau y se marcha volando a un hotel en los niveles superiores de París. De lo único que sabe es de ropa y de pasteles; es lo único que le interesa.

Habló en voz lo suficientemente alta como para que su madre lo oyera y bastantes de los demás invitados se volvieron a mirar con expresiones de sorpresa y reproche. Tom, avergonzado, preguntó con aire inocente:

—¿Harrowbarrow? ¿Así se llama su suburbio? No me suena haber oído hablar de él.

Wolf se detuvo, con la mirada clavada en las anchas espaldas de su madre, y sonrió:

—Es muy pequeño, señor; apenas puede considerarse un suburbio. Es un pequeño núcleo especializado que pasó a ser posesión de Murnau durante la guerra. Pero es mío, ¿sabe?, y tengo esperanzas para él, grandes esperanzas.

Mientras Wolf los escoltaba al interior del Rathaus, Wren se preguntó qué tipo de lugar sería ese tal Harrowbarrow. Los suburbios-tanque que había tenido oportunidad de ver durante su viaje a oriente tenían un aspecto horrible: rastreros, atroces y blindados como cochinillas. Y, a pesar de ello, Wolf hablaba del suyo con aprecio. Supuso que debía de tratarse de ese tipo de orgullo tan frecuente entre los aviadores, a los que jamás escucharías decir una mala palabra sobre su propia nave, aunque no fuera más que una tartana aérea llena de fugas.

Una vez dentro, los ruidos de la fiesta que tenía lugar al aire libre se difuminaron levemente. Wolf llevó a sus huéspedes a una estancia grande y silenciosa donde unos esbeltos pilares metálicos sostenían el techo y Wren tuvo la sensación de que acababa de entrar en un bosque de hierro. Había asientos y se sentaron mientras Wolf hacía sonar una campana para llamar a una criada y pedir un refrigerio para todos. Entonces, se quedó quieto un momento, inspeccionando a Tom y Wren como si no estuviera del todo convencido de haber hecho lo correcto invitándolos allí.

—Londres —dijo por fin. Su rostro se contrajo con la misma sonrisa siniestra que había exhibido el día anterior cuando estaba escuchando el relato de Pennyroyal—. Entiendo que usted mismo fue londinense, ¿es así, *Herr Natsworthy*?

Tom asintió y le habló de su formación en el Gremio de Historiadores y de cómo, casualmente, se encontraba fuera de la ciudad cuando el dispositivo de MEDUSA hizo explosión.

—Interesante —comentó Wolf cuando Tom hubo terminado. Luego, con bastante cautela, dijo—: Yo tengo mi propia historia sobre Londres, ¿sabe? Por eso me acerqué a escuchar cuando oí lo que el viejo Pennyroyal le estaba diciendo ayer. Verá... —Se llevó la mano al bolsillo y sacó un pequeño disco metálico que lanzó a Tom—. Si es usted quien dice ser, *Herr Natsworthy*, sabrá qué es esto...

Tom volteó el disco que tenía en sus manos. Era del tamaño de una moneda grande, y en él había acuñado un escudo de armas. Hacía veinte años que no veía algo como aquello, pero lo reconoció inmediatamente y dejó escapar un pequeño jadeo. Wren vio lágrimas en sus ojos cuando volvió a mirar a Kobold.

—Es un remache de uno de los soportes sobre los que se asentaban las plataformas de Londres —dijo—. De uno de los niveles inferiores, supongo, porque es de hierro, y todos los de los niveles superiores eran de latón...

Wolf sonrió.

—Mi *souvenir* particular de Londres —dijo.

—¿Ha estado allí? —preguntó Tom.

—Brevemente. Hace unos dos años, antes de que me concediera mi propio suburbio, convencí a padre para que me permitiera unirme al *kommando* de la *Abwehrtruppe* en una redada en lo más profundo del territorio *mossie*. Estábamos intentando destruir su central de manufactura de stalkers. Desgraciadamente, nunca llegamos allí: fuimos atacados, y mi propia nave fue derribada en las llanuras, no demasiado lejos de Batmunkh Gompa. Solo como estaba, busqué refugio en las ruinas de Londres. Estaba asustado, por supuesto, ya que solo había oído historias de terror sobre ese espantoso lugar. Pero los *mossies* me estaban buscando y me pareció mejor probar suerte con los fantasmas que dejar que me atraparan ellos. Así que deambulé por aquel paisaje de óxido buscando agua y comida y un lugar donde poder guarecerme... —Se quedó callado. La música de la fiesta se colaba por los pasillos del antiguo edificio, tenue y espectral—. Es un lugar curioso esa escombrera —dijo—. Solo vi la franja que quedaba más al sur. Las ruinas están extremadamente retorcidas y diseminadas. Cuesta creer que eso fuera una gran ciudad, aunque, de vez en cuando, aquí y allí se ve

algo familiar: una puerta, una mesa, un cochecito de bebé. Esos remaches, por ejemplo, estaban desperdigados por todas partes. Me guardé el que tiene ahora mismo en la mano pensando que si conseguía regresar a casa, me gustaría tener una prueba para demostrarles a mis amigos que había estado dentro de las ruinas de Londres.

»Al acercarse la noche, mientras me dirigía al norte por el interior, donde las ruinas se erigen altas y siniestras, ocurrió algo. No estoy seguro de qué. Percibí movimiento entre las ruinas. Demasiado deliberado para tratarse de animales. Parecían seguirme. Al rato, también escuché ruidos: gruñidos fantasmales y llantos. Saqué mi revolver, lancé un par de disparos a las sombras y los ruidos cesaron. En el silencio que siguió, me percaté de otro sonido. Parecía maquinaria, aunque sonaba muy lejos y nunca fue lo suficientemente nítido como para poder asegurarme. Me senté entre los escombros a descansar... y perdí el conocimiento. Más tarde tuve la sensación de recordar que alguien se acercaba tras de mí..., pero tal vez solo fuera un sueño, el recuerdo es muy nebuloso.

»Lo siguiente que sé es que estaba a quince kilómetros, al oeste de las ruinas y en campo abierto, oculto de las patrullas *mossies* bajo el follaje que se había formado en una antigua huella de cadenas tractoras. Alguien me había vendado las heridas con gruesas gasas de campaña, me había rellenado la cantimplora de agua y la mochila de pan y fruta.

—¿Quién? —preguntó Tom, ansioso.

Wolf le lanzó una mirada penetrante.

—¿No me cree?

—Yo no he dicho eso...

Wolf se encogió de hombros.

—Hasta ahora, nunca le había contado esto a nadie. Lo único que sé es que hay alguien en las ruinas de Londres. No son *mossies*; de lo contrario, me hubieran matado en cuanto se les presentó la oportunidad. Pero tienen secretos, y los guardan con celo.

Wren miró a su padre. El relato de Wolf le había parecido mucho más espeluznante que el de Pennyroyal.

—¿Quién podría ser? —preguntó.

Tom no le contestó.

—Me lo he preguntado con frecuencia —siguió Wolf—. He estado investigando. Algunos de mis hombres a bordo de Harrowbarrow eran antes basureros. Han vivido a la intemperie en lugares horribles donde han visto cosas extrañas. Nunca han oído decir que haya basureros viviendo en el interior de Londres. Pero he oído mencionar un par de veces una tal *Geistluftschiiff*, una nave fantasma. Surca en silencio la tierra de nadie cuando sopla viento del oeste y vuela hacia territorio *mossie*. No deja marcas. No forma parte de ninguna unidad conocida, ni suya ni nuestra.

—Fantasmas de nuevo —dijo Wren.

—O la Arqueópterix —dijo Tom. Su voz tembló levemente. Estaba intentando que sus sentimientos no resultaran demasiado evidentes, pero lo que Wolf le había contado le había dejado conmovido y emocionado. Así como lo que sospechaba que eso podía significar—. La Arqueópterix volando a casa. A Londres.

Wolf se inclinó hacia él.

—Yo creo en su teoría, *Herr* Natsworthy. Creo que los supervivientes de MEDUSA viven en secreto entre las ruinas.

—Pero ¿por qué querría alguien vivir así? —preguntó Wren—. No queda nada dentro, ¿no?

—Algo debe de quedar —dijo Wolf—. Algo que haga que merezca la pena permanecer allí, vigilándolo. He realizado una pequeña investigación personal sobre Cruwys Morchard desde que le oí preguntar por ella. Nuestros cuerpos de espionaje conservan expedientes de la mayor parte de las naves que surcan estos cielos. Las notas de la Navío Aeromercante Arqueópterix han resultado ser una lectura de lo más interesante para acompañar el desayuno. Parece que esa señora suya, Morchard, ha estado comprando mucha Vieja Tecnología durante el último par de años.

—Comercia con Vieja Tecnología —respondió Tom, como si fuera lógico.

—¿Es eso lo que hace? A mí no me parece que venda muchas de las piezas de maquinaria antigua que compra. Entonces, ¿qué pasa con ellas? Tal vez se limite a transportarlas a Londres. Y ¿por qué era famosa Londres?

—Por su ingeniería —reconoció Tom, aunque a regañadientes. Estaba recordando al hombre que había visto con Clytie en la plataforma de acoplamiento de Peripatetiápolis: un hombre con una resplandeciente cabeza rapada—. Y sus ingenieros —dijo.

Wolf asintió, observándolo.

—¿Y si alguno de esos ingenieros suyos hubiera sobrevivido? ¿Y si vivieran en esa escombrera? ¿Y si estuvieran construyendo algo allí? ¿Algo tan maravilloso como para que mereciera la pena vivir durante veinte años en el interior de una ciudad en ruinas para preservar el secreto! ¿Algo que pudiera cambiar el mundo!

Tom sacudió la cabeza.

—No, no. Clytie nunca trabajaría para el Gremio de Ingenieros...

—La Clytie que usted conoció, tal vez no. Pero quizá haya cambiado de idea en estos veinte años. —Wolf se levantó, se acercó a los ventanales y los abrió de par en par, permitiendo que los sonidos de la fiesta de los jardines penetraran en el interior—. Vengan —les dijo, haciéndoles señas para que salieran con él al balcón.

Abajo, los brillantes vestidos y los uniformes de los invitados de sus padres moteaban el jardín como pétalos, como mariposas. Durante un momento, cuando bajó la vista para mirarlos, el rostro del joven mostró una expresión que casi podría calificarse de odio.

—Esta tregua no durará mucho —dijo—. Pero, mientras tanto, debemos aprovecharla al máximo.

¿A qué se refiere con «debemos»? se preguntó Wren. No estaba segura de cómo era posible que el sueño de su padre hubiera sido repentinamente engullido por el de Wolf Kobold, y aún no estaba completamente segura de que le cayera bien aquel atractivo joven.

—He pensado a menudo en regresar a Londres —prosiguió Wolf—. Aunque la guerra me ha tenido muy ocupado. Ahora, sin embargo, veo mi oportunidad. He estado haciendo averiguaciones sobre usted, Tom Natsworthy. Por lo que dicen, es usted un buen piloto. Y esa vieja nave de la Liga suya podría ser perfecta para hacer una incursión tras las líneas enemigas.

—¿Está diciendo que debería ir a Londres? —preguntó Tom—. ¡Pero eso es imposible! ¿No? Nunca podríamos atravesar las defensas de la Tormenta Verde.

—No podría atravesarlas aquí —consintió Wolf mirando más allá de la fiesta del jardín, más allá de los edificios que bordeaban el Oberrang, hacia los velados barrizales de la tierra de nadie y el territorio de la Tormenta—. El noveno regimiento de Naga al completo está atrincherado en el barro, esperando a que nosotros demos el primer paso. Aunque ellos no los derribaran, los de nuestro propio bando darían por hecho que están comerciando con el enemigo y los dispararían. Pero hay zonas al noreste de aquí donde la defensa de la línea es menor. —Se volvió hacia Tom, con una sonrisa aniñada—. Harrowbarrow podría hacerlos cruzar. Suelo sacarla a cazar a tierra de nadie. Los llevaré directamente hasta las fronteras del territorio de la Tormenta, donde un aviador con su pericia podrá escabullirse fácilmente a través de la línea de combate y seguir el antiguo rastro de huellas de cadenas tractoras hacia el este. Al fin y al cabo, eso debe de ser lo que Clytie Potts ha estado haciendo durante todos estos años.

—¿Y usted nos acompañará, señor Kobold? —preguntó Wren.

Tom la miró.

—Tú no vienes, Wren. Es demasiado peligroso. Ni siquiera creo que deba ir yo...

Wolf se rio.

—¡Por supuesto que irá! —dijo—. Puedo verlo en sus ojos. Desea más que cualquier otra cosa averiguar qué está pasando en Londres. Y yo iré con usted, porque esta paz me aburre y porque ansío ver lo que se esconde en esa escombrera. No se preocupe: yo me ocuparé de organizarlo todo y le pagaré bien por las molestias. ¿Podríamos acordar cinco mil en oro, transferidos a una cuenta bancaria de Puertoaéreo?

—¿Cinco mil? —exclamó Tom.

—Procedo de una familia sumamente adinerada —dijo Wolf—. Preferiría ver la fortuna de los Von Kobold invertida en expediciones como esta que dilapidada en fiestas de jardín. Evidentemente, por una suma tal, debo insistir en que Wren nos acompañe como copiloto. Es una joven de gran valor y la necesitaremos para volar hasta allí.

(Sonrió a Wren, que notó cómo empezaba a sonrojarse).

—Todavía no lo tengo claro —dijo Tom. Pero sí que lo tenía.

¿Cómo podía negarse? Nunca había tenido mucho dinero, ni tampoco lo había deseado, pero tenía que pensar en el futuro de Wren. La suma que aquel muchacho le estaba ofreciendo la convertiría en una mujer rica y, si Wren quería establecerse como mercader del aire cuando él ya no estuviera, no le vendría nada mal que se la conociera en los Caminos de las Aves como la aviadora que se había adentrado en Londres.

Lo cierto era que deseaba regresar a su ciudad y descubrir qué quedaba de ella. Ver por sí mismo si algo (o alguien) había sobrevivido. También deseaba llevar a Wren con él para que pudiera ver con sus propios ojos el lugar donde habían comenzado todas las aventuras de su padre. Por eso le resultó fácil encontrar motivos para justificar embarcarse en ese viaje, y llevarla con él, y restarle importancia a los peligros a los que quizá tuvieran que hacer frente. Al fin y al cabo (se dijo), Hester y él habían volado con la Jenny Haniver a lugares mucho peores en sus días de juventud.

—Entonces, está decidido —decretó Wolf—. Traigan su nave al puerto aéreo de Murnau. Nos reuniremos dentro de un día o dos para concretar los detalles. Pero, por favor, no mencionen a nadie adónde vamos, a nadie en absoluto. La Tormenta y las demás ciudades tienen espías en todas partes.

Se estrecharon la mano antes de regresar juntos al jardín, a las risas y a la música, y a las sombras cada vez más alargadas. Pennyroyal había llegado, rodeado de hermosas jóvenes, y saludó alegremente con la mano a Tom y Wren cuando los vio pasar. Wolf se excusó y fue a hablar con su padre. Parecía incómodo y un tanto nervioso allí de pie, junto al anciano Kriegsmarshal, y Wren se dio cuenta de que así le caía mejor: ella también había tenido sus propios conflictos familiares. Pensó que serían sus experiencias de guerra las que le hacían parecer tan duro a veces; probablemente, en el fondo era un muchacho tímido y amable, igual que Theo.

Intentando imaginarse cómo sería viajar a oriente con él, apretó la mano de su propio padre.

—Si tú vas —le dijo—, yo voy contigo. Como ha dicho Wolf Kobold, no creas que vas a conseguir que me quede aquí. Así que no tiene sentido



siquiera intentar discutir sobre ello. Puedo cuidar de mí misma.

Tom rio, porque lo que acababa de decir era muy propio de Hester. Miró a Wren y vio en ella la fortaleza y la testarudez de su madre.

—De acuerdo —dijo—. Ya veremos.



Entre Wolf Kobold y su padre la conversación no fluyó con tanta facilidad. De alguna manera, en algún momento, con el paso de los años habían perdido la relajada amistad que tenían cuando Wolf era pequeño. Ahora, el Kriegsmarshal y su hijo tenían maneras distintas de pensar. A pesar de todo, el anciano parecía creer que tenía que aprovechar aquella excepcional visita de Wolf para intentar hablar seriamente con él. Lo guio lejos de la fiesta, entre los árboles muertos, a través de los lechos parduzcos de arbustos marchitos que, antes de la guerra, habían sido uno de los orgullos de Murnau. Cruzaron un puente sobre un lago para barcas (un lago dragado, por supuesto, con su seco lecho cicatrizado de óxido) y subieron unos cuantos peldaños hasta un pequeño cenador rodeado de columnas, donde la estatua de una diosa ataviada con un vestido antiguo miraba más allá del borde de la plataforma.

—Este era uno de tus lugares favoritos cuando eras un chiquillo —dijo el Kriegsmarshal atusándose los bigotes, como hacía siempre que estaba nervioso—. Solía fascinarte esta damisela en su pedestal...

—No lo recuerdo —dijo Wolf.

—Oh, sí... —El rostro de la estatua estaba manchado por regueros de humedad, como si hubiera derramado lágrimas verdes. El Kriegsmarshal sacó el pañuelo de su bolsillo y comenzó a limpiarla—. Siempre me preguntabas quién era, y yo te decía que representaba a Murnau. Fuerte, aunque delicada. Noble. Eso es. —Ocupado en limpiar la estatua llena de musgo, se ahorra tener que mirar a su hijo a los ojos. Dijo—: Deberías regresar, Wolf. Tu madre te extraña.

—Mi madre se escabullirá a París en cuanto la tregua cese. De todas maneras, ¿qué más te da? Es bien sabido que vuestro matrimonio lleva años siendo una farsa.

—Bueno, yo te extraño.

—Estoy seguro de que eso no es cierto.

—Cuando sugerí que te encargaras de ese suburbio-tanque, mi intención era que lo hicieras durante un mes o dos. ¡No pretendía que te instalaras allí permanentemente! ¡Este es tu sitio, Wolfram! Maldita sea, deberías estar preparándote para relevarme. Yo solo soy un soldado anciano. Ahora que la paz está regresando, Murnau necesita que la guíen hombres más jóvenes. Hombres con visión de futuro.

—La paz no durará —dijo Wolf.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Yo creo que las intenciones de Naga son buenas. Y yo he luchado contra él, recuérdalo. Resistió frente a Murnau durante seis semanas en la pendiente de Bashkir. Sus hombres pelearon como tigres, pero hizo que perdonaran la vida a todos los prisioneros de las ciudades que capturaron. Nunca usó Acróbatas, a menos que no tuviera más remedio. Y cuando supo que uno de sus francotiradores me había herido, me envió un regalo para desearme una pronta recuperación: el chaleco de una armadura de Vieja Tecnología con una nota que decía: «Sentimos no haber dado en el blanco». Tal vez sea mi enemigo, pero le aprecio más que a muchos de mis amigos.

—Muy conmovedor. —Bostezó Wolf, que ya había escuchado aquella anécdota muchas veces—. Pero los *mossies* aún deben ser exterminados.

—¡Qué cosa tan absurda! —replicó airadamente su padre—. La Traktionstadtsgesellschaft no se fundó para exterminar a nadie, sino para defender de la Tormenta a las ciudades decentes. Deja que Naga y sus antitraccionistas vivan en paz en sus horribles montañas, mientras prometan no darnos problemas.

Wolf le dio la espalda a su padre con gesto furioso, pero no dijo nada. En cambio, caminó hasta el borde del cenador y dejó que su vista se perdiera entre los árboles muertos del este, en el terreno áspero y resquebrajado que la guerra había labrado, en las llanuras que se extendían más allá, e imaginó Londres allí, en algún punto, aguardando.

Pasado un rato, el Kriegsmarshal Von Kobold dijo:

—Mánchester viene al este. He recibido un comunicado del alcalde, el señor Browne...

—¡Ah! ¡Nuestro mecenas!

—Es cierto que Mánchester nos ha ayudado a financiar nuestra lucha... Tiene planes de celebrar una conferencia de paz a bordo de su ciudad en cuanto llegue a la línea. Los alcaldes de todos los Traktionstadts van a reunirse para decidir cómo proceder. Mi plan es abogar por una paz duradera con la Tormenta. Me gustaría que asistieras, Wolfram. Que estuvieras junto a mí para que todo el mundo se dé cuenta de que eres mi heredero...

—Debería regresar a Harrowbarrow mañana o pasado —respondió su hijo—. Tengo asuntos de los que ocuparme.

—¿Con tus amigos los vagabundos del aire?, ¿con esos aviadores?

Wolf se encogió de hombros.

El Kriegsmarshal dio media vuelta, dudó y luego sacudió la cabeza, descendió a paso vigoroso los escalones y cruzó el puente. Había librado innumerables batallas contra la Tormenta, se había enfrentado a stalkers en combate cuerpo a cuerpo en los escalones de su propia casa, en el invierno rojo del año 14, pero su hijo siempre lo derrotaba.

Wolf se quedó de pie, a solas, y lo vio marcharse. Un rato después, tuvo la desagradable sensación de que él también estaba siendo observado. Se dio media vuelta y se encontró con la estatua de la diosa, que lo contemplaba con sus apacibles ojos ciegos. A pesar de lo que le había dicho, Wolf recordaba que de pequeño le gustaba sentarse en el regazo de su padre y observarla mientras él le contaba historias sobre el glorioso pasado de Murnau. Desenvainó su sable y asestó tres furiosos golpes en el esbelto cuello, y saltaron chispas cuando la hoja rebanó la piedra. Luego le dio una patada a la cabeza decapitada y la mandó escaleras abajo hasta el lago vacío. Después, se alejó a paso vivo de los jardines para comenzar a prepararse para su viaje.

## 12

### Los barcos de arena

A Theo le pareció que llovía. No notaba la lluvia porque estaba a cubierto, en cama. No veía la lluvia porque estaba oscuro. Pero podía escucharla: el leve siseo de la lluvia cayendo incesante, e incluso el sonido, le resultaban refrescantes después de haber pasado tantos días abrasadores en Cutler's Gulp. El agua discurría, y suspiraba, y consolaba, y acallaba, y entretejía sus sueños inconexos.

Y a veces, brevemente, despertaba del todo y comprendía que el sonido sibilante de la lluvia no era más que arena que repicaba bajo las ruedas del negro barco de arena.

—No temas —le dijo alguien.

—¿Wren? —preguntó.

—¿Estaba ella contigo cuando los muchachos de la Abuela Gravy te apresaron? ¿Estaban Wren y Tom contigo?

—No, no —dijo Theo sacudiendo la cabeza—. Están muy lejos. Están en el norte, en los Caminos de las Aves. Wren me envió una felicitación por Navidad... Yo esperaba encontrarla cuando llegáramos al norte... —Al recordar el siniestro de la Nzimu, intentó incorporarse con gran esfuerzo—. *Lady Naga*... ¿Qué hay de *Lady Naga*?

Una mano le tocó el rostro, delicada y tímida. Una boca rozó su frente.

—No temas, Theo. Duerme.

Durmió y volvió a despertarse, y vio que la mujer que estaba sentada junto a él era la madre de Wren. Sobre su cabeza, un globo de argón colgaba de un chirriante cardán y oscilaba hacia adelante y hacia atrás,

salpicando negras oleadas de sombra sobre las paredes del camarote. Cuando las sombras ocultaban el rostro de Hester, Theo imaginaba que era Wren la que estaba sentada junto a su camastro. Sin embargo, cuando ella se dio cuenta de que la estaba mirando, dijo bruscamente:

—¿Estás despierto? Pues ya puedes espabilar. En mi nave no hay lugar para los holgazanes. —Era casi como si esperara que Theo no recordara las palabras amables que le había dedicado antes.

Theo trató de hablar, pero tenía la boca más seca que la bahía de Bitumen. Hester estiró la mano con brusquedad, le levantó la cabeza y empujó una taza de hojalata contra sus labios.

—No bebas demasiado —le dijo—. No puedo malgastarla. Si me detuve en Cutler's Gulp fue solo para conseguir agua y comida, y gracias a ti tuve que marcharme sin ninguna de las dos. Ese patán al que disparé era el niño bonito de la Abuela Gravy. No está muy contenta, que digamos.

La arena seguía repiqueteando contra el casco de la nave, que avanzaba a la carrera. Theo volvió a dormirse. Hester se levantó y subió la escalera hasta la cabina abierta, donde Shrike estaba al timón con sus verdes ojos resplandeciendo. La nave se encontraba al oeste del mar de arena y atravesaba a toda velocidad las llanuras de esquisto carbonizado. A lo lejos, hacia oriente, una franja de luz pálida asomaba en el horizonte. El viento hacía tamborilear las jarcias de la nave.

—No deja de hablar de alguien llamado *Lady Naga* —dijo Hester—. Creo que estaba con él cuando esos basureros lo encontraron. ¿Alguna vez has oído hablar de *Lady Naga*?

—HAY NAVES PERSIGUIÉNDONOS —dijo Shrike.

—¿Qué? ¡Maldición!

Hester esperaba que la vieja bruja de Cutler's Gulp enviara a alguien tras ella. La reputación que la Abuela tenía como hechicera oscura implicaba que sus hombres, probablemente, la temieran más a ella que a Hester y a su manso stalker. Miró al horizonte con los ojos entrecerrados hasta que ella también las vio: las delgadas y afiladas siluetas de sus velas, como dientes de peces. Esperaba una o dos y había temido que fueran tres, pero la Abuela había enviado seis, desde un pequeño chichorro a un gran catamarán rompedunas.

—Supongo que deberíamos sentirnos halagados —dijo.

El sol se elevó sobre las irregulares colinas que quedaban a popa y los vigías apostados en los mástiles de las naves que los perseguían avistaron la vela negra que había frente a ellos. Una bengala salió despedida del rompedunas, indicando «caza a sotavento». Unos minutos después, de una de las naves más pequeñas brotó una ráfaga de humo. Shrike y Hester vieron cómo a popa, a pocas yardas de donde estaban ellos, una duna explotaba lanzando arena en todas direcciones.

—PRONTO ESTAREMOS A TIRO —dijo Shrike, impasible—. SI NOS ALCANZAN EN LOS NEUMÁTICOS A ESTA VELOCIDAD, EL VEHÍCULO QUEDARÁ DESTRUIDO.

—Maldición —volvió a decir Hester.

Bajó al armario donde guardaba las armas y sacó algo que le había robado a un bandido tras asesinarlo durante la huida de Djebel Haqir. Era un jezail automático, más alto que ella, con una bonita incrustación de plata en la culata de madera. Si el bandido hubiera estado sobrio, quizá conservaría la vida todavía: aquella era una buena arma, con un alcance de varios kilómetros. Hester cargó en las recámaras unos grandes proyectiles de latón y se llenó los bolsillos con más munición. Miró para asegurarse de que Theo siguiera dormido. Lo estaba; acurrucado como un niño, dulce y vulnerable. Hester se obligó a darle la espalda. Si se descuidaba, corría el riesgo de empezar a preocuparse por él, y ella sabía demasiado bien que preocuparse por la gente significaba exponerse a todo tipo de sufrimientos.

Subió hacia la luz, blanca e implacable. El viento áspero iba cargado de arena y los barcos estaban cada vez más cerca. El primero en disparar había sido el más rápido y pequeño, que se aproximaba velozmente por estribor. Hester alcanzó a ver que los hombres que viajaban sobre el casco la apuntaban con una especie de cañón montado en un soporte giratorio. El cañón disparó una vaharada de humo blanco y sintió cómo el disparo pasaba junto a ella y explotaba entre una pila de rocas color galleta unas cien yardas a babor.

Se restregó la nariz con la manga y estabilizó el arma sobre la barandilla de la cabina de mando.

—Sería más fácil si esto pudieras hacerlo tú —le dijo a Shrike, subiéndose sus gafas de desierto por la frente y apuntando a través de la mira telescópica del jezail—. Apenas los veo...

—NO PUEDO —dijo Shrike—. TE LO HE DICHO MUCHAS VECES. LA DOCTORA ZERO ME HIZO ALGO; UNA ESPECIE DE BARRERA EN MI MENTE...

—Ojalá tuviera a tu doctora Zero aquí delante ahora mismo —gruñó Hester, intentando concentrarse en el pequeño núcleo de hombres que se afanaban con esponjas y escobillones alrededor del cañón giratorio—. Yo sí que le pondría una barrera en la mente a ella.

Apretó el gatillo del jezail y maldijo cuando la culata se le clavó en el hombro. El casquillo vacío cayó rodando por la popa. Hester no tenía ni idea de adónde había ido a parar la bala, pero desde luego no había dado en el blanco. No tenía buena puntería. Su talento no era disparar, solo matar.

Afortunadamente, los hombres del otro barco no tenían mejor puntería que ella: los disparos pasaban uno tras otro a su lado mientras ella vaciaba de munición uno de sus bolsillos a ritmo constante. Estaba a punto de comenzar con el segundo bolsillo cuando la otra nave cambió bruscamente de rumbo.

—¿Eso lo he hecho yo? —preguntó.

El barco enemigo estaba fuera de control. Tal vez uno de los disparos desviados de Hester hubiera cortado un cable o perforado un neumático. El vehículo quedó atravesado frente a la hilera de barcos perseguidores y otra nave de tres ruedas que lo seguía de cerca viró violentamente y se estrelló contra un pequeño yate blindado. Enzarzados uno con otro, ambos barcos volcaron y empezaron a dar unas impresionantes vueltas de campana sobre la arena, perdiendo por el camino baupreses, ruedas, velas y trozos del mástil roto. El barco que lideraba la persecución también volcó, vomitando un ondulante velo de arena que ocultó durante un momento a los tres que quedaban en pie. Sin embargo, no tardaron en volver a aparecer, difuminados en un primer momento y luego claros, nítidos y recortando distancia a toda velocidad. Los proyectiles procedentes de una máquina a vapor acoplada al gran rompedunas empezaron a golpear contra la madera, muy cerca de donde Hester estaba acucillada.

—ESTÁN INTENTANDO CAPTURAR ESTE BARCO, NO DESTRUIRLO —aventuró Shrike—. AHORA QUE HAN PERDIDO LOS OTROS TRES, LA ABUELA GRAVY NO CONSENTIRÁ QUE REGRESEN SIN PREMIO.

—Bueno, eso me tranquiliza —dijo Hester mirándolo desde donde estaba agachada, a la altura de sus tobillos, mientras las balas le rebotaban en la armadura—. ¿Qué vas a hacer cuando nos aborden?

—ESO NO PASARÁ.

—¿Y si pasa?

—ENTONCES TENDRÉ QUE DEFENDERTE CON TODOS LOS MEDIOS A MI ALCANCE —replicó pacientemente el stalker—. LES ARREBATARÉ LAS ARMAS. LOS CONTENDRÉ. ME INTERPONDRÉ ENTRE SUS ESPADAS Y TU CUERPO. PERO NO LOS MATARÉ.

—¿Y si me matan ellos?

—ENTONCES, MANTENDRÉ LA PROMESA QUE TE HICE EN LA ISLA NEGRA.

Hester consiguió encajarle un par de disparos más al rompedunas. Sobre su cabeza, las velas empezaban a llenarse de agujeros, pero la seda de silicona era resistente y no se rasgó.

—¿Por qué te hizo esto? —gritó Hester—. O sea, engañarte para que destruyeras a ese engendro de Anna Fang es una cosa, vale, pero ¿por qué no podías simplemente volver a la normalidad una vez terminado el trabajo?

—ESTOY SEGURO DE QUE LA DOCTORA ZERO TENÍA SUS MOTIVOS PARA PROPORCIONARME CONCIENCIA.

—Bueno, pues yo extraño al viejo Shrike.

—Y YO EXTRAÑO A LA VIEJA HESTER.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Pero nunca lo descubrió, porque en ese momento el rompedunas aceleró para colocarse a su altura. Unos garfios salieron disparados, surcaron el estrecho espacio que separaba ambos barcos y fue el momento de soltar el jezail, sacar las pistolas y luchar.

\* \* \*



El martilleo de las balas sobre el casco se coló en los sueños de Theo, tan desconcertante y fuera de lugar dentro de los plácidos espacios verdes por los que transitaba sin rumbo que tuvo que despertarse para descubrir lo que en realidad significaba aquel sonido. Permaneció un momento tumbado en el camastro preguntándose dónde demonios estaba y por qué se sacudía tanto. La hilera de ojos de buey que había en la pared sobre él estaban cerrados con persianas, de modo que el camarote resultaba sombrío. Justo encima de su cabeza, sin embargo, alguien había extendido una cuerda dorada que iba desde una pared a la otra. Theo se preguntó por qué haría alguien algo así. ¿Era una cuerda de tender? Y si lo era, era mucho más bonita que cualquier cuerda de tender que hubiera visto en su vida, tan brillante y reluciente. Estiró la mano para tocarla y sus dedos la atravesaron limpiamente. Estaba hecha de luz cálida.

Theo se sentó. Había más cuerdas como aquella tendidas de un lado a otro del camarote, como en ese juego en el que se forman marañas con un cordel. De vez en cuando escuchaba un golpe contra el casco y aparecía una nueva. Eran rayos de luz que se colaban por los agujeros de bala que poco a poco iban apareciendo en las paredes del camarote.

Atontado por el sueño, Theo cayó rodando del camastro y aterrizó en la cubierta. Notó que la madera lisa se sacudía a sus pies cuando el barco de arena aceleró por el escabroso terreno del desierto. Theo empezó a arrastrarse hacia la escalerilla metálica que había al fondo del camarote. Escuchaba los disparos sobre su cabeza, y los restallidos, y las toses de las pistolas. Cuando llegó al pie de la escalera, un hombre cayó por ella de cabeza, muerto, con el turbante humeando allí donde los fogonazos de la pistola de Hester se lo habían calcinado. Theo miró a lo alto de la escalera por la escotilla abierta. Un caos de siluetas luchando entre sí ocultaban el sol.

Subió por la escalerilla. Afuera, en la cubierta, bajo la luz blanca y cegadora, se estaba librando una lucha descoordinada y silenciosa, salvo por el golpeteo de las pisadas y el arrastrar de los pies sobre los tablones de la cubierta. Un destartalado rompedunas parduzco marchaba a la par con el barco de arena, unido a él por sogas y garfios. Varios hombres habían salvado de un salto el espacio que los separaba, pensando que sería sencillo

reducir a una mujer tuerta y a un stalker que no podía matar, pero tres de ellos ya estaban muertos, sus cadáveres enredados entre las jarcias o enroscados alrededor de la barandilla. El cuarto luchaba con Shrike, que le había quitado la pistola y lo mantenía alejado de Hester. El quinto rodeaba a Hester, que había lanzado sus pistolas a un lado y blandía un cuchillo hacia el hombre cada vez que este se abalanzaba sobre ella. Él tenía una espada, mucho más larga y pesada que el cuchillo de Hester, pero aún no había reunido el valor necesario para acercarse lo suficiente y usarla.

Theo estaba de pie en la escotilla del camarote completamente inmóvil. El combate y el desierto daban vueltas a su alrededor, y el calor y la luz se derramaban sobre su cabeza como una cascada de agua brillante. En la cubierta, a sus pies, yacía un hacha. La luz parecía manar de su hoja. La cogió y asestó un golpe a la cuerda que tiraba del garfio de abordaje más cercano. La cuerda era vieja, estaba grasienta y se partió fácilmente tras un par de hachazos. El barco de arena se sacudió y comenzó a dar tirones para apartarse de su atacante. Theo se tambaleó hacia el siguiente garfio.

—¡Theo! —escuchó gritar a Hester.

La miró. Había un hombre sobre las jarcias del rompedunas. Sonreía a Theo con malicia y le apuntaba con un trabuco. Los avispones que disparaba zumbaban junto a él y Theo notó que uno de ellos le agujoneaba el brazo. Un cuchillo apareció de la nada y quedó sobresaliendo del cuello del hombre, que soltó el trabuco y cayó del cordaje a la tormenta de arena que se había desatado entre ambos barcos.

Theo miró a Hester. Le había lanzado su cuchillo al hombre del trabuco y ahora estaba indefensa. Sin pensarlo dos veces, blandió la parte plana de su hacha contra el espadachín que la atacaba. El hombre aún no se había percatado de la presencia de Theo y el golpe lo pilló desprevenido. Se desplomó de lado contra la barandilla por la borda, precipitándose al remolino de polvo. Shrike lanzó tras él al hombre que había capturado. Theo los vio gatear en la estela del barco de arena para incorporarse y alejarse tambaleando, doloridos y gesticulando en dirección a los barcos supervivientes, que a su vez habían disminuido la velocidad y daban media vuelta, desalentados por las bajas y desertando de la caza.

—Buen trabajo —dijo Hester.

Theo asintió, aún mareado, aunque orgulloso de haberse ganado su respeto.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Él se miró el brazo, al lugar donde el avispón le había aguijoneado. Evidentemente, no había sido un avispón de verdad, pero la herida solo era un rasguño superficial. Se arrodilló en cubierta y vio que Hester recogía el hacha y cortaba las cuerdas que aún quedaban. Mientras el rompedunas viraba, alejándose de ellos sin capitán que lo pilotara, ella dio media vuelta y dijo:

—¡Idiota! No te rescaté para que hicieras que te mataran.

Pero Theo detectó que tras su desdén se escondía una especie de tosca amabilidad. Recordó la dulzura con la que se había sentado a velarlo por las noches y supo que, después de todo, no era tan distinta de Wren.



El polvo se estaba disipando. El negro barco de arena prosiguió su carrera, aunque a menor velocidad porque tenía las velas completamente agujereadas. Comenzó a surcar las sombras de altas torres rocosas en torno a cuyas cumbres volaban en círculos los buitres esperanzados. Algunas de esas torres se asemejaban a estatuas rudamente esculpidas por el viento, y tal vez lo fueran, ya que toda suerte de civilizaciones habían dejado su huella en aquella antigua tierra, y algunas habían dejado tras de sí algunas cosas de lo más extrañas. Las torres invadían el desierto frente a ellos, reducidas por el viento a flautas a través de las cuales gemía la brisa seca. En sus sombras entrecruzadas, Theo comenzó a sentirse a salvo de nuevo.

El barco de arena fue frenando y se dirigió a un lugar en sombra donde crecían acacias enanas. Shrike echó el ancla y plegó las velas. Saltó por la borda y escaló una de las torres más pequeñas, trepando por la roca resquebrajada tan rápida y fácilmente como si fuera una lagartija de acero. Se quedó un rato de pie en la cima y luego descendió diciendo que sus perseguidores habían huido y que no había nada más moviéndose por el

desierto. El barco de arena crujió con el peso de su cuerpo cuando volvió a bordo. Theo, que siempre había detestado a los stalkers, lo rehuyó.

Shrike se percató del malestar del muchacho.

—NO TE HARÉ DAÑO —dijo—. AUNQUE QUISIERA, NO PODRÍA.

—¿Por qué? —preguntó Theo, recordando cómo Shrike le había perdonado la vida al hombre que había apresado durante el combate—. ¿No es esa la finalidad de los stalkers? ¿Hacer daño a la gente?

Los dientes de acero de Shrike resplandecieron cuando intentó sonreír.

—EN OPINIÓN DE LA DOCTORA ZERO, NO.

—¿La doctora Zero? ¿Ella te construyó?

—FUI CREADO POR LOS IMPERIOS NÓMADAS. SOY MÁS ANTIGUO QUE LA TORMENTA. MÁS ANTIGUO QUE EL DARWINISMO MUNICIPAL. EL ÚLTIMO DE LA BRIGADA LÁZARO. PERO FUI RECONSTRUIDO POR ENONE ZERO, Y DEBE DE HABERME ALTERADO. AHORA, SI PIENSO EN MATAR A UN NACIDO UNA VEZ, MI CABEZA SE LLENA CON IMÁGENES DE TODOS LOS NACIDOS UNA VEZ A LOS QUE HERÍ Y MATÉ ÚN DÍA, Y NO PUEDO HACERLO.

—¡La doctora Zero está aquí! —exclamó Theo entusiasmado, recordando su promesa de proteger a Enone—. ¡Está a bordo de Cutler's Gulp! Ahora se llama *Lady Naga*. Dijeron que iban a vendérsela a un mercader, un tal Varney... ¡Tenemos que regresar! ¡Tenemos que ayudarla!

Hester, que salía del camarote con comida y lo necesario para encender un fuego, lo miró con frialdad.

—No tenemos que hacer nada, muchacho. No vamos a volver. Y si te refieres a Napster Varley, vi cómo su Caramelo de Menta despegaba de Cutler's Gulp cuando nosotros zarpamos. Sea lo que sea lo que haya comprado, se lo habrá llevado consigo.

Shrike silbó como una tetera pensativa.

—PODRÍAMOS IR TRAS ÉL.

—¡Tú también, no! —exclamó Hester, furiosa—. ¡Por todos los dioses, Shrike, es la matasanos que te capó! ¿Qué más te da que la hayan hecho esclava?

Del interior del cráneo blindado de Shrike surgieron unos ruidos. Theo se preguntó si aquel era el sonido de sus pensamientos, zumbando en su

cerebro de stalker:

—SI PUDIERA ENCONTRARLA, ME EXPLICARÍA POR QUÉ ME HA HECHO ESTO. PODRÍAMOS IR AL NORTE, VENDER EL BARCO DE ARENA Y COMPRAR UNA AERONAVE. LA DE NAPSTER VARLEY ES LENTA. LOS AEROMOTORES DE LAS WIDMERPOOL-12 SON POCO EFICIENTES. PODRÍAMOS ALCANZARLOS A PESAR DE LA VENTAJA QUE NOS LLEVAN.

Hester le dio la espalda y pateó las regatas de su barco de arena.

—Me gusta el desierto —dijo con rabia—. Es bueno. Es sencillo. Es limpio. Aquí puedo ganarme la vida.

—TÚ NO ESTÁS MÁS VIVA QUE YO —dijo Shrike.

—¿Ah, no? —Hester lo fulminó con la mirada. Se le daba bien lanzar miradas fulminantes: fulminaba mejor con su único ojo de lo que la mayoría de la gente era capaz de hacer con dos—. Bueno, ¿no es eso lo que querías? ¿No habías querido siempre convertirme en una stalker para que pudiéramos vagar por ahí juntos y muertos? —Se dirigió a Theo—. Shrike quiere hacerme como él. Es el único motivo por el que ha permanecido conmigo desde que la Nube 9 se estrelló. Ya no tiene redaños suficientes para matarme él mismo, así que ha estado esperando a que una de estas ratas de arena lo haga por él. Luego llevará mi cadáver a sus viejos amigos de la Tormenta y hará que me resuciten.

—¡Oh! —dijo Theo horrorizado. La resurrección era el peor destino que podía imaginar, y aun así Hester hablaba de ello como si no fuera nada.

—Me da igual —dijo ella—. Estaré muerta. Puede hacer lo que le dé la gana con lo que quede de mí.

—No —dijo Shrike. De haber podido susurrar, lo habría hecho, pero todas las palabras de Shrike tenían el mismo tono alto, agudo y áspero. Deseaba que Enone Zero le hubiera arreglado la voz en lugar de toquetearle el cerebro. Dijo—: CUANDO LLEGUE LA HORA DE TU MUERTE, HARÉ QUE TE RESUCITEN, COMO ACORDAMOS HACE TIEMPO. PERO PUEDO ESPERAR. QUIERO QUE VUELVAS A ESTAR VIVA Y FELIZ. Y NUNCA LO ESTARÁS MIENTRAS SIGAS EN ESTE DESIERTO.

Hester se sentó y se tapó el rostro con una mano. Estaba a mitad de la treintena, pero parecía diez años mayor, y muy cansada. Theo sintió lástima

por ella. Quiso rodearla con sus brazos, pero no creyó que fuera a gustarle. Miró a Shrike, pero el stalker parecía haber dicho todo lo que tenía que decir.

—Señora Natsworthy —dijo Theo—. La doctora Zero no es la única que corre peligro, sino mucha más gente. La tregua depende de ella. ¿Quién sabe qué podría hacer el general Naga si no la recupera? Está enamorado de ella.

—Entonces, es un imbécil —murmuró Hester—. La gente no debería enamorarse. Solo trae problemas. —Miró a Theo—. No me importa lo más mínimo tu tregua. Y no me importan ni el general Naga ni esa mujercita suya.

Bajó a la arena de un salto y comenzó a alejarse de la nave y a recoger ramas de acacia secas para hacer un fuego. Aunque estaba de espaldas a Shrike y a Theo, sabía que los dos la estaban mirando. Sintió un escalofrío, helado a pesar del calor, como si fuera a subirle la fiebre, pero sabía que lo que sentía no era fiebre.

Al principio, cuando se descubrió sola con Shrike, se sintió aterrorizada. Recordó los macabros planes que tenía para ella y creyó que iba a matarla inmediatamente. Pero entonces descubrió que no podía, o no quería matar, y decidió que Shrike era la persona con la que debía estar. ¿Acaso no había sido Shrike quien la había rescatado hacía tantos años, después de que su propio padre hubiera intentado asesinarla? Shrike había cuidado de ella cuando era una niña, mucho antes de conocer a Tom; ahora, su vida con Tom había terminado y volvía a estar con Shrike. Había una especie de justicia en todo aquello.

Fuera como fuera, se alegraba de tener alguien con quien hablar. Durante aquellos meses en el desierto, le contó cosas que nunca antes le había contado a nadie. Le habló sobre su primer encuentro con Tom y sobre cómo se había enamorado de él, sobre la Jenny Haniver y también sobre Wren. Y le contó cómo había traicionado a Anchorage y asesinado a Piotr Masgard, y cómo había apartado de su lado a su propia hija.

Shrike no la juzgaba como lo habría hecho un ser humano. Él se limitaba a escucharla pacientemente. Hester sentía que, cuando se lo hubiera contado todo, podría olvidar su vida anterior, se quedaría tan vacía

como la arena y las colinas de roca rojiza, y sus recuerdos ya no podrían seguir haciéndole daño.

Y, ahora, aquel muchacho había caído en su vida como un chaparrón en el desierto, revolviendo todo tipo de cosas bajo la superficie agrietada. La esperanza, por ejemplo. Pequeños sueños. Intentaba impedir que crecieran, pero no podía frenarlos. Theo aún seguía en contacto con Wren y con Tom, y algún día, tal vez, les hablaría de su encuentro con Hester en el mar de arena. Le gustaba la idea de que pudiera tener algo bueno que decir de ella. Imaginó a su marido y a su hija en algún puerto lejano, escuchando que había vuelto a hacer algo bueno, una sola cosa, para compensar todas sus malas acciones.

Se dio media vuelta y empezó a arrastrar el fardo de ramas hacia el barco.

—De acuerdo, viejo stalker —dijo cuando se acercó—. De acuerdo. De acuerdo entonces. Vendamos este viejo carcamán y busquémonos una nave.

# 13

## Hora de partir

*NAM Jenny Haniver  
Puerto aéreo de Murnau  
21 de mayo*

Querido Theo:

He pensado que debía escribirte porque voy a emprender un nuevo viaje y podría ser peligroso, y no me gustaría morir y desaparecer y que te quedes pensando que no me puse en contacto contigo porque no me importabas. Un joven caballero de Murnau, Wolf Kobold, nos ha contratado para hacer una pequeña expedición y llevamos una semana en el puerto de Murnau cargando provisiones y haciendo planes. El señor Kobold ya se ha marchado al norte, a un suburbio que dirige llamado Harrowbarrow (es tan importante que puede incautar naves de la Abwehrtruppe para que lo trasladen allá adonde necesite, aunque creo que en realidad le gusta hacer las cosas por sí mismo, y no aprovecharse de los privilegios de los que goza por su posición). Mañana volaremos a Harrowbarrow para reunirnos con él, y nuestro viaje dará comienzo. Así que voy a dejar esta carta en la Central Aérea con la esperanza de que se la entreguen al capitán de una nave con rumbo al oeste, que a su vez se la entregue a alguien más y, tal vez, con suerte, antes de que acabe el año logrará llegar a Zagwa, y a ti.

Todo esto es bastante complicado de explicar, pero lo intentaré. Parece que podría haber algunos supervivientes habitando aún las ruinas de Londres. Para mí todo esto es nuevo, porque yo ni siquiera sabía que de Londres quedaran ruinas: pensaba que estaba completamente desintegrada. Aparentemente, aún quedan muchos fragmentos desperdigados por la Región Exterior, al oeste de la fortaleza de la Tormenta Verde en Batmunkh Gompa. Wolf Kobold estuvo allí una vez y quiere regresar y averiguar más, y mi padre tiene muchas ganas de llevarlo no solo por todo el dinero que nos



paga por hacerlo, sino también por los viejos tiempos. Y yo también quiero ir. Suena emocionante; es justo el tipo de aventura que solía imaginar cuando estaba atrapada en Anchorage. He visto fotos antiguas de Londres y he oído las historias que mi padre contaba sobre la ciudad, pero imagina cómo sería estar allí de verdad y caminar entre las ruinas de aquellas calles que mi padre recorría cuando era pequeño. Soy hija de un londinense, y eso, de algún modo, también me convierte en londinense. Al menos es algo que forma parte de mí, y tengo casi tantas ganas de ver la ciudad como mi padre.

Perdona, no tengo tiempo para escribir más. Mi padre está saldando nuestra cuenta en el proveedor aéreo y yo le he prometido que prepararía los motores Jeunet-Carot para el despegue antes de que regresara. Con suerte, cuando te llegue esto estaré a salvo de nuevo en cielos amistosos. De lo contrario, búscame en Londres.

Wren dudó, y luego escribió con cuidado al final de la página:

Con amor,  
Wren

Secó el exceso de tinta de la carta y empezó a releerla. Entonces, se dio cuenta de que si lo hacía volvería a perder los nervios y haría una bola con ella, como hacía con casi todas las cartas que le escribía a Theo. La plegó rápidamente y la deslizó dentro de un sobre.

Unos cuantos días antes, mientras estudiaba la lista de precios en el escaparate de una tienda de fotografía de la Central Aérea de Murnau, el amigo periodista del profesor Pennyroyal, Sampford Spiney, había aparecido de repente y se había ofrecido a fotografiarla gratis. Ella se había sentado al sol, cerca de la boca del puerto, mientras su colega, la señorita Kropotkin, le sacaba media docena de retratos y Spiney parloteaba alegremente y escuchaba con interés el relato de las aventuras de Wren en Brighton. Wren se había esforzado al máximo para no delatar ninguna de las mentirijillas de Pennyroyal, aunque Spiney la había pillado contradiciendo uno de los relatos del profesor.

—Tiende a exagerar un poco —admitió finalmente, y el reportero se mostró bastante satisfecho.

Las fotografías reveladas habían llegado al amarradero de la Jenny aquella misma mañana. Wren pensó que tenía un aspecto adulto y serio, y

que los granos no se le notaban demasiado, así que, antes de cerrar el sobre, deslizó una junto a la carta. Le gustaba pensar que Theo la tendría para recordarla si no volvían a verse nunca más.

Carta en mano, comenzó a abrirse camino por el bullicio del puerto hacia la Central Aérea. No había avanzado mucho cuando se encontró con su padre, que volvía del proveedor donde debía saldar la cuenta de la Jenny. Imaginó que la factura debía de haber sido bastante considerable, ya que no solo habían tenido que volver a pintar, repostar y revisar la pequeña nave, sino que su padre había comprado una brújula y un altímetro nuevos y había llenado los almacenes y los armarios de latas de comida y agua embotellada, además de rollos de cuerda y tela de cubierta, válvulas de repuesto, mangueras y piezas de motor, enormes rollos de red de camuflaje y todo lo que se le ocurrió que pudieran necesitar en un viaje a territorio hostil. A pesar de todo, era bastante asequible en comparación con lo que Wolf Kobold les pagaba, y su padre no parecía demasiado impresionado por la cuenta.

Wren le hizo un gesto con la mano; luego se acordó de la carta y trató de esconderla a su espalda.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Solo una carta —respondió ella—. Iba a pedirle a uno de los globo-taxistas que...

Tom cogió el sobre y miró la dirección.

—¡Wren! —exclamó—. ¡Gran Quirke! ¡No puedes mandar esto! Si las autoridades de Murnau descubren que estás escribiendo a alguien en Zagwa pensarán que eres una espía, ¡y los dos terminaremos encarcelados en el Neiderrang!

—¡Pero Murnau no está en guerra con Zagwa! ¡Los zagwianos son neutrales!

—Siguen siendo antitraccionistas. —Tom le pasó un brazo alrededor de los hombros y empezó a guiarla de vuelta a la Jenny—. Lo siento, Wren.

Justo entonces, procedente de una batea cercana, escucharon una conocida voz chillona.

—Por supuesto, yo solía volar mis propias naves. Adquirí bastante pericia en cabalgar huracanes boreales y cosas así. Pero no puedo perder

tiempo en estos pequeños desplazamientos interurbanos. Recuerdo una vez, en Nuevo Maya, en que...

Pennyroyal se dirigía a grandes zancadas a un taxi dirigible de aspecto caro y elegante cuya tripulación esperaba junto a la rampa de desembarco. Su acompañante, una atractiva dama de la alta sociedad murnaurenses, ataviada con un vestido que probablemente costara más que la Jenny Haniver, estaba escuchando la anécdota con gran atención y dio la impresión de que se hubiera molestado cuando Pennyroyal la interrumpió para exclamar:

—¡Tom! ¡Wren! ¿Cómo estáis, queridos míos? ¿Os han presentado a mi querida amiga, la señora Kleingrothaus? Vamos de camino a Puertoaéreo. Nos han invitado a cenar con Dornier Lard, el magnate de zepelines, a bordo del yate aéreo que tiene amarrado allí.

—¡Puertoaéreo! —exclamó Wren—. Entonces, podría llevar esta carta por mí, ¿verdad que sí? Solo tendría que dejarla en la oficina de recepción del puerto y pedir que la envíen en una nave que se dirija a África...

Pennyroyal miró de reojo el sobre mientras ella lo apretaba contra sus manos, junto a una moneda de plata para pagar el franqueo.

—¿A Zagwa? —resopló—. Dios santo...

—Sé que los murnaurenses no lo aprobarían, pero usted no los tiene miedo, ¿verdad que no? —le instó Wren.

—¡Por supuesto que no! —replicó inmediatamente Pennyroyal. Lanzó una mirada a su acompañante para asegurarse de que entendía lo valiente y servicial que era. Se guardó la carta de Wren en el bolsillo más interno de su abrigo y le guiñó un ojo con gesto cómplice—. ¡No temas, Wren! Me aseguraré de que el joven Ngoni reciba tu carta de amor, aunque tenga que llevársela en persona. —Miró a Tom—. He visto en la Central Aérea que tenéis programado partir esta noche de Murnau.

Tom asintió. Era consciente de que Pennyroyal quería saber adónde se dirigía la Jenny Haniver, pero no planeaba contárselo.

—He oído rumores de que estás trabajando para el joven Kobold.

—Hemos hablado —dijo Tom con aire despreocupado.

Pennyroyal asintió, radiante.

—Excelente, excelente —dijo—. Bueno, no debemos hacer esperar al señor Lard, ¿verdad, querida? —Hizo una reverencia y les deseó *bon voyage* a Wren y a Tom. Luego, mientras su amiga la dama caminaba grácilmente hacia la nave que los aguardaba, gritó—: ¡No te pierdas el número de junio de *El Espéculo*, Tom! ¡Disponible en cualquier kiosco de prensa que se precie, y el artículo principal es el reportaje que Spiney ha escrito sobre mí!

Tom se despidió con un gesto de la mano, preguntándose qué sería de él en junio. *El Espéculo* se publicaba en varios idiomas y se vendía a bordo de todo tipo de ciudades, pero no creía que pudiera hacerse con una copia en las ruinas de Londres.

# 14

## El general Naga

A unos treinta kilómetros de allí, en la linde más occidental del territorio de la Tormenta Verde, el general Jiang Xiang Naga permanecía de pie sobre el escalón de tiro de una de las trincheras del frente escudriñando las luces de Murnau a través de los oculares de latón de un periscopio. Uno de sus edecanes manipuló las ruedecillas del trípode del periscopio y el instrumento giró lentamente, mostrándole a Naga las luces vecinas de ciudades más pequeñas y de incontables suburbios, y de otro Traktionstadt más adelantado en la línea.

—Llegan nuevas ciudades casi a diario desde el oeste —dijo uno de los oficiales que estaban en la trinchera—. Inteligencia dice que incluso Mánchester, una de las últimas grandes urbívoras, se dirige hacia la aglomeración de Murnau. Excelencia, están preparando un ataque.

—Sandeces, coronel Yu —resopló Naga apartándose del periscopio—. Son ciudades comerciales. Están aprovechando la tregua para venir a hacer negocios con estas ciudades de combate.

—Sí, ¡para venderles armas nuevas y suministros! —insistió Yu—. Esta tregua les está proporcionando descanso a los bárbaros, una oportunidad de rearmarse...

—A nosotros nos está proporcionando la misma oportunidad —dijo su vecina, la general Xao, una mujer bajita con un rostro de tez amarilla y arrugada como un bolso viejo. Sonrió. Había perdido a tres hijos en la guerra de la Tormenta Verde y hacía mucho tiempo que nadie la había visto sonreír—. Hace más de un mes que ningún bando ha matado en ningún

punto de la línea —dijo—. Incluso, aunque los urbanitas violaran la tregua mañana, habría valido la pena. Escuche.

Naga escuchó. Oía el murmullo de las voces de los soldados en las trincheras que había allí alrededor, el susurro de la brisa en su capa de piel de lobo y, levemente, muy a lo lejos, el canto de un pájaro. ¿Era un ruiseñor? Ojalá pudiera saberlo. Le habría gustado poder contárselo a su mujer cuando regresara de África. «¡Escuchamos cantar a un ruiseñor, allí mismo, justo en la línea de combate!». Pero había estado toda la vida demasiado ocupado con asuntos de la guerra para estudiar cosas como los pájaros. Si la paz se afianzaba, pensó de repente, aprendería todo lo que hubiera que saber sobre ellos: los pájaros, los árboles y las flores. Pasearía con Enone por verdes praderas, se irían indicando mutuamente el nombre de los pájaros y las flores y él podría decirle cómo se llamaba cada uno.

—¡Allí! —dijo. Su armadura mecánica quebró la quietud con un siseo y un chirrido cuando descendió con un movimiento tambaleante del paso elevado. Palmeó al coronel Yu en el hombro con una mano metálica que se asemejaba al guantelete de un stalker—. ¡Allí! Eso es por lo que hemos estado luchando, Yu Wei Shan. No entramos en guerra porque quisiéramos aniquilar ciudades, sino porque queríamos poder escuchar de nuevo el canto de los pájaros. Y si en quince años no lo hemos conseguido, tal vez tengamos que intentar hablar con los bárbaros. —Hizo un gesto con el brazo para abarcar los páramos que se extendían tras el alambre de espino; los inmensos cráteres dejados por las bombas y los atrapaciudades de cemento, las ruinas de los suburbios devorados por las malas hierbas, los millones de huesos—. Se suponía que íbamos a hacer que el mundo volviera a ser verde —dijo—, y lo único que hemos hecho ha sido convertirlo en barro.



Eso era algo que su esposa le había dicho una vez. Había sonado mejor cuando lo había expresado Enone. Después, en la aeronave, se sorprendió

extrañándola. Si hubiera estado allí con él, le habría parecido más sencillo mantener aquel rumbo tan difícil que se había marcado. La mitad de su gente pensaba que estaba loco por intentar firmar la paz con las ciudades, y a veces dudaba si no llevarían razón. Pero ¿qué alternativa tenía?

La Tormenta Verde estaba en muy mal estado. Naga no imaginaba cuánto hasta que tomó el poder. Bajo el mando de la stalker Fang, la Tormenta siempre se había asegurado de que a los soldados de su categoría nunca les faltaran ni equipo ni alimento. En sus propios territorios, sin embargo, todo se estaba desmoronando: la gente que solía dirigir las cosas durante los viejos tiempos de la Liga había sido arrestada cuando la Tormenta se erigió en el poder, y los jóvenes fanáticos que habían ocupado sus puestos no sabían cómo hacer su trabajo. En las zonas liberadas, en las que Naga y sus camaradas tanto habían luchado para erradicar las ciudades móviles, nadie parecía tener la más mínima idea de qué cultivos plantar ni de cómo organizar sistemas de cañerías y transporte para las nuevas y destartadas colonias estáticas. Nadie sabía de dónde sacar dinero para pagar por nada. Detener la guerra ayudaría: los antiguos administradores, a los que Naga estaba liberando de las colonias-prisión de Taklamakan, tal vez supieran qué hacer. Pero la tarea era gigantesca. Demasiado gigantesca, sentía a veces Naga, para un soldado ignorante como él.

Aun así, sabía que si pudiera hablar con Enone, ella no tardaría en librarlo de todas sus dudas. El cielo blanco pasó deslizándose por su ventanilla. Cerró los ojos y casi pudo olerla, sentir la calidez de su cuerpo menudo. ¿Dónde estaba?, se preguntó. Ojalá no le hubiera permitido ofrecerse voluntaria para aquella misión en Zagwa. Pero ella había querido ir, y no se le había ocurrido nadie más adecuado para poner a los zagwianos de su parte que la pequeña Zero, con sus estrategias antibelicistas y ese pintoresco viejo dios suyo.

\* \* \*

El Comando Avanzado era una ciudad-tracción desmantelada y asentada en una colina baja al norte del Rustwater, tras las murallas defensivas que se habían construido con los restos de barro de sus propias huellas. Había formado parte de la línea de combate de la Tormenta durante las batallas que se habían librado durante todo el año anterior. Ahora que los Traktionstadts habían sido empujados de nuevo al otro lado de los pantanos, estaba convirtiéndose en un asentamiento a gran escala: pequeñas aglomeraciones de casas de civiles empezaban a surgir en las laderas bajo la ciudad, y en los campos de los alrededores el cultivo de alguna especie de tubérculos parecía fracasar estrepitosamente.

Un grupillo de oficiales esperaba en el muelle de aterrizaje rodeando, alborotados, a una sirvienta de piel oscura que Naga apenas reconoció. Ya desde los veinte metros de distancia a los que se encontraba supo que tenían malas noticias.

—Excelencia, nos han llegado noticias de África...

—Esta es la sirvienta de su mujer, Excelencia; la muchacha muda, Rohini...

—Llegó a pie a la ciudad estática de Tibesti, a las afueras del desierto, completamente sola.

—Su esposa, Excelencia... Su embarcación fue abordada por naves de guerra urbanitas a un día de distancia de Zagwa. Tienen que haber sido los zagwianos quienes la traicionaron, Excelencia. *Lady Naga* está muerta.

Más tarde, en una de las salas del consejo de la ciudadela, ella se lo contó todo: cómo tres aeronaves urbanitas le habían tendido una emboscada a la Nzimu, cómo su tripulación había luchado para defender a su esposa y cómo los habían superado en número y fuerza. Lo escribió todo muy laboriosamente en papeles que un edecán leyó en voz alta.

Cuando no era más que una niña, Cynthia Twite había soñado con ser actriz. Sus padres, los dos, habían sido actores; dos antitraccionistas con pretensiones artísticas de la ciudad-tracción de Edimburgo que habían huido de su ciudad natal a lo que imaginaban sería una vida idílica en la ciudad estática de Shan Guo. Siempre habían animado a su hija a disfrazarse y actuar, fervientemente convencidos de que un día llegaría a ser una estrella. ¡Y cuán acertados habían estado!



Como gente buena y tolerante que eran, se habían sentido desconcertados por el repentino ascenso de la Tormenta Verde.

—No todos los habitantes de las ciudades son bárbaros —le decían constantemente a Cynthia, de forma bastante lastimera, mientras los feroces eslóganes de la Tormenta Verde crepitaban por los amplificadores que el nuevo régimen había instalado en todo el perímetro de la colonia.

Pero Cynthia lo encontraba todo de lo más emocionante: disfrutaba con las banderas y los uniformes, y también con las belicosas canciones que tenía que cantar en el colegio, y adoraba a la stalker Fang, tan fuerte y brillante. No tardó en cansarse de escuchar las quejas de su padre y su madre, así que los denunció a la Tormenta como agentes traccionistas.

Después de que se los llevaran, ella fue a vivir a un orfanato tutelado por el Gobierno en Tienjing. Luego fue reclutada para el área de inteligencia y, después, para la red de espionaje privado de la stalker Fang. Ahí fue donde Cynthia descubrió que había heredado la afición de sus padres por el teatro. Componer disfraces, adoptar nombres, voces y modos ajenos era con lo que más disfrutaba, y sabía que lo hacía muy bien. Su única queja era que nunca podía cobrarse el aplauso que se merecía. Pero ver cómo las lágrimas se derramaban por el rostro de Naga mientras escuchaba todas las cosas horribles que los urbanitas le habían hecho a su esposa era recompensa suficiente.

Probablemente, Naga no había llorado en público nunca antes. Sus edecanes y oficiales parecían bastante conmocionados. Hasta el general Dzhu, que había tramado el plan para asesinar a *Lady* Naga y había ayudado a Cynthia a infiltrarse entre su servidumbre, se mostró incómodo cuando escuchó a su viejo amigo sorberse la nariz y vio las lágrimas gotear de su barbilla. Al final, cortó de lleno la actuación de Cynthia. Había orquestado la muerte de *Lady* Naga porque quería que Naga abandonara sus absurdas ideas de firmar la paz con las ciudades, no porque quisiera destruirlo.

—¡Ya basta! —dijo, levantando una mano para detener al hombre que leía las palabras de Cynthia—. Naga, no deberías escuchar una palabra más. Hay dos cosas claras: no podemos confiar en los zagwianos, y la tregua con

los bárbaros traccionistas debe terminar. Mi división está preparada para atacar mañana mismo si tú lo ordenas.

—Y la mía —dijeron varios oficiales más, todos al unísono.

—¡Destruid todas las ciudades! —gritó otro, aprovechando un eslogan de la Tormenta de cuando los tiempos eran más sencillos, antes de que comenzara la tregua.

—No —respondió Naga, furioso.

Hubo un murmullo de sorpresa procedente de todos los presentes en la sala. Incluso Cynthia tuvo que recordar que estaba interpretando a una sordomuda y reprimirse para no gritar.

—¡No! —repitió el pobre idiota, golpeando la superficie de la mesa con su mano mecánica—. Enone no habría querido que el mundo volviera a lanzarse a la guerra por su culpa.

—Pero, Naga —insistió el general Dzhú—, debe ser vengada.

—Mi esposa no creía en la venganza —dijo Naga temblando—. Ella creía en el perdón. Si estuviera aquí, diría que las acciones de unos cuantos urbanitas en el mar de arena no implican que no pueda confiarse en ninguno de ellos. Tenemos que seguir trabajando por la paz, en su nombre. —Miró directamente a Cynthia, que agachó la cabeza con modestia—. ¿Y qué hay de esta muchacha? ¿Qué recompensa podemos ofrecerle? Ha demostrado ser valiente y leal.

Era enervante tener que esperar a que alguien escribiera su pregunta en un trozo de papel antes de que ella pudiera garabatear una respuesta. Se concedió esbozar una sonrisita mientras la escribía y le complació pensar que todo el mundo en la sala estaba sonriendo porque ella fuera una chica tan buena y leal.

«Solo pido que se me permita servir al general Naga igual que serví a su amada esposa».

# 15

## El suburbio invisible

El alba sorprendió a la Jenny Haniver sobre los horadados páramos parduzcos de la tierra de nadie. La vivaracha aglomeración de ciudades que rodeaba Murnau se había hundido bajo la línea de horizonte occidental en algún momento de la madrugada, y la única ciudad que quedaba ahora a la vista era una distante mole blindada llamada Panzerstadt Winterthur, que retumbaba rumbo al norte en misión de vigilancia. La Traktionstadtsgesellschaft y la Tormenta se vigilaban mutuamente en esta región por inercia, ya que ambas habían sido rebasadas por el enemigo en el pasado, pero ninguna imaginaba realmente que la otra fuera a lanzar un ataque en aquel paisaje cenagoso y acribillado, que resultaba más grotesco a medida que la luz se intensificaba. Allí abajo, tras la niebla, no había nada más que las inmensas huellas que dejaban las cadenas tractoras de las ciudades.

Algunas de las huellas más antiguas tenían unos noventa metros de ancho, gargantas de escarpadas paredes que discurrían directamente hacia el este con el fondo cubierto de trozos de esquisto suelto y una sucesión de lagos pantanosos. Al mirarlas, Tom creyó reconocer las huellas de Londres que Hester y él habían ido siguiendo tanto tiempo atrás. Pronto volvería a hacerlo. Esta vez, si Quirke quería, lo guiarían de vuelta a casa.

—Bueno, no veo ningún suburbio por ninguna parte —dijo Wren envolviéndose el pelo húmedo en una toalla y entrando desde la cocina, en cuyo fregadero se había estado aseando. El aroma a limón de su champú inundó la cabina mientras iba de ventana en ventana observando los carriles

y laderas de barro que resplandecían bajo la gris luz del amanecer—. ¡Nada!

—Tenemos que ser pacientes —dijo Tom, pero no pudo evitar sentirse inquieto.

Wolf Kobold no tenía pinta de ser de los que llegaban tarde. Dio media vuelta otra vez. La Jenny parecía ligera y juguetona, como si se alegrara de estar de vuelta en el cielo. Sus bodegas estaban vacías, siguiendo las indicaciones de Wolf, que presumiblemente se imaginaba volando de regreso a casa desde las ruinas de Londres cargando con su botín. Pero ¿dónde estaba?

La radio crepitó repentinamente y empezó a rechinar. La habían encendido antes en la frecuencia que Wolf les había proporcionado, así que parecía sensato asumir que aquel sonido estridente y ensordecedor que surgía de los altavoces era la señal de llamada de la radiobaliza central de Harrowbarrow.

Tom se apresuró a bajar el volumen mientras Wren corría de nuevo a las ventanas. Bajo ellas, el terreno era más uniforme que nunca.

—Sigo sin ver ningún suburbio —dijo Wren—. Aún debe de encontrarse más allá del horizonte.

—No puede ser —dijo Tom, estremeciéndose cuando la señal volvió a intensificarse—. Suena como si estuviéramos justo encima.

Fue Wren quien detectó movimiento en una ancha huella de cadenas tractoras a aproximadamente un kilómetro y medio al este. El agua que había estancada allí se estaba vaciando, y los árboles y arbustos que habían crecido alrededor habían comenzado a moverse, a girarse, a retorcerse y a caer unos sobre otros. El lecho de la huella se elevó en un alto montículo de tierra que se resquebrajó, se desmoronó y cayó, dejando a la vista un conjunto de inmensas barrenas giratorias y, luego, un inmenso caparazón blindado y lleno de soldaduras. Un puño de humo gris emergió de los tubos de escape y asestó un puñetazo al cielo.

—¡Gran Quirke! —murmuró Tom.

La Wunderkammer de Anchorage-in-Vinelad albergaba el caparazón de una criatura llamada cangrejo herradura. Más tarde, cuando intentara explicar qué aspecto tenía Harrowbarrow, Wren lo compararía a menudo

con un cangrejo. El suburbio era pequeño: apenas unos treinta metros de ancho y, aproximadamente, el triple de largo. Estaba completamente cubierto por su caparazón blindado. El morro era un escudo ancho y romo en el que las barrenas se retraían ahora que estaba en la superficie. (Aquel escudo ocultaba también las grotescas mandíbulas de Harrowbarrow y podía levantarse cuando quería arrancar pedazos de las pequeñas ciudades que cazaba o engullir un fuerte de la Tormenta Verde). Detrás del escudo, Harrowbarrow se reducía a una estrecha popa protegida por placas de armadura superpuestas. Varias de esas placas estaban desplazándose a un lado y, debajo, Wren atisbó pesadas cadenas tractoras y ruedas, y una pequeña plataforma de estacionamiento metálica que se deslizó lentamente sobre los cilindros hidráulicos, con luces de aterrizaje titilando sobre su superficie.

—¿Ahí es donde se supone que vamos a aterrizar? —preguntó Wren.

Tom dijo que eso suponía.

—Kobold dijo que su suburbio estaba especializado —dijo perplejo—, pero no tenía ni idea...

No le gustaba el aspecto de aquel lugar. Se dijo que solo era el primer paso en su viaje a Londres y guio cuidadosamente la Jenny hacia la plataforma de aterrizaje.



Wolf Kobold estaba esperando, preparado para contestar todas sus preguntas. Había pasado casi una semana desde que Wren lo había visto por última vez y había olvidado lo impactante que resultaba. El alba gris, las luces de aterrizaje y el viento haciendo ondear los faldones de su abrigo lo hacían parecer más atractivo y corsario que nunca. Pero Wren siempre había tenido debilidad por los piratas y, al menos, la sonrisa de Wolf era amistosa y acogedora.

Su ciudad no lo era tanto. Lo único que Wren veía bajo la armadura replegada eran bloques de edificios de color gris mate perforados de

ventanitas minúsculas. Sus habitantes también le parecieron grises y mates cuando se adelantaron corriendo para recoger los bolsos de los viajeros: basureros de corta estatura, fornidos y con el ceño fruncido, vestidos con capas, monos de trabajo, gafas de aviador y mascarillas que parecían escarabajos para protegerse la boca y los ojos de la creciente luz.

—No, Harrowbarrow no excava exactamente —estaba diciendo Wolf en respuesta a algo que Tom le había preguntado—. No podemos abrirnos camino a través de roca firme ni nada parecido... ¡Sería una manera demasiado lenta de trasladarse! Pero nuestro mundo está surcado por un buen montón de grandes y profundas huellas llenas de fragmentos de esquisto y cascotes, más que suficiente para esconder este pequeño lugar.

Se quedaron un rato observando mientras sus hombres aseguraban la Jenny Haniver a la plataforma de amarre. Luego lo siguieron por un callejón entre los edificios metálicos y, más allá, por la calle central de Harrowbarrow. Desde allí se elevaban escaleras que daban al segundo piso de los edificios, diminutas torres de apartamentos apiñadas bajo el techo acorazado. Otras escalerillas atravesaban la plataforma hacia las salas de motores, cuyo calor se filtraba por el suelo hasta las suelas de las botas de los viajeros. Un nicho entre los serpenteantes conductos de ventilación albergaba una efigie de ocho brazos de Thatcher, la diosa devoradora del darwinismo municipal más salvaje.

—¿Esta es la primera vez que visitan una segadora? —preguntó Wolf, observando los rostros de sus huéspedes mientras caminaban a su lado—. Aquí no tenemos la pretensión de demostrar elegancia, como pasa en las ciudades grandes. Pero es un buen lugar, y seguro también. Antiguamente era un poblado basurero, hasta que lo capturó una ciudad depredadora allá en los Yermos Helados. Creyeron que tal vez sería útil para la guerra, así que lo enviaron entero a Murnau y mi padre me lo entregó para que volviera a ponerlo a punto. He reclutado a gente de otros suburbios-segadoras para que me ayuden. Tipos rudos pero leales.

Todo el lugar olía como una estufa, a humo y metal caliente. Wren pensó que, si tuviera que vivir bajo tierra, aprovecharía cualquier oportunidad que se le presentara para salir afuera y respirar aire fresco, pero los harrowbarrownitas no parecían demasiado interesados en aventurarse

más allá de la plataforma de aterrizaje. Se mantuvieron en las partes más lóbregas del suburbio, y aquellos a los que el trabajo obligaba a estar a la luz del sol ocultaban sus ojos tras gafas de sol y de aviador, y se envolvían en chaquetones de marinero y bufandas de fieltro gris para protegerse del frío.

—No hay muchas mujeres a bordo —comentó Wolf mirando a Wren de reojo. (No supo si estaba disculpándose por la ausencia de compañía femenina o si le estaba dando a entender lo agradable que era recibir la visita de una hermosa aviadora. Probablemente, ambas cosas)—. Aquí no viven familias. La vida en Harrowbarrow es dura. No te molestes si mis hombres se quedan mirándote.

Y sí que se quedaron mirándola, con las mandíbulas colgando de los rostros barbudos, mientras su joven alcalde guiaba a sus visitantes por una escandalosa escalerilla móvil hacia el ayuntamiento, un edificio con forma de media luna y apoyado sobre pilotes que daba a los desguaces, en el interior de las mandíbulas del suburbio. Era espantoso, y bastante pequeño, pero Wolf lo había amueblado bien. Había cuadros y tapices que ocultaban las paredes metálicas, y obras de arte bien escogidas, y cuando sus criados cerraron las persianas para ocultar las vistas de la maquinaria exterior, todo se impregnó de una sensación hogareña.

Wolf los condujo a un comedor largo y estrecho, con el techo pintado de azul y salpicado de nubecillas blancas, como si fuera un recordatorio del cielo exterior.

—Confío en que no habrán desayunado, ¿verdad? —preguntó sin esperar una respuesta mientras los escoltaba a los asientos de la mesa del comedor y se aseguraba de que Tom ocupara el puesto de honor, a la cabecera.

Otro hombre se unió a ellos; anciano, bajo y cetrino, con la piel llena de marcas y unos complicados anteojos. Wolf lo saludó con calidez y apartó una silla también para él.

—Este es Udo Hausdorfer, mi jefe de navegación —explicó—. Cuando yo me ausento, él es quien se encarga de que todo vaya como la seda. Uno de los mejores hombres que conozco.

Hausdorfer asintió parpadeando a los huéspedes, primero a uno y luego al otro. Si era uno de los mejores hombres que Wolf conocía, Wren no quería conocer al resto, porque a sus ojos Hausdorfer tenía pinta de villano. Pero se dio cuenta de que Wolf lo apreciaba. Era más que aprecio, de hecho; de no haber sabido que no era así, los habría tomado por padre e hijo. No pudo evitar pensar que Wolf parecía más cómodo con aquel anciano basurero de aspecto astuto que con su verdadero padre.

Criadas de ojos como cardenales se movían silenciosas por la sala cargando con bandejas, platos y cafeteras. Kobold sonrió a sus invitados y levantó su taza.

—¡Amigos míos! ¡Cuánto me alegro de tener rostros nuevos en mi mesa! Me complace informarles de que tenemos café de verdad, recién hecho, tomado de un poblado basurero que devoramos el martes pasado. ¡Los frutos de la caza!

—¿Continúan cazando? —preguntó Tom—. Creía que las ciudades de la Traktionstadts-gesellschaft habían jurado no devorarse hasta que se ganara la guerra.

—Una idea estúpida y sentimentaloides. —Rio Wolf.

—A mí me parece bastante noble —dijo Tom.

Wolf se quedó mirándolo con atención mientras sorbía su café. Luego, apoyando la taza con un repiqueteo en la madera, dijo:

—Tal vez sea noble, *Herr* Natsworthy, pero no es darwinismo municipal.

—¿A qué se refiere? —preguntó Tom.

—Me refiero a que he vivido a bordo de Murnau y he visto de primera mano cómo nuestras grandes ciudades-tracción se han entrampado en reglas ruines y en tabús. —Pinchó un arenque con el tenedor y lo usó para apuntar a Tom—. ¡Las grandes ciudades están acabadas! Incluso aunque ganen esta guerra, ¿cree que los Traktionstadts volverán a cazar de nuevo, como deberían hacer las ciudades que se precien? ¡Por supuesto que no! Lloriquearán: «Oh, no debemos cazar a Bremen. Bremen nos proporcionó fuego de cobertura cuando nos quedamos empantanados en el saliente de Pripet», o: «Estaría mal cazar a la pequeña Wagenhafn, después de todo lo que hizo por nosotros en la guerra». Verá, ese es el motivo por el que no



podemos derrotar a los *mossies*. Insisten en ayudarse unos a otros, y en cuanto empiezas a ayudar a los otros o a confiar en ellos para que te ayuden, renuncias a tu propia libertad. Han olvidado el sencillo y hermoso acto que debe residir en el corazón de nuestra civilización: el de una gran ciudad dando caza y devorando a una menor. Eso es el darwinismo municipal. Una expresión perfecta de la verdadera naturaleza del mundo: solo los que están en mejor forma sobreviven.

—Y, a pesar de ello, forman parte de su alianza —rebatía Tom—. Ustedes luchan en su guerra.

—De momento, porque nos conviene. La Tormenta debe ser exterminada. Pero nunca permitiré que mi gente olvide que somos libres. Cazamos solos y comemos lo que podamos echarnos a las mandíbulas.

Tom no parecía contento. Wren esperaba que no estuviera a punto de decir algo que pudiera ofender a Wolf.

—Hace que Harrowbarrow no parezca mucho mejor que un suburbio pirata —murmuró al fin.

Wolf no estaba ofendido.

—Gracias, *Herr* Natsworthy. —Rio—. Siempre he sospechado que la piratería es la forma más pura de darwinismo municipal.

—Pero solo eres alcalde de este lugar de manera temporal, ¿no es así? —preguntó Wren—. Quiero decir, eres el heredero de Murnau...

Wolf se encogió de hombros y se comió su arenque.

—Nunca desempeñaría el trabajo de mi padre. Ni aunque me lo rogara. ¿Para qué gobernar una torpe montaña llena de mercaderes y mujeres viejas cuando podría estar aquí, cazando, libre? Los lugares como este ahora son el futuro. Cuando los *mossies* y las grandes ciudades terminen de despedazarse mutuamente en esta guerra sin fin, Harrowbarrow y otras como ella heredarán la Tierra.

—Bueno, vaya, no lo había pensado así —tartamudeó Wren. Estaba convencida de que Wolf se equivocaba, pero parecía tan seguro de sí mismo que no se le ocurrió nada con lo que argumentar en contra.

Wolf rio de nuevo.

—Lo siento. ¡No debería hablar de política durante el desayuno! ¡Ni siquiera les he informado aún de los detalles de nuestro viaje! Deberíamos

ponernos pronto en camino, directamente al este a través de la tierra de nadie. Si todo va bien, deberíamos llegar a la línea defensiva más externa de la Tormenta aproximadamente a medianoche. He encontrado el lugar perfecto para que la Jenny Haniver cruce desapercibida. Hasta entonces, siéntanse como en casa. Ahora son mis huéspedes.

Hizo una reverencia, y sus ojos se clavaron en Wren. Tom se preguntó si aún estarían a tiempo de cancelar aquella expedición o, al menos, de encontrar una excusa para llevar a Wren de regreso a Murnau, lejos de aquel atractivo y peligroso joven. Pero también quería que viera Londres...

Y, de cualquier manera, ya era demasiado tarde. A través de las delgadas paredes escucharon el rechinar y el retumbar de la coraza del suburbio al cerrarse, y el bramido amortiguado de sus motores al arrancar de nuevo. Harrowbarrow se arrastró por su camino a lo largo del fondo de la huella elegida tomando velocidad, incrustando sus barrenas en la tierra, adentrándose en ella hasta convertirse en un extraño montículo en movimiento, como una rata bajo una alfombra, y avanzando lentamente hacia oriente, hacia el sol naciente.

# 16

## Fishcake en la cima del mundo

¿Recuerdas al pequeño Fishcake y su stalker? No mucha gente lo hace. La muerte de Brittlestar y el robo de la Araña Bebé fueron una sorpresa para Brighton. Sin embargo, los demás muchachos perdidos comenzaron inmediatamente a disputarse la posesión de los esclavos y las casas de Brittlestar, y para cuando las balas y los *frisbees* de combate dejaron de volar, ya nadie recordaba los extraños acontecimientos que habían sido la chispa de todo aquel conflicto.

Unos cuantos días más tarde, una ciudad-balsa que navegaba por el laberinto de cráteres al este del mar Medio informó de una pérdida de combustible en sus tanques de almacenamiento. El capitán de un sumergible que buceaba en busca de restos de vidrio en el fondo de los cráteres aseguró haber visto un artilugio extraño nadando sobre él, su silueta recortada contra la superficie iluminada. Pero el capitán era un beodo, y muy poca gente creyó su historia, así que se limitaron a sacudir la cabeza y murmurar que los muchachos perdidos debían de haber vuelto a las andadas.

De cráter inundado en cráter inundado, la Araña Bebé fue avanzando hacia el noreste. Cruzó un espolón del Gran Territorio de Caza, nadando a lo largo de las huellas de cadenas tractoras anegadas y escabulléndose ansiosamente por entre las crestas que las separaban mientras el terreno se sacudía bajo el peso de las acechantes ciudades. Se arrastró por los pantanos Rustwater y encontró el camino, por fin, hacia el mar de Khazak. El mar había sido un campo de batalla hasta hacía no mucho y había suburbios

sumergidos y naves naufragadas a lo largo de todo el lecho limoso. Fishcake saqueó sus oxidados tanques de combustible y emergió por una grieta en la rocosa costa de la Isla Negra para recargar las baterías de la lapa. Luego se sumergió de nuevo y se dirigió hacia oriente.

La Araña Bebé había rebasado hacía tiempo el límite que marcaban las cartas de navegación de los muchachos perdidos, pero la stalker de Fishcake parecía tener el mapa de aquel país en su mente. Al otro lado del mar, un ancho río descendía serpenteando por las colinas orientales. Fishcake siguió sus indicaciones y luego navegó por el curso del río hacia el este, dejando atrás las bases aéreas de la Tormenta Verde y pasando bajo puentes sobre los que traqueteaban convoyes de semiorugas y trenes blindados. Se habían extendido pontones a lo largo del río por si los saqueadores urbanitas intentaban introducirse clandestinamente tierra adentro usando botes, pero la Araña Bebé se deslizó por debajo de ellos y cruzó como un fantasma los territorios de la Tormenta.

—¿Por qué no dices que estás aquí? —preguntó Fishcake, observando a través del periscopio colonias estáticas, terrenos de cultivo y los estandartes del rayo verde que ondeaban, firmes, sobre fuertes y templos—. Esta es tu gente, ¿no es así? Cuando vean que estás viva...

—Me traicionaron —siseó su stalker—. Los nacidos una vez me fallaron. Ahora siguen a Naga. Tendré que reverdecer el mundo sin ellos.

—Pero me tienes a mí, ¿no? —preguntó Fishcake, nervioso—. Yo puedo ayudarte, ¿verdad?

Su stalker no contestó. Pero luego, mientras descansaba, Fishcake se despertó y la descubrió sentada a su lado. Volvía a ser Anna. Le acarició el pelo con su mano fría y susurró:

—Eres un buen muchacho, Fishcake. Estoy muy orgullosa de ti. Debería haber tenido un hijo mío. Me habría gustado ver al niño crecer y jugar. Nunca te veo jugar, Fishcake. ¿Te gustaría jugar conmigo?

Fishcake notó cómo se encendía de vergüenza.

—No me sé ningún juego —murmuró—. Ellos no... En el Ladronarium... O sea, no sé jugar.

—Pobre Fishcake —susurró su stalker—. Y pobre Anna.

Fishcake se hizo un ovillo en su regazo. Envolvió con los brazos su abollado cuerpo metálico y apoyó la cabeza contra su duro pecho, escuchando el tictac y el silbido de los extraños mecanismos de su interior.

—Mami —dijo en voz baja, solo para descubrir qué forma adoptaba aquella palabra en su boca. No recordaba haber llamado así a nadie nunca—. Mami.

Estaba llorando. La stalker lo consoló acariciándole la cabeza con sus manos torpes y susurrando antiguas nanas chinas que Anna Fang había escuchado en su más tierna infancia, en los Caminos de las Aves, mucho tiempo atrás.

Y Fishcake se durmió, y no se despertó hasta que ella volvió a convertirse en la stalker Fang, se levantó y lo dejó caer al suelo.



Kilómetro a kilómetro, ascendiendo por ríos, cruzando ciénagas, arrastrándose con sus ocho patas de acero por valles desiertos, la Araña Bebé fue abriéndose camino hacia oriente. Una noche, cuando Fishcake salió al casco para respirar aire fresco, vio que las montañas de Shan Guo, iluminadas por la luz de la luna, se extendían frente a él en el horizonte como una sonrisa blanca.

El río perdió profundidad, repleto de rocas y cantos rodados que las inundaciones primaverales habían arrastrado de las laderas de las colinas. La Araña Bebé avanzaba únicamente de noche, acometiendo el ascenso de los blancos y veloces rápidos a la luz de las estrellas, ocultándose al alba en los frondosos bosques de pinos y rododendros que amparaban las orillas del río. La stalker Fang se impacientaba cada vez más con aquellos retrasos; sacaba las garras y escuchaba con envidia los convoyes de aeronaves de la Tormenta Verde que de vez en cuando surcaban el cielo sobre ellos. Pero cuando era Anna le gustaban los bosques. Cogía a Fishcake de la mano y lo guiaba por los tranquilos claros entre los árboles, que olían a resina, o se volvía una chiquilla boba y le lanzaba piñas.

—¡Estamos jugando! —le susurraba emocionada cuando él la perseguía riendo y le lanzaba piñas a ella—. ¡Fishcake, esto es lo que se siente al jugar!

Fishcake vivía para los momentos en los que ella era Anna. Odiaba a la stalker Fang, y Anna también.

—Me asusta —le dijo una vez—. La otra. Es tan fría y temible. Cuando aparece, ni siquiera puedo escuchar mis propios pensamientos...

Pero la stalker Fang también le tenía miedo a Anna. Cada vez que recobraba el control, su primera pregunta siempre era:

—¿Cuánto tiempo he permanecido en estado de fallo? ¿Qué ha hecho el Error? ¿Qué ha dicho?

Aquel era el nombre que daba a la parte de sí que se correspondía con Anna: «el Error».

—Esta unidad está dañada —declaró—. Necesito reparación.

—No sé cómo hacerlo —lloriqueó Fishcake—. No sé nada sobre cerebros de stalkers.

De haberlo sabido, habría desactivado la parte Fang y habría hecho que fuera Anna siempre. Así podrían llevar la Araña Bebé a algún lugar remoto en las montañas desiertas, vivir allí y ser felices juntos. El muchacho perdido que quería una madre y la mujer muerta que deseaba un hijo. Pero sabía que era inútil intentarlo. Si la parte Fang descubría que Fishcake había intentado ayudar al Error, lo mataría.

Así que se dirigió al este y al norte con ella, siguiendo sus susurrantes indicaciones mientras el lecho del río se tornaba cada vez más empinado y estrecho, hasta que una noche la Araña Bebé emergió en el estanque natural al pie de una alta cascada blanca y Fishcake se dio cuenta de que ya no podía seguir más allá. En un primer momento, se sintió aliviado. Pero la stalker Fang no se descorazonó ni un solo instante.

—Tendremos que dejar la lapa aquí y caminar —susurró.

—¿Caminar adónde? —preguntó Fishcake.

—A hablar con ODÍN.

—¿A qué distancia está?

—Está a cuatrocientos kilómetros.

—¡Yo no puedo caminar tanto! —protestó Fishcake.

—Entonces quédate aquí —dijo su stalker.

Salió de la lapa y emprendió el camino por la empinada escalera natural de rocas empapadas que había junto a la catarata. Fishcake se apresuró a llenar de provisiones una bolsa de saqueo, listo para ir tras ella. Cuando salió atropelladamente al casco, la encontró esperándolo. Aún era la stalker Fang. Había decidido que, después de todo, tal vez le resultara de utilidad.

—Hay una ermita en Zhan Shan —susurró—. Deberíamos hacer un descanso allí.

\* \* \*

Zhan Shan era un volcán tan enorme y alto que Fishcake llevaba días pilotando la Araña Bebé por sus laderas inferiores sin percatarse siquiera. El mundo entero parecía formar parte de las raíces de Zhan Shan, y su cima se perdía por encima de las nubes. Los estrechos senderos que rodeaban y atravesaban los campos de lava estaban flanqueados de santuarios. Ajadas banderas de oración restallaban y ondeaban y se rasgaban en briznas de seda y algodón, llevando sus plegarias al reino de los dioses del cielo.

—Esta es una montaña sagrada —dijo la stalker de Fishcake.

Había vuelto a convertirse en Anna y lo cogió en brazos, porque el sendero era empinado y el aire contenía poco oxígeno, y estaba al borde del agotamiento. Se preguntó por qué habría regresado en aquel momento. ¿Sería el sonido de aquellas banderas al aletear lo que la había despertado?

—Nadie sabe cómo llegó a serlo —susurró—. Tal vez fueran los dioses que la pusieron aquí, tal vez fueran los Antiguos. Algo desgarró el terreno y la sangre caliente de la tierra se desbordó, creando Zhan Shan y las jóvenes montañas al norte de aquí. Las cenizas y el humo ocultaron el sol. El invierno duró décadas. ¡Pero mira lo hermosa que es ahora esta tierra!

—Tú no puedes verlo.

—Lo recuerdo. Amaba estas montañas cuando estaba viva. Es agradable estar en casa.

Tras un día y una noche de camino, Fishcake vio en lo alto una luz que titilaba a través del crepúsculo y la silenciosa caída de la nieve. Pasaron por un campo en el que había unos cuantos rumiantes peludos, con el lomo cubierto por un manto de nieve. Tras él había una pequeña casa de tejado puntiagudo y aleros que se curvaban en las esquinas como los bordes de un papel quemado. Estaba hecha de la negra piedra volcánica procedente de la ladera de la montaña, pero también tenía contraventanas y un porche con columnas de madera tallada y pintada de rojo, dorado y azul que le daban un aspecto alegre. Un perro salió trotando de ella para saludar a los viajeros y se escabulló lloriqueando cuando olisqueó a la stalker.

—¿Qué es este lugar? —susurró Anna.

—¿No lo sabes? —preguntó Fishcake—. Tú nos has traído.

—No he estado aquí nunca antes. Me he limitado a seguir el camino que ha marcado la otra.

Fishcake examinó la casita con ojo crítico.

—Ella dijo que había una ermita. Dijo que deberíamos hacer un descanso cuando llegáramos ahí. ¿Es aquí?

Su stalker no lo sabía.

La puerta tenía dos ojos dorados para ahuyentar a los malos espíritus. Fishcake golpeó con su pequeño puño en los tablones que quedaban entre ellos. Escuchó un movimiento tras la puerta y, luego, silencio. Volvió a llamar. En lo alto, en los escarpados espolones de la montaña, la neblina nocturna creaba fantasmas.

La puerta se abrió y, tras ella, una persona con una capa roja hecha con algún tipo de tela gruesa y tejida en crudo. Fishcake decidió que era una mujer. Tenía un rostro de piel marrón, demacrado y de ojos enormes, y el pelo rapado hasta quedar reducido a una sombra en su cráneo huesudo.

—Señora, por favor, necesitamos comida. Y agua —empezó a decir Fishcake.

La mujer ni siquiera lo miraba. Su vista estaba fija más allá de la cabeza del muchacho, en la stalker. Su boca se movió, pero de ella no brotaron palabras, solo unos sonidos lastimeros. Se llevó la mano izquierda a la cara, luego la derecha, y Fishcake vio que esta última en realidad no era una mano, sino un brillante garfio metálico.



—¿Anna? —dijo la mujer. Retrocedió un paso hacia la penumbra de su casita—. ¡No! ¡Tú no eres ella! —dijo—. Lo intenté y lo intenté, pero no eres...

—¡Sathya! —susurró la stalker, y pasó de largo junto a Fishcake para envolver con sus brazos metálicos a la aterrorizada mujer.

Fishcake gritó porque, por un momento, pensó que había vuelto a convertirse en la stalker Fang e iba a asesinar a la extraña. Cuando vio que tan solo la abrazaba, se sintió aliviado. Y luego celoso.

—¡Sathya! —susurraba su stalker, recorriendo con sus yemas metálicas los rasgos del rostro de la mujer—. No he vuelto a verte desde... Oh, aquella noche en Batmunkh Gompa. La nieve y el fuego, y Valentine... Ay, Sathya, ¡qué mayor te has hecho! ¡Y tu pobre mano! ¿Qué le ha pasado a tu mano?

Sathya la miró, miró a Fishcake y, desmayándose con un leve suspiro, se desplomó sobre la losa de piedra.

—Era mi amiga, mi alumna —susurró la stalker acucillándose sobre ella. Su ciego rostro de bronce se volvió para mirar a Fishcake—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué le ha pasado?

Fishcake sacudió la cabeza, inquieto. ¿Cómo se suponía que iba a saber él nada de aquella ermitaña? Su stalker era la única que la conocía.

—Tenemos que coger algo de comida e irnos antes de que se despierte —dijo.

—¡No! ¡Debemos ayudarla! ¡Quiero hablar con ella!

—Pero ¿y si tu otra mitad regresa? Ella no va a querer hablar, ¿verdad? Ella simplemente la matará...

—Entonces tendrás que vigilarla —susurró su stalker—. Debes advertir a Sathya cuando creas que la otra esté a punto de aparecer. Pero tal vez no aparezca. —Acarició el rostro de Sathya—. Cuántos recuerdos, Fishcake. Todo tipo de recuerdos. Me fortalecen, lo noto. Ahora, ayúdame, ¿dónde está su cama?

Aquello era fácil: la ermita tenía una única estancia y la cama estaba en la esquina más alejada. Una cama grande, con montones de pieles y mantas. Una hoguera encendida con estiércol de ganado ardía en un hueco tras ella.

Anna tumbó a Sathya encima y la tapó delicadamente con una colcha. Sathya se revolvió.

—Anna, ¿de verdad eres tú? —le preguntó.

—Eso creo —susurró la stalker.

Sathya empezó a sollozar.

—¡Anna, todo es culpa mía! ¡Debería haberte dejado descansar en paz, pero no podía soportarlo! Hice un trato con Popjoy.

—¿Quién es Popjoy?

—Un ingeniero. Te resucitó. Me prometió que volverías a ser la de antes, pero no me recordabas, no recordabas nada, decías que no eras Anna...

—Chss —susurró la stalker, sosteniendo la mano de Sathya y presionándola contra sus fríos labios de bronce—. Me hiciste regresar, Sathya. Tu amor me hizo regresar.

—Ay, ay —gimió Sathya, y ocultó su rostro entre las mantas mientras Fishcake la observaba y esperaba a que Anna se convirtiera en la stalker Fang.

Pero no se transformó y, poco a poco, Fishcake empezó a albergar la esperanza de que el reencuentro con su antigua amiga le proporcionara la fuerza necesaria para mantener a la stalker Fang a raya para siempre.



Esa noche, Fishcake durmió en el suelo, sobre las alfombras, al calor del estiércol que ardía en la estufa de hierro. Las voces de Sathya y la stalker se derramaban sobre él y lo rodeaban, hablando de lugares en los que él nunca había estado y de gente que nunca había conocido, cambiando de vez en cuando a idiomas que desconocía.

Se despertó horas más tarde con el sol de la mañana y el sonido regular de la bomba de un pozo. Se frotó los ojos para despejarse y salió a la resplandeciente niebla matutina. Su stalker estaba sentada en el porche, con la espalda apoyada contra la pared calentada por el sol y su ciega máscara

vuelta con gesto inquisitivo hacia los sonidos que Sathya hacía mientras manipulaba el manillar de la bomba de agua en el extremo más alejado de la casa. Parecía una tarea difícil para alguien con una sola mano, así que Fishcake fue a ayudarla. Cuando hubieron llenado el gran cubo de cuero de Sathya, cada uno lo agarró de un asa y ambos lo cargaron juntos hacia la casa.

—Supongo que te preguntarás para qué es esto, ¿verdad? —dijo Sathya—. Bueno, es un baño para ti.

Fishcake dejó escapar un grito, protestó y estuvo a punto de soltar el cubo. No creía que se hubiera bañado nunca en su vida, y no veía por qué tenía que romper en aquel momento una costumbre de toda la vida. Pero Sathya y su stalker no hicieron caso a ninguna de sus excusas. Juntas, lo despojaron de sus mugrientas ropas y lo metieron en la bañera de zinc de Sathya, lo enjabonaron, lo frotaron y le lavaron el piojoso cabello.

Aquel fue el día más feliz de toda la infancia de Fishcake, y lo recordaría durante toda su vida. El sol se elevó en el cielo y ardió tras la niebla. Alrededor de la solitaria casita de Sathya, los campos de nieve resplandecían, limpios y cegadores, y cada cima exhalaba al cielo diamantino una vaharada de nieve soplada por el viento. Sathya lavó la ropa de Fishcake y le prestó su propia ropa para que la usara mientras la suya se secaba: unos desgastados pantalones de lienzo y una camisa de lana. Él recogió leña para ella: extraía grandes maderos de un montón, una ofrenda llevada a la ermita por la gente que vivía en los profundos valles bajo la montaña, y los dividía con un hacha. Su stalker lo ayudó a acarrear los troncos partidos al cobertizo que había detrás de la casa, y luego Sathya lo llevó al redil de albarrada donde estaba el ganado. Al principio, Fishcake se asustó, porque los animales eran muy grandes y estaban muy vivos, pero Sathya le enseñó lo pacíficos que eran. Le parecieron divertidos: sus peludas orejas negras se crispaban como manos enguantadas para ahuyentar las moscas, sus lenguas rosadas se enroscaban en torno a los bocados que él les ofrecía con la mano extendida. Se quedó a mirar mientras Sathya ordeñaba a la vaca y luego se ofreció a llevar el balde de regreso a la casa, con cuidado de no derramar ni una gota de la espumosa y humeante leche.

Mientras tanto, Anna había desplegado una de sus garras y tallaba un trozo de madera que había encontrado en el cobertizo. Cuando hubo terminado, apretó en las manos de Fishcake el objeto que había hecho. Era un caballito de madera que trotaba con la cabeza levantada y la cola ondeando tras él, como una bandera.

—¿Para qué es? —preguntó Fishcake girándolo con sorpresa.

—Para ti —susurró su stalker—. Es un juguete. Para jugar. Mi padre solía tallarme juguetes cuando era pequeña.

Fishcake miró el caballo que tenía en las manos. Si hubiera sido un niño normal, habría tenido muchos muñecos, habría pasado tardes enteras tumbado en la alfombra e inventando mundos propios con animales y ciudades de juguete. Si hubiera sido un niño normal se habría considerado demasiado mayor para jugar con caballitos de madera. Pero era un muchacho perdido y nunca antes había tenido un juguete. Y empezó a llorar, porque el caballo era muy bonito y a él le gustaba muchísimo.



Después, Sathya y él bajaron caminando junto al curso del río, una blanca corriente de agua que discurría bajo un tambaleante puentecillo de cuerda y bambú y descendía rugiendo y salpicando hacia los valles boscosos. Lanzaron piedras a los rápidos mientras el perro de Sathya ladraba y brincaba orilla arriba y abajo. Fishcake encontró el poste de una bandera de oración que se había desprendido durante el último deshielo de algún santuario en lo alto del Zhan Shan y lo lanzó también al río, y juntos contemplaron cómo el río se lo llevaba. El sol estaba empezando a ponerse. Los valles se llenaron de sombras y las montañas resplandecieron de rosa y ámbar.

—Deberías quedarte aquí, Fishcake —dijo Sathya por encima del rugido del agua.

—No puedo —contestó Fishcake, sin querer pensar en ello siquiera—. La stalker...

—Ella también puede quedarse. —Miró tras él, a lo lejos, más allá de las montañas, a su propio pasado turbulento—. Después de perder la mano, después de que la stalker se hiciera con la Percha de los Bribones y la Tormenta Verde asumiera el poder, creo que me volví un poco loca. Seguía intentando convencer a la gente de que en realidad no era Anna, pero no me hacían caso. La Tormenta quería ejecutarme, pero hubo unos cuantos oficiales (Naga fue uno de ellos) que tuvieron piedad de mí y decretaron que, a cambio, viniera a vivir aquí. Supongo que la stalker Fang debió de firmar la orden, así es como debía de saber que me encontraría aquí. Espero que los demás ya se hayan olvidado de mí. No se me permite salir de este lugar, pero los habitantes de las colonias del valle se ocupan de mí: me traen madera, y miel, y té. Y, a cambio, yo subo al Zhan Shan y cuido de sus santuarios y rezo por ellos a los dioses del cielo y de la montaña.

—¿No te sientes sola? —le preguntó Fishcake.

—Claro que sí. Es una vida mejor de la que me merezco, después de todas las cosas que hice cuando era joven. Pero, si quisieras quedarte aquí un tiempo, habría sitio para ti. Solo hasta que estés listo para marcharte o seas lo suficientemente mayor para mudarte a los pueblos del valle y labrarte una vida propia... Fishcake, solo eres un niño.

Regresaron caminando juntos a la casa. La stalker estaba fuera como una estatua, con el rostro vuelto hacia las montañas. Al escucharlos llegar se giró y susurró:

—Ahora debo irme.

—¡No! —dijo Sathya.

—¡No! —gritó Fishcake, notando que su día perfecto se le escapaba de entre las manos.

Se preguntó si su stalker habría vuelto a transformarse, pero aún era Anna.

—He estado pensando —dijo pacientemente—. El ingeniero que me resucitó todavía está vivo, ¿verdad?

—El doctor Popjoy ahora es un hombre importante —respondió Sathya con amargura—. La Tormenta le proporcionó una villa propia: la casa del promontorio de Batmunkh Gompa.

—Iré allí —dijo Anna—. Le pediré que mire dentro de mi cerebro y destruya la otra parte que hay en mí. No debemos permitir que la stalker Fang sobreviva. ¿Quién sabe qué estará tramando?

—Quiere hablar con alguien llamado Odín —aportó Fishcake—. Por eso vino aquí.

—¿Y quién es Odín? —preguntó su stalker—. No confío en ella. Haré que Popjoy la acalle para siempre. Si no puede hacerlo, tendrá que destruirnos a ambas.

—¡Ay, Anna! —exclamó Sathya intentando abrazarla, pero la stalker se apartó.

—No puedo quedarme aquí —susurró—. Si me transformo de nuevo, podría matarte. Debo marcharme ahora, antes de que regrese mi otro ser.

Sathya se echó a llorar e imploró a Anna que cambiara de idea, pero Fishcake sabía que no tenía sentido discutir. Llevaba mucho tiempo en compañía de su stalker y tenía claro que la parte de Anna era tan testaruda como la otra. Se metió la mano en el bolsillo y su mano se cerró en torno al caballito que le había tallado.

—Yo también voy.

—No, Fishcake —dijeron las dos mujeres a la vez, la viva y la muerta, al perfecto unísono.

—Me necesitas —insistió—. Incluso la otra tú me necesita. ¿A cuánto queda esa Batmunkh Gompa? A kilómetros de caminata, me imagino. No puedes hacerlo sola, ciega... —Estaba llorando, porque no quería abandonar aquella ermita, pero tampoco quería que su stalker lo abandonara a él. Aferró con fuerza el caballito de juguete e intentó aparentar valentía—. Yo también voy.

# 17

## Territorio de la Tormenta

Noche cerrada en tierra de nadie. Harrowbarrow llevaba todo el día avanzando lentamente hacia el este; aguardando, inmóvil, bajo los sedimentos de esquisto cada vez que una aeropatrulla la sobrevolaba; resurgiendo, a veces, cuando el cielo estaba despejado, para permitir que una bruma de gases de escape fluyera como si fuera niebla por los conductos de ventilación de popa.

Viajar bajo tierra a bordo de un suburbio-topo de excavación era una de esas cosas que sonaba tremendamente emocionante, pero que rápidamente se volvían tediosas cuando de verdad las hacías, pensó Wren. Caminaba a paso ligero por las calles de Harrowbarrow, abrasadoras e invadidas por una nube tóxica. Los ciudadanos se quedaban mirándola cuando pasaba, y hasta se daban media vuelta para poder seguir mirándola cuando se alejaba. Temía que su corte de pelo y su ropa, con las que tan adulta y estilosa se había sentido en Murnau, le dieran un aspecto extravagante a ojos de aquella gente que vivía para excavar.

Se habría sentido mejor si se hubiera quedado a salvo en el ayuntamiento, pero Wolf Kobold la había invitado a reunirse con él en el puente de mando. También había invitado a su padre, pero su padre no se encontraba bien y Wren no quería que Wolf pensara que no agradecían su invitación. Así que allí fue, atravesando las ventanas de pavés de Delver's Arms y girando a la derecha por la calle Perpendicular, una escalera de mano que descendía hacia las profundidades del suburbio.

El puente de mando era una estructura móvil que abarcaba toda la anchura de los desguaces de Harrowbarrow. En cada extremo, unas grandes ruedas grasientas discurrían por raíles ubicados en las paredes de la planta de desguace. De este modo podía avanzar rodando hasta las mandíbulas para supervisar una cacería, o retroceder para controlar a los trabajadores que revisaban los montones de chatarra del desguace. De la estructura colgaban cadenas, que oscilaban y rechinaban a cada sacudida del suburbio, y dos hombres montaban guardia al pie de la escalera que llevaba hasta allí. Uno de ellos se adelantó para bloquearle el paso a Wren en cuanto llegó al peldaño inferior, pero su compañero dijo:

—Tranquilo, es la chica de Su Señoría.

—Yo no soy la chica de nadie —replicó Wren, pero los hombres no la escucharon.

El roce y el chirrido del esquisto contra el casco del suburbio eran ensordecedores, y aquellos rudos basureros de rostro cuarteado hacían que la voz de Wren sonara demasiado débil y afeminada. Notó sus ojos clavados en ella mientras subía por la escalera y escuchó que uno de ellos le gritaba algo al otro que los hizo reír a ambos.

\* \* \*

—¡Wren! —exclamó alegremente Wolf cuando ella apareció en la escotilla de la planta del puente.

Wren se quedó allí de pie, jadeante y desconcertada, observando las hileras de palancas, los paneles de interruptores y sintonizadores, las filas de indicadores, los tubos acústicos que pendían como estalactitas del bajo techo metálico sobre ella. Él se levantó de su silla giratoria como impulsado por un resorte y fue a recibirla, esquivando con gesto ágil a Hausdorfer y el resto de navegantes, que corrían a su alrededor con mapas enrollados u órdenes para las salas de motores.

—Me alegro de que hayas podido venir. ¿Cómo se encuentra *Herr Natsworthy*?



—Está bien —contestó—. Está reposando un poco después de cenar, espero.

(Su padre llevaba sin encontrarse bien desde que habían abordado aquel suburbio excavador, y parecía pálido y débil. Lo había dejado solo con instrucciones estrictas de intentar dormir un poco, pero, conociéndolo, probablemente estuviera en la biblioteca de Wolf, estudiando las cartas de navegación del territorio que se abría frente a ellos).

Wolf la tomó del brazo.

—Estás preocupada por él.

—Creo que Harrowbarrow es demasiado sofocante y calurosa para él —dijo Wren. No quería entrar en explicaciones sobre los problemas de corazón que tenía su padre. Él se esforzaba tanto en intentar convencer a todo el mundo, incluso a sí mismo, de que estaba bien, que se habría sentido como una traidora si le hubiera contado a Wolf lo enfermo que estaba realmente—. Se pondrá bien —le prometió, sonriendo lo más alegremente que pudo.

—De acuerdo —dijo Wolf, como si realmente hubieran acordado algo, y guio a Wren a un lugar cercano a su silla, donde un gran objeto de latón cubierto de palancas y manijas sobresalía del techo. En la parte inferior había dos lentes. Wolf tiró hacia abajo hasta que quedaron al nivel necesario para que Wren pudiera mirar por ellos—. He pensado que te gustaría echar un ojo a las vistas.

Wren casi había olvidado que desde allí había vistas. Las horas transcurrían tan lentamente a bordo de Harrowbarrow que tenía la impresión de que hacía días que no veía el cielo, o el suelo. Sin embargo, cuando miró por los oculares del periscopio, vio ambas cosas: el cielo, de un azul profundo y prácticamente sin una sola nube, y una luna creciente que flotaba, brillante, sobre las paredes cubiertas de hierbajos de la huella de cadenas tractoras que el suburbio estaba recorriendo.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Cerca del territorio de la Tormenta —contestó Wolf.

—Entonces, ¿por qué no hay fortalezas? ¿Ni colonias?

Wolf rio, divertido.

—A la Tormenta no le quedan tropas suficientes para proteger todos los nuevos territorios que ha conquistado. Aquí fuera solo tienen puestos de vigilancia blindados cada pocos kilómetros. Y a veces también aeropatrullas.

—Entonces, ¿será fácil cruzar con la Jenny?

—Bastante fácil. He preparado un pequeño entretenimiento que mantendrá ocupados a los centinelas de la Tormenta.

Wren frunció el ceño. No había mencionado nada sobre ninguna distracción cuando planearon aquel viaje, en Murnau. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle a qué se refería exactamente, Hausdorfer se acercó a ellos. Wolf se volvió para hablar con él en alemán. Tras intercambiar unas cuantas palabras, sonrió y palmeó al anciano en el hombro, y Hausdorfer empezó a bramar órdenes por los tubos acústicos en un lenguaje que Wren ni siquiera fue capaz de reconocer. ¿Eslavo? ¿Romaní? El suburbio se sacudió y se inclinó al cambiar de rumbo.

—Cuando avanzamos tan lentamente como ahora, envió partidas de rastreo para que se nos adelanten a pie. Algunos de ellos acaban de regresar para informar. Ya casi estamos en la línea de combate de la Tormenta. — Wolf la palmeó en el hombro también a ella y sonrió: se estaba divirtiendo —. Deberías ir a buscar a tu padre. Partimos en menos de una hora.

\* \* \*

El lugar donde las profundas huellas de las cadenas tractoras de Londres, de veinte años de antigüedad, se cruzaban con la frontera del territorio de la Tormenta Verde había sido rellenado con bancos de tierra y coronado por gaviones de mimbre rellenos de piedra, casetas de hierro y baterías de cohetes. Un grupo de suburbios-segadora habían intentado atravesar la frontera por aquel lugar hacía una década, y sus ruinas habían acabado por sumarse a las fortificaciones: trozos volcados de chasis y cadenas tractoras perforados con oquedades que ahora servían de aspilleras y decorados con los amenazadores eslóganes de la Tormenta: «¡Detened las

ciudades!»; «¡Un mundo verde de nuevo!»; «¡Lavaremos la Buena Tierra limpiándola con la sangre de los bárbaros traccionistas!».

En la batería de cohetes de la Huella Tractora 16, a una centinela le pareció distinguir un rugido de motores de tierra y salió al parapeto a mirar, pero lo único que alcanzó a ver fue niebla. Las patrullas matutinas habían reportado que los bárbaros seguían instalados en sus propias líneas, a salvo, cómodos y calientes, casi como si fueran gente decente. Aquellos motores probablemente pertenecieran a una semioruga de la Tormenta que transportara soldados a algún puesto de escucha avanzado en tierra de nadie. Pobres diablos. Montar guardia era un asco y la Huella Tractora 16, una cloaca sin ningún valor estratégico. La soldado regresó dentro, donde la aguardaban unos tallarines calientes, una estufa junto a la que sentarse y las cartas de su familia en Zhanskar.



Tom estaba soñando con Londres cuando Wren vino a despertarlo. En su sueño ya había llegado a las ruinas de la ciudad y, para su deleite, la antigua ciudad no estaba tan gravemente destruida como él se había temido. En realidad, lo único que había cambiado era que el Nivel Dos ahora quedaba a cielo abierto y que el sol brillaba intensamente sobre las calles de Bloomsbury, donde Clytie Potts lo aguardaba en las escaleras de entrada al museo.

—¿Por qué has esperado tanto para volver a casa? —le preguntó, tomando su mano.

—No lo sabía —respondió él.

—Bueno, ahora estás aquí —dijo ella, guiándolo hacia aquel pórtico que tan bien conocía. Los esqueletos de dinosaurio en el vestíbulo principal giraron sus calaveras de hueso para mirarlo y bramaron en señal de bienvenida—. Ahora puedes continuar con el resto de tu vida —dijo Clytie.

Tom la dejó atrás y vio su propio reflejo en un trozo de papel de aluminio antiguo expuesto en una de las vitrinas, y no era viejo ni parecía

enfermo, sino sano y joven de nuevo.

—¿Papá? —preguntó Clytie, convirtiéndose en Wren.

Tom se despertó a regañadientes en la sofocante oscuridad de Harrowbarrow, palmeándose en busca de sus pastillas verdes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Wren—. Ya casi estamos en la línea. Wolf dice que nos preparemos...

Saber que estaban a punto de partir hizo que Tom se sintiera un poco mejor, y el agradable recuerdo de su sueño también contribuyó a ello. Se vistió y siguió a Wren al hangar que quedaba cerca de la proa del suburbio, donde la Jenny Haniver estaba amarrada, a la espera de reemprender el viaje. Wolf se reunió allí con ellos.

—Carguen sus cosas a bordo —ordenó—. Prepárense para despegar en cuanto regrese.

—¿Adónde va? —preguntó Tom, desconcertado por no ponerse en marcha inmediatamente.

—Al puente de mando. Todavía no hemos cruzado la línea, *Herr Natsworthy*. Estoy preparando una pequeña distracción para que los *mossies* no nos detecten al cruzar.

Se marchó corriendo por una de las calles tubulares de Harrowbarrow. Tom y Wren guardaron sus equipajes en la góndola de la Jenny y luego esperaron afuera, juntos y de pie en medio de la bulliciosa confusión del hangar. El tono de los motores en marcha cambió de pronto, elevándose de un murmullo a un grito, y Wren se agarró a Tom para no caer cuando el suburbio aceleró hacia delante.

—¿Qué está pasando?

Tom no estaba seguro, pero incluso en el interior de aquel hangar sin ventanas la sensación de velocidad era inmensa. Con todos los motores auxiliares agitándose, Harrowbarrow corrió por la huella de las cadenas tractoras, vomitando a proa una densa ola de tierra y vegetación cuando ascendió a la superficie. Los desprevenidos soldados de la Tormenta Verde solo tuvieron tiempo de disparar unas cuantas salvas de misiles, que estallaron sin causar ningún daño contra la coraza del suburbio. Entonces, las barreras, las fortalezas y los lanzacohetes fueron aplastados mientras Harrowbarrow penetraba a toda velocidad por la línea de combate del

territorio de la Tormenta. En sus flancos se abrieron poternas por las que salieron en tropel escuadrones de temibles basureros armados con pistolas, cuchillos y mazas, y listos para atacar a los supervivientes que escapaban arrastrándose de sus búnkeres. Con un agudo son de motores, Harrowbarrow se lanzó de lado, haciendo que las paredes de la huella se derrumbaran y derribando con ellas un puesto de vigilancia.

Un segundo después, Wolf entró corriendo en el hangar, gritando: «¡Vamos! ¡Vamos!» y aullando órdenes en romaní y alemán a los hombres que aguardaban en las puertas automáticas del andén. Tirando de las manillas de latón, los hombres comenzaron a arrastrar las puertas. Mientras el olor a tierra húmeda y cordita se colaba en el interior del hangar, Tom y Wren entrevieron por fin lo que pasaba afuera. En medio del resplandor rojizo de incontables fuegos, el combate arrasaba los escarpados y derrumbados laterales de la huella. Harrowbarrow aún estaba girando, así que la escena pasó velozmente frente a sus ojos, pero tuvieron tiempo de ver los bloques de barracas apisonados, las erizadas marañas de alambre de espino que se recortaban como arañas contra las llamas, las siluetas que se arrastraban y se tambaleaban por el barro, el destello de los disparos, el resplandor de las cuchillas y los muertos que resbalaban y rodaban sobre sí mismos.

—¡Suban a bordo! —gritó Wolf, empujando a Wren por la rampa de acceso a la Jenny—. Debemos estar lejos para cuando empiecen a llegar los refuerzos.

—¿Todo esto es solo para que nosotros podamos cruzar la línea? —exclamó Tom—. Nunca dijo que...

—Dije que les haría cruzar. —Wolf se encogió de hombros—. No dije cómo. Pensaba que eran conscientes de que esto implicaría ciertos inconvenientes.

—Pero la tregua... —dijo Wren.

—La tregua se mantendrá; no hemos dado ningún motivo para que piensen que formamos parte de la Traktionstadtsgesellschaft...

—Toda esa pobre gente...

Mientras la apremiaba a entrar en la cabina, Wolf le sonrió con condescendencia, como si su compasión le hiciera gracia.

—No es gente, Wren, solo son *mossies*. Eligieron vivir como animales, directamente sobre la tierra. Y ahora morirán como animales...

Ahora Harrowbarrow había dado media vuelta: su proa apuntaba de nuevo a la dirección por la que había venido y su popa y las puertas abiertas del hangar apuntaban al este, hacia el territorio de la Tormenta. Enloquecido, Tom manejaba los controles de la Jenny. Wren notó que los motores cobraban vida, pero no pudo oírlos, ahogados bajo el potente rugido de los de la propia Harrowbarrow y la batalla que se estaba librando fuera. Unas cuantas balas chispearon al chocar contra el marco de las puertas del hangar, pero la mayor parte de las defensas de la Tormenta habían sido silenciadas. Wolf descargó una fuerte palmada contra los omoplatos de Tom y gritó:

—¡Vamos! ¡Vuele! ¡Ahora!

Tom miró a Wren. Entonces, agarrando las palancas de control, cortó el suministro de energía de las abrazaderas de amarre de la Jenny y aceleró rápidamente, haciéndola avanzar y elevarse para salir del hangar, rumbo al este, a lo largo del neblinoso lecho de la huella de cadenas tractoras.

Wren salió de la cabina y corrió hacia popa. A través del largo ventanal observó por última vez la estampa de Harrowbarrow, un leviatán envuelto en la niebla y el humo de la batalla que se dirigía encabritado a machacar y engullir otro fuerte de la Tormenta Verde antes de enterrarse de nuevo en la huella y dirigirse al oeste. La Jenny volaba deprisa y las ramas de los árboles que crecían en el lecho de la huella se enganchaban y arañaban la quilla de la góndola. Muy pronto, incluso el resplandor de los fuegos se desvaneció en la niebla que dejaron atrás y ya no se escuchó nada más que el familiar ronroneo de los motores Jeunet-Carot.

—Dudo que ningún *mossie* nos haya visto partir —dijo Wolf. (¿Cuánto tiempo llevaría de pie tras ella?). Wren se dio media vuelta. La miraba con dulzura, deseoso de aliviar sus miedos—. Y, aunque lo hubieran hecho, a estas alturas mis muchachos ya los habrán matado. Hausdorfer aplastará unas cuantas defensas más y luego regresarán a los yermos antes de que lleguen los refuerzos. La Tormenta pensará que solo se trataba de un poblado basurero hambriento, ávido de chatarra y sangre *mossie*. No vendrán a buscarnos.

—No nos lo contaste —replicó fríamente Wren—. Nos dijiste que sería fácil cruzar la línea. No hablaste en ningún momento de que habría que entrar en combate.

—Eso ha sido fácil —dijo Wolf—. No puedes ni imaginarte cómo es un combate real, *Fräulein* Aviadora.

Wren lo empujó a un lado para pasar y volvió a la cabina. Tom estaba mirando por las grandes ventanas delanteras: no se divisaba nada ahí fuera más que niebla. A veces, un espolón de tierra y rocas en el lugar donde una parte de las paredes de la huella que sobrevolaban se había derrumbado. Cada vez que eso sucedía, Tom hacía un rápido e imperceptible ajuste en los controles y pilotaba la Jenny con pericia para rodearlo. Wren lo envidiaba porque él, al menos, tenía algo en lo que concentrarse. En lo único en lo que ella podía pensar era en aquellas siluetas que había atisbado luchando por vivir a través de las puertas del hangar. Se sentía culpable por haber formado parte del ataque y cada vez más asustada. A pesar de lo que Wolf había dicho, estaba convencida de que la Tormenta tenía que haberse dado cuenta, a la fuerza, de que la Jenny Haniver había cruzado el frente, de que en cualquier momento los misiles o las aves stalker surgirían aullando de la niebla y de que eso sería lo último que vería.

—Lo siento —dijo su padre en voz baja, con una voz que sonaba tan conmovida y triste como ella se sentía—. Cuando dijo que conocía un lugar por donde podríamos cruzar, yo creí que simplemente...

—¿Cómo puede haber hecho eso? ¿A toda esa gente? —dijo Wren.

—Se está librando una guerra, Wren —le recordó Tom—. Wolf es un soldado.

—No es solo eso —dijo—. Creo que disfruta con ello.

—Hay gente que es así —asintió Tom. Había reconocido la luz en los ojos de Wolf en el fragor de la batalla; Hester tenía la misma mirada aquella noche en el Pimentero, cuando asesinó a los guardias de Shkin. Y prosiguió —: Wolf tiene algunas ideas extrañas, pero es que ha tenido una vida extraña. Es muy joven y en su vida no ha conocido más que la guerra. En el fondo, creo que es un joven bastante decente.

—Pues eso debe de ser bastante en el fondo —dijo Wren.

Tom sonrió.

—Una vez conocí a un hombre que se llamaba Chrysler Peavey, un alcalde pirata, el jefe de un suburbio casi tan temible como Harrowbarrow. Sin embargo, lo que más deseaba en su vida era ser un caballero. A Wolf le pasa lo contrario: es un caballero que quiere ser un pirata. Pero también tiene otra faceta. A nosotros nos ha tratado bien, ¿no te parece? Ahora que lo hemos alejado de su suburbio, quizá veamos de nuevo esa otra faceta.

Wren asintió con cautela, como si deseara poder creerlo. Tom también deseó creer sus propias palabras. Ahora no le quedaba duda de que se había equivocado al aceptar la oferta de Wolf. ¿Qué sería de Wren si a él le pasaba algo durante aquella travesía y solo quedaba Wolf Kobold para cuidar de ella?

Pero, cuando vio que la Jenny avanzaba volando un solitario kilómetro tras otro y que no aparecían misiles ni aves, comenzó a esperanzarse y a recordar la sensación de paz que lo había invadido durante el sueño del museo. No le gustaba lo que Kobold había hecho, pero al menos ya estaban de camino. En algún lugar al frente, más allá de aquellas llanuras de medianoche, percibía la fuerza de la gravedad de Londres atrayendo a la Jenny Haniver y a sus pasajeros hacia ella como una estrella oscura.



# 18

## Esa colosal ruina

Tras unas cuantas horas, la niebla empezó a clarear y por primera vez Wren pudo ver en condiciones el paisaje que estaban sobrevolando. En realidad, más que sobrevolarlo, casi levitaban sobre él, porque Tom mantenía la aeronave lo más cerca del suelo que se atrevía, ocultándola tras los escarpados abanicos de barro seco que se erigían entre las antiguas huellas de las cadenas tractoras de Londres. Según lo que Wren alcanzaba a ver, el terreno que la rodeaba no era muy distinto de las llanuras sobre las que rodaban las ciudades allá al otro lado de la línea. La Tormenta Verde había despejado de ciudades-tracción aquellas estepas occidentales, pero aún no había construido colonias propias. A veces, a través de las grietas en las paredes del surco de la huella, asomaban las distantes luces de los fuertes y las granjas, más allá de la tierra revuelta y enmarañada de malas hierbas. Pero, si realmente montaban guardia, no estaban buscando una nave pequeña que volara en solitario.

La estela de Londres discurría en línea recta hacia el este. Cada una de las cadenas tractoras de la ciudad había horadado una zanja de sesenta metros de ancho, y a veces de la misma profundidad. Tom guio la Jenny por la que quedaba más al norte hasta que la franja de cielo que había sobre él empezó a palidecer. Entonces, aterrizó para aguardar a que pasasen las últimas horas de luz solar.

Más tarde, montando guardia en el silencio de la cubierta mientras su padre dormía, Wren contempló el cielo y vio pasar docenas de naves de la Tormenta, a gran altura y rumbo al oeste. Entonces, el rítmico aleteo de una

bandada de aves stalker que también volaban hacia el oeste captó su atención. Se las señaló a Wolf Kobold, pero él dijo:

—Nada de lo que preocuparse. Ejercicios rutinarios de las tropas.

A pesar de lo furiosa que se había sentido con él la noche anterior, Wren se alegraba de que estuviera allí con ellos, de su certidumbre marcial, de su confianza. Y parecía estar empezando a ablandarse a medida que Harrowbarrow quedaba atrás, tal y como Tom había prometido. Su voz y su expresión se habían tornado más amables y, cuando Wren le pedía que hiciera algo, él obedecía sumisamente, como si reconociera que a bordo de la Jenny Haniver la experta era ella.

Sin embargo, tenía razón respecto a los pájaros. Ninguno descendió ni se aproximó lo suficiente como para alcanzar a distinguir la parduzca cubierta de la Jenny en medio de la tierra roja de la zanja.

Aquella noche retomaron el vuelo, y el día siguiente transcurrió de la misma manera, salvo que había un profundo estanque de agua clara cerca de donde Tom aterrizó, y Wren nadó en él. El agua estaba tan fría que entumecía y la superficie estaba plagada de reflejos brillantes que estallaban a su paso. Se puso de espaldas y flotó, notando cómo el traje de baño se hinchaba a su alrededor mientras ella escuchaba el silencio. Su antigua vida, Vineland y Brighton, se le antojaba increíblemente lejana.

Unas piedras se desprendieron del empinado muro de la huella y cayeron al agua, expandiendo anillos de ondas superpuestas a su alrededor. Wolf estaba trepando entre los árboles que crecían de la pared de la zanja. Vio a Wren y la saludó con la mano.

—¡Solo estaba echando un vistazo! —le gritó.

Wren nadó hasta la orilla y se cambió rápidamente de ropa, asegurándose de que la Jenny Haniver se interponía entre Wolf y ella. Cuando se asomó, tiritando y con el cabello húmedo, no lo vio, pero cuando trepó a la cima de la zanja lo encontró tumbado en una cornisa plana y cubierta de hierba, mirando a través de un telescopio de bolsillo hacia el territorio de la Tormenta.

—¿Qué ves? —le preguntó.

—Nada de lo que preocuparse.

Tendió a Wren el telescopio y ella se lo llevó al ojo. Hacia el sur, una llanura de hierba parduzca se extendía hacia unas lejanas colinas azules. Un grupillo de aquellos absurdos molinos de viento de la Tormenta titilaban al sol sobre una pequeña ciudad estática. Más al este avanzaba otra cosa. *Una ciudad larga y de poca altura*, pensó Wren en un primer momento, pero luego se dio cuenta de que no podía ser.

—Un tren de suministros que se dirige al este con provisiones para sus ejércitos —dijo Wolf—. Han construido vías de tren que van desde las montañas de Shan Guo hasta el Rustwater. Así fue como regresé a casa desde Londres la primera vez, escondido en un vagón de carga. La mayoría de los trenes no tienen tripulación.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera un maquinista? —preguntó Wren, concentrándose en la negra locomotora eléctrica a la cabecera del tren, una cosa redondeada y sin ventanas que cargaba por las vías como si fuera un toro.

—El motor es el maquinista. Un stalker Popjoy Mark Twelve, controlado por un cerebro humano resucitado. Algún pobre disidente o soldado prisionero al que la Tormenta haya convertido en un motor de tren. No merece la pena compadecerlos, Wren. Son salvajes; se trata de ellos o de nosotros.

Wren sabía que se refería a la batalla de la noche anterior, disculpándose o, tal vez, justificándose. Intentó pensar en una réplica adecuada, pero no se le ocurrió nada.

—Mira, está disminuyendo la velocidad... —dijo Wolf, volviendo a coger el telescopio—. Debe de haber un puente, o una vía no demasiado estable, ahí. Sería un buen lugar para montar en uno, si llegamos a necesitarlo.

—¿A qué te refieres?

Wolf le sonrió con malicia.

—Si a vuestra nave le pasa algo, tendremos que regresar a pie. Montar en uno de esos trenes nos ahorraría semanas de viaje.

Wren asintió. Sabía que Wolf estaba tratando de preocuparla y se negó a permitírselo.

—Mira —le dijo, señalando un punto—. Los árboles crecen bastante cerca de esas vías. Podrías esconderte ahí mientras esperas un tren.

Wolf rio, complacido con su demostración de valentía.

—Me gustas, Wren. En Murnau no hay chicas dispuestas a hacer un viaje como este y capaces de mantener la calma tan bien como tú. Tienes..., cómo decirlo..., sangre fría.

—La habré heredado de mi madre —dijo Wren.



—Ya no estamos lejos —anunció Tom aquella noche mientras arrancaba los motores.

Wren había ido a la popa para intentar recuperar un poco de sueño en su camarote, pero Wolf daba vueltas por la cabina, deteniéndose de vez en cuando para mirar por encima de los paneles de control hacia la negrura que se extendía frente a ellos, aguardando impacientemente cualquier atisbo de Londres.

—Estamos cerca —dijo en voz baja, como para sí—. Ya estamos muy cerca...

Unas velas de barro reseco que se levantaban desde las huellas de Londres emborronaban el cielo nocturno. En dos ocasiones, el sonido de los motores alertó a unas bandadas de pájaros que pasaron aleteando junto a las ventanas de la góndola y sobresaltaron a Tom. La segunda vez, Tom gritó, lo que atrajo a Wolf a su lado, como impulsado por un resorte.

—No pasa nada —reconoció Tom avergonzado—. Nada. Solo son pájaros. Hace años tuve que batirme con los stalkers voladores de la Tormenta. Desde entonces, me ponen de los nervios...

—Es usted un hombre valiente, *Herr* Natsworthy —dijo Wolf, relajándose y retomando su ir y venir.

—¿Valiente? —Rio Tom—. Míreme. Tiemblo como una hojita.

—Incluso los hombres valientes sienten miedo. Y las cosas que ha hecho... Wren me ha contado algunas de las maravillosas aventuras que

vivió cuando usted era joven.

—En aquella época no parecían tan maravillosas —dijo Tom—. Básicamente, me dedicaba a quedarme paralizado por el miedo. Lo único que hizo que saliera con vida de ellas fue la suerte. Cada vez que intentaba hacer algo, salía mal...

Siguieron volando. Pasadas unas cuantas horas, Wren relevó a Tom a los mandos. Él encendió la cafetera y zarandeó levemente a Wolf, que se había adormilado en un asiento junto a la ventanilla.

—¿Café?

El joven frunció el ceño.

—¿Qué hora es? ¿Ya hemos llegado a la escombrera?

—Todavía no.

—¿Papá? —dijo Wren desde el asiento del piloto—. Papá, ¡mira!

Tom olvidó el café y fue junto a su hija, inclinándose sobre las palancas de control para mirar a través de las ventanillas de la nave. El cielo estaba claro, el primer atisbo del alba empezaba a asomar tras las lejanas montañas. Más próxima que las montañas, recortándose negra contra el cielo, había una torre cuadrada y sin ventanas que impedía proseguir el camino por la huella. Durante un instante de pánico, Tom dudó si la Tormenta Verde habría construido una fortaleza allí para vigilar las ruinas de Londres.

—Es una rueda —susurró Wolf fascinado, asomándose por encima del hombro de Wren.

Mientras Wren relajaba la presión sobre el timón, la Jenny se elevaba y aquella cosa redondeada pasaba junto a ella, Tom se dio cuenta de que Wolf estaba en lo cierto. Estaba desplomada, corroída y enmarañada de malas hierbas, pero era, sin lugar a dudas, una de las ruedas de Londres. Tras ella, en la Región Exterior, el barro estaba salpicado de inmensas siluetas oscuras: más ruedas, tramos enteros de ejes, extrañas masas derretidas del metal que había salido despedido de la ciudad cuando esta explotó. Las cadenas tractoras destrozadas estaban dispersas a su alrededor, como carreteras derrumbadas que llevaran a la montaña de chatarra que ya empezaba a vislumbrarse a través de la niebla que flotaba frente a ellos.

Tom contuvo el aliento. Recordaba la última vez que había visto Londres, en llamas y destruida por las explosiones, la mañana después de que MEDUSA estallara. Hester estaba con él en la Jenny, volando a la deriva, y ella lo había consolado y le había obligado a apartar la vista de su agonizante ciudad. Cuando volvió a mirar, el viento los había arrastrado muy lejos de Londres.

—¿Queréis aterrizar? —preguntó Wren.

Tom se frotó fugazmente los ojos con una mano y miró a Wolf.

—Todavía no. Esto solo es el límite occidental de la escombrera. Aquí no hay nada más que ruedas, cadenas tractoras y unos cuantos suburbios calcinados que vinieron en busca de chatarra y fueron bombardeados por la Liga Antitracción...

—O por las luces fantasmas —bromeó Wren.

Deseó no haberlo hecho, porque los tontos cuentos de fantasmas que había oído en el Moon's ahora ya no le parecían tan tontos. Las silenciosas ruinas de Londres pasaban deslizándose a ambos lados de la góndola, los cascarones sin ventanas de edificios colapsados que se les aparecían en la noche como una flota de barcos fantasma.

—Nos dirigiremos al este durante un rato —decidió Tom.

El paisaje bajo la Jenny Haniver estaba empezando a transformarse rápidamente. La aeronave no tardó en alcanzar la escombrera principal, donde el terreno quedaba completamente oculto bajo densos montículos de chatarra enmarañada. Sobrevoló un suburbio calcinado, cuyas ruedas y piezas de motor se disolvían en las inmensas ruinas de la ciudad de la que había ido a alimentarse. Los árboles se mecían suavemente en las grietas que quedaban entre los filos profundamente inclinados de la cubierta reventada. Más adelante, las ruinas se apilaban en colinas de bordes puntiagudos. Tom avistó una zona llana, medio escondida por las placas colgantes de una cadena de tracción desprendida, regresó para inspeccionarla y posó la Jenny silenciosa y cuidadosamente entre sus sombras.

—¡Cielos! —susurró Wren en el silencio que cayó sobre ellos cuando Tom apagó los motores.

Wolf Kobold abrió la trampilla, por la que se filtró un aire frío y húmedo y un olor a tierra mojada.

—Por aquí no hay nadie —dijo—. Ningún comité de bienvenida.

Tom notaba el corazón desbocado. Le costó tranquilizarse. Tragó furtivamente una de sus pastillas verdes y se inventó una excusa para permanecer en la cabina. Mientras tanto, Kobold y Wren se apresuraron a salir para amarrar la Jenny con anclas de aterrizaje y envolver las vainas de los motores y los timones con la red de camuflaje que habían traído de Murnau. La nave era demasiado grande para ocultarla por completo, pero con suerte pasaría desapercibida para las aeronaves o las aves stalker que sobrevolaran las ruinas, escondida como estaba en aquella herrumbrosa cueva de placas de cadenas tractoras y con la red disimulando su contorno.

Reunieron las cosas que necesitaban: sus mochilas de lona, linternas, una vieja pistola que Tom nunca había usado y que sacó del compartimento que había sobre el asiento del piloto. Afuera, el cielo sobre la escombrera estaba adquiriendo un tono gris y las estrellas estaban comenzando a desvanecerse a medida que se aproximaba el alba. Bebieron té y Wolf tomó un trago de algo un poco más fuerte de su petaca de bolsillo.

—Tal vez deberías quedarte aquí con la nave, Wren —sugirió Tom—. Al menos hasta que hayamos podido echar un vistazo por los alrededores...

—Deberíamos mantenernos juntos —dijo Wolf con voz firme, y nadie discrepó.

Volvían a estar en el suelo, sus dominios. Dejaron que fuera a la cabeza, con una linterna en una mano y su pistola en la otra, mientras se adentraban uno a uno en las sombras de la ciudad perdida.

\* \* \*

Al principio, la ciudad parecía silenciosa. Un silencio siniestro, espeluznante y sepulcral quebrado únicamente por las pisadas de los recién llegados. *Seguro que en los jardines blancos de la luna hay esta quietud*, pensó Tom. Mientras iban abriéndose camino sin rumbo por aquellas

angostas huellas, empezó a percatarse de algunos leves sonidos: gotas de agua que se estrellaban tras caer desde los salientes de las ruinas; un jirón de cortina que aleteaba en una ventana vacía; escamas de óxido que se movían y revoloteaban, apiladas en grandes montículos distribuidos por los huecos de las ruinas...

—Por aquí no hay nadie —murmuró Wolf.

—¿Qué se siente al estar en casa, papá? —preguntó Wren.

—Extrañeza. —Tom se detuvo para recorrer con las yemas de los dedos una señal agujereada y tirada entre la chatarra oxidada que tenía a sus pies, repasando el nombre de una calle de Londres que conocía muy bien: «Finchley Road, Nivel Cuatro»—. Extrañeza y tristeza.

—Silencio —advirtió Wolf, ligeramente adelantado al resto, vigilante, con la pistola en la mano.

—Si hay gente aquí, seguro que han escuchado los motores de la Jenny cuando hemos aterrizado —le recordó Tom—. Saben que hemos llegado. Ojalá se mostraran...

Un pájaro graznó a lo lejos, en algún lugar entre las ruinas. Ellos continuaron al este, protegiéndose los ojos del resplandor ameloconado del sol naciente con sus gafas de aviador. La escombrera parecía grande desde las ventanillas de la Jenny Haniver, pero a ras del suelo era, sencillamente, inconmensurable. Londres era otro país, una isla montañosa cuyas cimas centrales se elevaban a varios cientos de metros de altura. En algunas partes de las ruinas aún había restos reconocibles de la ciudad: calles enteras, llenas de edificios de ventanas tuertas e hileras de tiendas completamente patas arriba, cuyos carteles desconchados y desvaídos aún se sostenían sobre las puertas. Pero en otras zonas todo estaba tan contorsionado, tan enmarañado, tan deformado que costaba trabajo adivinar qué había sido antes de MEDUSA. Y en dos ocasiones, entre los enormes montículos de herrumbre, Tom distinguió otras ruinas que se sumaban a las de Londres: las de los cadáveres de suburbios. Recordaba haber oído historias en Murnau sobre suburbios que habían ido a recolectar chatarra de las ruinas de Londres poco después de que cayera y que jamás habían regresado, porque la Liga Antitracción los había bombardeado. Pero aquellos suburbios, en lo más profundo de las ruinas, uno de ellos con las



mandíbulas hundidas todavía en una jugosa masa de chatarra, no mostraban signos de explosiones de bombas o misiles. A Tom le parecía más bien que el motivo por el que nunca habían vuelto a casa era que se habían... derretido.

En lo alto de una pequeña elevación, se detuvo y gritó:

—¡Hola!

—¡Chss! —chistó Wolf, girándose como un rayo.

—¡Sí, papá! —dijo Wren—. ¡Va a oírte alguien!

—Pero eso es lo que queremos, ¿no? —preguntó Tom—. ¿Acaso no hemos venido a encontrar gente, si es que hay alguien aquí? Y, Wolf, tú mismo dijiste que no eran hostiles... —Hizo bocina colocando las manos alrededor de su boca y gritó de nuevo—. ¡Hola!

Los ecos escaparon y fueron a esconderse entre las ruinas. Mientras se desvanecían se escuchó un silbido estridente y gorjeante, pero solo era otro pájaro.

El camino proseguía por un tenebroso cañón entre los peñascos oxidados y luego volvía a asomarse a la luz. Soportes de plataformas, grúas despedazadas y fragmentos de cubierta yacían entremezclados, renegridos y fundidos para siempre por un calor inimaginable. Los viajeros treparon por una maraña de cabos de amarre de quince centímetros como mosquitos deslizándose por un cuenco de espaguetis solidificados. Más allá estaba la retorcida cáscara de una placa de cubierta arqueada sobre el camino. Cuando pasaron por debajo, Wren percibió que algo se movía por encima y miró hacia arriba. Solo era un pájaro —un hermoso pájaro común y corriente, no un ave stalker— que planeaba para ascender cada vez más por las corrientes térmicas que se elevaban desde las ruinas recalentadas por el sol.

A sus espaldas estalló un repentino barullo de gritos y aullidos que los obligó a dar media vuelta, haciendo a Wolf maldecir y a Wren buscar la mano de su padre.

Las empinadas laderas cubiertas de escamas de óxido que había junto al sendero acababan de cobrar vida y se habían llenado de andrajosas siluetas que caminaban ladeadas, o descendían por cuerdas desde escondrijos

situados en la retorcida arcada. Wolf apuntó con su arma a uno de ellos, pero Tom gritó:

—No, ¡no lo hagas!

Y le tiró del brazo para que el disparo se desviara.

Antes de que Wolf pudiera volver a disparar, estaba rodeado de jóvenes mugrientos que esgrimían armas de fabricación casera, todos gritando: «¡Manos arriba!», y «¡No os mováis!», y «¡Soltad las armas!». Algunos tenían plumas en el pelo y se habían pintado franjas de barro herrumbroso en la cara, usándolo como pintura de guerra. Una de ellas, una chica con una sucia túnica de goma blanca, se acercó a Wren de un salto y la apuntó con una tosca ballesta.

A Wren la habían apuntado con todo tipo de cosas desde que había salido de Anchorage; con todo: desde las anticuadas y toscas pistolas de gas de los muchachos perdidos hasta ametralladoras nuevas y resplandecientes. Siempre era muy variado. No conocía sensación más incómoda que descubrir que, de repente, tu vida estaba en manos de alguien a quien no habías visto nunca y que ese alguien no parecía apreciarte particularmente y podía mandarte al otro barrio en un segundo con solo apretar un gatillo. Levantó las manos y sonrió débilmente a la ballestera, esperando que no fuera de gatillo fácil.

Tom estaba intentando explicar a sus captores que era londinense y aprendiz de tercera clase del Gremio de Historiadores, pero ellos no parecían demasiado interesados en su historia. Alguien le había arrebatado a Wolf su arma y ahora le apuntaba con ella. Wolf parecía tan furioso y avergonzado por haber sido capturado que Wren sintió lástima por él y deseó que se le ocurriera algo que decirle para consolarlo. No había sido culpa suya, y se alegraba de que su padre le hubiera impedido disparar a nadie.

El hombre que parecía ser el líder de la emboscada llegó caminado torpemente para inspeccionar a Wren con aire suspicaz. Era mayor que los demás, bajito y achaparrado, con el cabello cano rapado y un tatuaje sobre el puente de su nariz que tenía la forma de un pequeño compás verde. Wren notó que tenía miedo de ella, cosa que resultaba un poco absurda considerando que él contaba con una docena de delincuentes juveniles

fuertemente armados. Él también tenía un arma propia, un extraño objeto repleto de tubos y cables con un disco plano de zinc donde se suponía que debía estar el cañón.

—Bueno, jovencita —inquirió en tono irascible—. ¿A qué juegas? ¿Qué estás haciendo en Londres?

Wren alzó la barbilla y trató de aparentar altanería.

—Hemos venido a ver a Clytie Potts —dijo.

—¿Qué? —El hombre parecía sorprendido—. ¿Conocéis a Clytie?

—Este no deja de decir que es londinense, señor Garamond —exclamó uno de los muchachos que había capturado a Tom.

—¡Patrañas! —El hombre volvió a mirar a Wren, mordiéndose el labio inferior mientras evaluaba qué hacer—. Muy bien, gente —dijo, por fin—. Maniatad a los prisioneros. Tendremos que llevarlos ante el lord mayor.

# 19

## Holloway Road

Con las manos atadas por delante, rodeados por aquellos jóvenes londinenses de temible apariencia, los viajeros reemprendieron su viaje. Sus captores no los guiaron hacia el este, al núcleo de la escombrera, como habían esperado en un principio, sino que giraron al norte. La muchacha que vigilaba a Wren apuntó con su ballesta a las alturas centrales y dijo:

—Ahí hay muchas zonas peligrosas. Por aquí también, solo que no tanto. Si hubierais seguido hacia delante, habríais terminado directamente en el Carril Eléctrico. Mal asunto.

Wren no tenía ni idea de lo que la muchacha estaba hablando. Antes de poder preguntarle, el señor Garamond gritó, furioso:

—¡Cállate, Angie Peabody! ¡Deja de confraternizar con los basureros!

—¡Yo no estoy confraternizando con nadie! —exclamó la muchacha, indignada.

—No somos basureros —intervino educadamente Tom—. Solo somos...

—¡Cállate! —insistió Garamond, como un profesor que intentara llamar al orden a una clase alborotada. Levantó la mano para indicar que se hiciera silencio. De un trozo de cordón que llevaba alrededor del cuello colgaba una curiosa maquinita con un montón de antenitas. Él miraba con el ceño fruncido un indicador que había en lo alto—. ¡Trasgos! —gritó de repente—. ¡Todo el mundo al suelo!

Sus jóvenes seguidores obedecieron al instante, tirándose al barro y empujando a Tom, Wren y Wolf con ellos. Se escuchó un leve zumbido que

empezó a aumentar de intensidad y agudeza hasta que superó el alcance del oído humano: entonces, un gigantesco arco de relámpagos crepitó a través de un hueco entre dos agujas de cubierta fundida.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Wren, frotándose los ojos para aliviar la imagen del fogonazo en su retina mientras la ballestera la ayudaba a incorporarse de nuevo.

—Energía residual de MEDUSA —respondió alegremente el centinela de Tom—. A sus fogonazos los llamamos «trasgos». Ese ha sido bastante patético en comparación con los monstruos que solíamos tener antes. En los viejos tiempos, Londres entera estaba que hervía...

—Por favor, cállate, Will Hallsworth —gritó el señor Garamond, haciéndole un gesto a la partida para que avanzara.

Hallsworth miró a Wren y puso una mueca de escolar impertinente que la hizo sonreír. Wren decidió que a lo largo de su vida la había capturado gente mucho peor que aquellos jóvenes londinenses.

El sendero que seguían ahora se alejaba de las ruinas más profundas, y ya no volvieron a pasar por zonas peligrosas. En dos ocasiones atravesaron lugares casi completamente despejados de ruinas, extensiones de terreno abierto donde maduraban cosechas. En los montículos de escombros y chatarra metálica se elevaban molinos como girasoles herrumbrosos.

Descendieron a un amplio valle en forma de «V» cuyas laderas eran edificios muertos y cuyo lecho embarrado estaba sumido en sombras profundas. Al mirar hacia arriba, Wren vio que el cielo quedaba oculto por una complicada maraña de sogas y amarras entre las que se habían enhebrado ramas muertas y trozos de tela para conformar una especie de techo. Unos cuantos rayos de sol cruzaban a través de ella, cayendo como focos sobre la nave amarrada en el lecho del valle.

—¡La Arquéopterix! —gritó Tom, reconociendo la hermosa navecilla que había visto por última vez despegando de Puertoaéreo.

—Así que aquí es donde la ocultan... —Wolf sonaba impresionado, muy a su pesar. Había empezado a olvidar lo indigno que era que lo hubieran capturado y miraba a su alrededor con el mismo interés y curiosidad que los demás.

Dejaron atrás la silenciosa nave, luego una hilera de abollados tanques en los que se leía «Combustible» y «Gas elevador», y, por último, un pequeño puesto de vigilancia con unas tumbonas destartadas y vistas de la antigua Londres pegadas en las paredes de hojalata. El valle terminaba en una escarpada colina de metal, y Garamond ordenó a su destacamento que se introdujera por el túnel que parecía llevar bajo la colina.

La forma redondeada del túnel y la textura acanalada de sus paredes y su techo desconcertaron a Tom, hasta que los londinenses encendieron unas linternas. Tom se dio cuenta de que estaba en uno de los antiguos conductos de ventilación que se dispersaban, enroscados como culebras inertes, por todas las ruinas. Habían dispuesto raíles a lo largo de la parte inferior de los conductos y un par de vagones de madera aguardaban, listos para partir, en los amortiguadores de las vías. Sobre ellos, en la pared curva, un antiguo cartel esmaltado resplandecía bajo la luz de la linterna. Era el cartel de una de las estaciones de elevadores de Londres: un ancho círculo rojo en el centro de un cuadrado blanco, cruzado por una barra vertical de color azul. En letras blancas, sobre el azul, se leían las palabras «HOLLOWAY ROAD».

—Así es como transportamos la carga pesada de la Arqui a Londres —susurró Angie, la centinela de Wren—. Los pájaros espía de los *mossies* no pueden vernos si mantenemos a cubierto este viejo conducto. Nosotros a esto lo llamamos «camino del salto al vacío».

—Hollow-Way Road —dijo Wren, volviendo a leer el cartel, y pensando en las dos palabras que componían el nombre: «vacío» y «camino»—. Ah, muy gracioso...

—Bueno, de algo tenemos que reírnos, ¿no?

Continuaron por Holloway Road durante lo que a Wren le pareció un kilómetro y medio, tal vez más, iluminados a veces por la luz de las linternas, y otras, por haces de luz que se colaban por las grietas del recubrimiento del antiguo conducto. El camino hacía giros y requiebros, y el suelo se inclinaba a veces en profundas pendientes, en aquellas partes en las que el conducto se hundía en una cavidad en la tierra, o pasaba por encima de otra zona de ruinas. Bajo sus pies, el polvo entre los raíles lucía el estampado de huellas de las botas que lo habían pisado.

Al llegar al final del conducto, dejaron atrás más improvisados vagones de carga y otra sección de amortiguadores y volvieron a salir a la luz, a un camino de pasarelas metálicas que discurría entre dos abruptas colinas de chatarra. Más allá de las colinas se extendía un espacio que había sido despejado de ruinas y donde habían plantado huertos en parterres elevados llenos de abono. La gente dejó de recoger coles y escarbar patatas para incorporarse y mirar el paso de los prisioneros.

Tom les devolvió la mirada. No solo había gente viviendo en Londres: había muchísima gente. Observó sus rostros, pero no vio ninguno que reconociera. Daba igual: eran londinenses, eso era lo importante. Muchos de ellos lucían señales de antiguas heridas: vio extremidades y dedos amputados; un hombre con el rostro quemado; una mujer ciega a la que guiaban sus hijos mientras le hablaban, emocionados, sobre Tom, Wren y Wolf... Había cicatrices por doquier. *Aquí Hester se habría sentido como en casa*, pensó, y deseó que el viento hubiera empujado la Jenny Haniver en dirección contraria aquella mañana, después de la explosión de MEDUSA, y los hubiera atraído a Hester y a él hacia Londres, en lugar de alejarlos de ella. Cuán distintas podrían haber sido las cosas si hubieran vivido en la escombrera...

En el extremo más alejado de la zona de huertos había una gigantesca sección de plataforma apuntalada sobre las ruinas, dando lugar a una caverna de techo bajo. Garamond guio a su destacamento a través de la larga abertura con forma de buzón. El techo de hierro era tan bajo que todos tuvieron que acucillarse, pero en las sombras se habían levantado docenas de chozas y casitas construidas con restos de madera y metal. Allí aguardaba la multitud, alertada por los niños que corrían, emocionados, a la cabecera de la procesión.

—¿Dónde está la señorita Potts? —gritó Garamond, imponiéndose al bullicio.

Un hombre calvo, ataviado con una mugrienta túnica de goma blanca (*¡Un ingeniero!*, pensó Tom, inquieto), contestó:

—Está en el ayuntamiento, Garamond.

La procesión prosiguió su marcha, adentrándose más y más en aquella caverna de techo metálico, hasta que la plataforma que los cubría descendió

tanto que casi tuvieron que doblarse por la mitad para evitar romperse la crisma con los viejos clavos y piecitas que sobresalían de ella.

—Por eso se llama Crouch End —dijo la simpática centinela de Wren, que empezaba a percatarse de lo mucho que les gustaban a los londinenses los juegos de palabras: el nombre de aquel lugar podía traducirse por Zona Cuclillas—. No es un lugar demasiado práctico para vivir, pero en los viejos tiempos, cuando teníamos que ocultarnos de los trastos, de los *mossies* y de Quirke sabe qué más, un tejado sobre nuestras cabezas era más que bienvenido...

—Angie Peabody —ladró el señor Garamond—, ¡creía que te había dicho que cerraras esa bocaza!

Incrustado en la esquina más baja de la plataforma había un edificio construido con partes viejas de una antigua oficina de Supervisión de la Entraña y trozos de muchas otras cosas, todas clavadas y atornilladas de una manera bastante competente y pintadas de un alegre tono rojo. «COMITÉ DE EMERGENCIAS DE LONDRES», había escrito alguien sobre la puerta, en cuidadas letras mayúsculas. Garamond dejó a sus subordinados afuera mientras él entraba y mantenía una conversación en voz baja con alguien. Luego volvió a salir y empujó la puerta para abrirla de par en par.

—Entrad ahora, prisioneros —dijo—. Y mostrad un poco de respeto. Estáis en presencia del lord mayor de Londres.

El suelo del interior del edificio había sido excavado, así que no hacía falta encorvarse. Tom entró primero, acompañado por Will Hallsworth, quien le advirtió que tuviera cuidado con el escalón. Se tropezó de todas maneras y aterrizó en una gran estancia de techo inclinado. Una de las paredes estaba completamente cubierta por un mapa de la escombrera marcado con etiquetas, banderines y misteriosos alfileres rojos. Alrededor de una antigua mesa de hojalata abollada, dispuesta en el centro de la sala, había una docena de personas reunidas. Tenían pinta de haber sido interrumpidas en medio de una asamblea por la llegada del señor Garamond y sus prisioneros. Una de ellas era Clytie Potts. Se levantó en cuanto reconoció a Tom.

—¡Ay, Quirke! —exclamó.



Junto a ella, otro miembro del Comité se estaba levantando para saludar a los recién llegados. Su andrajosa túnica roja y la cadena de alcalde lo identificaban claramente como el lord mayor. Tom se sintió aliviado. Por un momento había temido enfrentarse cara a cara con Magnus Crome, el siniestro ingeniero que había gobernado Londres cuando él era niño. Sin embargo, aquel anciano y corpulento caballero, con mechones de pelo blanco que brotaban de sus orejas como volutas de vapor, no era Crome. Y tras el alivio llegó el asombro, porque Tom descubrió que conocía aquel rostro orondo y colorado, y encontrárselo allí resultó incluso más impactante de lo que lo había sido su primer encuentro con Clytie Potts.

—¡Chudleigh Pomeroy! —exclamó.

—Yo... ¡Santos Quirke y Clio! —dijo el anciano, y sus cejas blancas dieron un brinco de sorpresa—. ¡Por la Sagrada Manopla Negra de Sooty Pete! ¡Pero si es un joven aprendiz! ¡El joven Comosellame! El joven...

—¡Natsworthy! —dijo Tom. Siempre le había tenido un poco de miedo al historiador jefe, pero encontrarlo allí y darse cuenta de que había sobrevivido contra todo pronóstico durante todos aquellos años lo hizo sollozar de alegría. Se secó las lágrimas y, con voz temblorosa, dijo—: Tom Natsworthy, señor Pomeroy, aprendiz de tercera clase. He vuelto a casa.

## 20

### Hijos de MEDUSA

Chudleigh Pomeroy mandó traer algo de comer de la cocina comunal de la colonia y obligó a sus colegas a despejar los montones de papeles de la mesa para hacer sitio a sus visitantes. Tom, que estaba empezando a recuperarse de la impresión, se volvió para mirar al resto de miembros del Comité. Dos de ellos eran ingenieros —un hombre bajito de piel marrón y una anciana de aspecto severo, los dos calvos como bolas de billar y vestidos con túnicas de goma blanca—. El resto eran londinenses de a pie, gente de todas las formas y tamaños y de colores varios, entre los que se contaba un hombrecillo enjuto y de piel correosa que saludó a Angie con la mano. Ella contestó con el mismo gesto, diciendo:

—Hola, papá.

Tom tuvo la impresión de que debía de haber sido operario en la Entraña antes de que MEDUSA hiciera explosión. Desde luego, no era el tipo de persona que habría podido encontrarse en los viejos tiempos en la cámara del consejo de Londres.

Finalmente, tres asientos quedaron despejados para los recién llegados. Chudleigh Pomeroy les dedicó una amplia sonrisa cuando se sentaron.

—Encantada de conocerla, señorita Natsworthy —dijo, extendiendo un brazo por encima de la mesa para darle la mano a Wren cuando Tom se la presentó—. Y Herr Kobold. Hemos oído hablar mucho acerca de la valentía de su ciudad y sus aliadas. La señorita Potts nos mantiene al tanto de los avances de la guerra. Bienvenido a Londres.

—Gracias, señor —dijo Wolf, dedicándole una esmerada reverencia y llevándose la mano adonde debería estar la empuñadura de su espada si el señor Garamond no le hubiera despojado de ella—. Esta no es mi primera visita a su ciudad. La primera vez que estuve aquí me vi expulsado de ella antes de poder conocer a ninguno de sus habitantes...

Dedicó una pícara sonrisa a los asombrados rostros que lo rodeaban y explicó velozmente la historia de su primera visita a la escombrera.

—¡Santo Quirke! —murmuró Garamond—. Ahora lo recuerdo...

—No es usted el primer soldado que busca refugio aquí —dijo Pomeroy—. Combatientes perdidos y malheridos de ambos bandos se cuelan a veces por error en los límites de las ruinas. No podíamos arriesgarnos a que ninguno saliera de aquí y volviera al mundo exterior pregonando nuestros secretos. Pero tampoco queríamos asesinarlos ni nada por el estilo, así que se nos ocurrió la idea de ahuyentarlos, sin más. Por lo general, unos cuantos gemidos inquietantes bastan para conseguir que los hombres más valientes salgan corriendo, pero de vez en cuando nos topamos con uno más curioso que los demás. Cuando eso pasa, lo dejamos inconsciente con cloroformo antes de que pueda ver nada y lo llevamos fuera de las ruinas. La mayoría capta el mensaje. Tú eres el primero en regresar.

—Entonces, ¿por qué a nosotros no nos habéis dejado inconscientes ni nos habéis llevado a la Región Exterior? —preguntó Wren.

—Buena pregunta —murmuró uno de los miembros del Comité, fulminando a Garamond con la mirada.

—¡No era práctico! —resopló él—. Vinieron a bordo de una nave, no a pie. Y parecían basureros, no náufragos. Y el señor Natsworthy, aquí presente, no tiene una pinta demasiado saludable. Si mis muchachos lo hubieran dormido con cloroformo, tal vez no hubiera vuelto a despertarse...

Tom empezó a protestar diciendo que a él no le pasaba absolutamente nada, que habría sido perfectamente capaz de recibir una buena y vigorizante dosis de cloroformo. Afortunadamente, antes de que pudiera desarrollar su argumento, llegó la comida: pan y mantequilla, *crumble* de manzana y pastas caseras, y vino de flor de saúco embotellado en antiguas botellas de agua de hojalata.

—Veo que habéis aprendido a vivir de la tierra —dijo Wolf Kobold en voz baja—. Igual que los *mossies*.

Clytie Potts le sonrió ampliamente: aquel joven y atractivo recién llegado la tenía embelesada, y no se percató del leve deje desdeñoso que había en su voz.

—Ah, cultivamos todo tipo de cosas en los parterres de tierra, entre los montículos de chatarra. Es muy fértil. Algunos de los supervivientes eran trabajadores de los distritos agricultores antes de MEDUSA y nos han enseñado a cultivar alimentos. Y nuestros equipos de basureros encuentran todo tipo de cosas entre las ruinas: comida enlatada, azúcar, té. Ahora Londres tiene menos de doscientos habitantes, así que hay suficiente para todos.

—También cazamos —intervino Angie, entusiasmada—. Conejos y pájaros, y bichos que hacen sus madrigueras en la escombrera... —calló cuando el señor Garamond se giró hacia ella y volvió a fulminarla con la mirada: habían hecho esperar afuera al resto de los jóvenes y Wren sospechaba que Angie ni siquiera debería haber estado en el comité de bienvenida.

—Y Clytie trajo unas cuantas cabras y ovejas a bordo de esa nave suya —añadió la callada anciana ingeniera.

—Pero no lo entiendo —estaba diciendo Tom—. Es decir, ¿cómo lograsteis sobrevivir? ¿Cómo es posible que estéis aquí? Yo creía...

—Tú creías que estábamos todos muertos —terminó amablemente Pomeroy por él—. Cosa que, por cierto, yo pensaba de ti: ese villano de Valentine me dijo que te habías caído por un tobogán de basura en la Entraña. Llevo sintiéndome culpable desde entonces por haberte mandado allí abajo aquella noche. ¿Vino?

Llenó una variopinta colección de vasos de hojalata y tazas esmaltadas, y otro de los miembros del Comité fue tendiéndoselos a cada uno de los recién llegados mientras Pomeroy volvía a sentarse, les sonreía y ponía en orden sus pensamientos. Luego, mientras comían y bebían, les relató cómo habían sido las últimas horas de Londres, cómo la tensión entre el Gremio de Historiadores y los ingenieros de Crome, ávidos de poder, había terminado en una contienda en los vestíbulos del museo y cómo Katherine

Valentine y el aprendiz de ingeniero Pod se habían escabullido furtivamente por la escalera conocida como el Pasaje del Gato para intentar impedir que MEDUSA fuera utilizada.

—Poco después de eso —dijo Pomeroy—, los ingenieros atacaron en masa y las cosas se volvieron bastante confusas. Peleamos como tigres, por supuesto, pero ellos tenían stalkers y otras cosas, y nos hicieron retroceder hasta la sección de Historia Natural. Para entonces, ya no quedábamos demasiados en pie: habían asesinado a Arkengarth, Pewtertide y el doctor Karuna, y Clytie estaba gravemente herida. Yo decidí defender nuestra posición tras aquella antigua maqueta de la ballena azul. La habían descolgado del techo por algún motivo y estaba en el suelo, y podía pasar por una barricada decente. Así que nos quedamos allí en cuclillas, esperando a que los resucitados vinieran a acabar con nosotros y, de repente, ¡bum!: los cimientos del edificio empezaron a desmoronarse...

—El señor Pomeroy me empujó adentro de la boca de la ballena —dijo Clytie Potts, mirando con tristeza hacia abajo, hacia sus manos, como si el recuerdo aún le afectara.

—Sí —asintió Pomeroy—. Y entonces, haciendo gala de una calma extraordinaria, me metí tras ella de un salto. ¡Justo a tiempo! Creo que, a esas alturas, el Nivel Dos ya se había desplomado por completo. La luz nos cegaba a través de las grietas y los agujeros de bala de nuestro escondrijo en la ballena, y noté cómo la maqueta empezaba a rodar, a deslizarse y a dar volteretas por los aires. Después de eso, no recuerdo mucho. Me temo que deslizarme por las laderas de una ciudad que está desintegrándose no es santo de mi devoción, y eso me hizo perder el conocimiento casi de inmediato...

—Finalmente, la ballena acabó entre dos soportes de plataforma derrumbados en el extremo sur de la escombrera principal —explicó Clytie, retomando la historia—. Algunos trabajadores de los desguaces nos encontraron allí y nos ayudaron a salir. Fue ahí cuando vi lo que le había sucedido a la ciudad. Era... Ay, no puedo ni empezar a describirlo. Había fuego por todas partes, y un humo sucio que ascendía hacia el cielo, y explosiones que estallaban sin cesar, así que constantemente había trozos de ruinas que se desprendían tintineando y cenizas que caían suavemente de

todas partes como nieve negra. Y, a veces, una gigantesca garra de luz blanquecina surgía de las ruinas con un restallido, tanteando el terreno como si nos estuviera buscando...

—Sí, aquellos fueron tiempos inciertos —dijo Pomeroy, asintiendo solemnemente—. La Liga también andaba rondando el lugar, ávida de venganza. Vimos cómo algunos de nuestros compañeros supervivientes se aventuraban fuera de las ruinas para entregarse a sus patrullas, y todos fueron fusilados en el acto. Así que Clytie, nuestros amigos de los desguaces y yo decidimos quedarnos donde estábamos. Pasado un tiempo, empezamos a establecer contacto con algunos grupillos de supervivientes, y nos aliamos y pensamos en qué hacer. Se nos ocurrió tratar de escabullirnos hacia el oeste, siguiendo las huellas de las cadenas tractoras, pero ¿adónde nos llevaría eso? A las jaulas de esclavos de algún poblado basurero, probablemente, donde no correríamos mejor suerte que con la Liga. Así que decidimos permanecer aquí. Puede que Londres se hubiera ido al garete, pero seguía siendo Londres, ¿no? Seguía siendo nuestro hogar...

Todos sus colegas asintieron y murmuraron en señal de acuerdo, y Pomeroy dio una cariñosa palmada a la pared de la sala donde se reunía al Comité, haciendo que se tambaleara de manera alarmante.

—Nos trasladamos a Crouch End porque parecía resguardada de los trasgos —explicó Clytie—, y nos escondimos aquí de las aeropatrullas que la Liga seguía enviando en aquellos primeros tiempos. Hay una gran sección de Entraña que quedó casi intacta, a menos de un kilómetro al este de aquí. Recuperamos muchas cosas útiles de allí, incluso un cofre lleno de dinero. Así que, más tarde, cuando las patrullas de la Liga empezaron a ser menos frecuentes, algunos pudimos salir sin llamar la atención para comprar la Arqueópterix y empezar a recolectar algunas cosas que también necesitábamos.

—Tuvo que ser peligroso —dijo Tom, pensando en su propia experiencia cuando intentó cruzar las líneas de la Tormenta Verde.

—Imposible, a veces —reconoció Clytie—. Pero, por lo general, conseguimos hacer unos cuantos viajes al año...

—Para avituallarse de Vieja Tecnología, supongo —dijo Wolf Kobold.

Clytie se mostró vacilante. Algunos de los otros consejeros se revolvieron, incómodos, en sus sillas recuperadas de entre las ruinas.

—¿Y qué hay de estos ingenieros? —prosiguió Wolf Kobold, señalando con un movimiento de la cabeza al hombre y la mujer calvos—. Parecen llevarse de maravilla con ellos, considerando que la culpa principal de que Londres explotara fue suya.

La ingeniera dijo en voz baja:

—No todos los miembros de nuestro gremio apoyaban los planes dementes de Magnus Crome. Los que se oponían a él fueron relegados a trabajos humildes en las prisiones y las fábricas de la Entraña Profunda. Supongo que eso es lo que nos salvó. Todos los partidarios de Crome estaban con él en el Nivel Superior cuando se produjo el fallo de MEDUSA.

—A lo largo de los años, nos hemos alegrado muchas veces de contar con nuestros ingenieros —dijo el padre de Angie, el enjuto exoperario—. Han fabricado todo tipo de artilugios útiles para nosotros: hornillos con baterías que se alimentan montando en bicicleta, colectores de energía solar, molinos de viento, mecanismos de elevación... Pistolas eléctricas capaces de derribar las aves espías mecánicas de la Tormenta Verde. El doctor Abrol, aquí presente —dijo, señalando al otro ingeniero, que sonrió con modestia—, ha construido un receptor que nos permite escuchar las comunicaciones radiofónicas de la Tormenta, de modo que ahora contaríamos con un preaviso razonable si vinieran a buscarnos. Y la doctora Childermass, nuestra teniente de alcalde, era la directora del departamento de investigación de Levmag. Ella es...

—Ya basta, Len —dijo la ingeniera con voz de advertencia.

—La Tormenta Verde tiene que saber a la fuerza de su existencia —dijo Wolf—. Todos esos molinos y cultivos y demás. Tienen que haberlos visto.

—Supongo que sí —respondió Clytie Potts.

—Y, aun así, eligen dejarlos vivir en paz. ¿Tal vez piensan que ustedes son antitraccionistas, como ellos?

—Bueno, en ese caso se equivocan —respondió el padre de Angie cuando detectó el tono desafiante y el resentimiento en la pregunta de Kobold—. Desconocen nuestros planes, igual que ustedes...

—Len —dijo la doctora Childermass.

Chudleigh Pomeroy atajó rápidamente para decir:

—De todas maneras, ahora que el joven Natsworthy y sus camaradas están aquí, lo mejor será hacer que se sientan cómodos, decidir dónde pueden quedarse y demás.

—Oh, no queremos causarles molestias —le dijo Kobold—. Solo nos quedaremos unos días para echar un vistazo, y luego volveremos a la Jenny Haniver...

—¡Pero no podéis marcharos tan pronto! —protestó Pomeroy—. ¡Acabáis de llegar!

—Lo que en realidad quiere decir es que no pueden marcharse, ni ahora, ni nunca —dijo el señor Garamond, que había estado escuchando toda la conversación con aire impaciente desde el lugar donde estaba apoyado, junto a la puerta—. Es un momento importante para Londres. No podemos arriesgarnos a que le cuenten a nadie que estamos aquí.

—Vamos, Garamond —dijo Pomeroy—. El señor Natsworthy es londinense, igual que nosotros.

—Bueno, puede ser, pero su hija no lo es. Y en cuanto a este otro caballero... Como jefe del Subcomité de Seguridad, es mi deber señalar que no los conocemos, y no podemos confiar en ellos.

—¡Eso, eso! —dijo el padre de Angie, asintiendo con vehemencia—. Sería una verdadera lástima que hubiéramos estado aguantando aquí todos estos años para que ahora un gracioso fisgón vaya por ahí chismorreándole sobre nosotros a algún basurero justo cuando estamos a punto de...

—¡Len! —le cortó la doctora Childermass.

—Pero lamento decir que Garamond tiene razón —dijo Pomeroy, arrepentido—. Creo que sería mejor que nuestros jóvenes montaran guardias de veinticuatro horas en Holloway Road y el aeroparque. Tom, Wren, *Herr* Kobold: espero que os consideréis nuestros huéspedes, pero me temo que no hay absolutamente ninguna opción de que os marchéis. ¿Alguien quiere otra galletita?



# 21

## Localizando al doctor Popjoy

Unos cien kilómetros más allá de la Londres muerta, donde las jóvenes montañas de Shan Guo se elevaban en escarpadas cumbres sobre las llanuras, se erigía la ciudad amurallada de Batmunkh Gompa. Custodiaba un paso por el que, durante siglos, las ciudades-tracción habían intentado penetrar en los fértiles reinos antitraccionistas de oriente. Sin embargo, ahora que la Tormenta Verde había ampliado sus fronteras hacia el oeste, se había convertido en una aletargada y desvaída sombra de sí misma, como un puerto del que el mar se hubiera retraído. Una pequeña guarnición aún vigilaba la Muralla-Escudo, pero la ciudad se usaba fundamentalmente como una base donde los ejércitos y los convoyes de suministros se detenían en su camino hacia el oeste, hacia los nuevos campos de batalla en la línea del frente.

En el valle que había tras ella, a lo largo de las agradables orillas de un lago llamado Batmunkh Nor, se alzaban albergues de pescadores sobre palafitos, bonitas casas de campo de tejados puntiagudos y residencias de fin de semana de los oficiales de rango superior de la Tormenta Verde. Una de ellas, más hermosa que las demás, se encontraba en medio de un pinar, en un saliente de tierra que se adentraba en el lago. Las luces de sus ventanucos arrojaban largos reflejos en el agua y los tejados se enroscaban al llegar a las esquinas como las punteras de las babuchas de un sultán de cuento de hadas. Cualquiera lo suficientemente valiente como para asomarse entre los barrotes de sus altas verjas, coronadas en puntas de lanza, vería una curiosa colección de estatuas en los jardines y, junto al

sendero pavimentado que conducía hasta la puerta, una placa en la que se leía:

DUN RESURRECTIN'

Era el hogar de otro de los supervivientes de MEDUSA, el doctor Popjoy, antiguo miembro del Gremio de Ingenieros y, más recientemente, exdirector de los Cuerpos de Resurrección. La villa era la recompensa que la Tormenta le había concedido como pago por todos los ejércitos que le había fabricado.

\* \* \*

—Esa es la casa —dijo la stalker de Fishcake cuando el muchacho describió lo que veían mientras bajaban aquella noche por el camino de la montaña—. Cuando Sathya estaba destinada en Batmunkh Gompa, íbamos a pasear en bote por el lago y mirábamos aquella casa desde el agua. En aquella época pertenecía a un artista, un maestro calígrafo. Sathya solía decir que, cuando fuera vieja y rica, viviría en ella.

Fishcake se detuvo en la última y pronunciada curva del sendero a la orilla del lago. Tenía frío y estaba cansado. Le dolían los pies tras la larga caminata desde la ermita y, a medida que se aproximaban a las afueras de la ciudad, tenía cada vez más miedo de que alguien les diera el alto. Había insistido en hacer caminando la mayor parte del trayecto, aunque su stalker se había ofrecido a llevarlo a cuestas, porque no quería que ella pensara que era débil. Transcurridos unos cuantos kilómetros, había sentido un dolor en las corvas que ahora se había extendido por todo su cuerpo y le impedía dar un solo paso más. Era consciente de que debía alegrarse de que el viaje estuviera llegando a su fin, pero lo único que sentía era miedo.

Cuando su stalker se dio media vuelta para descubrir por qué sus pisadas se habían detenido, él dijo:

—No vayas allí.

—Pero Popjoy puede arreglarme —susurró—. Y entonces seré siempre Anna.

—¡No le necesitas! —dijo Fishcake.

A él le parecía que ya estaba arreglada. Había sido Anna desde el día en que habían ascendido a Zhan Shan. Fishcake estaba empezando a intuir vagamente que la parte de ella que era Anna se fortalecía con sus recuerdos. El aleteo de los banderines, con plegarias escritas y dedicadas a sus antiguos dioses, había vuelto a despertarla, y aquellas montañas familiares y las conversaciones con Sathya la habían vuelto más fuerte que nunca. Tal vez la faceta de la stalker Fang hubiera sido destruida para siempre. ¿Por qué arriesgarse a confiar en ese tal Popjoy?

Pero estaba demasiado cansado y tembloroso como para explicarle todo eso a su stalker. Ella fue hasta él, lo cogió en brazos y dijo:

—No tengas miedo, Fishcake. El doctor Popjoy me arreglará y luego regresaremos con Sathya. Ahora, vuelve a ser mis ojos y dime: ¿ves a alguien alrededor?

No había nadie, y nadie les dio el alto mientras la stalker cargaba con él hasta la verja de Popjoy. Era tarde. Batmunkh Gompa era una resplandeciente cortina de luces dibujada en el cielo más allá del lago. Estaba nevando y los copos acariciaban el rostro de Fishcake como pequeños y gélidos dedos, como fríos dedos de fantasmas de niños.

La stalker depositó a Fishcake en el suelo y destrozó de un golpe los fuertes candados de la verja. Fishcake la empujó y la abrió, lanzando nerviosas miraditas a las ventanas iluminadas de la casa que asomaban entre los árboles al final de un largo sendero pavimentado. Su stalker le dio la mano mientras atravesaban juntos la verja y las puertas se columpiaron sobre los goznes y se cerraron tras ellos.

—Pediremos al doctor Popjoy que te dé algo de comer antes de que se ponga a trabajar en mí —le prometió.

—¿Y si no lo hace? —le preguntó Fishcake—. Trabajar en ti, quiero decir.

—Lo obligaré —susurró la stalker—. No te preocupes, Fishcake.

Fishcake volvió a mirar la casa y se metió una mano en el bolsillo para aferrar el caballito que Anna le había hecho. No quería que su stalker se

pusiera a merced de aquel ingeniero que tan siniestro parecía. Estuvo a punto de tirar de ella para llevarla de vuelta a la verja, pero ya era demasiado tarde. Al frente, en el jardín, donde las sombras tocaban los árboles, algo se movía. Las siluetas puntiagudas que le habían parecido estatuas giraron sus cabezas de repente, con los verdes ojos encendidos como llamas.

—¡Stalkers! —susurró la stalker de Fishcake al escuchar el chirrido y el siseo que hicieron al cobrar vida. Parecía asustada.

—Pero tú eres una stalker —dijo Fishcake.

—Ay, eso soy. Gracias, Fishcake. A veces se me olvida...

Lo empujó delicadamente tras de sí, lejos de donde pudieran hacerle daño, y desplegó sus garras.

La casa tenía tres centinelas: unos grandes stalkers de batalla con una pulida armadura a los que el doctor Popjoy había personalizado, añadiéndoles aletas y púas, como si fueran dinosaurios heráldicos. La luz teñía de plata sus rostros con forma de pica mientras caminaban con grandes zancadas por los jardines nevados. La stalker de Fishcake cojeó hacia ellos. La superaban en fuerza, pero ella lo hacía en inteligencia. Esquivó sus golpes torpes y secos. Sus cuchillas resplandecieron cuando las clavó en las juntas del cuello de cada stalker, uno por uno. Saltaron chispas y chorrearon fluidos. Los cuerpos decapitados se tambalearon sin rumbo, chocando entre sí y cayendo, arrastrándose y retumbando por el sendero, como bailarines de *break dance* ataviados con corazas, mientras la stalker de Fishcake regresaba a su lado. Extendió una mano hacia él y luego la retiró bruscamente para tocarse su propio rostro. Sus ojos resplandecieron, su cabeza se sacudió.

—¡No! —susurró.

—¡Anna! —sollozó Fishcake.

Se apretujó contra los fríos barrotes de la verja mientras ella luchaba consigo misma. Tuvo un espasmo y fue hacia él. Le agarró de la barbilla, le levantó la cabeza. Ya no era Anna. ¿Qué había hecho que se transformara? ¿La pelea con los otros stalkers había desconectado algún circuito en su cabeza? ¿O habría sido el propio Fishcake, al recordarle lo que era?

Fishcake se estremeció con sus propios sollozos, deseando que hubiera algún modo de hacer regresar a Anna.

—¿Qué es este lugar? —siseó ella, escuchando el viento entre los árboles, el chapoteo de las olas en la orilla—. ¿Cuánto tiempo ha estado el Error al mando?

—El doctor Popjoy —fue lo único que consiguió decir Fishcake entre lágrimas—. Vive aquí...

—¿Popjoy?

—Anna creía, ella creía...

—Creía que podría fortalecerla aún más —susurró su stalker, y dejó escapar una risa siseante.

—¿Y qué pasa con Sathya? —dijo—. ¿Qué pasa con mi caballo? Recuerda...

—Cállate.

Soltó a Fishcake y se acercó a los stalkers despedazados, que por fin habían dejado de moverse. Se inclinó y palpó el suelo hasta que encontró una de las cabezas arrancadas. Desconectó uno de los cables de su propio cráneo y lo insertó en una toma de la cabeza. Los ojos del stalker muerto volvieron a brillar de nuevo. Ella levantó la cabeza decapitada y la sostuvo frente a la suya como si fuera un farol. Cuando la hizo oscilar hacia él, Fishcake comprendió que lo estaba observando a través de sus ojos. Se preguntó si se sentiría decepcionada, después de todo el tiempo que llevaban juntos, al ver lo pequeño y frágil que era.

—Ven —fue lo único que dijo—. Iremos a ver a Popjoy, como pretendía el Error. Haré que lo expurgue de manera permanente.

Fishcake quería salir corriendo, pero, en cambio, fue con ella. No sabía qué significaba «expurgar», pero podía imaginárselo. Quería coger la mano de su stalker, con la esperanza de que su tacto, de alguna manera, trajera a Anna de vuelta, pero ella no estaba de humor: lo apartó de un manotazo y avanzó cojeando con vehemencia por delante de él, sosteniendo aún aquella cabeza siniestra.

Mientras se aproximaban a la casa, una docena de grandes aves stalker se lanzaron desde los árboles que había afuera y comenzaron a rodear a los intrusos, acercándose cada vez más y vertiendo rayos de luz a través de los

picos y las garras. Fishcake intentó ocultarse entre los pliegues de la capa mugrienta de su stalker, pero ella se limitó a levantar los brazos y susurrar a los pájaros en una especie de código de combate. Las aves se posaron en los jardines, mansas y vigilantes, esperando nuevas instrucciones.

La puerta de entrada era de madera de palofierro, ribeteada y tachonada con hierro de verdad, pero se astilló fácilmente tras un par de patadas de la pierna buena de la stalker Fang. Tras ella había un atrio con columnas, donde un mayordomo resucitado emergió de un nicho para impedirles el paso.

—¿CUÁL ES EL PROPÓSITO DE SU VISITA? —preguntó con un tono plano.

—He venido a encontrarme con mi creador —contestó la stalker Fang con su habitual y gélido susurro.

Hizo pedazos al mayordomo y dejó los restos esparcidos sobre el suelo de baldosas. Fishcake corrió tras ella cruzando el patio, atravesando otra puerta destruida y descendiendo tres escalones hasta un salón hundido, cuyas paredes estaban decoradas con suaves cortinas, e iluminado por el resplandor acaramelado de tres altos focos verticales. Un anciano bajo y calvo se levantó del sofá para preguntar a qué venía tanto escándalo. Se quedó muy quieto cuando reconoció a su visitante. El vaso que tenía en la mano se cayó al suelo y el vino que contenía se derramó sobre la alfombra.

—¡No se acerque! ¡Mis pájaros pedirán ayuda! Volarán hasta Batmunkh Gompa y...

—Tus pájaros están ahora bajo mi control, doctor Popjoy —susurró la stalker—. Son unas criaturas estúpidas, pero de cierta utilidad.

La stalker avanzó hacia él, haciendo oscilar la cabeza que llevaba en la mano extendida para que la luz de sus ojos barriera la estancia. Fishcake vislumbró cosas que se movían: insectos y animales convertidos en stalkers, un perro que tenía por cabeza la de una muchacha muerta. En una bandeja, en equilibrio sobre el reposabrazos del sillón de Popjoy, había una cuña perfecta de pastel de frutas. Fishcake la agarró y se la embutió en la boca. Dejándolo todo perdido de migas a su paso, empujó una puerta en la pared más alejada de la sala y se asomó a una especie de taller: cadáveres tumbados sobre mesas de operaciones y estanterías repletas de curiosas piezas de maquinaria.

—¡No fui yo! —lloriqueaba Popjoy, asumiendo que la stalker Fang había venido buscando venganza—. ¡No sabía que Shrike la atacaría! Fue todo obra de esa muchacha, esa tal Zero. Ahora está muerta, ¿se ha enterado? Los urbanitas la apresaron, allá por África. Naga está bastante hecho polvo, dicen: ya no sale de sus dependencias ni da órdenes. ¡Todos se sentirán aliviados cuando sepan que ha regresado! Supongo que va de camino a Tienjing, ¿verdad? ¿Para volver a hacerse con el poder? Puedo ayudarla...

—Tienjing ya no importa —susurró la stalker, acercando la cabeza muerta para mirarlo—. La Tormenta Verde ya no importa. El mundo no reverdecerá con las flotas aéreas, las armas y las disputas de los nacidos una vez.

—Por supuesto que no, por supuesto que no. —Popjoy retrocedió poco a poco hasta que tuvo la espalda pegada contra una pared y ya no pudo retroceder más. Su rostro brillaba, sudoroso, bajo la luz verde—. Entonces, ¿qué puedo hacer por usted, Su Excelencia? ¿Qué humilde servicio puede ofrecerle este insignificante nacido una vez...?

La stalker no habló inmediatamente. Movi6 la cabeza cortada, siguiendo el vuelo de una abeja resucitada alrededor de una lámpara en la mesilla. Luego, con una voz más cálida que su habitual susurro de ultratumba, dijo:

—Recuerdo cosas...

—Oh...

—Recuerdo ser Anna Fang.

—Ah, qué interesante.

Fishcake, que lo observaba todo desde detrás del sofá, se dio cuenta de que Popjoy estaba genuinamente interesado, a pesar del miedo.

—Los recuerdos a veces me superan —confesó la stalker—. Han empeorado desde que llegué a Shan Guo. A veces, es como si me convirtiera en ella...

—Entonces, el material que le instalé ha empezado a funcionar, ¡por fin! —exclamó Popjoy con aire triunfal—. El daño que sufrió debió de desconectar algo, o tal vez, durante el proceso de repararse a sí mismo, su cerebro haya hecho algún tipo de conexión que yo no pude lograr con mi precario instrumental...

—¿Cómo es posible? —exigió saber la stalker—. ¿Son recuerdos reales?

—Difícil saberlo —caviló Popjoy—. ¿Cómo se sabe si un recuerdo es real? Pero no es nada de lo que asustarse. Creo que puedo corregirlo... ¿Puedo echar un vistazo?, ¿dentro? —Golpeó su propia cabeza calva y sonrió. Un nerviosismo ansioso había reemplazado a su miedo—. Si pudiera esperar hasta la mañana, hasta que mis ayudantes de laboratorio lleguen para ayudarme con mis pequeños proyectos de jubilación...

—No. —La stalker Fang ya se dirigía al taller de Popjoy—. Nadie puede saber que estoy aquí. Lo harás ahora. El muchacho puede ayudarte.

El taller apestaba a muerte y sustancias químicas. Los estantes de las paredes contenían unos relucientes muestrarios de escalpelos y sierras para cortar hueso. Fishcake, que aún no confiaba en el anciano ingeniero, agarró un cuchillo largo de hoja fina y lo ocultó en el interior de su capa.

La stalker Fang apartó a un lado un banco lleno de trastos y se arrodilló en el suelo, bajo el chorro de luz de un globo de argón que colgaba del techo. Arrodillada, su cabeza inclinada llegaba a la altura del pecho de Popjoy. El ingeniero la rodeó, humedeciéndose los labios e incapaz de permanecer quieto.

—Tú, muchacho —espetó, extendiendo su mano hacia Fishcake sin siquiera mirarlo—. Pásame esa bandeja...

La bandeja era metálica y estaba llena de instrumentos delicados, fabricados con precisión. Repiqueteó y tintineó en las manos temblorosas de Fishcake cuando este se la pasó a Popjoy. Aquellos instrumentos dejaban a la altura del betún las toscas herramientas que él había utilizado para reparar a su stalker. Vio que el ingeniero fruncía el ceño al ver los tornillos de hierro barato con los que se había vuelto a fijar en su lugar la máscara mortuoria.

—¿Quién ha hecho estas reparaciones? Una verdadera chapuza...

—El niño lo ha hecho bien —dijo la stalker, y Fishcake se enorgulleció.

Popjoy tenía dedos de cirujano, esbeltos y habilidosos. En cuestión de medio minuto había quitado la máscara, revelando el rostro de la mujer muerta que había bajo ella. En el siguiente medio minuto liberó la parte superior de la estructura de su cráneo y la depositó sobre la mesa.



—Lámpara, chaval —dijo, y le arrancó de las manos la linternita que Fishcake le pasó por encima de la cabeza. Popjoy se asomó a aquella maraña de maquinaria y tejido neuronal preservado en el interior del cráneo de la stalker.

—A veces es solo Anna, durante días enteros —dijo Fishcake, con la esperanza de que Popjoy captara la indirecta, destruyera su faceta stalker y salvara a Anna—. Fue Anna quien quiso venir aquí, para que pudiera ayudarla. Creo que Anna Fang está atrapada en alguna parte en su interior. A veces, cuando recuerda quién es, la parte stalker se apaga...

—El fantasma en la máquina... —Popjoy lo miró y le guiñó un ojo—. Me temo que no, chaval. Nadie vuelve de la Región de las Sombras, eso ya lo sabes. —Elegió un largo y delgado catéter de la bandeja y lo insertó en uno de los surcos del cerebro. La cabeza de la stalker se elevó con una sacudida, movió sus labios resecaos y murmuró—. Stilton... Lo siento tanto. No quería hacerte daño, pero era la única manera...

—¿Anna? —preguntó Fishcake, entusiasmado.

Su rostro disecado y ciego se volvió hacia él.

—¿Fishcake?

—¡Es ella! —le dijo Fishcake a Popjoy—. ¡Manténgala ahí! ¡No la deje marchar! ¡No permita que vuelva la otra!

Popjoy estaba ocupado con sus catéteres y sus instrumentos. Ni siquiera se molestó en mirar a Fishcake.

—No has entendido nada, muchacho —le dijo—. Estos recuerdos no son una persona. Son solo un residuo que el cerebro stalker ha extraído de las neuronas muertas del huésped. Con unos dieciocho años de retraso, eso sí, pero mejor ahora que nunca...

Abajo, dentro de la cabeza de la stalker, algo emitió una chispa. El resplandor iluminó el interior de su boca, que se había abierto sola. Se agitó de nuevo, y dijo:

—Nada de trucos, Popjoy.

—¿Cómo? ¿Me cree capaz de sabotear mi mejor obra? —exclamó Popjoy, ofendido—. Solo estoy haciendo unos cuantos ajustes menores.

—¿Has encontrado al Error? ¿Los recuerdos? ¡Elimínalos!

—¡Gran Quirke, por supuesto que no!

—¡Elimínalos!

—Pero, Excelencia, son lo que la distinguen de los stalkers mecánicos, de los modelos de batalla... Son lo que la convierten en la mejor stalker de esta era, el pináculo de la tecnología de la resucitación...

Tal vez fueron las palabras de Popjoy, o quizá el deje suplicante que se apoderó de su voz, lo que captó la atención de la stalker. Asintió con cuidado y se dispuso, al menos, a escucharlo.

—Esos recuerdos siempre han estado ahí, sumergidos bajo la superficie —explicó el ingeniero—. Le otorgan niveles de experiencia y emoción que ninguno de mis otros stalkers podrá alcanzar jamás. Recientemente, y a causa de los daños infligidos por el señor Shrike, los recuerdos se han intensificado, saturando su mente consciente. Pero pronto podremos alcanzar un sano equilibrio.

—¿Qué son? —insistió la stalker—. ¿De dónde salen? ¿Por qué recuerdo ser Anna?

—En realidad, no estoy seguro —reconoció Popjoy, que cogió un par de pequeñas pinzas y retomó el trabajo—. El hecho es que el cerebro con el que la equipé no se parece a ninguno que haya visto antes. Desde luego, al de ninguno de esos burdos modelos modernos que construíamos los ingenieros londinenses, ni tampoco al del viejo señor Shrike. Es mucho más antiguo y mucho más extraño.

»Verá, cuando su amiga Sathya me llevó por primera vez a la Percha de los Bribones, hace ya muchos años, y me ordenó que le devolviera la vida a Anna Fang, tuve un pequeño ataque de pánico. Sabía que era imposible. Así que, para ganar algo de tiempo, organicé una expedición y me llevé una aeronave de la Tormenta Verde a los Desiertos de Hielo. Buscaba un yacimiento de Vieja Tecnología del que llevaba oyendo rumores desde que era un simple aprendiz en mi querida y vieja Londres. Los ingenieros habían estado buscándolo, pero nunca lo habían encontrado. Yo tuve mejor suerte. Fuimos hasta la cima del mundo, tan al norte que volvió a convertirse en el sur. Y allí, medio enterrado en las nieves de una diminuta isla helada, encontramos un complejo construido por alguna cultura olvidada que debió de florecer en la época anterior a los imperios nómadas. En la pirámide central había una docena de hombres y mujeres, muertos y

sentados en tronos de piedra. Algunos habían sido aplastados por desprendimientos del techo, o estaban recubiertos de hielo. Sin embargo, cuando entramos en su cámara, hubo unos cuantos que comenzaron a susurrarnos en idiomas que no fuimos capaces de identificar. Eran stalkers, de alguna forma, aunque no tenían coraza ni armas y, a todas luces, no habían sido creados para combatir.

—¿Y para qué, entonces? —preguntó la stalker de Fishcake.

—Creo que los construyeron para recordar —dijo Popjoy. Rebuscó un par de ojos de stalker en un cajón y comenzó a conectarlos a las cuencas vacías de su paciente—. Creo que, cuando un gran líder de su cultura moría, sus científicos-sacerdotes llevaban el cadáver a la pirámide que habían construido en la cima del mundo, conectaban una máquina a sus cabezas y los sentaban allí a recordar. Recordaban todas las cosas que habían hecho en vida, transmitían sus recuerdos a sus sucesores y contaban historias de las épocas en las que habían vivido para que jamás se olvidaran. Salvo que, por supuesto, fueron olvidadas: su cultura desapareció de la tierra y los imperios nómadas que les sucedieron tomaron una versión más tosca de la misma tecnología y la usaron para construir guerreros no muertos, como el viejo señor Shrike.

»Aquella pirámide era la única reliquia de los primeros creadores de stalkers, y me temo que mis escoltas de la Tormenta Verde la dinamitaron por miedo a que algún otro basurero pudiera toparse con el secreto. Pero en uno de los edificios más pequeños, entre un montón de parafernalia religiosa y antiguos textos sagrados irrelevantes, desenterré un cerebro de stalker prácticamente intacto. Lo llevé conmigo de regreso a la Percha de los Bribones para estudiarlo y repararlo, lo conecté a un cerebro que yo mismo había diseñado para controlar sus funciones motoras y cosas así e instalé todo el tinglado en el cadáver de la difunta Anna Fang.

La stalkerladeó la cabeza.

—Entonces, ¿soy Anna Fang? —preguntó.

—No, Excelencia —respondió Popjoy—. Usted es una máquina que tiene acceso a algunos de los recuerdos de Anna Fang. Y esos recuerdos la fortalecen. —Volvió a colocar la máscara y las piezas del cráneo y los fijó en su lugar con unos precisos tornillos a estrenar—. Usted quiere reverdecer

el mundo, es lo que más anhela. No porque esté programada para obedecer instrucciones de la Tormenta Verde, como un stalker de combate sin sesos, sino porque inconscientemente es capaz de recordar lo mucho que lo deseaba Anna Fang. Es capaz de recordar lo que los urbanitas le hicieron a ella y a su familia, y cómo se sintió cuando sucedieron esas cosas. Sus recuerdos, esos sentimientos, son lo que la mueven.

—Recuerdo morir —dijo la stalker, no con la voz vacilante de Anna, sino con su propio siseo áspero—. Recuerdo aquella noche en Batmunkh Gompa. La espada en mi corazón, tan fría y repentina, y luego a aquel dulce muchacho arrodillado sobre mí, diciendo mi nombre, y yo sin poder responderle... Lo recuerdo todo. Desconectó el cable de la cabeza stalker cortada y la arrojó a un lado. Tan pronto lo reconectó en su propio cráneo, sus nuevos ojos fueron llenándose lentamente de luz verde. —Ha llegado la hora de marcharnos.

Se levantó, se dio media vuelta, y la sonrisa de Popjoy se desvaneció.

—¡Excelencia, ahora no puede irse! Necesito hacer más pruebas y observaciones. Con su ayuda, podría crear más como usted. He pasado tantos años intentando repetir mi éxito, y lo único que he conseguido crear han sido soldados de latón y curiosidades estúpidas...

—¿Tienes una aeronave?

—Sí. Un yate, en el hangar que hay detrás de la casa. ¿Por qué?

—No soy Anna Fang —dijo la stalker con aire pensativo—. Pero estoy aquí para hacer lo que ella hubiera querido. Tendré que llevarme su nave y volar a Erdene Tezh. Allí hablaré con ODÍN.

—¡No! —dijo Popjoy—. ¡No!

—Has oído hablar de ODÍN, por lo que veo.

—Mi antiguo gremio... Pero ni siquiera ellos... Era imposible, los códigos se han perdido...

—Los códigos se han encontrado —replicó la stalker—. Estaban recogidos en el Libro de Hojalata de Anchorage. Los vi en la Nube 9. Los conservo a salvo en mi cabeza desde entonces.

—¡Es demente! Quiero decir, ODÍN... ¿No entiende el poder que tiene?

—Por supuesto. Es el poder que reverdecirá el mundo. Donde la Tormenta ha fracasado, ODÍN triunfará.

Popjoy cerró sus regordetas manos en puños, como si estuviera a punto de atacarla.

—Pero, Excelencia, ¿y si sale mal? Apenas comprendemos los mecanismos de los artilugios antiguos. ¡Recuerde MEDUSA! ODÍN sería incomparablemente más peligroso que MEDUSA...

Las garras de la stalker se deslizaron fuera de las yemas de sus dedos.

—Tu opinión es irrelevante, doctor. Ya no me eres de utilidad.

—Pero..., ¡pero usted me necesita! Sus problemas de memoria... Con el desencadenante adecuado, podrían volver a aflorar... ¡No!

La stalker Fang lo atrapó cuando intentaba escabullirse hacia la puerta.

—Gracias por tu ayuda, doctor —susurró.

Fishcake cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos, pero no consiguió aislarse por completo de los crujidos y salpicaduras que produjo la muerte de Popjoy. Cuando volvió a mirar, su stalker ya estaba aprovisionándose de cosas que había en las estanterías: trozos de circuitos, cables y alambres, los cerebros de stalkers inferiores. Las paredes del taller habían sido redecoradas con algunas franjas horizontales de un llamativo color rojo.

—Encuentra comida y agua para ti, muchacho —susurró—. Necesitaré tu ayuda cuando lleguemos a Erdene Tezh.

## 22

### Wren Natsworthy investiga

*Londres (¡¡¡!!!)*

*28 de mayo*

Siempre he creído que solo la gente engreída y pagada de sí misma escribe diarios, pero en los últimos días han pasado tantas cosas que sé que la mitad se me va a olvidar si no lo pongo por escrito. Así que le he gorroneado este cuaderno a Clytie Potts y me he prometido escribir un diario de mi estancia en Londres. Si alguna vez regresamos al Territorio de Caza, tal vez pueda convertirlo en un libro como los del profesor Pennyroyal. (¡Pero contando la verdad!).

Me cuesta creer que solo hayan pasado dos días desde que llegamos a la escombrera. Han pasado tantas cosas, he conocido a tanta gente nueva y he hecho tantos hallazgos que tengo la sensación de llevar aquí por lo menos un año.

Intentaré empezar por el principio. Tras nuestra reunión con el lord mayor, el señor Garamond y algunos de sus jóvenes guerreros llevaron a papá de regreso adonde habíamos dejado la Jenny Haniver y le hicieron trasladarla al mismo hangar secreto en el que guardan la Arqueópterix. Dicen que allí estará más segura y que los pájaros espía de la Tormenta Verde que de vez en cuando pasan volando sobre la ciudad no la verán. Pero yo creo que también es para poder tenerla vigilada: no dejan de decir que no somos prisioneros, pero es evidente que no quieren que nos fuguemos. Parece que les aterroriza que podamos contarle a alguna otra ciudad que están aquí. Resulta un tanto patético: o sea, ¿qué podrían tener ellos de valor para que otra ciudad cruzara cientos de kilómetros de territorio de la Tormenta e intentara comérselos?

Luego, tras cenar en la cantina común, nos trajeron a los tres a esta casa, que se supone que será nuestro hogar mientras estemos en Londres. Digo casa, pero en realidad no es más que una especie de cabaña: un montón de planchas de metal antiguo clavadas y soldadas entre sí, en la base de uno de los viejos cuadros de freno que

sostiene el tejado de Crouch End. Hay verjas de alambre en los huecos de las ventanas, pero no sé si los han puesto para evitar que nos escapemos o porque en Londres no hay vidrios. Dentro hay tres habitaciones, conectadas por un montón de pasadizos serpenteantes, y el suelo está excavado para que podamos estar de pie. Es un poco húmedo, pero bastante acogedor, y también está bastante cerca de la salida de Crouch End, así que por la tarde tenemos una media hora de sol, más o menos, que es muy agradable. Papá tiene la habitación más grande, Wolf está en la que queda al lado y yo he elegido para mí una cámara semicircular en el fondo. Una de las paredes está hecha con un anuncio viejo, impreso en una placa de hojalata («Pasta Pegarrápida. ¡No acepte imitaciones!») y tengo una ventana por la que entra un poquito de sol, y algunas noches, la luz de la luna.

Pensaba que Wolf iba a intentar escaparse o algo así, pero de momento parece bastante satisfecho y muy interesado en este pequeño mundo que los londinenses han construido para sí. Es una persona extraña. Cuesta adivinar lo que piensa.

Papá, por supuesto, simplemente se alegra de haber vuelto a casa. Yo tenía esperanzas de que encontrara el verdadero amor con Clytie Potts, pero resulta que está casada (con un ingeniero que se llama Lurpak Flint, el piloto de su nave, así que no solo es Clytie Potts y Cruwys Morchard, sino que también es Clytie Flint. Nunca había conocido a una mujer con tantos nombres).

*29 de mayo*

Creo que me gusta Londres. Es divertido. Viajar tan lejos para acabar en un sitio muy parecido a Anchorage-in-Vineland. Es secreto, y está oculto, y es tan pequeño que todo el mundo se conoce, lo que es al mismo tiempo bueno y malo. A veces siento que me muero de ganas de volver a los Caminos de las Aves, pero otras desearía ser londinense como ellos. Y es bonito. Nunca habría pensado que pudiera haber belleza en un gran montón de escombros destrozados, pero la hay. En todas las grietas y en las extensiones de tierra abierta crecen árboles y helechos, y también en cualquier recoveco en el que haya abono entre las ruinas. Aquí los pájaros cantan y los insectos zumban. Angie dice que dentro de un mes los montículos de chatarra sobre Crouch End se pondrán rosas, cuando florezcan las dedaleras.

Angie es mi mejor amiga. (Su nombre es un diminutivo de Ford Anglia. Su padre, Len Peabody, les ha puesto a todos sus hijos nombres de antiguos coches terrestres de Vieja Tecnología). Es divertida y sensata, una buena combinación, y me recuerda a un tejón, o a un topo, o a una criatura pequeña, corpulenta y ligeramente peluda, siempre atareada con algo. Conoce toda la escombrera porque sale a patrullar con la milicia de Garamond para vigilar a los posibles intrusos y a la Tormenta Verde. Todos los jóvenes londinenses están siempre de patrulla, o cazando, o buscando material reutilizable en las puntas más alejadas de las ruinas.

Supongo que el Comité de Emergencia considera que es una buena manera de utilizar la energía de los adolescentes. Me gustaría ir con ellos y gastar un poco de la mía, pero Garamond dice que no puedo porque todavía no confía en mí. ¡Menudo quisquilloso está hecho ese hombre! Dice que yo y Wolf (¿o se dice Wolf y yo?) tenemos que pasarnos el día ayudando a los mayores a escarbar los huertos de hortalizas, o escuchando a papá hablar de historia con el señor Pomeroy.

*2 de junio*

A pesar de lo amables que son, estoy empezando a convencerme de que los londinenses nos ocultan algo. Wolf lleva diciéndolo desde el principio, pero yo pensaba que estaba equivocado. Ahora empiezo a creerlo. Son solo detallitos: la forma en que nos mira la gente o la manera en que la doctora Childermass mandaba callar sin parar a Len Peabody durante aquella primera mañana. ¿Qué temía que nos contara? A veces, cuando papá, Wolf y yo entramos en la cantina común que hay en el centro de Crouch End, donde come todo el mundo, la gente que está enfrascada en alguna conversación se calla de repente y se pone a hablar del tiempo. Y cuando papá le preguntó a Clytie Potts por qué ha estado haciendo acopio de bobinas Kliest y otras piezas de tecnología del Imperio eléctrico, se puso roja como un tomate y cambió de tema.

Anoche volví a escuchar voces afuera mientras intentaba conciliar el sueño, así que me acerqué a la ventana y aparté la cortina (que en realidad no es más que un trozo de saco), y ¿qué crees que vi? ¡Ingenieros! ¡Lavinia Childermass y media docena más! Estaban saliendo de Crouch End y siguiendo una vía que lleva al este por una escarpada cadena de desechos. ¿Adónde iban? Tenía pinta de ser algo mucho más calculado que una caminata casual a la luz de la luna. ¿Lo hacen todas las noches? Igual por eso no vemos a ninguno de los ingenieros durante el día. ¡Deben de estar recuperando el sueño!

Bueno, siempre he soñado con ser una valiente niña detective, como Milly Crisp en esos libros que solía leer cuando era pequeña. Así que esta tarde me he ido por mi cuenta a dar una vuelta por el camino por el que los ingenieros se fueron anoche. Desde lo alto de la cadena se lo ve serpentear a través de la escombrera durante casi un kilómetro hacia un trozo de ruina enorme con forma de plataforma que tiene pinta de pertenecer a una sección de la Entraña de Londres.

No había nadie, pero algo resplandeció en uno de los agujeros o ventanucos que hay en un lateral de ese gran trozo de chatarra. Entonces, de repente, escuché pisadas a mis espaldas, y era el señor Garamond acompañado por un par de sus jóvenes guerrilleros favoritos, el hermano de Angie, Saab, y una chica que se llama Cat Luperini. «¿Qué estás haciendo aquí?», me gritó, morado de rabia, casi



tan cabreado y feo como solía ponerse mamá. Intenté explicarle que solo tenía ganas de estirar las piernas, pero no se lo tragó. «¡Estás en el límite de una zona peligrosa!», me gritó, y Cat me agarró y me condujo de vuelta a Crouch End. Saab se agachó para quedar a mi altura y me dijo: «No deberías merodear por ahí, Wren. Esta parte de la escombrera es peligrosa. No queremos que te achicharre un trasgo».

La verdad es que fue bastante simpático. Me cae bien Saab. Pero si tan peligrosa es esa zona de las ruinas, ¿por qué hay un sendero tan bien definido que lo cruza justo por el centro?

Después hablé sobre algunas de estas cosas con Wolf. Él ni siquiera cree que existan los trasgos. Cuando le recordé el que estuvo a punto de freírnos durante nuestro primer día aquí, se rio y dijo que había sido «extraordinariamente oportuno». Él piensa que los trasgos son una especie de truco que los ingenieros se han sacado de la manga para mantener a la gente alejada de las ruinas. Lo que dice tiene sentido, ¿no? O sea, si han sido capaces de fabricar esas pistolas eléctricas anti-stalkers, ¿por qué no iban a poder crear también los trasgos?

Bueno, no voy a permitir que ese estúpido viejo de Garamond me desanime. Deja a un par de sus chicos de guardia afuera de nuestra cabaña por las noches por miedo a que intentemos escapar y vender su pobladito estático a una depredadora, pero los guardias no creen que vayamos a hacerlo, así que por lo general se quedan hablando y luego se duermen. Esta noche, cuando todo esté en silencio, voy a escaparme a ver qué está pasando realmente en esa vieja plataforma oxidada que tienen ahí fuera.

(Si esta es la última entrada del diario, sabrás que Wolf se equivocaba con respecto a los trasgos y que uno me ha dejado más crujiente que una patata frita...).

Wren soltó el lápiz, se metió el cuaderno dentro del bolsillo de su chaqueta de aviadora y se tumbó a esperar. Escuchó la suave y regular respiración de su padre, que se colaba por los huecos de la pared de latón desde la habitación de al lado, y se preguntó qué estaría soñando. ¿Albergaría él alguna sospecha sobre los londinenses? No había dicho nada. Tan solo parecía contento de estar en casa.

En la habitación de al lado podía escuchar a Wolf moviéndose. Leves ruiditos metálicos, chasquidos y arañazos. ¿Qué estaba haciendo? Afuera, los guardias del señor Garamond conversaban entre sí en voz baja.

Wren no recordaba haberse quedado dormida, pero debió de hacerlo, porque se despertó repentinamente y descubrió que las manecillas luminosas de su reloj de pulsera marcaban las tres y media.

—¡Ay, Clio! —gruñó, rodando sobre sí misma para salir de la cama y ponerse de pie.

Se acercó a la puerta y se asomó al estrecho pasillo. Por algún motivo, se sentía inquieta. La puerta de Wolf estaba entreabierta y la luz de la luna se derramaba por ella. Se acercó y cotilleó la minúscula habitación. Su cama plegable estaba vacía. Wren corrió hacia la ventana y ahogó un grito cuando tocó la contraventana de malla metálica y esta se desprendió. Wolf se las había ingeniado para desatornillarla, y había vuelto a colocarla en su sitio después de salir por el hueco para que los centinelas no notaran nada extraño.

—¡Ay, dioses! —susurró Wren, pensando en la Jenny Haniver.

No había olvidado la vena despiadada de la naturaleza de Wolf. ¿Y si estaba escabulléndose por la escombrera para robar la Jenny? ¿Cuánto hacía que se había ido? ¿Habría sido el sonido de su partida lo que la había despertado?

Se arrastró rápidamente bajo la reja suelta y asomó la cabeza por la esquina de la cabaña. Los guardias estaban sentados en el escalón de la puerta, aburridos y somnolientos: uno ya estaba roncando y el otro ya daba cabezadas. Wren se alejó de puntillas y luego corrió entre las silenciosas chozas y cabañas hasta salir de Crouch End. Las ruinas de Londres eran un laberinto de claros de luna y profundas sombras. Al este, una silueta se recortó un momento contra el afilado horizonte de las ruinas.

¡Wolf! Wren echó a correr tras él, aliviada al menos de que no estuviera dirigiéndose hacia la Jenny. Entonces, ¿qué estaba haciendo? Supuso que husmear, igual que planeaba hacer ella. Le fastidió pensar que se le había adelantado. Ella quería descubrir los secretos de Londres por sí misma y sorprenderlo con sus descubrimientos durante el desayuno...

Así que empezó a perseguirlo por el sendero que ella misma había tomado antes. Se dijo que no había nada que temer: los londinenses eran en realidad unos blandos y, si la sorprendían, lo único que harían sería devolverla a su prisión y atornillar mejor las rejas de las ventanas. Pero no podía evitar sentirse tensa. Y, cuando una silueta salió repentinamente de entre las sombras junto al sendero y la agarró, dejó escapar un grito alto y penetrante.

Un brazo le rodeó la cintura y una mano fuerte le tapó la boca. Ella retorció la cabeza y vio el rostro de Wolf Kobold sobre ella a la luz de la luna.

—Chss —chistó suavemente. La mano de Wolf abandonó su boca, pero se entretuvo un momento en su rostro—. Wren, ¿qué estás haciendo aquí?

—Buscándote, obviamente —respondió ella con voz ligeramente temblorosa—. ¿Adónde vas?

Wolf sonrió burlonamente y la soltó. Señaló al final del sendero iluminado por la luna, hacia la enorme parcela de ruinas que se extendía frente a ellos. En algunas de las aberturas se veía un movimiento de luces oscilando como fuegos fatuos.

—¡Escucha! —le dijo él.

De entre las montañas de desechos metálicos iluminados por la luna llegaba un leve estrépito que aumentaba y disminuía de volumen para luego cesar por completo. La luz blanca resplandecía y titilaba a través de las grietas del casco.

—¿Trasgos? —preguntó Wren.

Wolf negó con una sacudida de cabeza.

—Algún tipo de maquinaria. Es el mismo sonido que escuché hace dos años.

—Los ingenieros suben aquí por la noche —susurró ella, intentando impresionarle con sus descubrimientos.

Wolf se limitó a asentir.

—Yo también los he visto. Y también he visto a la gente llevando cajas allí, cajas llenas de chatarra recuperada de la escombrera. Y a los ingenieros leyendo planos. ¿Por qué? ¿Qué están construyendo allí, Wren?

A Wren le molestó un poco que él hubiera llegado más lejos que ella en sus averiguaciones. Milly Crisp nunca había tenido una competencia como la suya. Intentó aparentar que los descubrimientos de Wolf no le sorprendían.

—Descubrámoslo, ¿te parece?

Corrieron el uno junto al otro y no tardaron en llegar a la sección de la Entraña. Era realmente inmenso, un acantilado horadado por un sinfín de cuevas en el lugar donde, una vez, los conductos y pasillos habían

conectado con el resto de Londres. Wolf se introdujo por una de ellas y se dio la vuelta para ayudar a Wren a impulsarse tras él.

—A mí me parece una especie de fábrica de la Entraña Profunda de Londres —susurró—. Da la sensación de conservarse prácticamente intacta...

Se adentraron aún más. El suelo se inclinaba en una ligera pendiente, haciendo difícil poder caminar por él. En los inestables pasillos reverberaban ruidos metálicos. Llegaron a una puerta cerrada con un candado, volvieron sobre sus pasos y subieron por un tramo de escaleras metálicas, también inclinadas. Dejaron atrás una pared donde habían trazado con una plantilla el símbolo de una rueda roja y la inscripción: «Gremio de Ingenieros de Londres: Hangar de Experimentación 14». Los pasillos más altos estaban iluminados por intermitentes haces de luz blanca y anaranjada que iba intensificándose a medida que Wren y Wolf se adentraban en el corazón del edificio. El estable y tranquilizador resplandor de las lámparas de argón brillaba a través de unas cortinas colgantes de plástico transparente.

Ahora Wren se sentía más emocionada que asustada. Dejó que su mano rozara la de Wolf y él se la agarró y estrechó para tranquilizarla mientras apartaba las cortinas. Juntos, cogidos de la mano, se asomaron a un inmenso espacio abierto en el centro del hangar.

—¡Santos dioses! —susurró Wren.

—¡Así que eso era! —dijo Wolf.

—Ponga las manos en alto, señor Kobold —dijo otra voz, muy cerca, a sus espaldas—. Usted también, señorita Natsworthy. Los dos: pongan las manos en alto y dense la vuelta muy despacio.

## 23

### El experimento Childermass

—¿Hester? —murmuró Tom, despertándose lentamente.

Había estado soñando de nuevo con el antiguo Museo de Londres, pero esta vez había sido Hester la que lo había guiado por las galerías polvorientas. En su sueño, se había alegrado de verla.

Ahora había alguien acucillado junto a su cama, zarandeándolo. Recordó que no podía ser Hester y se incorporó. Un farol lo cegó. Apartó la cabeza y vio a un par de los muchachos de Garamond en el vano de la puerta. La persona que lo había despertado era Clytie Potts.

—Ha habido un problema, Tom. Se trata de Kobold y de tu hija. Ah, bueno, están perfectamente, pero... Creo que será mejor que vengas.

Fuera, atravesando las ruinas, a la luz de la luna y por la chatarra metálica, Clytie caminaba junto a Tom, ambos rodeados por londinenses mudos, algunos de los cuales llevaban armas.

—¿Qué ha hecho Wren? —preguntó mientras los demás le apremiaban por el camino.

—Espiar —dijo Clytie—. Han encontrado a Kobold y a ella... donde no debían estar.

—¡Wren no es más que una chiquilla! —protestó Tom—. Puede que sea cotilla e ingenua, ¡pero no es ninguna espía! Además, ¿qué iba a espiar? ¿Qué es ese lugar donde la habéis encontrado?

—Es más fácil enseñártelo que explicártelo —dijo Clytie.

Tom se envolvió con fuerza en su abrigo. El frío no era lo único que le hacía tiritar. Tenía la sensación de que estaba a punto de conocer el secreto

de su ciudad. ¿Acaso Wren ya lo había descubierto por sí misma? ¿A eso se debía todo aquello? Se sintió orgulloso de su valentía, pero también preocupado por si estaba en peligro.

En el vano de una puerta abierta al pie de una muralla de ruinas los aguardaban la doctora Childermass y cinco de sus colegas ingenieros, seis cabezas calvas como una nidada de huevos.

—Señor Natsworthy —dijo la ingeniera con una débil y cansada sonrisa—. Será mejor que vea el proyecto. Sin duda, su hija y su amigo le pondrán al corriente de todas maneras. Es decir, si conseguimos disuadir a nuestros colegas más exaltados de que les peguen un tiro.



Subió por una escalera, atravesó una cortina de plástico y salió a un estrecho mirador metálico donde Garamond y su pandilla rodeaban a Wren y Wolf Kobold. Habían obligado a ambos a arrodillarse y les habían atado las manos.

—Ay, no sea imbécil, señor Garamond —dijo la doctora Childermass.

—¡Estaban en una zona restringida! ¡Espionando! —se quejó Garamond.

—Solo porque usted les ha permitido entrar aquí —rebatía la ingeniera—. En serio, Garamond, sus ayudantes son terriblemente vagos. Ahora, suéltelos.

Garamond y sus jóvenes acólitos liberaron de mala gana a sus prisioneros y les permitieron levantarse. Tom corrió a abrazar a Wren con la intención de regañarla por haber sido tan necia, pero cuando llegó a su lado y se fijó en lo que había debajo, ocupando todo el hangar, la sorpresa dejó su cabeza vacía de palabras.

Era una ciudad. No una ciudad grande, ni tampoco demasiado elegante (faltaban la mayoría de los edificios de la plataforma superior y no tenía ruedas ni cadenas tractoras), pero era una ciudad, al fin y al cabo. No tenía mandíbulas, pero, por lo demás, a Tom le pareció que seguía el esquema básico de un suburbio londinense, una de esas pequeñas poblaciones como

Tunbridge Wheels o Crawley que Londres había construido para asimilar la superpoblación durante la época dorada del darwinismo municipal.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó Clytie, bajando los ojos para mirar con asombro y cariño a aquella ciudad aún por terminar.

—El fruto de muchos muchos años de duro trabajo, ahora cerca de su conclusión —dijo la doctora Childermass.

En alguna parte bajo la población había una enorme sierra en funcionamiento que reposaba en una grúa de soportes oxidados. Una lluvia de chispas se dispersó por el suelo del hangar como si fueran bulliciosas luciérnagas.

—¿Ustedes han construido eso? —preguntó Tom, soltando a Wren y acercándose al borde de la plataforma. Se agarró al agujereado metal de la barandilla para convencerse de que no estaba soñando.

—No todo —reconoció la ingeniera—. El chasis y la mayor parte de la estructura ya estaban aquí. Mi departamento había empezado a trabajar en este proyecto mucho antes del incidente de MEDUSA. Afortunadamente, este hangar de experimentación estaba lo suficientemente enterrado en la Entraña como para sobrevivir sin sufrir demasiados daños.

—Pero ¿por qué yo no sabía que existía? —preguntó Tom—. Es decir, si Londres estaba construyendo de cero un nuevo suburbio, sin duda la noticia se habría extendido.

—Era secreto. —La doctora Childermass se encogió de hombros—. Mi gremio era muy amante del secretismo. De todas maneras, esta población pretendía ser únicamente un prototipo. Suburbio Experimental L/M 1, esa era su denominación oficial. Lo diseñamos en respuesta a los problemas de Londres, pero a Magnus Crome nunca le terminó de gustar. Él opinaba que MEDUSA era una solución mejor y fue retirándole recursos gradualmente a mi departamento de investigación de Levmag para destinarlos a MEDUSA. Ahora, los que conseguimos sobrevivir al fallo de MEDUSA hemos podido retomar el trabajo. Este proyecto ya no es solo de los ingenieros, Tom. Toda la población de Londres ha colaborado en él.

—Y, por favor, no pienses en él como un suburbio —dijo Clytie—. Puede que sea pequeño, pero para los londinenses es una ciudad. Nuestra

nueva ciudad. Pronto podremos subir a bordo para dejar atrás esta escombrera para siempre.

Tom bajó la mirada hacia las diminutas siluetas de los londinenses, que trepaban por su nueva ciudad extendiendo cables, soldando vigas, trazando la forma de las calles y los edificios sobre las plataformas vacías.

—Pero no tiene ruedas —señaló Wren.

—Veo que desconoces lo que significa «Levmag», querida —dijo la doctora Childermass.

—Es un nombre en clave, ¿verdad? —preguntó Tom, que también lo desconocía.

—Oh, no —dijo la doctora Childermass—. «Levmag» es solo la abreviatura de «levitación magnética».

—¡Así que flota! —dijo Wolf. Bajó la vista hacia la nueva ciudad, embelesado—. Como un gigantesco aerodeslizador...

La doctora Childermass le dedicó un asentimiento cargado de dignidad, complacida de que al menos uno de los miembros de su audiencia pudiera seguirla.

—Más silenciosa que un aerodeslizador, *Herr* Kobold, y mucho menos necesitada de combustible. Es más bien como una gran aeronave de vuelo rasante. ¿Ven esos discos plateados que hay dispuestos a lo largo de los laterales y la base?

Tom, Wren y Wolf asintieron a la vez. Era imposible no verlos: unos sucios espejos metálicos de quince metros de diámetro acoplados sobre eslabones giratorios, como las vainas de los motores de una aeronave.

—Eso es lo que yo llamo «repulsores magnéticos». Cuando estén cargados, la ciudad entera podrá surcar las corrientes del campo magnético de la Tierra. Quedará suspendida a unos cuantos metros del suelo (o del agua; en realidad, no hay ninguna diferencia). Los pequeños prototipos que hemos probado han funcionado espléndidamente. Lo único que tenemos que hacer ahora es terminar el motor electromagnético que alimenta los repulsores...

—¡Las bobinas Kliest! —exclamó Wren, cual intrépida niña detective haciendo una deducción brillante.



—Sí —reconoció la doctora Childermass—. Teníamos problemas para generar la cantidad de energía suficiente. Entonces, el señor Pomeroy me habló del trabajo del doctor Kliest con máquinas del Imperio eléctrico e inmediatamente deduje que algo así era lo que nosotros necesitábamos. Clytie ha conseguido adquirir varias docenas, así como los materiales que necesitamos para fabricar bobinas nuevas.

Wren miró a Wolf y lo vio agarrado a la barandilla, con la vista fija en la población y los ojos enormes y resplandecientes de alguien a quien se le ha revelado una visión de futuro.

—Así que ahora entenderéis por qué estamos tan nerviosos con el asunto de los espías —dijo Clytie Potts—. Nos ha llevado casi veinte años construir Nueva Londres. No nos gustaría que las noticias de su existencia llegasen a oídos de un poblado basurero ahora que estamos tan cerca de terminarla...

—¡Nueva Londres! —dijo Tom en voz baja—. Por supuesto... —No se podía ir por ahí llamando a un lugar Suburbio Experimental L/M 1 para siempre, y mucho menos si se pretendía vivir allí y transportar la cultura y los recuerdos de la ciudad que la había precedido a nuevos territorios. Nueva Londres—. ¡Yo os ayudaré! —dijo—. O sea, si os soy de utilidad. No puedo estar aquí sin hacer nada, comiendo de vuestra comida e importunándoos, mientras vosotros lo hacéis todo. Yo soy londinense. Y tengo tantas ganas de volver a ver Londres en movimiento como cualquiera de vosotros. No soy ingeniero, pero he conseguido mantener la Jenny Haniver bastante a punto, y en Anchorage ayudé al señor Scabious a construir el sistema hidroeléctrico. Me quedaré aquí y ayudaré... Eso, si a Wren no le importa.

—Claro que no —dijo Wren, y Tom se dio cuenta de que Nueva Londres la había dejado tan impresionada como a él—. Y espero que el señor Kobold también quiera ayudar —dijo, volviéndose para incluir a su compañero en la conversación.

Pero Wolf Kobold ya no estaba. Mientras todo el mundo estaba ocupado escuchando a la doctora Childermass y contemplando Nueva Londres, él se había escabullido sin hacer ruido.

Garamond se quedó blanco como un fantasma y empezó a gritar no sé qué sobre asegurar el perímetro y organizar partidas de búsqueda. La doctora Childermass clavó los ojos en él.

—¿Ve usted? —le dijo—. Inútil.



La noticia de la fuga de Wolf corrió más que Tom y Wren. Cuando llegaron a Crouch End descubrieron que ya se habían organizado partidas de búsqueda, armadas con palancas, ballestas y pistolas de rayos.

—Lo atraparemos —prometió Angie Peabody, abrochándose un carcaj lleno de flechas de ballesta—. No venderá Nueva Londres a ningún suburbio pirata.

—Eh, ten cuidado —le advirtió Wren—. Es peligroso.

—Nosotros somos docenas y tu amigo solo es uno, señorita Natsworthy —espetó el señor Garamond—. Además, conocemos la escombrera mucho mejor que él. Es Kobold quien está en peligro, no nosotros. ¡Vamos todo el mundo! ¡Moveos!

—Iremos con ustedes —dijo Tom.

—Me temo que no, señor Natsworthy. Por lo que a mí respecta, usted y su hija son cómplices de Kobold. Se quedan aquí.

—Sandeces, Garamond —intervino Chudleigh Pomeroy, que salió de su cabaña en camisón y con un gorrito de dormir—. Tom y Wren tienen tanto que perder como nosotros. Probablemente, Kobold planea escapar a bordo de su aeronave.

Wren abrazó a su padre.

—Tú te quedas aquí, papi —le dijo.

Cogiendo un farol, corrió con Angie y su hermano Saab. Tom los vio marchar, con las lámparas oscilando, y desaparecer entre las lomas de chatarra, con el señor Garamond vociferando órdenes que pretendían sonar militares, pero que le hacían parecer más bien un profesor histérico a cargo de una excursión escolar.

—¡A paso ligero! ¡Por parejas! ¡Cuidado con dónde apuntas esa pistola de rayos, Spandex Thrale!

Desperdigándose entre los escombros, la partida de búsqueda se alejó de Crouch End, barriendo cada sendero y grieta de las oxidadas colinas en busca de Wolf.

—No puede haber ido lejos —escuchó Wren que susurraban los demás.

*Sí que puede, pensó ella. Es un soldado. Fue capaz de volver a Harrowbarrow antes, atravesando cientos de kilómetros del territorio de la Tormenta. Ocultarse de nosotros en un laberinto del tamaño de Londres no le resultará difícil.*

Al menos, no había llegado todavía al hangar de las naves. La Jenny y la Arqueópterix estaban donde las habían dejado, intactas. Garamond ordenó a gritos a Saab y a unos cuantos más que reforzaran la vigilancia de las naves, y las partidas de búsqueda siguieron avanzando.

—Es inútil —dijo Wren con tristeza mientras Angie y ella se alejaban del hangar por el mismo estrecho sendero por el que había llegado el primer día—. Podría estar en cualquier sitio. Se le da bien esconderse. Todo su suburbio vive de esconderse.

—¡Uf! —resopló Angie.

A Wren le pareció una respuesta extraña. Se dio media vuelta hacia su amiga y, por segunda vez aquella noche, se encontró inesperadamente cara a cara con Wolf Kobold.

—¡Me has encontrado, Wren! —exclamó él alegremente—. Ahora te toca a ti esconderte.

Pasó por encima de Angie, que yacía a sus pies, inconsciente a causa de un golpe recibido por la espalda con un objeto pesado (no es que hubiera escasez de instrumentos contundentes en la escombrera, precisamente). Wren abrió la boca para gritar y pedir ayuda, pero, antes de poder emitir ningún sonido, Wolf se incorporó de nuevo y la apuntó con la ballesta de Angie.

Wren no estaba segura de si debía levantar las manos o no. Balanceó los brazos a su alrededor, insegura, preguntándose si Angie estaría viva o muerta.

—¡Nunca conseguirás huir! —dijo—. Hay centinelas armados con pistolas de rayos en el hangar de las naves.

—No necesito una nave, Wren —dijo Wolf riendo—. Al principio pensaba que el secreto de los ingenieros tal vez fuera algo que pudiera sacar de aquí a bordo de vuestra Jenny Haniver, pero ahora veo lo equivocado que estaba... —Sin dejar de apuntarla con la ballesta, empezó a desabrochar el arnés de Angie, del que colgaba su carcaj de flechas y su cantimplora de agua—. Mira, ya tengo lo que necesito para una caminata por la Región Exterior. Montaré en uno de esos prácticos trenes stalker. Hausdorfer tendrá a Harrowbarrow esperándome justo al otro lado de la línea. —Sonrió a Wren y extendió una mano hacia ella—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Qué?

—Desperdicias tu potencial con la vida que llevas, Wren. Siguiendo los pasos de tu padre por el mundo. ¿Cuánto tiempo más piensa tenerte aquí atrapada, de criada de estos carroñeros? Ven a Harrowbarrow conmigo.

—¿Para ver cómo devoráis Nueva Londres? —preguntó Wren—. Me parece que no.

—Pues cambia de parecer. Es un desperdicio que la nueva tecnología desarrollada por esa ingeniera esté en manos de estos londinenses. ¡Idiotas bienintencionados! Ni siquiera le han puesto mandíbulas a su nueva ciudad. Pienso apoderarme de ella y usarla para convertir Harrowbarrow en la depredadora más poderosa de la Tierra. Una depredadora voladora provista de armas eléctricas. ¡Imagínatelo!

Wren se lo imaginaba. Y no le gustaba.

Wolf volvió a reír y le lanzó un beso mientras se daba media vuelta.

—Siempre habrá sitio para ti en mi ayuntamiento, Wren —le dijo.

Wren se acucilló sobre Angie. La muchacha gruñó cuando le tocó la cara. Esperaba que eso fuera buena señal.

—¡Socorro! —gritó lo más alto que pudo—. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Está allí! ¡Por allí!

Vinieron corriendo Saab, Garamond y Cat Luperini. Alguien con más nociones médicas que Wren se inclinó sobre Angie y declaró: «Se pondrá bien».

Pero no había ni rastro de Wolf. Y, aunque los demás siguieron buscándolo hasta que el cielo sobre las ruinas se tornó gris con la mañana, no volvieron a verlo. Se había desvanecido, como si no fuera más que otro de los fantasmas de Londres.

## SEGUNDA PARTE

## 24

### Mánchester

El estruendo y el temblor que hicieron las abrazaderas de amarre al engancharse a la nave sacaron a Enone de sus sueños de una sacudida. Enone intentó volver a dormirse, pero el dolor sordo y hambriento en su vientre seguía incomodándola, así que se despertó, aturdida. Había soñado con su hogar, las islas de Aleutia: piedra gris, cielo gris y un invernal mar gris, ella y su hermano Eno correteando colina abajo en medio de un frío intenso. Las imágenes se desvanecieron rápidamente en el calor sofocante de la bodega del Caramelo de Menta.

Era por la mañana. El sol recién salido se colaba por las rendijas de la cubierta del Caramelo de Menta. Enone estaba hecha un ovillo en el suelo de una jaula de malla de alambre, rodeada de contenedores y cajas llenos de objetos sospechosos y excedentes de mercancías con las que Napster Varley debía de haber esperado hacer fortuna alguna vez. En la jaula no había colchón y Enone estaba tan agarrotada de dormir sobre la dura cubierta que apenas podía moverse. Se quedó allí tumbada un rato, preguntándose qué era lo que hacía que aquella mañana su prisión pareciera distinta. Entonces se dio cuenta. El traqueteo de los motores que había estado perforándole los oídos desde Cutler's Gulp había cesado.

Escuchaba voces abajo, en la góndola. Varley estaba gritándole a su esposa, como de costumbre. Y, como de costumbre, el bebé estaba llorando. Enone nunca había conocido un bebé que llorara tanto como Napster Junior.

Bebió agua de una jarra de hojalata que Varley le había dejado, alivió la vejiga en un agrietado orinal esmaltado y recitó sus oraciones matutinas.

Para cuando hubo terminado, abajo, todo parecía estar en silencio. Aguardó, temerosa, a ver qué pasaba a continuación.

Para su alivio, no fue Varley quien apareció por la escotilla, sino su esposa. La señora Varley no era exactamente amable con la prisionera de la jaula, pero lo era más que su marido. La señora Varley era una muchacha oronda y pecosa, con una rebelde mata de cabello pelirrojo y unos ojos asustadizos, uno de los cuales estaba cerrado ahora mismo a causa de la hinchazón y bordeado de cardenales amarillentos. Varley la había comprado en alguna parte y no había resultado ser tan buena mujer como esperaba. La maltrataba, y Enone a menudo había escuchado sus gritos y sollozos resonando en el interior de la nave. Había llegado a sentir una especie de camaradería con aquella exhausta joven, como si ambas compartieran prisión.

—Napster me ha dicho que te dé de desayunar —dijo entonces la señora Varley con su vocecilla temblorosa, al tiempo que empujaba entre los barrotes un cuenco con pan y media manzana.

Enone empezó a meterse la comida en la boca con ambas manos. Se sentía avergonzada, pero no podía evitarlo: unas pocas semanas de cautividad la habían convertido en una salvaje, en un animal.

—¿Dónde estamos? —consiguió preguntar, entre bocados.

—Puertoaéreo —dijo la señora Varley. Miró a su alrededor con aire asustadizo, como si temiera que su marido pudiera estar acechando entre las pilas de cajas, preparado para saltar y ponerle el otro ojo morado por hablar con la mercancía. Se acercó más a la reja de alambre de la jaula—. ¡Es una ciudad que vuela!

—He oído hablar de ella...

—Y está sobre algo llamado la aglomeración de Murnau —prosiguió la señora Varley, y la emoción sacó lo mejor de su miedo—. Ahí abajo hay más ciudades de las que he visto en mi vida. Hay una ciudad de combate enorme, completamente oculta por una coraza, y también ciudades mercantes, ¡y Mánchester! ¡Napster dice que Mánchester es una de las ciudades más grandes del mundo! Lee un montón de libros, eso hace Napster. Está intentando mejorar. De todas maneras, tenemos suerte de haber llegado hoy aquí porque hay una gran reunión de alcaldes y peces



gordos, y Napster también ha bajado... A ver si alguno quiere comprarte, señorita.

Enone creía que ya se habría acostumbrado a sentirse inútil y atemorizada a esas alturas, pero cuando escuchó aquello casi vomitó de miedo. Había pasado la mitad de su vida oyendo hablar de la crueldad de los hombres que gobernaban las ciudades-tracción. Embutió las manos en la reja de alambre y aferró las faldas de la señora Varley cuando la muchacha ya daba media vuelta.

—Por favor —imploró, desesperada—. Por favor, ¿podrías sacarme de aquí? Déjame en tierra nada más. No quiero morir en una ciudad...

—Lo siento —dijo la chica (y lo sentía de verdad)—. No puedo. Napster me mataría si te dejara marchar. Ya sabes el genio que tiene. Arrojaría a mi bebé por la borda. Me dice muchas veces que va a hacerlo.

Como si las hubiera escuchado hablar, el bebé se despertó en su cuna, abajo, en la góndola, y empezó a berrear. La señora Varley liberó sus faldas de los puños de Enone de un tirón y se apresuró a salir de la bodega.

—Lo siento, señorita —le dijo, y comenzó a descender la escalera—. Tengo que irme ya...



Mánchester, que llevaba toda la primavera dirigiéndose al este, desviándose de vez en cuando para devorar alguna ciudad más pequeña, había llegado por fin a la aglomeración de Murnau la tarde anterior. Más grande e intrépida que la ciudad de combate, se aposentó como una engreída montaña a pocos kilómetros de la línea de combate. Tenía las mandíbulas entreabiertas. Oficialmente, era para que los equipos de mantenimiento pudieran limpiar sus hileras de dientes giratorios, pero daba la impresión de que tuviera intención de engullir a unas cuantas de las pequeñas ciudades mercantes que merodeaban alrededor de las faldas de Murnau.

Una a una, las otras ciudades reunieron a sus ciudadanos y empezaron a alejarse, porque eran conscientes de que la llegada de Mánchester significaba problemas, aunque no fuera a comérselas. Adlai Browne era un consabido oponente de la tregua y la mayoría de las ciudades de la *Traktion stadts-gesellschaft* estaban en deuda con él. Había invertido una gran cantidad de dinero en su guerra contra la Tormenta y ahora quería obtener algo a cambio. Sus mensajeros, volando sobre la ciudad, habían convocado a sus líderes a un consejo de guerra en el ayuntamiento de Mánchester.

Aquella mañana, a las nueve en punto, las aeronaves y los nimboyates fueron convergiendo en el nivel superior de Mánchester, procedentes de cada ciudad y suburbio de la línea. Observados a una distancia segura por educadas multitudes de mirones, los alcaldes y los *kriegsmarshals* se dirigieron al ayuntamiento, donde ocuparon sus asientos en las butacas acolchadas de la cámara del consejo y esperaron a que el lord mayor de Mánchester subiera los escalones que llevaban al púlpito del orador. Arriba en lo alto, en la cúpula del techo, unas nubes pintadas se apartaban para dejar pasar unos rayos de luz también pintados, y una corpulenta joven que supuestamente debía representar el espíritu del darwinismo municipal enarbolaba una espada, ahuyentando a los dragones de la pobreza y el antitraccionismo. Incluso ella parecía tener los ojos fijos en el podio a sus pies, como si también anhelara escuchar lo que Adlai Browne tenía que decir.

Browne se apoyó con las dos manos en el pasamanos tallado del púlpito y escrutó a su audiencia. Era un hombre achaparrado y rubicundo, cuya inmensa riqueza provocaba que estuviera perpetuamente insatisfecho con todo lo que le rodeaba. Parecía un sapo cabreado.

—Caballeros —exclamó («y damas», añadió al recordar que había varias alcaldesas entre su audiencia, así como Orla Twombley, lideresa de su propia fuerza aérea mercenaria)—. Antes de comenzar esta histórica conferencia que celebramos hoy, simplemente quiero decir lo orgulloso que estoy de haber podido traer aquí a mi ciudad, y expresar lo mucho que se aprecian en occidente vuestros largos años de lucha y sacrificio entre la gente corriente de ciudades más pacíficas.

Hubo un educado aplauso. El Kriegsmarshal Von Kobold se acercó a su vecino y murmuró:

—Lo que aprecian es nuestro dinero. Hemos pagado una fortuna a lo largo de los años por todas las armas y la munición que nos han enviado. No me extraña que Browne tema la paz...

—Bueno, soy un hombre franco —continuó Browne—, así que no mediré mis palabras. No he venido hasta aquí solo para daros una palmadita en el hombro. Estoy aquí para enderezaros un poco, para daros una patadita donde la espalda pierde su casto nombre. Para recordaros, de hecho... —calló, permitiendo que el joven que traducía sus palabras a neogermano pudiera interpretar lo que acababa de decir—. Para recordaros —continuó— ¡que la victoria está al alcance de nuestra mano! Sé lo mucho que apreciáis esta tregua, esta oportunidad de volver a abrir vuestras ciudades al cielo y disfrutar de unos cuantos meses de paz. Pero nosotros, que moramos un poco más lejos de los frentes de batalla y luchamos contra la Tormenta Verde a nuestra propia manera, tal vez estemos más capacitados para ver algunas cosas que a vosotros se os pasan por alto. Y lo que vemos ahora mismo es una oportunidad de erradicar para siempre la amenaza del antitraccionismo de la faz de la Tierra. ¡Y es una oportunidad que debemos aprovechar!

Hubo otra salva de aplausos. Dio la sensación de que el alcalde Browne se quedaba con ganas de más, pero lo agradeció de todas maneras, volviéndose para comprobar quiénes eran sus partidarios: Von Neumann, de Winterthur; Dekker-Stahl, de la Conurbación de Dortmund, y unas cuantas docenas de alcaldes curtidos en la batalla de suburbios-tanque. Hizo un gesto para pedir silencio antes de que el aplauso se disipara *motu proprio*.

—Algunos pensaréis que mis palabras son un atrevimiento —reconoció—, pero Mánchester tiene agentes infiltrados en los territorios de la Tormenta Verde y llevan semanas repitiéndonos lo mismo. El general Naga es una fuerza apagada. Esa palomita aleutiana de la que se enamoró está muerta y el viejo idiota ha perdido las ganas de vivir, o de luchar, o de hacer cualquier cosa que no sea sentarse a solas en su palacio y clamar contra los dioses por habérsela arrebatado. Y sin Naga, la Tormenta no tiene líder. Caballeros, este (ah, y también señoras) es el momento de atacar.

Más aplausos, más intensos esta vez. Varias voces exclamaron: «¡Bien dicho, Browne!» y «Estaremos todos en Tienjing para el Festiluna».

El Kriegsmarshal Von Kobold ya había oído suficiente. Se incorporó y gritó con el mejor rugido militar que reservaba para la plaza de armas:

—¡No sería honorable, *Herr* Browne! ¡No sería honorable aprovecharse del luto de Naga de esa manera! Nosotros, aquí en la línea, conocemos de primera mano el precio real de la guerra. Y no es solo dinero, ¡son vidas! Y no solo son vidas, ¡son almas! Nuestros propios hijos se están convirtiendo en salvajes enamorados de la guerra. ¡Debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para que esta paz perdure!

Unos cuantos lo vitorearon, pero muchos más le gritaron que se callara, que se sentara y dejara de clamar barbaridades derrotistas propias de los *mossies*. Von Kobold no era consciente de que tantos de sus camaradas estuvieran dispuestos a escuchar el discurso belicista de Browne. ¿Acaso aquellos pocos meses de paz habían sido suficientes para que olvidaran cómo era la guerra? ¿De verdad creían que habría vencedores si retomaban la lucha? ¡Eran tan terribles como Wolf! Se encendió al pensar en él, sintiéndose indignado, acalorado y estúpido. Hasta sus propios oficiales del Estado Mayor parecían avergonzados por su arrebato. Empezó a abrirse camino entre la hilera de asientos hacia la salida más cercana.

—Caballero —estaba diciendo Adlai Browne—, lo que espero que podamos acordar hoy no es tanto un plan de batalla, sino más bien un menú. Los territorios de la Tormenta Verde se extienden frente a nosotros defendidos por un ejército agotado y mal armado. Ciudades estáticas enteras, como Batmunkh Gompa y Tienjing, incontables fortalezas y depósitos de minerales que la escoria bárbara se ha negado a explotar, todos aguardando a ser devorados. La única verdadera pregunta que deberíamos hacernos es cómo repartirnos el botín, qué ciudad deberíamos comernos en primer lugar.

Asqueado, el anciano Kriegsmarshal salió a empujones de la cámara del consejo. El ruido de los vítores, los abucheos y las furiosas discusiones lo persiguieron por los pasillos de la Casa Consistorial hasta el parque que había afuera, pero al menos allí el aire no estaba viciado y la brisa era fresca. Descendió los escalones a la carrera y se agachó para pasar bajo las

barreras de seguridad que la gente de Browne había levantado para mantener alejados a los mirones. La multitud ya se había dispersado, salvo por unos cuantos que hacían pícnic en los jardines. Había gorritos de papel y pancartas desperdigados entre los pétalos caídos sobre los senderos metálicos. Un periódico desechado con el retrato de Nimrod Pennyroyal en primera plana pasó volando junto a él. ¡*Ridículo!*, pensó Von Kobold. El mundo entero estaba volviendo al caos y lo único que le interesaba a los periódicos era el último cotilleo sobre ese tipejo escritor...

Avanzó a grandes zancadas hasta un mirador. De pie contra la barandilla, inspiró hondo y miró al este, hacia las murallas blindadas de su propia ciudad, y luego más al este, hacia tierra de nadie. Habían pasado tres semanas desde que Wolf partiera de Murnau. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? ¿Dónde estaba aquel horrible suburbio suyo? ¿Qué sería de él si la guerra comenzaba de nuevo?

—¿Von Kobold? —preguntó alguien a poca distancia de su espalda—. ¿Kriegsmarshal Von Kobold?

Se dio media vuelta y vio a un extraño impertinente, excesivamente arreglado con unos bigotes pelirrojos. El joven parecía ligeramente desquiciado. Kobold casi se arrepintió de haber dejado a sus oficiales del Estado Mayor en la Casa Consistorial. Pero no iba a permitir que aquel canijo fisgón lo atemorizara, así que se concentró en él y respondió:

—Yo soy Von Kobold.

—Varley. —El extraño extendió su mano, y no se le ocurrió ninguna buena excusa para no estrechársela—. Napster Varley —dijo el hombre sonriéndolo ampliamente. Un diente de oro brilló con un parpadeo, como un heliógrafo—. Me he dejado caer por aquí con la esperanza de poder hablar en su pequeña conferencia, pero no me han dejado entrar. Así que estaba deambulando por aquí, esperando a que todo terminara para poder enganchar a alguno de los participantes cuando volvieran a sus aeronaves, y he visto que usted andaba por aquí. Menudo golpe de suerte, ¿no le parece?

—¿Me lo tendría que parecer?

—¡Oh, sí que lo tendría, *Herr* Kobold! —«*Jerr* Kobold»: su pronunciación hizo que el Kriegsmarshal hiciera una mueca de dolor—. Verá, señor, me dedico al tráfico aéreo. Soy un marchante de curiosidades.

Y «curioso» es el adjetivo adecuado para describir un artículo que llevo a bordo de mi nave, señor, esperando encontrar al comprador adecuado. Así que cuando le he visto, señor, aquí, paseando por el parque, completamente solo, pues me he dicho: «Napster (he dicho), los dioses del comercio lo han enviado aquí para que puedas contarle la ganga que le está esperando ahí arriba, en Puertoaéreo».

—¿Puertoaéreo? —dijo Von Kobold, y miró a sotavento, al lugar donde la ciudad voladora flotaba sobre una neblina de contaminación procedente de las ciudades, a pocos kilómetros de allí. ¡Nadie iba a hacerle caer en la trampa de ir a un lugar como aquel! Un puerto franco, probablemente un nido de espías *mossies* y asesinos. Se apartó de Varley y comenzó a caminar de vuelta hacia la Casa Consistorial, gritando por encima de su hombro:

—Sea lo que sea lo que venda, señor Varley, no estoy interesado.

—¡Oh, sí que lo está, señor! —dijo el mercader, corriendo para alcanzarlo—. O lo estará, al menos, cuando descubra qué es. Podría ser importante, señor. Para la guerra, por ejemplo. Yo solo intento aportar mi granito de arena, señor.

Von Kobold se detuvo, preguntándose de qué diantres estaría hablando aquel hombre. De la Región Exterior llegaban constantemente turbios basureros con piezas de Vieja Tecnología que, según decían, podían terminar con la guerra. La mayoría eran charlatanes, pero nunca se sabía...

—Si considera usted que es importante —dijo—, debería llevárselo a las autoridades. A las de aquí, en Mánchester, o a las de Murnau. Ellos sabrán qué hacer con ello.

—Ah, pero supongo que ellos no me recompensarán por las molestias, ¿verdad, señor? Y las molestias para adquirir este artículo han sido considerables, así que quiero a cambio una recompensa considerable.

—Pero si usted es un buen darwinista municipal y cree que puede ayudarnos...

—Soy lo que usted llamaría un darwinista municipal de segunda, señor —dijo Varley—, y un hombre de negocios de primera. —Se encogió de hombros y murmuró, un tanto perplejo—: ¡Fundas de cojín! ¡La idea de la abuela era buena! Nunca pensé que fuera a ser tan difícil encontrarle un comprador...

Von Kobold le dio la espalda, pero, antes de que pudiera echar a andar de nuevo, la mano del mercader se cerró alrededor de su manga como un cepo.

—¡Mire, señor! —le dijo. Estaba tendiéndole una especie de fotografía. Von Kobold, que era demasiado orgulloso como para llevar sus gafas de leer en público, no lograba distinguirla. Apartó a Varley de un empujón, pero el mercader introdujo la fotografía en el bolsillo de la pechera de su túnica y, como si le estuviera haciendo un favor, dijo—: Supongo que querrá venir a acordar el precio, señor. Encontrará mi nave en el puntal 13 del Anillo Central de Puertoaéreo. Mi nombre es Varley, señor. Y el precio de reserva es de diez mil relucientes...

—Bueno, por todos los infiernos... —empezó a decir Von Kobold, pero lo interrumpió la voz de su edecán, el capitán Eschenbach.

El joven bajaba corriendo los escalones de la Casa Consistorial y, al verlo, Varley se agachó entre unos arbustos cercanos y se escabulló a toda prisa.

—¿Estaba ese individuo importunándole, Kriegsmarshal? —le preguntó Eschenbach cuando llegó a la altura de Von Kobold.

—No. Un chiflado, nada más.

—Debería entrar, señor —le dijo el joven—. Están discutiendo planes de batalla. Decidiendo qué ciudad debe atacar qué sectores del territorio enemigo. Browne ha reclamado para Mánchester la fortaleza estática que llaman Comando Avanzado; Dortmund se quedará con todo lo que quede en la orilla oriental del mar de Khazak. No quedará nada para nosotros, señor, si no se da prisa. No queremos salir perdiendo...

—¿Salir perdiendo? —Von Kobold entrecerró los ojos y escrutó el parque en busca de Varley. No había rastro de él, a menos que estuviera a bordo de ese globo-taxi que despegaba de la plataforma al borde del nivel —. ¿Para esto ha sido todo? —preguntó—. ¿Para que hombres como Adlai Browne puedan convertir el territorio de la Tormenta en un gigantesco bufé libre? ¿Por qué no podemos dejarlos vivir en paz?

Eschenbach frunció el ceño, esforzándose por intentar entender, pero sin conseguirlo.

—Pero son *mossies*, señor.

Von Kobold comenzó a caminar hacia la Casa Consistorial.

—Pobre Naga —dijo.

Subió las escaleras, entró a luchar por los intereses de su ciudad y se olvidó por completo de la fotografía que Napster Varley le había metido en el bolsillo.



## 25

### Theo en Puertoaéreo

A última hora de la tarde, el cielo alrededor de Puertoaéreo bullía con el tráfico. Todo el mundo sabía que Adlai Browne había llevado Mánchester al este con el único propósito de retomar la guerra, y los mercaderes del aire estaban ansiosos por cerrar la mayor cantidad de tratos posible antes de despegar en busca de mercados más seguros hacia el oeste. Entre las ciudades y la población volante había un continuo ir y venir de cargueros y globos atestados de pasajeros mientras, en las alturas, los siempre vigilantes Hurones Voladores planeaban en círculos como una bandada de estorninos. Sin embargo, los aviadores de Orla Twombley tenían sus puntos de mira fijos en detectar naves de ataque de la Tormenta. No prestaron atención a la grasienta Achebe 100 que llegó inadvertida desde el oeste aquella tarde y atracó en un apeadero barato del anillo de amarre de Puertoaéreo.

Se llamaba Arquetipo Sombra. Había sido capturada por la antigua Liga mucho tiempo atrás, y reconvertida en un buque mercante. No era gran cosa, pero fue lo máximo que Hester pudo permitirse después de vender su barco de arena. Hester llevaba todo el camino desde África quejándose de las fugas de las células y de los escandalosos motores, y maldiciendo al vendedor de naves de segunda mano que le había encasquetado aquella trampa mortal. Pero Theo, que la había estado pilotando durante la mayor parte del trayecto, ya le había cogido el tranquillo a la Sombra. Para sus adentros, pensaba que era una buena nave antigua y, en el silencio de sus turnos de noche, le susurraba dulcemente, exhortándola a apresurarse:

—Vamos, solo un poquito más. Puedes hacerlo...

Y resultaba que sí había podido hacerlo: el largo viaje había terminado y la visión de todas aquellas ciudades, dispuestas en el terreno a sus pies como monstruosas piezas de ajedrez, provocó que a Theo lo invadieran la furia y el miedo. Las ciudades eran sus enemigas. Llevaban un milenio siendo enemigas de su pueblo. ¿En qué estaba pensando, presentándose en el mismísimo núcleo de aquella enorme aglomeración? No tenía esperanzas de poder rescatar a *Lady Naga* de la prisión en la que los urbanitas la hubieran enjaulado. Y ella no esperaría que lo hiciera; ella no querría que nadie muriera por su culpa...

Las abrazaderas de la Sombra repicaron al chocar contra el puntal de amarre. Theo apagó los motores y los ruidos de Puertoaéreo se colaron en el interior de la góndola: los gritos de los mercaderes y los estibadores, el repiqueteo de las cadenas, un organillero que tocaba en alguna parte, un mercader maniobrando en el puntal que había junto al suyo. Un muchacho armado con un cubo y una escobilla con un mango larguísimo vino corriendo para limpiar las lunas de la Sombra. Hester lo ahuyentó con un gesto, y un solo vistazo a la expresión furiosa de su abominable rostro bastó para que el muchacho saliera corriendo.

Hester estaba de mal humor. Tenía la esperanza de cazar al Caramelo de Menta en el aire, donde podía abordar la nave y rescatar a *Lady Naga* con facilidad. Sin embargo, aunque la Arquetipo Sombra no llevaba mercancía y disponía de cuatro motores, contra los dos del Caramelo de Menta, Hester había tardado demasiado en descubrir adónde se dirigía Napster Varley, y este había acabado llegando a Puertoaéreo antes que ellos. Sería complicado abordar el Caramelo de Menta allí, con tantos agentes portuarios, empleados de seguridad y transeúntes que tal vez interfirieran. Se dio media vuelta para mirar a Shrike, quieto como una estatua entre las sombras, en la parte trasera de la cabina de pilotaje.

—Será mejor que te escondas, cachivache —le dijo.

—PODRÍAS NECESITARME.

—Aquí no. Hay demasiados urbanitas a bordo de esta ciudad. Si te ven deambulando por ahí, podrían pensar que somos de la Tormenta Verde. Además, puede que alguien te recuerde de tu última visita, cuando redujiste

este lugar a cenizas buscándonos a Tom y a mí. Espera en la bodega: si te necesito, te llamaré.

Shrike asintió y subió por la escalerilla hasta la cubierta. Hester se tapó la cara con el pañuelo, se puso las gafas oscuras y abrió la escotilla de salida.

—¿Vienes? —le preguntó a Theo.



La taberna llamada Bolsa de Gas y Góndola había sobrevivido a todas las transformaciones de Puertoaéreo y seguía ubicada en la extensa aglomeración de cabañas ligeras que Hester recordaba de su primera visita al puerto franco. En los años transcurridos, sin embargo, el tráfico aéreo se había dividido, igual que el mundo terrestre, entre urbanitas y *mossies*, y el Bolsa de Gas y Góndola se había convertido en un antro urbanita. «Ni perros ni *mossies*», se leía en un mensaje garabateado con pintura blanca encima de la puerta. Los mercaderes que se agolpaban alrededor de sus sucias mesitas procedían de Mánchester, Dortmund y Peripatetiápolis, de zigurats a vapor nuevomayas y de ciudades barreneras antárticas. En las paredes había pósteres enmarcados y caricaturas que se burlaban de la Tormenta Verde, y la diana de dardos estaba forrada con el rostro de bronce de la stalker Fang.

Hester se detuvo frente al templo de los dioses celestiales, nada más cruzar la puerta, y suspiró irritada cuando Theo se estampó contra su espalda. Rebuscó en los bolsillos de su abrigo, encontró unos cuantos peniques y los depositó en una hucha con forma de aeronave, cuyo contenido era destinado al Fondo Benéfico de los Pilotos. Una camarera gorda iba y venía por la taberna. Les dedicó una mirada pícaro, como si pensara que Theo era el novio de Hester y que Hester se lo había montado bastante bien para lo fea que era. De repente, Hester se sintió orgullosa, como si aquello fuera cierto.

—Estamos buscando a Varley —le dijo a la mujer—. Es mercader. Acaba de llegar de África. ¿Sabes quién es?

—Estás de suerte. Está allí, junto a la ventana. Pero ten cuidado: ha vuelto de Mánchester de malas pulgas.

Al otro lado de la ventana redonda que la camarera había señalado, las nubes vespertinas resplandecían mientras el sol empezaba a ponerse, pero el joven sentado a la mesa que había junto a ella no parecía disfrutar de las vistas. Estaba leyendo un libro y de vez en cuando extendía la mano para picotear con aire desganado de un cuenco de langostas a la parrilla.

—¿Napster Varley?

—¿Quién lo pregunta? —Varley entrecerró los ojos con aire suspicaz para mirar a Hester de arriba abajo. Cerró su libro. Se titulaba *El método Dornier Lard para el regateo exitoso* y tenía una docena de páginas marcadas con trozos de papel pequeños y sucios. Cuando vio que Hester estaba leyendo el título, se apresuró a colocarlo boca abajo—. No te conozco —dijo—. ¿De qué nave eres?

—De la Arquetipo Sombra —dijo Hester.

—No me suena. —Escudriñó a Theo y le preguntó—. ¿De qué ciudad venís? ¿A qué os dedicáis?

—Venimos de... —empezó a decir Hester.

—Le he preguntado al chico —la interrumpió Varley.

Theo no era demasiado buen actor. Deseó que Wren estuviera en su lugar. Aún se acordaba de lo bien que había engañado al viejo Pennyroyal y a Nabisco Shkin con sus cuentos, allá en Brighton. Esforzándose al máximo por emularla, mintió:

—Venimos de Zanzíbar.

—Hemos oído que tienes algo que podríamos estar interesados en comprar —dijo Hester.

Varley se mostró interesado, aunque suspicaz.

—Sentaos —dijo, empujando una silla con el pie—. Coged una langosta. Entonces, ¿qué habéis oído sobre mi negocio y quién os lo ha contado?

—La Abuela Gravy —dijo Hester.

—¿Hacéis negocios con la Abuela?

—Somos viejas amigas. Me dijo que llevabas una prisionera muy importante a bordo.

—¡Chss! —bufó Varley. Se inclinó sobre la mesa y, en un nauseabundo susurro, dijo—: No hable así sobre mi mercancía, señora. No sé quién podría estar escuchando. Las autoridades de Puertoaéreo no simpatizan con el tráfico de esclavos. Si pensaran que estoy intentando vender cargamento vivo en su jurisdicción, me lo harían pagar caro.

Theo se sentía tan furioso y asqueado que habría golpeado a aquel hombre de buena gana. Aún conservaba las cicatrices y cardenales de su estancia en Cutler's Gulp y la vergüenza de su cautiverio en la Nube 9 no había llegado a desaparecer del todo: sabía demasiado bien qué significaba en realidad el aparentemente inofensivo término de «cargamento vivo».

Hester parecía impasible.

—¿Ya ha encontrado comprador?

—Inicié negociaciones con el Kriegsmarshal de Murnau hace unas pocas horas —dijo Varley con aire taimado—. Aún no se ha cerrado nada.

—Estoy interesada en comprar —dijo Hester.

Varley resopló, negó con la cabeza y volvió a sus langostas, comiendo ávidamente ahora, como si hablar de negocios le hubiera devuelto el apetito.

—No podría permitirse lo que pido —dijo con la boca llena de insectos crujientes.

—Tal vez pueda.

Varley los miró rápidamente y escupió un par de alas.

—No sois de Zanzíbar —dijo—. Puede que tu niño bonito sea guapo, pero es un pésimo mentiroso. ¿Quiénes sois?

Hester no dijo nada. Le dio a Theo una patada en el tobillo para advertirle de que también se quedara callado.

Varley sonrió burlonamente.

—¡Dioses todopoderosos! —Volvió a bajar la voz hasta reducirla a un susurro—. Sois de la Tormenta, ¿verdad? Me preguntaba si alguno de los vuestros aparecería buscándola. No os preocupéis, soy un hombre de miras amplias. Para Napster Varley, el oro es oro, ya venga de las arcas de un Traktionstadt o del tesoro de Shan Guo. Entonces, ¿en cuánto valoráis a

vuestra emperatriz? Sed conscientes de que tendréis que daros prisa. Todo el mundo dice que la guerra volverá a estallar en un día, aproximadamente. Querréis llevarla sana y salva a territorio *mossie* antes de que eso suceda, ¿no?

—¿Cuánto pides? —dijo Hester.

—Diez mil de oro. Ni uno menos.

—¿Diez mil? —Theo notó una sensación de vacío en la boca del estómago.

Por un instante, se había permitido imaginar que tal vez fuera posible rescatar a *Lady Naga* comprándola, pero... ¡diez mil de oro! ¡Varley bien podría estar pidiéndoles la luna!

—Me lo pensaré —respondió tranquilamente Hester, apartando su silla de la mesa—. Vamos, Theo.

Varley agitó una langosta en dirección a ellos.

—Hazlo, cielito. Mi nave es el Caramelo de Menta, en el puntal 13. Solo tienes que traerme el dinero y entregármelo con educación.

—Querremos ver la mercancía antes —dijo Hester.

—No hasta que yo haya visto el dinero. Y tengo a tres gorilas montando guardia, así que no se te ocurra intentar nada raro.

Afuera, en la Calle Mayor, estaban encendiendo las farolas eléctricas. Unas polillas enormes zumbaban a la luz del crepúsculo, perseguidas por intrépidos muchachos que planeaban asarlas y venderlas como sabrosos aperitivos. Un instinto maternal residual hacía que Hester diera un respingo cada vez que uno de los pilluelos se acercaba corriendo al borde de los muelles, que no estaban protegidos por barandillas. Se reprendió por ser tan blanda: aquellos chiquillos habían nacido en las alturas y eran demasiado espabilados para caerse. De todas maneras, aunque lo hicieran, las autoridades de Puertoaéreo habían desplegado redes de seguridad entre los puntales de amarre para atrapar a cualquiera que cayera por la borda.

Se apoyó contra la barandilla en la curva exterior de la calle y fingió contemplar los últimos rayos de sol que se apagaban por poniente. Pero en realidad estaba inspeccionando el puntal 13, donde estaba anclada la mole a rayas blancas y negras del Caramelo de Menta. Efectivamente, había tres

hombres deambulando por el muelle, protegiendo la única escotilla de entrada. Y eran, como Varley había prometido, bastante grandes.

—La situación lo supera —dijo Hester.

—¿A quién? —preguntó Theo—. ¿A Varley?

—¡Pues claro que a Varley! Tiene el artículo más valioso de toda su carrera y no tiene la menor idea de qué hacer con él. Le aterroriza que alguien se entere de quién es su prisionera e intente arrebátarsela, de ahí lo de contratar fuerza bruta. Pero no se atreve a ir directamente a los Traktionstadts, por miedo a que le arrebaten a *Lady Naga* sin más recompensa por las molestias que una medalla. Y cuando ha intentado negociar de manera privada, lo han mandado a paseo. Por eso ha vuelto de Mánchester «con malas pulgas». Por eso está buscando nuevas ideas en su libro. El hecho de que nosotros hayamos aparecido es una respuesta a sus plegarias. Es un aficionado, Theo.

—Pero sigue pidiendo diez mil piezas de oro.

—Se contentará con menos. La mitad, incluso.

—Aun así, seguiría siendo una cantidad de dinero enorme, ¡y nosotros no tenemos absolutamente nada! Estamos aquí para rescatar a *Lady Naga*, no para comprarla. Podemos ocuparnos fácilmente de Varley y sus tres hombres. A mí me rescataste, ¿no? Y he oído lo que hiciste en el edificio de Shkin el año pasado...

Hester apartó la mirada al recordar a los hombres que había asesinado para liberar a Tom de la torre del esclavista en Brighton y ver la expresión conmocionada de Tom, como si lo hubiera traicionado, cuando la miró después. Aquella había sido su última noche juntos.

—Esto no se trata solamente de liberar a *Lady Naga* —dijo—. Tenemos que sacarla de aquí inmediatamente, lejos de estas sofisticadas ciudades, y ponerla a salvo al otro lado de las líneas de la Tormenta Verde. Si armamos jaleo intentando sacarla de la nave de Varley, ni siquiera recorreremos un kilómetro antes de que esas máquinas voladoras nos alcancen y...

Estiró la mano y atrapó una polilla al vuelo. Después, arrojó el cuerpo espachurrado del insecto en la red de uno de los pilluelos, que dijo:

—¡Agradeció, doña!

—¿Está diciendo que deberíamos rendirnos? —preguntó Theo mientras el niño se alejaba.

Hester estaba callada, mirando al otro lado de la Calle Mayor.

—¿Señora Natsworthy?

—No —dijo en voz bastante baja. No lo miró. Toda su atención estaba fija en el hombre que acababa de salir por la puerta de un enorme y destartalado edificio llamado Hotel Empíreo. Echó el brazo hacia atrás, encontró el de Theo y le dio un alentador apretón—. No —repitió—. No vamos a rendirnos. Acabamos de encontrar a alguien que puede proporcionarnos una enorme suma de dinero.



## 26

### ¡Arruinados!

La conferencia celebrada en Mánchester se había ido eternizando a medida que los líderes de la Traktionstadtsgesellschaft trataban de forjar los detalles de su nueva ofensiva. Y «ofensiva» era el término adecuado, pensó el Kriegsmarshal Von Kobold cuando salió de la góndola de su aeroyate y regresó con paso rígido al Rathaus. Su mujer ya había puesto rumbo a París a bordo del crucero Veronica Lake, atemorizada por los rumores de una guerra inminente. No la echaba de menos. La había visto tan poco durante aquellos últimos años que sentía que ya ni siquiera la conocía. Agradecido de no tener que pasar una sola noche más con ella en su *suite* matrimonial, excesivamente recargada y perfumada para su gusto, subió las escaleras a la salita del piso superior del ayuntamiento, que había convertido en su hogar en ausencia de su esposa y de Wolf. Las paredes blancas, vacías salvo por un retrato de su hijo, hicieron que fijara su atención en las ventanas, en los murciélagos que revoloteaban, recortándose negros contra el resplandor, el cielo veteado con las estelas de las máquinas voladoras peinadas por el viento.

*Qué tarde tan apacible*, pensó el Kriegsmarshal mientras vaciaba de papeles los bolsillos de su túnica y los dejaba caer sobre su cama. A pesar de ello, por la mañana tendría que firmar las órdenes que llevarían a su ciudad de nuevo a la guerra. Las unidades volverían a llamar a filas a los jóvenes reclutas, se pondrían a punto las pistolas cañón y las aeronaves... Las mujeres y los niños ya iban de camino a otras ciudades pacíficas más al oeste. Y aquella noche se cerraría la coraza. Tal vez transcurrirían meses

antes de que pudiera volver a contemplar el cielo del atardecer desde la ventana de su dormitorio.

Colgó su túnica y usó el teléfono que había sobre el tocador para llamar a su ama de llaves e informarle de que aquella noche cenaría en su habitación. Le pidió que le mandara pan, carne fría y un vaso de cerveza. Mientras regresaba a la puerta para comprobar que no la había cerrado con llave, se fijó en un rostro que lo miraba desde el montón de papeles que había dejado sobre la cama.

Cogió la fotografía, preguntándose qué demonios estaría haciendo allí, entre las tediosas transcripciones mecanografiadas del discurso de Browne. Un rostro de mujer. Tardó un segundo en darse cuenta de que aquello era lo que Varley le había metido en el bolsillo en el parque. Con el dolor de cabeza que le habían provocado las sesiones de planificación vespertina, casi se había olvidado de aquel sórdido mercader del aire. Ahora se enfureció. ¡Y pensar que había un esclavista operando a pocos kilómetros de Murnau, una ciudad que nunca había tenido relación alguna con la esclavitud, que siempre se había honrado de liberar a los esclavos de todas las ciudades que devoraba! ¡Y pensar que Varley había creído que él, Von Kobold, podía estar interesado en comprar a aquella pobre y esquelética chiquilla que tan desdichada parecía!

Fotografía en mano, caminó a grandes zancadas hacia el teléfono, arrancó el mango del soporte con furia y exigió a gritos al sorprendido operador que le pusiera inmediatamente con su jefe de seguridad. Mientras esperaba a que el hombre respondiera, buscó a tientas sus anteojos, se los puso y observó la fotografía con mayor detenimiento. La mujer era oriental, estaba sucia y magullada, y tenía unos enormes ojos asustados. Le resultaba levemente familiar, aunque a Kobold no se le ocurría por qué. Aquella boca pequeña y vulnerable, esos dientes torcidos...

De repente, recordó dónde la había visto antes. Inteligencia le había mandado fotografías del enlace matrimonial del general Naga. La novia con sus galas rojas. Espesas cejas marrones y pómulos prominentes. Esa boca.

—¿*Herr* Kriegsmarshal? —chisporroteó el teléfono—. ¿Qué ocurre?

Kobold dudó, mirando aún la fotografía.

—Nada, Schiller —dijo en voz baja—. No tiene importancia.

Volvió a depositar el teléfono en su soporte con delicadeza. Entonces sacó una pistola del cajón del tocador, se abrochó el cinturón del que pendía su pesada espada de combate y se puso la valiosa coraza de Kevlar que su enemigo le había enviado hacía tantos años. Por lo general no usaba armadura, pero le parecía apropiado llevar puesto el regalo de Naga cuando fuera a rescatar a su esposa.

Se echó un gabán por encima y bajó corriendo las escaleras. Se cruzó con el ama de llaves, que subía por ellas con la cena.

—Disculpe, querida —le dijo—. Cambio de planes.

No obstante, cogió la cerveza y se la bebió mientras bajaba a toda prisa a su plataforma de amarre particular. El personal de tierra estaba guardando en el hangar su yate, el Die Leiden Des Jungen Werthers, para que pasara la noche a cubierto.

—No os molestéis, muchachos —les dijo, lanzando la jarra de cerveza a un lado mientras se dirigía hacia ellos por la plataforma—. Voy a usarlo esta noche.

—¿Esta noche, señor?

—No queda mucho combustible en los tanques, señor.

—No necesito mucho —dijo el Kriegsmarshal—. Solo voy a Puertoaéreo.

\* \* \*

—No hay nadie con ese nombre —dijo el recepcionista del Hotel Empíreo.

Un polvoriento globo de argón zumbaba y parpadeaba, su luz titilando sobre las harapientas alfombras y las paredes color tabaco. Las escaleras trepaban hacia las sombras.

—Bonito lugar —murmuró Theo.

Hester se inclinó sobre el mostrador de recepción. Tras el pañuelo, su perfil chato parecía duro como un puño. Theo temía que fuera a hacerle

algo horrible al insolente joven del bonete sobre la cabeza, pero se limitó a decir:

—¿Estás seguro? Nimrod Pennyroyal. Es escritor.

—Oh, sé bien quién es, señora —dijo el recepcionista con la misma sonrisa boba—. Todo el mundo ha oído hablar de Pennyroyal. Pero no tenemos a nadie alojado aquí con ese nombre.

—Acabo de verlo salir —replicó Hester—. Un hombre gordo, viejo, calvo.

—Ese era simplemente el señor Unterberg —dijo el recepcionista—. Un caballero comerciante de Murnau que se aloja en la habitación 128. Ha dicho que iba a acercarse a la oficina del puerto para... Mire, ¡aquí llega!

Hester y Theo se dieron media vuelta a la vez cuando la puerta del vestíbulo se abrió y dio paso al alboroto de la fiesta de los bares de la Calle Mayor, a unas cuantas polillas extraviadas y al hombre que estaban buscando. Se había afeitado la barba, se ocultaba los ojos tras unos anteojos tintados de azul y había cambiado las elegantes ropas que solía vestir por el desaliñado traje de raya diplomática propio de los comerciantes viajeros, pero Hester y Theo lo reconocieron de inmediato.

—¡Ay, gran Poskitt! —jadeó mientras iban a su encuentro—. ¡Ay, Clio! ¡Ay, Nora maldita!

—Nos gustaría conversar —explicó Hester.

Esperaba que gritara pidiendo auxilio, que llamara a la policía y a la milicia de Puertoaéreo. Al fin y al cabo, la última vez que se habían visto, Hester había intentado asesinarlo y lo único que la había impedido hacerlo había sido su blanda hija. Pero Pennyroyal parecía temer más al recepcionista del mostrador que a ella. Miró por encima del hombro de Hester al joven (que los contemplaba con los ojos como platos y la boca abierta de par en par) y bufó:

—¡No podemos hablar aquí!

—En tu habitación, entonces —dijo Hester.

Pennyroyal obedeció bastante dócilmente. Cogió la llave maestra que le ofrecía el asombrado recepcionista y les hizo un gesto a Theo y Hester para que lo siguieran escaleras arriba. Hester tenía la sensación de haberse

perdido algo. Nunca había conocido a nadie tan encantado de conocerse a sí mismo como Nimrod Pennyroyal. ¿Por qué fingiría ser otra persona?

La habitación 128 se encontraba en el piso más alto: techos inclinados, un grifo que goteaba en un mugriento lavamanos metálico y varias botellas de vino vacías y tiradas sobre todas las superficies lisas de la estancia. Pennyroyal se desplomó sobre una silla de mimbre que había junto a la ventana. Hester dejó pasar a Theo y cerró la puerta de una patada cuando el muchacho estuvo dentro.

—Si habéis venido buscando a Tom y Wren —gimoteó el anciano—, se marcharon hace días. Fueron al norte, por un trabajo que les encargó un tipo llamado Wolf Kobold.

—¿Tom y Wren han estado aquí? —preguntó Theo.

Aquellas inesperadas noticias sobre su familia parecieron desconcertar a Hester. Miró fijamente a Pennyroyal durante un segundo, fue a decir algo, calló, y entonces se recompuso y le espetó:

—No es a eso a lo que hemos venido. Necesitamos dinero, Pennyroyal.

Pennyroyal soltó un ladrido mordaz, como una foca con bronquitis.

—¿Dinero? ¿Habéis venido a pedirme dinero? ¡Ja! Nunca te ha gustado demasiado leer, ¿verdad, Hester? ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—¿Por qué crees que me escondo en este vertedero? —Se agachó y sacó un zarrapastroso periódico de debajo de un montón de botellas vacías y calcetines desaparejados que había bajo la cama. Lo empujó hacia Hester y Theo, y dijo con amargura—: ¿Veis? ¡Estoy arruinado! ¡Arruinado! ¡Y todo gracias a esa hija tuya!

El periódico se llamaba *El Espéculo*. Una fotografía de Pennyroyal ocupaba casi por completo la primera página. Bajo su petulante y sonriente rostro, una tipografía gruesa y negra gritaba:

**¡MENTIROSO!**

**¡EL VERDADERO NIMROD B. PENNYROYAL, DESENMASCARADO!**

**Por Sampford Spiney, nuestro corresponsal en Murnau**

**(Ver páginas 1-24)**

Theo cogió el periódico y hojeó rápidamente las primeras páginas.

—«Muchos expertos llevan tiempo sospechando que la investigación arqueológica del “profesor” Pennyroyal es sospechosa...» —leyó—. «Nunca han aparecido pruebas que sostengan el relato de las aventuras del “profesor” en América y Nuevo Maya...».

Entonces fue al final del artículo y dejó escapar un grito de sorpresa, porque allí estaba Wren. La fotografía era pequeña y se había hecho algo en el pelo desde la última vez que la había visto (¿o a lo mejor estaba de pie en una cuesta cuando se la sacaron?), pero era ella. Recorrió rápidamente con la vista los párrafos bajo la foto y miró nervioso a Hester antes de leerlos en voz alta.

—«El señor Thomas Natsworthy, un respetable mercader del aire, no es otro que el marido de Hester Shaw, cuya muerte tan desgarradoramente describe Pennyroyal en los últimos capítulos de su superventas *El oro del depredador*. A los amantes de este libro tal vez les sorprenda descubrir que la señora Shaw estaba vivita y coleando en el último Festiluna, cuando su marido y ella se separaron, y que la pareja tiene una encantadora hija, la señorita Wren Natsworthy (15), quien afirma que Pennyroyal “tiende a exagerar un poco”».

»Quien suscribe esto también opina, al igual que un creciente número de lectores del profesor, que Pennyroyal tiende a exagerar más que un poco y que en realidad solo es un fraude, un charlatán, un embaucador, un vividor que adora el mundo de la noche y un maestro del engaño cuya mera presencia en los niveles superiores de Murnau ofende todas las tradiciones de esa noble ciudad».

Hester rio tras su pañuelo sin disimular.

—¿Ves? —dijo Pennyroyal—. ¡Esa pequeña descarada! ¡Hablando con Spiney así a mis espaldas! ¿O la habrá engañado? ¿Le habrá dado la vuelta a sus palabras? Tratándose de él, no me sorprendería. Usará todo lo que tenga a su alcance para atacarme. Le echaría a mis abogados, pero desgraciadamente todas las pruebas de mis aventuras se quemaron con la Nube 9. Ahora, Werederobe y Spoor dicen que también les he engañado a ellos y que quieren que les devuelva el adelanto de mi último libro. ¡Y no puedo! ¡Me lo he gastado! ¡Y han emitido órdenes de arresto contra mi persona en Mánchester y Murnau! ¿Adónde iré? ¿Qué será de mí? Hui con

la esperanza de que mi amigo Dornier Lard me llevara a bordo de su yate aéreo, pero ¡negó conocerme! Y no me atrevo a comprar un pasaje en ninguna nave comercial corriente por miedo a que los aviadores me reconozcan y alerten a mis acreedores. A menos que... —Se quedó embobado mirando a Hester, intentando disimular el miedo que le inspiraba y parecer suplicante y lastimero—. ¿Tiene usted una nave, señora Natsworthy? Tal vez, por los viejos tiempos... Theo, muchacho querido, ¿te acuerdas de cómo escapamos juntos de la Nube 9, tú y yo, turnándonos para pilotar nuestro querido y viejo Rollo Ártico...?

—Dinero —dijo Hester impasible.

—Ah, por supuesto que pagaré mi pasaje. —Pennyroyal empezó a hurgar entre sus ropas, dejando a la vista su prominente y peluda barriga y un cinturón de lienzo con muchos agujeros en el que ocultaba su capital. Se quitó el cinturón y empezó a depositar monedas en el suelo—. Es tan solo un poco del patrimonio que llevo encima para casos de emergencia —explicó—. Calderilla, en realidad, pero es vuestro si podéis sacarme de aquí y mantener el secreto...

—¿Calderilla? —Hester revolvió los montículos de monedas con la puntera de su bota—. Aquí debe de haber por lo menos cuatrocientos relucientes, Pennyroyal.

—¡Quinientos! —declaró el anciano con entusiasmo, sacando del forro de su abrigo un tubo lleno de monedas y lanzándolo al suelo con el resto.

—Me asombra que pudieras caminar.

—Bueno, es todo tuyo si puedes ayudarme.

Hester asintió, dándole las gracias.

—Cógelo, Theo —dijo.

—Pero no es suficiente...

—Es suficiente para poder entrar en el Caramelo de Menta. Una vez que haya dejado atrás a esos fortachones del muelle, improvisaré.

Theo seguía sin ver cómo pretendía satisfacer la avaricia de Varley con quinientas piezas de oro de procedencia variada, pero se acuclilló de todas maneras y empezó a meterse los puñados de monedas en los bolsillos. Pennyroyal observaba la escena con una expresión extraña, dolorida y esperanzada a un tiempo.

—¿En qué muelle está vuestra nave? —preguntó—. ¿Cómo se llama? ¿Es rápida? Estaba pensando en Nuevo Maya: no creo que *El Espéculo* se lea mucho en Nuevo Maya...

—Tú no vienes con nosotros —dijo Hester.

—Pero has dicho...

—Yo no he dicho nada, Pennyroyal. Tú te has montado tu propio monólogo, como siempre. No confío en ti como para dejarte abordar mi nave, y si lo hiciera, no querrías venir adonde me dirijo.

—Pero ¡mi dinero! ¡Mi dinero! —Empezó a lloriquear Pennyroyal.

—¡No podemos hacer esto! —exclamó Theo, volviéndose hacia Hester. Una vez, Pennyroyal lo había poseído en calidad de esclavo. Debería haberse sentido alegre porque los dioses lo castigaran al fin por todas sus mentiras. Pero no se alegraba: se sentía como si estuviera robándole a un anciano impotente y asustado—. ¡No podemos coger su dinero, sin más!

—Considéralo una donación de caridad —dijo Hester, que ya estaba abriendo la puerta.

—¡Informaré a las autoridades! —gimoteó Pennyroyal.

—¿Y revelarles tu escondrijo? Lo dudo mucho.

—Es para una buena causa, profesor —prometió Theo, que se retrasó un momento mientras Hester salía de la habitación con grandes zancadas. Tocó la mano temblorosa del anciano y dijo con dulzura—: Se lo devolveremos. *Lady Naga* está prisionera en una nave en el puerto. Vamos a llevarla a Shan Guo. Cuando lo hagamos, el general Naga se mostrará tan agradecido... que nos pagará diez veces más de lo que le hemos quitado.

—¿*Lady Naga*? —lloriqueó Pennyroyal—. ¿De qué estáis hablando? ¡Está muerta!

—¡Theo! —gritó Hester desde mitad de la escalera.

Dedicando a Pennyroyal un último y afectado vistazo, Theo dio media vuelta y salió de la habitación para seguirla fuera del Hotel Empíreo a la noche estrellada y fría.

El recepcionista del mostrador los vio irse. Luego agarró el mango del teléfono del hotel y le pidió al operador que lo conectara con su hermano, que trabajaba en la oficina de radiotelegrafía de Puertoaéreo.



—¿Lego? —susurró—. Soy yo, Duplo. ¿Puedes enviar un mensaje exprés a Murnau?

\* \* \*

A solas en la habitación 128, Pennyroyal tomó unas cuantas bocanadas de aire, profundas y temblorosas, para tranquilizarse. La curiosidad estaba empezando a superar a la autocompasión. ¿Qué habría querido decir el joven Theo? ¿De verdad sería posible que la esposa de Naga estuviera viva? ¿Y de verdad estaba en Puertoaéreo? Y si lo estaba, ¿qué estarían dispuestos a dar los Traktionstadts para hacerse con ella? El hombre que la capturara sería un héroe, sin importar las presuntas irregularidades que pudiera haber en su pasado...

Pennyroyal se preparó un brandi para calmar los nervios y apartó la cortina manchada para contemplar las enormes y adormiladas siluetas de las naves estacionadas en el anillo de amarre. El Caramelo de Menta, ese era el nombre que se le había escapado a Hester. No sabía cuál era, pero resultaría bastante sencillo descubrir en qué puntal estaba anclada. Y, desde luego, había unos cuantos urbanitas corpulentos en las tabernas de la Calle Mayor que podían echarle una mano si las cosas se ponían feas.

En su imaginación, las atroces historias que *El Espéculo* había publicado sobre él ya habían empezado a difuminarse, dando paso a un nuevo titular, mucho más favorable. Algo en la línea de: *Pennyroyal captura a una líder «mossie»...*

## 27

### El puntal 13

Unas nubes bajas que surcaban el viento nocturno desde occidente se extendían como una alfombra blanca unos quince metros por debajo de Puertoaéreo, ocultando la tierra firme y todo lo que no fueran los niveles superiores de las ciudades más grandes de la aglomeración. Un aeroyate del distintivo color azul medianoche de Murnau llegó deslizándose entre las nubes más altas y viró hacia un apeadero situado en el extremo más alejado del anillo de amarre. Probablemente era algún ricachón del Oberrang que había venido a jugarse la herencia en los casinos. Apoyada en la barandilla de una plataforma de observación en la Calle Mayor, el olor de la niebla le recordó a Hester una noche muy concreta en la Percha de los Bribones, hacía muchos años.

El puntal 13 se encontraba justo debajo de ella. El Caramelo de Menta estaba en un costado y los tres guardias deambulaban al pie de la rampa. Una luz asomaba en la góndola, y otra, en una ventana baja de la cubierta.

Hester se volvió hacia Theo.

—Vuelve a nuestra nave. Prepárala para despegar. Si todo sale bien, regresaré a bordo con *Lady Naga* dentro de unos minutos.

—¡No puede bajar ahí sola! —protestó Theo—. ¿Y si algo sale mal?

—Entonces te marcharás sin mí. Ve al este y cuéntale a tu general Naga lo que le pasó en realidad a su esposa.

Hester estaba ansiosa por quitarse a Theo de encima, ponerlo a salvo y poder hacer así lo que mejor se le daba. Se acercó a él, le besó la mejilla y notó la calidez de su piel a través del pañuelo. Todo resultaba

tremendamente intenso en aquellos segundos previos a la acción; era como si su cerebro quisiera embeberse de cada sonido, de cada olor.

Theo asintió y abrió la boca para decir algo, pero luego se lo pensó mejor. Se alejó a toda prisa por la Calle Mayor, esquivando a los grupillos de aviadores que deambulaban entre los bares y los cafés. Hester se quedó observándolo hasta que lo perdió de vista, consciente de lo locamente que se habría enamorado de él si hubiera tenido veinte años menos. Entonces, maldiciéndose por ser una estúpida sentimentaloides, bajó corriendo la escalerilla hasta el puntal 13.

Los centinelas estaban tan aburridos y somnolientos como había esperado. Eran de esos aviadores desaliñados y andrajosos que merodeaban por los bares de la Calle Mayor buscando trabajo. Varley los había contratado para que vigilaran su preciada mercancía, pero habrían preferido estar bebiendo en los bares que allí fuera, pasando frío. Consideró la opción de matarlos, sin más, y quedarse con el dinero de Pennyroyal, pero no podría abatirlos sin pelear, y todavía no quería arriesgarse tanto.

—¿Dónde está Varley? —gritó.

Los hombres se espabilaron y trataron de mostrarse rudos y competentes.

—¿Quién lo pregunta? —dijo uno, apuntándola con un arpón cargado.

Hester agitó la bolsa que sostenía para que oyeran el tintineo del oro de Pennyroyal. («¿La palabra “tintineo” existe?», se preguntó). En momentos así la invadía una calma inmensa, y cuestiones sin importancia como aquella se volvían intrigantes. («Tom lo sabría...»). Pero no debía pensar en Tom.

Uno de los guardias caminó hacia la rampa del Caramelo de Menta para llamar por la escotilla abierta a alguien que había dentro. Un segundo después, agitó el arpón en dirección a Hester y los otros dos se apartaron para dejarla subir a bordo.

\* \* \*

En la góndola de la Arquetipo Sombra, Theo estaba calentando los motores y comprobando las palancas de mando con la esperanza de que nadie en Puertoaéreo se percatara de la maniobra, porque no había solicitado ningún permiso para despegar. Tras él, Shrike iba y venía, haciendo temblar la cubierta con cada uno de sus pesados pasos.

—NO DEBERÍA HABER IDO SOLA —dijo el stalker.

—Ya te he dicho que...

—LA CULPA NO ES TUYA, THEO NGONI. PERO NO DEBERÍA HABER IDO SOLA. —Dejó escapar un sonido metálico y chirriante que Theo suponía que debía ser el equivalente stalker a un suspiro—. DEBERÍA ESTAR AYUDÁNDOLA A LIBERAR A LA DOCTORA ZERO. EN OTROS TIEMPOS ME HABRÍA RESULTADO MUY FÁCIL. HABRÍA DESACTIVADO LA CENTRAL ENERGÉTICA DE PUERTOAÉREO PARA CREAR CONFUSIÓN Y HABRÍA ABORDADO EL CAMELO DE MENTA MIENTRAS LOS NACIDOS UNA VEZ MIRABAN A OTRA PARTE... PERO NO PODRÍA HACERLO SIN MATAR.

—Tampoco habrías llegado muy lejos después —observó Theo.

Shrike parecía no haberle oído. Estaba de pie en el vano de la puerta, contemplando la noche y las silenciosas naves amarradas.

—VOY A IR A AYUDARLA.

—¡Pero no puedes! Si te ven...

—TENDRÉ CUIDADO.

Antes de que Theo pudiera detenerlo, Shrike abrió la escotilla y bajó de un salto al puntal de amarre. No había nadie en las inmediaciones. Atravesó el puntal con dos largas zancadas y se descolgó por el borde. Su armadura ondeaba con los reflejos de las luces del puerto, como si estuviera hecha de mercurio. La parte inferior del puntal estaba oscura, tramada de vigas. Shrike se deslizó por ellas hasta quedar bajo los muelles de amarre y esperó mientras un lento globo-taxi dirigible pasaba por encima de él y se dirigía al anillo central. Luego comenzó a arrastrarse por el vientre de Puertoaéreo hacia el puntal 13.

\* \* \*

El taxi dirigible entró en una de las plataformas de amarre en el centro de Puertoaéreo y su góndola de mimbre crujió cuando Sampford Spiney bajó de ella seguido por la señorita Kropotkin y su enorme cámara. El periodista estaba cenando en el Oberrang cuando recibió el mensaje de Puertoaéreo, y no había tenido tiempo de cambiar sus galas por ropa más cómoda. Se tambaleó ligeramente mientras avanzaba por la plataforma de estacionamiento hasta donde esperaba el recepcionista del Empíreo.

—¿Y bien? ¿Eres tú quien afirma haber visto a Pennyroyal?

—Se aloja en mi hotel, señor.

—¿Está allí ahora?

—No, señor. Salió corriendo no mucho después de que le avisara.

—¿Adónde?

—No lo sé, señor. Unas personas vinieron a hablar con él. Luego salió huyendo. Puedo enseñarle su habitación, señor...

—¿Su habitación? ¿Su habitación? ¡Santo Tronante! ¡No puedo entrevistar a una habitación! ¡Localízame a Pennyroyal en persona o no verás ni un céntimo de *El Espéculo*!

El recepcionista corrió hacia las escaleras que llevaban a la Calle Mayor y Spiney fue con él, gritándole a su fotografía que lo siguiera.

—Y tome nota, señorita Kropotkin —añadió mientras subían—. Estoy bastante seguro de que el aeroyate que hemos adelantado cuando entrábamos era el del Kriegsmarshal. ¿Qué estará haciendo el anciano en Puertoaéreo? ¿Apostar? ¿Verse con una mujer? Ahí podría haber una historia...

\* \* \*

La góndola del Caramelo de Menta apestaba a pañales mojados. Las dependencias habitables de popa estaban repletas de ellos, todos colgados de cuerdas extendidas sobre los conductos de calefacción. Unas toscas estanterías cubrían las paredes, combadas bajo el peso de los libros de

autoayuda de Varley. En la esquina, un niño con la nariz pringosa se sorbió los mocos y se echó a llorar.

—Chss, chss, chss —dijo su madre mientras contemplaba, nerviosa, cómo uno de los gorilas de Varley empujaba a Hester al interior de la nave.

Varley la estaba esperando y parecía más ansioso y febril que de costumbre, con la cena a medio terminar en la mesa frente a él. Se había quitado la chaqueta. Llevaba los pantalones sujetos con un par de tirantes de piel de serpiente.

—¿A solas esta vez? —le preguntó a Hester—. ¿Tienes mis diez mil?

—Cinco —dijo Hester—. Es lo único que he podido conseguir.

—Entonces venderé a vuestra *Lady Naga* a otro comprador.

—Ah, sí, ya he visto la larguísima cola que hay esperando en la rampa cuando he subido a bordo —dijo Hester—. Era irónico —añadió cuando Varley se levantó, como impulsado por un resorte, a asomarse por el ojo de buey—. Asúmelo, no tienes más compradores. Vas a tener que hacer negocios conmigo antes de que alguien más grande y menos amable que yo se entere de a quién tienes encerrada en la bodega y venga a quitártela de las manos sin pagar nada a cambio.

Varley la miró con furia, pero no dijo nada. Ella abrió la bolsa sobre la mesa de la cocina y la sacudió para sacar una pila de saquitos llenos de dinero. Los saquitos cascabelearon sonoramente, y más les valía: dos de ellos contenían los ahorros de Pennyroyal y los otros ocho los había rellenado con tuercas y arandelas que Theo y ella habían comprado en el veinticuatro horas de la Calle Mayor.

—Diez bolsas —dijo, abriendo una y vaciando una ristra de oro—. Doscientos cincuenta relucientes en cada una. El capitán Ngoni te traerá el resto cuando tenga las garantías de que tu cargamento está sano y salvo.

Varley observó el dinero con avidez, pero no parecía contento.

—¿Ese muchacho negro es capitán? La Tormenta Verde debe de andar igual de escasa de hombres que de dinero...

Hester eligió otro saquito y vació un segundo montón de brillantes monedas sobre la superficie de la mesa. («¡Mira qué bonito!», dijo la señora Varley, columpiando al bebé sobre su rodilla).

—O lo coges o lo dejas —dijo Hester.

Varley seguía dudando.

—Quiero verte la cara —pidió hoscamente.

—Créeme: no quieres.

El mercader se sorbió la nariz, apartó un juguete de una patada y le dijo a su guardaespaldas:

—Vigílala, y ni se te ocurra robarme ni un céntimo de mi dinero.

Luego pasó junto a Hester y desapareció por una escalerilla que llevaba a la cubierta del Caramelo de Menta. El otro hombre apartó los ojos de mala gana del montón de oro que había sobre la mesa y, en cambio, vigiló a Hester. El bebé gorjeó. La mujer le cantó una canción que Hester recordaba vagamente de mucho tiempo atrás, pero calló inmediatamente cuando Hester la miró:

—¿Eres de Oak Island? —le preguntó Hester.

La mujer negó con la cabeza.

—Red Deer.

Desde la casa donde Hester había pasado su infancia en Oak Island se veía la isla de Red Deer. Por eso reconocía la canción. Esperaba no tener que matar a aquella mujer y a su bebé.

—Napster me compró en una subasta de esposas... —empezó a explicar la mujer.

Luego volvió a callar de repente porque había escuchado los pasos de su marido bajando de nuevo por la escalera. Se acercó más a la mesa para dejarle espacio mientras él aterrizaba en la cabina de un salto, arrastrando tras de sí a su atemorizada mercancía.

\* \* \*

Pennyroyal tuvo que asomarse a media docena de garitos de la Calle Mayor antes de encontrar lo que estaba buscando. En realidad, fueron ellos quienes lo encontraron a él: una pandilla de jóvenes y pendencieros oficiales de la milicia de Mánchester, con veinticuatro horas de permiso, agarrados a botellas y chicas. Venían del casino que había encima del puntal

1, donde habían estado apostándose la paga en juegos de azar de los Antiguos, como el Mikado o el Tozudo. Pennyroyal corrió junto a ellos diciéndoles: «Disculpen, caballeros» y «¡Oigan!», pero no le prestaron la más mínima atención hasta que gritó:

—Soy Nimrod Pennyroyal.

Los mancurianos se volvieron para mirarlo.

—¡Lárgate! —le dijo uno.

—¡Retorzámosle el pescuezo! —dijo otro.

—¡Tirémoslo por la borda del anillo de amarre! —rugió un tercero.

—¡Hurra!

—No —dijo un quinto hombre, ligeramente más sobrio que los demás—. Es Nimrod Pennyroyal de verdad. Lo reconozco del periódico.

—¡Tirémoslo por la borda de todas maneras!

—¡Hurra!

—Es ese falso explorador, ¿verdad? —dijo una de las chicas, estudiando a Pennyroyal como si fuera un animal de zoo ligeramente interesante.

—¡No es un farol! —gritó Pennyroyal—. ¡Vengo a pedir os ayuda! Hay una miembro de alto rango de la Tormenta Verde oculta a bordo de una nave en el anillo de amarre y necesito la ayuda de unos leales traccionistas para ponerla bajo arresto.

—¡Ja, ja, ja! —saltó uno de los mancurianos, riéndose de una especie de chiste privado.

Al resto les costaba seguir lo que Pennyroyal les decía. Uno o dos se llevaron la mano a las espadas.

—¿Una *mossie*? ¿Aquí?

—¡*Lady Naga* en persona! He estado operando infiltrado para descubrir su paradero. Lo que habéis leído en los periódicos solo era un ardid diseñado para hacer pensar al enemigo que había caído en desgracia. En realidad, todo este tiempo he estado trabajando para el Murnauer Geheimdeinst.

Los mancurianos parecían perplejos. Ninguno había oído nunca el nombre en alemán del servicio de inteligencia de Murnau. Pennyroyal maldijo su ignorancia (aunque en voz baja) y sacó el viejo sobre en el que había garabateado los datos del Caramelo de Menta que había encontrado



en el tablón de llegadas de la Central Aérea. Entrecerró los ojos un segundo para descifrar su propia caligrafía enmarañada y luego enarboló el sobre como si fuera un estandarte de combate.

—¡Vamos, caballeros! —exclamó—. ¡Sígueme al puntal 13, y a la gloria!



Un rostro amoratado, una mata de cabello grasiento, un cuerpo macilento y tembloroso dentro de un vestido de arpillera. Hester se sintió abrumada por la oleada de lástima que experimentó al ver a *Lady Naga* bajar arrastrándose por la escalerilla del Caramelo de Menta. *No es mucho mayor que Wren*, pensó, y por un segundo se sintió tentada de correr a abrazar a aquella pobre criatura aterrorizada y consolarla diciéndole que ya estaba a salvo.

Pero no estaba a salvo (aún no, al menos) y, de todas maneras, no habría querido que la abrazara: Hester parecía inspirarle el mismo terror que Varley. Cuando Varley la empujó y dijo: «Esta amable dama ha venido a comprarte», ella reculó y soltó un quejido de animal asustado. Hester, con su abrigo y su pañuelo negros, parecía la Dama Muerte en persona.

—¿Eres *Lady Naga*? —preguntó.

—Enone —respondió la joven, mirándola, temerosa, entre parpadeos. Un trozo de esparadrapo mantenía unidas sus gafas y uno de los cristales estaba resquebrajado.

—Por supuesto que es la condenada *Lady Naga* —graznó Varley—. Mira el sello y ese colgante zagwiano. Por cierto, eso va de regalo. Ahora ve a traerme el resto de mi dinero.

Hester asintió y miró a su espalda, evaluando la distancia que había entre ella y el hombre del arpón que estaba en la escotilla. Se giró, con la espalda mirando ahora a la pared, y deslizó lentamente una mano por el interior de su abrigo hasta alcanzar el cuchillo. Por el rabillo del ojo vio que

el bebé se estiraba hacia el montón de saquitos de monedas en la mesa de Varley.

Lo que pasó a continuación sucedió muy despacio, pero no lo suficiente como para que tuviera tiempo de detenerlo. La regordeta mano del niño cogió la bolsa, la bolsa se cayó, la bolsa se rompió. Por el suelo de la cabina, a los pies de Varley, se dispersó una lluvia de tuercas y arandelas. Varley, al darse cuenta de que le habían engañado, gritó. Hester agarró el cuchillo y lo lanzó por debajo de su axila al hombre de la puerta, alcanzándole en el cuello. El arpón se disparó al caer, pero el proyectil se desvió y pasó por encima de la cabeza de Hester, que lo oyó golpear contra la mampara que había sobre ella. La señora Varley gritaba. El bebé berreaba. Algo golpeó a Hester, un repentino impacto en la coronilla que casi la dejó sin conocimiento. Un resplandor de luz púrpura estalló dentro de su cráneo. Maldijo e intentó dar media vuelta, confundida, creyendo que había alguien tras ella.

A su alrededor caían cosas que le aporreaban los hombros y retumbaban al golpear contra el suelo de la cabina. Cayó de rodillas en medio de ellas y vio que eran libros. El arpón del hombre muerto había desprendido una de las estanterías de fabricación casera de Varley de la pared y, al caer, la había golpeado. Era una manera un tanto ridícula de resultar herido, pero eso no le restaba gravedad. Tuvo la sensación de que los libros caídos daban vueltas a su alrededor: *Trapicheos para principiantes; Invertir en capital humano; Haga fortuna en los Caminos de las Aves... ¡y sobreviva para gastarla!* Tuvo la certeza de que iba a vomitar.

Varley rodeaba el cuello de Enone con un brazo.

—¡Vamos, muchachos! —gritó—. ¡Cogedla! ¡Cogedla!

Hester se acordó de los dos hombres que había fuera. Entrecerrando los ojos a causa del dolor de cabeza, intentó incorporarse. Unas pisadas sacudieron la góndola cuando los gorilas del puntal de amarre subieron a bordo. Hester se llevó la mano al bolsillo, sacó su pistola y los disparó de uno en uno según entraban como un torbellino en la cabina. La pistola de gas emitió una especie de tosecilla amortiguada que esperaba que no se hubiera oído en la Calle Mayor. Los hombres cayeron sobre el cadáver de su amigo. Uno de ellos aún se retorció, así que volvió a dispararlo. Notó que

le corría sangre por la cara. Dirigió la pistola hacia Varley, pero se desmayó antes de poder apretar el gatillo.

Lo siguiente de lo que fue consciente fue de que el mercader le estaba arrancando la pistola de la mano. Tenía una sonrisilla estúpida y malvada y le aleteaban las narinas. Le arrancó el pañuelo de un tirón y su sonrisa se ensanchó, como si la fealdad de Hester supusiera para él algún tipo de victoria. Le escupió en la cara.

—Bueno —dijo. Soltó la pistola (un artilugio peligroso para usar a bordo de tu propia nave) y sacó un cuchillo del cinturón—. Nadie va a echarte de menos.

Puso cara de sorpresa cuando su mujer cogió la pistola y lo disparó. Pareció tardar un segundo en comprender que lo habían matado. Su sonrisa desapareció lentamente, cayó de rodillas junto a Hester con la cabeza gacha y allí se quedó, arrodillado, muerto.

—Ay, dios —murmuró Enone.

La señora Varley bajó la pistola. Estaba temblando. Descolgó un pañal de una de las cuerdas y empezó a amontonar el dinero en él.

Hester se tocó la zona ardiente y palpitante de la cabeza donde la estantería la había golpeado y su mano regresó húmeda y roja. Sentía como si estuviera borracha. Se agarró a Enone para estabilizarse y dijo:

—Hemos venido a rescatarte. Shrike y yo.

—¿El señor Shrike? ¿Está aquí?

—Y Theo también. Hay una nave esperando. —Con ayuda de Enone, empezó a cojear hacia la escotilla de salida, que de repente parecía estar a kilómetros de distancia—. Dios, cómo duele —gruñó.

De alguna manera, las dos consiguieron llegar a lo alto de la rampa. Afuera, en el puntal de amarre, esperaba un hombre. No había nadie más con él. Probablemente había oído el último disparo. El viento hacía ondear el largo gabán azul que llevaba abierto y la luz de la luna resplandecía sobre el mango del pesado sable que colgaba de su cinturón.

Hester gruñó, cansada y mareada. No le quedaban fuerzas para luchar con él.

—¿*Lady Naga*? —dijo el extraño—. Justo a tiempo, por lo que veo. —Enone se arrebujó contra Hester cuando el extraño echó a caminar hacia

ella, apoyando en la rampa un pie enfundado en una bota. A la tenue luz que salía por la escotilla del Caramelo de Menta, su rostro parecía severo, pero no cruel. Le tendió una mano—. Soy el Kriegsmarshal Von Kobold. Debe acompañarme a Murnau. Rápido, por favor.

Hester se agarró a la barandilla de la rampa y lo fulminó con la mirada.

—Por encima de mi cadáver.

Von Kobold la miró con respeto. Su rostro mutilado no le impactó, ni tampoco lo hicieron la sangre que le apelmazaba el cabello y goteaba por su barbilla. Le dedicó una leve reverencia.

—Discúlpeme, joven, pero no parece que eso suponga un desafío demasiado grande. Asumo que es usted una agente de la Tormenta que ha venido a liberar a su emperatriz. Aunque no estuviera herida, jamás podría sacarla de aquí. Una docena de ciudades se interponen entre usted y su territorio, y no todos sus líderes son tan comprensivos como yo. Acompañenme a Murnau y hallaré una manera de enviarlas a su señora y a usted de regreso a casa con el general Naga.

Un repentino estruendo procedente del anillo de amarre lo hizo volverse a mirar. Alguien gritaba: unas siluetas corrían, recortadas contra las ventanas iluminadas de un salón veinticuatro horas en el que se jugaba al Ker-Plunk.

—Debemos confiar en él —susurró Enone, y ayudó a Hester a bajar por la rampa.

Sin embargo, para cuando llegaron junto a Von Kobold, ya era demasiado tarde: las plataformas retumbaban con pisotones de botas. Corriendo por el puntal hacia ellos venían seis hombres ataviados con abrigo rojo y enarbolando sendas espadas. Y tras ellos, exhortándolos, la rolliza y saltarina silueta de Nimrod Pennyroyal.

—¡Ahí están! —gritó Pennyroyal—. Se escapan. ¡Detenedlos!

—¿Y vosotros quiénes sois? —ladró el Kriegsmarshal Von Kobold, con un tono de voz tan militar que los hombres se detuvieron inmediatamente. Arriba, en la Calle Mayor, los transeúntes empezaron a agolparse en una plataforma de observación para ver qué estaba pasando en el puntal 13.

—Nosotros, señor, somos oficiales de la Guardia Municipal de Mánchester —dijo el más alto y sobrio de los recién llegados—. Hemos

sido informados de que hay una *mossie* peligrosa de incógnito a bordo de esta nave...

—¡Caramba! —dijo uno de sus camaradas, apuntándola con la espada—. ¡Es ella! La mujer de Naga, como decía el viejo.

—Cómo, ¿con esa facha? —preguntó otro.

—¡Es ella! Vi su foto en las *Noticias Vespertinas*. ¡Caramba!

—¡Está bajo arresto! —dijo el líder, marchando hacia Enone.

—Retroceda, señor —espetó Von Kobold, desenvainando su sable—. La dama es mi prisionera y no la entregaré a manos de vuestro belicista alcalde.

—¡Haya calma! —gritó Pennyroyal, que no quería que un litigio entre Murnau y Mánchester arruinara su oportunidad de obtener algún titular favorable.

Sin embargo, antes de poder decir nada más, la luz de un *flash* lo cegó. Un hombrecillo vestido con ropa de gala salió caminando de la creciente multitud que se agolpaba junto al puntal. Tras él había una muchacha que colocaba a marchas forzadas una linterna nueva en lo alto de la cámara.

—¡Señor Pennyroyal! —exclamó zalameramente el recién llegado—. Sampford Spiney, de *El Espéculo*. Lo he estado buscando por todas partes. ¿Tiene algún mensaje para su multitud de decepcionados fans? —Su voz era afable y levemente sarcástica, y se disolvió en el silencio cuando vio a los mancunianos con las espadas desenvainadas, a Kobold con su sable y a Enone sujetando a Hester, que se había desplomado de rodillas al pie de la rampa del Caramelo de Menta—. ¡Vaya! —murmuró, emocionado—. ¿Qué es todo esto?

Sin embargo, el líder de los mancunianos se había cansado de hablar. Alzó su espada e intentó sortear a Von Kobold, pero el Kriegsmarshal le impidió el paso. Saltaron chispas cuando sus espadas chocaron, contraviniendo directamente las estrictas medidas de seguridad antiincendios de Puertoaéreo. Arriba, en la Calle Mayor, la gente gritó. El espadachín de Mánchester gritó también, y se tambaleó cuando la sangre empezó a derramarse por su brazo. Von Kobold se volvió para encararse a los demás.

—¡Defendeos! —gritó.

La mayoría de ellos empezó a retroceder, temerosos de aquel fiero soldado anciano que parecía capaz de acabar con los cinco de un solo golpe. Solo uno mantuvo su posición. Era un hombre joven, de mejillas sonrosadas y tirando a rellenito. Además de su espada reglamentaria, tenía un revolver. Apuntó con él a Von Kobold y disparó dos veces.

\* \* \*

Theo, que esperaba a bordo de la Arquetipo Sombra, escuchó los disparos. Corrió a la escotilla. Intentó convencerse de que los estallidos no habían sido disparos, pero sabía que no era así, y vio que procedían del puntal 13.

Una alarma empezó a sonar. Theo bajó al puntal de un salto y empezó a correr hacia el anillo de amarre. Un pelotón de hombres vestidos con los uniformes celestes de Puertoaéreo bajaban en tropel por una escalerilla de la Calle Mayor, apuntando con sus ballestas. De una plataforma de estacionamiento cerca del ayuntamiento despegaba un dirigible rojo de bomberos, preparado para apuntar con sus mangueras hacia cualquier fuego que pudiera estallar.

Theo se quedó allí de pie, impotente, a mitad de camino entre la Arquetipo Sombra y el anillo de amarre. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía ayudar?

El viento le trajo un grito horrorizado. Y otro más. Más disparos. Dio media vuelta y entró en la Sombra dando un portazo.

\* \* \*

Cuando el Kriegsmarshal Von Kobold cayó al suelo, el hombre que lo había disparado se abalanzó sobre *Lady Naga* para atraparla. Hester se dio impulso para enfrentarse a él y, aunque lo único que hizo fue lanzarle una

mirada fulminante, el otro soltó el arma y gritó: «¡Aaaah!». Al bajar la vista al suelo, Hester vio las afiladas cuchillas que habían penetrado desde abajo por el suelo de la plataforma. Eran cinco, y dos habían penetrado tanto la bota del mankuniano como el pie que protegía. El hombre volvió a gritar, retorciéndose para tratar de liberarse, y las cuchillas se deslizaron por la cubierta, dejando en ella unas grietas de borde irregular.

—¡Registre eso, señorita Kropotkin! —le ordenó Spiney a su fotógrafa.

La plataforma se sacudió. Un puño acorazado penetró en el muelle desde abajo, unos dedos terminados en garras ampliaron el hueco y Shrike se izó a través él. Quedó iluminado por la luz de otro flashazo, que cubrió de luz plateada su armadura, las yemas de sus dedos y su grotesca sonrisa metálica.

—¡Un stalker! —gritó el pistolero mankuniano, tratando de alejarse a la pata coja.

Shrike lo cogió y lo lanzó por la borda del puntal. Quedó un segundo aleteando en el aire y cayó al vacío con un chillido helador para luego aterrizar rebotando en la red de seguridad. Shrike lanzó a uno de sus amigos tras él y el resto intentó huir corriendo, pero se dieron de bruces con el primer pelotón de la milicia de Puertaéreo, que llegaba desde la Calle Mayor.

Hester volvió a perder el conocimiento y se desplomó sobre el duro suelo del muelle. Se despertó unos segundos más tarde, cuando el buque de bomberos de Puertaéreo los sobrevoló y los empampó a todos con agua helada. Parecía haber una creencia generalizada de que varios escuadrones enteros de stalkers habían aterrizado en el puntal 13. Se habían activado docenas de alarmas, que creaban una espantosa discordancia. Al fondo del puntal, los mankunianos se batían con los hombres de Puertaéreo, que por algún motivo estaban convencidos de que eran invasores de la Tormenta Verde disfrazados.

—¡No, no, no! —gritaba Pennyroyal.

Bajo el puntal, los mankunianos que Shrike había arrojado por la borda estaban trepando por la malla de la red de seguridad hasta el muelle contiguo, donde varios aviadores de un crucero florentino habían hecho una cadena humana para ayudarlos a subir y ponerlos a salvo.

Más abajo, recortándose oscura contra el estrato nuboso, se movía la rolliza silueta de una nave que se elevaba en el aire.

—La Jenny Haniver —dijo Hester, viéndola a través de los agujeros de la cubierta.

Entonces se dio cuenta de que eso no podía ser, de que esta vez no era Tom quien venía en su rescate, sino Theo, a bordo de la Arquetipo Sombra.

Shrike también la había visto, o había escuchado el murmullo de sus motores. Cogió a Enone y se la colocó bajo un brazo, como si fuera un paquete. Se dio media vuelta e intentó hacer lo mismo con Hester, pero Hester se arrastraba, alejándose de él, hacia Von Kobold.

En la multitud que se agolpaba en el extremo opuesto del puntal, uno de los mancurianos gritaba:

—¡Fue Pennyroyal! ¡Pennyroyal ha sido quien nos ha traído aquí! ¡Directamente a las garras de los stalkers de la Tormenta!

—¡Eso no es verdad! —gritó Pennyroyal, que retrocedió a saltitos cuando un soldado de Puertoaéreo intentó atraparlo—. ¡Yo soy la víctima en todo esto! ¿Qué pasa con mi dinero?

La Arquetipo Sombra se elevó como una ballena que emergiera a la superficie junto al extremo del puntal 13. Hester vio a Theo dentro de la góndola al mismo tiempo que le daba la vuelta a Von Kobold. La pistola del orondo mancuriano había dejado dos agujeros chamuscados en la pechera del gabán del Kriegsmarshal. Pero tan solo le faltaba el aliento. Bajo el abrigo vio el brillo opaco de una coraza de Vieja Tecnología. El anciano alzó una mano para acariciarle el rostro.

—Os crían para ser valientes en territorio de la Tormenta —susurró.

—Yo no soy... —dijo Hester, pero no había tiempo para explicaciones.

—Dile a Naga que no todos deseamos esta guerra —escuchó decir a Von Kobold.

Entonces, Hester volvió a perder el conocimiento. Shrike la cogió y se encaminó hacia la Sombra mientras las flechas de las ballestas de Puertoaéreo repiqueteaban al chocar contra su espalda acorazada.

Pennyroyal se escabulló entre la multitud que se había congregada al fondo del puntal y chocó con Spiney. El periodista había estado dándole indicaciones a la señorita Kropotkin mientras sacaba las fotografías que



aparecerían en la primera plana de los periódicos del día siguiente bajo el titular: «¡Los hombres de Mánchester luchan valerosamente contra los invasores de Naga!». Se abalanzó sobre Pennyroyal con una sonrisa zorruna.

—¿Cuál es tu papel en todo esto, entonces, Nimrod? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para la Tormenta Verde?

Pennyroyal lo apartó de un empujón. Una aeronave estaba maniobrando para alejarse del puntal con un ensordecedor aullido de motores. De repente, le asaltó el repentino y horrible miedo de que fuera el Caramelo de Menta, que despegaba llevando todo su oro aún en el interior.

—¿Qué pasa con mi dinero? —gritó hacia la nave.

—¿Cuánto te han pagado, Pennyroyal? —gritó Spiney, interponiéndose de nuevo en su camino y haciéndole gestos a la señorita Kropotkin para que trajera su cámara.

Pennyroyal dejó escapar un leve rugido de rabia y empujó a Spiney con ambas manos. Spiney se defendió, agitando las suyas frente al rostro de Pennyroyal y agarrándolo del cuello de la camisa. En el puntal 13 estaban pasando tantas cosas a la vez que nadie vio cómo los dos escritores rodaban por el muelle y caían por la borda. Sus gritos se acompasaron durante un breve instante mientras caían.



En la cabina de la Sombra, Theo puso todos los motores a máxima potencia, preparándose para impulsar la nave a cielo abierto tras la sombra de Puertoaéreo. Pero cuando se disponía a agarrar los controles, una mano de acero se cerró en torno a su muñeca.

—HAY DOS BATERÍAS DE ARPONES DE DEFENSA EN LA CALLE MAYOR DE PUERTOÁEREO —anunció el stalker Shrike—. EN CUANTO SALGAMOS DE SU ESPACIO AÉREO, NOS DISPARARÁN.

—¡Pero no podemos quedarnos aquí! —gritó Theo, señalando hacia las ventanas.

El cristal estaba empezando a agrietarse a causa del impacto de la docena de flechas de ballesta que los habían alcanzado. Nadie se había atrevido aún a dispararlos con nada más destructivo, por miedo a iniciar un fuego que podría engullir todo Puertoaéreo.

—DESCIENDE —dijo Shrike—. MÉTETE EN LAS NUBES. ELLAS NOS OCULTARÁN.

Theo asintió, furioso porque no se le hubiera ocurrido a él mismo. Un segundo después, la Sombra puso las vainas de sus motores en vertical y se dejó caer en picado hacia la masa de nubes blancas que había bajo Puertoaéreo.

\* \* \*

«¡Aaaah!», aullaron Pennyroyal y Spiney, y luego «¡Oh!», cuando la red de seguridad bajo el puntal 13 los atrapó y los sostuvo, sanos y salvos. Rebotaron juntos, como si acabaran de caer sobre una hamaca gigante.

—¡Poskitt santísimo! —lloriqueó Pennyroyal, alejando al periodista de un empujón y tratando de incorporarse. Había olvidado la existencia de la red hasta que aquella gruesa malla elástica interrumpió la caída—. ¡Pensaba que estábamos acabados! —jadeó.

—Tú estás bastante acabado, Nimrod —cacareó Sampford. Un segundo antes estaba tan asustado como Pennyroyal, pero no estaba dispuesto a admitirlo—, asociándote con la Tormenta, cómplice del intento de asesinato de un Kriegsmarshal. Oye, entre tú y yo, ¿esa pibita del puntal era de verdad la mujer de Naga? Eso es lo que dicen tus amigos de Mánchester... —Emocionado con la cantidad de rompedores reportajes que firmaría dentro de poco, empezó a botar alegremente de arriba abajo.

—Deja de hacer eso, viejo —imploró Pennyroyal—. Me estás revolviendo el estómago.

—Ni la mitad de lo que se te va a revolver cuando veas la próxima edición de *El Espéculo*. —Rio Spiney, botando aún más fuerte. La red empezó a hacer unos ruidos extraños: leves crujidos, pequeños rasgueos.

—Spiney, de verdad, creo que deberías parar. Esta red parece vieja, y esta noche ya ha soportado el peso de un puñado de mancurianos gordos...

Con un ruido que sonó como un punteo de cuerdas de harpa, los pernos que fijaban uno de los bordes de la red a la parte inferior del puntal 14 empezaron a desprenderse. Spiney dejó de botar y profirió un gritito entrecortado.

—¡Socorro! —gritó Pennyroyal lo más alto que pudo. Sin embargo, aunque el puntal 13 estaba atestado de gente, la única persona que le oyó fue la fotógrafa de Spiney, la señorita Kropotkin. Su rostro asomó por el borde del puntal. Extendió una mano hacia los hombres varados allí, pero no llegaba a alcanzarlos. Pennyroyal trató de trepar por la escarpada red hacia ella, pero solo consiguió que unos cuantos pernos del otro extremo también se soltaran—. ¡Ay, Poskitt!

—¡Señorita Kropotkin! —chilló Spiney—. ¡Traiga ayuda! ¡Traiga ayuda ahora mismo o me aseguraré de que se pasa fotografiando exhibiciones de mascotas y fiestas al aire libre el resto de su inútil...!

Y, con una claridad mental que le aseguraría no tener que volver a fotografiar jamás otra exhibición de mascotas en toda su vida, la señorita Kropotkin levantó su cámara cuando la red se soltó y tomó la foto que apareció en la primera plana de la siguiente edición de *El Espéculo* bajo el titular: «Escritores perecen horriblemente en Puertoaéreo tras precipitarse en una mortífera caída».

## 28

### Pájaros de la Tormenta

Cuando la Arquetipo Sombra se hundió en las nubes, Shrike se dirigió a popa. En el camarote trasero, separado del resto de la góndola por una cortina, Enone estaba acucillada sobre Hester, intentando detener con sus dedos la sangre que manaba del tajo de su cuero cabelludo. Miró a Shrike.

—¿Hay un botiquín? ¿O un maletín de primeros auxilios?

Shrike contempló el rostro grisáceo y conmocionado de Hester. *Déjala morir*, quiso pedirle a Enone, *y luego resucítala con tus habilidades. En lugar de ese rostro mutilado y destrozado, ponle una máscara, más perfecta que la de la stalker Fang. En lugar de ese cuerpo frágil, constrúyete uno tan fuerte como este*. Olvidaría su vida, pero Shrike estaba convencido de que su espíritu sobreviviría. En el transcurso de los milenios que pasarían el uno junto al otro, él la ayudaría a recuperarlo. Su niña inmortal.

—¡Botiquín! —gritó Enone—. Rápido, señor Shrike.

Shrike dio media vuelta y encontró el maletín de primeros auxilios en un compartimento que había encima del camastro. Cuando se lo tendió a Enone, un impacto sacudió la nave. El stalker caminó de nuevo hacia proa, hacia la cabina de mando. Theo seguía manejando los controles, y ahora miraba a través de las ventanillas mojadas.

—NOS ATACAN —dijo Shrike.

—¿Qué?

El muchacho se volvió para mirarlo: unos enormes ojos blancos en su rostro oscuro.

—NOS HAN ALCANZADO. UN PROYECTIL...

Theo se giró de nuevo hacia la ventana.

—No veo ninguna otra nave. No veo nada. Esta nube...

En ese momento, la Arquetipo Sombra salió del vientre de las nubes. Ambos vieron los costados de las ciudades elevándose a su alrededor y el espacio aéreo entre ellas invadido por los faros de docenas de naves. Llovía y las gotas salpicaban las ventanas y lo emborronaban todo, convirtiéndolo en un caleidoscopio de motas brillantes, pero Shrike dedujo, por el sentido de sus trayectorias, que las demás naves no trataban de dar caza a la Arquetipo Sombra. No eran naves militares, sino cruceros y cargueros que se dirigían al oeste.

—MURNAU ESTÁ EVACUANDO A SUS MUJERES Y NIÑOS —dijo.

—Preparándose para la guerra... —susurró Theo. Y entonces, al recordar la grave situación en la que se encontraban, dijo—: ¿Y qué hay de nosotros?

—PUEDE QUE LA NOTICIA DE NUESTRA FUGA NO HAYA LLEGADO TODAVÍA A LAS DEMÁS CIUDADES.

—Bueno, no tardará mucho —dijo Theo.

No parecía tener mucho sentido hacer virar la Sombra hacia el este, porque ahora no creía poder escapar de la aglomeración de Murnau, pero lo hizo de todas formas. Atisbó la lluvia mientras cruzaba a vuelo una escarpada garganta, cuyas paredes estaban formadas por los altísimos costados de Mánchester y Traktionbad Braunschweig. Hizo descender tanto la Sombra que las altas ruedas de las ciudades pasaron deslizándose a ambos lados de la góndola. Había otras naves surcando el cañón a más altura, la mayoría con rumbo al oeste. Al frente, cruzando varios kilómetros de barro, sobre el que pululaban pequeños suburbios de aspecto temible, se erigía Murnau. La gran ciudad de combate había cerrado su coraza. Theo orientó la Arquetipo Sombra para bordear su lado norte, manteniéndola al nivel de las cadenas tractoras. Los controles del timón estaban muy duros.

—Creo que las palas del timón están dañadas —dijo, tirando con rabia de las palancas.

Recordando el impacto que había notado cuando la nave se alejaba de Puertoaéreo, Shrike regresó a popa. Hester estaba consciente y gruñía mientras Enone le limpiaba la herida.

—¡Tom! ¡Ay, Tom!

Shrike percibió el penetrante aroma del alcohol de quemar. Subió por la escalerilla y se agachó cuando salió a la pasarela axial que discurría por el centro de la cubierta. En el extremo de popa había una pequeña escotilla, construida para los nacidos una vez, demasiado pequeña para embutir por ella su mole de stalker. Afuera, los empapados estabilizadores de cola de la Sombra resplandecían con un brillo plateado a la luz de las ventanas de los fuertes periféricos de Murnau. Agarrándose al flechaste de la nave, Shrike consiguió llegar hasta el estabilizador lateral. En la parte trasera había algo que se había quedado enredado entre los cables de control. Junto al rugido de los motores a sus pies y el tamborileo de la lluvia sobre su cabeza, Shrike detectó otro ruido, un repiqueteo metálico. ¿Sería alguna especie de arma nueva? Soltó una mano del cordaje y desenfundó las garras.

La silueta atrapada entre los cables de control se revolvió repentinamente, en respuesta al resplandor de luz húmeda de las cuchillas. Un rostro pálido y asustado miró boquiabierto a Shrike.

—¡Poskitt santísimo! —gimió.

Shrike comprendió lo que había pasado. Aquel nacido una vez debía de haber caído de Puertoaéreo justo cuando partía la Arquetipo Sombra. Enfundó las garras de nuevo y extendió los brazos hacia él para ponerlo a salvo, pero el nacido una vez malinterpretó el gesto: aterrorizado, se soltó de los cables y empezó a caer de nuevo, chillando, mientras daba volteretas en el aire. Shrike se lanzó hacia él y lo agarró del cuello del abrigo, balanceándolo para volver a ponerlo a salvo sobre el estabilizador. La Arquetipo Sombra se ladeó, sus motores chirriaron y Shrike izó al hombre sobre los alerones para luego arrastrarlo por la aleta hacia la escotilla abierta.

Los movimientos repentinos e indecisos de la nave captaron la atención de los vigías de los fuertes periféricos de Murnau. Cuando Shrike y su chorreante carga, apenas consciente, llegaron a la cabina, la luz empezó a hormiguear en las aspilleras de los fuertes. Una imagen bastante hermosa, hasta que las primeras balas comenzaron a penetrar en la góndola. Las ventanillas estallaron y los manómetros vacilaron cuando en las células de gas se abrieron varios agujeros de bala. Los motores aullaron, todavía

empujando la nave hacia el este, más allá de las mandíbulas que se cernían sobre ella, sobre el barro desgarrado y azotado por el aguacero. Los disparos cesaron. Theo miró por el periscopio. A popa, tres puntos de luz empezaban a distinguirse de la inmensa mole de la ciudad blindada: tres siluetas negras como murciélagos que se recortaban cada vez más grandes sobre el gris vientre de las nubes.

\* \* \*

En las alturas, Orla Twombley secó las gotas de lluvia de sus gafas de aviadora y se lanzó en picado con su aeroplano, el Wombat de Combate, hasta quedar a la altura de la cola de la Sombra. Tras ella, el ornitóptero Bugui de la Pistola Casera y el triplano Este Fue A Por Huevos, propulsado por cohetes, siguieron su estela, rasgando el aire húmedo como cuchillas.

\* \* \*

Theo gritó de miedo y frustración. Era consciente de que su lenta y herida Sombra no podría dar esquinazo a los Hurones Voladores. Vio que Shrike se volvía hacia él y pensó que el stalker estaba a punto de alertarle de las máquinas voladoras que los perseguían.

—¡Ya lo sé! —gritó.

Pero Shrike dijo:

—HAY AVES STALKER AL FRENTE.

—¿Qué?

Theo intentó mirar a través de la ventana salpicada de lluvia, pero lo único que veía era oscuridad y su propio reflejo aterrorizado. Entonces, un misil lanzado por sus perseguidores pasó junto a la góndola y estalló frente a la nave, y se dio cuenta de que aquella oscuridad estaba compuesta en su mayor parte por alas. A través de los cielos despejados de la tierra de nadie,

procedente de las líneas de la Tormenta Verde, una inmensa bandada de aves resucitadas aleteaba hacia él.

—¡Cristo! —gritó Theo.

Golpeó con fuerza las palancas de mando para intentar, sin éxito, hacer que la nave diera media vuelta, porque prefería lidiar con los cohetes que con los picos y las garras de las raptoras de la Tormenta. Pero los controles del timón de la Sombra estaban dañados. La nave respondió lentamente y, mucho antes de haber podido virar, el cielo fuera de las ventanas de la góndola se inundó de alas batientes y de los puntitos verdes de los ojos de las aves muertas.

\* \* \*

A popa, empapada y azotada por el viento en la cabina abierta del Wombat de Combate, Orla Twombley vio la nube de alas. Profiriendo imaginativos improperios, giró en redondo su máquina e indicó a sus compañeros que hicieran lo mismo. Ya había perdido a demasiados aviadores bajo las garras de las aves stalker en la Nube 9 y por nada del mundo se enfrentaría a una cantidad tan grande de ellas. Comprobó que sus hombres la seguían y luego puso rumbo de regreso al refugio que les ofrecía Mánchester, mientras una enmarañada bandada de pájaros se cerraba alrededor de la Arquetipo Sombra como los dedos de un dios siniestro.

\* \* \*

En la cubierta de vuelo, Theo esperaba a que los picos y las garras comenzaran a desgarrar las delgadas paredes de la nave. Sobre el murmullo de los motores de la Sombra, oía un zumbido de alas, el aleteo de las plumas de los pájaros al girar para igualar el curso y la velocidad de la pequeña aeronave.



—No han venido a atacarnos —dijo suavemente Enone, poniéndose detrás de Theo, tocándole el hombro con la mano—. Creo que nos están escoltando...

Theo se inclinó hacia delante y miró hacia arriba, más allá de la protuberancia de la cubierta. La nave averiada volaba ahora dentro de una oscura nebulosa de alas donde los ojos de cientos de aves resplandecían como estrellas verdes. Los pájaros eran inmensos: milanos, cóndores, águilas y buitres resucitados. A medida que el gas escapaba de las rasgadas células de la Sombra, cientos de aves aferraron el armazón con las garras y lo sostuvieron, transportándolo hacia el este sobre las cicatrices de las cadenas y los cráteres de impactos de bomba que surcaban la tierra de nadie.

A través de una de las destrozadas ventanillas de estribor entró un pájaro más pequeño. En vida había sido un cuervo. Se posó sobre el mango de uno de los controles y giró la cabeza. Su ojillo verde zumbó cuando enfocó a Theo. Abrió el pico y la leve y distorsionada voz de un comandante de la Tormenta, muy lejos de allí, surgió a través del diminuto radiotransmisor alojado en sus costillas. Hablaba en un código de batalla que Theo no reconoció, pero Enone sí. La mujer contestó en el mismo idioma áspero. El cuervo extendió las alas, pasó volando junto a ella, salió por la ventana y se alejó.

Enone miró a Theo.

—Uno de los puestos de observación del frente de la Tormenta ha visto que nos atacaban. Han supuesto que éramos agentes suyos. Les he contado la verdad: que soy *Lady Naga* y que estoy regresando a casa. El pájaro me ha dado las coordenadas del aeródromo donde quieren que tomemos tierra.

Theo escuchó los números que recitaba, pero apenas tuvo que modificar el rumbo: los pájaros ya dirigían la Arquetipo Sombra en la dirección adecuada. Se desplomó sobre el asiento y miró a Shrike. La conmoción le había dejado tan vacío que apenas sintió una leve sorpresa cuando vio que el hombre empapado y sollozante que el stalker sostenía frente a él era Nimrod Pennyroyal.

—¿Qué está haciendo él aquí? —preguntó.

—¡Ha sido un accidente! —dijo Pennyroyal, temeroso, como si pensara que estaban a punto de acusarlo de polizón—. Me caí. Spiney y yo... nos caímos de Puertoaéreo y aterrizamos sobre vuestro timón de cola. Bueno, yo aterricé. Spiney siguió cayendo, pobre diablo. Aunque le está bien merecido. —Pensar en la muerte de su enemigo pareció levantarle ligeramente el ánimo, pero solo durante un segundo. Sus ojos viajaron de Theo a los pájaros de la Tormenta que había afuera—. Ngoni, ¿soy un prisionero?

—Creo que todos somos prisioneros, profesor.

—Pero tú eres de la Tormenta Verde, ¡a ti no te harán daño! Yo era alcalde de Brighton. ¿Verdad que les dirás que, en el fondo, yo siempre fui antitraccionista? Acepté el cargo únicamente para poder socavar el sistema desde dentro. Y siempre traté bien a los *mossies* cautivos, ¿verdad? Tú podrías interceder por mí: tu vida en la Nube 9 era buena, ¿no? Tres comidas decentes al día y nunca tuviste que cargar nada más pesado que una sombrilla.

—Les pediré personalmente que lo traten bien —dijo Enone.

—¿Lo hará? ¡Gracias!

—Pero no sé si estarán dispuestos a escucharme. Todo depende de si las unidades que controlan estos pájaros son leales o si quieren verme muerta.

—¡Ay, Poskitt!

Enone apretó a Theo en el hombro y dijo:

—Tengo que ir a echarle un vistazo a tu amiga.

—¿Cómo está? —preguntó él. Se sintió avergonzado cuando reparó en que se había olvidado por completo de Hester. Enone lo miró con solemnidad—. ¿Se pondrá bien?

—Eso espero. Tiene una herida bastante grave en la cabeza. Haré todo lo que pueda. ¿Quién es Tom? No deja de preguntar por él.

—Su marido. Tom Natsworthy. El padre de Wren.

Enone asintió con gravedad y regresó a popa. Shrike liberó a Pennyroyal en la cabina y la siguió. A solas con el anciano, Theo dudó si debía maniatarlo, encerrarlo en el lavabo o algo por el estilo. Pero Pennyroyal parecía demasiado empapado y tembloroso como para intentar nada y la horda de aves de la Tormenta que se veía por la ventana era

suficiente para hacer que mantuviera la compostura. Theo se recostó en su asiento y paladeó la sangre que se había deslizado hasta la comisura de su boca desde una pequeña herida abierta en su frente. Pensó en Zagwa y en su familia, y se preguntó si volvería a verlos algún día. Pasara lo que pasara cuando aterrizaran, tenía que intentar comunicarse con ellos.

—Correo para ti —dijo Pennyroyal, avergonzado.

Theo se volvió a mirarlo. Pennyroyal sostenía un sobre sucio y arrugado.

—Me lo dejó para que te lo enviara, pero tengo que reconocer que olvidé hacerlo. Lo encontré antes en el bolsillo de mi gabán, mientras buscaba un trozo de papel para anotar el número del apeadero del Caramelo de Menta. Creo que es mejor que lo tengas tú. Más vale tarde que nunca, ¿no?

Theo le dio la vuelta al sobre y reconoció la cuidada caligrafía de Wren. Lo rasgó, sacó la carta y bufó de pura frustración cuando el papel mojado se desgarró. Su fotografía le sonreía, la misma imagen que había visto en el periódico: su rostro alargado y astuto, no tan hermoso como lo recordaba, pero real y encantador. Desplegó la carta sobre la consola de mandos e intentó leerla. La lluvia la había emborronado hasta tal punto que solo quedaban un par de frases legibles. «Voy a emprender un nuevo viaje...», «cargando provisiones...», «yo ni siquiera sabía que de Londres quedaran ruinas...». Unas cuantas líneas más arriba se leía una palabra que podía ser «supervivientes». Y luego, al pie de la página: «Búscame en Londres».

—¿Londres? —dijo. Intentó no gritar, pero no pudo evitarlo—. ¿Ha ido a Londres?

—¿Qué? —preguntó Pennyroyal, asombrado—. No, debes de haberlo leído mal: partieron para hacer algún tipo de trabajo para Wolf Kobold, el hijo del Kriegsmarshal. ¿Londres? Nadie va a Londres, es una ruina embrujada...

Solo había una línea más que Theo pudo descifrar. «Con amor», decía Wren.



Los camarotes olían intensamente a sangre y aceites antisépticos. Hester estaba tumbada con la cabeza echada hacia atrás y el rostro más blanco que la almohada sobre la que reposaba. Shrike estaba mirándola, y deseó que muriera sin recuperar la conciencia. Cuando fuera una stalker como él, no tendría que preocuparse tanto. Los nacidos una vez eran tan frágiles, tan desechables. Querer a uno era una agonía.

Enone se arrodilló para tomarle el pulso a su paciente y luego alzó la vista para mirar a Shrike. Con todo el caos de la pelea en el puntal 13 y el vuelo desde Puertaéreo, no había tenido tiempo de decir: «¡Señor Shrike! ¿Qué está usted haciendo aquí?» o «Señor Shrike, ¡cuánto me alegro de verlo!», y ahora ya era demasiado tarde. Así que, en cambio, dijo:

—Es Hester Shaw, ¿verdad?

—¿LA CONOCES?

—Por supuesto. Estudié su pasado antes de volver a resucitarlo.

Shrike notó que la nave descendía. Se acercó a una ventanilla lateral y miró afuera. A través de la oscuridad provocada por las alas de los pájaros veía hileras de luces que titilaban sobre el territorio que se extendía frente a ellos: faroles y antorchas dispuestas en la línea de combate de la Tormenta Verde. Los cepos para ciudades y los espejos acústicos asomaban del barro como si fueran lápidas. Consciente de que probablemente no tuvieran tiempo para conversar cuando aterrizaran, se dirigió al reflejo de Enone que había en el cristal de la ventana.

—¿POR QUÉ ME HAS HECHO ASÍ?

—¿Cómo? —preguntó ella, con aire culpable—. ¿No ha recuperado sus recuerdos? No borré nada: la idea era que, cuando hubiera destruido a la stalker Fang, volviera a ser usted mismo...

—NO PUEDO LUCHAR —dijo Shrike. Se volvió hacia ella y notó cómo se le crispaban las garras dentro de las manos de acero. Una chispa de su antigua furia de stalker se encendió en algún rincón de su interior como una brasa que resplandece en una chimenea apagada. Quería matarla por lo que le había hecho, pero lo que le había hecho llevaba implícito no poder

matarla—. ME HICISTE DÉBIL —dijo—. LOS FANTASMAS DE TODOS LOS NACIDOS UNA VEZ QUE MATÉ ANTES ONDEAN EN MI CABEZA COMO SÁBANAS MOJADAS. DETESTO LAS COSAS QUE HE HECHO. ¿POR QUÉ ME HAS HECHO SENTIR ASÍ?

Enone se acercó. Rozó la armadura con su mano.

—Yo no he sido. No sabría cómo hacerlo. Esos sentimientos proceden de su interior.

—CUANDO EL NACIDO UNA VEZ NATSWORTHY ME MATÓ EN LA ISLA NEGRA, YO RECORDABA COSAS. SE DESVANECIERON CUANDO ME REPARASTE, PERO CREO QUE ERAN RECUERDOS DE ANTES DE SER STALKER. DE CUANDO ESTABA VIVO, COMO TÚ... ¿DE AHÍ VIENE ESTA DEBILIDAD?

—Supongo que es posible... El doctor Popjoy tenía una teoría sobre el origen de los stalkers... —Sonrió. Shrike vio sus dientes blancos y torcidos, lo primero en lo que recordaba haberse fijado cuando lo desenterró de su tumba—. Creo que es más probable que haya desarrollado sentimientos y una conciencia propia. Es usted inteligente y consciente de sus actos y, al fin y al cabo, ha dispuesto de mucho tiempo para hacerlo. Creo que el proceso comenzó mucho antes de que yo lo conociera. Sé que usted salvó a Hester cuando era niña, y también todo el tiempo que pasó buscándola cuando ella se fue de casa. Esa fue una de las cosas que me hicieron reparar en que usted no era un stalker corriente. Lleva amando a Hester desde la primera vez que la encontró, ¿no es así?

Shrike apartó la mirada. Seguía siendo un stalker y le costaba hablar de las cosas que amaba.

—¿RECUPERARÉ ALGÚN DÍA ESOS RECUERDOS DE MI VIDA DE NACIDO UNA VEZ?

—Tal vez. Tal vez, la próxima vez que muera. Pero eso no será hasta dentro de mucho mucho tiempo. Lo reconstruí para que durara, señor Shrike.

La tierra firme ya no estaba lejos. Shrike miró a Hester y pensó que no le importaba cuánto tiempo viviera, siempre y cuando estuviera con él.

—QUIERO MANTENERLA FUERTE Y A SALVO PARA SIEMPRE. ¿ME AYUDARÁS?

Enone no entendió lo que realmente quería decir.

—Por supuesto que lo haré —le prometió. Se puso de puntillas y le besó la cara. Una pizca del fluido que lo preservaba se le quedó pegada en los labios y la punta de la nariz—. Enhorabuena, señor Shrike. Ha desarrollado usted el alma.

## 29

### Díver, díver, diversión en el Oberrang

Bajo la lluvia iluminada por el argón, Harrowbarrow se impulsó para salir del barro a estribor de Murnau, como un submarino gigante que emergiera de un mar tremendamente sucio. Se desplegó una rampa de abordaje y Wolf Kobold la cruzó para desaparecer en la ciudad de mayor tamaño, donde un elevador exprés lo llevó rápidamente hasta el Oberrang. Allí lo esperaba un coche compacto, además de un oficial que empezó a gritarle en cuanto puso un pie fuera del elevador.

—¡Señor, señor, venga inmediatamente! ¡Su padre está herido!

—Sí, he recibido el mensaje por radio —respondió Kobold con voz cansada mientras se acomodaba en el asiento trasero del coche.

Qué estúpido era dejarse arrastrar hasta allí solo para fingir interés por alguien que no le preocupaba lo más mínimo. Estaba deseando abordar de nuevo Harrowbarrow y librarse de aquellas sensibleras convenciones. Escuchó, prestando atención solo a medias, al chófer cotorrear sobre Puertoaéreo y espías de la Tormenta Verde mientras el pequeño automóvil tomaba bruscamente las curvas de Über-den-Linden hasta el Rathaus. Fuera del edificio, los jóvenes oficiales se despedían de sus amadas y los operarios empujaban para cerrar las últimas secciones de la coraza de la ciudad, pero Wolf apenas se fijó en ellos. En cambio, se quedó contemplando su propio rostro demacrado en el techo del escarabajo y pensó en la larga travesía que acababa de hacer por el territorio de la

Tormenta, en el centinela que había estrangulado mientras se arrastraba para cruzar sus líneas de vuelta a la tierra de nadie, donde el bueno y viejo de Hausdorfer había tenido esperando a su Barrow. Recordó Londres con orgullo, y todas aquellas fantásticas máquinas que pronto serían suyas.

En el Rathaus, los criados lo llevaron al salón principal. Su padre estaba sentado en un sillón, con el pecho vendado, agobiado por médicos ataviados con batas. Adlai Browne estaba de pie junto a él. Había llegado desde Mánchester con flores, uvas y una declaración legal que pretendía que el Kriegsmarshal firmara para absolver a la milicia de Mánchester de cualquier responsabilidad por sus heridas. Junto a él estaba la comandante de su fuerza aérea mercenaria. Hubo una época en la que a Wolf la señorita Twombly le había parecido atractiva, pero ahora le resultó demasiado estridente con todo ese cuero rosa y toda esa máscara de pestañas. Recordó con melancolía a Wren Natsworthy, su inocente belleza y su brillante, maleable y joven mente.

—¡Wolfram! —exclamó su padre, haciendo un gesto en dirección a los médicos para que se alejaran e incorporándose con dificultad para abrazarlo—. Me habían dicho que estabas fuera, en algún lugar...

—Un pequeño viaje de negocios —dijo Kobold, asqueado por la visión de las evidentes manchas de edad en los brazos del anciano y los mechones de pelo cano que asomaban por encima del vendaje de su pecho—. Regresé a Harrowbarrow anteayer.

Su padre lo escrutó con atención.

—Estás muy delgado, hijo mío.

Delgado, sin afeitar y con ojos febriles. Wolf le restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

—Es por ti por quien deberías preocuparte. Me han dicho que estás herido.

—Solo un par de cardenales y unos cuantos huesos rotos.

—He llegado a casa justo a tiempo, por lo que parece.

—¿A qué te refieres?

—¡Gran Thatcher! ¡Los *mossies* han intentado matarte, padre! ¡Ha sido un acto de guerra! ¡Debemos tomar represalias inmediatamente!



—¡Eso es precisamente lo que yo le he estado diciendo! —bramó Adlai Browne con el tono de un hombre que ha estado esperando impacientemente para retomar una conversación interrumpida—. ¡No debemos permitir que se salgan con la suya!

—Sandeces, Browne —espetó Von Kobold, poniendo una mueca de dolor al desplomarse en su silla—. ¡Fue uno de tus patanes borrachos quien me disparó!

—Euforia juvenil —protestó Browne—. Si no hubiera insistido en quedarse a la prisionera para él solo. —Se dirigió a Wolf—. ¿Se ha enterado? La señora Naga en persona estuvo paseándose por Puertoaéreo, protegida por una pandilla de stalkers. Apparently, estaba urdiendo una especie de plan con ese renegado de Pennyroyal.

—Ya veo. —Por lo general, Wolf se habría mofado de comentarios así, de la exageración y la histeria que se generaba cuando a los peces gordos de la ciudad les llegaba un leve tufillo de lo que era la guerra de verdad. Pero, aquella noche, un poco de pánico le venía bien. Cuanto antes volviera a estallar la guerra, antes podría emprender Harrowbarrow su viaje a Londres—. ¿Me equivoco si supongo que escaparon con vida?

Browne se giró hacia la aviadora que estaba su lado.

—Cuéntaselo tú, chavala.

Orla Twombly hizo una reverencia y dijo:

—La nave fue acorralada en tierra de nadie por la mayor bandada de aves stalker que he visto concentrada en un solo lugar. Debía de transportar a bordo algo, o a alguien, valioso. No pude hacer nada para evitar que escapara.

A Wolf le parecía que había muchas cosas que habría podido hacer si no valorara más su propia vida que el deber. Pero se limitó a asentir y dijo:

—Eso no suena bien. Quién sabe qué planes habrán puesto en marcha los *mossies*, o qué habrán descubierto sobre los nuestros propios. Solo hay una posible solución.

—Se refiere a... ¿un ataque? —preguntó Adlai Browne, esperanzado.

—Es la mejor defensa. Los *mossies* han atacado primero. Nosotros debemos tomar represalias. Atacar todos a la vez a lo largo de toda la línea.

Von Kobold se frotó los ojos.

—Tiene que haber otra manera...

—Si no se encuentra en condiciones de asumir el mando de este lugar...

—dijo Browne simulando consideración.

—Cumpliré con lo que me corresponda —prometió el anciano, con voz cansada—. No me llamará cobarde, Browne. Si las demás ciudades avanzan, Murnau también lo hará, y yo estaré al frente. A menos que mi hijo quiera ocupar su puesto en el puente de mando...

El Kriegsmarshal miró a Wolf, que negó rotundamente con la cabeza.

—Lo siento, padre. He de regresar a Harrowbarrow. Cuando el ataque comience, le daré un buen mordisco a las defensas *mossies* para que podáis entrar.

Estrechó la mano de su padre, dedicó una reverencia a Browne y a la señorita Twombly y salió de la estancia, dejando a su paso silencio y una sensación de tristeza, como un olor persistente que flotara en el aire.

—Bueno —dijo Adlai Browne enlazando las manos—. Debo informar al resto de alcaldes y Kriegsmarshals. Señorita Twombly, vaya desplegando sus máquinas voladoras. ¡La aniquilación de la Tormenta Verde comienza al alba!

# 30

## Ella renace

El aeródromo Consumar el Sueño de la Flor del Viento era una extensión rectangular de terreno llano, aplanada en el barro, a pocos kilómetros de la línea de combate de la Tormenta. Estaba rodeada de luces de aterrizaje, búnkeres y gigantescos hangares con forma de lomo de ballena, donde alojaban sus naves. Los cañones antiaéreos aguardaban agazapados y vigilantes sobre plataformas hechas con barriles de mimbre llenos de tierra. Los focos reflectores extendieron sus dedos transparentes para rozar la cubierta de la Arquetipo Sombra cuando la nube de pájaros la dirigió hacia la plataforma de aterrizaje.

Los soldados llegaron corriendo en cuanto la nave tomó tierra e irrumpieron en la góndola, invadiéndola por completo en cuanto Theo abrió la escotilla. Uniformes blancos, cascos protectores con forma de caparazón de cangrejo, armas. Enone apareció tras la cortina que había al fondo de la cabina de vuelo. Al verla, los soldados recularon y levantaron sus armas, alarmados a causa de sus ropas sucias y manchadas de sangre y del stalker que había junto a ella. Extendió la mano para que la luz resplandeciera en el sello de su anillo.

—Antes de que me disparéis —pidió educadamente—, me gustaría que os ocuparais de mis compañeros. El señor Ngoni y el profesor Pennyroyal no son enemigos de la Tormenta.

El suboficial que dirigía el escuadrón de abordaje hizo una profunda reverencia y presionó el puño derecho contra la palma de su mano izquierda, haciendo un saludo de la antigua Liga.

—Ahora está a salvo, *Lady Naga*.

Enone le devolvió la reverencia, nerviosa, todavía sin confiar del todo en él.

—En la cabina hay una mujer que precisa atención médica. ¿Hay un hospital de campaña aquí?

El soldado indicó una colina de búnkeres camuflados en el horizonte.

—¿Quiere que llame a los camilleros?

—YO LA LLEVARÉ —dijo Shrike.

Apartó la cortina y levantó a Hester en brazos fácil y cuidadosamente. Theo y los demás lo siguieron mientras la sacaba por la escotilla abierta. Sin embargo, al detectar que las cosas empezaban a escapar de su control, el oficial avanzó rápidamente para impedirselo y le bloqueó el paso levantando una mano.

—Cuidarán de ella, Su Señoría —prometió a Enone—. Pero primero estos forasteros y usted deben acompañarme. Tengo órdenes de llevarlos ante la comandante de sector.

\* \* \*

La zona de la línea de combate donde había aterrizado la Arquetipo Sombra estaba capitaneada por la maternal general Xao. Con ojos adormilados, aunque sonrientes, dio la bienvenida a Enone y sus seguidores al reducto donde había instalado su cuartel general. Era un lugar agradable para tratarse de un búnker: no era demasiado húmedo, un suelo cubierto de pizarra y paredes de madera encalada decoradas con cuadros. En las dependencias privadas de la general había fotografías de sus familiares fallecidos dispuestas entre las estatuillas de sus dioses domésticos sobre un recargado templete. Una estufa generaba un calor seco que hacía humear vapor de las ropas húmedas de Pennyroyal. La general le sugirió que se las quitara e hizo que uno de sus oficiales más rechonchos le prestara un uniforme de repuesto y una elegante túnica gris. Enone también se puso un

uniforme de la Tormenta Verde y se lavó la cara y el pelo. Seguía sin parecer una emperatriz, pero al menos ya no tenía pinta de golfillo callejero.

Los criados de la general trajeron vino de arroz, rollitos al vapor y té. Theo se quitó su chaqueta de aviador e intentó no quedarse dormido en la silla plegable que otro de los criados había dispuesto para él. Después de todo lo que les había pasado esa noche, todo aquello les parecía de un lujo inverosímil. Aunque había llegado a odiar la Tormenta Verde, jamás había dudado de la fuerza o del valor de su ejército. Era un alivio pensar que todos esos valientes soldados y potentes armas se interponían ahora entre él y los urbanitas. Ni siquiera estaba preocupado por Hester, ahora que se encontraba a salvo en el hospital de campaña.

—Mi gente está preparando una nave para llevarla a casa, a Tienjing, señora —dijo la general—. Su capitán es amigo mío, partidario del general Naga, y todos los miembros de su tripulación son de confianza. Ahora mismo, un pájaro stalker vuela al este para llevarle las buenas nuevas a su marido. Espero que levanten su ánimo.

—¿Se encuentra enfermo? —preguntó Enone alarmada.

La general Xao se mostró taciturna.

—Llevamos semanas sin recibir órdenes claras de Tienjing. Hemos advertido a su honorable esposo del rearme al otro lado de la línea. Además, un suburbio-segadora asaltó la Huella de Tracción 16 el mes pasado. Hemos informado de que no podremos mantener estas posiciones si las ciudades atacan, pero no parece importarle. Es como si, tras haber recibido la noticia de su muerte, hubiera perdido toda esperanza.

Por un segundo, dio la sensación de que Enone estaba a punto de echarse a llorar.

—¿No hay un modo más rápido de contactar con él? —preguntó con voz ronca—. Podría hablar con él por radio de largo alcance.

Xao negó con la cabeza.

—Yo no me arriesgaría, *Lady Naga*. Los bárbaros podrían interceptar su mensaje y tratar de asesinarla de nuevo.

—No fueron los bárbaros quienes intentaron asesinarme la primera vez —dijo Enone—. Fueron los bárbaros quienes me salvaron, con la ayuda de Theo.

—Efectivamente —asintió la general, sonriendo a Theo y luego a Pennyroyal—. Nos han llegado noticias del coraje del profesor Pennyroyal.

—¿Del coraje del profesor Pennyroyal? —Theo estuvo a punto de ahogarse con el rollito que estaba masticando. Se preguntó si la general no estaría un poco borracha. Primero, su discurso derrotista sobre no ser capaz de mantener la posición en la línea de combate, y ahora esto—. ¿Qué noticias le han llegado?

—Tenemos puestos de escucha avanzados en tierra de nadie que espían las radiotransmisiones urbanitas —explicó la general, y cogió unos cuantos papeles de su escritorio—. Esta es la transcripción de un boletín de noticias que apareció en las pantallas públicas de Murnau hace unas cuantas horas. —Leyó velozmente los dos primeros párrafos de la transcripción y luego se aclaró la garganta y dijo—: «Los asaltantes recibieron ayuda de un agente infiltrado en Puertoaéreo, el famoso autor, charlatán y antiguo alcalde de Brighton, Nimrod B. Pennyroyal. Cuando la nave espía de la Tormenta Verde partió, varios testigos vieron al traidor Pennyroyal corriendo tras ella, gritando: “¿Qué pasa con mi dinero?”».

—¿Traidor yo? —Pennyroyal estaba indignado.

—Solo a ojos de los bárbaros antitraccionistas —dijo la general Xao—. Para nuestra gente será un héroe.

—Pero..., ¡caramba! ¿De verdad?

—Que el alcalde de una ciudad-balsa bárbara haya visto tan claramente lo erradas que eran sus costumbres hasta el punto de arriesgar su propia vida para liberar a una prisionera de la Tormenta Verde... —continuó la general—. Su estatua se erigirá en el Salón de los Inconmensurables Inmortales de Tienjing. Naga lo recompensará generosamente. Él...

Un joven oficial entró en ese momento, haciendo una reverencia con gesto nervioso y murmurando algo en shanguonés. La general frunció el ceño y se levantó.

—Disculpenme, me requieren afuera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enone.

—Nuestros espejos acústicos están detectando ruido de motores procedente de las ciudades... Esperábamos un ataque, pero no tan pronto.

Santos dioses, ¡aún no he recibido los refuerzos que solicité para el mes pasado!

Un timbre empezó a sonar en la hilera de teléfonos de campaña de la habitación contigua, seguido de otro, y de otro más. La general Xao le gritó una orden a su subordinado y luego le dijo a Enone:

—Excelencia, debe abordar la nave inmediatamente. No me arriesgaré a que...

Un gigantesco estruendo sofocó el resto de la frase. El suelo se sacudió y una lluvia de polvo se derramó a través de los tablones del techo bajo. Pennyroyal empezó a invocar de nuevo a sus peculiares dioses. Theo miró la mesa en la que había apoyado su taza de té y la vio bailar con un bum, bum, bum atronador. Un soldado entró tambaleándose en el búnker y, aunque gritó su informe en shanguonés, Theo y sus compañeros comprendieron lo que significaban aquellas palabras antes incluso de que la general Xao se volviera a ellos y dijera:

—¡Ha comenzado! ¡Todas las ciudades se han puesto en marcha! ¡Docenas de ciudades! ¡Cientos de suburbios!

Se pusieron en pie, indignados por el hecho de verse lanzados a una nueva aventura sin haber tenido oportunidad siquiera de recuperarse de la anterior.

—¿Y qué hay de Hester y el señor Shrike?

—Haré que se reúnan con ustedes en el aeródromo —gritó la general Xao—. Ahora, dense prisa, y que los dioses nos protejan a todos...

\* \* \*

Siguieron a un suboficial fuera del cuartel general y por las trincheras donde cientos de soldados corrían a ocupar sus puestos. El estruendo procedente del oeste era espantosamente fuerte. El cielo sobre las trincheras de la línea de combate palpitaba con luz. Pennyroyal parecía aterrorizado. Theo contraía el rostro con cada uno de los estallidos y recordaba que la

mayoría probablemente se debía a la artillería de la Tormenta Verde disparando a las ciudades: cualquier ataque sería repelido pronto.

Enone era la única que había estado en la línea de combate. Reconoció las complicadas sacudidas de la tierra de la misma forma que el habitante de una ciudad comprendía lo que significaba cada movimiento de las plataformas que la componían. Sabía que en algún lugar, no demasiado lejos de allí, los suburbios de combate avanzaban a gran velocidad, tras la estela dejada por una ráfaga de proyectiles de pistolas cañón. Rezó mientras corría, preguntándose si Dios podría oírla con tanto estruendo.

Zigzaguearon por una trinchera de comunicación y allí, frente a ellos, apareció el aeródromo. Una corbeta los estaba esperando en la plataforma central mientras varias vainas de Espíritus del Zorro alzaban el vuelo con un rugido hacia el pálido amarillo del cielo y desde los hangares excavados en las colinas que rodeaban la nave. La corbeta se llamaba Furia, tenía los motores en posición de despegue y sus propulsores resplandecían como una llamarada plateada. Mientras cruzaban la embarrada plataforma de aterrizaje, una semioruga distinguida con el caduceo del cuerpo médico llegó a toda velocidad y frenó junto al pie de la rampa de la Furia. Shrike bajó de un salto de su vientre y extendió los brazos hacia la escotilla para ayudar a los sanitarios a sacar la camilla de Hester.

El suboficial exhortó a Enone a subir a la nave y Pennyroyal, que no necesitaba que nadie le exhortara a nada, trotó a su lado. Theo estaba a punto de seguirlos cuando recordó la carta de Wren, que seguía en el bolsillo de su chaqueta, colgada en la silla junto a la estufa en el cuartel de Xao.

—¡Tengo que volver! —gritó.

Shrike fue el único que le escuchó mientras subía a Hester por la rampa. Se volvió justo a tiempo de ver cómo Theo se introducía de nuevo en el laberinto de trincheras.

—¡THEO NGONI! —gritó. A veces, la estupidez de los nacidos una vez le resultaba inconcebible.

—¡Stalker! ¡Sube a bordo! —le gritó un aviador a través de la escotilla abierta de la Furia.



—TENEMOS QUE ESPERAR —insistió Shrike—. EL NACIDO UNA VEZ THEO NGONI NO ESTÁ CON NOSOTROS.

Un proyectil de pistola cañón estalló cerca del perímetro occidental del campo, derribando a un Espíritu del Zorro que acababa de despegar y rociando de barro y gravilla la cubierta de la Furia. Shrike miró hacia las trincheras, pero solo veía humo. Las explosiones se sucedían a un ritmo regular y distinguió otro ruido entre ráfaga y ráfaga bajo el golpeteo de las armas: la nota grave de los motores de las ciudades y el contrapunto agudo y chirriante de las cadenas tractoras en movimiento.

—Sube a bordo, stalker, o despegaremos sin ti —gritó el aterrorizado aviador, sujetándose el casco mientras las ondas de choque se perseguían por las plataformas de aterrizaje.

Shrike aulló una vez más entre la tempestad de ruidos: «¡THEO NGONI!». Luego, a su pesar, dio media vuelta, subió a Hester por la rampa y cruzó la escotilla. Enone corrió a su encuentro por el pasillo.

—¿Dónde está Theo? Creía que estaba con nosotros.

La Furia se sacudió y, con una violenta sacudida, ascendió por el aire.

Shrike llevó a Hester a la enfermería y la tendió en un camastro.

—CUIDAD DE ESTA NACIDA UNA VEZ —pidió a los edecanes, y corrió por la cabina hasta una ventana.

Afuera, las máquinas aéreas viraban bruscamente y las balas de sus ametralladoras aporreaban la coraza de la Furia. Abajo, el suelo estaba salpicado de impactos de explosiones. Los cañones pesados disparaban a lo largo y ancho de la línea de combate de la Tormenta mientras los trabucos de vapor desplegaban sus largos brazos y atravesaban con sus bombas las cortinas de humo que se elevaban sobre tierra de nadie.

\* \* \*

—¡Naga, ha comenzado!

El general Naga está echado en su sillón favorito, junto a la ventana de las dependencias que solía compartir con Enone. La escalera de caracol de

la pagoda de Jade retumba como los cañones de un órgano mientras un vendaval azota la fortaleza, propulsando la nieve hacia arriba frente a las ventanas de sus dependencias.

Su viejo amigo, el general Dzhu, espera en el vano de la puerta cambiando con nerviosismo el peso del cuerpo de una pierna a la otra, descontento ante la perspectiva de tener que entregar tan malas noticias.

—Hemos recibido informes de intensos combates en al menos doce sectores. Los fuertes de los pantanos Rustwater han sido atacados y hemos perdido la comunicación con el puesto de mando de Xao...

—Ah —dice Naga, sin mirarlo siquiera.

En la mesita baja que tiene al lado hay una taza y una tetera con té verde. La sirvienta Rohini se lo trae todos los días a esta hora y toca el shudraga para él, pero hoy Dzhu la ha despachado, insistiendo en que debía hablar con él en privado. Una lástima. Es una buena chica, y a veces Naga piensa que su bondad es lo único que le mantiene con vida. La música que toca le recuerda a su niñez, a cuando cazaba patos en los cráteres atómicos inundados al sur de China, antes de unirse a la flota aérea de la Liga en el verano en que Londres llegó al este arrastrándose sobre sus ruedas. En el centro de formación de la montaña de los Siete Tigres había una muchacha llamada Sathya que le gustaba, pero ella estaba enamorada de la Flor del Viento.

—¿Qué habrá sido de Sathya? —se pregunta—. ¿Crees que seguirá en esa ermita que le encontramos en Zhan Shan?

—¡Naga, estamos en guerra! —le grita su amigo—. ¿Qué órdenes tienes? ¿He de decirles a tus comandantes que resistan o que se retiren?

—Lo que a ti te parezca conveniente, Dzhu.

Dzhu suspira, da media vuelta para marcharse y vuelve a girarse hacia él.

—Hay otra cosa: parece tener una importancia menor, pero Batmunkh Gompa informa de una intensa actividad en las ruinas de Londres...

Naga ahuyenta sus palabras con un gesto de la mano, como si fueran moscas.

—¿Londres? Unos cuantos bárbaros infelices, Dzhu. Sabemos de su existencia desde hace años. Son inofensivos.

—¿Estamos seguros de eso? ¿Y si son una quinta columna aguardando para ofrecer ayuda al enemigo cuando avance? He ordenado que aumenten la vigilancia...

Naga intenta encogerse de hombros, pero su armadura mecánica no está diseñada para que pueda encogerse de hombros.

—Estoy enfermo, amigo mío. Me duele todo. No puedo dormir, pero tampoco estoy despierto del todo. La cabeza me zumba como un nido de abejas. Deberías tomar el mando en mi lugar.

—¡La gente te quiere a ti, Naga! ¡Fuiste tú quien aplastó a los bárbaros la primavera pasada, y saben que puedes volver a hacerlo! ¡No confiarían en mí!

—Echo de menos a Zero —murmura Naga—. La echo tanto de menos...

Dzhu lo mira fijamente.

—Le diré a Xao que resista, si consigo contactar con ella.

Cuando se marcha, ve a Cynthia Twite esperando afuera, observándolo desde las sombras. La obliga a bajar por una estrecha escalerilla y la saca al balcón. Los copos de nieve revolotean a su alrededor y el viento hace ondear su melena.

—¿Qué le está pasando? —sisea Dzhu—. Pensaba que en cuanto nos deshiciéramos de esa tal Zero recobraría el sentido común y nos llevaría a la victoria, pero lo único que hace es estar ahí sentado. ¿Es tristeza? ¿O se está muriendo? ¡Dímelo!

Cynthia sonríe.

—Té verde —le dice—. Una tetera todas las mañanas, como solía hacer su pobre esposa.

—¿Lo estás envenenando?

—Solo un poco. No lo suficiente como para matarlo. Lo justo para dejarlo inutilizado.

—¡Pero lo necesitamos!

—No, idiota, no lo necesitamos.

Dzhu no da crédito. En los reinos de la montaña, las mujeres respetan a los hombres y los jóvenes a sus mayores, pero ¡esta muchacha lo trata como si fuera un niño!

—¿No has oído los rumores, Dzhu? Una stalker matando muchachos perdidos en Brighton. Una lapa abandonada descubierta bajo una cascada en la provincia del Abanico de Nieve. El asesinato del doctor Popjoy. Todo encaja. Todo está conectado. ¿Tan ciego estás que no te das cuenta de lo que eso significa?

Dzhu se queda mirándola fijamente. Cae tanta nieve que ve su rostro entre una nube de intermitencias, como en una pantalla informativa averiada.

—¡Ha renacido! —sisea Cynthia, triunfal—. Muy pronto se mostrará ante nosotros y nos salvará de los bárbaros. Hasta que eso suceda, tenemos que asegurarnos de que Naga permanece debilitado. Cuando haya dejado que los bárbaros aplasten sus divisiones y devoren nuestras colonias occidentales, ¡el pueblo estará preparado para abandonarlo a él y recibir de nuevo a su verdadera líder!

—¡Estás loca! —dice el general Dzhu, dándole la espalda para ir a prevenir a su viejo amigo contra ella.

Uno de los largos palillos que mantienen en su lugar el peinado de Cynthia tiene la punta impregnada en veneno. Lo reservaba para una emergencia como esta. La afilada punta solo hace un levísimo arañazo en el cuello de Dzhu, pero el general está muerto antes incluso de poder gritar. Gruñendo a causa del esfuerzo y maldiciendo su gorda panza, Cynthia lanza el cadáver por el balcón y contempla cómo se precipita entre los copos de nieve hacia la escarpada ladera de la montaña en una caída de cientos de metros. Siempre ha albergado dudas sobre Dzhu y por eso ya tiene falsificada su nota de suicidio. Solo le llevará un momento colocarla a hurtadillas sobre su escritorio.

Piensa en su señora, la stalker Fang, en algún lugar en las montañas, aguardando. ¡Si al menos se mostrara! Cynthia entiende por qué la stalker querría castigar a esos debiluchos que se reunieron en manada bajo el estandarte de Naga, pero sin duda sabe que aún puede contar con sus leales agentes secretos. Durante un segundo, mientras vuelve a entrar en el edificio y se dirige hacia las dependencias del general Dzhu, casi se siente furiosa con su antigua señora. Pero se le pasa rápido. Sea lo que sea lo que

la stalker Fang esté planeando, será temible y grandioso, y no corresponde a Cynthia juzgarla.

\* \* \*

Theo siempre había tenido un buen sentido de la orientación. Encontró el camino rápidamente en el laberinto de trincheras y ya casi alcanzaba a ver el búnker cuando algo explotó justo al otro lado del alambre de espino, levantando un abanico de tierra y humo casi hasta el cielo del alba. Se agachó cuando el barro cayó, salpicándolo. Un mar de humo inundó la trinchera.

Los aterrorizados soldados escapaban por ella dando tumbos, desprendiéndose de sus armas por el camino y soltando mochilas y bandoleras. Iban con la boca abierta, como si gritaran, pero Theo no podía oírlos: la explosión del proyectil lo había dejado sordo.

Aturdido, trepó a un escalón de tiro para ver de qué huían los soldados. Al otro lado de la enmarañada barrera de alambre de espino que protegía la trinchera se movían unas siluetas montañosas. De tanto en tanto, cuando una ráfaga de viento apartaba las aureolas de humo, veía Murnau, tan solo unos kilómetros más allá, abriéndose camino a dentelladas a través de los cepos para ciudades destrozados por las bombas, mientras una docena de suburbios-segadora rastreaban el terreno en busca de minas y otras trampas. Una fortaleza cercana estaba lanzándole misiles pero, mientras Theo la observaba, el terreno empezó lentamente a temblar, y del barro que había en la base del fuerte asomó un enorme morro de acero romo. A medida que emergía, quedaron a la vista unas gigantescas barrenas y unas complicadas mandíbulas que redujeron el fuerte a pedazos para después engullirlo. «BIENVENIDO A HARROWBARROW», decía una tosca pintada blanca en su flanco acorazado. Theo tuvo tiempo de sobra para leerla mientras aquel extraño suburbio pasaba a su lado arrasándolo todo, aplastando búnkeres y destrozando cañones con sus cadenas tractoras. En el nivel superior de Murnau, los faros de señalización lucían a intervalos intermitentes, como si

trataran de llamarlo al orden. Sin embargo, el suburbio los ignoró, volvió a ocultarse en la profundidad del terreno cenagoso y se internó en territorio de la Tormenta Verde perforando la tierra.

Theo bajó de un salto de la plataforma y trastabilló, confundido por el humo y las altas paredes de tierra que las explosiones habían levantado en la trinchera. Se produjeron nuevas explosiones que lo cubrieron de fango y agua embarrada, pero todo sucedía en un silencio siseante, submarino, como en un sueño. Apenas comprendía lo que estaba pasando. ¿Cómo podían haber penetrado tan fácilmente las ciudades? ¿Dónde estaban los indómitos aerodestructores y las miles de unidades de Acróbatas de respuesta inmediata de las que tanto hablaban en las películas propagandísticas de la Tormenta Verde?

Una aeronave surcó el cielo, incendiada con tanta intensidad que Theo fue incapaz de diferenciar a qué bando pertenecía. Gracias a su luz, consiguió distinguir la entrada del búnker y corrió hacia allí, agradecido. El puesto de mando ya había sido evacuado, pero su chaqueta seguía colgada en el respaldo de la silla plegable, exactamente donde la había dejado. Se la puso, palpando la carta arrugada de Wren en el bolsillo, su fotografía apretada contra su corazón.

No oyó el chillido que hizo el proyectil de la pistola cañón al caer. Lo supo cuando las ardientes manos de la explosión lo levantaron del suelo. Entonces, todo se convirtió en luz.

# 31

## La casa de Erdene Tezh

La stalker Fang se detiene al borde de la plataforma de aterrizaje donde está amarrado el aeroyate de Popjoy y vuelve su rostro de bronce hacia el oeste.

—¿Qué? —pregunta Fishcake—. ¿Qué pasa?

Él también mira hacia el oeste, pero no ve nada: solo montañas. ¡Qué harto está de ver montañas! Montan guardia como gigantes de hielo alrededor del alto y verde valle y su reflejo titila en el lago, azotado por el viento, bajo la plataforma de aterrizaje.

—Disparos —susurra la stalker.

—¿Dices que la guerra ha vuelto a empezar? —Fishcake aguza sus roñosos oídos de nacido una vez para intentar oír lo que ella oye.

—Debo darme prisa. Ven.

Empieza a cojear hacia la pasarela elevada sobre el agua y Fishcake la sigue, llevando al hombro uno de los maletines de equipamiento que la stalker le ha hecho traer desde Dun Resurrectin'. En el cielo, las aves muertas que la han seguido desde la casa de Popjoy se adelantan volando, vigilando posibles movimientos en el cielo o en el abrupto paso de montaña del extremo occidental del valle.

La pasarela tiene unos ciento cincuenta metros de longitud. Al final hay una isla rocosa sobre la que se erige una casa oscura y fría como una tumba. Antigualmente era un monasterio dedicado a los dioses y los demonios de las montañas, cuyos rostros aún miran con ojos lascivos desde los nichos de las paredes exteriores. Después fue el hogar de Anna Fang, un lugar lleno de luz y de risa donde la aviadora descansaba entre las misiones de la Liga

Antitracción. Había planeado venir aquí a retirarse y criar caballos en los escarpados pastos verdes antes de que la espada de Valentine desmadejara todos sus planes.

Durante los primeros años del régimen de la Tormenta Verde se habló de convertir Erdene Tezh en un museo al que los escolares pudieran acudir a ver reliquias de la Flor del Viento y pisar el mismo suelo que sus pies habían pisado. Pero la stalker en la que se había convertido lo prohibió. Mandó cerrar la casa y dejó que se convirtiera en ruinas.

La puerta chirría cuando la stalker la abre. Fishcake se apretuja tras ella al cruzar la puerta donde se han acumulado franjas de nieve, que entre las sombras parecen azules. Al abrigo de la circunferencia del grueso muro de piedra hay un jardín: árboles muertos y hierba parduzca y también muerta, una fuente con un encaje de carámbanos de hielo. Fishcake trota detrás de su stalker por el sendero escarchado que lleva hasta la casa. La stalker no derriba la puerta de un golpe, como esperaba que hiciera, sino que despliega una de sus gujas digitales, la introduce en la cerradura y la gira con cuidado hasta que el mecanismo hace *clic*. Cuando abre la puerta, se vuelve para mirar a Fishcake.

—¡De nuevo en casa! —susurra.

Fishcake la sigue entre las sombras. Ya nunca está seguro de si es Anna o la stalker Fang. Cree que tal vez sean ambas, como si el remiendo de Popjoy de alguna manera hubiera fusionado ambas personalidades. No ha vuelto a ser desagradable con Fishcake y aún comparte sus recuerdos con él. Sin embargo, ya no juega con él, no le da la mano ni tampoco le acaricia el pelo o va a abrazarlo por la noche cuando lo despierta una pesadilla. Lo único que le queda de Anna es el caballito de madera tallada que estrecha con fuerza cuando se va a dormir.

Sea quien sea, la stalker parece feliz de estar en casa.

—Ah —suspira al cruzar un recibidor cuyo techo se ha desplomado y sobre cuyo elegante suelo embaldosado se han solidificado los excrementos de pájaro—. ¡Oh! —dice al cruzar el patio y asomarse a una alargada estancia cuyas ventanas rotas se orientan más allá del lago, hacia las blancas alturas de Erdene Shan—. ¡Menudas fiestas celebraba ella aquí! Qué tiempos tan felices...



El viento ulula al colarse por los agujeros de las paredes. Pasado el salón de fiestas hay un dormitorio, una cama con dosel hundiéndose como un barco torpedeado en el mar formado por sus propias mantas mohosas. En la otra punta del dormitorio hay otra puerta cerrada. Y, tras ella...

La habitación libera el aire viciado cuando el stalker la abre. Encogido tras ella, Fishcake intuye que esta parte de la casa lleva sellada todo este tiempo. Huele un poco como Grimsby. Las paredes y el suelo están cubiertos de metal y hay alfombras de goma. Telarañas y plásticos cubren una curiosa montaña de maquinaria: alambres y tubos, pantallas y cajas, válvulas y diales y cables de colores, teclados arrancados de máquinas de escribir...

—Los ingenieros no eran los únicos que sabían construir cosas en los buenos viejos tiempos —susurra la stalker—. A Anna se le daban bien las máquinas. Igual que a ti, Fishcake. Incluso llegó a construir su propia aeronave a base de todo tipo de cachivaches. Estaba intentando fabricar aquí un radiotransmisor de larga distancia. Nunca funcionó demasiado bien y, desde entonces, otros han tenido más éxito. Pero es un comienzo. Con lo que hemos traído del taller de Popjoy y el equipo de radio de su yate, estoy segura de que conseguiremos aumentar la señal.

—¿Con quién quieres contactar? —pregunta Fishcake.

La stalker deja escapar una risilla siseante. Le agarra por el brazo y lo arrastra hasta el dormitorio en ruinas, señala arriba por un agujero en el tejado, directamente hacia el profundo azul en lo más alto del cielo.

—Allí arriba. Ahí es donde está el receptor. Vamos a mandar un mensaje al cielo.

## TERCERA PARTE

# 32

## Diario de Londres

*19 de junio*

Han pasado diecisiete días desde que Wolf Kobold se fugó. Parece que todo el mundo se está olvidando de él. Incluso yo, la mayor parte del tiempo. E incluso Angie, ahora que se le ha pasado el dolor de cabeza y el chichón le está bajando. La mayoría cree que es imposible que Wolf sea capaz de atravesar tantos kilómetros del territorio de la Tormenta Verde y regresar a Harrowbarrow. Y que, aunque lo consiga, nunca podría traer Harrowbarrow de vuelta al este para comerse Nueva Londres, a menos que la guerra volviera a estallar. Pero las obras de Nueva Londres se han acelerado, por si acaso.

Cuando descubrí lo que estaban construyendo, pensé que todos estaban un poco majaras, para ser sinceros. Pero cuando ves lo mucho que se esfuerza todo el mundo aquí y lo mucho que confían en este loco proyecto de nueva ciudad que los ingenieros han imaginado, te das cuenta de que en Anchorage debió de pasar lo mismo cuando Freya Rasmussen decidió cruzar el hielo hacia América. Aquella también era una idea loca y estoy segura de que hubo mucha gente que pensó que jamás funcionaría. Mi madre estaba tan convencida de ello que traicionó a la ciudad y vendió su posición a Arkangel cuando no consiguió convencer a mi padre de que se marcharan de allí. Pero se equivocaba, porque sí que funcionó, ¿no? Y yo no quiero parecerme a mi madre, así que he decidido creer que Nueva Londres también funcionará.

En fin, a papá le ha entusiasmado poder aportar su granito de arena. Al principio estaba emperrado en ayudar a los ingenieros, pero las máquinas de Childermass son tan distintas de cualquier tipo de tecnología que haya visto antes que creo que lo único que hacía era estorbar. Así que empezó a ayudar a los hombres a arrastrar trozos de chatarra hasta el hangar, pero yo hablé en privado con la doctora Childermass y le expliqué lo de sus problemas de corazón, y ella

habló en privado con Chudleigh Pomeroy, que habló a solas con papá y le dijo que lo que Nueva Londres necesita de verdad es un museo. Para que, aunque vague por el rincón más remoto del mundo, la gente que viva en ella nunca olvide la antigua Londres y lo que fue de ella. «Y como nadie tiene tiempo, Tom —le dijo Pomeroy—, he pensado que quizá no te importaría reunir una pequeña colección, ¿qué te parece?». Así que papá ha sido nombrado historiador jefe y se pasa el día rastreando los montículos de óxido en busca de objetos que puedan transmitirle a las generaciones futuras algo sobre la Londres en la que él vivió. Vale cualquier cosa: desde tapas de alcantarilla y tirantes de los soportes de nivel hasta una estatuilla de la diosa Clio salida del santuario de algún hogar.

Mientras tanto, yo me he dedicado a patrullar con el resto de jóvenes londinenses. Al principio, el señor Garamond estaba completamente en contra, pero el señor Pomeroy le dijo que no fuera tan j\*\*\*\*\* idiota. Angie y sus amigos son muy simpáticos y se quedaron muy impresionados cuando les conté que había estado en una batalla de verdad y que había visto stalkers, bombas-acróbata y cosas así. (No les he contado cuánto miedo pasé; eso podría ser malo para mantener la moral). En definitiva, he recorrido la escombrera principal varias veces. Es bastante espeluznante, sobre todo de noche, pero Angie, Cat y los demás son buena compañía, y me han dado una ballesta por si acaso nos atacan. La verdad es que no sé si podría disparar a alguien, pero tenerla me hace sentir un poco más valiente.

Lo que de verdad me gustaría tener es una de las pistolas de rayos que los ingenieros fabricaron para enfrentarse a los stalkers, pero de esas no hay muchas, y solo pueden usarlas los guerreros de mayor confianza del señor G.: Saab, Cat y pocos más. Las aves stalker de la Tormenta Verde han estado muy fisgonas durante las últimas semanas y la campana de alarma de Crouch End se pasa el día sonando e indicando que todo el mundo se ponga a cubierto porque algún buitro viejo y comido por las pulgas está planeando en círculos sobre nuestras cabezas para darnos un buen repaso. Por lo general, nos hemos acostumbrado a ignorarlos, pero, cuando alguno se acerca demasiado a la Matriz, los chicos que están de guardia en las torres de vigilancia que hay allí apostadas lo derriban con sus pistolas de rayos. Ya hay media docena de ellos colgados fuera de Crouch End, todos chamuscados y renegridos.

Hay otra manera de deshacerse de ellos. Es mucho más peligrosa, y Angie y sus amigos se lo toman como una especie de entretenimiento. La semana pasada, cuando estábamos afuera patrullando, un pájaro stalker se acercó a nosotros volando. Se supone que, cuando pasa eso, tenemos que escondernos, pero Angie dijo: «¡Practiquemos un poco de cetrería cabrona!» y salió de un salto a cielo abierto, así que yo la seguí. Fuimos por uno de los senderos que serpentean entre los montículos de ruinas y el pájaro nos siguió. A mí me preocupaba que fuera a atacarnos, pero Angie me dijo que

nunca lo hacen: solo son espías, y ella quería darle su merecido por fisgonear.

Seguimos por el camino a paso bastante rápido y pronto me di cuenta de que nos dirigíamos al centro de la escombrera, a la parte que llaman el Carril Eléctrico. Hasta ese momento compartía la teoría de Wolf sobre los trasgos: que no eran más que un cuento. Pero allí, en mitad de Londres, donde todo tiene ese aspecto chamuscado y derretido, ya no estaba tan segura. Le pregunté a Angie si era seguro y me respondió con un más o menos que no me resultó demasiado tranquilizador, pero no quería que pensara que soy una cobarde, así que la seguí.

Un rato después llegamos a una cuesta y allí, delante de nosotras, había una especie de valle que se extendía por el centro de la escombrera. Parecía bastante tranquilo; había estanques y árboles en el lecho, pero a ambos lados las ruinas estaban completamente fundidas y carbonizadas. Angie dice que es el lugar donde aterrizó el núcleo de MEDUSA, que cayó de Londres derritiendo siete niveles a su paso, y que por eso la energía residual es más intensa en esa zona. No sé si es verdad. De todas maneras, solo pude contemplarlo durante un momento antes de que Angie me empujara a un hueco entre las ruinas oculto bajo un techo de hiedra. «¡Escóndete!», me dijo. Ese viejo e idiota pájaro stalker no nos vio y siguió elevándose hacia el valle. No había recorrido ni quince metros cuando una gigantesca y retorcida horca de rayos eléctricos salió crepitando de las ruinas y lo frió. No quedó más de él que una nube de humo y unas cuantas plumas churruscadas que el viento arrastró volando.

Después, yo me quedé temblando un poco, pensando en lo que podría haber pasado si el primer día que llegamos volando aquí nos hubiéramos metido con la Jenny en el Carril Eléctrico.

P. D.: Saab Peabody me ha pedido salir. Le he dicho que tenía que pensármelo y él me ha dicho que ya imaginaba que yo debía de tener novio en alguna parte en los Caminos de las Aves, y yo le he dicho que supongo que sí. Muy tonto todo, ¿no?

Y ahora, como es tarde y mañana va a ser un gran día —el primer ensayo para comprobar si la nueva ciudad funciona—, me voy a la cama.

# 33

## El ensayo

La mañana del ensayo amaneció gris y encapotada, amenazando lluvia. El viento soplaba del oeste en indignadas ráfagas, dispersando una tormenta de confeti formado por los pétalos de los árboles en flor que habían enraizado entre los escombros de Londres.

No queriendo atosigar a Wren, que subía a la Matriz con sus nuevos amigos, Tom hizo a solas el camino desde Crouch End. Escudriñó los montones de ruinas dispuestos junto al sendero mientras caminaba. Había adquirido el hábito de buscar por todas partes fragmentos que pudieran incluirse en el Museo de Nueva Londres para que los niños que nacieran en el futuro a bordo de la nueva ciudad pudieran hacerse una idea de cómo era la antigua Londres. Si sabías adónde mirar, los montículos de ruinas oxidadas estaban llenos de reliquias: carteles de calles y manillas de puertas, bisagras y teteras. Divisó una cuchara de peltre con el emblema del Gremio de Historiadores en el mango y se la guardó en el bolsillo. Había comido con cucharas como aquella cada día de su niñez: era como un fragmento de recuerdo solidificado. Le gustaba pensar que los futuros londinenses la mirarían y se imaginarían su vida.

Evidentemente, nunca conocerían todos los detalles: qué sentía y cuáles eran sus sueños, sus aventuras en los Caminos de las Aves, en los Desiertos de Hielo y en América. No se podía esperar que una cuchara de peltre transmitiera ese tipo de detalles.

No mucho tiempo atrás, viendo a Wren escribir en su diario una noche, Tom se había preguntado si no debería tratar de escribir algunas de las cosas

que le habían pasado antes de que fuera demasiado tarde. Pero él no era Thaddeus Valentine. Ni siquiera era Nimrod Pennyroyal. Escribir no le resultaba fácil. Y, de todas maneras, eso habría implicado tener que escribir sobre Hester, y no creía que pudiera hacer eso. Desde que había puesto un pie en Londres, ni siquiera había pronunciado el nombre de su esposa. Si sus nuevos amigos se preguntaban quién era la madre de Wren, se guardaban esa duda para sí mismos. Tal vez dieran por hecho que estaba muerta y que a Tom le dolía hablar de ella, cosa que no se alejaba demasiado de la verdad. ¿Cómo podría escribir sobre Hester para las generaciones futuras cuando ni él mismo entendía por qué había hecho las cosas que había hecho, o qué había ocurrido para que se enamorara de ella?

Ya cerca de la Matriz, alcanzó a un grupillo de camaradas londinenses, todos dirigiéndose al mismo lugar que él. Clytie Potts estaba entre ellos. Lo saludó efusivamente, agradeciendo su compañía: su marido estaba a bordo de Nueva Londres con los ingenieros.

—La doctora Childermass teme que su sistema de levitación magnética pueda funcionar demasiado bien —explicó—. Quiere tener a un aviador a mano para volver a aterrizar Nueva Londres si asciende a demasiada altura.

—¿De verdad?

—Es broma, Tom.

—Ah... —Tom rio con ella, aunque a él no le parecía gracioso—. Lo siento. Las cosas han cambiado tanto desde que éramos jóvenes... Hay tantos inventos nuevos. No sé qué puede y qué no puede hacer Nueva Londres, en realidad.

Pensó en los prototipos de levitación magnética que la doctora Childermass le había mostrado: plataformas del tamaño de mesas de comedor que se movían por la Matriz como por obra de magia, suspendidas a varios metros sobre el suelo. Si la nueva ciudad sobrevivía, los ingenieros planeaban aplicar la misma tecnología a mesas de verdad y crear también sillas y camas flotantes, así como juguetes planeadores de levitación magnética que venderían como curiosidad a otras ciudades. Tom les había oído hablar incluso de vehículos de levitación magnética. Eso le produjo una extraña tristeza porque, si funcionaban, seguramente supondrían el fin

de la era de la aviación, y su querida y vieja Jenny Haniver se quedaría obsoleta.

Pensar en ello hizo que le doliera el corazón, o tal vez fue por el esfuerzo de la subida desde Crouch End. Se tomó una de sus pastillas verdes y cruzó con Clytie la entrada a la Matriz.

\* \* \*

Nueva Londres aguardaba en el sombreado hangar, apoyando todo su peso sobre los grasientos soportes y con menos aspecto de ir a despegar que cualquier otro objeto que Tom hubiera visto en su vida. Unas pequeñas siluetas corrían sobre el casco, gesticulando las unas hacia las otras. Aparentemente, los ingenieros estaban teniendo complicaciones con uno de los repulsores magnéticos. Tom paseó la vista por la multitud de espectadores buscando a Wren. La vio de pie, cerca de las primeras filas, con Angie, Saab y unos cuantos jóvenes más cuyos nombres nunca recordaba. Se sintió orgulloso de ella y se alegró de que estuviera aclimatándose y haciendo amigos. Viéndola desde aquella distancia, se acordó de Katherine Valentine: había heredado parte de la gracia y la vivacidad de su tía, y la misma sonrisa fácil y deslumbrante. Nunca antes había reparado en ello, pero tampoco es que hubiera pensado mucho en Katherine antes de regresar a Londres. Ahora que se daba cuenta, el extraño parecido era ineludible.

Wren pareció notar que la estaba mirando: se volvió y, al verlo, se puso de puntillas para saludarlo por encima del mar de cabezas. Tom le devolvió el saludo y esperó que compararla con la pobre y desventurada Katherine no le trajera mala suerte.

Una campanilla empezó a sonar.

—Ya está —dijo Clytie.

Los ingenieros iban y venían por entre la multitud, advirtiéndole a los espectadores que retrocedieran y se colocaran junto a las paredes del



hangar. Todo el mundo callaba y observaba, expectante. En medio del silencio, escucharon a la doctora Childermass, a bordo de la ciudad, gritar:

—¿Todo el mundo listo? ¡Ahora!

Se escuchó un zumbido que aumentó rápidamente de volumen hasta volverse inaudible. No pasó nada más. Uno de los soportes de la popa de la nueva ciudad emitió un largo gemido, como si compartiera la decepción colectiva. A continuación, los demás soportes también empezaron a crujir y chirriar, y Tom se dio cuenta de que era porque se estaban relajando: Nueva Londres, cuyo peso muerto llevaban tantos años sosteniendo, ya no estaba apoyada sobre ellos. De la ciudad se desprendieron escamas de óxido que susurraban como hojas otoñales. Un pincel olvidado cayó de un andamio y repiqueteó al caer sobre el suelo de la Matriz. Los repulsores magnéticos oscilaron levemente cuando los ingenieros de la sala de mandos de la ciudad los alinearon correctamente, pero seguían pareciendo gigantescos espejos empañados. No hubo crepitar de rayos ni resplandores místicos, solo una leve vibración en el aire a su alrededor, como una especie de calma.

Lenta, muy lentamente, como un insecto torpe que tomara altura, Nueva Londres se levantó de su cuna de restos metálicos y giró levemente, primero a un lado y luego al otro. Avanzó ligeramente y Tom volvió a notar esa leve vibración.

—¡Funciona! —empezó a susurrar la gente, mirándose mutuamente para asegurarse de que no se lo estaban imaginando.

Así debió de ser cuando despegó la primera aeronave, pensó Tom, o cuando el divino Quirke activó los motores terrestres de Londres. Las máquinas de Lavinia Childermass iban a transformar el mundo de un modo que Tom no conseguía imaginar. Tal vez todas las ciudades del mundo flotarían para cuando nacieran los nietos de Wren. Tal vez ya ni siquiera necesitaran ciudades...

Se escuchó un agudo crujido. Uno de los conductos de ventilación de la quilla de Nueva Londres expulsaba humo. Las ondas de calma alrededor de los repulsores se disiparon, la ciudad flotante se desplomó con aire desgarrado sobre sus soportes y el metal gimió al tensarse. Los espectadores gruñeron decepcionados y pegaron la espalda a las paredes de

la Matriz cuando vieron que los soportes se tambaleaban y que los operarios corrían a estabilizarlos.

—¡No funciona! —se quejó una mujer que estaba cerca de Tom.

—¡Es una porquería! —dijo otra.

Lavinia Childermass salió de entre los edificios inacabados al borde del casco superior de Nueva Londres. La acústica de la Matriz y su propio nerviosismo hicieron que su discurso resultara prácticamente inaudible, pero, mientras Tom avanzaba hacia la salida, captó unos cuantos fragmentos de lo que estaba diciendo:

—Un pequeño incidente con las bobinas Kliest... No debemos desfallecer... Aún queda mucho trabajo por hacer... Puesta a punto... Ajustes... Esperar unas cuantas semanas más...

*Pero ¿tenemos unas cuantas semanas más?*, se preguntó Tom. Porque, cuando salió afuera, escuchó el zumbido de las naves de la Tormenta Verde que se dirigían al oeste y otro sonido, que al principio creyó que era un rayo, pero que luego identificó como el rugido de unos cañones inmensos, en algún lugar más allá en el horizonte.

## 34

### Refugiados

—Veo que te encuentras mejor.

—¿Esto es encontrarse mejor?

—Bueno, consciente al menos. Es una mejora.

Hester se frotó los ojos y trató de enfocar el techo. Se sentía dispersa como el agua, como si su cuerpo entero fuera una mancha de humedad que estuviera secándose lentamente en aquella dura camilla de crin de caballo. El fantasma que se cernía sobre ella se solidificó poco a poco en alguien que debía conocer. Comenzó a recuperar recuerdos de Puertoaéreo: la chica que había sacado del carguero de Varley, *Lady Naga*. Recordó el golpe que había recibido en la cabeza, la trifulca en el puntal 13.

—Has estado muy grave. —Enone hablaba como si fuera médico. Se había cambiado el vestido de arpillera por una especie de túnica militar de color blanco, pero seguía pareciendo un niño en edad escolar. Hester se quedó mirando fijamente sus gafas, unidas por un esparadrapo, y sus dientes torcidos—. Te repondrás completamente, la herida se está curando bien.

Hester recordó naves: la Arquetipo Sombra, y luego ese enorme cacharro de la Tormenta Verde. Despegando hacia el trueno. Gente gritándose entre sí, ella gritando también, Shrike sosteniéndola. Shrike debía de sentirse decepcionado porque hubiera sobrevivido. Levantó la cabeza de la almohada para buscarlo, pero no estaba allí. Estaba sola con Enone en una estancia cuadrada de color marfil. Habían abierto las persianas metálicas para que la luz vespertina se colara a través de un gran

ventanal. Su ropa estaba en una silla en la esquina, apilada y cuidadosamente doblada; su mochila y sus botas en el suelo, junto a ella. Un par de sus armas más grandes estaban apoyadas contra la pared: una presencia sólida y, de algún modo, reconfortante en aquel lugar tan ajeno.

—¿Qué es este lugar?

—Estamos en el Comando Avanzado —dijo Enone—. Es una antigua ciudad-tracción que la Tormenta desmanteló hace años.

—¿No estamos en Shan Guo, entonces?

—Todavía no. La Furia sufrió graves daños cuando abandonamos la línea de combate. Las ciudades penetraron mucho más deprisa de lo que nadie había esperado y sus máquinas voladoras estaban por todas partes. Conseguimos llegar aquí a duras penas, y aquí llevamos atrapados desde entonces. La general Xao también está aquí. Está intentando organizar una segunda línea de defensa y ha prometido volver a ponernos en camino en cuanto sea posible reparar la Furia. Al norte y al sur de aquí, la batalla es intensa. Este lugar no es más que una isla en medio de un océano de ciudades hambrientas...

Hester la escuchaba solo a medias, intentando ordenar los vagos recuerdos de su convalecencia y el viaje al este. Ahora sabía cómo se había sentido Theo después de que lo rescatara de Cutler's Gulp. Ojalá hubiera sido más compasiva con él.

—¿Y qué hay de los demás? —preguntó.

—El señor Shrike está aquí, prácticamente ileso. Te ha acompañado durante todo el tiempo que has estado convaleciente, pero hoy la general Xao le ha convencido para ir a las trincheras de la línea de combate y ayudarla a organizar las defensas. Mánchester y una docena de ciudades más nos cercan desde el oeste, así que necesita toda la ayuda que pueda conseguir. He pedido que lo avisaran de que estabas empezando a despertar. Viene de camino, llegará pronto. Se alegrará de ver que has salido adelante.

—Lo dudo —respondió Hester—. ¿Y qué hay de Theo?

Enone titubeó.

—El profesor Pennyroyal también está aquí. Ha estado coqueteando descaradamente con la general Xao...

—¿Theo? ¿Qué hay de Theo?

Enone bajó la vista, ocultándose bajo ese insufrible flequillo negro.

—¡Dioses y diosas!

Hester se impulsó de lado para salir de la cama. Intentó incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas. Algo le tiraba del brazo y, cuando miró, vio un tubo de plástico transparente que sobresalía de la carne bajo el codo. El tubo estaba conectado a una botella invertida que reposaba en un soporte junto a su cama. Gritó de horror y asco.

—No pasa nada —le prometió Enone, deteniéndola cuando vio que cogía el tubo para arrancárselo—. Es una técnica antigua, un método para hacer que recuperes fluidos. Llevas días inconsciente; hemos tenido que...

Hester se sentó en el borde de la camilla, tiritando, y miró por la ventana. Su cuarto de convaleciente debía de estar en el nivel más alto de la ciudad desmantelada: afuera, los techos y chimeneas caían vertiginosamente a una llanura de color gris verdoso sobre la que los grupos de soldados avanzaban y las semiorugas arrastraban grandes cañones para ponerlos en posición.

—Ha venido a buscarlo, ¿verdad? La Dama Muerte...

Tras ella, Enone dijo:

—Volvió a las trincheras por algún motivo... —Rodeó la cama. Su mano rozó el huesudo hombro de Hester—. Cuando nos dimos cuenta de que se había ido, era demasiado tarde. Debió de meterse de lleno en el bombardeo de las ciudades...

Hester extendió el brazo y agarró la cadena que rodeaba el cuello de Enone y de la que colgaba aquel barato crucifijo zagwiano. Tiró con fuerza de ella y atrajo el estupefacto rostro de la joven hacia el suyo.

—¡Tendrías que haber ido tras él! ¡Tendrías que haberlo salvado! ¡Él te salvó a ti!

Pero era a sí misma a quien culpaba. Nunca debió permitir que Theo emprendiera aquella descabellada misión de rescate. Ahora estaba muerto. Soltó a Enone y se ocultó el rostro, asustada por las lágrimas que derramaba, por aquel espantoso gimoteo que no era capaz de detener. Se había prometido a sí misma que nunca volvería a preocuparse por nadie y debería haber cumplido su promesa. Pero no, su estúpido corazón había

vuelto a abrirse a Theo, y ahora estaba muerto, y ella estaba pagando el precio por haberle querido.

—¡Tendrías que haber rezado a ese viejo Dios tuyo! —le gritó a Enone —. ¡Pedirle que lo protegiera! ¡Que lo trajera de vuelta!

Abajo, en la llanura que se extendía a los pies de la ciudad, las tropas de la general Xao cavaban desesperadamente madrigueras y cepos para ciudades. Las hojas de sus palas y picos resplandecían rítmicamente como un banco de relucientes peces que vira en el agua. A través del suelo de la habitación les llegaban ruidos de pies que marchaban y de órdenes vociferadas desde los niveles inferiores, donde los exhaustos suboficiales trataban de reunir nuevas unidades de combate repescando a los supervivientes que llegaban penosamente de las derrotas del norte y el oeste. Enone y Hester permanecieron sentadas, una al lado de la otra, en la cama. Un rato después, Enone dijo:

—Si Dios pudiera hacer esas cosas, el mundo no sería como es. No puede bajar y cambiar las cosas. No puede evitar que ninguno de nosotros haga lo que hace.

—¿Y de qué sirve, entonces?

Enone se encogió de hombros.

—Él ve. Entiende. Sabe cómo te sientes. Sabe cómo se sentía Theo. Sabe lo que se siente al morir. Y cuando morimos vamos con él.

—¿A la Región de las Sombras, quieres decir? ¿Como fantasmas?

Enone negó con la cabeza, paciente.

—Como niños. ¿Recuerdas cómo era ser una niña pequeña? ¿Cuando todo era posible, y se te concedía todo, y te sentías segura y querida, y los días eran eternos? Cuando muramos, volverá a ser así. Y así es como son las cosas para Theo, en el paraíso.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha contado uno de esos cadáveres que resucitabas?

—Simplemente lo sé.

Siguieron sentadas la una al lado de la otra. Enone rodeó a Hester con un brazo y ella le permitió hacerlo. Aquella mujer seria y sosa tenía algo que la conmovía, por mucho que se empeñara en lo contrario. Era su bondad, y su estúpida e indómita esperanza. A Hester le recordó a Tom. Se

quedaron así, sentadas en la camilla, esperando al señor Shrike e imaginando a Theo en el paraíso. Al otro lado de la ventana, el día fue desdibujándose en un crepúsculo de color gris acero. Las luces de las ciudades que avanzaban hacia ellas titilaban a lo largo de toda la línea de horizonte occidental.



Theo no estaba en el paraíso. Estaba caminando penosamente por una inmensa estepa azotada por el viento en algún lugar al noreste del Comando Avanzado. Llevaba tanto tiempo caminando que sus botas habían empezado a desintegrarse y tuvo que atárselas con tiras de tela, que no dejaban de deshilacharse al arrastrarlas por el barro.

No estaba solo. A su alrededor, lo que quedaba de las divisiones de la línea de combate de la Tormenta Verde estaban siendo evacuadas hacia el este, espoleadas por las historias de suburbios-segadora y aviadores mercenarios que irrumpían en territorio de la Tormenta tras ellos.

Cuando consiguió salir de las ruinas del búnker de la general Xao, apartando escombros con sus propias manos el día en que la guerra había estallado, el primer pensamiento de Theo fue regresar como fuera a Zagwa. Pero las ciudades se habían abierto camino por toda la línea de combate. Huyendo de ellas, se había topado con aquella congregación de soldados vencidos y a la fuga y se había dejado arrastrar en la única dirección que parecía segura: al este. Había conseguido sitio a bordo de una semioruga, pero, pocos días después, las aeronaves urbanitas bombardearon los puentes de carretera que había más adelante y no tuvo más remedio que bajar del vehículo y renquear junto a los rezagados, junto a los caminantes heridos, junto a los que habían perdido el oído o la cordura por lo que habían visto en el frente.

El mismo Theo se sentía a veces medio demente. A menudo se despertaba temblando en mitad de la noche, recordando lo que había vivido bajo los cañones de aquellas ciudades.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, se sentía simplemente miserable. El paisaje no ayudaba. Llevaba más de una década siendo territorio de la Tormenta, pero la Tormenta nunca había sabido qué hacer con él. Una facción había intentado promover el crecimiento natural de arbustos y malas hierbas que proliferaban en las antiguas huellas de cadenas tractoras, y otra había intentado allanarlas y plantar trigo. El resultado era un paisaje ondulado y levemente boscoso que no tardó en convertirse en cenagal bajo las botas del ejército derrotado. De vez en cuando pasaban junto a granjas de molinos de viento o pequeñas colonias estáticas, pero todos los edificios estaban desiertos: los colonos habían huido y los campos y las casas habían sido saqueados por los soldados a la cabeza de la columna.

Theo pensaba en Hester, y en Enone, y en el profesor Pennyroyal, y en si habrían conseguido escapar. Al principio tuvo la esperanza de que volvieran a buscarlo, pero, cuando la magnitud de la derrota de la Tormenta estuvo clara, la esperanza desapareció. ¿Cómo iban a saber dónde buscarlo? Si la mitad de los rumores que había oído eran ciertos, ejércitos enteros habrían sido aplastados, y el Territorio de Caza oriental estaba repleto de columnas de refugiados dispersos como esa a la que él se había unido, todos tratando de llegar a un lugar seguro antes de que las voraces ciudades los atraparan.

Llegó a la cima de una larga ladera y, al norte, a lo lejos, vio una mancha irregular sobre la llanura. Algunos de sus compañeros (no podía llamarlos amigos: estaban demasiado conmocionados y débiles para hacer el esfuerzo de interesarse por cómo se llamaban) se habían detenido para mirarla, hablando y señalando.

—¿Qué es? —preguntó Theo.

—Londres —dijo un suboficial shanguonés—. Una potente ciudad bárbara que los dioses destruyeron cuando intentó atravesar las murallas de Batmunkh Gompa.

—Entonces los dioses estaban de nuestra parte —dijo otro—. Ahora nos han dado la espalda. Están castigando a Naga y a su puta por haber derrocado a nuestra stalker Fang.



Un oficial de comunicaciones que llevaba los ojos envueltos en una venda dijo:

—Me alegro de no poder ver Londres. Es un lugar de mal agüero. Solo mirarlo ya atrae la calamidad.

—¿Crees que tu suerte puede empeorar más? —se burló el suboficial.

El grito de «¡Aeronave!» les llegó desde más atrás en la columna. Todo el mundo se tiró al suelo, algunos arrastrándose bajo los arbustos, otros intentando excavar un agujero para ocultarse en la tierra mojada. Sin embargo, la nave que apareció rugiendo sobre sus cabezas era una Polilla Halcón Zhang-Chen, con el rayo verde de la Tormenta pintado en los alerones de cola. Aterrizó en una llanura a unos cuantos kilómetros de allí.

Las tropas que rodeaban a Theo se quedaron mudas. Era la primera nave de la Tormenta que veían en muchos días y se preguntaron qué significaría. Pero Theo estaba más interesado en Londres. Observó a través de la niebla su silueta hostil y puntiaguda, intentando sin éxito imaginarla como una ciudad en movimiento. ¿De verdad estaría allí Wren? Rebuscó en su bolsillo y sacó la fotografía. Estudió su cara como había hecho tantas veces antes durante su marcha hacia el este y recordó ese beso tan lejano que habían compartido. «Amor», había escrito al final de su carta, pero ¿lo había dicho de verdad o era uno de esos «amores» casuales, despreocupados, con los que se terminan las cartas y que no pretenden sugerir nostalgia ni deseo?

Aun así, a Theo le insufló esperanza el hecho de pensar que Wren podía estar tan cerca. Los fantasmas de Londres no lo asustaban. No mucho, al menos. Había sobrevivido al Rustwater, y a la línea de combate, y a Cutler's Gulp, y no era capaz de imaginarse fantasmas más terroríficos que esos. Al igual que su camarada shanguonés, no creía que su suerte pudiera empeorar.

Un oficial a bordo de un trineo de barro motorizado recorrió la línea con un estruendo, y fue deteniéndose frente a cada grupillo de soldados para vociferar a través de un megáfono:

—¡Nuevas órdenes! ¡Nos movemos al suroeste! La general Xao resiste en el Comando Avanzado.

Theo escuchó murmurar a los soldados que lo rodeaban, vacilantes. No creían que el enclave del Comando Avanzado pudiera resistir mucho. Querían seguir hacia el refugio que ofrecían las montañas. Tal vez en Batmunkh Gompa, que durante tanto tiempo había rechazado a las ciudades, pudiera haber esperanza...

—¡Moveos! —gritaba el oficial mientras avanzaba y rugía por la columna—. ¡Ánimo! ¡Vamos a unirnos a la general Xao y a aplastar a los bárbaros! ¡En el camino al Comando Avanzado os aguardan comida y suministros!

Ni siquiera él parecía creerse sus consignas, pero todo el mundo conocía el castigo por desobedecer una orden de la Tormenta. Los soldados recogieron fatigosamente sus mochilas y pistolas, algunos gruñendo, otros maldiciendo, otros entusiasmados y jurando que esta vez detendrían a los bárbaros para siempre.

Theo no. Le alegró oír que la general Xao seguía con vida, pero aquella no era su guerra; ni siquiera vestía el uniforme de la Tormenta bajo aquel gabán robado. Puso la fotografía de Wren a buen recaudo en su bolsillo y se separó de los demás, escabulléndose sin ser visto hacia una huella inundada cuando los soldados empezaron a moverse.

Ya era casi de noche cuando le pareció seguro volver a mostrarse. Vadeó el lecho de la huella y trepó por la pared del fondo, hacia terreno llano. Del ejército con el que se había dirigido al este no quedaban más que unas cuantas mochilas abandonadas, un caballo muerto, algo de basura arrastrada por el viento. Al oeste, los cañones volvieron a retumbar mientras avanzaba por la llanura hacia la distante silueta de la ciudad destruida.

«Búscame en Londres».

## 35

### Enlace ascendente

La casa de Erdene Tezh vibra con la energía de las máquinas antiguas. Alimentados por un generador hidroeléctrico ubicado en el sótano, las luces brillan, las agujas tiemblan y los dispositivos extraídos de antiguos cerebros de stalkers rechinan y chasquean. La estancia está cubierta por una maraña de cables. En el centro de este nido de maquinaria está la stalker Fang pulsando los teclados de marfil. Brillantes y diminutas luciérnagas danzan para ella al otro lado del cristal de una vieja pantalla informativa. Susurra para sí cadenas de números, letras, crípticos códigos extraídos de sus recuerdos del Libro de Hojalata, el lenguaje olvidado de ODÍN.

Para Fishcake, nada de esto tiene sentido. Cuando su stalker no le pide que arregle o transporte algo, se dedica a deambular por las estancias muertas, o sale al jardín y contempla los peces congelados en el hielo del estanque, o simplemente duerme, aferrado a su querido caballito de madera. Ahora duerme mucho, cuando su mente y su cuerpo consiguen abstraerse del frío y el hambre. No ha comido lo suficiente: aunque trajo una mochila con comida de Batmunkh Gompa, los alimentos están empezando a acabarse. El estómago le duele de hambre. Le ha mencionado el problema a su stalker, pero lo ignora. Ahora que su transmisor está terminado, Fishcake ya no le interesa.

A veces sueña que escapa de este lugar. Esperanzado, mira de reojo las llaves del aeroyate de Popjoy que, por motivos que solo ella conoce, la stalker lleva colgadas al cuello con una cadenita. Aunque Fishcake no se

atreve a quitárselas: sabe que no conseguiría dar más de tres pasos antes de que ella acabara con él.

Esta noche, como el resto de la casa está tan fría, ha regresado a la estancia donde se encuentra la stalker esperando poder hacerse un ovillo al abrigo del débil calor que desprenden las máquinas. Ella sigue trabajando, tecleando todavía sus cadenas de números. El repiqueteo de sus dedos de acero sobre las teclas suena como si la misma Dama Muerte estuviera jugando a los dados con los huesos de los difuntos en la Región de las Sombras. Los mecanismos hidráulicos chirrían en algún lugar del tejado, vertiendo una nieve de yeso desmenuzado. Afuera, donde la verdadera nieve se arremolina en torno al tejado y las aves stalker montan guardia para alertar de la presencia de aeronaves espías, una antena con forma de platillo gira y se inclina para orientarse hacia un punto concreto al noroeste, en lo alto del firmamento.

\* \* \*

En las alturas, muy muy lejos de allí, algo enorme, antiguo y gélido surca la vasta negrura recubierto de polvo estelar y horadado por microscópicos meteoritos. Los paneles solares emiten un resplandor cansado, como el que se cuela a través de las ventanas polvorientas. En el interior del casco acorazado, un receptor escucha pacientemente la misma nube de ruido estático que ha escuchado durante milenios. Pero ahora algo está cambiando: en medio de la estática, como desechos marinos que se dirigen a la orilla sobre la cresta de una ola, recibe un mensaje que le resulta conocido. El antiguo cerebro computacional lo detecta y responde. Con el largo paso de los años, muchos de sus sistemas han sufrido desperfectos, pero cuenta con otros suplementarios de apoyo. Las baterías zumban, unas hebras de luz radiante comienzan a entrelazarse con las bobinas de la cámara que alberga el arma y los cristales de hielo se arremolinan en una brillante y extensa nube cuando los pesados escudos se abren.

ODÍN se asoma al azul estanque de la Tierra y aguarda a que le ordenen lo que debe hacer.

# 36

## Intrusos

*22 de junio (creo)*

Escribo esto en un deprimente agujero en el borde occidental de las ruinas de Londres, escuchando los cañonazos procedentes del oeste. ¿Qué distancia puede alcanzar el sonido de los disparos? Aquí nadie lo sabe con certeza. Pero es bastante evidente que la guerra ha comenzado de nuevo y que la Tormenta Verde va perdiendo. Ya han aparecido unos cuantos refugiados deambulando por la escombrera, pero han acabado alejándose por iniciativa propia, o con un pequeño empujoncito por parte de los londinenses que se esconden entre las ruinas y se dedican a hacer ruidos inquietantes. Pero ¿y si llegan más?

¿Y si los suburbios y las ciudades vienen tras ellos? ¿Y si Wolf Kobold ya viene de camino a bordo de Harrowbarrow?

Tengo que reconocerles algo a los londinenses: no se dan por vencidos fácilmente. Se ha decidido que Nueva Londres tendrá que estar lista para marcharse a finales de esta semana y, aunque Lavinia Childermass y sus ingenieros no parecen muy seguros, saben que no tienen otra alternativa.

Mientras los ingenieros se afanan en la Matriz, los demás han empezado a almacenar todo lo que se necesitará a bordo de la nueva ciudad y han enviado patrullas de refuerzo para vigilar los límites occidentales de la escombrera y detectar si se avecinan problemas. Y eso nos lleva a por qué estoy aquí, bajo la lluvia, en lugar de acurrucada en mi cama en Crouch End. Hemos montado un campamento entre los montículos de óxido y esta noche dormiremos bajo las estrellas (o, más bien, bajo una especie de techado herrumbroso que nos alegramos de tener a mano porque nos protegerá de la llovizna). Cat Luperini, que está a cargo de nuestro pequeño equipo, dice que tenemos que hacer turnos de guardia. Ella va a hacer el primer turno y yo la relevaré cuando...

Wren soltó el lapicero y cerró el cuaderno. A través del repiqueteo constante de la lluvia había distinguido claramente el canto de un pájaro: la señal que las patrullas utilizaban para comunicarse entre sí en las ruinas. Fue a avisar a Cat, pero la otra chica ya lo había escuchado.

—Es el equipo de Hodge —dijo—. Nos necesitan.

El resto de integrantes de la patrulla —Angie Peabody y un muchacho bajito y tímido llamado Timex Grout— estaban desperezándose, revolviéndose bajo las sábanas y cogiendo sus faroles y ballestas. A Wren le latía el corazón rápidamente; lo notaba como si se le hubiera quedado atrapado en alguna parte entre las anginas. *Esto podría ser el fin*, pensó. ¿Y si la patrulla de Ron Hodge, en el borde suroeste de las ruinas, había detectado las luces de Harrowbarrow? ¿Y si los escuadrones de avance de Harrowbarrow estaban ya adentrándose en la escombrera, dispuestos a matar a cualquiera que encontraran a su paso? Sacó una flecha del carcaj de su cinturón con dedos titubeantes y la cargó en la ballesta.

El canto del pájaro le llegó otra vez. Cat respondió y la patrulla partió veloz bajo la llovizna. La luna brillaba velada por las nubes. Wren agradecía su luz, pero seguía aterrorizada ante la perspectiva de perder a los demás y tener que vagar sola por aquel demencial paraje oxidado. Los cuentos de los que se había burlado en Crouch End parecían muy reales allí fuera, en medio de las sombras nocturnas. Empezó a recordar todos los espeluznantes relatos del folclore londinense que su padre le había contado, las siniestras formas sobrenaturales que poblaban las pesadillas de la antigua ciudad, los fantasmas de Boudica y Jack Piedemuelle, los terribles Wombles, ladrones de chatarra.

Estuvo a punto de gritar cuando una silueta se recortó al frente, en el sendero, pero solo era Ron Hodge, seguido por el resto de su patrulla.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cat.

—Un intruso —dijo Ron, temblando—. Lo hemos avistado y luego lo hemos perdido. Está por aquí, en alguna parte.

—¿Solo uno?

—No lo sé.

Cat tomó el mando y ordenó a todo el mundo que se dispersara y buscara. Iban llamándose los unos a los otros mientras avanzaban junto a

las puntiagudas agujas y las esquinas de las ruinas. Ahora, además de sonidos de pájaros, usaban también palabras: a veces el sonido de las voces surgiendo de las pilas de chatarra muerta bastaba para hacer que los intrusos dieran media vuelta y salieran huyendo.

No había rastro de nadie.

—¿Qué ha sido eso? —chilló Timex.

Wren corrió hacia él, tambaleándose entre montones de escamas de óxido, crujientes como cereales de desayuno.

—¡Ahí! —bufó Timex cuando llegó a su lado, y ella también lo vio durante un instante: un movimiento entre dos bloques de ruinas cercanos.

Intentó llamar a Cat y los demás, pero tenía la boca demasiado seca. Buscó el seguro de su ballesta, diciéndose que si el extraño era uno de los hombres de Harrowbarrow de Wolf tendría que matarlo antes de que él la matara a ella.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz.

Un acento que reconocía: el acento de Theo. Wren empezó a tiritar de puro alivio. No era ningún atacante, solo un aviador africano perdido, otro desertor del ejército de la Tormenta en retirada que los vigías habían visto pasar junto a las ruinas. Cat había dicho que habían detectado a una media docena deambulando por los límites de la escombrera en los últimos días y que había sido fácil ahuyentarlos. Wren se preguntó cuál sería la mejor manera de convencer a este de que las ruinas estaban plagadas de espíritus que no hallaban la paz. ¿Debería salir de su escondite de un salto agitando los brazos y diciendo «Buuu»?

Y en ese preciso instante pasaron un montón de cosas, todas a la vez. El extraño, que estaba más cerca de lo que había sonado, apareció de repente doblando la esquina de un antiguo bloque de motores. Cat y Angie, emergiendo de la cima de ruinas que tenía justo detrás, descubrieron sus faroles, las cegadoras y fantasmales luces que habían ahuyentado anteriormente a tantos otros entrometidos. El extraño, asustado, corrió directamente hacia Wren y Timex. Timex cayó de espaldas y chocó con Wren, cuya ballesta se disparó accidentalmente con un desconcertante tañido y el retroceso estuvo a punto de romperle el brazo. El extraño cayó



bajo el haz de luz de los faroles y, al atisbar su rostro, Wren vio que no solo se parecía a Theo, sino que era Theo.

—¡Au! —se quejó débilmente el muchacho.

Las escamas de óxido crujieron cuando el resto de londinenses llegaron corriendo. Wren estaba de pie, sacudiendo la cabeza, frotándose el brazo dolorido y esperando despertarse. Aquello era un sueño, y uno bastante malo. Theo no podía estar allí. Theo estaba en Zagwa. Aquel chico tendido en el metal frente a ella, agonizando, no era Theo.

Pero, cuando se acercó un poco más y Cat levantó su farol, fue imposible confundir su atractivo y amable rostro marrón oscuro.

—¿Theo? —dijo—. Yo no quería... ¡Ay, Quirke!

Empezó a arañar su abrigo empapado, buscando la flecha de la ballesta.

Ron Hodge llegó a su lado dispuesto a hacerse valer, ahora que el intruso había resultado ser inofensivo.

—Suéltalo, Wren —le ordenó.

—¡Oh, lárgate! —chilló Wren—. Es amigo mío. Y creo que le he disparado.

Pero el abrigo de Theo no tenía ningún agujero, ni tampoco sangre, ni ninguna flecha clavada. Su disparo se había desviado.

—Solo he resbalado —dijo Theo con un hilo de voz, mirando a Wren como si no pudiera creer que realmente fuera ella. Se incorporó a medias y contempló con cautela a los jóvenes londinenses que se agolpaban a su alrededor. Wren no podía apartar los ojos de él. Qué delgado y dolorido y cansado parecía, ¡y cuánto se alegraba de verlo!

Theo intentó esbozar una sonrisa.

—Recibí tu carta —le dijo.

\* \* \*

Regresaron al campamento y allí Angie encendió una pequeña hoguera y calentó un poco de sopa para Theo, que tiritaba de frío y agotamiento. Wren se sentó a su lado mientras se la bebía. Le resultaba extraño volver a

estar con él. Lo había imaginado a salvo en la soleada Zagwa. ¿Cómo era posible que estuviera entre los vencidos de la Tormenta Verde? Se lo había preguntado, pero él le había respondido con un simple «Es complicado», y ella tampoco había querido presionarlo.

Se preguntó si aún recordaría haberla besado en el puerto aéreo de Kom Ombo y supuso que así sería, y que, después de todo, había venido hasta Londres a buscarla.

—No deberíamos estar consintiéndole tanto —dijo Ron Hodge, furioso, mientras caminaba en círculos al borde de la hoguera—. Es de la Tormenta Verde.

—¡No lo es! —exclamó Wren.

—Pues lleva puesto su uniforme.

—Solo el abrigo —dijo Theo, abriéndoselo para dejar a la vista las ropas de aviador que vestía debajo—. Se lo robé a un cadáver de camino al este. No soy de la Tormenta Verde. No sé qué soy.

—Es zagwiano —dijo un miembro del equipo de Ron—. Los zagwianos son antitraccionistas. No podemos dejar entrar antitraccionistas en Londres. Wren y su padre ya trajeron a un espía y ahora nos está pidiendo que acojamos a un *mossie*...

—¿Entonces qué crees que deberíamos hacer con él? —preguntó Cat Luperini—. ¿Matarlo?

Los muchachos parecían avergonzados.

—Cuando se haga de día, Wren y yo lo llevaremos a Crouch End —decidió Cat.

Wren pasó la noche en duermevela, acurrucada junto a Theo. Las ruinas no eran un colchón demasiado cómodo. Sin embargo, aunque los remaches y las escamas de óxido no se le estuvieran clavando en el cuerpo, tampoco habría sido capaz de pegar ojo: no podía dejar de mirar el rostro dormido de Theo para asegurarse de que no lo había soñado. Y entonces, de repente, se despertó y era de día, y llegó la hora de partir.

Pusieron rumbo al este, Wren y Theo caminando juntos, y Cat, siguiéndolos con su ballesta. A medida que avanzaban, Theo fue contándole a Wren su historia, y así ella supo que había encontrado a su madre y que habían viajado juntos hasta la línea de combate de la Tormenta Verde.

—¿Y después? —preguntó Wren.

—No lo sé. Creo que está a salvo. Probablemente en Shan Guo, a estas alturas.

Wren no sabía qué sentir. Se había hecho a la idea de que su madre estaba muerta. Era desconcertante descubrir que seguía viva y escuchar a Theo hablar de ella de aquella forma, como si la admirara. Y que viajaba por ahí con ese stalker espantoso, el señor Shrike... Wren no quería ni pensarlo y casi le alivió que de repente Cat gritara: «¡Al suelo!», y ella pudiera concentrarse en arrastrar a Theo por el sendero para ponerse a cubierto.

Un ave stalker planeó a baja altura sobre las ruinas, tan cerca que Wren pudo escuchar el sonido que hacían las plumas de sus alas al peinar el aire. Su cabeza, demasiado grande, osciló mecánicamente de lado a lado.

Cat se unió gateando a Wren y Theo.

—La vi planeando en círculos cuando salimos del campamento —dijo—. No la he perdido de vista mientras vosotros dos hablabais. Esperaba que siguiera su camino, pero nos está vigilando. Debió de ver la hoguera que encendimos anoche.

Wren se asomó por debajo del segmento de plataforma que los ocultaba. El ave había tomado altura, planeando todavía en círculos. Mientras Wren la observaba, agitó sus raídas alas y descendió en picado por la escombrera en dirección a Crouch End.

—Cada vez son más entrometidas —dijo Cat.

—Son aves espía —le explicó Wren a Theo al ver que parecía asustado—. Vienen y nos sacan fotos para el álbum personal del general Naga.

Theo negó con la cabeza.

—Esa no era un ave espía, Wren. Era un quebrantahuesos. Cuando estaba en la Tormenta, teníamos una bandada en mi carguero. Los usan para el reconocimiento armado. —Las chicas se quedaron mirándolo con cara de no entender nada, como solían hacer otras chicas cuando se le escapaba jerga militar de la Tormenta—. ¡Son pájaros de ataque, Wren! Creo que tus amigos están en peligro...



Efectivamente, las aves de la Tormenta Verde parecían particularmente interesadas en la escombrera aquella mañana. Mientras Tom se afanaba en envolver los tesoros que había encontrado entre las ruinas, preparándolos para su traslado a bordo de Nueva Londres, no dejó de escuchar el tañido de la campana de alarma, que alertaba a cualquier londinense que estuviera al descubierto de que tuviera cuidado. A la hora del almuerzo, los cadáveres aún humeantes de otras tres aves espía estaban colgados fuera de la cantina, exhibidas como trofeos por los orgullosos vigías que las habían derribado con sus pistolas de rayos al ver que demostraban demasiado interés en la Matriz.

Tom se alegraba de que rematar a aquellas aves levantara el ánimo de sus amigos londinenses, pero no podía evitar preguntarse si dispararlas era buena idea. ¿No haría que aumentaran las sospechas de sus amos sobre lo que se estaba tramando entre las ruinas?

Chudleigh Pomeroy le dijo que no se preocupara.

—Esos pájaros no han visto nada que pueda hacerle pensar a la Tormenta que somos algo más que una pandilla de invasores en su terreno. Y, aunque lo hubieran hecho, la Tormenta tiene problemas más graves que nosotros. Cuando decidan mandar aeronaves aquí, Nueva Londres ya se habrá marchado.

Tom tocó madera con disimulo. Sabía que los ingenieros estaban esforzándose al máximo para perfeccionar los motores de Childermass, pero no podía evitar pensar en el ensayo fallido del día anterior. ¿Y si el nuevo también resultaba ser un fracaso?

Ojalá fuera de más ayuda. Se había emocionado cuando Chudleigh Pomeroy le había pedido que fuera su nuevo historiador jefe. Se había tomado muy en serio su trabajo de recolector de reliquias, pero sabía que en realidad era una tarea improvisada, innecesaria. Nueva Londres estaba centrada en el futuro, no en el pasado.

Cuando el almuerzo hubo terminado, Pomeroy anunció que se dirigía a la Matriz y Tom se ofreció a ir con él. Al fin y al cabo, había reparado la

Jenny Haniver muchas veces: estaba convencido de que los ingenieros podrían confiarle alguna pequeña tarea de soldado o cableado a bordo de su nueva ciudad. Pero no se habían alejado ni veinte metros de Crouch End cuando la campana de alarma comenzó a sonar de nuevo.

—¡Piadoso Quirke! —exclamó Pomeroy, regresando a la entrada—. ¿Cómo se supone que vamos a terminar nada con estas interrupciones que no cesan? Ganas me dan de escribirle una carta de reprimenda al general Naga y decirle que esto no es de ser muy buen vecino...

Tom se había acostumbrado a ver aves stalker en la distancia, pero los nuevos cadáveres colgados fuera de la cantina lo inquietaron. Miró al cielo mientras apresuraba a Pomeroy hacia el refugio y se alegró de haberlo hecho. Las aves habían regresado en bandada y esta vez no eran puntitos volando en círculos, sino siluetas negras en caída libre que se precipitaban desde el sol como misiles.

—¡Agáchese! —gritó, empujando a Pomeroy al suelo justo cuando un pájaro se abalanzaba sobre ellos y sus garras de acero pasaban a un milímetro de la cabeza del anciano.

La campana de alarma tañía de nuevo y por el camino a la Matriz la gente gritaba y se dispersaba. Saab Peabody, que había derribado un ave stalker hacía un rato, salió corriendo de Crouch End apuntando con la pistola de rayos y listo para sumar una nueva víctima a su cuenta. El pájaro arremetió contra él, agitando las garras metálicas frente a su rostro, y él soltó la pistola y cayó, cegado y gritando. Otros pájaros estaban penetrando por entre las estacas de los huertos y hostigando a un grupillo de niños aterrorizados mientras sus maestras intentaban ponerlos a salvo en Crouch End. Incluso allí, entre las acogedoras chocitas, batían sus alas muertas.

Tom contempló la escena temblando, haciendo todo lo posible para poner a Pomeroy a cubierto. Saab parecía haber perdido la consciencia. Su pistola de rayos había caído a unos pocos metros de él. En sus años mozos, Tom habría intentado cogerla y hacer algo heroico, pero le aterrorizaba tener otro ataque, y las aves le inspiraban tal terror que apenas podía moverse.



Wren, Theo y Cat acababan de salir de las colinas de óxido al oeste de Crouch End cuando comenzó el ataque. Todos habían oído sonar la campana y las dos chicas contemplaron la escena sin comprenderla realmente mientras, a sus pies, la gente se dispersaba bajo las veloces siluetas de los pájaros que se lanzaban contra ellos.

—¡Ese es mi padre! —dijo Wren al ver a Tom boca abajo en el suelo junto a Pomeroy, a unos diez metros de allí. Se volvió hacia Theo, pero Theo ya había visto a Tom y corría hacia él bajo la luz del sol que escudriñaban los pájaros.

Cat empezó a sollozar, aterrorizada. Wren le arrancó la ballesta de un tirón y le quitó el seguro. Aquellos jóvenes londinenses tenían muchos ademanes militares, pero para ellos todo había sido siempre un juego: hasta ese momento, nunca habían sido testigos de la verdadera violencia. Wren, sí, y aunque sabía que después se pondría a temblar como un flan, en ese momento estaba muy tranquila. Apuntó a un pájaro que se lanzaba en picado hacia Theo y le atravesó el cuerpo con una flecha antes de que pudiera alcanzarlo. Una sola flecha no era suficiente para rematar a un pájaro stalker, pero el impacto bastó para desviarlo de su trayectoria, y Theo siguió corriendo sin ni siquiera ser consciente del peligro que había corrido.

Ahora, Wren había captado la atención del pájaro, que viró hacia ella. Cogió otra flecha del carcaj de Cat, pero el ave se le echaría encima antes de poder cargarla. Soltó la ballesta, cogió un trozo retorcido de cañería de hierro de uno de los montones de ruinas que había junto al sendero y aplastó al pájaro en el aire cuando sus garras intentaron aferrarla. Entonces Cat cogió un fragmento afilado de metal y juntas hicieron pedazos al ave apaleada.

Theo ya había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Tom cuando se dio cuenta de que no tenía un plan. Había echado a correr únicamente porque quería que Wren viera lo valiente que era y porque siempre había pensado que el señor Natsworthy no podía cuidar de sí mismo. Las sombras de los pájaros aleteaban sobre el terreno, el centelleo

de sus alas chispeaba en la superficie de los charcos. Ni siquiera iba armado...

En el suelo, unos pocos metros detrás de Tom y el anciano, había una pistola plateada. Theo se lanzó a por ella y, cuando saltaba, notó que unas garras rasgaban el aire sobre su cabeza. Rodó y tanteó el arma, buscando el gatillo entre el complicado despliegue de tubos y cables. Ojalá hubiera sido algo más sencillo —cualquier soldado sabía que no se podía confiar en esa basura basada en Vieja Tecnología—, pero se dijo que a caballo regalado no se le debía mirar el diente y apuntó con el arma a un ave que pasaba sobre él. Cuando apretó lo que esperaba que fuera el gatillo, un rayo de luz pura derribó al pájaro, que se desplomó, inerte y humeante, a sus pies. Desconcertado, se levantó y dirigió el arma hacia otra ave. Cuando hubo derribado cuatro, empezó a llamar la atención de las demás, pero para entonces los londinenses también se habían puesto a disparar a las aves: unos estridentes chisporroteos de energía brotaban de armas como la suya y una lluvia de plumas y pájaros calcinados caía por doquier.

Y entonces, de forma bastante repentina, el ataque cesó. Un ave solitaria giró hacia el este, volando a demasiada altura como para que los rayos de luz que chisporroteaban tras ella la alcanzaran. La campana de alarma siguió sonando hasta que alguien fue a decirle a la chica que la tocaba que ya podía parar. La gente volvió a salir, nerviosa, de los agujeros y las grietas en los que se había escondido, sacudiéndose escamas de óxido de la ropa y silenciosos y pálidos a causa de la conmoción. Los heridos gemían, sus amigos gritaban pidiendo ayuda...

—¿Por qué nos han atacado? —preguntaba la gente—. ¿Por qué ahora? Después de tantos años...

—Eso no ha sido un ataque real —dijo Theo. Empezó a tiritar cuando se imaginó lo que podría haberle pasado si hubieran sido aves de asalto pesado en lugar de una bandada de reconocimiento—. Ha sido un ensayo: querían comprobar vuestra resistencia...

Miró en derredor, en lo que fue su verdadera primera impresión de aquella insólita colonia.

Los londinenses le devolvieron la mirada, preguntándose de dónde habría salido aquel joven vestido con el uniforme de su enemigo.

Tom se levantó lentamente y ayudó a Chudleigh Pomeroy a hacer lo mismo. El corazón le latía muy fuerte, pero no se encontraba mal: el único síntoma alarmante era aquella alucinación que no se desvanecía. Tenía la sensación de estar viendo a Theo Ngoni frente a él, sosteniendo una pistola de rayos.

—Hola, señor Natsworthy —dijo la alucinación, saludándolo nerviosamente con la mano.

Y entonces Wren llegó corriendo —sucia y con una brecha en la frente, pero por lo demás ilesa, gracias a Quirke— para abrazarlo y preguntarle si estaba bien y decirle:

—Es Theo, papá. Theo está aquí, ¿te acuerdas de Theo? Theo ha venido desde África a buscarnos.



## 37

### Amor entre las ruinas

No era el mejor momento para que llegara a Londres un joven antitraccionista vestido con un gabán de la Tormenta Verde. La gente estaba furiosa y asustada y agitaba los puños hacia Shan Guo y se preguntaba que habían hecho ellos para que los *mossies* los atacaran. Las cosas podrían haberse puesto muy feas para Theo de no ser porque había derribado a tiros a cinco de aquellos pájaros de pesadilla.

—Eso no quiere decir nada —insistía el señor Garamond—. Podría formar parte de su plan hacer que lo aceptemos entre nosotros para asesinarlos a todos mientras dormimos.

Pero Pomeroy le mandó cerrar el pico: aquel joven lo había salvado a él y a mucha otra gente, y él, por su parte, estaba dispuesto a acogerlo.

Tom y Wren lo apoyaron y explicaron que Theo había volado con ellos durante un tiempo a bordo de la Jenny y había visitado la ciudad-tracción de Kom Ombo sin mostrar deseos de querer asesinar a nadie. Poco a poco, y a regañadientes, los londinenses empezaron a reconocer que, después de todo, era posible que Theo no fuera un agente de la Tormenta, sino un forastero extraviado al que debían ofrecer hospitalidad.

Curaron a los heridos, duplicaron el número de vigías y recargaron las pistolas de rayos. Chudleigh Pomeroy, que parecía bastante conmocionado, pero insistía en que se encontraba perfectamente, hizo muchas preguntas a Theo sobre el desarrollo de la guerra, de las cuales Theo pudo contestar muy pocas, pues Chudleigh Pomeroy tenía una noción de las batallas, basada en las tácticas, los planes y las decisiones de los generales, más

propia de un historiador, y lo cierto era que Theo no se había fijado en ninguna de esas cosas mientras huía por el barro.

A última hora de la tarde, cuando los rayos de sol ya caían oblicuos sobre Crouch End, colándose por las ventanas de su chocita, Tom y Wren pudieron por fin disfrutar de Theo a solas. Con un pedazo de tarta y un poco de té de ortigas que Wren sacó de las cocinas sin que nadie se diera cuenta, le relataron sus aventuras y escucharon a su vez las de él. Ahí fue cuando Tom supo que Theo se había encontrado con Hester, que le había rescatado del mar de arena y todo lo que había pasado después, hasta el preciso instante en que había abordado la corbeta con *Lady Naga*.

Wren tomó la mano de su padre mientras escuchaban a Theo. Tenía lágrimas en los ojos, pero lo único que preguntó fue:

—¿Dónde está Hester ahora?

Theo negó con la cabeza.

—Había tal caos en la línea de combate... Creo que su nave consiguió ponerse a salvo. Pero, dondequiera que esté, estará bien. Nunca he conocido a nadie tan fuerte o valiente como ella. Y el señor Shrike cuidará de ella...

—Shrike —dijo Tom, y negó con la cabeza—. Así que fue él con quien os encontrasteis en la Nube 9. Creía que había acabado con él para siempre en la Isla Negra. Detesto pensar que esa vieja bestia sigue viva y haciendo de las suyas.

—Yo no estaría aquí si no fuera así, señor Natsworthy —dijo Theo—. Ha cambiado desde que Enone volvió a resucitarlo.

Tom no dudaba de la palabra de Theo, pero ni aun así conseguía librarse de los recuerdos que tenía del antiguo Shrike, demente y despiadado, que le había perseguido por los pantanos de Rustwater. Y, ahora, Shrike y Hester volvían a estar juntos, como cuando ella era joven. Un extraño sentimiento de amargura lo invadió. Estaba celoso del viejo stalker.

\* \* \*

Por la noche, cuando el sol se hundió en la neblina que se extendía a occidente y el cielo sobre la escombrera empezó a adquirir tintes violáceos, Wren llevó a Theo a la Matriz para que pudiera ver por sí mismo lo que los londinenses estaban construyendo allí. Estaba inquieta porque, aunque su amigo era un antitraccionista moderado y civilizado, seguía siendo antitraccionista y le habían enseñado a temer y odiar a las ciudades móviles. Pero Nueva Londres se había convertido en algo tan importante para ella que tenía que mostrársela: necesitaba saber lo que sentía al verla.

Cuando llegaron al hangar, Theo permaneció largo rato contemplando la nueva ciudad mientras Wren le explicaba, nerviosa, cómo la habían construido y lo que se suponía que debían hacer aquellas extrañas cosas que parecían espejos. Era incapaz de adivinar lo que Theo pensaba, o si la estaría escuchando siquiera.

—Pero no tiene ruedas —dijo por fin.

—Ya te lo he explicado: no las necesita —dijo Wren—. Así que no tienes que ponerte en plan vejestorio, porque no va a revolver tu preciosa tierra verde ni a aplastar flores ni conejitos. De hecho, apenas si puede considerarse una ciudad-tracción. Considérala una gigantesca aeronave de vuelo rasante.

Pasearon por entre las sombras bajo Nueva Londres. Sobre ellos, los ingenieros subían por el vientre de la ciudad como arañitas, haciendo ajustes y reparaciones. A su alrededor, sobre la superficie del hangar, había barriles de agua y cajas de carne en salazón esperando a que las subieran a bordo. Junto a ellos, jaulas de pollos que no dejaban de cacarear y pilas de comida enlatada que los equipos de búsqueda de chatarra y material útil habían recuperado de las tiendas de alimentación y almacenes enterrados en la escombrera. Estaban desmantelando hasta las chocitas en las que la gente de Londres llevaba tanto tiempo viviendo y cargándolas en carretillas y trineos hechos con trozos de chatarra para luego transportarlas a las bodegas del nuevo suburbio. Cuando Wren ya conducía a Theo fuera de allí, se toparon con una larga fila de londinenses que venían por el sendero desde Crouch End, inundando el crepúsculo de polvo y escamas de óxido. Desde el extremo norte de la Matriz escucharon las voces de Len Peabody y sus colegas, ocupados en despejar de ruinas la entrada del hangar y colocar las

cargas de demolición que derribarían las puertas cuando Nueva Londres estuviera lista para partir.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Wren, preocupada por el silencio de Theo. Lo apartó del sendero y lo llevó a una estrecha franja entre los escombros en la que crecían manzanos. Pensó que un *mossie* como él se sentiría más cómodo allí, entre el suave susurro de las hojas. Pensó que le enternecería ver que la naturaleza se estaba apropiando de las ruinas de Londres—. Dime —le pidió.

—¿Estás preparada para acompañarlos? —preguntó Theo.

—Sí —respondió Wren—. Mi padre quiere hacerlo. Y yo también quiero. Quiero vivir a bordo de Nueva Londres y notar que se mueve, que viaja a lugares nuevos...

—¿Cazando?

—Comerciando, como solía hacer Anchorage.

—Las ciudades grandes siguen cazando.

—No podrán alcanzarnos.

Una pájaro aleteó entre la vegetación. Era un simple mirlo, pero hizo que los dos dieran un respingo y se acercaran más el uno al otro.

—La cosa es que... —dijo él— yo no esperaba nada de esto. Pensaba que solo estabas explorando...

—Eso es culpa de Pennyroyal —dijo Wren, que siempre hablaba de más cuando estaba nerviosa—. Si hubiera tenido cuidado de que mi carta no se empapara, te habrías enterado de la teoría de Wolf...

—Chss... —Theo le puso un dedo sobre los labios para acallarla y dijo —: Creía que estarías en peligro, ahora que los bárbaros se dirigen de nuevo al este. Esperaba encontraros a ti y a tu padre y, luego, buscar alguna manera de llevaros conmigo a casa, a Zagwa.

¡Ay, *porras!*, pensó Wren. Estaba prácticamente convencida de que Theo iba a volver a besarla, y ahora se daba cuenta de que lo suyo no iba a funcionar. Él era un *mossie* y ella una chica urbanita. Nunca aprobaría Nueva Londres. Y entonces pensó: *Bueno, ¿y eso qué más da?* Tal y como estaban las cosas, era posible que a los dos se los comiera Harrowbarrow, o que las aves stalker los hicieran pedazos antes de la noche siguiente.

Así que ella lo besó a él.



Un único ojo electrónico enfocó durante un segundo a Wren y Theo, concentrándose en la mancha borrosa producida por su calor corporal en la fría extensión de las ruinas. Un cerebro computacional los evaluó durante una fracción de una fracción de segundo y luego se olvidó de ellos. ODÍN dirigió su mirada hacia el oeste, replegándose, esforzándose por comprender aquel mundo incomprensible al que había despertado. ¿Dónde estaban las extensas ciudades de sus amos, Nueva York y San Ángeles, para cuya defensa lo habían puesto en órbita? ¿De dónde procedían esas nuevas cadenas montañosas? ¿Y todos esos mares? ¿Y qué eran esos gigantescos vehículos que se arrastraban por Europa, dejando a su paso las cenicientas estelas de humo de tubos de escape?

La antigua arma se aferró a la única cosa reconocible que aquel mundo tan transformado podía ofrecerle: la ristra de datos codificados que se elevaba como un hilo de seda desde algún lugar en las altiplanicies de Asia central.

## 38

### El millón de voces del viento

La guerra estaba yendo bien para las ciudades. Habían perdido Panzerstadt Winterthur y Darmstadt, y la Conurbación de Dortmund se había quedado empantanada en alguna parte del Rustwater, pero el resto se había enfrentado a una resistencia sorprendentemente ligera. Sus máquinas voladoras hacían piruetas y giraban en los cielos humeantes, hostigando a los escuadrones de naves desertoras de la Tormenta Verde mientras sus propias naves, soportes armamentísticos aerotransportados y colgados de bolsas de gas acorazadas, atraían a las bandadas de aves stalker y las aniquilaban en tornados de cieno y plumas.

Cuando fue evidente que los ejércitos de la Tormenta habían sido aplastados, Adlai Browne decidió que era el momento idóneo para que Mánchester aportara su granito de arena. En cuestión de pocas semanas, los buenos tiempos del darwinismo municipal regresarían y tenía la intención de asegurarse de que Mánchester siguiera en lo alto de la cadena alimenticia cuando eso sucediera. Su ciudad se rodeó de una escolta de suburbios-segadora y se dirigió rodando al este con las mandíbulas abiertas, llenando su entraña de escombros de torres de observación y fortalezas, graneros, granjas y turbinas eólicas.

Al mismo tiempo que Wren besaba a Theo en las ruinas de Londres, Mánchester se abría camino, a través de kilómetros de bosques recién plantados, hacia la colonia estática llamada Comando Avanzado. A su alrededor, los Hurones Voladores caían en picado y ametrallaban depósitos

de cohetes. Los suburbios acorazados de Werwolf y Evercreech corrían al frente de su ciudad-madre como perros bien entrenados.

Un escuadrón de Espíritus del Zorro despegó desde algún punto de la ciudadela *mossie* y salió disparado directamente hacia Mánchester. Orla Twombly se comunicó con el resto de su escuadrón y los Hurones se reagruparon, elevándose como una aulladora bandada hacia las naves, que se dispersaron a derecha e izquierda disparando misiles aire-aire. Orla maldijo cuando una máquina junto a su ala de estribor (el Gran y Azul Plymouth, un girocóptero de mimbre) chocó de frente contra un misil y estalló en mil pedazos, cegándola con el humo. Buscó la cola del Espíritu del Zorro que había disparado el misil, y lo persiguió hacia el oeste, arrancándole trozos de timón con el cañón del Wombat de Combate. Le cosió todo el flanco a base de proyectiles incendiarios y vio cómo las células de gas comenzaban a arder. Unos blancos globos salvavidas florecieron alrededor de la góndola y la tripulación la evacuó. Algunos aviadores consideraban que los globos salvavidas eran una buena manera de practicar la puntería, pero Orla siempre hacía hincapié en que los Hurones solo derribaban naves, nunca gente. Así que rodeó la nave abatida y dio media vuelta para ayudar a sus camaradas a lidiar con el resto.

Estaba a unos cinco kilómetros de Mánchester cuando el cielo se partió en dos. Hubo rugidos y alaridos. Forcejeando para levantar el morro del Wombat mientras caía en picado al suelo, vio una ráfaga de fuego blanco surcar la bóveda celeste. Las alas de lona del Wombat empezaron a echar humo. Orla invocó a varios dioses y diosas y trató de apagar la tela incendiada con su extintor de mano. El cielo estaba inundado de humo y luz. Le pareció ver que aquel lanzallamas se dirigía al norte, girando hacia uno de los suburbios de Mánchester. A medida que se alejaba y que aquel estridente rugido comenzaba a disiparse, se dio cuenta de que los motores del Wombat habían fallado y no podía arrancarlos de nuevo.

Planeando en las corrientes térmicas sobre los bosques incendiados, viró hacia Mánchester. Pero Mánchester estaba inmóvil, tenía la coraza agujereada y las cadenas tractoras destruidas, y sus niveles, derrumbados uno detrás de otro, lanzaban llamas al cielo abrasado. Orla nunca había imaginado que pudiera haber tanto fuego en el mundo. Rodeó el cadáver de

la ciudad una vez, sollozando, horrorizada ante la idea de tanta muerte y agonía. No había nada que pudiera hacer por ellos. Cambió su trayectoria hacia el noroeste, buscando un lugar donde poder aterrizar. La luz del cielo se había apagado, pero dibujó una larga línea de pequeños incendios por las llanuras y en ciertos puntos de esa línea había grandes piras ardiendo donde antes existían suburbios y ciudades.

Finalmente, cuando el Wombat de Combate ya empezaba a perder altura a medida que el aire se enfriaba, una ciudad acorazada apareció al frente. Era Murnau, inmóvil pero entera. Sus vigías reconocieron la máquina de Orla y abrieron una compuerta en la coraza del nivel superior para permitirle el paso. Cuando el Wombat aterrizó en Über-den-Linden, notó que las ruedas cedían y que el tren de aterrizaje de la máquina voladora se desprendía por completo. Se deslizó hasta detenerse en una tormenta de madera astillada y cuerdas reventadas, un aleteo de lona rasgada. No se había dado cuenta de lo quemada que estaba su pobre y vieja cometa. Tampoco, de lo quemada que estaba ella misma, hasta que vio que los hombres que corrían a ayudarla la miraban con los ojos desorbitados. Su traje de cuero rosa estaba renegrido, igual que su rostro, salvo por los círculos alrededor de los ojos, que las gafas le habían protegido.

Sus guanteletes dejaron una estela de humo cuando apartó al equipo médico y se tambaleó tosiendo al Rathaus. Tenía que contarle a alguien lo que había visto: por lo que sabía, ella era la única que había escapado con vida.

—Tengo que ver al Kriegsmarshal —farfulló.

Von Kobold se la encontró en los escalones que llevaban al Rathaus.

—¿Señorita Twombley? Esa luz... Esos fuegos... Hemos perdido el contacto con Mánchester, Breslau, Moloch-Maschinenstadt... ¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

—Mánchester ha caído —dijo Orla Twombley, y se desplomó. Von Kobold la cogió en brazos, manchándose la túnica blanca de sangre y hollín—. Han caído todas —dijo—. Dé media vuelta a su ciudad. ¡Retírese! ¡Huya! La Tormenta tiene una nueva arma y lo destruye todo a su paso...





—¡Un mensajero, señor! ¡Un mensajero del frente!

La voz del edecán de Naga retumba y reverbera en el interior de la sala de guerra de la pagoda de Jade; retumba y reverbera en el interior del cráneo del general. No es capaz de imaginar por qué el hombre está tan emocionado. Ha pasado toda la semana sin recibir del frente otra cosa que no sean mensajeros y no le han traído más que malas noticias. Naga ni siquiera está seguro de dónde queda el frente. La poca suerte que tenía le ha abandonado. Tal vez muriera con Enone.

—¡General Naga!

Bueno, pues aquí está ese famoso mensajero, y no es nada del otro mundo: un suboficial de cara redonda de uno de los puestos de escucha de las montañas occidentales.

—¿Y bien?

El muchacho hace una reverencia tan pronunciada que los lápices que lleva en los bolsillos de la túnica se le caen y repiquetean contra el suelo.

—Mil disculpas, general Naga. He tenido que venir personalmente. Todas nuestras aves stalker han sido reasignadas al frente y algo interfiere con las señales de radio...

—¿Qué pasa? —ladra Naga. O, al menos, intenta ladrar: en realidad la respuesta sale como un suspiro irritado.

—¡*Lady* Naga, señor! —(Qué ojos más brillantes tiene este chico. ¿Había nacido, siquiera, cuando comenzó la guerra?)—. ¡Está viva, señor! Hemos recibido un ave stalker de parte de la división de la general Xao. Estaba en muy mal estado, pero conseguimos descifrar el mensaje. *Lady* Naga está de camino a casa.

El muchacho, cuyos rasgos hasta hace un momento le parecían blandos y completamente anodinos, es en realidad extraordinariamente apuesto, valeroso, inteligente. ¿En qué estaría pensando la Tormenta para poner a un joven de este calibre a transmitir mensajes en un remoto puesto de escucha? Naga se pone de pie y deja que su armadura lo transporte a la mesa donde están extendidos los mapas.

—Que asciendan a este hombre a teniente. No, mejor a capitán.

Se siente casi rejuvenecido. ¡Enone está viva! Cien estrategias nuevas florecen en su mente como flores de papel lanzadas al agua. ¿Podrá alguna de ellas detener el avance de los urbanitas?

¡Está viva! ¡Está viva! ¡Está viva!

Se siente tan rebosante de alegría que tarda casi un minuto entero en detenerse a pensar en la joven que llegó hasta él por el desierto con un relato tan gráfico de la muerte de Enone.

Aferra la espada de uno de sus generales. Los oficiales y los stalkers se apartan de su camino mientras su armadura lo saca de la sala de guerra y le sube por las escaleras.

—¿General Naga? ¿Señor? —grita uno de los hombres a sus espaldas.

—¡Esa muchacha! ¡Rohini, idiota! —grita, o intenta gritar. (La verdad empieza a despuntar: *¿Qué me ha hecho?*)—. ¡Llama al guardia!

Pero en realidad no quiere que el guardia se ocupe de ella, quiere ocuparse de ella él mismo, con su propia espada; quiere abrirle la cabeza como si fuera un melón.

Ni siquiera se molesta en llamar cuando llega a la puerta de su cámara, al fondo del ala oeste. Su armadura la atraviesa y las astillas y el serrín de la madera antigua se esparcen con un repiqueteo mientras sube los cinco escalones hasta sus dependencias. Ella ya se está levantando de su asiento para saludarlo cuando llega al último escalón, más solícita y amable que nunca, con el enorme ventanal a su espalda abierto al balcón iluminado por la luz lunar.

—Mi esposa está viva —dice Naga—. Está volando de regreso a casa. ¿Pretendes seguir manteniendo esta farsa de ser muda o quieres decir tus últimas palabras?

Durante un segundo ella se queda mirándolo, dolida, asustada, confusa. Entonces, cuando se da cuenta de que ya no funciona, ríe:

—¡Viejo estúpido! Me alegro de que esté viva. ¡Ahora verá adónde nos ha llevado su paz! ¡Al borde de la destrucción! Ni siquiera tú harás caso ya de sus mentiras traccionistas.

—¿A qué te refieres?

—¿Aún no lo entiendes? —Rohini ríe de nuevo, un tanto desbocada—. ¡Trabaja para ellos! ¡Siempre ha trabajado para ellos! ¿Por qué crees que se casó contigo? No eres precisamente la respuesta a los sueños de una jovencita, Naga. Medio hombre, encerrado en una armadura rechinante. Y, dentro de muy poco, ni siquiera eso. Voy a matarte, general, y tu gente se sublevará y acabará con la traidora de tu mujer. Entonces estarán preparados para dar la bienvenida a su verdadera líder, cuando se revele.

—¿De qué estás... —empieza a decir Naga, y calla, porque en ese momento Rohini se tira del pelo, que resulta ser una peluca bajo la cual se ocultan dos cosas: un cabello corto y rubio que desentona con su rostro oscuro, y una pequeña pistola de gas con la que lo dispara. La pechera de la armadura lo protege de la bala, pero el impacto le hace retroceder un paso, y cae escaleras abajo, resbalando y chocando con todo... hablando? —le pregunta al techo, tendido entre las astillas de la puerta rota, aturdido.

Rohini (o quienquiera que sea) aparece en lo alto de las escaleras. Aún tiene la pistola en la mano. Esta vez apunta a su cara, no a su armadura. Sigue sonriendo.

—Cynthia Twite —dice—, del servicio de inteligencia especial de la stalker Fang. Unos cuantos aún conservamos la fe, general. Sabemos que renacerá de nuevo.

—¡Me has estado envenenando! ¡El té! Tú...

—¡Es cierto! —reconoce alegremente la chica—. Y ahora voy a terminar el traba...

Pero ni siquiera termina la frase porque en ese momento una ráfaga de luz penetra por la ventana, tan brillante que parece sólida, tan ardiente que incendia instantáneamente a Cynthia y todo lo que hay en la estancia. Un estridente rugido ahoga sus gritos. En las sombras de la escalera, Naga nota el calor en la cara como el aliento de un horno abierto. En lo alto de la escalera, Cynthia Twite es una rama renegrida, ardiente. La mampostería suena al resquebrajarse. La pagoda de Jade se ladea, como dudando si seguir posada en la ladera de la montaña. Naga intenta ponerse en pie, pero su armadura no le obedece. Las cenizas de Cynthia revolotean a su alrededor mientras la luz se atenúa. La mayor parte de la pagoda de Jade ha desaparecido. Mira el valle donde se erigía la ciudad de Tienjing, la capital

del antitraccionismo durante mil años. No queda nada más que fuego, y el millón de voces afligidas del viento.

## 39

### Luz de lumbre

Wren empezó a sentirse avergonzada cuando Theo y ella bajaban por Crouch End. Habían pasado a solas en aquel recoveco de las ruinas más tiempo del que le habría gustado. Tenía el convencimiento de que por fin le había pillado el tranquilo a lo de besar, pero ahora no podía deshacerse de la sensación de que todo el mundo sabía lo que había estado haciendo. Incluso cuando soltó la mano de Theo, en el aire que los separaba flotaba una sensación eléctrica, y no podían dejar de mirarse mutuamente.

Pero, aunque la mitad de la población de Londres parecía estar ahí sin hacer nada, en el claro que se abría fuera de Crouch End, nadie parecía prestar atención a Theo y Wren. Todos miraban al oeste. Y cuando Wren llegó a su altura, vio que el cielo que había sobre la columna vertebral de dinosaurio formada por las ruinas resplandecía rojizo, como si una hoguera inmensa estuviera ardiendo más allá del horizonte.

—¿Qué es eso, señor Luperini? —le preguntó Wren al padre de Cat, que estaba allí cerca—. ¿Es la guerra?

Luperini negó con la cabeza y se encogió de hombros. Unos leves y siniestros ruiditos soplaban en el viento, chillidos y rugidos. Una fantasmal ráfaga de luz iluminó la parte occidental del cielo, haciendo palidecer las estrellas. Wren volvió a coger a Theo de la mano.

—Me recuerda a la noche en que atacamos la antigua Bayreuth —dijo alguien.

—¡Wren! —Tom llegó corriendo junto a ellos—. Me preguntaba adónde habríais ido. Theo, ¿qué crees que es eso?

Theo negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Una media hora... Tenéis que haber visto el primer fogonazo.

—Mmm... —comentó Wren.

Theo miró al cielo con los ojos entornados.

—Si son disparos, no se parecen a nada que haya visto antes.

El doctor Abrol vino corriendo por el sendero desde el puesto de escucha situado en el límite de la escombrera, desde donde espiaba los mensajes de radio de la Tormenta Verde y las ciudades que habían penetrado en su territorio. Los londinenses lo rodearon mientras le preguntaban a gritos qué había escuchado en las ondas.

—Es difícil saberlo con seguridad —dijo nervioso, y los reflejos del cielo titilaron en sus anteojos—. Hay algo que no deja de interferir con las señales. Pero parece... Suena como si... —(«¿Qué? ¿Qué?», le preguntaba la gente que lo rodeaba). Tragó saliva con fuerza y su nuez subió y bajó claramente—. Ciudades enteras han sido destruidas —dijo, y tuvo que levantar la voz para que hacerse oír por encima de los gritos, las maldiciones, los siseos del aliento aspirado—. Mánchester. Todo tipo de Traktionstadts y suburbios...

—¡Vieja Tecnología! —exclamó Chudleigh Pomeroy, que había salido en camión a ver a qué venía tanto escándalo—. Eso es. La Tormenta Verde tiene algún tipo de arma de Vieja Tecnología.

—Pero ¿por qué esperar hasta ahora para usarla? —preguntó Clytie.

—¿Quién sabe? Puede que hasta ellos le tengan miedo. Debe de ser espantosamente poderosa.

—Pero ¿dónde la han encontrado? —preguntaron otras voces—. ¿Qué diablos es?

Lurpak Flint estaba de pie tras Clytie, rodeándola con los brazos.

—Tal vez no lo hayan encontrado en la tierra. Recordad, los Antiguos dejaron armas en órbita. ¿Y si la Tormenta Verde hubiera descubierto el modo de despertar alguna de ellas?

—También hay llamadas de auxilio en las ondas de la Tormenta Verde —dijo el doctor Abrol—. Informes de una explosión en Tienjing. Es todo muy confuso. Lo siento.

—Tal vez los Traktionstadts hayan mandado naves a Tienjing para intentar destruir los transmisores que controlan esta arma —sugirió Pomeroy.

Una nueva pulsación de luz ártica iluminó el cielo.

—Pues no parece que lo hayan alcanzado —dijo Len Peabody—. Esto es malo, ¿verdad? O sea, ¿qué impide a los *mossies* dirigir su juguetito hacia Nueva Londres en cuanto nos vean salir de la escombrera?

Pomeroy suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno, nada —dijo—. Como dices, es un problema. Pero no es un problema respecto al cual podamos hacer algo. Lo único que podemos hacer es rezar a Quirke y a Clio y al resto de dioses para que la Tormenta Verde considere que no merece la pena desperdiciar un disparo de su nueva y moderna arma. Al fin y al cabo, Nueva Londres es pequeña. Si Quirke quiere, tal vez consigamos pasar desapercibidos. Iremos al norte, lejos de este espantoso mundo que las ciudades y la Tormenta han creado. Me gustaría ver los Desiertos de Hielo antes de morir... —Levantó un poco la voz y todos dejaron de mirar al cielo y se volvieron a escuchar—. Esto no cambia nuestros planes. Tal vez incluso nos sea de ayuda, de una forma espantosa: tal vez retrase la llegada de Harrowbarrow. Así que volved a vuestras camas e intentad descansar. No vamos a ganar nada quedándonos a ver este espectáculo de fuegos artificiales, y mañana tenemos mucho trabajo por delante. En lo que a mí respecta, no me vendrá mal un sueñecito.

Los grupillos de londinenses empezaron a dispersarse, alejándose de uno en uno, o de dos en dos, hacia sus hogares. Tom reconoció la expresión de los rostros que veía pasar a su alrededor. Los había visto en Batmunkh Gompa hacía diecinueve años. Era la expresión de la gente que acababa de darse cuenta de que una civilización radicalmente opuesta a la suya acababa de convertirse en la más poderosa de la Tierra. A pesar de las valerosas palabras de Pomeroy, estaban asustados.

Wren y Theo, que caminaban con las cabezas pegadas y los brazos enlazados alrededor de la cintura del otro, eran los únicos que parecían tranquilos. No creían que un arma antigua pudiera separarlos; imaginaban que los sentimientos que compartían eran más fuertes que la Tormenta, y las ciudades, y toda la Vieja Tecnología del mundo. Tom los dejó pasar y los

observó mientras caminaban frente a él mientras recordaba cómo, en algún momento, él también había experimentado aquella sensación con Hester.

Caminó hacia Crouch End junto a Chudleigh Pomeroy. El anciano avanzaba con lentitud, como si el ataque de las aves stalker le hubiera afectado más de lo que quería reconocer, pero cuando Tom le ofreció un brazo en el que apoyarse, lo rechazó con un gesto:

—Todavía no me siento tan incapaz, aprendiz Natsworthy. Aunque tengo que reconocer que las cosas se han puesto la mar de emocionantes desde que usted y su hija llegaron. Aves, y suburbios, y armas apocalípticas... No tenemos ni un minuto de tranquilidad.

Otro pálido resplandor llegó desde el cielo occidental. Esta vez parecía más brillante y Tom tuvo la sensación de haber visto una cuchilla blanca de luz penetrar entre las estrellas y clavarse en la tierra desde una altura inconmensurable. De nuevo, aunque débilmente, escuchó aquel estridente rugido.

—¡Gran Quirke! —susurró.

—No se andaban con chiquitas esos Antiguos.

—¿Lurpak estaba en lo cierto? ¿De verdad está en órbita, en alguna parte del cielo?

—Es posible —dijo Pomeroy—. Hay todo tipo de cosas dando vueltas ahí afuera. Los registros antiguos mencionan unas cuantas armas que se supone que los Antiguos dejaron flotando en el cielo. La Maza Diamantina, Jinju 14, las Nueve Hermanas, ODÍN. La mayoría de ellas debieron de quedar destruidas en la Guerra de los Sesenta Minutos, o haber caído del cielo durante los milenios posteriores. Pero supongo que es posible que aún quede alguna ahí arriba y que la gente de Naga haya conseguido despertarla.

—ODÍN —dijo Tom—. He oído ese nombre en alguna parte...

—¡Que Quirke nos guarde! ¡Debías de estar prestando atención de verdad en alguna de mis clases, Natsworthy! —Rio Pomeroy, pero su voz sonaba cansada.

Tom comenzó a caminar de nuevo, pensando que al anciano historiador no le podía hacer ningún bien estar allí fuera, con lo frío que era el aire. De



todas maneras, la luz blanca ya había desaparecido, y lo único que se veía era un siniestro resplandor rojizo al oeste.

—Eran las siglas de *Orbital Defence Initiative* (Iniciativa de Defensa Orbital) —dijo Pomeroy mientras caminaban juntos—. Formaba parte de la última y furibunda carrera armamentística que el Imperio americano emprendió contra la Grandiosa China. Me pregunto de dónde demonios habrán desenterrado nuestros amigos *mossies* los códigos de acceso.

—¡Quirke Todopoderoso! —dijo Tom de repente, con tal deje de preocupación en la voz que Pomeroy se detuvo de nuevo y se volvió para mirarlo.

—¿Va todo bien, Natsworthy?

—Sí —respondió Tom, pero mentía.

Acababa de recordar de qué le sonaba el nombre de ODÍN. Era la única palabra legible entre los miles de números y símbolos arañados en las páginas del Libro de Hojalata de Anchorage, la reliquia que Wren había ayudado a robar de Vineland para los muchachos perdidos. Tom prácticamente se había olvidado del libro: asumía que habría quedado destruido cuando la Nube 9 se estrelló. La gente de Naga debía de haberlo llevado a Shan Guo y usado para despertar aquella espantosa arma en el cielo.

—Por favor —pidió—, no le mencione nada de esto a Wren.

Pomeroy rio de nuevo y le dio un codazo.

—No quieres estropearle el romance, ¿eh? No te culpo, Natsworthy. Me alegra ver que nuestros jóvenes perpetúan el serio arte de enamorarse, a pesar de tantas triviales distracciones. Y me cae bien ese Theo Ngoni. Se harán bien mutuamente.

—Si sobreviven a esto —dijo Tom—. Si alguno de nosotros sobrevive.

—Serán las fuerzas de la historia las que decidan eso —dijo Pomeroy—. Llevo toda mi vida estudiándola, y si algo he aprendido con certeza es que uno no puede oponerse a ella. Es como un río crecido, y nosotros simplemente nos dejamos arrastrar por él. Los peces gordos, como Naga, o esos tipos de los Traktionstadts, pueden intentar nadar a contracorriente durante un rato, pero los peces chicos, como nosotros, a lo máximo a lo que

podemos aspirar es a mantener la cabeza fuera del agua la mayor cantidad de tiempo que nos sea posible.

—¿Y si nos hundimos? —preguntó Tom—. ¿Entonces qué?

Pomeroy rio.

—Entonces es que le ha llegado su turno a otro. A tu hija y su joven galán, por ejemplo. La hija de un historiador londinense y un antitraccionista. Tal vez ellos sean el futuro.

Se estaban acercando a su cómoda chocita, atestada de libros. Cuando se volvió y le dio la mano a Tom, este dijo de repente:

—Señor Pomeroy, si a mí me pasara algo, usted cuidaría de Wren, ¿verdad?

Pomeroy frunció el ceño. Daba la sensación de que fuera a decir algo ingenioso, pero entonces se dio cuenta de lo serio que estaba Tom y, en su lugar, asintió.

—Wren tiene a Theo para cuidar de ella —dijo—. Pero sí, haré lo que pueda, si me necesita. Igual que Clytie, y cualquier otro londinense. No tienes que preocuparte por ella, Tom.

—Gracias.

Se quedaron un momento allí, de pie, el uno al lado del otro. Entonces, Pomeroy dijo:

—Bueno, buenas noches, aprendiz Natsworthy.

—Buenas noches, lord mayor. ¿Está seguro de...?

—No te preocupes —respondió Pomeroy amistosamente—. Soy perfectamente capaz de meterme solito en la cama. Y tampoco te preocupes demasiado por la Tormenta, ni por Harrowbarrow, ni por todo lo demás. Londres puede con ello.

Se alejó arrastrando los pies y Tom caminó lentamente hacia su propia cabaña, en la que ahora también se alojaría Theo. Cuando llegó a la puerta, escuchó las voces de Wren y Theo en el interior. Debían de estar esperando a que llegara. Hablaban en voz demasiado baja como para poder distinguir sus palabras, pero Tom sabía lo que se estaban diciendo: se estaban diciendo lo que Hester y él se habían dicho una vez, lo que los amantes se dicen siempre, creyendo que son las primeras personas que lo han dicho nunca.

Como no quería interrumpirlos, Tom dio media vuelta y salió otra vez al aire libre. Caminó hacia las colinas de óxido, despacio para darle un respiro a su corazón. Hacia occidente, el cielo parecía amoratado. *Tengo que hacer algo*, pensó. *He hecho muy poco por Nueva Londres. En realidad, lo único que he hecho ha sido traer problemas. Debería intentar hacer algo al respecto. De alguna manera, es responsabilidad mía: un asunto familiar. Pero ¿cómo podría aspirar a detener ODÍN? Ni siquiera sé desde dónde lo controla la Tormenta...*

Y entonces pensó: *Tal vez no pueda detener a ODÍN, pero quizá pueda evitar que la utilicen contra Nueva Londres.*

El general Naga era un buen hombre. Wren hablaba a menudo de cómo la había tratado en la Nube 9, lo justo y civilizado que había sido. Tal vez solo estuviera usando aquella arma porque estaba asustado y desesperado. Tal vez fuera el tipo de hombre que escucharía la voz de la razón. Si tuviera oportunidad de conocer a un londinense y escuchar de primera mano noticias de Nueva Londres, seguro que comprendería que la Tormenta no tenía motivos para temerla.

Tom temblaba tan fuerte que tuvo que sentarse. ¿Sería posible? Suponía que sí. La Jenny Haniver tenía combustible suficiente para llegar a Batmunkh Gompa. Y entonces recordó lo que Theo le había contado sobre la forma en que Hester había rescatado a *Lady Naga*. ¿Estaría ella en Shan Guo en aquel momento? ¿Podría ayudarle a convencer al general Naga de que escuchara lo que tenía que contarle?

Regresó a Crouch End. Había estado fuera más tiempo del que pensaba: Wren y Theo se habían quedado dormidos esperándolo. Tom pasó silenciosamente junto a ellos para recoger su mochila, encontró papel y lápiz y escribió una nota para su hija. La dejó junto a ella y se quedó allí mirándola durante un rato, escuchando su respiración, observando los leves movimientos de sus dedos adormilados, igual que solía hacer cuando era un bebé. La besó en la frente, y ella sonrió en sueños y se acurrucó todavía más contra Theo.

—Buenas noches, pequeña Wren —dijo Tom—. Que duermas bien, que duermas bien.

Entonces salió de la caseta, se echó la mochila al hombro y salió de Crouch End, dirigiéndose a Holloway Road y al lugar donde estaba estacionada la Jenny Haniver.

\* \* \*

En las llanuras al oeste de Londres, Wolf Kobold estaba en su puesto de observación favorito, en la columna vertebral acorazada de Harrowbarrow. La segadora estaba inmóvil, enterrada en una larga colina de esquisto suelto, y de ella solo asomaban unas cuantas torres de vigilancia y algunos cañones bien camuflados. Desde que se separara de la patrulla de Murnau, solo había viajado de noche porque, aunque los ejércitos de la Tormenta Verde estaban cayendo, aquellas tierras seguían siendo territorio enemigo, y Wolf no quería que su viaje a Londres fuera interrumpido por ninguna estúpida batalla.

Pero aquella noche, cuando el suburbio se preparaba para avanzar, ocurrió otro tipo de interrupción.

Wolf se llevó los gemelos a los ojos y contó siete..., nueve..., doce inmensas hogueras ardiendo al oeste. Era demasiado joven para recordar MEDUSA, pero aquel fue el nombre que acudió a su mente. Sus vigías —hombres de confianza— habían reportado que una cuchilla de luz había surgido del cielo, provocando todas aquellas tormentas de fuego. Ladeó la cabeza, miró a las estrellas. Ahora tenían un aspecto bastante inocente.

Una trampilla cercana chirrió al abrirse. Por ella salió Hausdorfer.

—¿Y bien?

—He hablado con los muchachos de la radio —dijo Hausdorfer—. Han intentado contactar con Mánchester, Winterthur, Coblenz. Nada. Había una especie de llamada de auxilio de Dortmund, pero luego también ha desaparecido.

Wolf clavó la vista en el horizonte en llamas.

—¿Y qué hay de Murnau?

—No se sabe. Ahora hay interferencias en todas las frecuencias. Pero parece que los *mossies* se han buscado un juguete nuevo. —Esperó una orden. No recibió ninguna—. ¿Quieres que demos media vuelta, o qué?

—¿Dar media vuelta? —La sola idea le resultó a Wolf vagamente sorprendente. La meditó durante un rato y luego sacudió la cabeza—. ¿Sabes quiénes fueron los que mejor sobrevivieron tras la Guerra de los Sesenta Minutos, Hausdorfer? Las ratas y las cucarachas. Es verdad. Lo leí en un libro de historia. Las cucarachas y las ratas. Así que dejemos que las viejas ciudades ardan. Este es el momento de Harrowbarrow. El momento propicio para los que son listos y avispados. Enciende los motores y pon rumbo directamente a Londres.

## CUARTA PARTE

## 40

### ¿Qué le han hecho al cielo?

Hester y sus compañeros contemplaron desde las aspilleras del nuevo cuartel de la general Xao cómo el fuego descendía del cielo, tocaba las ciudades que se aproximaban al Comando Avanzado y las convertía, una a una, en columnas de combustible ardiente y gas incandescente. Shrike estaba con ellos, pero no vio nada. Los pulsos de energía emitidos por la misteriosa arma enfurecieron a la maquinaria del interior de su cabeza, igualmente misteriosa, provocando que se le quedaran los ojos en blanco y el cuerpo se le sacudiera incontinentemente. Los stalkers inferiores, los que no tenían la fortaleza de Shrike ni a Enone Zero a mano para arreglarlos, corrieron aún peor suerte. Al alba, los defensores del Comando Avanzado encontraron a sus stalkers de batalla desperdigados por las trincheras como soldaditos de plomo caídos. Pero para entonces ya no importaba porque en las llanuras occidentales, donde se habían congregado ciudades y suburbios y bandadas de aeronaves, ya no quedaba nada más que humo.

—¿Qué le han hecho al cielo? —preguntó Hester, mirando por la ventana a la hora del desayuno.

Aún se sentía débil a causa de la herida en la cabeza. En un primer momento creyó que la neblina jaspeada que flotaba sobre los tejados era el primer síntoma de una recaída, que tenía algo mal en el ojo o en el cerebro. Pero los rostros atemorizados de Enone y Pennyroyal le dieron a entender que ellos también podían verlo.

Salió el sol, mermado y rosa. Unos copos que parecían nieve caían por doquier.

—¿Nieve? —se quejó Pennyroyal—. ¿En verano?

—SON CENIZAS —anunció Shrike—. EL CIELO ESTÁ LLENO DE CENIZAS.

La general Xao aprovechó que la lucha se había apaciguado para mandar reparar la Furia.

—No podemos establecer contacto con Shan Guo —les dijo a sus huéspedes—. La nueva arma parece haber interferido con nuestros sistemas de radio. Así que la enviaré a casa con Naga para que lleve un mensaje. Necesitamos órdenes. ¿Debemos avanzar? ¿Recuperar el territorio que nos han arrebatado? ¿O simplemente esperamos a que se rindan?

Enone miró las columnas de humo que se elevaban de las ciudades-tracción muertas.

—No puedo creer que Naga tuviera en sus manos algo así y nunca me lo haya contado. No puedo creer que lo haya usado. Tantas vidas perdidas. ¡Es espantoso!

Xao hizo una reverencia.

—Personalmente, coincido con usted, pero no lo digamos en voz demasiado alta, Excelencia. Mi gente ha quedado de lo más impresionada con la nueva arma.

Y era cierto: mientras se dirigían a la plataforma de amarre donde estaba estacionada la Furia, los cuatro camaradas escucharon los vítores y cánticos de victoria que se elevaban desde los niveles inferiores del Comando Avanzado y las trincheras y fortificaciones que lo rodeaban. Las balas estallaron como corchos de champán cuando los aliviados soldados de la Tormenta Verde dispararon al cielo parte de la munición que reservaban para las ciudades. Así que, cuando una bala rebotó en el suelo metálico a pocos metros delante de ellos, en un principio asumieron que una de aquellas salvas desperdiciadas había caído de nuevo a tierra.

—¡Poskitt misericordioso! —gritó Pennyroyal indignado—. ¡A este paso le van a sacar un ojo a alguien!

Solo cuando un soldado de rostro enrojecido y expresión furiosa se interpuso de un salto en su camino, recargando su carabina, comprendieron que aquella primera bala iba dirigida a Enone.

—¡La aleutiana! —gritó el soldado. Se la señaló a sus camaradas, que venían corriendo tras él—. ¡Ahí está, amigos! La traidora aleutiana que



intentó destruir a la Flor del Fuego y colocar a Naga en su lugar.

Shrike se colocó frente a Enone y desenfundó sus gujas digitales. Los compañeros del soldado retrocedieron bruscamente, pero él se mantuvo firme y siguió gritando:

—¡Ha llegado tu hora, aleutiana! ¡Ha renacido! ¡Todos hemos oído los rumores! ¡Una stalker que ha matado a mil urbanitas en Brighton! ¡Una lapa anfibia hallada en la montaña sagrada! ¡La stalker Fang ha regresado!

Hester sacó su pistola, pero Enone la agarró de la muñeca para evitar que disparara al soldado furioso.

—No, déjalo. Quién sabe por lo que habrá pasado.

Algunos de los hombres de la general Xao vinieron corriendo desde las plataformas de acoplamiento para llevarse de allí al alborotador. Mientras lo reducían, el hombre gritaba:

—¡Naga nunca podría haber incinerado así esas ciudades! ¡Esta victoria es de la stalker Fang! ¡La stalker Fang ha regresado a Tienjing y ha matado a ese cobarde tullido! ¡Vuelve a casa, aleutiana, para que te mate a ti también!

Los hombres de Xao se lo llevaron. Enone estaba temblando. Hester la agarró del brazo y la condujo rápidamente hacia la plataforma de amarre.

—No te preocupes. Está loco. O borracho.

—YO HE OÍDO LOS MISMOS RUMORES DE BOCA DE OTROS NACIDOS UNA VEZ EN ESTE LUGAR —dijo Shrike—. LA IDEA DE QUE SU ANTIGUA LÍDER HABÍA REGRESADO LOS CONSOLABA CUANDO LA DERROTA PARECÍA INEVITABLE.

—Pero Fang está muerta, ¿no es así? —dijo Pennyroyal, intentando escudarse tras el stalker—. Tú la destruiste.

—Está muerta —dijo Enone—. Tiene que estarlo...

Pero todavía seguía temblando media hora después, mientras la Furia la llevaba hacia el cielo manchado y comenzaba el trayecto a Tienjing.

\* \* \*

Londres. La noche dando paso a un amanecer apagado. Niebla por doquier. Niebla en los límites de la escombrera, donde los restos convergen con los verdes matorrales del terreno. Niebla en el núcleo de las ruinas, que ondea entre los escarpados montículos de plataformas corroídas. Niebla en el sendero que lleva a la Matriz, niebla en las colinas de óxido. Niebla colándose en las cabañas y las chozas de Crouch End, rondando torres de vigilancia ciegas y molinos inmóviles, niebla envolviendo los timones y el cordaje de la Arqueópterix en su hangar secreto. Niebla tan densamente asentada sobre la llanura que las aves stalker de vigilancia no ven de Londres más que unos pocos altos chapiteles de chatarra que se elevan sobre el vapor como abruptas islas que asomaran en un mar blanco.

Wren se despertó de un sueño inquietante por el goteo de la humedad que caía desde el alero del tejado, con Theo a su lado (al menos él no había sido un sueño). Su padre no había regresado aún a casa. Muy a su pesar, se apartó de la calidez de Theo y deambuló por la fría cabaña, asomándose a todas las habitaciones.

—¿Papá? ¿Papi?

La carta crujió bajo sus pies cuando volvía junto a Theo. Tenía la cabeza embotada por el sueño, tuvo que leer su breve mensaje dos veces antes de empezar a comprenderlo.

Su grito despertó a Theo. Le puso la carta en las manos.

Mi querida Wren:

Cuando leas esto, yo ya estaré en el aire. Siento dejarte sin despedirme de ti, pero, como tú misma me escribiste una vez, «lo único que habríais hecho hubiera sido impedir que me fuera». Y no quiero que nadie me lo impida, ni tampoco quiero recordarte llorando y triste o enfadada conmigo. Quiero recordarte siempre como te he visto esta noche, a salvo con Theo.

Voy a intentar explicar a la Tormenta Verde que Nueva Londres no es una amenaza para ellos. Esta nueva arma lo ha cambiado todo, pero creo que el general Naga es un buen hombre y, tal vez, si logro hacerle comprender que nosotros, los londinenses, no somos tan distintos de su gente, nos dejará ir en paz. Tal vez consiga incluso persuadirle de que deje de usar el arma. Tengo que intentarlo.

Espero estar de regreso en pocos días para ver partir Nueva Londres. Pero si muero, en realidad da igual. Lo cierto es, Wren, que de todas maneras me estoy muriendo. Me lo dijo el médico con el

que pasé consulta en Peripatetiápolis. Llevo mucho tiempo muriéndome, y pronto estaré muerto, con la ayuda de la Tormenta o sin ella.

Lo curioso es que no me importa demasiado, porque sé que tú vivirás y verás cosas maravillosas, y espero que un día tengas tus propios hijos, que serán fuente de tanta alegría y preocupación como tú lo has sido para mí. Eso es lo que la historia nos enseña, creo: que aunque los individuos mueran y civilizaciones enteras se desmoronen, la vida sigue, las cosas sencillas perduran y se repiten una y otra vez, generación tras generación. Bueno, mi turno ya ha pasado; ahora es el tuyo, y pretendo intentar asegurarme de que vivas en un mundo sin, al menos, una amenaza...

Wren ya se había puesto el abrigo e iba camino de la puerta antes de que Theo hubiera terminado de oírla. Se alegró de tener un motivo para dejar de hacerlo: aquella carta era privada y no le parecía bien estar leyéndola.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—¡Al hangar, por supuesto!

—Ya se habrá ido... Dice...

—Sé lo que dice, pero no sabemos cuándo la ha escrito, ¿verdad? Está enfermo; probablemente le habrá llevado más de lo previsto recorrer el camino hasta Holloway Road.

No se sentía triste, sino tremendamente furiosa con Tom por haberle ocultado aquellos secretos. ¿Cómo demonios pensaba volar hasta Shan Guo sin su ayuda?

Theo y ella corrieron juntos, deteniéndose únicamente para coger una cantimplora de agua de las cocinas. Angie estaba ayudando a hacer el desayuno. Wren le embutió la carta en la mano y dijo:

—¡Despierta al señor Pomeroy y enséñale esto!

Y echó a correr antes de que la otra muchacha pudiera preguntarle nada.

El día era gris y sombrío. A Wren le pareció que olía a cenizas, como si la inmensa cortina de humo de todas aquellas ciudades masacradas se hubiera desplazado al este por la noche para cubrir Londres. Mientras corrían, las tinieblas se densificaron. La niebla ocultaba las partes más hundidas de la escombrera, y los chapiteles y los filos de las ruinas que se erigían a ambos lados del sendero adoptaban ahora un aspecto fantasmal.

—¿Lo que tu padre ha dicho es verdad? —preguntó Theo mientras corrían—. ¿De verdad está tan enfermo?

—¡Por supuesto que no! —contestó Wren—. Solo lo dice porque piensa que así no me sentiré mal porque se haya ido a Shan Guo. A veces le duele el corazón, pero toma pastillas para eso. Unas pastillas verdes.

La niebla se espesó aún más. Cuando llegaron a la terminal, en el extremo oriental de Holloway Road, no veían ni siquiera a tres metros de distancia. Y cuando por fin emergieron del viejo conducto, se encontraron en un mundo blanco donde apenas conseguían verse la cara el uno al otro, aun estando hombro con hombro y de la mano.

Al principio creyeron que las dos naves habían desaparecido, pero, cuando Theo chocó con la parte inferior del timón de la Arqueópterix, se dio cuenta de que la única que faltaba era la Jenny Haniver.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz nerviosa.

—¡Soy yo, Wren!

Una mancha grisácea apareció en la niebla y se condensó en Will Hallsworth y Jake Henson.

—Ah, pues sí que eres tú —dijo Jake.

—Santo y seña, amiga —dijo Will.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Wren, que no tenía tiempo para jueguecitos de soldados.

—Pasó por aquí esta mañana temprano —dijo Jake.

—Muy temprano —coincidió Will—. Dijo que el señor Pomeroy le había pedido que cogiera la Jenny para hacer un vuelo de reconocimiento y que volvería pronto. Sospecho que estará por ahí dando vueltas, que se habrá retrasado con tanta niebla.

—¡Una particularidad de la verdadera Londres! —dijo Jake.

—¡Por qué no se lo habéis impedido, idiotas! —gritó Wren.

—¡Cálmate!

—Dijo que tenía órdenes del Comité. No podíamos decir nada contra eso.

—¿Iba armado? —preguntó Theo.

Will y Jake parecían avergonzados.

—No; cuando vino aquí, no.

—Pero nos pidió que le diéramos una de nuestras pistolas de rayos. Dijo que podía necesitarla si se topaba con alguno de esos pájaros stalker en esta

bruma.

Wren se volvió hacia Theo, casi se cayó encima de él. El trayecto por Holloway Road la había dejado cansada y tenía la sensación de que nunca volvería a ver a su padre. Estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido para siempre!

Por la fría y húmeda garganta de Holloway Road se escuchó un eco. Pisadas y voces. Alguien se acercaba y el ruido de su llegada los precedía arrastrándose por el túnel. Los sólidos rayos de varias linternas eléctricas atravesaron la niebla, encendiendo cada una de las gotitas de agua sin llegar a iluminar nada.

—¿Zagwiano? —dijo una voz irascible tras el resplandor de la linterna.

—¿Yo? —preguntó Theo.

—¡Arriba las manos! ¡Aléjate de la nave!

—Ni siquiera estoy cerca —protestó Theo.

—No, el que está cerca soy yo —dijo Will Hallsworth.

—¿Eres tú? —Una silueta borrosa emergió de la niebla. Era Garamond, que empuñaba el revólver confiscado a Wolf Kobold—. ¿Dónde está Wren?

—Aquí —dijo Wren—. ¿A qué viene todo esto?

—Veo que te hemos pillado justo a tiempo —dijo Garamond.

—Justo a tiempo de qué.

Más siluetas aparecieron tras Garamond: rodearon a Wren y Theo en medio de la niebla como un círculo de piedras. Wren creyó reconocer a Ron Hodge y Cat Luperini entre ellos.

—¡Iban a robar la Arqueópterix! —dijo Garamond en voz alta y triunfal—. Natsworthy se ha llevado su propia nave al este y ahora ha mandado a su hija y a su cómplice de la Tormenta Verde a llevarse la Arqui. Pensaban dejarnos sin vehículos de huida para cuando los stalkers de la Tormenta entren en la ciudad.

—¿Qué dices, hombrecillo estúpido? —gritó Wren—. Mi padre se ha ido para intentar a hablar con Naga...

—¡Exacto! A traicionarnos a sus mecenas de la Tormenta. Sí, hemos leído la carta. Ya me parecía a mí demasiado oportuno que tu amiguito africano apareciera precisamente cuando los pájaros nos atacaron. Organizasteis el asalto para que pareciera que nos había salvado, pensando

que así confiaríamos en él. Bueno, Wren Natsworthy, pues tengo noticias para ti: no confío en él, no confío en ti y no confío en el traidor de tu padre.

El puño de Wren se estrelló de lleno contra su nariz. Garamond retrocedió tambaleándose entre la niebla con un chillido ahogado («¡Ay! ¡Bi nadiz! ¡Bi nadiz!»). Theo sujetó a Wren cuando esta intentó abalanzarse sobre él, a pesar de que ya ni siquiera conseguía verlo. Sollozando, le gritó a la niebla que lo ocultaba:

—¿Qué hacías leyendo mi carta? ¡Era privada! ¡De mi padre! Le dije a Angie que se la mostrara al señor Pomeroy, a nadie más.

—Wren —dijo Cat, viniendo para ayudar a Theo a retenerla—. Wren, Wren...

—¡Garamond es el verdadero traidor! Cuando el señor Pomeroy se entere de que has intentado arrestar a Theo, él...

—Wren...

—¿Qué?

Cat hundió la cabeza y el agua de la niebla condensada le goteó del pelo.

—El señor Pomeroy ha muerto.

—¿Qué?

—Angie lo ha encontrado cuando ha llevado a su cabaña la carta de tu padre. Las emociones de ayer han debido de ser demasiado intensas para él. Murió anoche mientras dormía.

Garamond salió de la niebla agarrándose la nariz con una mano y con sangre goteándole por la barbilla.

—¡Cogedlod a lod dod! —ordenó con voz gangosa—. ¡Atadled lad banod! Llevadlod a Crouch End. El Comidé de Emedgencia decididá qué haced con ellod.

# 41

## Regreso a Batmunkh Gompa

La Jenny Haniver ronroneaba rumbo al este a través del cielo envenenado, hacia la muralla de montañas delimitado por las fronteras orientales de Shan Guo y el ancho puerto que quedaba entre ellas, bloqueado y custodiado por Batmunkh Gompa. Cuando ya se encontraba próximo a aquella ciudad-fortaleza, Tom abrió el canal general en su equipo de radio y volvió a enviar el mensaje que llevaba repitiendo desde que había salido de Londres y en el que explicaba que venía en son de paz. Seguía sin obtener respuesta. Giró los mandos del panel frontal, desplazándose de arriba abajo por todas las frecuencias de radio. La estática restallaba y chisporroteaba como una hoguera de piñas, y algún tipo de interferencia chirriaba. Débilmente, por detrás del vendaval de ruido blanco, se oía una voz en shanguonés, frenética y veloz.

Faltaban poco más de quince kilómetros hasta las montañas. Tom había surcado antes aquellos cielos con Hester, volando desde Batmunkh Gompa a Londres en un intento de frenar la puesta en marcha de otra arma antigua. Trató de no pensar en cómo había terminado aquel viaje, pero no podía evitar que los recuerdos lo sobrepasaran. La duda empezó a carcomerle. En aquella ocasión, había fracasado. Su plan con Naga, que tan prometedor le había parecido la noche anterior, empezaba a resultar ahora cada vez más desquiciado. ¡No debería estar allí! Debería haberse quedado con Wren...

Fue a cambiar el rumbo de la Jenny para dar media vuelta, pero mientras lo hacía vislumbró a popa las siluetas oscuras de tres puntas de flecha esperándolo en el cielo. Se le puso el corazón en un puño. El

recuerdo del ataque del día anterior y de las aves en la larguísima escalinata de la Percha de los Bribones le daba vueltas en la cabeza. Cogió la pistola de rayos de Jake Henson del asiento del copiloto en un intento de prepararse para el ataque. Los pájaros reducirían la Jenny a pedazos, pero al menos se llevaría por delante unas cuantas docenas.

Los pájaros mantuvieron su posición. Empezó a comprender que no estaban atacándolo, solo observándolo. Tal vez llevaran allí desde que había salido de los bancos de niebla que cubrían Londres. Era tan difícil distinguir nada en aquella luz difusa y brumosa...

Y entonces, por fin, la voz que estaba esperando surgió, susurrante, del equipo de radio: una voz severa que hablaba en shanguonés. Miró al este y vio que las cubiertas blancas de dos Espíritus del Zorro resplandecían en aquel cielo lúgubre. La voz tradujo sus órdenes al inglés:

—Aeronave bárbara, detenga sus motores. Prepárese para ser abordada. Le habla la Tormenta Verde.



Tom tuvo el tiempo justo de guardar la pistola de rayos en un escondrijo de lo alto de la cubierta antes de que lo abordaran. Eran tan hoscos como los soldados de la Tormenta Verde que recordaba de la Percha de los Bribones, pero ya no se mostraban tan arrogantes: parecían asustados.

—¿Cómo sabía que el general Naga estaba en Batmunkh Gompa? —preguntaron, furiosos, cuando Tom intentó explicarles lo que hacía en el espacio aéreo de su ciudad.

—No lo sabía. ¿Está aquí? Pensaba que estaría en Tienjing. Esa es vuestra capital, ¿no es así? Creía que desde Batmunkh Gompa podríais llevarme a Tienjing.

—Tienjing ha desaparecido —dijo la líder de la patrulla de la Tormenta, nerviosa, caminando de un lado a otro por la cabina de la Jenny.

—¿Desaparecido? ¿A qué se refiere?

La joven oficial no respondió. Luego dijo:



—La nave de Anna Fang se llamaba Jenny Haniver. Lo vi en una película sobre su vida durante el entrenamiento básico.

—Es esta misma nave —dijo Tom, entusiasta—. Anna era amiga mía. Yo heredé la Jenny cuando ella, cuando a ella...

—¡Silencio! —gritó la oficial en shanguonés, dando media vuelta para acallar el arranque de susurros que acababa de estallar entre sus hombres.

Parecían proceder de al menos media docena de países distintos y se afanaban en traducirse las palabras de Tom los unos a los otros. La oficial ladró nuevas órdenes y dos de los hombres dieron un paso al frente para sujetar a Tom y esposarlo.

—Nos acompañará a Batmunkh Gompa —dijo.

—Solo quiero tener la oportunidad de hablar con el general Naga —dijo Tom esperanzado—. Tengo algo importante que decirle.

—¿Sobre el arma nueva?

—Bueno, en parte, supongo...

Más susurros, más órdenes, ninguna en un idioma que Tom pudiera comprender. Algunos regresaron a su propia nave, tambaleándose sobre el delgado puente de embarque entre las dos naves. La oficial tomó el mando de la Jenny Haniver y Tom miró por encima de su hombro mientras volaban sobre Batmunkh Gompa y él recordaba la primera vez que había viajado hasta allí con Hester y Anna, hacía muchos años. La Muralla seguía siendo tan negra y vertical como la recordaba, y seguía estando acorazada a base de plataformas de ciudades muertas, vastos discos de metal semejantes a escudos de guerreros antiguos. Pero en la cima bajo el sol rojizo, donde antes ondeaban los estandartes con la hoja de roble de la Liga, ahora colgaban flácidas banderas con un rayo de tormenta, y entre ellas se erigía una inmensa estatua de Anna Fang que señalaba al oeste, llamando a la gente de las montañas a combatir contra las ciudades-tracción. Cuando la Jenny descendió y la dejó atrás, Tom se fijó en que la mujer a la que la estatua representaba era mucho más bella de lo que lo había sido la verdadera Anna Fang, y también en que había una gran cantidad de excrementos de ave salpicándole el rostro.

Entonces pasaron por encima de la muralla y descendieron hacia la ciudad vertical por su ladera oriental, con sus bonitas calles escalonadas y

aquellas casas como nidos de golondrina, tal y como Tom las recordaba, salvo por las plataformas de amarre supletorias que habían construido en los niveles inferiores y los cientos de barracones de cemento que ahora cubrían el lecho del valle en el extremo occidental del lago. La Jenny voló sobre ellos y se dirigió hacia un conjunto de edificios a las afueras de la ciudad propiamente dicha, situados en un risco que sobresalía de la pared septentrional del puerto de montaña. Tom vio un antiguo convento posado en la plana cima, rodeado por lo que parecía un campamento de tiendas. Las banderas del rayo estaban por doquier y se intercalaban con gigantescos retratos del general Naga. En la plataforma ubicada al pie del risco en el que la Jenny aterrizó, alguien había garabateado unos grandes caracteres chinos con cal, y debajo, otros más precarios en inglés: «¡HA RENACIDO!».

—¿Qué significa? —preguntó Tom.

—No significa nada —le espetó su captora—. Las mentiras de los alborotadores contrarios a Naga.

Era una joven ceñuda que no estaba de humor para mantener una conversación, pero que, al menos, le permitió conservar sus pastillas verdes para el corazón. Sus hombres lo empujaron por la plataforma hasta uno de los achaparrados fortines que había justo detrás, y luego a una pequeña celda de cemento de paredes encaladas.

Durante todo el tiempo que estuvieron dándole órdenes o llevándolo de aquí para allá, durante todo el tiempo que alguien estuvo a cargo de él, Tom se sintió bastante intrépido: lo que sucediera a continuación no dependía de él, y tampoco parecía tener importancia. Pero, en cuanto la puerta ribeteada de hierro se cerró con un fuerte golpe tras él y se quedó solo, sus miedos volvieron a agobiarlo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo se lo habría tomado Wren, allá en Londres? ¿Y qué había querido decir aquella muchacha de la Tormenta Verde con que Tienjing había «desaparecido»? ¿La habría entendido mal? ¿Se habría equivocado de palabra?

La celda era muy silenciosa. Le resultó extraño porque la última vez que había estado en Batmunkh Gompa una de las cosas que se le había quedado grabada a fuego en la mente fueron sus sonidos: los perezosos motores de los globo-taxis, los gritos de los vendedores callejeros, la música de las casas de té y los bares con las fachadas abiertas. Se subió al camastro que

había en la esquina de su celda y se asomó al ventanuco protegido por barrotes. La ciudad se extendía frente a él, un declive de escaleras y casas donde lo único que se movía eran las banderas. De las chimeneas no se elevaba humo, en el puerto no había aeronaves esperando y en las empinadas calles solo se vislumbraban unas cuantas siluetas escurridizas. Era como si la ciudad hubiera quedado abandonada y la poca gente que quedaba hubiera clavado sus tiendas en el risco que dominaba la urbe. Qué misterio...

Pisadas y voces afuera, en el estrecho zaguán al otro lado de su puerta. Bajó de un salto, sorprendido. Se había hecho a la idea de que tendría que esperar horas, o días, hasta que la Tormenta se ocupara de él. Pero la puerta se abrió y unos guardias armados y ataviados con uniformes blancos tomaron posición a ambos lados, apuntando con sus armas a Tom. Con un chirrido de su armadura, un hombre alto y amarillento, a quien reconoció como el general Naga, entró por ella, encorvándose cuando su exoesqueleto lo transportó a través del bajo umbral. A Tom le alivió saber que habían tomado en serio su petición de audiencia con el general, pero la velocidad del proceso lo asombró y, a la vez, lo aterrorizó, porque aún no había terminado de pensar lo que iba a decirle a aquel soldado de aspecto temible.

Los rasgados ojos de Naga se rasgaron aún más mientras contemplaba a Tom de arriba abajo, con lentitud, intentando asimilar sus manchadas ropas de viaje y su pelo alborotado. Tenía la armadura abollada y arañada, y los servomotores en su interior crujían y chirriaban con dificultad cuando se movía. Tenía una herida en el rostro, fresca y cubierta con gasa y esparadrapo.

—¿Eres el emisario de los bárbaros?

Tom se quedó atónito. ¿De qué estaba hablando aquel hombre?

—Has venido en la antigua nave de la Flor del Viento y dices traer noticias del arma. Pero pareces un vagabundo aéreo. Ni siquiera llevas uniforme. ¿Tan seguros están los Traktionstadts de su victoria que esperan que me rinda ante un bufón?

—¿Rendirse? Pero la nueva arma...

—¡Sí, sí! —exclamó Naga—. ¡La nueva arma! ¡Habéis destruido Tienjing, habéis destruido Batmunkh Tsaka y a punto habéis estado de

destruirme a mí!

Tom sintió como si el mapa que hubiera usado para guiarse por un terreno incierto hubiera estado todo el tiempo del revés. La sensación que deja una pesadilla. Si Naga no controlaba el arma ODÍN, ¿quién lo hacía? ¿Las ciudades? Pero los fuegos al oeste que había visto la noche anterior... ¿La Tormenta no había visto arder aquellas ciudades? ¿No habían tenido noticias de su destrucción?

Cerró los ojos y respiró hondo durante un instante. Todo aquello le superaba. Pero aún podía hacer lo que había venido a hacer.

—No tengo nada que ver con los Traktionstadts —dijo—. Vengo de Londres.

—¿Londres?

—Vengo a pedirle..., a rogarle... Los supervivientes que hay allí (sé que sabe de su existencia) están construyendo algo, llevan años haciéndolo... Están creando una ciudad nueva, una ciudad que flota y que no dañará la tierra, que no tiene ningún deseo de devorar ninguna de sus ciudades estáticas. Estoy aquí para decirle que ellos, nosotros, venimos en son de paz, que no tenemos ninguna discrepancia con la Tormenta. Si pudiera retirar sus aves y dejarnos marchar en paz cuando salgamos de la escombrera...

Naga tenía el ceño fruncido.

—¿Una ciudad flotante?

—La tecnología se llama levitación magnética —dijo Tom—. Es parecido a flotar... —Agitó las manos en el aire para hacer una demostración, y entonces recordó algo que Lavinia Childermass había dicho—: En realidad ni siquiera es una ciudad, es más bien una enorme aeronave de vuelo rasante... Mi hija está a bordo...

Naga se dirigió a uno de los oficiales que tenía detrás y ladró algo en shanguonés. Tom no identificó la mayor parte de lo que dijo, pero sí reconoció el tono. El general estaba preguntando: «¿Este tipo está loco? ¿Por qué estoy perdiendo el tiempo con él?». Un segundo después, sin mirar a Tom siquiera, salió de la celda seguido por sus guardias.

—Por favor —gritó Tom—, ¡su esposa responderá por mí! ¿Está aquí? ¿Están aquí sus compañeros? —(De repente se dio cuenta de que si Tienjing

había sido destruida, Hester tal vez había perecido con ella). Dijo—: Por favor, soy amigo de Hester y Theo Ngoni...

—¿Mi esposa? —Naga se volvió y lo fulminó con la mirada—. Está regresando a casa. Sin duda le hablaré de ti cuando llegue.

Pero, por la forma en que lo dijo, sonó más a amenaza que a promesa. La puerta se cerró con un golpe. Tom volvió a quedarse solo.



Afuera, Naga se detuvo un momento a meditar. Sus hombres se apiñaron uno junto a otro, mirando temerosos hacia las neblinosas alturas de Batmunkh Gompa. Sabía lo que temían. Parecía inconcebible que, tras destruir Tienjing, los bárbaros no hubieran dirigido su arma demoníaca contra la Muralla-Escudo para abrirse camino hacia los reinos de las montañas. Y, aun así, cuando las pocas aeronaves que habían conseguido rescatar del desastre de Tienjing volaron allí al alba, encontraron el lugar intacto, si bien sus habitantes y la mitad de la guarnición ya habían huido para buscar refugio en las colinas. ¿A qué estaban esperando aquellos urbanitas? (Naga ya había descartado los informes que hablaban de que algunas ciudades-tracción también habían resultado destruidas la noche anterior. Debían de ser erróneos, o mentiras difundidas por el enemigo para hacer crecer la confusión en la Tormenta).

Pero ¿qué significaba la aparición de aquel chalado, de ese tal Natsworthy, a bordo de la vieja nave de la Flor del Viento?

—Londres —murmuró—. El pobre Dzhu mencionó algo sobre Londres.

Uno de sus oficiales, un capitán de la guarnición de Batmunkh Gompa, lo saludó formalmente y dijo:

—Se ha producido un incremento de la actividad entre los ocupantes de la ciudad, Excelencia. Los hemos estado observando con pájaros espía.

—¿Tiene registros?

—Hay un expediente en la oficina de inteligencia de la avenida de las Mil Escaleras.

—Vaya de prisa y tráigamelo.

El capitán se despidió con un saludo militar y salió corriendo, con el rostro gris a causa del miedo y, claramente, esperando que el fuego cayera desde el cielo sobre Batmunkh Gompa en cualquier instante. Naga lo vio marchar. Pensó melancólicamente en Enone durante un instante, pero luego aplastó aquel pensamiento y murmuró:

—Londres...

Recordaba la noche posterior a la muerte de la Flor del Viento, cómo había trepado a lo alto de la Muralla-Escudo mientras el humo de la calcinada Flota Aérea del Norte se elevaba desde los hangares a sus pies y las leves y distantes luces de Londres resplandecían. Al general Naga le pareció que todos los problemas del mundo habían empezado con Londres.

## 42

### El tambor funerario

Aquella tarde, cuando la niebla se disipó y la polvorienta luz solar se quebró sobre la escombrera, los habitantes de Londres enterraron a su lord mayor. Con la cabeza descubierta y unas bandas de tela negra de luto atadas a las mangas, ocho miembros del Comité de Emergencia transportaron el cuerpo amortajado del anciano historiador por un sendero serpenteante y poco transitado entre los montículos de óxido, mientras el resto de Londres los seguía y Timex Grout tocaba una melodía monótona y solemne con un tambor fabricado con una lata de aceite vieja. Bum, bum, bum, se alejaban sus retumbos por las ruinas, por las llanuras que había más allá de ellas, ascendiendo al cielo moteado en el que unas cuantas aves stalker aún volaban en círculos, constantemente vigiladas por centinelas armados con pistolas de rayos.

En Putney Vale, un claro lleno de musgo situado entre las masas de escombros, donde los árboles crecían frondosos y daban sombra a las tumbas de todos los londinenses fallecidos desde la noche de MEDUSA, le dieron sepultura y cubrieron sus restos con tierra, y señalaron el lugar con una lápida metálica en la que estaba grabado el símbolo de su gremio, el ojo que echa la vista atrás en el tiempo. Lavinia Childermass le dedicó una oración a Quirke para rogarle al creador de Londres que diera la bienvenida al anciano cuando su sol llegara a la Región de las Sombras. (No creía en dioses ni en la vida más allá de la muerte, siendo, como era, ingeniera, pero, además de teniente de alcalde de Pomeroy, había sido su amiga, y entendía

la necesidad de aquel ritual). Después, Clytie Potts se separó del resto y cantó con una vocecilla débil y temblorosa un panegírico a la diosa Clio.

—Debería haber estado aquí para sacar Nueva Londres de la escombrera —dijo Len Peabody, enojado ante la injusticia de todo aquello.

—Ahora —dijo el señor Garamond— es momento de elegir un nuevo lord mayor.

—Lavinia será la nueva alcaldesa —dijo Clytie Potts—. Eso es lo que quería el señor Pomeroy.

—El señor Pomeroy está muerto —dijo Garamond—. El Comité debe decidir. Y luego habrá que discutir qué debe hacerse con los prisioneros.



A Wren no le permitieron asistir al funeral. Los demás londinenses trataron de interceder por ella, pero Garamond, con la nariz hinchada al doble de su tamaño habitual y del color de una berenjena, no cedió: Theo y ella eran agentes peligrosos de la Tormenta Verde. Insistió en que debían encerrarlos. Así que los metieron en dos viejas jaulas, recuperadas de las ruinas hacía muchos años, que antiguamente albergaban animales en los jardines zoológicos de Circle Park y que ahora estaban en un húmedo rincón de Crouch End para confinar a los intrusos, asesinos y lunáticos que, según Garamond, podrían amenazar la seguridad de Londres. Nunca antes se habían usado, y Garamond se mostró muy satisfecho consigo mismo cuando sus avergonzados guerreros empujaron dentro a Wren y Theo y candaron las puertas de barrotes a sus espaldas.

Allí, en las sombras, sobre el colchón en el que consistía todo el mobiliario de la celda, Wren recitó sus propias plegarias por Chudleigh Pomeroy mientras el amortiguado bum, bum, bum del tambor funerario reverberaba entre los escombros como un latido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Theo desde su jaula. A pesar de la oscuridad que reinaba en aquella zona del End, Wren podía verlo mirándolo



a través de los barrotes. Si los dos estiraban los brazos podían tocarse, aunque solo las yemas de los dedos—. ¿Qué será de nosotros ahora?

Wren no lo sabía. Que los hubieran acusado y encerrado de aquella manera era ofensivo, pero le resultaba difícil sentirse intimidada por aquel viejo imbécil de Garamond y sus amigos londinenses. Tarde o temprano todo se arreglaría, estaba segura. No obstante, apenas tenía fuerzas para pensar en ello: estaba demasiado ocupada llorando la muerte del señor Pomeroy y preocupándose por su padre.

Durmieron un rato, charlaron un rato, Wren hizo un dibujo con la paja que cubría el suelo de su jaula. El día transcurrió lentamente. Cuando llegó la noche y el gong que llamaba a la cena convocó a todo el mundo a la cantina comunal, Angie Peabody llegó con comida y agua fresca para ellos. Introdujo los cuencos de hojalata entre los barrotes de la jaula y no fue capaz de mirar a Wren a los ojos.

—¿Angie? —preguntó ella—. ¿Tú no creerás que lo que el señor Garamond dice de nosotros es cierto, verdad? Tú sabes que yo no soy ninguna espía.

—Ya no sé qué creer —respondió hoscamente la muchacha—. Desde que llegasteis, no hemos tenido más que problemas, eso es lo que sé. Esos pájaros que llegaron ayer y la aparición de tu amigo. Saab quedó gravemente herido, Wren; ni siquiera sabemos si podrá volver a ver, y le quedarán cicatrices para siempre. Y a ti ni siquiera te importa. Simplemente te escabulliste ayer con tu novio, o quienquiera que sea... No tiene buena pinta, ¿no te parece?

Wren se sintió mareada de pura vergüenza. Era cierto que no había pensado demasiado en Saab ni en ningún otro de los heridos durante el ataque. Pensar en Theo la había tenido completamente obnubilada.

—No ha estado bien por mi parte —reconoció—, pero eso no me convierte en una espía de la Tormenta. Angie, hace una semana, Garamond decía que estábamos aliados con Harrowbarrow. Fuimos mi padre y yo quienes trajimos aquí a Wolf Kobold, ¿te acuerdas?

—¿Y cómo sabemos que Kobold era quien decía ser? —replicó Angie—. Dices que se fue a buscar esa tal Harrowbarrow, pero, a estas alturas, él

también podría ser de la Tormenta Verde y estar a salvo en Batmunkh Gompa o en algún otro lugar.

Aquel comentario llevó a Wren a pensar en su padre. Sacó una mano entre los barrotes e intentó tocar a Angie, que se apartó velozmente.

—Angie, ¿tienes que sacarme de aquí! Tengo que encontrar un modo de ir tras mi padre...

Angie retrocedió un paso más y desapareció en las sombras.

—El señor Garamond dice que no debemos hablar contigo —dijo.

Wren se desplomó en el colchón, que se lo pagó estallando y clavándole en el costado un muelle afilado y oxidado.

—Lo siento, Theo —dijo.

—No es culpa tuya.

—Sí que lo es. Si no te hubiera escrito aquella carta, te hubieras quedado con tu propia gente. Nunca habrías venido aquí.

—Y si no hubieras hablado conmigo aquella tarde, junto a la piscina de Pennyroyal en la Nube 9, me habrían matado o me habrían hecho prisionero cuando la Tormenta atacó, y ahora ni siquiera tendrías que preocuparte por mí.

Wren extendió las manos fuera de la jaula y le tocó los dedos. Recorrió las duras y cálidas curvas de sus uñas, los trocitos de piel áspera a su alrededor, las espirales en las yemas de sus dedos, como líneas de desnivel en un diminuto mapa escrito en braille.

\* \* \*

Bien entrada la noche, los despertó la última persona que Wren esperaba que fuera a visitarlos.

—¿Wren? —preguntó una voz.

Cuando abrió los ojos, vio a Lavinia Childermass acucillada al otro lado de la puerta de su jaula. La ingeniera sostenía una linterna eléctrica con un filtro de cristal azulado. Bajo aquella tenue luz, su cabeza calva resplandecía como una luna alienígena. Wren se incorporó, clavándose de

nuevo el muelle del colchón, y escuchó que Theo se movía en la jaula de al lado.

—Wren, cielo, ¿estás despierta?

—Más o menos. ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de mi padre?

—No ha regresado, pequeña.

—Entonces...

—Tenemos nuevo lord mayor —dijo la ingeniera—. El Comité lo ha elegido esta tarde.

—Pero yo pensaba que usted era la teniente de alcalde del señor Pomeroy. Creía que...

—El Comité ha decidido que no sería sensato elegir como lord mayor a una ingeniera —dijo la doctora Childermass con voz tranquila—. Aún recuerdan el mandato de Crome. Y con la guerra tan cerca han creído que lo más sensato sería elegir a alguien con cierto bagaje en la seguridad...

—No me estará diciendo...

—Ahora el señor Garamond es lord mayor, Wren. Se ha aprovechado del miedo del Comité para conseguir apoyos. Y siento decirte que ha puesto a mucha gente en vuestra contra. Creo que la mayoría de los londinenses creen que Theo, tu padre y tú tuvisteis algo que ver con esos pájaros y la muerte del pobre Chudleigh.

—Pero...

—¡Chss! Creo que a ti te perdonarán, Wren. Al fin y al cabo, eres hija de un londinense. Pero Garamond va a proponer ejecutar a Theo. Y, por lo que he oído esta noche en la cantina, creo que la mayor parte del Comité piensa respaldarlo. Su argumento es que no puede permitir vivir aquí a un antitraccionista que conozca nuestros secretos.

—¡Está desquiciado!

—Tal vez lo esté, un poco. Paranoico, sin duda. Pobre Garamond, no era mucho mayor que tú la noche de MEDUSA. Sobrevivió porque estaba en una de las prisiones de la Entraña Profunda, donde Magnus Crome lo había encerrado por ser simpatizante antitraccionista. El día después del desastre dirigió a un grupo de supervivientes al este, pensando que los antitraccionistas a los que siempre había admirado los ayudarían. Pero los soldados que encontraron en las llanuras los fusilaron a todos, y el pobre

Garamond escapó únicamente porque se hizo el muerto y se ocultó bajo los cadáveres de sus amigos.

—Es lógico que no confíe en los antitraccionistas —dijo Theo.

—¡Pero eso no es excusa para ponerse a matar gente! —se quejó Wren—. Y, desde luego, no es excusa para que los demás se lo permitan.

—Coincido contigo —dijo la anciana ingeniera—. Pero tienen miedo: de los pájaros, de la guerra, de esa nueva arma. Solamente la idea de salir de la escombrera basta para que se sientan inquietos después de tantos años. Y cuando la gente está asustada, puede llegar a sacar lo peor de sí. Por eso voy a liberaros. Estoy segura de que Theo podrá conseguir refugio en una de las colonias de la Tormenta. No creo que la guerra dure mucho más, ahora que la Tormenta cuenta con esa terrorífica arma orbital, así que correréis mucho menos peligro que con nosotros.

Rebuscó dentro de su túnica de goma y sacó una especie de artilugio de Vieja Tecnología, del tipo de cosas que los ingenieros probablemente llevaban siempre en los bolsillos. Parecía un abrelatas, zumbaba como un tábano e hizo que el candado de la jaula de Wren se abriera.

—Te he traído tu mochila, Wren —dijo la doctora Childermass. Se acercó a la jaula de Theo mientras Wren, que aún no podía creer que fueran a marcharse, introdujo los brazos por los tirantes de la mochila y se la puso.

—Eso debería llevarlo yo —dijo Theo, saliendo a trompicones de su jaula.

—Puedo con ella. Nos turnaremos.

Lavinia Childermass los sacó de Crouch End por un callejón trasero, un agujero en la parte más baja de la plataforma, en el lugar donde esta se ladeaba para tocar el suelo. Salió por allí con ellos y permaneció de pie, quieta, contemplándolos partir juntos hacia las ruinas. Iban acercándose el uno al otro a medida que se separaban de ella, como si creyeran que a la anciana ingeniera no le parecería bien que la gente se diera la mano y quisieran estar a salvo, ocultos entre las sombras, antes de tocarse por fin.

Lavinia sonrió. Ella había tenido un hijo, pero, en aquella época, el Gremio de Ingenieros enviaba directamente a todos los niños a las guarderías comunales y nunca había conocido a su pequeño Bevis. *Lleva mucho tiempo muerto*, pensó, y la repentina tristeza le hizo recordar el

tambor funerario, y a Chudleigh Pomeroy, que yacía, frío, bajo la tierra de Putney Vale. Si no hubiera sido una lógica y disciplinada ingeniera, el mundo le habría parecido un lugar demasiado triste en el que vivir.

Contempló a Wren y Theo hasta que las sombras y las ruinas los engulleron. *Bueno, pensó, una cosa menos de la que preocuparse.* Volvió velozmente a Crouch End y subió por el sendero que llevaba a la Matriz para regresar a su trabajo a bordo de Nueva Londres.

# 43

## Bienvenida

La Furia llegó a Batmunkh Gompa poco después de la puesta de sol, cruzando la Muralla-Escudo a la luz de una luna borrosa y manchada de sangre. Se dirigía hacia Tienjing cuando el dueño de un carguero que se cruzó con ella le recomendó a su capitán que modificara la ruta.

—¡Tienjing está en llamas! ¡Los bárbaros tienen un arma nueva! ¡Una lanza de fuego que se clava desde el cielo! ¡Batmunkh Tsaka también ha desaparecido! ¡Naga se ha refugiado en Batmunkh Gompa, pero ni siquiera Batmunkh Gompa podrá resistir ante el fuego del cielo! ¡Poneos a salvo!

—¿Qué está pasando? —gruñó Hester, cansada y malhumorada tras el largo viaje, con una mano apretada contra la cabeza dolorida—. No puede ser que las ciudades también tengan una superarma, ¿no?

—¡Típico! —dijo Pennyroyal—. Esperas años hasta que aparece un cacharro orbital todopoderoso que lanza rayos abrasadores y, de repente, en vez de uno, salen dos...

—TAL VEZ LA TORMENTA NO CONTROLE LA NUEVA ARMA —dijo Shrike.

—¡Pero han volado ciudades enteras! ¡Lo hemos visto! ¿Quién querría hacer eso, si no?

—UNA TERCERA FUERZA —sugirió Shrike—. ALGUIEN QUE ODIE A LAS CIUDADES Y A LA TORMENTA, Y QUIERA SEMBRAR CONFUSIÓN.

—¿Como quién? —preguntó Hester.

—LA STALKER FANG.

—¡Pero está muerta! —dijo Pennyroyal—. ¿No es así?

—TAL VEZ LOS RUMORES QUE LES HEMOS OÍDO A LOS NACIDOS UNA VEZ DEL COMANDO AVANZADO SEAN CIERTOS —dijo Shrike—. YO FUI RESUCITADO DE NUEVO. ¿Y SI ALGUIEN LA HA RESUCITADO DE NUEVO A ELLA?

—¿Y crees que es ella quien está detrás de todas estas calamidades? —preguntó Enone. Sonaba asustada, pero también levemente esperanzada, como si le aliviara descubrir que su marido no era el responsable.

—CUANDO LA NUEVA ARMA ATACÓ —dijo Shrike—, RECORDÉ ALGO QUE LA STALKER FANG DIJO CUANDO LA INHABILITÉ. HABLÓ DE ALGO LLAMADO ODÍN: «LA MAYOR ARMA ORBITAL QUE LOS ANTIGUOS DEJARON EN EL CIELO». CREO QUE LA HA DESPERTADO, TAL Y COMO PLANEABA. HA ATACADO TIENJING PORQUE NAGA ESTARÍA ALLÍ, Y BATMUNKH TSAKA CON LA ESPERANZA DE MATARTE A TI, ENONE ZERO.

—Pero está muerta —insistió Pennyroyal.

—Por una vez, tiene razón —concordó Hester—. Tú le arrancaste la cabeza, Shrike. Y arrojaste el resto por la borda de la Nube 9. Eso debería haber bastado.

Pero Enone estaba preocupada. Llevaba estándolo desde que habían partido del Comando Avanzado, y ahora dijo:

—Tal vez no. Era un modelo muy avanzado. El doctor Popjoy usó con ella sistemas experimentales que tal vez yo no llegara a comprender del todo. Es posible que, reuniendo los pedazos de su cuerpo, alguien haya podido...

Su voz se desvaneció. Se encogió de hombros lastimeramente.

—Ah, genial —dijo Hester.

—Puede que me equivoque... —Enone se acercó a la ventana y miró al sur, hacia la neblina de humo sucio que se elevaba desde Tienjing—. Espero que así sea. Tendremos que preguntarle al doctor Popjoy. En cuanto amarremos en Batmunkh Gompa, lo mandaré llamar. Popjoy lo sabrá.

\* \* \*

La ciudad tras la Muralla de Piedra estaba sumida en el silencio, y apenas una docena de faroles ardían en sus sombrías calles. En el lecho del valle brillaban más luces: un río de faroles que se derramaba hacia el este, reflejándose en las aguas del Batmunkh Nor. La población estaba huyendo, igual que había huido de la amenaza de MEDUSA la última vez que Hester estuvo allí. Pensó en lo raro que debía de resultar vivir allí si tenías que estar constantemente metiendo todas tus cosas en un carro y escapando a toda prisa, pero entonces recordó que lo de MEDUSA había ocurrido hacía veinte años, y que una generación entera había crecido desde que Tom y ella partieran de aquella ciudad a bordo de la Jenny Haniver.

—Dioses —dijo, molesta, frotándose la cabeza de nuevo—. Me estoy haciendo demasiado mayor para esto...

Los Espíritus del Zorro guiaron a la Furia hasta un aeródromo provisional ubicado bajo un antiguo convento en la cima de un risco. La vieja construcción estaba rodeada por lo que en un primer momento les pareció un gigantesco liquen: una masa informe de color gris, marrón y blanco. Eran personas. Refugiados de las ciudades y supervivientes de Tienjing que habían llegado a bordo de una dispar y desharrapada flota de cargueros y transportes militares, amarrada ahora en las orillas del campo. Se apiñaban unos contra otros para combatir el frío, envueltos en mantas y guarecidos bajo tiendas y toldos. Cuando Hester, que aún cojeaba levemente, guio a sus compañeros más allá de donde estaban ellos, empezaron a levantarse y apartarse, conformando una avenida de rostros expectantes. Un susurro, como el que haría el viento entre los árboles, recorrió la multitud mientras la gente alertaba de la presencia de *Lady Naga* y su stalker a sus vecinos y familiares.

Tal vez estuvieran diciendo que la culpa de aquel desastre era suya; que si no hubiera destruido a la stalker Fang, serían los urbanitas quienes estarían sufriendo. Tal vez hubieran oído que estaba muerta. Tal vez, al ver a Shrike y a Hester caminando junto a ella, creyeran que era un fantasma llegado desde los Salones de las Sombras con dos demonios como escolta.

Enone apenas se percató del revuelo que estaba provocando. Seguía pensando en la stalker Fang. *Tengo que hablar con Popjoy*, pensó, y miró al este, hacia la orilla del lago, donde el anciano fabricante de stalkers tenía su



casa de retiro. Sin embargo, la niebla vespertina flotaba densa sobre el lago, y ni siquiera estaba segura de que la casa de Popjoy alcanzara a verse desde allí.

En la puerta del convento, un suboficial de aspecto cansado los saludó.

—¡*Lady Naga*! ¡Está usted a salvo! ¡Gracias a los dioses!

A salvo, pensó Enone. Sí, aunque Fang hubiera regresado, Naga lo resolvería todo. Por fin estaba a salvo. Le devolvió al muchacho el saludo militar y recordó que formaba parte del personal de su marido en Tienjing: un muchacho simpático con una mata de pelo negro que siempre le caía sobre los ojos. Se alegraba de que hubiera sobrevivido.

—¿Está aquí mi marido? —preguntó.

—¡El general se va a poner contentísimo! ¡Tengo que llevarla con él!

Enone le siguió por la alta puerta tallada. Hester, Shrike y Pennyroyal fueron tras ella, sin saber qué otra cosa hacer.

—Necesito ver al científico Popjoy —dijo Enone a su guía—. ¿Podéis mandarlo llamar en mi nombre?

El suboficial parecía nervioso.

—Está muerto, *Lady Naga*. Lo asesinaron en su casa del lago hace unas tres semanas. Creemos que uno de sus stalkers se averió y... —Se encogió de hombros—. He oído lo que le hicieron. Ningún humano habría tenido fuerza suficiente...

Enone miró a Hester.

—¿ENCONTRARON AL STALKER QUE LO MATÓ? —dijo Shrike.

Al muchacho pareció sorprenderle que le hablara un stalker, pero se recobró y respondió:

—No. Pero robaron el aeroyate de Popjoy. Tal vez, si el asesino era un modelo experimental, tuviera agallas de escapar. Aparentemente, la casa de Popjoy estaba llena de... cosas horrendas.

Dirigía sus palabras a Enone, pero su vista estaba clavada más allá de ella, sobre sus compañeros, como si se preguntara por primera vez si habría hecho bien en permitirles el acceso al cuartel general de emergencia de Naga.

—Son amigos míos —se apresuró a decir Enone, y se los presentó—: El señor Shrike, el profesor Pennyroyal, la señora Natsworthy.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Natsworthy?

Apartó a Enone a un lado y habló un momento con ella en shanguonés. Hester escuchó que repetía varias veces más el apellido Natsworthy. Se llevó la mano a la enorme arma que llevaba al hombro y quitó el seguro.

—¿Qué están diciendo? —le preguntó a Shrike.

Antes de que el stalker pudiera traducir, Enone regresó con ellos, sonriendo.

—Hester —dijo—, tu marido está aquí.

Hester pensó que bien podría haber estado hablando en su extraño idioma, porque lo que acababa de decir no tenía ningún sentido.

—Tom Natsworthy —dijo Enone. Tomó la mano de Hester entre las suyas y le sonrió—. Ha llegado esta mañana a bordo de la antigua nave de Anna Fang...

—No —dijo Hester sin dar crédito, sin querer dárselo.

—Está retenido en una celda junto a las plataformas de amarre, al pie del risco. Pero no te preocupes, le pediré a Naga que lo libere inmediatamente. Deberías ir con él, Hester.

—¿Yo? No.

—Ve con él. —Enone se quitó el anillo que llevaba puesto, lo apretó contra la palma de la mano de Hester e hizo que cerrara sus dedos alrededor—. Toma esto y diles a los guardias que te envío yo. El señor Shrike podrá traducirte. Te dejarán hablar con él. Diles que pronto recibirán órdenes de mi marido para que lo liberen.

—Pero no querrá verme. Manda a otra persona.

—Sigues siendo su mujer.

—No sabes las cosas que he hecho.

Enone se puso de puntillas y la besó.

—Nada que no pueda perdonarse. Ahora ve mientras yo hablo con Naga.

Hester dio media vuelta y se marchó, acompañada por Shrike, mientras en el pasillo todo el mundo se volvía para mirarla y se preguntaba quién sería.

Pennyroyal se quedó merodeando por allí.

—Así que Tom está aquí, ¿eh? —dijo—. Estos Natsworthy aparecen donde menos te lo esperas. Pero, si me lo permite, yo me quedaré con usted, Emperatriz. Está ese pequeño asuntillo de la recompensa que mencionó...

—Por supuesto, profesor —dijo Enone, permitiendo que la acompañara mientras seguía al suboficial por los laberínticos pasillos.

El dios al que adoraban en aquel lugar tenía un nombre distinto al que adoraba ella, pero, aun así, el olor de los inciensos antiguos y los siglos de oraciones acumulados en aquel artesonado labrado y aquellas paredes encaladas la tranquilizaban. Monjas con hábitos color capuchina se agolpaban en los vanos de las puertas, observando. Los oficiales de la Tormenta Verde acudían presurosos y se quedaban mirándola. La mayoría de ellos no parecían demasiado contentos de verla, pero no le importó. ¡Gracias a Dios que había conseguido llegar hasta allí! Se alegraba de haber podido reunir a Hester con su marido y esperaba con ilusión su propio reencuentro con Naga.

Subieron tres tramos de escalera hasta llegar a una puerta muy antigua. El suboficial llamó y luego le abrió la puerta a Enone para que pasara. Pennyroyal entró con ella. Con su túnica gris, parecía un oficial de alto rango de la Tormenta Verde, y los guardias que había dentro lo saludaron formalmente cuando siguió a Enone a la improvisada sala de guerra del general Naga.

Había una docena de personas de pie alrededor de una enorme mesa cubierta de mapas, el maltrecho remanente del gobierno de Naga. Algunos de ellos se mostraron contentos de ver a Enone. Naga levantó los ojos de sus mapas y se limitó a mirarla. Tenía la cara llena de cortes y moratones, la armadura cubierta de abolladuras y la mano buena envuelta en unos vendajes sucios. Pero estaba vivo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó alegremente Enone. Quería abrazarlo, pero no era apropiado abrazar al líder de la Tormenta en público, frente a sus capitanes y sus consejeros, así que trató de controlarse, agachó la vista, hizo una profunda reverencia y dijo—: Su Excelencia.

Naga no dijo nada. A su alrededor, los sabios que estaban al corriente de lo mucho que la había extrañado les dieron disimulados codazos a sus atentos y encandilados camaradas y empezaron a recoger mapas, espadas y

cascos y a dirigirse hacia las diversas puertas de la estancia, pero Naga volvió a llamarlos. Aún no se había dirigido a su esposa.

—Me he enterado de lo de Tienjing —dijo Enone.

—Vino del cielo —dijo su marido contemplando su rostro—. De una de esas diabólicas armas orbitales, creemos. Un dedo de luz..., de energía..., destruye todo lo que toca... Yo no soy el responsable. Cuando cayó sobre Tienjing estaba tendido de espaldas al pie de una escalera. —Intentó gesticular, pero los engranajes del hombro de su maltrecho exoesqueleto chirriaron y se atascaron—. ¡Maldita sea! —murmuró.

—Permíteme —dijo Enone, alegrándose de tener una excusa para tocarlo.

Los expectantes oficiales se apartaron para dejar que se acercara a él, pero, cuando Enone extendió un brazo para desenroscar las tuercas que mantenían la hombrera en su lugar, el puño vendado de Naga se estrelló contra su sien. Cayó de lado, golpeó la mesa y se desplomó en el suelo en medio de un repiqueteo de tazas de té caídas y compases de medición. Algunos de los oficiales de Naga gritaron, y escuchó a uno decir:

—¡General! ¡Por favor!

—Naga... —dijo Enone. Apenas daba crédito a lo que estaba pasando.

Quiso creer que su exoesqueleto había sufrido algún fallo y que le había golpeado sin querer. Pero, cuando le miró, vio con claridad que el puñetazo había sido deliberado.

—¡Todo esto es culpa tuya! —gritó él. Su mano mecánica descendió velozmente y le agarró un puñado de pelo. La levantó del suelo como si fuera un saco—. ¡Mira adónde nos ha llevado tu paz! Me pediste que tratara a los bárbaros como seres humanos, ¡y ahora nos están masacrando!

Enone nunca habría podido imaginar una reacción así. No sabía cómo lidiar con aquella furia.

—No, no, no —dijo—. También hay ciudades-tracción destruidas, yo las vi arder... Debes haber oído los informes...

—¡Patrañas!

—Naga, ¡la stalker Fang ha regresado! ¡Es ella quien controla esa cosa!

Un murmullo en la estancia, gritos de alarma, de incredulidad.

—Piénsalo —imploró Enone—. Los informes sobre Brighton. La lapa encontrada en la provincia del Abanico de Nieve. ¡Quiere que creamos que los urbanitas controlan el arma para poder usarla contra nosotros! Ha perdido la cordura. Tenemos que encontrar el transmisor que usa para comunicarse con ella y...

—¡Patrañas! —repitió Naga—. Ya he descubierto desde dónde se controla esa cosa. Son los ingenieros de Londres otra vez, lo mismo que sucedió con MEDUSA. Esos okupas inofensivos que llevamos tanto tiempo ignorando empezaron a afanarse como hormigas hace unas semanas y ahora, de repente, pasa esto. —Cogió una fotografía de los montones que había en la mesa, una vista aérea de Londres tomada por un ave stalker—. ¡Mira! ¡Se les ven las calvas! Infestan esas ruinas como los gusanos infestan un cadáver. Y hoy un londinense ha venido a contarnos un cuento loco para intentar desviar nuestra atención. ¡MEDUSA vuelve a repetirse! Todo empieza y termina en Londres.

—¿Y qué me dices del doctor Popjoy? —murmuró Enone—. Fang debía necesitarlo para que la reparara y, cuando hubo terminado, lo asesinó...

—¡Popjoy era otro ingeniero! Pensábamos que se había puesto de nuestra parte, pero ha estado todo este tiempo trabajando para su antiguo gremio. Ese cadáver que encontraron en su villa estaba tan destrozado que podría haber sido de cualquiera. Tu antiguo maestro fingió su muerte y escapó a Londres para ayudar a sus viejos amiguitos ingenieros a desplegar el arma.

—No —susurró Enone. Pero su teoría tenía sentido. ¿Cómo podía aspirar a demostrarle que estaba equivocado?

Naga la fulminó con la mirada, jadeante.

—Y tú también formabas parte de su plan, ¿verdad, Zero? —dijo. Su voz se tornó más suave y fría—. Durante todo este tiempo has sido su mascota, tú, bruja aleutiana. Popjoy fue quien te trajo a la pagoda de Jade en primer lugar. Qué tímida y tierna parecías. Pero destruiste a Fang y me distrajiste a mí con tus susurros de paz, de amor... —Empuñó la espada—. ¡Y, durante todo este tiempo, lo único que hacías era darles ventaja a los urbanitas hasta que su nueva arma estuviera lista!

Enone intentó controlar su irrefrenable temblor.

—Por favor, créeme. Jamás te traicionaría. Lo único que he querido siempre ha sido la paz.

Naga la golpeó de nuevo, una sonora bofetada con su puño mecánico. Ella cayó de rodillas, gimiendo de dolor, con las manos ahuecadas para recoger la sangre de su nariz. Naga le empujó la cabeza hacia el suelo y empuñó la espada. Pero el delgado tallo de su cuello, desnudo a la luz de los faroles, parecía frágil y pálido como el marfil, y no fue capaz de cortárselo. Tenía un rastro de mugre incrustado en el nacimiento del cabello y la parte trasera de sus pequeñas orejas estaba sucia, como estarían las de un niño pequeño.

Naga dio un mandoble y enterró la hoja profundamente en la mesa de los mapas. Cuando Enone se dejó caer, sollozando, a sus pies, dio media vuelta y bramó a sus oficiales:

—¡Lleváosla! ¡Encerradla! ¡No quiero volver a oír hablar de la paz!

Intentó no mirar mientras la arrastraban hasta la puerta. Unos cuantos integrantes de la línea más dura de la Tormenta, viejos oponentes de la tregua, gritaron:

—¡Mátala!

Uno desenvainó la espada y habría acabado con Enone si sus amigos no lo hubieran retenido.

—¡No! —exclamó Naga. La puerta giró sobre sus goznes y se cerró tras su esposa. Le costaba menos ser fuerte ahora que no tenía delante su rostro atemorizado—. Decapitaré a la traidora Zero yo mismo, en público, en la plaza principal de Batmunkh Gompa. —Entre su audiencia, unos cuantos se mostraron tan afligidos como Enone, pero la mayoría parecían complacidos por el anuncio, algunos incluso vitorearon—. Pero antes —les dijo Naga— debemos reunir todas las naves que podamos y volar a Londres. ¡Debemos hacernos con el transmisor de los bárbaros y apuntar su nueva arma hacia sus propias ciudades! ¡Esta guerra no está perdida! Seguidme ¡y haremos que el mundo vuelva a reverdecer!

## 44

### Columna de fuego

«Nada que no pueda perdonarse», había dicho Enone. Pero a Hester le parecía, mientras descendía en medio del viento gélido por las largas escaleras que llevaban a las plataformas de amarre, que ella había hecho cosas que nadie podría perdonar nunca. No sabía qué decirle a Tom y no quería pensar en lo que él le diría a ella. Pero se ponía enferma con solo imaginárselo ahí encerrado, en uno de aquellos diminutos edificios cuyos tejados atisbaba abajo, al resplandor de los grandes faroles dispuestos alrededor de las plataformas. Había mucha actividad allí abajo, gente que cargaba las aeronaves de combustible y mercancías, y una de ellas era la Jenny, una familiar cubierta de color rojo óxido entre las naves de combate blancas de la Tormenta.

Todo se puso borroso y Hester tuvo que secarse el ojo con la manga. Se alegró de que ni Enone ni Pennyroyal estuvieran allí para verla gimotear. Shrike era el único que la acompañaba (escuchaba el pesado y reconfortante golpeteo de sus pies en las escaleras tras ella), y Shrike ya la había visto llorar antes.

Los estrechos callejones tras las plataformas estaban inundados de una estruendosa confusión: la Tormenta parecía desconcertada, y hasta la sencilla tarea de preparar las naves generaba riñas y disputas entre los remanentes de las distintas unidades, que hablaban idiomas y dialectos distintos. Mientras se abría paso a empujones entre ellos, Hester notó una tirantez en el pecho y la garganta, un pánico creciente ante la perspectiva de ver a Tom.

Paró a un aviador que pasaba por allí para preguntarle cómo llegar a las celdas y le complació ver que el hombre empezaba a hacerle reverencias y a saludarla cuando le mostró el anillo con la hoja de roble de *Lady Naga*. Mientras subía los escalones de piedra que llevaban al edificio que el hombre les había indicado, escuchó un ruido de pisadas que corrían tras ella.

—ES EL NACIDO UNA VEZ PENNYROYAL —anunció Shrike.

—¿Qué demonios quiere? —gruñó Hester, aunque en el fondo agradecía tener una excusa para postergar su reencuentro con Tom.

Pennyroyal llegó jadeando por los escalones. En cuanto le vio, supo que algo había salido muy mal.

—¡Hester! ¡Shrike! —jadeó—. ¡Gracias a Poskitt! ¡Tenemos que huir! ¡Volando! Ese villano de Naga...

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Hester.

Pennyroyal aleteó con los brazos, intentando encontrar un gesto lo suficientemente grande como para abarcar la magnitud del desastre.

—No entendía lo que estaba pasando, no entiendo su idioma, pero algunos hombres se hablaban entre sí en inglés y estaban diciendo que es una traidora...

—¿Quién es una traidora? —Hester lo agarró por el cuello de la túnica y lo sacudió—. ¿Qué ha pasado, Pennyroyal? ¿Dónde está Enone?

—¡Eso es lo que te estoy diciendo! ¡Está encarcelada! ¡Le ha roto su diminuta naricita, el muy bestia! La culpa por esta arma del terror. Dicen que ha jurado cortarles la cabeza cuando las ciudades sean derrotadas. ¡Ay, pobre niña! Ay, Clio misericordiosa...

Pennyroyal estaba realmente afectado, y Hester también experimentó una punzada de dolor y lástima cuando alcanzó a comprender lo que le estaba contando. Lo ocultó como siempre hacía: enfureciéndose cada vez más.

—¿Me estás diciendo que todo esto no ha valido para nada? ¿Tantos viajes y tantos líos? ¿Haber perdido a Theo? ¿La hemos sacado de una cárcel para que la metan en otra? ¿No se puede dejar sola ni un minuto a esa mema sin que la encierren? —Miró a Shrike, que contemplaba en silencio los edificios sobre ellos—. Supongo que algo podremos hacer. ¿Sacarla?



—¡De ninguna manera! —respondió instantáneamente Pennyroyal—. La ha encerrado en una de las torres más altas. Hay stalkers y hombres con cañones de mano custodiándola.

—HAY MUCHOS NACIDOS UNA VEZ AQUÍ —concordó Shrike—. TENDRÍA QUE MATARLOS A DOCENAS. NO PUEDO HACERLO, Y LA DOCTORA ZERO TAMPOCO QUERRÍA QUE LO HICIERA.

—¡Ella querría que salváramos nuestros pellejos! —afirmó Pennyroyal—. ¿Y si ya nos están buscando? Ahí arriba corren de aquí para allá como abejas enloquecidas, preparándose para despegar y atacar no sé qué pobre ciudad. Y dudo mucho que vayan a dejarnos sueltos, ¿verdad? Si creen que Enone es una traidora, pensarán que nosotros también lo somos y querrán nuestras cabezas para completar la colección... —Manoseó la espalda de Hester, y gimoteó de terror mientras ella se apartaba de él—. Hester, tu nave está aquí, tienes que sacarme de este sitio...

Hester se dio media vuelta y lo apartó de un empujón. Él cayó hacia atrás con un chillido indignado y rodó escaleras abajo.

—Ya hemos viajado suficiente distancia juntos —le gritó—. Ya te lo dije en Puertoaéreo: no te quiero en mi nave. Apáñatelas como puedas.

Pennyroyal le gritó algo, pero Hester no miró atrás. Por encima del ruido que invadía las plataformas de amarre, escuchaba otros: vítores y clamores de trompeta procedentes de algún lugar en las alturas, donde lo que quedaba de la Tormenta celebraba el arresto de Enone. El centinela a la puerta de los fortines también lo escuchó, y a Hester le alivió ver que parecía desconcertado. Las comunicaciones eran precarias en aquel puerto destartado: no había signos de teléfonos ni de tubos parlantes, solo muchachitos que corrían de un lado a otro para entregar mensajes. Tal vez quedaran unos minutos antes de que la noticia de la caída en desgracia de Enone llegara hasta allí abajo, y no muchos más antes de que las descripciones de sus compañeros empezaran a circular por el lugar.

Como era de esperar, el anillo con la hoja de roble provocó nuevas reverencias y saludos marciales entre el personal de las celdas. Dejaron pasar a Hester mientras Shrike explicaba a qué había ido en un idioma que ella desconocía. Un hombre corrió a abrir una pesada puerta y le hizo señas para que pasara.

—Espera aquí —le pidió a Shrike, y entró.

Habían encendido una lámpara de aceite y bajo el lento fulgor de la luz vio que el prisionero se sentaba en su camastro y volvía el rostro hacia ella.

El centinela dijo algo en su idioma, pero ninguno de los dos se dio cuenta.

—¿Tom? —preguntó Hester.

Tom se levantó y fue hacia ella. No dijo nada, y Hester supuso que era porque debía de estar tan sorprendido al verla que no podía creer que realmente fuera ella.

Desconocía que Tom ya sabía que estaba en Shan Guo. De hecho, por lo que Theo había dicho, Tom creía que llevaba allí varios días. Le había sorprendido que la puerta de su celda se abriera y fuera Hester quien entrara por ella, pero no era una sorpresa absoluta. La sorpresa no era el motivo de su silencio. Hester le había hecho mucho daño y pensar en ella aún hacía que se sintiera furioso. Pero ahora que estaba allí, de pie a pocos metros de él, su olor familiar llegándole por el aire que soplaba a través de la puerta abierta, también descubrió que seguía amándola. Si no podía hablar era, simplemente, porque tenía demasiadas cosas distintas que decir.

—Bueno —dijo Hester—. Aquí estamos otra vez.

—He dejado a Wren en Londres —dijo él, imaginando cuál sería su primera pregunta.

—¿En Londres?

—Está con Theo, no pasa nada. Está a salvo, pero...

—¿Theo Ngoni? ¿Me estás diciendo que está vivo?

—Consiguió llegar a Londres. Nos contó que te había conocido. Lo valiente que fuiste... salvando a *Lady Naga*...

El guardia los miraba. Hester se descolgó el arma del hombro y apuntó con ella en dirección a Tom mientras le decía al centinela en su oxidado aeroesperanto:

—Libere al prisionero: se viene conmigo.

El centinela se encogió de hombros. No supo si había entendido lo que acababa de decirle, pero debió de captar la idea general, porque abrió rápidamente los grilletes que encadenaban a Tom a la pared. Hester lo agarró del brazo y lo sacó velozmente de allí, haciendo gestos con la cabeza

a los demás guardias. Tom se preguntó si debía negarse a acompañarla, decirle que ya no confiaba en ella, después de todo lo que había hecho. Pero aquel no parecía el momento adecuado, y, además, una parte de él se alegraba de que ella volviera a estar a cargo de la situación.

Afuera, Shrike estaba esperando. Tom retrocedió cuando el muerto rostro del stalker se volvió para clavar sus ojos en él.

—No pasa nada —dijo Hester—. Ahora es mi amigo.

—Claro —dijo Tom, recordando lo que Theo le había contado sobre el antiguo stalker, aunque le costaba creerlo—. Hola, señor Shrike. Siento haberlo matado.

Shrike hizo una leve reverencia y dijo:

—NO ME LO TOMÉ COMO ALGO PERSONAL.

Sobre sus cabezas, con un chillido y un rugido, el cielo se rasgó y de la abertura surgió un largo rayo. Su luz los envolvió, brillante como el día y blanca como la muerte. El suelo se sacudió. Shrike se agarró la cabeza y sus ojos comenzaron a destellar y parpadear. Los gritos de los soldados y los estibadores de las plataformas de amarre se transformaron en aterrorizados alaridos y Hester también gritó y rodeó a Tom con los brazos, atrayéndolo contra sí. Pero la espada de luz que ardía sobre ellos no apuntaba a Batmunkh Gompa. Se elevó sobre las montañas que quedaban al sur, ardiendo y aullando, demasiado brillante para mirarla directamente, demasiado alta para abarcarla entera. El cielo se llenó de vapor, y unas hebras de energía azul crepitaron y resplandecieron en él.

—¿Qué está haciendo? —gritó Tom—. Ahí no hay ciudades...

El fulgor se disipó, el chillido culminó en el estampido de un trueno y entonces regresó la noche. El suelo aún se sacudía bajo sus pies. Hester aún abrazaba a Tom con fuerza. Shrike siseaba y se estremecía, recuperándose. Una columna de nubes señalaba el lugar donde había aparecido la luz, y alrededor de su huella se acumulaba un resplandor rojizo, como el de un brasero que ardiera entre las montañas.

—¡Zhan Shan! —escuchó Tom decir a la gente.

—¡Zhan Shan! —dijo él mismo. Estaba muy asustado. El abrazo de Hester le resultó reconfortante durante un instante, hasta que entendió y

tuvo que apartarla de un empujón—. ¡Lo han dirigido a Zhan Shan! ¡La montaña sagrada va a entrar en erupción!

—¿Quién querría hacer estallar un volcán? —preguntó Hester, furiosa consigo misma por haberle abrazado. A su alrededor, las campanas repicaban, los silbatos sonaban, las naves blancas despegaban hacia la noche. ¿Quién sabía cuándo volvería a golpear aquella arma?—. Vamos —dijo.

Se abrieron camino por el bullicioso puerto hasta la plataforma donde estaba amarrada la Jenny. Un grupo de aviadores de la Tormenta Verde corrían hacia ellos. Hester les gritó que iba a llevarse su nave. En la popa se abrió una escotilla: vociferó a los miembros de la estupefacta tripulación de tierra que la cerraran y se apartaran. Los hombres se encogieron de hombros y le dedicaron un saludo marcial. Mientras se dispersaban, un oficial del puerto llegó corriendo y gritando en aeroesperanto:

—¿Qué órdenes tenéis? ¿A qué unidad pertenecéis? El general Naga ha requisado todas las naves para el ataque contra los bárbaros.

—No. —Hester extendió su mano, mostrando el anillo de Enone—. Esta me la llevo yo: lo ordena *Lady Naga*.

El hombre fue a llevarse la mano a la frente en cuanto vio el anillo, pero se detuvo cuando oyó a quién pertenecía:

—¡*Lady Naga* es un esbirro de la conspiración del darwinismo municipal! —gritó, dándose media vuelta—. ¡Camaradas! ¡Aquí! ¡Los cómplices de la traidora Zero están...!

Hester cerró el puño y el anillo emitió un destello cuando le asestó un fuerte puñetazo en el estómago a aquel hombre, y otro más en la cabeza mientras se doblaba sobre sí mismo. Pensó en matarlo, pero no quería que Tom lo viera. Lo dejó boqueando en las sombras al borde de la plataforma mientras apremiaba a los demás para que subieran por la rampa. En las plataformas de alrededor había más naves despegando: grandes transportes destinados a recoger tropas de la meseta del risco. Nadie se fijó en que la Jenny despegaba junto a ellos, y su cubierta roja no tardó en desvanecerse en la noche cuando viró para cruzar el lago Batmunkh Nor. Para cuando el oficial del puerto recobró el aliento suficiente para gritar pidiendo auxilio,

de la nave no quedaba más que una guirnalda de humo de escape que ya se disolvía en el aire, sobre la plataforma.

\* \* \*

Volaron sin encender las luces, pero el resplandor de la erupción en la lejana Zhan Shan entraba por las ventanillas de la góndola, rojiza, nociva y lo suficientemente intensa como para ver el terreno. Mientras Hester pilotaba, Tom se acercó a la ventana y observó el tajo con forma de luna creciente que el rayo había desgarrado en la ladera noreste del volcán. La propia montaña quedaba oculta en la oscuridad, en la distancia, así que el tajo daba la sensación de flotar en el cielo como una luna ardiente.

—Sigo sin entenderlo —murmuró Tom para sí—. ¿Qué sentido tiene atacar una montaña?

Shrike lo escuchó.

—ZHAN SHAN PODRÍA ESTAR SEMANAS EN ERUPCIÓN —dijo el stalker—. EL FLUJO PIROCLÁSTICO PERTURBARÁ EL TRÁFICO AÉREO A MILES DE KILÓMETROS A LA REDONDA. SE ASFIXIARÁN PROVINCIAS ENTERAS. ES UN GOLPE DEL QUE LA TORMENTA VERDE NO PODRÁ RECUPERARSE.

—Entonces son las ciudades las que controlan ODÍN.

—LO CONTROLA LA STALKER FANG.

—¿La stalker Fang está viva?

Shrike asintió.

Hester, que estaba concentrada en conducir la nave al otro lado de una cumbre de rocas, se relajó ligeramente cuando entraron volando en el cielo despejado que había más allá y se volvió a mirar a sus pasajeros.

—Daremos media vuelta y nos dirigiremos al oeste —dijo—. Puedo dejarte en Londres, Tom.

—¿Y qué hay de tu amiga, *Lady Naga*? —preguntó Tom. No había conocido en persona a aquella desgraciada joven, pero se sentía culpable por dejarla encerrada—. Tal vez, cuando las naves de Naga despeguen, podríamos...

—ESTÁ BAJO CUSTODIA —dijo Shrike—. NO NOS PERMITIRÍAN SACARLA DE ALLÍ CON VIDA. SI NAGA LA CULPA A ELLA POR ODÍN, HAY UNA MANERA MÁS SENCILLA DE SALVARLA: ENCONTRAR LA ESTACIÓN TERRESTRE DE ODÍN Y DEMOSTRAR QUIÉN ES EL VERDADERO RESPONSABLE.

—Pero la estación terrestre podría estar en cualquier sitio —protestó Hester.

—LA STALKER FANG HA REGRESADO A SHAN GUO —dijo Shrike, dándose media vuelta y olfateando el aire almizclado como si pretendiera captar el aroma de la otra stalker. Encontró un mapa de las Montañas del Cielo y lo desplegó sobre la mesa de mapas. Después, clavó el dedo en la provincia del Abanico de Nieve y luego en Batmunkh Gompa—. DEJÓ LA LAPA AQUÍ. MATÓ A POPJOY AQUÍ. ESTÁ EN ALGÚN LUGAR DE ESTAS MONTAÑAS. DEJADME EN TIERRA Y YO LA ENCONTRARÉ.

—Anna Fang tenía una casa en un lugar llamado Erdene Tezh —dijo Tom—. Encontramos las escrituras entre sus cosas cuando heredamos la Jenny. —Señaló un lugar en el mapa—. Tal vez haya regresado a casa.

—ES POSIBLE. LA STALKER FANG AFIRMABA TENER RECUERDOS DE SU VIDA ANTERIOR. TAL VEZ LA HAYAN LLEVADO ALLÍ.

A Tom le alegró que al stalker le hubiera gustado su sugerencia.

—¿Crees que deberíamos volver a Batmunkh Gompa y decírselo a alguien? —preguntó.

—¡De ninguna manera! —dijo Hester.

—NO NOS CREERÍAN —dijo Shrike—. PIENSAN QUE SOMOS PEONES DE SUS ENEMIGOS. DEBO IR A ERDENE TEZH Y ENCONTRARLA YO MISMO.

—¿Esa idea se te ha ocurrido a ti solito? —preguntó Hester, suspicaz—. ¿O es uno de esos programitas secretos de Enone pululando por ese cerebro tuyo?

Shrike se volvió para mirarla.

—NO LO SÉ. PERO LA DOCTORA ZERO ME RECONSTRUYÓ CON UN OBJETIVO: SOY EL ÚNICO QUE PUEDE DESTRUIR A LA STALKER FANG. DEBO BUSCARLA Y VOLVER A ASESINARLA.

—Pensaba que no podías matar a nadie.

—LOS STALKERS NO ESTÁN VIVOS, ASÍ QUE NO SERÍA MATAR —respondió pacientemente Shrike—. Y, AUNQUE LO FUERA, TIENE QUE HACERSE. —Agitó una de sus gigantescas manos frente a las ventanas, y señaló las montañas que ardían al sur—. SI SE LE PERMITE PROSEGUIR CON TODA ESTA DESTRUCCIÓN, MILES DE NACIDOS UNA VEZ PERECERÁN.

Tom tragó saliva y dijo con nerviosismo.

—Yo puedo llevarte a Erdene Tezh.

—Esto no es asunto nuestro, Tom —le advirtió Hester.

—Sí que lo es —replicó él—. Porque, si estás en lo cierto, somos las únicas personas que saben quién es el verdadero responsable de todo esto. ¿En qué mundo tendrá que vivir Wren si permitimos que esto ocurra? Tenemos que hacer algo. —Estaba a punto de explicar la conexión entre ODÍN y el Libro de Hojalata, pero lo único que conseguiría con eso sería que Hester pensara que todo era culpa de Wren, y en absoluto era eso lo que pretendía—. Yo tengo que hacer algo —dijo débilmente.

—De acuerdo —respondió Hester. Era tan adorable y enervante como siempre. Nunca había podido resistirse a aquella estúpida valentía suya—. De acuerdo. Iremos a esa tal Erdene lo que sea. Tampoco es que tenga nada mejor que hacer. Pero, cuando lleguemos allí, no intentes hacer nada heroico, no pongas en peligro tu vida y no intentes hablar con la stalker Fang. Te vas a quedar a salvo dentro de la nave y vas a dejar que Shrike vaya a matarla. Y esta vez, más le vale hacerlo bien.

# 45

## Siega

Al despertar, Wren se preguntó durante un momento dónde estaba; recordó lo que había pasado y sintió miedo. Luego decidió que le daba igual, porque Theo, que respiraba suavemente con su rostro apoyado en la curva de su cuello y con el peso sólido y reconfortante de su brazo rodeándola, estaba con ella.

Tras salir de Crouch End se habían dirigido al oeste, porque todos los caminos y senderos que Wren conocía en las ruinas llevaban al oeste. Habían caminado durante horas con el oído atento, intentando detectar si alguien los perseguía. Habían visto cómo el latido de fuego se clavaba en las montañas y permanecido ahí quietos, en silencio, cogidos de la mano, observando el resplandor rojo que había aparecido en el cielo por detrás de Zhan Shan y silueteado la cima del gigantesco volcán. Finalmente, se habían detenido a descansar en el límite más occidental de la escombrera principal, ahí donde se dispersaba en multitud de escombreras más pequeñas, trozos de plataformas y cadenas tractoras desperdigadas, ruedas en vertical que se erigían como torres. Se refugiaron dentro de una de estas últimas, en una cueva cilíndrica de unos tres metros de alto en la que antiguamente debió haber un cigüeñal (o una biela, o algún otro cacharro de esos: ninguno de los dos sabía lo suficiente sobre ruedas o ciudades como para saberlo con certeza). El lugar, al menos, estaba seco y no demasiado frío; se acurrucaron juntos allí, con la mochila de Wren como almohada, y se quedaron dormidos con rapidez.



Ahora, una luz tibia llenaba la circunferencia de la boca de la cueva. Wren despertó a Theo lo más delicadamente que pudo y pasó por encima de él para acercarse a la entrada. Al asomarse, vio los márgenes desiertos de las ruinas que se extendían bajo la luz brumosa. Sacó un poco más la cabeza. Había demasiada niebla como para distinguir Zhan Shan, pero alcanzaba a divisar la torre de humo que se elevaba sobre la montaña, del color de la pizarra mojada, tan alta que se perdía en el cielo. Daba la sensación de que el suelo temblara levemente y le pareció escuchar que algo retumbaba a lo lejos.

—Bueno, no ha sido un sueño —dijo—. ¿Por qué iba la Tormenta a volver el arma contra su propio territorio?

—Debe de ser otra guerra civil —señaló Theo. Vertió agua de la cantimplora que Lavinia Childermass les había dado—. Probablemente, Naga está aniquilando a sus rivales.

—Espléndido —dijo Wren—. ¿Y es esa la gente en cuya compasión vamos a confiar?

—Es eso o volver con el señor Garamond.

—Bien visto. ¿Qué hay para desayunar?

—Migas —dijo Theo, abriendo una caja que Lavinia Childermass había metido en la mochila de Wren—. Creo que era una especie de torta de avena. Probablemente sea muy nutritivo...

—¡Chss!

El estruendo se estaba intensificando. Definitivamente, el suelo temblaba, y la vibración hacía que se desprendieran pequeñas escamas de óxido de la vieja rueda.

—¿El volcán? —preguntó Wren.

Theo sacudió la cabeza.

Ambos salieron de su refugio y se detuvieron al borde de la rueda para mirar hacia el oeste. El retumbar iba y venía, arrastrado por las ráfagas de viento. Una protuberancia surgió del terreno y se sacudió, y su silueta fue cambiando mientras la miraban. Un resplandor metálico asomó bajo los matorrales y una nube de humo de escape se elevó triunfal por el aire.

—¡Ay, Quirke! —dijo Wren.

—Harrowbarrow —susurró Theo.

Wren asintió. Casi se había olvidado de la existencia de Wolf Kobold. Su primer pensamiento fue: *Gracias a Quirke que hemos conseguido salir de la escombrera antes de que haya llegado*, pero quedó inmediatamente desplazado por otro que lo seguía muy de cerca: *¿Y qué pasa con los demás?*

—¡Tenemos que avisarlos! —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Theo—. No van a tardar en enterarse. Si se mueve tan rápido como cuando la vi penetrar en la línea de combate, en Londres no tardarán mucho en escuchar sus motores.

—Pero podrían no hacerlo —dijo Wren—. Los vigías son jóvenes, nunca han oído los motores de una ciudad; creerán que es el volcán, igual que nosotros...

Intentó convencerse de que los londinenses se lo tenían merecido, por ir por ahí acusando a la gente y encerrándola en jaulas, pero lo único que le venía a la mente eran sus amigos: Angie y Saab, Clytie, la doctora Childermass. Ni siquiera el señor Garamond merecía que Harrowbarrow se lo comiera. La enorme pérdida que conllevaba todo aquello la horrorizaba: tantos años de investigación, esfuerzo y trabajo duro...

—Tenemos que hacer que se retrase —dijo—. Subiré a bordo y me inventaré alguna manera de entretenerlos. Aunque solo consigamos sacarles media hora de ventaja, eso podría ser de ayuda. ¿No te das cuenta? Nueva Londres tiene que partir hoy, esté lista o no. Una vez esté fuera de la escombrera, debería poder escapar de Harrowbarrow.

—Ah, no, no vas a ir sola —dijo Theo.

—Sí, porque tú no puedes acompañarme. Eres el *mossie* con más pinta de *mossie* del mundo entero y se te da fatal mentir, y Wolf Kobold piensa que la gente como tú ni siquiera tiene derecho a vivir. Así que vas a ir a esconderte en alguna parte.

—Wren —protestó él.

La abrazó muy muy fuerte. Sería tan fácil apartarse del camino de Harrowbarrow y hacer como si nada de todo aquello tuviera que ver con ella... Pero sí que lo tenía. ¿Qué pensaría su padre si supiera que se le había presentado la oportunidad de salvar su ciudad y la había desperdiciado? ¿Qué pensaría ella de sí misma? Besó a Theo.

—Vete —le dijo—. Harrowbarrow manda a veces patrullas de reconocimiento a pie. Si te descubren, no harán preguntas. Por favor, vete.

—¿Cómo puedo volver a encontrarte?

—No lo sé —dijo Wren apartándose de él. Los motores de Harrowbarrow gruñeron—. Ya se me ocurrirá algo —le prometió. No era capaz de soltarse de sus manos—. Mira, los dioses se han tomado muchas molestias para que estemos juntos. No creerás que van a dejar que un estúpido suburbio acorazado y tremendamente peligroso nos separe, ¿verdad?

Trató de recomponerse, porque estaba empezando a farfullar. En el muelle aéreo de Kom Ombo le había pasado lo mismo. Era como si pudiera decir cualquier cosa, menos lo que realmente quería decir.

Al final, fue Theo quien lo dijo.

—Te quiero.

—¡Ostras! ¿En serio? Yo también. O sea, a ti. Yo..., yo te quiero.

Quiso acercarse a él otra vez, pero se obligó a retroceder. *Bueno, pensó, ya se lo he dicho. Una cosa menos de la que tendré que arrepentirme cuando baje a la Región de las Sombras.* Dio media vuelta y empezó a abrirse camino entre las zarzas y los trozos de ruinas oxidadas en dirección al norte para interponerse en el camino de Harrowbarrow.

—¡Escóndete! —le gritó a Theo cuando lo vio allí de pie, observándola impotente desde las sombras de la rueda abandonada—. ¡Ve a esconderte! —insistió, mitad temerosa, mitad esperando a que insistiera en acompañarla.

Cuando volvió a mirar, ya no lo vio más.

\* \* \*

Theo corrió un trecho entre los matojos de alisos que llenaban la zanja de una antigua huella de cadena tractora cercana. Entonces se detuvo. Quería estar con Wren, pero sabía que si los harrowbarrownitas eran tan temibles como los había descrito, lo único que haría sería cavar su propia

tumba y, además, ponerla a ella en aprietos haciendo que Kobold se preguntara por qué estaba con un antitraccionista.

Y, a pesar de todo, no podía limitarse a esconderse.

Se desvió al este y empezó a caminar a grandes zancadas hacia la escombrera. Los londinenses no eran mala gente. Se merecían el poco aviso que pudiera darles con antelación. Correría al hangar del extremo occidental de Holloway Road y avisaría a los muchachos que hubiera de guardia de lo que se les venía encima.

\* \* \*

Wren vadeó la hierba, que le llegaba hasta la cintura. El día se oscurecía a medida que el manto de humo del lejano volcán se iba extendiendo por el cielo. Era un clima apocalíptico. Los motores de Harrowbarrow habían quedado en silencio. Se preguntó si Wolf Kobold estaría en el puente de mando inspeccionando con su periscopio el terreno que se extendía frente a él. Se quitó la chaqueta y le dio la vuelta. El forro de seda roja estaba desgarrado y descolorido después de tantas aventuras, pero era la cosa más llamativa que había en todo el lugar. Trepó a lo alto de un trozo de ruina informe y empezó a agitar la chaqueta sobre su cabeza mientras gritaba:

—¡Wolf! ¡Wolf! ¡Soy yo! ¡Wren!

Unos minutos después, bajó del montículo de un salto y siguió caminando lentamente. Notaba cómo el suelo se revolvía bajo sus pies a medida que el suburbio-segadora se acercaba. De vez en cuando agitaba la chaqueta y gritaba, pero ya ni siquiera podía ver Harrowbarrow: se había escurrido hacia una profunda trinchera. Wren miró al cielo. Ni rastro de aves stalker. En serio, pensó, ¿dónde estaba la Tormenta Verde y su superarma arrasaciudades cuando la necesitabas? Era de auténticos incompetentes permitir que Harrowbarrow se adentrara tanto tras su línea de defensa.

De repente, un montículo de tierra grisácea frente a ella resultó no ser un montículo. Se elevó, la apuntó con una pistola y gritó:

—¡Alto!

Wren chilló y dejó caer su chaqueta. A su alrededor, más hombres camuflados a base de barro gris emergieron del suelo. No reconoció sus rostros, pero por las pintas y las gafas tintadas supo que formaban parte de una de las partidas de reconocimiento de Harrowbarrow. Levantó las manos e intentó que no le temblara la voz cuando dijo:

—Soy Wren Natsworthy. Soy amiga de vuestro alcalde.

Uno de los hombres la registró en busca de armas, más concienzudamente de lo que a Wren le pareció necesario (sin duda, sabía que era imposible esconder nada demasiado peligroso en el sujetador). Su líder dijo:

—Tú, ven.

Y partieron, corriendo rápidamente por el terreno áspero y agujereado, embutiéndose por las grietas que surcaban las paredes de las huellas de las cadenas tractoras y atravesando los lechos de tierra inundados. Los hombres avanzaban rápida y ágilmente, empujando a Wren cuando mostraba cualquier síntoma de debilidad. Cuando el flanco acorazado de Harrowbarrow se hizo visible, medio hundido en barro y arbustos arrancados, estaba agotada.

Abrieron una trampilla. Los exploradores guiaron a Wren al interior y la cerraron a su paso. Entonces, Harrowbarrow siguió avanzando hacia la escombrera, y perforando el terreno.

\* \* \*

A Wren le resultó muy extraño regresar a las calles de aquel suburbio excavador después de todo lo que había pasado, y más extraño todavía entrar en el ayuntamiento de Wolf Kobold, pisar sus mullidas alfombras, verse rodeada de sus cortinajes de terciopelo y elegantes cuadros, bajo la acogedora luz de los faroles de argón. Wren se miró en un espejo y apenas reconoció a la desaliñada y ajada joven londinense que le devolvió la mirada.

—¡Wren!

Debían de haberlo llamado al puente de mando. Calzaba botas y vestía pantalones y una camisa sin cuello bajo cuyas axilas se extendían dos grandes surcos de sudor. Parecía más delgado de lo que recordaba, y se preguntó si le habría costado mucho atravesar la Región Exterior en solitario. Por un segundo, se alegró y se sintió aliviada de verlo. Se aferró a aquella sensación y trató de traducirla en una sonrisa, una sonrisa cálida y tímida.

—*Herr* Kobold...

—¿A qué vienen tantas formalidades, Wren? —Se acercó a ella y tomó las dos manos de la muchacha entre las suyas—. Me alegro tanto de que hayas venido a buscarnos. ¿Qué te trae por aquí? ¿Estás sola? ¿Dónde está tu padre?

—Sigue en Londres —mintió.

—¿Están los londinenses al tanto de nuestra llegada?

—Aún no —le dijo Wren.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—Te estaba esperando. Sabía que vendrías... —Dejó que su sonrisa se desvaneciera y fingió estar a punto de echarse a llorar, de desmayarse. Kobold le acercó una silla—. Ay, Wolf —dijo—. ¡Han apresado a mi padre! Cuando te fuiste, los londinenses creyeron que estábamos compinchados contigo. Nos encerraron en unas jaulas espantosas, unas antiguas jaulas de animales del zoo. Mi padre no está bien, pero no le dejan salir. Así que me escapé, y he estado sobreviviendo entre los escombros, en el confín de las ruinas, esperando, esperando. ¡Creía que nunca aparecerías!

Kobold la rodeó con sus brazos y atrajo el rostro de Wren contra su pecho. Ella consiguió derramar unas cuantas lágrimas y entonces se dio cuenta de que, si se ponía a pensar en Theo y su padre, el llanto se hacía real.

—Harrowbarrow es mi única esperanza —dijo con voz temblorosa—. Salvarás a mi padre cuando devores Nueva Londres, ¿verdad?

—Por supuesto, por supuesto —dijo Kobold, acariciándole el pelo—. Esta noche llegaremos a Crouch End. Los londinenses y todo lo que poseen serán nuestro botín. Tu padre estará a salvo.

Wren se apartó de él, horrorizada.

—¿Esta noche? ¡Pero entonces será demasiado tarde! ¡Pretenden marcharse antes del anochecer! La fecha de despegue se ha adelantado por la contienda... ¡Ay, tenéis que daros más prisa!

Wolf negó con la cabeza.

—Imposible. Ese es el tiempo que nos llevará bordear la escombrera...

—Muéstramelo —dijo Wren, secándose la cara con el dorso de la mano mugrienta.

Lo siguió por pasarelas donde el aire olía a viciado y por los desguaces donde pequeños grupos de obreros ponían a punto pesados motores para cortar y despedazar. Subieron la escalerilla que llevaba al puente de mando y encontraron a Hausdorfer al timón. Sus curiosas gafas emitieron un destello cuando saludó a Wren con un movimiento de cabeza. Empezó a decirle algo en alemán a Kobold, pero el joven alcalde lo apartó con un gesto y llevó a Wren hasta la mesa de mapas, donde había desplegado uno de la escombrera. Wolf debía de haberlo dibujado de memoria tras regresar a Harrowbarrow. Wren detectó inmediatamente varios errores, así como grandes zonas vacías en el centro de la escombrera, allá donde Wolf nunca había estado.

Señaló el mapa con un par de separadores y trazó una línea que serpenteaba alrededor del límite occidental del campo de escombros principal y luego penetraba hacia Crouch End.

—Este es mi plan...

—¿Y por qué no atraviesas directamente por el centro? —preguntó Wren.

—No sé qué hay ahí. Las ruinas podrían ser impracticables. Y esas descargas eléctricas de las que los londinenses hablan...

—Cuentos —dijo Wren, restándole importancia—. Es tal y como tú sospechabas. Los trasgos no son más que una patraña que nos contaron para evitar que fisgoneáramos. El que vimos el primer día lo fingieron los muchachos de Garamond escondiéndose entre los desperdicios con una pistola de rayos. —Le sonrió—. Mira, si quieres asegurarte de llegar a Crouch End antes de que pongan la nueva ciudad en movimiento, ve por aquí. Hay una especie de valle que discurre por entre las ruinas y te

conducirá prácticamente hasta allí. En esa parte no hay centinelas, así que podrás pasar desapercibido durante más tiempo.

Cogió un lápiz que colgaba de una cuerda deshilachada en una esquina de la mesa y dibujó en el mapa la línea que debía seguir Harrowbarrow, cruzando la escombrera de oeste a este, justo por el centro del Carril Eléctrico.

\* \* \*

Los muchachos que montaban guardia junto a la Arqueópterix ya habían escuchado un amortiguado ruido de motores procedente del este cuando Theo llegó hasta ellos. Estaban de pie en la cima de un alto promontorio de ruinas fuera del hangar, escrutando la niebla con los ojos entrecerrados. Mientras se acercaba, escuchó que uno decía:

—No veo nada. Es por el volcán.

Y que el otro respondía:

—O igual es el motor de una nave. Igual hay una planeando sobre toda esta contaminación...

—¡No es una nave!

Theo gritó y se agachó cuando ellos se giraron hacia él, temeroso de que lo dispararan con sus ballestas. Pero se limitaron a quedarse mirándolo. Eran los mismos chicos con los que había hablado el día anterior. Intentó recordar sus nombres: Will Hallsworth y Jake Henson.

—Will —dijo, aproximándose con las manos extendidas para demostrar que no iba armado—. Jake, se aproxima un suburbio. Harrowbarrow. Tenéis que advertir a los demás. Vuestra nueva ciudad tiene que despegar ya.

—No le hagas caso —le advirtió Jake a su compañero—. ¡Es un *mossie*! El señor Garamond dijo...

—El señor Garamond se equivoca —insistió Theo—. Si yo fuera un *mossie*, ¿por qué iba a venir aquí para advertiros sobre Harrowbarrow?

—Puede que Harrowbarrow no exista —dijo Will, esforzándose por pensar—. Tal vez sea un truco *mossie*.



Un rugido de motores, procedente de algún lugar al suroeste, sofocó su voz. Además, un estrépito y el estruendo metálico de unos escombros que se desploman. Los londinenses miraron con atención. Al sur vieron humo, nubes de polvo y escamas de óxido que flotaban en el cielo.

—¡Está saliendo a la superficie! —gritó Theo—. ¡Ha llegado al límite de las ruinas! ¡Vamos!

—¿Y qué pasa con la Arqui? —preguntó Jake—. No podemos dejarla aquí sin más.

—Tendríamos que ir a buscar a Lurpak o a Clytie...

—¡No hay tiempo! —gritó Theo cuando la herrumbrosa plataforma sobre la que se encontraban empezó a estremecerse y ladearse, desestabilizada por las vibraciones que provocaba el voraz suburbio al empujar la tierra para abrirse camino entre las ruinas al sur, a un kilómetro y medio de allí.

—Bueno, pues no sabemos pilotarla —lloriqueó Will.

—Yo sí.

—Sí, directa a tus apestosos amigos *mossies*. ¡No vamos a caer en esa trampa!

—Will —gritó Theo—. ¡No estoy con la Tormenta Verde! ¡Confía en mí! —Entró en el hangar y miró la Arqueópterix—. ¿Tiene combustible?

—Eso creo. Lurpak Flint bajó ayer aquí y estuvo trabajando en ella.

Theo hizo repiquetear la puerta de la góndola al intentar abrirla. Estaba cerrada. Cuando les pidió las llaves, Will y Jake pusieron cara de no saber de lo que les estaba hablando. Agarró un trozo de metal y lo empotró contra la puerta. Luego, cogió un cuchillo que Will llevaba en el cinturón, y empezó a cortar las cuerdas que amarraban la nave.

—Probablemente, los controles están bloqueados —gritó mientras trabajaba—. Pero no importa. Tenemos el viento a favor: incluso aunque no consiguiera poner los motores en marcha, tardaríamos menos en llegar a Crouch End en ella que corriendo.

Will y Jake empezaron a protestar, pero al final se dieron por vencidos y empezaron a ayudarlo. La nave se sacudió cuando las cuerdas cayeron al suelo. Theo vio dos misiles montados en sendos soportes bajo las vainas de los motores delanteros. Si conseguía llegar a Crouch End y convencer a la

tripulación de la Arqueópterix de que lo acompañara, había una posibilidad de que pudiera detener o, al menos, frenar el avance de Harrowbarrow. Había oído decir que un misil bien dirigido, disparado contra los tubos de escape o contra uno de los soportes de las cadenas tractoras, podía frenar en seco una ciudad entera. Así, Nueva Londres tendría tiempo de escapar y, tal vez, Theo consiguiera descubrir cómo abordar el inutilizado suburbio-segadora y llegar hasta Wren.

Los tres muchachos entraron en la góndola cuando la nave, con las amarras cortadas, comenzaba a elevarse. Ya en la cabina, Theo descubrió que podía maniobrar con el timón y los estabilizadores, pero no había manera de encender los motores. Los rayos de sol entraron por las ventanas de la góndola cuando la Arqueópterix llegaba a lo alto del hangar, arrastrando consigo la red de camuflaje y varios árboles arrancados. El viento, furioso, retumbó contra la cubierta, empujándolos hacia el este, y Theo giró el timón para comenzar a apuntar el morro hacia Crouch End.

El primer misil golpeó la proa de la cubierta y rasgó la nave en toda su longitud, haciendo estallar la célula de gas principal y arrojando una espuma de fuego por la popa. Theo escuchó gritar a Jake y Will cuando la góndola se ladeó. Mientras forcejeaba con los inutilizados controles, vio aparecer otra nave tras las capas de humo que se elevaban de la cubierta de la Arqueópterix: un pequeño carguero acorazado con el color blanco y la insignia del rayo verde de la Tormenta. Mientras aceleraba, surgieron unas ametralladoras de un hueco en su estabilizador y sus proyectiles se incrustaron en la góndola escorada de la Arqueópterix y en Will, que cayó de espaldas por una ventana rota.

—¡Will! —gritó Jake mientras Theo tiraba de él hacia la cabina.

Escrutando el humo, atisbó una breve y borrosa imagen de la escombrera. Sobre ella, rasas y amenazantes, los rodeaba una bandada de naves blancas. La Tormenta Verde había llegado.

## 46

### El atajo

Las naves de guerra volaban bajo para rodear Crouch End, lo suficientemente bajo como para que todos pudieran ver los misiles que resplandecían en sus soportes y el cañón automático Viento Divino que rotaba bruscamente en las torretas giratorias. Varios de los londinenses más valerosos salieron corriendo a buscar ballestas y pistolas de rayos, pero el señor Garamond les gritó que no fueran estúpidos. Odiaba a la Tormenta con todas sus fuerzas, pero también era consciente de que intentar enfrentarse a ellos era una locura.

Alguien ató una sábana blanca a un mango de escoba viejo y Len Peabody se puso a agitarla frenéticamente cuando la nave que lideraba el escuadrón aterrizó. Era la Furia, la única nave verdaderamente preparada para el combate que había en la flota, pero ninguno de los londinenses reparó en el aspecto cochambroso que tenían las demás: estaban demasiado distraídos viendo cómo los soldados y los stalkers de batalla salían por las escotillas de la nave mientras esta descendía.

El general Naga fue el primero en bajar de un salto, confiando en que su armadura absorbería el impacto del aterrizaje. Cuando se irguió, espada en mano, aspiró el aire herrumbroso y terregoso de la escombrera y escuchó que sus tropas desembarcaban tras él. Miró a su derecha. Dos de sus naves habían aterrizado en lo alto de una enorme cuña formada por desperdicios que las otras naves estaban rodeando. Una partida de hombres perseguía a más londinenses por el sendero que salía del lugar.

—Este emplazamiento es seguro, Excelencia —anunció su segundo al mando, el subcomandante Thien, que corrió junto a él y lo saludó clavando una rodilla en el suelo.

—¿Resistencia?

—Uno de nuestros cargueros armados ha derribado una nave que trató de despegar del límite occidental de las ruinas. Y la cañonera Vengad a la Flor del Viento ha sido alcanzada por una especie de descarga eléctrica y ha sido destruida junto a toda su tripulación. Antes de caer, informó de movimiento en la zona occidental de las ruinas. He enviado la Espectro Voraz a investigar.

Naga avanzó hacia los expectantes londinenses. Hundió los pies en los espesos montones de óxido, haciéndolos crujir a cada paso con un sonido tan desagradable como el que había hecho la nariz de Enone cuando había estrellado su puño contra ella. Volvió a intentar alejar a su esposa de sus pensamientos. Era una traidora, se reprendió con severidad. La mitad de los hombres de su flota se habría amotinado si no hubiera demostrado mano dura con ella. Tenía que ser fuerte si quería salvar a la Buena Tierra de aquellos bárbaros y su nueva arma.

Pero los bárbaros estaban resultando ser un tanto decepcionantes. Andrajosos, desaliñados y desarmados salvo por unas cuantas pistolas caseras y ballestas que dejaron caer tan pronto vieron aterrizar a las fuerzas de Naga. ¡Pero si hasta tenían huertos, por amor de Dios, como la gente decente! Su líder era un hombrecillo asustado, con una cadena de alcalde hecha con chatarra alrededor del cuello.

—Chesney Garamond —dijo en inglés—. Lord mayor de Londres. Estoy aquí para negociar en nombre de mi gente.

—¿Dónde está el transmisor? —ladró Naga.

—¿El qué? —Garamond lo miró boquiabierto y temeroso.

Naga alzó su espada, pero el rostro amoratado y la nariz hinchada de aquel hombre le recordaron de repente a Enone y volvió a bajarla. Su armadura resonó y chirrió para intentar compensar la veloz sacudida del brazo-espada.

—¿Dónde la estáis escondiendo? —exigió saber—. Sabemos que la estación terrestre está en Londres. ¿Por qué, si no, ibais a llevar tantos años

escondidos aquí? ¿Por qué, si no, ibais a destruir una de nuestras naves con vuestra arma eléctrica?

—Eso no lo hemos hecho nosotros —aseguró otro hombre—. Eso es solo energía que descarga el metal muerto. Vuestros aviadores se han acercado demasiado al Carril Eléctrico. Lo siento.

—¿Y los movimientos de los que la tripulación informó en las ruinas, en aquella zona?

—Allí no hay nadie más que nuestros jóvenes, montando guardia —dijo Garamond—. Por favor, no les hagan daño, solo son niños...

Naga se balanceó sobre su armadura para dirigirse a sus tropas, que aguardaban órdenes.

—¡Este salvaje no sabe nada! ¡Traedme a los ingenieros!

—¡Ya vamos, señor!

Un suboficial corría a la cabeza de un escuadrón de stalkers, cada uno de los cuales transportaba a un prisionero calvo que intentaba zafarse de ellos. Uno de los stalkers arrojó a una anciana al suelo, a los pies de su general. Naga apartó a sus hombres con un gesto y vio que la mujer se incorporaba con dificultad.

—¿Dónde está el transmisor?

La ingeniera lo observó con curiosidad. Naga tenía la desagradable sensación de que era capaz de percibir la espiral de culpa y miedo que escondía bajo la máscara de severidad que estaba tratando de proyectar. Dijo:

—Aquí no hay ningún transmisor, señor.

—Entonces, ¿cómo os comunicáis con vuestra arma orbital?

La manera en que la mujer abrió los ojos hizo que Naga se preguntara, apenas durante un segundo, si se habría equivocado. Los londinenses comenzaron a murmurar entre sí hasta que sus hombres los esposaron y los mandaron callar entre amenazas.

La ingeniera dijo:

—Están sorprendidos, general, porque todos creían que era usted quien controlaba esta nueva arma. Desde luego, no lo hacemos nosotros. No tenemos conflictos con nadie; sencillamente, estamos construyendo una ciudad nueva.

—¡Ah, sí, una ciudad flotante! No creí esa historia cuando vuestro agente vino farfullándola a Batmunkh Gompa, y tampoco me la creo ahora. ¡Haced callar a esos bárbaros! —vociferó, dándose media vuelta hacia sus hombres.

Los bárbaros lo observaron con temor. Un niño pequeño empezó a llorar y su madre se apresuró a acallarlo. Naga se sintió avergonzado.

Cuando se volvió de nuevo hacia la ingeniera, esta le tendía una mano delgada, surcada de venas violáceas.

—Venga a verlo por sí mismo...



La nave de ataque Espectro Voraz flotó sobre los restos humeantes de la Arqueópterix para asegurarse de que no hubiera supervivientes. Luego cambió de rumbo hacia el suroeste y fue a investigar los movimientos de los que la Vengad a la Flor del Viento había informado antes de que aquel lazo de electricidad saltara desde la escombrera para atraparlos. El capitán de la Espectro Voraz hizo que la nave se elevara; no quería terminar igual que su predecesora. Casi inmediatamente, vio que las montañas de escombros que cubrían el terreno se agitaban y culebreaban. Estudió sus movimientos sin llegar a comprenderlos del todo, hasta que una cadena tractora vieja cayó de lado, dejando a la vista el blindado caparazón acorazado que se abría paso a la fuerza a través de las ruinas.

En aquel preciso instante, los vigías del suburbio divisaron la nave suspendida sobre sus cabezas. Los depósitos de misiles bostezaron cuando sus compuertas se abrieron en la coraza y una salva de cohetes se precipitó contra la Espectro Voraz, incendiando las vainas de los motores, partiendo la góndola por la mitad y arrancándole el alerón. Echando humo y zozobrando, quedó flotando a la deriva en el viento mientras Harrowbarrow avanzaba arando el terreno que tenía debajo.



—¡Maldita sea! ¡Lo que nos faltaba!

El furioso grito de Wolf Kobold hizo que Wren se encogiera. Estaba segura de que, a esas alturas, Harrowbarrow se encontraba cerca del Carril Eléctrico, y llevaba todo ese tiempo esperando a que el primer trasgo los alcanzara. Cuando eso sucediera, Wolf se daría cuenta de que lo había traicionado. Pero, por el momento, aparentemente, seguía a salvo. Kobold la vio encogerse y fue con ella a la esquina del puente donde se había refugiado para no estorbar a sus hombres.

—Nada de lo que preocuparse, Wren —dijo—. Parece que mi batería de misiles delantera acaba de derribar una nave de la Tormenta Verde. Esos salvajes ya han llegado a Londres.

—¡Oh!

—¡No te preocupes! —Rio al ver la expresión de consternación que se le había puesto—. Ya nos hemos enfrentado antes a la Tormenta Verde. Mis vigías dicen que sus naves son antiguas, un batiburrillo de cargueros y naves de transporte. Claramente, Naga no cree que merezca la pena mandar una unidad de verdad para ocuparse de tus amigos de Londres. Nos resultará fácil acabar con ellos.

Gritó instrucciones a Hausdorfer y, a su vez, el navegante gritó por los tubos acústicos que había al lado del timón. El suburbio aumentó su velocidad. Las sacudidas hicieron temblar la cubierta y las paredes del puente, al tiempo que la población apartaba de su camino gigantescos trozos de metal oxidado. Tractores oruga y secciones enteras de edificios viejos se desmoronaban sobre su casco y quedaban machacados y aplastados bajo sus pesadas cadenas tractoras. Wren se agarró a la mesa de mapas. Wolf Kobold la rodeó con un brazo.

—No pasará nada —le prometió—. Una hora más y estaremos allí. Gracias por mostrarnos este atajo, Wren. No lo olvidaré.

Tal vez no hubiera trasgos, pensó Wren. O tal vez ya estuvieran alcanzando el casco de Harrowbarrow, por docenas, sin llegar a causar ningún daño en su gruesa coraza. Tal vez lo único que había conseguido con

aquella estratagema era que Nueva Londres fuera devorada un poco antes, si cabe.

Pero ¿de verdad sería tan terrible que eso pasara? A los londinenses les estaría bien merecido por lo que le habían hecho. Y puede que luego saliera algo bueno de todo aquello. Se imaginó cómo Harrowbarrow se fortalecería y prosperaría con la tecnología de la doctora Childermass, para convertirse en una ciudad flotante con varios niveles de altura. Y ella sería la dueña de todo ello. Puede que Wolf la convirtiera en *Frau* Kobold, alcaldesa de aquella nueva ciudad. Después de todo el tiempo que había pasado en la escombrera, pensar en una vida rodeada de libros y mobiliario estiloso le resultaba bastante atractiva. Y conseguiría domar a Wolf, hacer que tratara a sus obreros y prisioneros de manera justa...

—Estamos entrando en tu valle, Wren —dijo cálidamente Wolf mientras escuchaba otro informe de Hausdorfer, el cual miraba ahora por el periscopio—. El camino está despejado, tal y como prometiste.

\* \* \*

Theo y Jake atravesaron corriendo una maraña de escombros en la que no había camino alguno, franqueando cables y calabrotes, vigas, soportes de nivel derrumbados que parecían secuoyas taladas. El fuego del que habían escapado cuando la Arqueópterix se estrelló les había dejado la ropa chamuscada y renegrida. No sabían dónde estaban o adónde iban, y tampoco podían escucharse el uno al otro por culpa del ensordecedor estrépito de motores y de metal arañado, triturado, rasgado, chirriante que parecía brotar de todo lo que los rodeaba, incluso del cielo sobre sus cabezas y del suelo bajo sus pies apresurados.

Frente a ellos apareció una fisura entre dos montículos de escombros. Una especie de sendero o, más bien, una cuenca a donde iba a parar el agua vertida desde las zonas más altas de las ruinas cuando llovía. Jake corrió hacia ella gritando algo. Theo lo siguió, y entonces vislumbró una señal entre los escombros. Estaba medio oculta por las escamas de óxido



desprendidas en avalancha desde las laderas de los montículos, que se sacudían y deslizaban bajo el peso del suburbio acechante. Una tosca calavera con dos tibias. «PELIGRO».

Theo recordó algo que Wren le había contado sobre el Carril Eléctrico.

—¡Jake!

Más adelante, Jake estaba saliendo de la fisura a un ancho valle calcinado.

—¡Cuidado! —aulló Theo sobre aquel ruido que casi le impedía escuchar sus propios pensamientos—. ¡Vuelve! ¡Te va a alcanzar un rayo!

—¿Qué?

Algo alcanzó a Jake, pero no fue un rayo. Un inmenso hocico de acero brotó de la escarpada ladera de escombros que conformaba el extremo más alejado del valle. Jake comenzó a retroceder a la carrera hacia donde estaba Theo y un segmento de acero dentado cayó sobre él como un pie gigantesco: una rueda de dos pisos de alto rodó sobre él, y a esa le siguió otra, y luego otra, y otra más. Los motores gruñeron y relincharon cuando el suburbio se liberó de las ruinas y comenzó a girar, preparándose para acelerar por el valle, rumbo al este. Era un suburbio pequeño, pero, desde su posición, Theo tuvo la sensación de que lo abarcaba todo: una escarpadura acorazada y perforada por ventanucos, aspilleras, conductos de ventilación, compuertas de escotillas y un zurcido de remaches; los pasajeros a bordo, en alguna parte de sus entrañas, absolutamente ajenos al muchacho que acababan de aplastar bajo sus cadenas tractoras.

Theo se tambaleó de espaldas mientras las ruinas que pisaba se sacudían y se deslizaban, arremolinándose en ondas inquietas. Trató de correr, pero el ancho fragmento de plataforma llana por el que había elegido escapar comenzó a inclinarse cada vez más, hasta que de pronto se descubrió trepando una colina, aferrándose como podía a su superficie y luchando por encontrar un punto de agarre en la pared cada vez más vertical. Cayó, golpeado por otro trozo de escombros, dio una voltereta, bajó rodando la ladera del valle y aterrizó violentamente sobre el barro y el agua que había al fondo.

Se quedó allí tendido, temblando, agradecido de que aquella agua salobre le calara la ropa, porque su tacto gélido le indicaba que aún seguía

con vida.

—Gracias a Dios —susurró—. Gracias a Dios.

Y entonces, al abrir los ojos, se dio cuenta de que había menos que agradecerle de lo que creía.

Los raquíticos árboles que crecían a orillas del estanque donde había caído eran estatuas carbonizadas. Detrás de ellas estaba Harrowbarrow. Un tsunami de acero que avanzaba directamente hacia él, los escombros caídos espumeando al frente. Theo se dio impulso para incorporarse y echó a correr, pero en las ruinas que tenía al frente estalló una inmensa claridad que crepitó en el cielo y proyectó su trémula sombra sobre las escamas de óxido al borde del estanque.

Formando una maraña cegadora, la electricidad amarró Harrowbarrow a las laderas del valle. Los rayos caminaron de puntillas sobre su pellejo metálico, penetraron como lenguas por las ventanas y aberturas de sus depósitos de misiles y prendieron fuego a los restos de vegetación atrapados en las cadenas tractoras y el escudo de proa. El rugido del motor titubeó, se quebró y fue sustituido por un crepitar parecido al que haría el celofán al arrugarse, como si Dios hubiera hecho un gurrño con los envoltorios de sus caramelos.

Bajo la danzarina luz azul, Theo chapoteó por el agua y se lanzó hacia la única cosa que no era de metal: una roca que las cadenas tractoras de Londres habían dragado de la tierra. Se tambaleó sobre ella, rezando por que sus movimientos y su ropa empapada no atrajeran hacia él el flujo de electricidad. Sobre su cabeza, el cielo quedó oculto por una jaula de fuego azul y Harrowbarrow quedó pintarrajeada de garabatos de luz. Las chispas volaban sobre los escombros, rodeando el pie de la roca, y el barro húmedo burbujeaba. Un árbol se prendió con un bufido y ardió como una cerilla.

Y entonces, repentinamente, la tormenta cesó. Las pocas chispas que quedaban, chillando al rebotar como piedras lanzadas a un lago, dejaban estelas arqueadas en los espacios que había entre Harrowbarrow y las laderas del valle. De las cadenas tractoras del suburbio se desprendían trozos de ruinas, que se derrumbaban en el suelo con un repiqueteo. El humo se elevaba lentamente, dejando un olor a ozono. Theo se acordó de respirar.

Harrowbarrow yacía en silencio, inmóvil, con la coraza llena de heridas humeantes allí donde los trasgos la habían alcanzado.

—¿Wren? —le preguntó Theo al silencio—. ¿Wren?

## La batalla de Crouch End

El general Naga estaba en la pendiente de la Matriz mirando hacia arriba, hacia Nueva Londres. Se vio reflejado en la larga curva que formaba la pequeña base de la ciudad y, luego, en uno de esos extraños espejos opacos que pendían de ella en la parte inferior. ¿Por qué querría alguien construir algo así? ¿Sería posible que Natsworthy estuviera diciendo la verdad? ¿De verdad creían los londinenses que aquel armatoste podía volar?

Intentó ahuyentar sus dudas. Era un soldado, estaba acostumbrado a hacerlo, pero, por algún motivo, aquel día sus dudas siguieron incordiándolo. Si aquella descabellada ciudad era ciertamente lo que los ingenieros de Londres habían estado construyendo, ¿entonces dónde estaba el transmisor que controlaba la nueva arma? ¿También Enone le había estado diciendo la verdad? ¿La habría avergonzado y golpeado sin motivo?

Los soldados que había enviado a bordo de Nueva Londres regresaron por una de las empinadas pasarelas de abordaje. El joven oficial de comunicaciones que había puesto a cargo del registro corrió hasta él por el suelo grasiento y le hizo un saludo marcial.

—Excelencia, no hemos encontrado indicios de ningún transmisor. Desde luego, nada lo suficientemente potente como para alcanzar el arma orbital.

Naga le dio la espalda. Cerró los ojos y vio a Enone esbozando su tímida sonrisa y diciéndole: «Te lo dije».

*¿Y ahora qué?, pensó. ¿Ahora qué?*

—¿Debemos destruir el suburbio bárbaro? —preguntó el oficial de comunicaciones.

Naga lo miró fijamente. Todas las ciudades móviles eran una abominación, había que reverdecir el mundo. Pero aquel día, por algún motivo que desconocía, se sentía incapaz de dar la orden de hacerlo. Se alegró de tener un motivo para distraerse cuando otro hombre entró corriendo en la Matriz, y gritó:

—¡General Naga! ¡Han derribado la Espectro Voraz! ¡Algo se aproxima por el oeste!

Naga desenvainó su espada y salió a la sombría luz gris. Sus soldados y los atemorizados londinenses se agolparon detrás de él. Levemente, desde algún lugar en las colinas de óxido y los montículos de escombros, escuchó el chirrido de unos motores de tierra C50 Super-Stirling. *¡Gracias a los dioses!*, pensó. *¡Un suburbio-segadora!* Por fin algo que podía destruir sin escrúpulos. Se volvió hacia el oficial para ordenar un ataque aéreo, pero, antes de poder decir nada, el sonido de los motores se apagó de repente y fue sustituido por un crepitar, un restallido... Se giró, hizo visera con la mano sobre los ojos y vio que el horizonte a occidente era una efervescencia de rayos.

—¡Trasgos! —gritó uno de los londinenses—. ¡Deben de haber venido directamente por el Carril Eléctrico. Pobres demonios! ¡Los han alcanzado!



En el puente de mando de Harrowbarrow, el humo se arremolinaba lentamente y se enlazaba formando delicados nudos. Wren estaba tendida de espaldas en el suelo, observándolo. Las rojas luces de emergencia parpadeaban sin apenas brillo. Alguien gruñó. Comenzó a escuchar otras voces, chillidos y gritos furiosos procedentes de otras partes del suburbio. No había ningún ruido de motores que los ahogara.

Intentó descubrir si estaba herida. No creía que lo estuviera. Alguien había chocado con ella y había caído al suelo; tal vez hubiera estado

inconsciente durante unos segundos. Estaba temblando y tenía la mente embotada por los recuerdos de lo que acababa de ver: las chispas que escupían los instrumentos al fallar y los paneles de control al explotar; el timonel gritando cuando el volante de metal que aferraba se convirtió en un mandala de luz azul.

Supuso que su plan había funcionado. Supuso que debía enorgullecerse de su victoria.

Wolf se incorporó como pudo. Tenía sangre en la cara, que parecía negra bajo aquella luz roja.

—¡Arriba! —gritó con voz ronca—. ¡Todo el mundo en pie! ¡Levantaos! ¡Quiero los motores de emergencia funcionando inmediatamente! Hausdorfer, baja al distrito de motores y tráeme un informe de daños. Lorcas, sácanos de esta maldita ciénaga de rayos... Zbigniew, organiza partidas de reconocimiento, mándalas ahí fuera ahora, ¡ahora!

—Pero los rayos...

—Fuera lo que fuese, ya no está. Por el momento, se han apagado. No podemos permitir que este retraso les dé a los londinenses la posibilidad de escapar.

Zbigniew empezó a gritar órdenes por los tubos acústicos mientras Lorcas arrastraba el cadáver del timonel lejos del volante y lo arrojaba al suelo. Wren se dirigió a hurtadillas hacia la escalerilla, intentando pasar desapercibida entre los ruidos que hacían sus aturridos hombres al revolverse: gruñidos y preguntas atemorizadas, maldiciones. Alguien preguntó en inglés:

—En nombre de Thatcher, ¿se puede saber qué ha pasado?

—Ella —dijo Hausdorfer. Estaba de pie, agarrado al respaldo de la silla para no caer. Señalaba a Wren, y le temblaban las manos casi tanto como a ella—. Ella nos ha traído aquí.

Kobold la miró.

—No.

—¡Ha sido ella, Wolf! —gruñó Hausdorfer, desabotonándose la cartuchera del cinturón—. Piensa con la cabeza, no con el corazón. Ella

sabía que iba a pasar esto. Esperaba que los rayos nos frieran para proteger a sus amigos.

—No —repitió Wolf. Pero Wren vio que la cara le cambiaba mientras luchaba por confiar en su inocencia. Sin conseguirlo.

Huyó. Un hombre que había de pie cerca de la escalera extendió el brazo para agarrarla, pero ella lo pateó entre las piernas con fuerza, se escabulló tras él y bajó por el suelo del puente. Las barandillas de acero todavía desprendían electricidad bajo sus manos. Escuchó que Wolf gritaba: «¡Atrapadla!», y que sus hombres se incorporaban para obedecer. Pero eran más lentos que ella, que ya descendía amparada por el humo y las sombras de los desguaces.

Bajó los últimos metros de un salto y aterrizó sobre algo blando. Miró entre el humo y vio que era un cadáver calcinado por las corrientes que habían penetrado por las plataformas del suburbio. Durante un momento sintió ganas de vomitar, sabiéndose responsable de su muerte. Se preguntó si sería así como se había sentido su madre cuando mató a los cazadores.

—¡Wren! —gritó la voz de Wolf desde algún lugar sobre su cabeza—. No creerás que puedes escaparte, ¿verdad?

Olvidó el sentimiento de culpabilidad y huyó. Si había alguien a quien culpar de algo —pensó mientras corría por los desguaces— era a Wolf Kobold por llevar allí de caza a su ciudad. Frente a ella, unas escalerillas ascendían al laberinto de calles residenciales de Harrowbarrow. Mientras corría hacia ellas, el metal bajo sus pies empezó a sacudirse, temblorosamente al principio, y luego adoptando un ritmo constante y acompasado.

—¡Ya han arrancado los motores de emergencia, Wren! —gritó Wolf.

Agazapándose tras una trituradora de ciudades abandonada, se asomó a la oscuridad y lo vio cruzando los patios de desguace, llamándola, vigilante, como el jugador que busca en el juego del escondite.

—Esto no te lo esperabas, ¿verdad? Pensabas que podrías destruir Barrow atrayéndonos hacia los rayos, pero Barrow es más dura de lo que piensas, Wren. Pronto volveremos a ponernos en marcha y nos comeremos a tus queridos amiguitos de Londres para cenar. Si eres muy buena conmigo, te mantendré viva lo suficiente para que puedas verlos morir...

Un cable de acoplamiento de energía dañado que tenía cerca escupió chispas, y Wren vio destellar la espada que empuñaba. Desapareció de su vista tras la riostra de uno de los soportes y ella aprovechó la oportunidad para correr escaleras arriba hacia las lóbregas y humeantes calles.

Aunque no eran tan lóbregas como antes: los rayos habían abierto grandes fisuras en la cubierta de Harrowbarrow. Era como si alguien hubiera intentado abrir la coraza con un gigantesco abrelatas. Por las grietas se colaban haces circulares y rectangulares de luz ahumada y los harrowbarrownitas, tan amantes de las sombras como eran, trataban de esquivarlas mientras se afanaban aquí y allá intentando hacer reparaciones. Varias patrullas de hombres armados pasaron corriendo, pero no buscaban a Wren. Se mantuvo a la sombra, como todos los demás, y corrió hacia popa, buscando una salida. Había unas cuantas poternas abiertas, pero estaban atestadas de basureros que salían apresuradamente por ellas a la escombrera. Wren trató de no pensar en lo que harían cuando llegaran a Crouch End. Al menos, los londinenses ya estarían prevenidos de su llegada: el ruido de los trastos debía de haberse oído hasta en Batmunkh Gompa. Pero, aunque tuvieran tiempo de prepararse, ¿cómo podrían resistir contra los despiadados exploradores de Harrowbarrow?

—¡Wren! —bramó una voz tras ella.

Giró por una calle oscura y tubular llamada Stack Seven Sluice. Había recorrido casi la mitad cuando escuchó un ruido de pasos que corrían veloces tras ella.

—¡Wren!

La voz era inhumana, distorsionada por los ecos. Intentó correr más deprisa, pero unas fuertes manos la atraparon y la obligaron a darse la vuelta.

—¡Theo!

—¿Estás herida? —le preguntó Theo.

Wren negó con la cabeza. Intentó hablar, pero solo pudo emitir un graznido. Abrazó a Theo.

—He entrado por la trampilla que hay bajo el suburbio, junto a la proa —dijo—. Se abrió cuando la ciudad fue golpeada por el rayo. He subido por



ella, he empezado a mirar y he escuchado a gente buscándote. Entonces, he venido a la popa, te he visto y he gritado...

—Te he oído. Creía que eras Wolf Kobold. Creía que a estas alturas estarías lejos, a salvo...

—No podía dejarte, sin más.

Ella lo abrazó aún más fuerte y dijo:

—Theo, no podemos quedarnos aquí. Tenemos que encontrar una manera de salir de este lugar. Dentro de poco volverá a ponerse en marcha. No ha servido para nada. Pensaba que podría detenerlos, pero lo único que he conseguido ha sido enfurecerlos...



Naga corrió por el sendero que llevaba a Crouch End mientras su improvisada flota aérea se lanzaba de nuevo al cielo sobre Londres. Las enormes sombras de las aeronaves pasaron sobre los prisioneros, apiñados los unos contra los otros. Buscó a Garamond y lo encontró sentado, derrotado, al borde de uno de aquellos huertos levantados sobre plataformas.

—Pon a tu gente a cubierto —ordenó—. Hay una segadora en alguna parte de las ruinas. Probablemente habrá partidas de asalto aproximándose. Traslada a todo el mundo a ese lugar, a la Matriz: podemos defenderla de ellos.

Garamond lo miró, aturdido, aterrorizado y sin comprender bien lo que le decía. Como para terminar de convencerlo, unas ágiles volutas de humo brotaron de una docena de lugares distintos entre las ruinas y algo zumbó sobre su cabeza y repiqueteó al estrellarse contra la pechera de la armadura de Naga, haciéndole retroceder un par de pasos antes de que su coraza mecánica pudiera compensar el impacto. Dos soldados de la Tormenta Verde que esperaban allí cerca giraron sobre sí mismos y cayeron al suelo. Sus extremidades se agitaron de una manera tan ridícula que algunos de los niños que contemplaban la escena rieron. El resto de soldados comenzó a

correr para ponerse a cubierto, apuntando con sus armas, gritando a los aterrorizados londinenses que se apartaran de su camino.

Garamond comenzó a gritar.

—¡Todos a la Matriz, por favor! ¡A la Matriz todo el mundo! ¡Rápido!

Sobre las colinas de óxido, una de las aeronaves de Naga estalló de repente echando volutas de humo y escupiendo llamas color escarlata. Otra disparó sus misiles a algún objetivo en el suelo y frenó de golpe cuando un cañonazo le arrancó las vainas de los motores y los timones. Fuera lo que fuera aquel suburbio, era evidente que había sobrevivido a la trampa eléctrica en la que había caído. «Harrowbarrow», habían dicho los londinenses. Naga reconoció vagamente el nombre: un lugar siniestro del que incluso la brigada de espionaje de la Tormenta solo había oído rumores. Sin embargo, Naga se había topado con muchos suburbios-segadora en su vida: Evercreech y Werwolf, Holt y Quirke-Le-Dieu. Eran lugares tenaces: se los podía arrancar las cadenas tractoras y destruir sus motores, y seguirían andando a base de sacar ruedas de repuesto y activar motores de emergencia. Se protegió los ojos de la luz y vio sus aeronaves arder. Ya habían caído cuatro, aunque, gracias a Dios, había un buen montón de globos salvavidas flotando con el viento a favor. Sabía que tenía una batalla entre manos.

Miró hacia atrás para comprobar que los londinenses estaban haciendo lo que les había ordenado y los vio correr por el sendero que llevaba a la Matriz. Algunos portaban fardos con sus pertenencias; otros agarraban de sus manitas a los niños atemorizados o ayudaban a los ancianos y los enfermos a renquear hasta el refugio. El subcomandante Thien estaba apostando escuadrones de stalkers de batalla en los montículos de óxido para detener a cualquier harrowbarrownita que intentara rodearlos e interceptar la huida de los refugiados.

Naga recogió la carabina de uno de sus soldados caídos y se la lanzó al primer londinense que vio, una muchacha con los ojos como platos.

—Fuego de cobertura —ordenó.

Dudó un instante de si no habría cometido un error al darle el arma, de si la muchacha lo apuntaría con ella, pero ella salió corriendo y se unió a sus tropas, que, agazapadas entre los montículos de chatarra al oeste de los

huertos, disparaban a cualquier urbanita que se moviera entre las colinas de óxido.

—¿Y qué hay de la nueva ciudad de los londinenses, Excelencia? —preguntó el subcomandante Thien, que llegó corriendo para agacharse junto a él—. ¿Deberíamos destruirla?

Naga observó la larga cuña de metal que conformaba la Matriz mientras las balas zumbaban a su alrededor como avispa. ¿Cómo sería vivir durante tantos años dentro de un montón de chatarra y trabajar tan duro, solo para ver cómo te arrebatan lo que habías construido cuando casi estaba terminado?

—No podemos arriesgarnos a que la tecnología de los ingenieros caiga en manos de estas alimañas de los Traktionstadts —le estaba diciendo el subcomandante Thien.

—Tienes razón. —Naga le dio una palmada en el hombro—. Busca a esa ingeniera y dile que encienda los motores. La nueva ciudad debe partir inmediatamente.

Thien lo miró boquiabierto, con los ojos como platos tras el visor de su casco.

—¿Va a dejarla marchar? Pero ¡es una ciudad móvil! Hemos jurado destruir todas las ciudades móviles...

—No es una ciudad, subcomandante —dijo Naga—. Es una enorme aeronave de vuelo rasante, y quiero asumir que no va a causarnos ningún daño.

Thien se quedó mirándole un poco más y pareció comprender. Asintió, hizo un saludo marcial y Naga lo vio sonreír mientras se alejaba corriendo, agachado y en zigzag para esquivar las balas. Bajo su coraza, Naga notó que temblaba: no le resultaba fácil ir en contra de todo lo que llevaba tantos años creyendo. Pero Enone le había enseñado que había momentos en los que uno debía dejar de lado las propias creencias, o cambiarlas para adaptarse a las nuevas circunstancias. Sabía que ella aprobaría lo que estaba haciendo.

Corrió a campo abierto hasta los huertos y se agachó junto a la jovencita londinense a la que había entregado el arma.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Angie, señor. Angie Peabody.

Le dio un apretón en el hombro con su mano mecánica y trató de transmitirle coraje, como había hecho tantas veces con tantos jóvenes atemorizados en callejones sin salida como aquel.

—Bueno, Angie, pues vamos a volver a la Matriz y a mantener a estos demonios a raya hasta que tu gente pueda poner en marcha vuestra nueva ciudad.

—¿Nos está ayudando, señor? Digo, coronel.

Su joven rostro y su sonrisa asombrada y luminosa le recordaron tanto a Enone que, mientras corría para transmitir el mismo mensaje a sus propias tropas, Naga tuvo que bajarse el visor del casco para que nadie viera sus lágrimas. Dio gracias a sus dioses por la aparición de la segadora, por tener una batalla que librar y gente a la que defender, sin burocracia política que lo confundiera, sin superarmas de las que preocuparse. Simplemente, una oportunidad de morir como un guerrero, espada en mano, haciendo frente a los bárbaros.

## 48

### Un viaje a Erdene Tezh

Sobre las cuchillas blancas de las montañas, el cielo estaba lleno de recuerdos. Tom y Hester no hablaron mucho después de que la Jenny saliera volando de Batmunkh Gompa, pero tampoco hacía falta: sabían perfectamente lo que estaba pensando el otro. Todos los viajes que habían hecho en aquella pequeña nave, los castillos de nubes que habían sorteado volando, los relucientes mares que habían visto a sus pies, las diminutas ciudades, como de juguete, los convoyes y los puestos comerciales, las montañas de hielo que se desprendían de los glaciares antárticos... Los recuerdos los conectaban, los acercaban, pero seguían estando manchados, arruinados por todas las cosas que Hester había hecho.

Así que no hablaban. Establecieron turnos para dormir y para comer, y cuando estaban juntos en la cabina, solo charlaban sobre las montañas, el viento, la presión descendente en la célula de gas número tres. Tom sacó la pistola de rayos de su escondite y le explicó cómo funcionaba. Sobrevolaron pequeñas ciudades, sobre pastos dispersos y carreteras serpenteantes. No vieron ninguna otra nave. Tom mantuvo la radio encendida, pero lo único que escucharon fueron unas cuantas palabrejas en código militar, confusas llamadas de auxilio emitidas en frecuencias imprecisas e intercaladas con ráfagas de interferencias, como olas en una playa de guijarros. La luz se atenuó. El cielo estaba velado de ceniza volcánica y humo de las ciudades. La Jenny cruzó una altiplanicie. Al frente se elevaron los chapiteles nevados de Erdene Shan.

Un pensamiento triste, inoportuno, apareció en la mente de Tom: aquel era el último viaje de su vida.

Y, como si hubiera adivinado lo que pensaba, Hester le cogió de la mano.

—No te preocupes, Tom. Estaremos bien. Las misiones imposibles son nuestra especialidad, ¿recuerdas?

Tom la miró. Ella lo observaba con solemnidad, esperando una sonrisa, algún signo de perdón o de aprobación por su parte. Pero ¿por qué debería perdonarla? Apartó la mano bruscamente.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —gritó. Toda la rabia acumulada que había alimentado desde que Hester se marchara brotó de él con tal fuerza que ella retrocedió como si la hubiera golpeado—. ¡Vendiste Anchorage! ¡Nos vendiste a todos a los Cazadores!

—¡Por ti! —Hester tenía el rostro encendido, la cicatriz oscura y aspecto enojado. Se le trababa la lengua, como le pasaba siempre que se enfadaba. Le costó comprender lo que dijo a continuación—: Por amor a ti, por eso lo hice, porque tenía miedo de que te fueras con Freya Rasmussen...

—¡Debería haberlo hecho! Freya no va por ahí matando a gente, ni disfrutándolo, ni mintiendo después sobre ello. ¿Cómo pudiste mentirme, a mí, durante todos aquellos años? Y en Brighton también... Abandonar a ese muchachito perdido... ¿Cómo pudiste?

Hester levantó una mano para taparse la cara.

—Soy la hija de Valentine —le dijo.

—¿Qué? —Tom pensó que la había escuchado mal.

—Valentine era mi padre.

Tom seguía furioso. Pensaba que aquella era otra mentira.

—David Shaw era tu padre...

—No. —Hester sacudió la cabeza, tapándose el rostro ahora con ambas manos—. Mi madre y Valentine fueron amantes antes de que ella se casara. Valentine era mi padre. Lo descubrí hace mucho tiempo, en la Percha de los Bribones, pero nunca te lo conté porque pensaba que cuando te enteraras me odiarías. Pero ahora me odias de todas maneras, así que es mejor que sepas la verdad. Valentine era mi padre. Llevo su sangre, Tom, por eso

puedo mentir y robar y matar a gente y no sentirme culpable. Sé que está mal, pero yo no lo siento así. Soy hija de Valentine. Me parezco a él.

Su único ojo gris lo miró por entre sus dedos, como si acabara de convertirse de nuevo en la muchacha tímida y destrozada de la que se había enamorado hacía tantos años. Tuvo un recuerdo, claro como el agua, del decimotercer verano de Wren, cuando Hester y ella habían empezado a pelearse: Hester, al pie de la escalera de su casa de Dog Star Court, gritándole a su malhumorada hija: «¡Te pareces a tu abuelo!». Siempre había creído que se refería a David Shaw y le había resultado sorprendente, porque Hester siempre había dicho que David Shaw era un hombre amable y apacible. Pero, evidentemente, en quien estaba pensando era en su verdadero padre.

Notó que sus últimos posos de furia se consumían, dejándolo tembloroso y avergonzado. ¿Cuánto le habría costado mantener aquel secreto durante tanto tiempo?

—Y Wren también. —Se sorbió la nariz: ahora estaba sollozando—. Ella también lleva su sangre. ¿Por qué si no iba a robar esa cosa, el Libro de Hojalata? ¿Por qué si no iba a escaparse de casa? Por eso tuve que irme, Tom. Si solo te tiene a ti, tal vez ella salga bien, tal vez no le salga su parte Valentine...

—Wren no se parece a Thaddeus Valentine —dijo Tom con delicadeza. Se acercó a ella, le cogió ambas manos y se las separó, bajándoselas para poder verle la cara—. Si pudieras verla ahora, Het... Es tan valiente y hermosa. Es igual que Katherine.

Creía que no querría besarla, pero de repente se dio cuenta de que no había nada que deseara más en el mundo, incluso desde el momento en que se habían separado. Las cosas que tanto le habían enfurecido, las mentiras que le había contado, los hombres que había matado... solo hicieron que la deseara aún más. Había amado a Valentine cuando era un muchacho, y ahora amaba a su hija. Le besó la cara, la mandíbula, la boca destrozada, empapada de lágrimas.

—No te odio —le dijo.



Desde su puesto en lo alto de la cubierta, donde había estado vigilando en busca de posibles perseguidores, Shrike escuchó los sonidos procedentes de la cabina de mando, los movimientos susurrantes de Tom y Hester y las cosas que se decían mutuamente al oído. La perpetua debilidad de Hester por el otro nacido una vez lo entristeció. Y también lo asustó, porque sabía por el tartamudeo arrítmico, enfermo, de su corazón que Tom no viviría mucho más tiempo. ¿Qué haría Hester sin él? ¿Cómo era posible que hubiera puesto todas sus esperanzas en algo tan frágil? Y, a pesar de todo, su vocecilla, audible solo para los oídos de un stalker, seguía elevándose por la escalerilla, murmurando:

—Te amo, te amo, siempre te he amado, Tom; ay, solo a ti, siempre...

Avergonzado, Shrike trató de no escuchar y se concentró intensamente en el resto de sonidos que lo rodeaban. Leve, muy levemente, bajo el ruido de los motores y la tela de la cubierta y del viento en las jarcias, percibió un tercer latido, otro par de pulmones que se llenaban y vaciaban, el conocido castañeteo de unos dientes asustados.

Entre las riostras de la estructura de la nave había unos cuantos cajones vacíos. Una pila de lonas se estremecía en una esquina. Shrike las apartó de un tirón y clavó los ojos en el nacido una vez que había acurrucado debajo.

Con una voz plana, mecánica como la suya, era difícil demostrar hastío, pero lo consiguió.

—ASÍ QUE VOLVEMOS A VERNOS, PROFESOR.



—TENEMOS UN POLIZÓN A BORDO —anunció el viejo stalker, bajando por la escalerilla con su prisionero.

Tom y Hester se apartaron de un salto, alisándose la ropa y el cabello revueltos y, de mala gana, centraron su atención en Nimrod Pennyroyal



cuando Shrike lo empujó a la cabina.

—¡Por favor, por favor, perdóname! —imploró, deteniéndose solo para añadir—: Ah, hola, Natsworthy.

Tom asintió, incómodo, pero no dijo nada. Era consciente de que ya no volvería a tener tiempo a solas con Hester porque la meseta que había bajo sus pies comenzaba a estrecharse y elevarse, y los escarpados espolones de Erdene Shan se encontraban apenas unos kilómetros más adelante.

—¡Tíralo por la escotilla! —dijo Hester, furiosa, mientras forcejeaba con los botones de su camisa—. O, mejor, déjame a mí; lo haré yo misma. —Sentía que lanzar a Pennyroyal desde una altura de miles de kilómetros, directo hacia unas bonitas rocas puntiagudas, la ayudaría a recuperar su dignidad. Pero sabía que Tom no lo aprobaría, así que se reprimió y preguntó—: ¿Cómo demonios te has colado a bordo?

—No podía dejar que me abandonarais sin más en Batmunkh Gompa, ¿no? —comenzó a mascullar Pennyroyal—. O sea, por amor de Poskitt, no iba a quedarme allí y dejar que Naga me cortara la cabeza, o algo así. Los escritores pierden todo interés para su público si solo están disponibles como un kit desmontable. Así que me colé a bordo mientras esos tipejos de la Tormenta Verde recargaban combustible y me escondí en la bodega. Si el señor Shrike no se hubiera puesto a fisgonear, aún seguiría allí sin causar absolutamente ningún problema. De todas formas, ¿adónde nos dirigimos? ¿A Puertoaéreo? ¿Peripatetiápolis? ¿A algún lugar agradable y seguro, he de suponer?

—Ya no hay ningún lugar seguro —dijo Tom—. Vamos a Erdene Tezh.

—¿Adónde? Y, por cierto, ¿por qué?

—Porque creemos que la stalker Fang está allí.

A Pennyroyal se le salieron los ojos de las órbitas. Intentó liberarse de las garras de Shrike.

—¡Pero nos matará a todos! Tendrá aeronaves, soldados, stalkers...

—No lo creo —dijo Tom—. Creo que está bastante sola. ¿Cómo, si no, podría haber regresado sin que los espías de Naga sospecharan nada?

Gruñó y se llevó la mano al pecho, notando el esfuerzo que se veía obligado a hacer su corazón en el aire escaso de aquellas altitudes. Por un momento sintió un profundo odio hacia Pennyroyal. ¿Qué estaba haciendo

el anciano allí? ¿Por qué no dejaba de seguirlos? Se preguntó si debía hablarle a Hester sobre su endeble corazón. Cuando supiera que su vieja herida acabaría por matarlo, asesinaría a Pennyroyal sin pensárselo dos veces...

Pero aún no quería contarle a Hester lo enfermo que estaba. Quería aferrarse el máximo tiempo posible a la ilusión de que iba a sobrevivir, a dormir entre sus brazos aquella noche, y por la mañana volar con ella hacia nuevas aventuras en otros cielos.

—Átalo y mételo en la cabina de popa —dijo.

—Pero, Tom, ¡sé razonable! —lloriqueó Pennyroyal.

—Átalo fuerte. No podemos arriesgarnos a dejarlo suelto.

Shrike se llevó a rastras al indignado explorador. Hester acarició la cara de Tom con las yemas de los dedos y siguió al stalker, prometiendo que comprobaría los nudos ella misma y dejaría a Shrike montando guardia. A solas en la cabina de mando, Tom guio la Jenny entre los pináculos de nieve de Erdene Shan y ascendió cada vez más, hasta que los picos más altos pasaron por las ventanas como inmensas naves ciegas, como espectrales campos de nieve a la luz cenicienta.

Cuando Hester regresó a la cabina, le dijo:

—Si los antiguos mapas de Anna son correctos, en media hora estaremos sobrevolando el valle.

—Deberían serlo —dijo ella, abrazándolo por detrás—. Erdene Tezh era su hogar, ¿verdad?

Tom asintió, deseando poder besarla de nuevo, pero demasiado receloso por las púas y protuberancias que distinguía en la roca como para siquiera mirarla.

—Anna me contó una vez que pensaba jubilarse allí.

Hester lo estrechó aún más fuerte.

—Tom, cuando lleguemos, si de verdad es ella, dejaremos que Shrike la mate sin más, ¿verdad? No vas a intentar hablar con ella, discutir con ella o tratar de apelar a su buena voluntad, ¿no?

Tom se mostró avergonzado. Hester lo conocía demasiado bien: ya había adivinado los planes a medio formar a los que llevaba todo el día dando vueltas.

—Aquella vez, en la Percha de los Bribones, tuve la sensación de que me reconoció. Nos dejó marchar.

—No es Anna —le advirtió Hester—. Solo te pido que lo recuerdes. — Lo besó en el hueco del cuello, bajo la oreja, donde el pulso le latía acelerado—. Lo que te dije aquella noche en la Nube 9 sobre que eras aburrido no lo decía en serio. No eres aburrido. O igual sí, pero de un modo adorable. Nunca me aburríste.

Cruzaron un puerto de montaña elevado. En la ladera oriental, el terreno caía abruptamente más, más y más, hasta la entrada a un valle, primero blanco y después verde, con el cauce retorcido de un río corriendo por aquella grieta, un lago en el extremo más alejado y allí, en una isla, la casa de la Flor del Viento. A través de los viejísimos binoculares de la Jenny, Tom vio una antena con forma de platillo sobresaliendo de su tejado. Entonces, el cielo se llenó de alas.

Hester apenas tuvo tiempo de empujarlo al suelo antes de que la primera oleada de aves stalker destrozara la luna frontal de la Jenny. Dos de ellas entraron en la cabina, inundándola con sus aleteos y los ridículos espasmos de sus cabezas de ojos verdes. Hester cogió la pistola de rayos y disparó a la primera antes incluso de que la viera. La otra se abalanzó sobre ella, graznando, dirigiendo el puñal que era su pico directamente hacia su único ojo. Ella disparó la pistola de rayos y el pájaro explotó, llenando la cabina de mando de plumas e inmundicia. Hester miró a Tom.

—¿Estás bien?

—Sí...

Estaba pálido y asustado. Hester se incorporó, contorsionándose y bufando de dolor cuando el violento movimiento le retorció los músculos agarrotados. Se asomó por una de las ventanas. Había más aves rodeando la Jenny y vio que un par de ellas estaban arrancando la vaina del motor de estribor. Apuntó la pistola de rayos a través de la ventanilla lateral y disparó a las dos. Luego se la pasó a Tom, sacó su propia pistola de un compartimento en lo alto de la nave, y corrió a popa por el pasillo central de la góndola. Pennyroyal aullaba en el camarote. A través de la puerta entreabierta, Hester atisbó un aleteo y los destellos que desprendía la armadura de Shrike mientras intentaba repeler a las aves.

—¡HESTER! —gritó el stalker.

—Estoy bien —le aseguró.

Escuchó alas y garras en la diminuta enfermería donde, tanto tiempo atrás, Anna Fang le había curado una herida de ballesta. Abrió la puerta de una patada y apuntó con su arma a los pájaros que habían entrado allí desgarrando el techo. Era una buena arma —la Weltschmerz 60 de vapor con lanzagranadas que se había ganado haciendo el trabajito en El Houl—, pero provocó más destrozos en la enfermería que el que habían causado los propios pájaros. Hester agujereó la pared exterior hasta dejarla como una blanda. A través de los boquetes vio más aves dirigiéndose a las vainas de los motores, y las escuchó atascarse y morir al tiempo que el propulsor se detenía.

—Maldición —dijo, y lanzó una granada hacia el carenaje de la vaina, haciéndola estallar en mil pedazos junto con las aves. Cuando volvió a salir al pasillo, gritó—: ¿Tom? ¿Estás bien?

—¡Por supuesto! ¡Deja de preguntármelo!

—Pues entonces, bájanos.

—Bajar no va a ser un problema —dijo Tom, comprobando la hilera de indicadores de presión en el panel de instrumentos y viendo que todas las agujas giraban hacia el cero. Desequilibrada por la pérdida de la vaina de estribor, la góndola se ladeó bruscamente. Las terroríficas siluetas de los pájaros aleteaban en el exterior, pero Tom trató de ignorarlas y reservar la pistola de rayos por si acaso entraban más. Una luz chillona, amarillenta, lamía las ventanillas de babor. La cubierta estaba ardiendo.

Hester abrió de una patada la puerta del camarote de popa. Shrike estaba en pleno proceso de despedazar un águila resucitada. Parecía un espantapájaros, cubierto de plumas y porquería. Moviéndose su muerto rostro hacia ella y dijo:

—LA NAVE ESTÁ ACABADA.

—No, la Jenny no —dijo lealmente Hester—. Tom la hará aterrizar perfectamente. Ve delante. Protégelo.

Se hizo a un lado para dejarle paso. Albergaba la esperanza de que los pájaros hubieran matado a Pennyroyal, pero habían estado demasiado ocupados con Shrike. El explorador estaba tendido en el suelo exactamente

donde lo había dejado, maniatado y amordazado, mirándola con unos ojos enormes y suplicantes. Por un momento pensó en dispararlo, pero luego se echó el arma al hombro, desenvainó el cuchillo y se inclinó hacia él. Pennyroyal chilló de miedo, aunque lo único que estaba haciendo Hester era cortar las cuerdas que le ataban los pies y las muñecas.

Cuando volvió a incorporarse, las alargadas ventanillas de la popa de la nave se desintegraron en una gélida cascada de esquirlas de cristal y las amplias alas negras de un cóndor resucitado llenaron el camarote. Sus garras arañaron el rostro de Pennyroyal cuando se abalanzó aleteando sobre Hester. Ella soltó el cuchillo e intentó apuntarle con el arma, pero no había tiempo. Se oyó gritar, un grito espantoso, agudo, de niña pequeña, y de pronto Shrike estaba de nuevo en el camarote con ella, apartándola de la trayectoria del certero pico y reteniendo al ave, que le arrancó chispas a su armadura cuando le arañó el cuerpo con las cuchillas.

La Jenny Haniver dio un bandazo cuando otra de sus células de gas explotó. El morro se elevó y la popa descendió. Hester salió despedida y aterrizó sobre Pennyroyal, que se agarró a una mampara. Vio que Shrike se tambaleaba hacia la popa, donde las montañas resplandecían en el crepúsculo que había tras la luna reventada de la ventanilla. El ave era fuerte: a pesar de estar medio destrozada, seguía aleteando y arañando. El golpeteo espasmódico de sus alas hizo que Shrike perdiera el equilibrio. Aplastó el camastro y se estrelló contra la pared del fondo, que empezó a ceder, desgarrándose bajo su pesado cuerpo.

—¡Shrike! —gritó Hester, bajando torpemente por la pendiente que formaba la cubierta para ayudarlo.

—¡Hester, no! —gritó Pennyroyal a través de la mordaza, tirando de ella.

La pared se rompió. Shrike volvió su rostro hacia Hester durante un segundo. Agarrando aún al cóndor, cayó al vacío.

—¡Shrike! —chilló Hester de nuevo mientras la góndola se ladeaba para volver a quedar horizontal. Hester se liberó de una patada de Pennyroyal y se arrastró tan cerca como se atrevió hasta el desgarrón abierto que había donde antes estaba la pared—. ¡Shrike!

No hubo respuesta. No se veía nada entre el humo y el viento y la lluvia de restos incendiados de su moribunda nave. Solo los ecos del último grito de Shrike subieron reverberando desde el abismo al que se había precipitado:

—¡HESTER!

\* \* \*

Desde el muro del jardín de la stalker, Fishcake contempló cómo la aeronave incendiada dibujaba una larga y luminosa estela cielo abajo y se hundía en las sombras del valle. El viento amortiguaba el sonido, o tal vez las aeronaves incendiadas no hicieran ningún sonido. Fuera como fuere, todo parecía suceder en silencio. Era hermoso. Las células de gas ardientes eran como fuentes vertiendo fragmentos dorados que titilaban y se iban apagando a medida que caían. Pájaros en llamas trataban de alejarse aleteando de ella, pero también se desplomaban, con sus brillantes reflejos ascendiendo hacia ellos por las aguas del lago, hasta que ambos se unían en un blanco beso de espuma.

A sus espaldas, una pisada en la nieve hizo que Fishcake se volviera a mirar. La stalker estaba allí, observando.

—Es la Jenny Haniver —susurró sosegadamente—. Qué detalle que alguien la haya traído a casa.

La aeronave aterrizó sobre un terreno cenagoso en la otra orilla del lago. Mientras el humo del incendio se extendía entre los lechos de juncos, Fishcake estuvo prácticamente seguro de haber visto salir gente huyendo de ella. *El señor Natsworthy*, pensó. *Y Hester*. Y, de repente, sintió miedo, porque recordó lo que había jurado hacerle a Hester, y no supo si tendría el valor necesario.

La mano de la stalker se apoyó en su hombro.

—No suponen una amenaza para nosotros —susurró—. No les haremos daño.

Pero Fishcake aferró el cuchillo dentro de su chaqueta y pensó en la última vez que había visto la Jenny Haniver huyendo sin él, volando hacia los cielos de Brighton.



Tom chapoteó sobre el agua que le cubría hasta el tobillo y se dejó caer sobre la hierba mojada, abrazando su preciada pistola de rayos. Hester lo seguía de cerca tirando de Pennyroyal. Las aves supervivientes de la bandada de stalkers graznaban y arañaban la cubierta en llamas, tratando todavía de reducirla a cenizas. Hester alzó su arma y gastó la última de sus granadas arrojándola al infierno. La explosión iluminó el lago, las laderas y colinas que lo rodeaban y la casa solitaria en su isla. Los misiles de la Jenny también estallaron en destellos anaranjados. Entonces solo quedaron el humo arremolinado, las llamas que danzaban sobre la jaula aplastada que había sido su pequeña aeronave y veinte años de recuerdos que se calcinaron hasta quedar convertidos en carbón y metal tiznado.

—¿Tom? —preguntó Hester.

—Sí —respondió él. Le dolía el pecho, pero no demasiado. Tal vez, estar de nuevo con Hester hubiera sanado su corazón roto. Eso esperaba, porque sus pastillas verdes se habían quedado en el camarote de popa de la Jenny.

—Nuestra Jenny Haniver —dijo ella.

—Solo era un objeto —comentó Tom, secándose los ojos con el puño chamuscado y mirando en derredor—. Nosotros estamos bien y eso es lo que importa. ¿Dónde está Shrike?

—Lo hemos perdido. Se cayó. Ahí arriba, en alguna parte... —Señaló hacia el inconmensurable silencio de las montañas.

—¿Nos seguirá?

Hester se encogió de hombros, preocupada.

—Ha caído desde muy alto, Tom. Me salvó y se cayó. Puede que esté averiado. Puede que esté muerto, incluso. Y ahora no hay nadie que pueda

resucitarlo.

—Estamos solos, entonces —dijo Tom, y volvió a tomarla en sus brazos, y la besó.

Olía exactamente igual que la noche en que se habían besado por primera vez: a ceniza y humo y a su fuerte sudor. La amaba sin remedio y se alegraba de que estuvieran de nuevo solos, en peligro y al aire libre, donde nada de lo que hubiera podido hacer en el pasado importaba ya.

Aunque no estaban completamente solos, por supuesto. Se habían olvidado de Pennyroyal, que se arrodilló en el lodazal y, con su irritante voz amortiguada por la mordaza, dijo:

—¿Os importa?

Hester se apartó de mala gana de Tom y señaló hacia la casa con la cabeza.

—Este debe ser el lugar.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha. —Tom descolgó la pistola de rayos del hombro y comprobó que funcionaba, mientras Hester volvía a atar a Pennyroyal de pies y manos, rehaciendo los nudos que había cortado hacía un rato.

—¡No podéis dejarme aquí, atado e indefenso! —se quejó Pennyroyal a través de la mordaza.

—Lo que no podemos hacer es dejarte suelto —dijo Hester—. Nos venderías a la stalker por un puñado de cobre.

—Pero ¿y si no regresáis?

—Reza para que lo hagamos —le sugirió.

A Tom no le hacía mucha gracia dejar atrás al anciano, pero sabía que Hester tenía razón. Ya corrían suficiente peligro como para tener a Pennyroyal suelto tras ellos.

—¿Cómo proponéis salir de este lugar? —bramó Pennyroyal cuando comenzaron a prepararse para partir. Pero no tenían respuesta para aquello, así que Hester le apretó aún más la mordaza.

\* \* \*



Era un terreno duro y pedregoso aquel valle de Erdene Tezh. A Hester le gustaba. Oía la hierba susurrar, y olía el aroma de la hierba, y eso le recordó a Oak Island. Cogió a Tom de la mano y ambos caminaron juntos bajo aquella luz lúgubre, mirando de vez en cuando por encima del hombro hacia el brasero ardiente en que se había convertido la Jenny Haniver. El terreno se elevaba en una pendiente tapizada de hierba que conducía hasta una plataforma de amarre oculta tras una barrera de pinos. Los árboles emitían un suspiro rítmico cuando sus agujas peinaban el viento. El mismo viento que tamborileaba sobre la tirante cubierta de seda de silicona de un aeroyate. Estaba cerrado con llave y parecía abandonado, pero saber que estaba allí les infundió esperanza. Avanzaron, descendiendo de nuevo hacia el lago, hacia el puente elevado sobre el agua.

Hester le quitó la pistola de rayos a Tom, que jadeaba intensamente, como si le faltara el aliento.

—Quédate aquí con la nave —le dijo—. Deja que vaya yo.

Él negó con la cabeza. Hester le rozó la cara con las yemas de los dedos y la boca, cálida en medio del frío. Ambos reemprendieron juntos el camino por el puente. Tom era lento, pero Hester se alegró, porque eso le daba la oportunidad de ir delante, preparada para enfrentarse a lo que fuera que les esperara en aquella casa. Hubo un chasquido, pero, cuando se giró para ver de dónde procedía, se dio cuenta de que solo eran placas de hielo que rechinaban y arañaban el borde del lago. Un poco más allá, el agua relucía, clara, gris e inmóvil. Hester miró al frente, hacia la casa.

Había alguien de pie en la pasarela.

—¡Tom! —gritó, alzando la pistola de rayos.

Pero no apretó el gatillo. Quien estaba allí mirándola no era un stalker. No era más que un niño. Una carita pálida y esquelética, unas ropas raídas y una mata de cabello sucio. Avanzó un par de pasos más y lo reconoció. ¿Cómo habría llegado hasta allí? Pero no importaba. Bajó la pistola por completo y se volvió hacia Tom.

—¡Es Fishcake!

Unos pies corrieron a sus espaldas. Escuchó gruñir al niño y, cuando se dio media vuelta hacia él, vio resplandecer la hoja del cuchillo que blandía hacia su garganta. Soltó la pistola de rayos y agarró su muñequita, doblando

el cuchillo para apartarlo de sí y retorciéndole el brazo al niño hasta que este gritó y lo soltó. Lo recogió antes de que tocara al suelo y se lo guardó en el cinturón, como un profesor severo que confisca un tirachinas. Apartó a Fishcake de un empujón y el niño cayó al suelo y se echó a llorar.

—Tom —dijo una voz susurrante sobre ellos—. Hester. Muy amable de vuestra parte dejaros caer por aquí.

La stalker. Estaba de pie entre las sombras al final de la pasarela, allí donde diez erosionados peldaños llevaban hasta una puerta. Los bajó con gran cuidado, cojeando. La luz grisácea relucía levemente en su rostro de bronce.

—¡Es mi stalker! —gritó Fishcake—. ¡La encontré después de que vosotros me abandonarais! Ha sido buena conmigo. Va a ayudarme a mataros.

Hester buscó la pistola de rayos, pero se le había caído entre las rocas de la orilla. Quiso agacharse a recogerla, pero unas manos de acero la atraparon, la levantaron, la arrastraron, sujetándole el rostro; un brazo de metal se enlazó alrededor de su pecho y la apretó con fuerza contra una pechera acorazada.

—¡No! —gritó Tom, corriendo a buscar la pistola caída.

—Por favor, no seas molesto, Tom —susurró la stalker—, o le romperé el cuello. No me costaría nada. Y no querrías que ocurriera eso, ¿verdad?

Tom dejó de correr. No podía hablar. Se sentía como si alguien le hubiera incrustado un punzón oxidado bajo la axila izquierda y lo hubiera hundido profundamente en su pecho. El dolor le recorrió el brazo y subió también por su cuello, extendiéndose por su mandíbula. Cayó de rodillas, jadeando.

—Pobre Tom —dijo la stalker—. Tu corazón. Pobrecito.

Agachado a sus pies, Fishcake lo observaba todo ávidamente.

—¡Mátalos! —gritó con su vocecilla aguda y furiosa—. ¡A ella primero, y luego a él!

—Eran amigos de Anna, Fishcake —dijo la stalker.

—¡Pero me abandonaron! —sollozó Fishcake—. Ella asesinó a Remora y Gargle. ¡Juré que la mataría!

—Ambos morirán muy pronto.

—¡Pero lo juré!

—No —susurró la stalker.

Fishcake gritó algo y trató de alcanzar el cuchillo de Hester, pero la stalker lo apartó con tanta fuerza que el niño cayó rodando de la pasarela al hielo. La superficie se resquebrajó y gimió bajo su peso, pero no cedió. Aullando, dolorido y traicionado, Fishcake regresó arrastrándose hacia el puente. Sollozando, reptando sobre las piedras mojadas, se alejó de la casa.

La stalker Fang soltó a Hester y se abalanzó sobre Tom. Le puso su mano de acero sobre el pecho y le resplandecieron los ojos cuando notó los latidos erráticos, renqueantes, de su corazón.

—Pobre Tom —susurró—. Ya no te queda mucho.

—¿Qué le pasa? —preguntó Hester.

—Se va a morir —dijo la stalker.

—¡No! Ay, no, ¡no puede! ¡Por favor!

—No importa —susurró la stalker—. Dentro de poco, todo el mundo morirá.

Cogió a Tom en brazos y Hester la siguió mientras lo subía por los escalones y cruzaba su jardín congelado en dirección a la tumba que era su hogar.

# 49

## Neonata

Corriendo atropelladamente por Stack Seven Sluice; atravesando el aire cargado del repiqueteo de las dinamos y los chasquidos de las reparaciones procedentes de las profundidades del distrito; subiendo peldaños oxidados que parecían no terminar nunca, estremeciéndose con las vibraciones de los motores al arrancar. Wren se sentía exhausta, asustada, dolorida; cada bocanada de aire, una puñalada en los tensos músculos de su cuello y su espalda, y lo único que la animaba a seguir adelante era el hecho de que ahora Theo estaba con ella. De vez en cuando, extendía la mano para tocarla, infundiéndole valor, pero no podían hablar porque en aquellas escaleras húmedas había demasiado ruido, y aquellas gargantas de hierro se llenaban de alientos ardientes y rugidos furiosos mientras el suburbio herido luchaba por volver a la vida.

No tardaron en perderse. Pretendían ir hacia delante y hacia abajo, pero las calles tubulares se enroscaban sobre sí mismas y serpenteaban a ciegas, llevándolos en cambio hacia la popa. Finalmente, salieron a una pasarela suspendida sobre una plaza abierta en el centro del distrito de los motores. Al mirar hacia abajo, vieron ventanas iluminadas y gigantescos conductos que daban a un espacio donde cien enormes pistones de latón bombeaban y expulsaban ráfagas de vapor, cuya velocidad aumentaba mientras Theo y Wren se asomaban por la barandilla para mirar.

La barandilla vibró y el suburbio entero se propulsó hacia delante.

—¡Se mueve! —gritó Wren.

Pero Theo no la escuchó, y no hizo falta repetirlo porque, a esas alturas, era bastante evidente que Harrowbarrow volvía a estar en marcha. Tampoco tuvo tiempo de hacerlo porque, justo en aquel preciso momento, un operario de motores vestido con un mono de trabajo grasiento apareció por una escotilla en la pasarela y se quedó mirándolos con la boca abierta de par en par mientras gritaba a sus camaradas del piso de abajo.

Theo y Wren huyeron y encontraron una larga y delgada escalerilla que discurría por la laberíntica tuba de conductos y cañerías que se enroscaba sobre sus cabezas. El agua fruto de la condensación se derramó sobre ellos como una lluvia cálida mientras trepaban arrastrándose por la curva que formaba la coraza del suburbio. En lo alto de la escalera había una trampilla y necesitaron la fuerza de ambos para girar las pesadas manillas y abrirla de un tirón. La luz del día se derramó por el hueco, igual que el viento fresco, helado. Wren miró hacia abajo por la escalerilla y vio linternas que avanzaban por la pasarela a sus pies, hombres que se agolpaban para mirarla y señalar. Entonces, Theo, que ya estaba saliendo por la trampilla, estiró la mano para izarla al aire libre.

*Al menos moriré a cielo abierto*, pensó Wren jadeando, de espaldas sobre el mugriento lomo acorazado de Harrowbarrow. Una estrecha pasarela sin ninguna barandilla protectora recorría la columna vertebral del suburbio. A ambos lados, unos pocos cientos de metros de armadura abollada caían hacia los límites del suburbio, allí donde las cadenas tractoras tocaban el suelo, obstruidas de tierra y trozos de óxido. Más allá, las púas y agujas de las ruinas de Londres pasaban a toda velocidad.

Theo cerró la escotilla tras ellos con un fuerte portazo y arrastró a Wren para alejarla de allí, gritando algo sobre que los hombres de Kobold los seguían. No habían avanzado mucho cuando el metal que los rodeaba estalló de repente en una nube de chispas y pequeños borbotones de humo y polvo. Entonces, Wren se dio cuenta de que los estaban ametrallando —sin demasiada precisión, gracias a Quirke—.

Theo se echó sobre ella cuando una regordeta figura blanca planeó sobre las ruinas a babor. A través del torbellino de óxido y tierra que levantaban las cadenas tractoras de Harrowbarrow, Wren vio que se trataba de una nave de aspecto bastante antiguo con el emblema de la Tormenta

Verde. Sus torretas rotaban y escupían fuego al suburbio que avanzaba a la carrera por las ruinas.

—¡La Tormenta está aquí! —gritó.

—¡Somos amigos! —chilló Theo. Wren se agarró a él para evitar que saliera volando del lomo de Harrowbarrow mientras agitaba los brazos y gritaba—: ¡Auxilio, socorro!

Sin embargo, para los aviadores de la nave, Theo no debía de ser más que otra diminuta silueta sobre el suburbio que les habían ordenado destruir. Volvieron a apuntarlo con sus armas y Wren oyó que las balas siseaban sobre sus cabezas mientras tiraba de él para hacer que se agachara a su lado.

En la coraza del suburbio, a pocos metros de donde estaban, se abrió una escotilla redonda y el soporte de una ametralladora giratoria apareció como el payaso de una caja de juguete. Había sido construida sobre la plataforma de un viejo tióvivo de feria, procedente de una población costera de recreo que Harrowbarrow había devorado mucho tiempo atrás. A medida que giraba una y otra vez, sonaba la alegre música de un calíope, acompañada por ráfagas del humo de los disparos y blancas serpentinas de vapor. Los tubos de sus cuatro largos cañones retrocedían rítmicamente dentro de su recubrimiento acorazado mientras disparaban, engalanando el cielo sobre el suburbio con un encaje de proyectiles de cañón. La nave que había disparado a Wren y Theo estalló en llamas y se perdió rápidamente tras ellos mientras el suburbio proseguía su atronador avance. En las alturas, otras dos naves cambiaron de rumbo, mientras sus cubiertas y estabilizadores se iban llenando de agujeros y desgarrones.

\* \* \*

Para entonces, la llegada de Harrowbarrow ya se escuchaba desde la Matriz. Mientras los londinenses trataban de abordar su nueva ciudad, llevando consigo las pocas posesiones que habían conseguido salvar, el estruendoso chirrido metálico del suburbio que los acechaba inundó el cielo y reverberó por el hangar central.

Un cadete de la Tormenta Verde vino a buscar a Naga, que esperaba en la abertura de la cubierta de Nueva Londres.

—Nuestras naves no pueden contener al suburbio. La Peonía Beligerante acaba de ser derribada. Solo quedan en pie la Furia y el Velo Protector.

—Retírenlas de la batalla —ordenó Naga—. Ordenen a las tropas de tierra que aborden esta... máquina.

Se dio media vuelta en el momento en que Lavinia Childermass subía corriendo la escalerilla que llevaba al distrito de motores.

—¿Y bien, londinense?

—Creo que ya estamos listos —dijo la anciana ingeniera.

—Bien. Tenemos el suburbio-segadora prácticamente encima. Voy a abordar mi nave y trataré de retenerla lo máximo posible, pero es fuerte. Más os vale rezar para que vuestra Londres sea rápida.

—Lo es —prometió la doctora Childermass mientras Naga se alejaba. Con paso firme, su pesada armadura lo llevó hasta las escalerillas de abordaje por las que los escuadrones de la Tormenta Verde subían atropelladamente. Ella corrió tras él, empujada por los soldados que pasaban—. Debería quedarse, general. ¡El nacimiento de una ciudad es un gran evento!

Naga se volvió, inclinó la cabeza en señal de respeto y siguió corriendo.

—¡Buena suerte, ingeniera! —lo escuchó gritar Lavinia.

La ingeniera contempló cómo se marchaba y reflexionó sobre lo extraño que resultaba ser la matrona que iba a traer al mundo a Nueva Londres. Entonces, al recordar el papel que jugaba en todo aquello, volvió a la carrera hacia su propio puesto. Las plataformas se estremecieron mientras sus ayudantes tiraban, una a una, de las palancas de los motores Childermass. Cuando llegó a la sala de mando en el corazón de la bajocubierta, el leve gimoteo de los repulsores había aumentado a una frecuencia que ya resultaba inaudible. Hubo un extraño movimiento de rebote en el suelo. Nueva Londres estaba volando.

Alcanzó el tubo acústico que la conectaba con la sala de navegación del lord mayor en la superficie, en el nuevo ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Listos?

—Listos —llegó la voz de Garamond amortiguada e irritada.

Lavinia Childermass colgó el tubo en su soporte y observó los rostros asustados, expectantes y mugrientos de su tripulación. Incluso allá abajo escuchaba el estruendo y el traqueteo de Harrowbarrow mientras se abría camino hacia la ciudad a través de la escombrera. Asintió y los miembros de su personal se inclinaron inmediatamente sobre los mandos.

\* \* \*

Fuera de la Matriz, Naga vio que los exploradores de Harrowbarrow se escabullían mientras el ruido del suburbio aproximándose se intensificaba. Disparó a un par de ellos con su arma para que se quitaran de en medio más deprisa. El cielo sobre las colinas de óxido que había al oeste de Crouch End se estaba llenando de polvo y escombros, como si un géiser de chatarra hubiera hecho erupción. Y, de repente, las propias colinas se revolvieron y deslizaron sobre el terreno, se elevaron y se desmoronaron, y el brutal morro de Harrowbarrow penetró por ellas.

La Matriz dio una sacudida, pero luego pareció asentarse de nuevo. Los hombres de Peabody habían colocado las cargas explosivas en el extremo septentrional y, con una lentitud de ensueño, las altas puertas corroídas de la entrada del hangar cayeron hacia delante, estrellándose entre el óxido y los escombros que había en el exterior.

Harrowbarrow avanzó sobre las ruinas de Crouch End, con los jirones de tela de vivos colores procedentes de cortinas y alfombras enganchados en las zarpas de sus cadenas tractoras. El crucero Velo Protector disparó una ráfaga de misiles y se puso fuera de su alcance antes de que uno de los cañones giratorios que aún quedaban en la popa de Harrowbarrow rotara para ponerla en el punto de mira. La Furia descendió en picado hacia la Matriz. Naga corrió hacia ella y la abordó de un salto, aprovechando que se había quedado suspendida sobre el terreno durante un momento. Para cuando su armadura lo impulsó a través de la escotilla y hacia la cabina de pilotaje, la nave había vuelto a tomar altura. Una aviadora vino corriendo a



recibirlo para informarle de la situación, pero Naga la apartó con un gesto, tenso como un hombre a punto de ser padre. Se acercó a una aspillera y miró hacia la apertura de la Matriz.

—¡Vamos! —murmuró—. ¡Vamos!



En cuclillas sobre el lomo de Harrowbarrow, Wren y Theo intentaban escudarse mutuamente mientras las colinas de óxido se desmoronaban como una ola al pasar el suburbio. Enormes puños y colmillos de metal caían repiqueteando y arañando su armadura; algunos, dando volteretas en el aire; otros, rebotando sobre el casco, tan cerca de ellos que Wren notaba el viento que levantaban al pasar volando junto a ella. Entonces desaparecieron. Crouch End estaba siendo aplastado bajo las cadenas tractoras del suburbio y al frente, en la cima del siguiente promontorio, la Matriz los esperaba.

—Mira —gritó—. ¡Theo, mira!

Nueva Londres estaba emergiendo por la puerta abierta del viejo hangar y los espejos magnéticos que tenía en los laterales brillaban como soberanos. Flotó fuera de la Matriz durante un momento y se hundió levemente, insegura. *Una ciudad neonata*, pensó Wren. *Como en los viejos tiempos*. Deseó con todas sus fuerzas que su padre pudiera estar allí con ella para verlo.

Nueva Londres se enderezó y comenzó a moverse. La trémula calima que rodeaba su casco se intensificó a medida que aceleraba, alejándose a flote sobre la escombrera rumbo al norte. Harrowbarrow también viró al norte y la sacudida de sus rugientes motores hizo que Wren se desequilibrara cuando el suburbio aumentó la potencia para perseguir a la nueva ciudad. Wren cayó hacia atrás de forma ridícula y por un instante temió precipitarse rodando por el costado del suburbio hacia aquellos dientes que tenía en las cadenas tractoras y que no dejaban de moler todo lo que encontraban a su paso, pero consiguió encontrar un agarre. Mientras

regresaba con Theo, vio que la escotilla por la que habían escapado se abría otra vez, y a Wolf Kobold salir por ella.

Parecía alegrarse de verlos, aunque no en el buen sentido.

## 50

### La casa de la stalker

Vio unos recuadros azules. De un azul grisáceo que contrastaba con el fondo negro. Tom, que en absoluto esperaba volver a levantarse, despertó lentamente de sueños que recordaba solo a medias. Los recuadros eran el cielo que se veía a través de los orificios de un tejado desmoronado. Las nubes se habían despejado y había una zona en la pared mohosa por donde iba y venía la luz vespertina. Estaba tumbado sobre algo blando y todo a su alrededor olía a moho y humedad. Notaba las manos y los pies a kilómetros de distancia, que la cabeza le pesaba tanto que no podía levantarla y que alguien le había incrustado una enorme losa de piedra cuadrada dentro del pecho. Un leve pinchazo de alfileres y agujas en las extremidades le hizo saber que aún seguía vivo.

—¿Tom?

Un susurro. Movió la cabeza. Hester se inclinó sobre él.

—Tom, cariño... Has perdido el conocimiento. La stalker ha dicho que era tu corazón. Ha dicho que ibas a morir, pero yo sabía que no...

—La stalker...

Tom empezó a comprender dónde estaba. La stalker Fang lo había cogido en brazos y lo había llevado adentro con ella. Lo había tumbado sobre una cama (una cama vieja, carcomida por los gusanos y llena de malas hierbas, con las sábanas mordisqueadas por las polillas, pero una cama, al fin y al cabo), el lugar donde se coloca a alguien de quien se pretende cuidar.

—Nos ha dejado con vida —dijo.

Hester asintió.

—A mí me ha atado de pies y manos, pero a ti no. Ni siquiera se ha molestado. Si consigues alcanzar el cuchillo de mi cinturón...

Calló en cuanto la stalker Fang entró cojeando en la habitación y se sentó en el extremo de la cama para observar a Tom con sus gélidos ojos verdes.

—¿Anna? —preguntó él, con voz débil.

—No soy Anna —susurró la stalker—. Solo soy una amalgama de sus recuerdos. Pero me alegro de que estés aquí, Tom. Anna te tenía mucho cariño. Fuiste su último recuerdo. Ella, tendida de espaldas en la nieve, y tú, inclinado sobre ella, llamándola.

—Me acuerdo —dijo débilmente Tom—. Pensaba que ya estaba muerta.

—Casi —susurró la stalker—. Pero no del todo. Ya lo entenderás. No tardarás en emprender el mismo viaje.

—Pero no estoy preparado.

—Anna tampoco lo estaba. Tal vez nadie lo esté nunca.

Tras ella, a través de la puerta abierta, Tom vio una estancia atestada de máquinas, luces, pantallas y piezas de maquinaria demasiado complicadas para que su cansado y conmocionado cerebro pudiera asimilar lo que eran.

—ODÍN —dijo.

—Me comunico con él desde aquí.

—¿Por qué lo has vuelto en contra de tu propia gente?

La stalker lo miró con la cabeza levemente inclinada a un lado.

—Una obertura, antes de que dé comienzo la sinfonía —susurró—. Atacando a ambos bandos, he hecho que los dos crean que la culpa es del otro. Estarán demasiado ocupados peleando entre sí para venir a buscarme, y eso me proporcionará el tiempo que necesito.

—¿Para hacer qué?

—He preparado una secuencia de comandos, una secuencia larga y complicada. Comenzaré a transmitirlos pronto, en cuanto ODÍN aparezca de nuevo entre las montañas. Sus nuevas órdenes lo conducirán a nuevas órbitas, le proporcionarán nuevos objetivos a los que atacar.

—¿Qué objetivos?

—Volcanes —dijo la stalker. Estiró un brazo con ternura y acarició el cabello de Tom—. Esta noche, ODÍN hará blanco en cuarenta puntos distintos de la cadena montañosa de Tannhäuser. Y luego, por todo el mundo: el laberinto volcánico del Decán, las Cien Islas...

—Pero ¿para qué? —preguntó Hester—. ¿Por qué volcanes?

—Voy a reverdecer el mundo.

—¿Cómo? —exclamó Tom—. ¿Enterrándolo en humo y cenizas? ¿Matando a miles de personas?

—Millones de personas. No te agites, Tom. Tu pobre corazón no lo resistiría y tengo muchas ganas de tener a alguien razonable con quien poder hablar.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Hester, como si temiera que la stalker estuviera intentando robarle a Tom.

—Mientras no intentes hacer ninguna tontería ni te pongas destructiva, estás a salvo. Supongo que te morirás de hambre en una semana, más o menos: aquí no queda comida. Pero, hasta entonces, disfrutaré de vuestra compañía. Anna siempre creyó que nuestros destinos estaban conectados, desde aquella primera noche a bordo de Stayns...

La stalker dejó de hablar y miró hacia atrás, al lugar donde una luz había empezado a resplandecer entre las marañas de cables de la estancia contigua: roja roja rojísima.

—No hay paz para los malvados —susurró.

\* \* \*

Afuera, Fishcake corría, dando tumbos y sollozando junto a la orilla del lago. Su stalker lo había pegado. Podría haberlo matado. Lo había desterrado. El pobrecito Fishcake ya no le importaba lo más mínimo. Nunca le había importado, en realidad. Lloraba y gimoteaba. Tropezó con las piedras y el suelo de esquisto hasta que perdió pie y se precipitó al lago. El agua helada le impresionó tanto que dejó de llorar.

En el otro extremo del lago, el horno que una vez había sido la Jenny Haniver estaba extinguiéndose en una reconfortante hoguera roja. Fishcake arrastró los pies por la curva que formaba la orilla hasta el lugar donde se había estrellado la nave. De ella ya no quedaban más que las riostras, las cuadernas y la retorcida y resplandeciente vaina de un motor, pero la explosión había desperdigado el contenido de las bodegas sobre los macizos de juncos. Entre los restos, Fishcake encontró unas cuantas latas de comida. Tenían las etiquetas quemadas, como era de esperar, pero cuando las agitó escuchó que hacían tentadores y húmedos ruiditos. Una de ellas (¡alabado fuera Tricky Dicky!) era una lata cuadrada de pescado —sardinas o boquerones— con un abrelatas incrustado en la tapa. Fishcake lo giró, abrió la lata y comió con avidez, metiéndose a puñados el pescado y el delicioso jugo salado en la boca.

Se sintió mejor con algo de comida en el estómago y empezó a rebuscar más restos entre los juncos. No tardó mucho en escuchar los ruidos lastimeros que llegaban desde las rocas en lo alto de la colina.

—¡Mmm! ¡Mmm!

Fishcake se acercó un poco. Pensó que Tom y Hester debían de llevar a bordo de la nave a un compañero que había resultado herido en el accidente, y lo habían abandonado allí (¡muy típico de ellos!). Pero, cuando llegó al lugar de donde procedían aquellos sonidos, vio que se trataba de un pobre anciano atado y amordazado. Otra de las víctimas de Tom y Hester.

—¡Poskitt bendito! —jadeó el hombre cuando Fishcake le quitó la mordaza, y también: «¡Buen chico!», y «¡Gracias!», cuando usó el borde afilado de la lata de sardinas para cortar sus ataduras.

—Están dentro —dijo Fishcake.

—¿Quiénes?

—Hester y su marido. La stalker los ha metido dentro de la casa. Dice que son sus amigos. ¿Cómo puede pensar alguien que Hester es amiga suya? Esa cara... basta para hacer que vomites el desayuno. Si es que has desayunado. Yo llevo semanas sin desayunar. Ayúdeme a abrir esta lata, señor.

Pennyroyal dijo que estaba pidiéndole ayuda al hombre adecuado. En cuanto las cuerdas que lo ataban estuvieron cortadas, rebuscó en el interior

de su abrigo y sacó una navajita de explorador, un objeto milagroso que se desplegó revelando un abrelatas, un abrebotellas, un diminuto par de tijeras y un instrumento para sacar piedrecitas de las abrazaderas de amarre de las naves, así como todo un surtido de cuchillas que rompieron con mucha mayor rapidez las cuerdas de sus pies. Fishcake se preguntó por qué no habría mencionado antes la existencia del cuchillo (eso le hubiera ahorrado a Fishcake la molestia de tener que quitarle las ataduras de las manos con una lata de sardinas), pero quería que su nuevo amigo le cayera bien, así que decidió que lo más probable es que estuviera conmocionado. Tenía unos cuantos cortes en la cabeza y la sangre le goteaba por la cara como mermelada de un flan al vapor. (Fishcake aún estaba bastante absorto en sus pensamientos sobre comida).

Abrieron tres latas. Había estofado de algas en una, arroz con leche en otra y leche condensada en la tercera. Fue la mejor comida que Fishcake había probado en su vida.

—Vaya, veo que eres un muchachito listo —aventuró Pennyroyal al verlo comer—. ¿Conoces alguna manera de salir de aquí, la que sea?

—El aeroyate de Popjoy —murmuró Fishcake, limpiándose la leche condensada de la barbilla—. Está allí, cerca de la casa. Pero no sé cómo pilotarlo.

—¡Yo sí! ¿Crees que podríamos sustraerlo?

Fishcake relamió la tapa de la lata de arroz con leche y negó con la cabeza.

—Hacen falta las llaves. No se puede arrancar el motor sin las llaves, y con tantas montañas vas a necesitar los motores, ¿no?

Pennyroyal asintió.

—¿Dónde están las llaves? Nada más que por saberlo.

—Las tiene ella. Alrededor del cuello, en una cuerda. Pero no pienso volver ahí dentro. No después de lo que ha hecho. ¡Después de todo lo que he hecho por ella!

El muchachito se echó a llorar. Pennyroyal no sabía lidiar con niños. Le dio una palmadita en el hombro y le dijo: «Ya está, ya está» y «¡Así son las mujeres!». Estaba pensando en llaves y yates aéreos y lanzaba miraditas nerviosas en dirección a la casa del risco. En el tejado, una especie de

antena giraba y los rayos del sol poniente le arrancaban destellos color rojo sangre.

\* \* \*

A poco más de quince kilómetros de allí, sobre el cieno congelado de un lago de montaña, Shrike se revolvió. Se le encendieron los ojos, iluminando constelaciones de materia a la deriva. Recordó caer. Había caído por peñascos y barrancos y había atravesado la capa de hielo de aquel lago, dejando un curioso agujero con forma de hombre-águila. No alcanzaba a ver el agujero sobre él, así que supuso que el lago era profundo y que en el mundo exterior se estaba haciendo de noche.

Se liberó del limo y comenzó a caminar. El agua era cada vez menos profunda a medida que se aproximaba a la orilla. La gruesa capa de hielo formaba un techo ondeante a unos seis metros de altura, y luego a tres. No tardó en poder estirar los puños y atravesarla a puñetazos. Se impulsó para salir del agua: un horrendo polluelo saliendo del cascarón de un huevo helado.

Estaba saliendo la luna. Los fragmentos de la vaina de motor caídos de la Jenny Haniver brillaban en las rocas sueltas de la ladera, muy por encima de él. Trepó hacia ellas, olfateando para detectar el aroma de Hester.



# 51

## La persecución

Los londinenses siempre habían imaginado que abandonarían la escombrera de un modo apacible, tal vez moviéndose a velocidad de marcha hasta haberse acostumbrado a controlar Nueva Londres. En cambio, habían salido disparados hacia el norte por las ruinas de la vieja Londres a la máxima velocidad que podía alcanzar la nueva ciudad, esquivando los restos formados por el derrumbe de los antiguos soportes de nivel y los gigantescos y corroídos montones de cadenas tractoras y ruedas. Abajo, en la sala de motores, los ingenieros tiraban desesperadamente de las palancas que alineaban los repulsores magnéticos mientras en la sala de mando, en lo alto del ayuntamiento, el señor Garamond y sus navegadores escudriñaban el exterior a través de unos miradores sin ventana que no había dado tiempo a terminar, y le gritaban al timonel:

—¡Un poco a la izquierda! ¡Un poco más a la derecha! ¡A la derecha! Ay, quería decir izquierda, izquierda, ¡IZQUIERDA!

Harrowbarrow corría tras ellos a menos de diez kilómetros de distancia. De su morro romo brotó una nube de vapor mientras preparaba sus mandíbulas para la caza. No tenía que virar y retorcerse como Nueva Londres: Harrowbarrow, sencillamente, embestía para atravesar los altos montículos de escombros que Nueva Londres se veía obligada a esquivar. El crujir y retumbar constante de aquellas colisiones seguía amenazando con despedir a Wren y Theo de los precarios agarres a los que se aferraban en lo alto del lomo de la segadora. Pero Wolf Kobold, acostumbrado a los movimientos del suburbio, no perdió el equilibrio en ningún momento.

Apenas se detuvo mientras avanzaba hacia ellos, salvo para mirar al frente y sonreír al ver que la distancia entre Harrowbarrow y su presa se reducía.

—¿Ves? —gritó—. ¡No ha servido para nada, Wren! Diez minutos más y esa querida ciudad vuestra estará en las tripas de Harrowbarrow. ¡Pienso colgar tus tripas y las de tu novio negro del techo del desguace, como si fueran cadenitas de papel! ¡Y pienso clavar vuestros cadáveres en la mazmorra para que vuestros amigos londinenses vean lo que les pasa a quienes intentan engañarme!

Estaba lo suficientemente cerca como para alcanzarlos con su espada. Wren y Theo se tambalearon hacia atrás en un intento por huir de él. El soporte del cañón giratorio escupió otro rugido entrecortado cuando una aeronave blanca planeó junto a la popa, pero Kobold se limitó a reír.

—¡No creáis que los *mossies* van a venir a salvaros! No se atreverán a ponerse a tiro de este cañón...

Se abalanzó sobre ellos y la punta de su espada le arrancó unas cuantas chispas a la coraza del suburbio, a apenas unos centímetros del pie de Theo. Theo miró a Wren. Junto a ella, en el lugar donde uno de los robustos remaches que fijaban la coraza de Harrowbarrow sobresalía ligeramente de las placas de acero, había quedado enganchado un fragmento de las ruinas de Londres. Theo se tiró al suelo y lo arrancó. Era un segmento de cañería de media pulgada afilado y oxidado en las puntas. Demasiado largo y pesado para servir de espada, pero Theo no tenía a mano nada mejor, así que se volvió con un grito y lo blandió hacia Kobold. Kobold retrocedió de un salto y levantó la hoja de su espada para repeler el ataque. Parecía sorprendido; contento, incluso:

—¡Esa es la actitud! —gritó.

\* \* \*

A bordo de la Furia, Naga dijo:

—Tenemos que silenciar ese cañón giratorio. No hay otra manera de hacer que la ciudad quede a tiro...

—¡Señor! —lo interrumpió uno de sus aviadores—. ¡En el lomo del suburbio!

Naga recorrió con su telescopio la curva del caparazón de cochinilla que formaba el lomo de Harrowbarrow. A menos de veinte metros, tras la torreta del cañón, dos siluetas parecían bailar. No, más bien, pelear: vio el destello de las chipas cuando sus espadas chocaron.

—¿Uno de nuestros hombres?

—No sabría decirle, señor. Pero si disparamos al cañón podríamos matarlo, sea quien sea...

—No hay manera de evitarlo, comandante. Dejemos que sus dioses velen por ellos: nosotros tenemos trabajo que hacer.



Una ráfaga de cohetes brotó de la nave. Wren se agachó cuando uno pasó zumbando junto a ella, lo suficientemente cerca como para distinguir el rostro del dragón rugiente pintado en el morro y los caracteres chinos escritos en el flanco. Estalló en la armadura, cerca de la torreta, pero no lo bastante como para hacer más que salpicarla de repiqueteante metralla. El resto de los misiles pasaron de largo y fueron a explotar en los picos de metal de las ruinas de Londres. En ese momento, Harrowbarrow atravesaba a la carrera una zona de largos fragmentos dentados de los niveles superiores de Londres, apilados unos sobre otros para formar un entramado a través del cual el sol poniente se colaba en forma de enfermizos rayos de luz escarlata. Aferrándose a la cubierta con ambas manos, Wren vio cómo las afiladas púas de las ruinas resplandecían a su paso. Era como cruzar a toda velocidad un gigantesco cajón de cubertería deslustrada. *Si nos quedáramos clavados en una de esas, pensó, se terminarían todos nuestros problemas...*

A Wolf Kobold las cuchillas no parecían preocuparle. Blandió su espada, les gritó algo a los cañoneros y el cañón giró en un torbellino de música de feria e inundó el aire a popa de nubecillas negras, tan densas que

la aeronave tuvo que dar un violento bandazo y desaparecer tras las ruinas durante un rato. Entonces, Wolf reanudó su ataque contra Theo con mayor vehemencia y menos alegría, como si Wren y su novio fueran una distracción de la que quisiera librarse antes de empezar con lo realmente serio.

Theo se defendió como buenamente pudo, gruñendo y gritando de esfuerzo mientras blandía de un lado a otro el trozo de cañería oxidada y trataba de desviar los embates de Wolf. Pero no era un espadachín y tenía más dificultad que Wolf para mantener el equilibrio sobre aquella coraza que se sacudía y tambaleaba sin parar. Pasado poco más de un minuto, durante el cual Theo fue acercándose más y más al armazón del cañón giratorio, Wolf hizo un repentino amago. Theo saltó a un lado para evitar la hoja de su espada y perdió pie. Cayó torpemente, y su cabeza crujió al golpearse contra la coraza que había pisado hacía un momento. La cañería salió volando de sus manos sudorosas. Wren la recogió cuando aterrizó tintineando tras ella. Wolf ya se cernía sobre Theo, con la espada alzada, dispuesto a terminar con él.

Wren avanzó de un salto, sin saber bien qué pretendía hacer, pero decidida a que Wolf no se saliera con la suya. Escuchó a alguien gritar, pero era ella misma: un grito potente, ronco de furia, terror y pánico, que pareció proporcionarle la fuerza que necesitaba para blandir la cañería y desviar la espada de Wolf, que ya descendía hacia Theo.

Hubo más chispas y un impacto que le sacudió las articulaciones de los brazos. Durante un cómico instante, Wolf se quedó allí de pie, perplejo, contemplando la empuñadura de la espada que tenía en la mano, la espada rota a mitad de su longitud. Miró a Wren. Se encogió de hombros, y lanzó a un lado la espada quebrada. Se abrió el abrigo y sacó de su cartuchera un brillante revólver aún por estrenar.

A pesar del ruido, de la velocidad incesante, el lomo de Harrowbarrow dio la sensación de sumirse en la quietud y el silencio en aquellos últimos instantes. Cuando Wren miró a su alrededor con la esperanza de avistar alguna suerte de escapatoria milagrosa, vio que los artilleros la miraban fijamente a través de sus diminutas ventanitas.

—Adiós, Wren —dijo Wolf.

No había detectado aquella insistente nave blanca que volvía a ponerse a tiro en la popa del suburbio. Los misiles rasgaron el aire a su lado justo cuando él apretaba el gatillo, y la bala se desvió y sacudió la melena de Wren sin tan siquiera rozarla. La onda expansiva del estallido del cañón lo empujó hacia atrás, y él, tratando de ponerse a salvo, resbaló, cayó hacia delante y el afilado borde de la cañería que Wren aún aferraba penetró en su cuerpo justo por encima del esternón. El impacto hizo que Wren cayera de espaldas, el extremo opuesto se quedó encajado en una junta de la coraza del suburbio y el trozo de cañería atravesó limpiamente el cuerpo de Wolf.

—¡Oh! —gritó él al verlo.

—Lo siento —replicó Wren.

Wolf alzó la cabeza y clavó sus ojos en los de ella. Tenía los ojos enormes, muy azules y extrañamente inocentes. Daba la sensación de estar a punto de echarse a llorar. Cuando Wren tiró de la cañería, con idea de sacársela del cuerpo, Wolf cayó de lado, arrastró consigo el tubo metálico y se alejó de ella, rodando como una muñeca rota por la larga pendiente del flanco del suburbio hasta estrellarse contra las cadenas tractoras.

Más tarde, Wren rezó por que estuviera muerto cuando aquellos deslizantes bloques de maquinaria lo atraparon. Se dijo que no habían sido sus gritos lo que escuchó mientras era despedazado, machacado y arado en la tierra, que solo era el chirrido del metal al tensarse en algún lugar, o un pedazo de la difunta Londres que rechinó cuando Harrowbarrow lo pisaba.

Pero en aquel momento ya se encontraban en el límite exterior de la escombrera. Una vasta llanura se extendía frente a ellos, vacía como un océano, salvo por las luces de Nueva Londres, que corría un cuarto de milla al frente, rumbo al norte, cruzando ahora campo abierto y dejando atrás las ruinas de su ciudad madre como si fuera una suerte de piel mudada.

—¡Muchacha! —estaba gritando alguien.

En su estado de *shock*, Wren no fue capaz de identificar quién era. Wolf desde luego que no, ni tampoco sus artilleros, ni Theo, que trataba de ponerse en pie con la cara surcada por la sangre que manaba del lugar donde se había golpeado la cabeza. Alzó la vista. La nave blanca de la Tormenta estaba suspendida a poca altura sobre su cabeza, siguiéndole el ritmo gracias a alguna suerte de acrobacia aérea que solo un piloto podría

apreciar como merecía. Extendiendo un brazo hacia ella a través de una escotilla en la góndola había algo que en un primer momento identificó como un stalker, hasta que volvió a gritar: «¡Muchacha!», y gesticuló furiosamente para indicarle que cogiera su mano. Lo reconoció como el general Naga.

\* \* \*

La góndola de la Furia olía a pólvora y aerocarburante. Naga avanzó por ella dando grandes zancadas y gritando órdenes a sus aviadores. Miró a Wren apenas el tiempo suficiente para decir:

—¿Sois londinenses? ¿Os ha capturado la segadora?

Wren se limitó a asentir, aferrándose con fuerza a Theo. Le costaba asimilar que ambos estuvieran vivos todavía. No le parecía el momento de explicarle al general Naga que ya se habían conocido en otra ocasión. No podía dejar de temblar ni de pensar en Wolf Kobold. Mientras la Furia viraba para alejarse de Harrowbarrow y volaba hacia Nueva Londres, soltó a Theo, se acucilló en una esquina y ahí vomitó hasta que no le quedó nada más en el estómago.

Aterrizaron en la popa de Nueva Londres, donde una multitud de londinenses y soldados de la Tormenta Verde los estaba esperando.

—¡Wren! —gritó alegremente Angie, saludándola y olvidando que Wren había sido sospechosa de espionaje.

—¡Señorita Natsworthy! ¡Señor Ngoni! ¡Gracias a Quirke que están bien! —gritó el señor Garamond, ayudándolos a bajar de la góndola.

*No gracias a usted*, tuvo ganas de responder Wren, pero entonces se dio cuenta de que eso él ya lo sabía y de que su torpe abrazo era una manera de pedirle perdón, así que se lo devolvió.

La nueva ciudad producía una sensación extraña: faltaban los temblores, los impactos amortiguados y los acelerones que se experimentaban a bordo de cualquier ciudad-tracción. Allí tan solo se experimentaba una especie de sensación irreal de movimiento y velocidad. Aunque tal vez la velocidad no

fuera tanta, porque Harrowbarrow ocupaba toda la vista a babor, abriendo las mandíbulas para revelar un resplandor ardiente de hornos y fábricas en su interior.

—Creía que se detendrían cuando Kobold muriera —dijo Theo.

—No saben que ha muerto —contestó Wren—. O quizá sí y les dé igual. El señor Hausdorfer y los demás son perfectamente capaces de dirigir una sencilla caza sin su líder. Harrowbarrow nunca se preocupó por Wolf todo lo que él se preocupaba por Harrowbarrow.

Wren no quería hablar de Wolf. Se llevaría a la tumba la forma en que la había mirado cuando se dio cuenta de que lo había matado. Intentó convencerse de que era positivo sentirse tan culpable y sucia por lo que había hecho. Mejor eso que ser como su madre y que aquello no le afectara. Pero la sensación no era agradable.

Cogió a Theo de la mano y los dos fueron juntos a mezclarse con el resto de londinenses en la barandilla de popa. Tras ellos, Naga daba instrucciones a los oficiales supervivientes y le decía al subcomandante Thien:

—Regrese a Batmunkh Gompa en el Velo Protector. Mi esposa cree que es la stalker Fang quien maneja esa nueva arma que está sembrando el terror. Ayúdenla a localizarla y destruirla.

—Sí, Excelencia.

—Y debemos garantizar a Nueva Londres un paso seguro por nuestros territorios.

—Sí, Excelencia.

—Ahora quiero que toda la tripulación evacúe la Furia antes de despegar.

—Pero, Excelencia, ¿no puede pilotarla usted solo!

—¿Por qué no? Volé solo en Xanne Sandansky y en Kamtchatka. Volé solo contra Panzerstadt Breslau. Debería ser capaz de apañármelas con una sucia segadora bárbara como esta.

Thien comprendió, inclinó la cabeza, hizo un saludo marcial y comenzó a gritar órdenes. Wren, mirando a su alrededor para identificar a qué se debía tanto alboroto, vio a la tripulación de la Furia saltando a las plataformas y a Naga impulsándose para abordarla. Apartó la mirada. Lo

que estaba sucediendo en la popa era mucho más interesante que cualquier cosa que pudiera hacer la Tormenta. Apenas reparó en ella cuando la Furia despegó de nuevo.

\* \* \*

Harrowbarrow se dirigía hacia ellos desplazando chorros de tierra húmeda. Tenía la coraza agujereada, los niveles superiores estaban incendiados y una de sus cadenas tractoras chirriaba, pero a Hausdorfer le daba igual. Se había mostrado escéptico sobre aquel lugar tan lejano al que su líder los había llevado, pero ahora que lo había visto moverse, que lo había visto volar, comprendió por qué el joven Kobold estaba tan impresionado.

—¡Más potencia! —gritó por los tubos acústicos—. ¡Abrid las mandíbulas! ¡Están indefensos! ¡Son nuestros!

\* \* \*

Naga hizo virar la Furia hacia el acechante suburbio y descendió casi al ras del suelo. Era una buena nave: disfrutó de la suavidad con la que los timones y palancas respondían a su tacto, del ronroneo de sus potentes motores cuando los puso a velocidad de embestida. Cuando Harrowbarrow abrió sus mandíbulas, apuntó directamente hacia el resplandor rojizo de las calderas de sus desguaces.

Cuando los harrowbarrownitas comprendieron lo que pretendía, las armas comenzaron a disparar desde el interior de las mandíbulas, haciendo estallar las lunas de las ventanillas de la góndola e incendiándola. El proyectil de un cañón de mano atravesó la pechera acorazada de Naga, pero su armadura lo mantuvo erguido y sus guanteletes mecanizados se aferraron al timón para mantener el rumbo de la nave en llamas. El suburbio comenzó



a cerrar las mandíbulas, pero no lo suficientemente deprisa. Naga disparó los misiles que aún quedaban en la Furia y los vio volar frente a él y colarse entre sus fauces.

—Enone —dijo, y su nombre y el pensamiento que le dedicó lo acompañaron hacia la luz.

\* \* \*

El estallido fue breve: un girasol floreciendo al anochecer cuajado de semillas de metralla. Hubo una explosión mitigada, amortiguada, y luego otros sonidos: golpes y derrumbamientos cuando los grandes trozos del suburbio siniestrado llovieron sobre la Región Exterior. A bordo de Nueva Londres, nadie vitoreó. Hasta los soldados de la Tormenta, que habían crecido cantando alegres canciones sobre la destrucción de ciudades enteras, parecían consternados. Un par de fragmentos de escombros aterrizaron sobre la plataforma, repiqueteando como monedas. Wren se agachó para recoger uno que había cerca. Era un remache del casco de Harrowbarrow, aún caliente por la explosión. Se lo guardó en el bolsillo, pensando que aquel sería un buen objeto que exhibir en el Museo de Nueva Londres.

Lo que quedó de Harrowbarrow —un trozo resquebrajado de la popa medio devorado por el fuego— se posó sobre el barro de la Región Exterior. Pronto pasaría a formar parte del paisaje, como la antigua Londres. Los supervivientes, que tropezaban tratando de escapar, contemplaron la escena perplejos. Algunos miraron hacia las escombreras que colmaban el horizonte, al sur, preguntándose qué tipo de vida podrían llevar allí. Otros persiguieron Nueva Londres a la carrera, pidiendo ayuda a gritos, implorando a sus amigos traccionistas que no los dejaran allí, indefensos, en territorio de la Tormenta. Pero Nueva Londres estaba fuera de su alcance y se alejaba velozmente de ellos por la vasta llanura sombría, haciéndose más y más pequeña, hasta que no fue más que una mota, un

menguante destello de ventanas ambarinas en medio del inmenso crepúsculo.

## 52

### Últimas palabras

La stalker Fang cojeaba por su estancia. Su rostro de bronce quedaba iluminado por las luces titilantes de aquella montaña de maquinaria, por los números verdes que parpadeaban y se dibujaban en las pantallas informativas. Tom y Hester la observaban por la puerta abierta. Cada vez que los ojos de la stalker se apartaban de él, Tom se movía levísimamente y se acercaba cada vez más a Hester, hasta que al final pudo estirar un brazo y tocar el cuchillo de su cinturón.

—Ya no falta mucho —susurró la stalker, contenta de tener un público al que poder explicar su obra.

Tom estaba pensando en Wren y rezando por que Nueva Londres no estuviera acercándose a las Tannhäuser ni a ninguna otra de las montañas a las que ODÍN tenía en el punto de mira.

—¿Por qué a los volcanes? —preguntó—. Sigo sin entender cómo eso puede reverdecer el mundo...

Los dedos de la stalker se movían como patitas de araña sobre los teclados de marfil.

—Tienes que pensar a largo plazo, Tom. Las ciudades-tracción no son las únicas que contaminan el agua y quiebran la tierra. Todas las ciudades hacen lo mismo, ya sean móviles o estáticas. El problema son los seres humanos. Todo lo que hacen contamina y destruye. La Tormenta Verde nunca habría podido comprender eso, y ese es el motivo por el que nunca compartí con ellos mis planes para ODÍN. Si de verdad queremos proteger la Buena Tierra, debemos purificarla de seres humanos.

—¡Eso es demencial! —exclamó Tom.

—Inhumano, tal vez —reconoció la stalker—. La ceniza de los volcanes asfixiará el cielo y sumirá a la Tierra en tinieblas. El invierno imperará durante cientos de años. La raza humana perecerá. Pero la vida saldrá adelante. La vida siempre lo hace. Cuando los cielos se despejen de nuevo, el mundo volverá a florecer verde. Líquenes, helechos, hierba, bosques, insectos y, finalmente, animales más grandes. Pero no volverá a haber personas. Lo único que hacen es estropear las cosas.

—Anna no habría querido eso —alegó Tom.

—Yo no soy Anna. Tan solo uso sus recuerdos para comprender el mundo. Y lo que he comprendido es que la humanidad es una plaga, una manada de simios inteligentes que la Buena Tierra no es capaz de mantener. Todas las civilizaciones humanas terminan decayendo, Tom, y todas por la misma razón: los humanos son demasiado avariciosos. Es hora de terminar con ellos para siempre.

Tom intentó levantarse, preguntándose si sería capaz de llegar a la máquina, destruirla, desconectar aquella complicada maraña de cables y conductores. La stalker Fang pareció leer sus pensamientos y unas largas cuchillas se deslizaron desde las yemas de sus dedos.

—Sé sensato, Tom —susurró—. Estás gravemente enfermo y yo soy una stalker. Nunca lo conseguirías, y Hester quiere que te mantengas con vida el máximo tiempo posible. Te quiere mucho, ¿sabes?

Desapareció tras su montaña de maquinaria para hacer algún tipo de ajuste en los cables que recorrían el techo hasta el conducto de ventilación en el tejado. Tom sacó el cuchillo del cinturón de Hester y ella se lo quitó y lo aferró con ambas manos, serrando torpemente las viejas sogas que la stalker había usado para atarle las muñecas.

\* \* \*

Mientras enfilaba la pasarela, Pennyroyal trató de mantener la calma e imaginar cómo describirles todas aquellas aventuras a sus embelesados

lectores. *La sensatez me instaba a mantenerme alejado de aquella espantosa casa, pero el destino de ciudades enteras pendía de un hilo y mis pobres compañeros estaban cautivos en su interior. ¡Sabía que huir dejaría una mancha irredimible en el honor de los Pennyroyal! (¡Y necesito esas llaves, maldito sea Poskitt!). Mi leal compañero nativo, Fishcake (¿se llamará así de verdad?), me guio hasta el final de la funesta pasarela y se negó a avanzar más. De todos modos, tampoco le habría permitido hacerlo porque jamás dejaría que alguien tan joven pusiera en riesgo su vida en un combate mortal con la stalker. (¿La stalkeresa? ¿La stalkertriz? Dioses, ¡espero no tener que pelear con ella de verdad! Ojalá ese muchachito hubiera tenido los redaños de ir en mi lugar, maldito cobardica...). He de confesar que resultaba un tanto inquietante, pero conforme me adentraba a solas en la creciente oscuridad, empecé a sentirme curiosamente tranquilo. A lo largo de los años, me he visto envuelto en muchas situaciones arriesgadas, y si algo he aprendido es que lo mejor es mantener siempre la calma, la compostura y... AY, ¡POR EL CULO PELUDO DE POSKITT! ¿QUÉ ES ESO?*

*¡Solo es un búho!*

*Solo es un búho...*

Temblando, Pennyroyal tomó un sorbo de brandi de la petaca que llevaba escondida en la cintura y empezó a buscar la pistola antistalkers a orillas del lago. El muchacho había dicho que Hester la había lanzado allí, por algún lado. Pennyroyal no quería acercarse ni un solo paso más a aquella maldita casa sin ella. ¡Ah! ¡Ahí estaba! Todavía humeaba. Parecía intacta. *Un arma de aspecto condenadamente extraño, pero por algo me llaman Pennyroyal el Certero. Apoyando la culata de aquella peculiar arma contra mi hombro (¿se supone que va ahí?), retomé mi felino avance...*

\* \* \*

La stalker Fang estaba entretenida con su maquinaria. De vez en cuando, las palabras y números que reptaban por la pantalla informativa eran sustituidos por una imagen grisácea y tupida. Tom se dio cuenta de que estaba viendo lo que ningún otro ser humano había visto durante milenios: el mundo desde el espacio exterior, a través del ojo de ODÍN. Curiosamente, no resultaba demasiado impactante.

¿Podía ODÍN realmente destruir a la humanidad? Seguramente se rompería, o se quedaría sin batería, o algo en aquella maraña de maquinaria antigua que la stalker usaba para comunicarse con él se estropearía, y eso terminaría con sus planes. Le enfurecía pensar que Hester y él hubieran llegado tan lejos y hubieran sacrificado tanto para evitar una obra tan burda. Al menos MEDUSA parecía algo por lo que merecía la pena morir: sus entrañas ocupaban el interior de una catedral entera y su capucha de cobra se erigía sobre Londres. Aquella nueva arma no era más que chatarra espacial controlada por una vieja stalker desquiciada desde un lugar que parecía y olía como el dormitorio de un adolescente...

A su lado, Hester emitió un gruñidito triunfal cuando el cuchillo cortó la cuerda que le ataba las muñecas. Se acuclilló para comenzar a trabajar en la que le ataba los tobillos.

La stalker Fang estaba hablando de nuevo con ODÍN, pulsando las teclas de marfil y susurrando códigos para sí mientras proseguía con su apocalipsis de saldo. A veces también susurraba algo hacia Tom y Hester:

—Imagináoslo, queridos míos: toda esa preciosa lava...

A Anna Fang le gustaba tener a alguien con quien poder hablar, y la stalker en la que se había convertido parecía haber heredado aquella costumbre. Cuando Hester susurró: «¡Ahora!», y Tom rodó para bajar de la cama, ella se incorporó, y dijo:

—¿Adónde vais?

—¡Vamos! —bufó Hester, rodeando a Tom con el brazo para sostenerlo y arrastrarlo hacia la ventana que estaba más cerca.

No tenía tanta cultura como Tom, y la verdad es que no había entendido bien el inconexo sermón de la stalker. Lo único que le importaba era salvarlo a él. Se negaba a creer que no hubiera ninguna esperanza.

Tom, sin embargo, sabía que no tenía demasiado sentido intentar huir de la stalker Fang, que se dio media vuelta y fue hacia ellos mientras se acercaban a la ventana. Tom se volvió para encararla. Hester aún intentaba llevarlo hacia la ventana, pero Tom se zafó de ella. Había ido a Shan Guo a hablar, no a luchar: aunque Naga no lo hubiera escuchado, tal vez la stalker sí lo hiciera. «No soy Anna», había dicho, «solo soy una amalgama de sus recuerdos...». Pero ¿qué era cualquier persona sino una amalgama de recuerdos?

Tom extendió un brazo hacia ella.

—No podemos quedarnos —le dijo—. Tenemos una hija. Nos necesitará.

Los ojos de la stalker titilaron.

—Una hija...

—Se llama Wren.

—Una hija. —Unió las manos en una palmada con un sonido metálico—. Tom, Hester..., ¡qué maravilla! Cuando yo... Cuando Anna os vio juntos por primera vez, ella..., yo supe que estabais hechos el uno para el otro. Y ahora tenéis un bebé...

—Ya no es un bebé —dijo Hester—. Es una jovencita muy insolente.

—La hemos criado —dijo Tom—. Hemos cuidado de ella, le hemos enseñado cosas. Ha aprendido a pilotar la Jenny Haniver... Y ahora tú quieres matarla junto con el resto de la humanidad...

La stalker se encogió de hombros, un gesto extraño para una stalker que hizo que su armadura chirriara.

—No se pueden romper los huevos sin hacer una tortilla, Tom. ¿O es al revés? ¿Dónde está esa hija vuestra?

—En Londres —dijo Tom—. En las ruinas de Londres. Sus habitantes están construyendo una ciudad, una ciudad flotante... —Ahora se arrepentía de no haber prestado más atención a las explicaciones técnicas de la doctora Childermass—. No rasga la tierra, no devora otras ciudades, ni siquiera gasta demasiado combustible. ¿Por qué no puede tener lugar en tu mundo reverdecido? ¿Por qué no puede tenerlo Wren?

La stalker bufó y dio media vuelta para regresar a sus máquinas.

Tom trastabilló tras ella y Hester, que se había resignado a escucharlos parlotear, fue con él.

Los dedos de la stalker volvieron a repiquetear sobre los teclados. La imagen gris de la pantalla central había cambiado de una vista aérea de la herida ardiente de Zhan Shan a un panorama distante del recubrimiento nuboso de la Tierra. Entonces, la imagen volvió a acercarse y la maquinaria tras la pantalla chasqueó y sibiló, y las imágenes volvieron a pasar a toda velocidad, como cartas barajeadas. Un área de color gris carbón se expandió hasta convertirse en las ruinas de Londres y colmar la pantalla entera. Tom reconoció Putney Vale y la Matriz mientras el ojo de ODÍN se deslizaba hacia el este y luego al norte.

—No se mueve nada... —susurró la stalker.

—¿Qué son esas zonas iluminadas? —preguntó Tom.

—Son aeronaves en llamas.

—¿Qué?

Tom clavó la vista en la pantalla mientras nuevas motitas de fuego blanco la atravesaban. Justo en la linde septentrional de las ruinas, una hoguera se expandía como si en la propia pantalla se hubiera abierto un agujero. ¿Qué había sucedido en las escombreras desde que Tom se había marchado? ¿Qué había pasado con Wren? El corazón se le encogió en un puño y empezó a latirle desbocadamente contra las costillas.

—¡Ah! —siseó la stalker—. Esa debe ser tu ciudad flotante...

Ella interpretaba aquellas imágenes granulosas mucho más rápidamente que Tom. Tardó un instante en comprender que lo que estaba viendo era Nueva Londres. Estaba muy lejos de la escombrera, avanzando hacia el norte. Aun así, la maquinaria rechinaba y gemía y la imagen de la pantalla no dejaba de transformarse con rapidez, cambiando, acercándose más y más a la nueva ciudad hasta que alcanzó a ver a la gente agolpada en la popa. Docenas de personas bordeando las barandillas, mirando hacia atrás, hacia la escombrera, mientras Nueva Londres los transportaba a un lugar seguro. Y ahora distinguía sus rostros, los rostros de sus amigos: Clytie y su marido, el señor Garamond, que por una vez reía y parecía feliz... Y allí estaba Wren, desgredada, tiznada de algo que parecía hollín, pero Wren, sin duda. Gritó cuando su rostro pasó deslizándose por la pantalla y la stalker



maniobró el visor de ODÍN para enfocarla, acercando la imagen cada vez más.

—¡Es Wren! ¡Está bien!

Tom notó que las manos de Hester le apretaban el brazo mientras contemplaba el rostro de su hija emerger entre la niebla estática de la pantalla.

—Wren —dijo. Su voz sonaba temblorosa—. ¿Qué se ha hecho en el pelo? Lo lleva más largo de un lado que del otro... Y ahí, detrás de ella, ¡mira! ¡Es Theo!

ODÍN volvió a hacer *zoom* en la imagen y entonces el rostro de su hija fue lo único que ocupó la pantalla. Tom se acercó, apartó a la stalker a un lado y estiró el brazo para tocar el cristal. A tan poca distancia, la imagen empezó a tornarse indefinida, el rostro de Wren se descompuso en líneas y manchas y destellos de luz: un borrón de sombra que era en realidad un ojo, una mancha blanca que era la nariz. Recorrió con sus manos la curva de su mejilla, deseando poder traspasar la pantalla de alguna manera y tocarla, hablar con ella. Sin duda, debía notar que la estaba observando. Pero se limitó a sonreír y girar la cabeza para decirle algo al muchacho que tenía detrás. Tom sintió como si ya se hubiera convertido en un fantasma.

La stalker silbó como una tetera que estuviera rompiendo lentamente a hervir.

—Por favor, no le hagas daño —dijo Tom.

—Morirá —susurró la stalker—. Todos morirán. Por el bien de la Tierra. A tu hija le quedan unos pocos años más, si tiene suerte...

—¿Y de qué le servirán unos cuantos años más si los pasa muriéndose de hambre y asustada, contemplando cómo el cielo se llena de cenizas? —preguntó Tom. Avanzó un paso más hacia la stalker, excitado por la sensación de estar consiguiendo conmovérsela, a ella o a alguna clase de extraño remanente mecanizado de Anna Fang anidado en su interior—. Wren merece tener una larga vida en paz, tener hijos propios y verlos crecer...

—¡Sentimentalismos! —dijo la stalker con desprecio—. La vida de un solo hijo no significa nada en comparación con el futuro de la vida entera.

—¡Pero ella es el futuro! —exclamó Tom—. ¡Mírala! Míralos a Theo y a ella...

—Es por el bien de la Tierra —repitió ella con frialdad—. Morirán todos.

—No lo crees de corazón —insistió Tom—. El poco de Anna que queda en ti no lo cree. A Anna le preocupaban las personas. Te preocupaste lo suficiente por Hester y por mí como para rescatarnos. Anna, no uses la máquina. Apágala. Rómpela. Destruye a ODÍN.

Le fallaron las rodillas, y se habría caído al suelo si Hester no hubiera estado sujetándolo. La stalker siseaba con furia. Hester, creyendo que estaba a punto de atacar, dio un tirón para hacer retroceder a Tom y lo giró, interponiendo su propio cuerpo entre ambos. Pero la criatura se había apartado y sacudía una mano contra su propio cráneo.

—¿Dónde está Popjoy?

—Muerto —dijo sombríamente Hester—. Tú lo mataste. Es la comidilla de Batmunkh Gompa.

—*Sathya, yo...* —dijo la stalker—. Hay que exterminarlos. Es por el bien de... *Tom, Tom, Hester...*

De nuevo aquel sonido óseo, dedos de acero sobre teclas de marfil. Letras verdes que titilaban.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Hester, temerosa de que la enfurecida stalker estuviera ordenando a ODÍN abrir fuego sobre Nueva Londres.

Tom negó con la cabeza, tan perdido como ella. La stalker se detuvo, estudió una cadena de luz verde que descendía por otra de sus pantallas, tecleó de nuevo, pulsó una última tecla y se volvió hacia ellos. Estaba temblando: una vibración acelerada, mecánica, como la vaina de un motor a máxima potencia. Sus ojos color metano se encendieron y titilaron. Extendió las largas y resplandecientes manos hacia sus invitados.

—¿Qué has hecho? —preguntó Tom.

—*Yo he... Ella ha... Hemos...*

En la otra punta de la habitación, a través de otra puerta, escucharon que algo crujía y que unos pies se arrastraban sobre las baldosas rosas. La stalker se volvió para enfrentarse a los ruidos, desenfundando las gujas

digitales, y Pennyroyal dejó escapar un grito de terror cuando entró en la estancia y los ojos verdes iluminaron su rostro. Sostenía la pistola de rayos al frente y, cuando la stalker se tensó para saltar sobre él, apretó el gatillo. Una veta de fuego se abrió paso a través del aire, vibrando entre el cañón romo del arma y el pecho de la stalker. Ella bufó y esgrimió las garras, y Pennyroyal retrocedió aullando: «¡Argh! ¡Poskitt! ¡Por favor! ¡Piedad! ¡Auxilio! ¡No te acerques!», pero sin apartar los dedos del gatillo en ningún momento. Las prendas que vestía la stalker comenzaron a arder. Los rayos reptaron por su impassible rostro de bronce y de sus gujas digitales brotaron fuegos fatuos. Cayó pesadamente contra la maquinaria que controlaba ODÍN y los rayos también la engulleron. Los cerebros de stalkers y las pantallas informativas explotaron, los teclados rotos dispersaron anagramas de teclas de marfil por el suelo como dientes arrancados de un puñetazo, las llamas corrieron por los cables y prendieron fuego al tejado, pero Pennyroyal siguió disparando y gritando y disparando hasta que el arma se quedó sin batería y cayó de sus manos.

Pasado un rato, cuando ya comenzaban a acostumbrarse al silencio, dijo:

—¡Lo logré! ¡La maté! ¡Yo! Supongo que no llevaríais una cámara encima, ¿verdad?

La stalker Fang yacía sobre la pira de maquinaria incendiada. Tom apartó el humo con la mano y se acercó, observándola con cautela. En su interior había cosas ardiendo: olía aquella peste penetrante y veía las llamas parpadear bajo su armadura. La máscara de bronce se había soltado, dejando a la vista el grisáceo rostro que ocultaba, apergaminado y sonriente. Tom intentó no sentirse asqueado al mirarlo; al fin y al cabo, él emprendería el mismo viaje dentro de no demasiado tiempo.

La boca muerta se movió.

—Tom —suspiró la stalker—. Tom.

Y nada más. El resplandor verdoso de las bombillas de sus ojos se redujo a una mota del tamaño de la cabeza de un alfiler, y se apagó.

Pennyroyal observaba el arma apagada en sus manos. Parecía estar preguntándose cómo había ido a parar allí. La soltó y dijo:

—Hay un yate aéreo amarrado un poco más abajo. Las llaves están colgadas alrededor del cuello de esa cosa.

A Tom no se le ocurrió preguntarle cómo lo sabía. Extendió el brazo y cogió las llaves. Se desprendieron con facilidad, porque la cuerda estaba deshilachada y prácticamente calcinada.

—Esta vez sí que está muerta, ¿verdad? —preguntó Pennyroyal, nervioso.

Tom asintió.

—Lleva mucho tiempo muerta. Pobre Anna.

Y entonces el dolor acudió de nuevo a su pecho y no pudo seguir hablando. Se dobló sobre sí mismo, gruñendo, mientras Hester se aferraba a él y trataba de aliviarlo.

—¡Vaya! —dijo Pennyroyal—. ¿Está bien?

—Su corazón... —Hester tenía un hilillo de voz temblorosa; no se había sentido tan indefensa ni asustada desde que era niña y vio morir a su madre—. No te mueras, Tom. —Se postró en el suelo con él, abrazándolo lo más fuerte que pudo—. No me dejes, no quiero volver a perderte... —Miró a Pennyroyal a través de las lágrimas—. ¿Qué podemos hacer?

Pennyroyal parecía tan atemorizado como ella. Entonces dijo:

—Un médico. Tenemos que llevarlo a un médico.

—No servirá de nada —dijo débilmente Tom. Lo más crudo del dolor había pasado, dejándolo blanco y asustado, resplandeciente de sudor a la luz de las llamas, cada vez más grandes. Sacudió la cabeza y añadió—: Fui a ver a un médico en Peripatetiápolis y me dijo que no había remedio...

—Ay, ay... —lloraba Hester.

—¡Poskitt bendito! —gritó Pennyroyal—. Si ese médico al que fuiste a ver fuera bueno, de ninguna manera trabajaría en un cuchitril como Peripatetiápolis, ¿no? Vamos, buscaremos a los mejores médicos que la fama y el dinero puedan comprar. No pienso permitir que te mueras, Tom: ¡Hester y tú sois los únicos testigos que tengo de que acabo de matar a la stalker Fang! ¡Ya verás cuando el mundo se entere de esto! ¡Volveré a los primeros puestos en las listas de libros más vendidos en un santiamén! —Extendió la mano—. Dame la llave. No va a poder bajar por la pasarela. Aterrizaré el yate aéreo en el jardín.

Hester lo fulminó con la mirada.

—Bueno, de acuerdo —dijo Pennyroyal—, ve tú a por el yate, yo me quedaré aquí con Tom.

—Het, por favor, quédate —pidió débilmente Tom.

Hester le pasó la llave a Pennyroyal, que dijo:

—Vamos, Tom. Vuelvo en un periquete. Tal vez preferáis esperar afuera —añadió mientras corría—. El edificio está ardiendo.

Hester empezó a seguirlo, arrastrando a Tom con mucho cuidado por los pasillos mohosos de la casa y al frío del jardín. Escucharon las pisadas de Pennyroyal crujendo por la pasarela, y luego silencio, un silencio interrumpido únicamente por el crepitar del fuego en el interior de la casa. Las llamas lamían los jardines, relucían sobre la hierba escarchada y los témpanos que colgaban de las ramas peladas de los árboles. Hester tumbó a Tom junto a una fuente congelada y se quitó el abrigo para hacerle una almohada.

—Vamos a llevarte a Batmunkh Gompa —le prometió—. Enone te curará. Es una cirujana buenísima. Le salvó la vida a Theo, y a mí también, probablemente. Te pondrá bien de nuevo. —Sostuvo el rostro de Tom entre sus manos—. No te vas a morir —dijo—. No quiero volver a separarme de ti jamás, no podría soportarlo. Te vas a poner bien. Vamos a volver a recorrer los Caminos de las Aves...

—¡Mira! —dijo Tom.

Sobre las montañas apareció una nueva estrella. Era muy luminosa y daba la sensación de estar haciéndose cada vez más grande. Tom consiguió ponerse en pie y apartarse un par de pasos de la fuente para verla mejor.

—Tom, ten cuidado... ¿Qué es?

Se volvió para mirar a Hester con ojos brillantes.

—¡Es ODÍN! Debe de haber... ¡explotado! Eso era lo que estaba haciendo antes de que apareciera Pennyroyal. Le ordenó que se autodestruyera...

La nueva estrella parpadeó como un adorno de Quirkevidad y luego comenzó a desvanecerse. En ese preciso instante, el techo de la casa se desplomó con un rugido y una ráfaga de chispas, y una punzada de dolor

mucho más intensa que las anteriores atravesó el costado de Tom. Tanto que mientras caía supo que aquel sería su final.

Hester corrió junto a él y lo rodeó con sus brazos. Tom la escuchó gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pennyroyal! ¡Pennyroyal!



Pennyroyal llegó a la plataforma de acoplamiento y vio que el muchachito salía arrastrándose de entre los pinos para ir a su encuentro. Incluso a aquella distancia, el terreno quedaba iluminado por el resplandor del fuego de la isla y la cubierta plateada del yate brillaba alegremente con reflejos anaranjados. Pennyroyal agitó la llave mientras corría hacia él.

—¡Ya no hay nada que temer, joven Fishpaste! Me he ocupado de tu stalker. Solo hacía falta un poco de coraje a la vieja usanza.

Abrió la góndola y entró en ella seguido por el muchacho. El yate era un Serapis Sunbeam, bastante parecido al que Pennyroyal tenía en Brighton. Se embutió en el asiento del piloto y rápidamente encontró el contacto de la llave bajo el volante principal. Las luces comenzaron a encenderse. Los indicadores del combustible y el gas indicaban que estaba a mitad de su capacidad y los motores funcionaron tras un par de intentos.

—Antes debo recoger a mis jóvenes amigos —dijo Pennyroyal.

Después de todo lo que habían vivido juntos, de verdad sentía que Tom y Hester eran sus amigos, sus camaradas. Estaba resuelto a salvar al joven Tom.

—No —dijo fríamente Fishcake, justo a su lado.

—¿Qué? Pero no pasa nada, chiquillo, ya no hay peligro.

—Nos vamos ya —dijo Fishcake. Estiró el brazo desde el respaldo del asiento del piloto y presionó una de las cuchillas de la navaja suiza de Pennyroyal contra su garganta—. Ellos me abandonaron.



En el jardín, Hester escuchó los motores rugir y elevarse.

—¡Ya viene, Tom! ¡La aeronave viene para acá! —dijo.

Tom no la estaba escuchando. Lo único que oyó fue la palabra «nave», y mientras cualquier tipo de dolor y sensación comenzaban a abandonar su cuerpo, volvió a ver las resplandecientes naves despegando de Salthook aquella tarde en que Londres la devoró hacía tantos años.

El aeroyate se elevó y quedó flotando sobre el jardín. La corriente descendente que brotaba de las vainas de sus motores hizo ondear la melena de Hester y que a sus espaldas la casa rugiera como un alto horno. Hester alzó la vista. Fishcake la miraba desde las alturas a través de una de las ventanas de la góndola. Reconoció la expresión de su rostro, solemne y triunfal a un tiempo, y sintió lástima por él, por todas las cosas que debía de haber visto y vivido y el largo camino que había tenido que recorrer para lograr su venganza. Entonces, el niño le dio la espalda a la ventanilla y le gritó algo a Pennyroyal; el yate se elevó, dibujando una curva hacia las montañas, y el zumbido de sus motores susurró hasta convertirse en silencio.

*Esta vez no hay salida*, pensó Hester. Y luego: *Siempre la hay*. Volvió a sacar de su cinturón el alargado cuchillo de hoja fina que le había robado a Fishcake y lo depositó en el suelo, en las sombras junto a ella, donde resplandeció con los reflejos del fuego: una estrecha puerta por la que escapar del mundo.

Besó el rostro de Tom y, por un instante, él pareció despertar a medias, aunque no sabía bien dónde estaba. Los recuerdos y la vida real se enmarañaban en su mente y creyó que volvía a estar tumbado en el terreno baldío, recién caído de Londres, como aquel primer día. Pero no le importó, porque Hester estaba con él, abrazándolo con fuerza, contemplándolo, y pensó en la suerte que tenía de que alguien tan fuerte, tan valiente y tan hermosa lo amara.

Y lo último que notó fue el tacto de su boca cuando le dio un beso de despedida, y lo último que oyó fue su ronca y dulce voz, diciendo:

—Saldrá bien, Tom. Adondequiera que vayamos ahora, sea lo que sea de nosotros, estaremos juntos, y todo saldrá bien.



## 53

### El arrebol

Cuando fueron a buscar a Enone, aún estaba oscuro, y la brisa que soplaba por el ventanuco de la habitación donde la retenían olía a ceniza. Leves seísmos sacudían el terreno. Llevaba toda la noche notándolos mientras dormía. Sus sueños estaban poblados por el estruendo de los escombros caídos que reverberaba por el valle desde Batmunkh Gompa.

Se limpió la cara dolorida con agua fría y rezó sus oraciones, asumiendo que se la llevaban para ejecutarla. Pero, cuando la guiaron escaleras abajo, encontró al subcomandante Thien esperándola. Parecía agotado y ligeramente aturdido, y tenía el uniforme manchado de tierra.

—Naga está muerto —dijo.

Enone vio que tenía los ojos clavados en su nariz rota y en los moratones que se habían extendido alrededor de sus ojos. Si Naga estaba muerto, entonces Thien era el militar de mayor rango en Batmunkh Gompa, pensó Enone. Trataría de hacerse con el poder y no querría tenerla pululando por allí, recordándole a todo el mundo al hombre al que reemplazaría.

—Acompáñeme, por favor —dijo.

Lo siguió afuera, a un balcón donde el viento helado tensó sus ropas. El cielo austral era una muralla de sombras levemente retroiluminadas por el fulgor rojo del volcán. Las voces de las monjas tarareaban una melodía constante en algún lugar del interior del edificio y su cántico aumentaba de volumen cada vez que el suelo se sacudía. En el patio, bajo el balcón,

Enone vio cientos de rostros alzados que parecían expectantes: soldados de la Tormenta Verde y aviadores refugiados procedentes de Tienjing.

Se sintió nerviosa frente a todo aquel público, pero no temió morir. Sabía que el pobre Naga estaría esperándola en el cielo, así como su padre y su madre, y su hermano Eno, y todos a los que había amado y perdido, a los que habían muerto antes que ella.

—¿Qué piensa? —preguntó Thien.

Él también miraba hacia el cielo, y entonces se dio cuenta de que no era a ella a quien miraba la gente congregada en el patio, sino a algo que quedaba sobre su cabeza, sobre los tejados del convento, sobre las montañas. En las pocas zonas en las que el cielo aún estaba despejado se veían caer cientos de estrellas fugaces, blancas, verdes y de un gélido azul.

—¿Qué piensa? —volvió a preguntar Thien.

Enone se dio cuenta de que quería su opinión científica. Se humedeció los labios, que se le habían resecado muchísimo.

—Diría que algo, o más bien, muchas cosas, están cayendo a la atmósfera superior.

—¿Más armas? —Thien sonaba aterrorizado.

Enone las observó durante un momento, reflexionando.

—No, no. Creo que es algo bueno. Me parece que algo ha explotado en órbita y que esas estrellas son algunos de sus fragmentos en llamas.

—¿El arma de las ciudades? —preguntó Thien—. ¿Cree que ha sido destruida?

—No era suya —respondió Enone. Estaba a punto de explicarle su teoría sobre la stalker Fang y decirle que Shrike debía de haber encontrado y destruido la estación terrestre, pero se dio cuenta de que sería mejor guardar el secreto: si las ciudades descubrían quién había dirigido a ODÍN contra ellas, eso solo llevaría a nuevas luchas—. Todo esto ha sido un accidente —dijo—. Alguna antigua arma orbital descontrolada. Recemos porque haya terminado.

Thien asintió y se llevó la mano a la espada. Enone pensó que ya le había dicho lo que quería saber y que ya no le servía de nada. No pudo evitar cerrar con fuerza sus ojos amoratados. Escuchó el tañido chirriante de la larga hoja deslizándose fuera de su funda. Escuchó el tintineo del metal al

chocar contra la piedra. Abrió primero un ojo y luego el otro. Thien estaba arrodillado frente a ella y había depositado su espada en el suelo a sus pies. Abajo, en el patio, la multitud también estaba arrodillada. Los soldados agacharon la cabeza en señal de respeto, con el puño cerrado apoyado contra la palma de la mano abierta.

—¿Qué están haciendo? —preguntó, desconcertada—. ¿Qué está haciendo usted?

—Nuestros ejércitos han sido derrotados —dijo Thien—. Las ciudades bárbaras han sido aplastadas. Una tormenta política azota el mundo. Necesitamos que alguien nos guíe por nuevas sendas. Yo no soy el hombre indicado para ello.

Se levantó y agarró a Enone del brazo, acercándola con delicadeza a la barandilla del balcón para que quienes esperaban abajo pudieran ver bien a su nueva líder.



Los motores del yate aéreo fallaron a pocos kilómetros de Batmunkh Gompa. Fishcake lo abandonó allí y siguió a pie, dejando atrás a Pennyroyal. Pennyroyal estuvo un rato intentando volver a arrancar el yate, pero las cenizas habían obstruido las tomas de aire de la nave y no funcionaba. A regañadientes y distinguiendo el camino gracias a la luz de la lluvia de meteoritos que surcaba el cielo septentrional, puso rumbo al norte, a través de aquel aire cargado de polvo, hacia la base más cercana de la Tormenta Verde. Allí trató de entregarse, pero en la Tormenta reinaba tal grado de confusión que nadie quería cargar con el muerto de custodiar un prisionero urbanita.

—¡Al menos manden naves a Erdene Tezh! —suplicó—. ¡Mis amigos podrían seguir allí! ¡Allí estaba la estación terrestre! Desde allí era desde donde la stalker Fang controlaba el arma...

—Nadie controlaba el arma —dijo la comandante de la base agitando un comunicado que acababa de recibir de Batmunkh Gompa—. La viuda de

Naga dice que uno de los dispositivos orbitales de los Antiguos ha debido de fallar, destruyendo objetivos al azar...

—Pero...

—Es libre de marcharse, profesor.

Pasaron meses antes de que Pennyroyal encontrara el modo de regresar a Murnau. Aprovechó bien el tiempo, empleando las largas esperas en puertos aéreos provincianos y caravasares para escribir su mejor obra, *Ejércitos ignorantes*. Para los estándares de Pennyroyal, era sorprendentemente veraz. Confesó todas sus mentiras anteriores en el primer capítulo y se mantuvo todo lo fiel que le fue posible cuando describió lo que había visto y hecho en Erdene Tezh.

Pero cuando por fin llegó al Territorio de Caza se vio inmerso en un mundo en rápida transformación. Las ciudades depredadoras se estaban as salvajando tanto y las presas eran tan escasas que hasta los darwinistas municipales más acérrimos comenzaban a cuestionarse cuánto tiempo más podría perdurar el sistema. La gente estaba buscando nuevas maneras de vivir y Murnau sorprendió a todo el mundo cuando se aposentó en la cima de una colina al oeste de Rustwater y se convirtió en estática. Los refugiados de Zhan Shan se mudaron allí y ayudaron a los murnaurenses a preparar los campos y a plantar cosechas. El anciano Von Kobold conservaba unos cuantos de sus suburbios-segadora y una fuerza aérea capitaneada por Orla Twombley que zumbaba por los márgenes de aquellos mediocres campos de cultivo ahuyentando a cualquier depredador que se aproximara demasiado.

Impertérrito, Pennyroyal fue a buscar a sus editores, pero Werederobe y Spoor se negaron a tocar siquiera su nuevo libro. Tras el desenmascaramiento hecho por Spiney (alegaron aquellos caballeros), nadie volvería a creer nunca los salvajes relatos de Nimrod Pennyroyal. Y ellos menos que nadie. De todas maneras, ahora los *mossies* eran aliados: ¿no se había enterado de la tregua que Von Kobold había firmado con la Viuda Naga? Y, por cierto, ¿qué había pasado con el adelanto que le habían pagado por su anterior libro?

Pennyroyal pasó diez meses encarcelado por sus deudas, aburriendo hasta el cansancio a sus compañeros de celda con historias interminables

sobre sus maravillosas aventuras. Cuando algunos de sus antiguos amigos del Moon's hicieron una colecta para pagar sus deudas, se escabulló a Peripatetiápolis, donde una de sus antiguas novias, Minty Bapsnack, aún sentía debilidad por él. Vivió los últimos años de su vida en su casa, y no fueron infelices. Pero incluso Minty escuchaba sus historias con reservas, y jamás le prestó el dinero que necesitaba para publicar *Ejércitos ignorantes*.



Fishcake no vio las estrellas fugaces. Cuando los restos de ODÍN comenzaron a caer del cielo, se encontraba bajo la capa de humo del Zhan Shan. Bordeó Batmunkh Gompa en la oscuridad y caminó durante días ascendiendo por rutas llenas de cenizas y refugiados.

Era la única persona que se dirigía hacia el volcán en lugar de alejarse de él. El flanco oriental de la montaña se había abierto por completo y las personas que habían vivido en sus faldas huían ahora en caóticas columnas humanas, relatando cómo poblaciones enteras habían quedado sepultadas, cómo ciudades enteras habían sido barridas. Pero las laderas occidentales, aunque empolvadas de ceniza y bastante alteradas, habían sufrido menos daños. Cuando Fishcake llegó a la cresta montañosa que se alzaba sobre la ermita, vio la casita aún en pie, al ganado en sus rediles comiendo balas de heno traídas de las tierras bajas y banderines de oración colocados recientemente en el santuario que había en la boca del puerto. Se arrastró hasta la puerta sobre sus pies descalzos y ensangrentados y se desplomó en el umbral. Allí fue donde Sathya lo encontró a la mañana siguiente cuando salió para ordeñar a la vaca. En su mano congelada, el niño aún sostenía el caballito que su stalker le había tallado.

Se quedaría allí, con Sathya, durante muchos años, creciendo hasta convertirse en un fuerte y apuesto joven de los reinos de las montañas. Olvidó muchas de las cosas horribles por las que había tenido que pasar, pero nunca olvidó lo que había hecho en Erdene Tezh. Aquel era su secreto, y en un primer momento le hizo sentir fuerte y orgulloso porque había

cumplido la promesa que les había hecho a los dioses: había mandado a Hester Natsworthy y a su marido a la Región de las Sombras. Pero después, cuando ya era adulto y estaba casado, cuando contemplaba a sus propios hijos jugar con el caballito de Anna en la arena, fuera de la ermita de su madre adoptiva, se sentía menos seguro de sus acciones. Aquellos fueron los años en los que la Viuda Naga trabajó con más intensidad por lograr la paz, predicando su política de perdón a los antiguos enemigos. A veces, Fishcake deseaba haber mostrado un poco más de misericordia y haber permitido abordar el yate a los Natsworthy después de todo. Pero al menos (se consolaba) no había matado a Hester y Tom: solo les había enseñado una lección, abandonándolos como ellos lo habían abandonado a él aquella vez. Eran gente resolutiva y con aguante, y estaba seguro de que habían sobrevivido.

\* \* \*

*Zagwa*  
*25 de abril de 1027 E. T.*

Querida Angie:

Me cuesta creer que hayan pasado cuatro meses enteros desde que os dejáramos en esa aglomeración de los Yermos Helados. ¡Y que haga casi un año desde el nacimiento de Nueva Londres! Ojalá Theo y yo pudiéramos acompañaros en la celebración del aniversario, pero no estaremos listos para partir de Zagwa hasta dentro de unas cuantas semanas. Espero que el comercio esté yendo bien en los Desiertos Helados, que estéis vendiendo un montón de sofás levitadores a los habitantes de las ciudades de hielo y que los motores Childermass os mantengan alejados y a salvo de las mandíbulas de los depredadores.

Te escribo esta carta en el jardín de la casa de los padres de Theo, sentada en una hermosa terraza que da a la garganta, en el arrebol de la puesta de sol. Esto es precioso, y el señor y la señora Ngoni, así como Kaelo y Miriam, son muy amables y acogedores, y parece que ya se han hecho a la idea de que su Theo va a casarse con una chica urbanita y a vivir en los cielos.

El mercader que nos trajo aquí hizo una parada en Puertoaéreo antes de dirigirse al sur para repostar gas y combustible. Cuando pasé por el banco de la ciudad, ¿sabes de qué me enteré? ¡De que

soy rica! Se me habían olvidado por completo los cinco mil que Wolf Kobold nos había pagado por el viaje a Londres, pero ahí estaban todos, aún a salvo, en la cuenta de la Jenny Haniver. Me sentí un poco culpable por quedármelos, pero supongo que nos los ganamos honradamente: al fin y al cabo, llevamos a Wolf a Londres, tal y como nos encargó, y no fue culpa nuestra que intentara comérsela. Sea como sea, ya me he gastado parte del dinero en una nave propia y ahora mismo, mientras escribo, la están poniendo a punto en el puerto de Zagwa. Es una Achebe 1000 reformada y pensamos llamarla Jenny Haniver II. Así que cuando volvamos a casa seremos mercaderes del aire de pleno derecho: Ngoni y Natsworthy de Nueva Londres, proveedores de mobiliario Levmag para la alta burguesía... El tráfico aéreo con oriente está volviendo a abrirse ahora que la Tormenta Verde ya no existe y la nueva Liga ha firmado la paz con las ciudades. Tal vez incluso crucemos el océano hasta América y visitemos a mis viejos amigos y mi antigua casa en Anchorage-in-Vineland para contarles todo lo que ha pasado. Y, por supuesto, vendremos a menudo a Zagwa.

Theo ha recibido una carta de la Viuda Naga, todo un gesto, teniendo en cuenta que tiene que ocuparse de liderar la nueva Liga Antitracción y que la mitad de los reinos de las montañas están todavía profundamente enterrados en cenizas. Le contó que mi madre y el señor Shrike llegaron a Batmunkh Gompa con ella la noche antes de que el Zhan Shan hiciera erupción, rescataron a mi padre y huyeron volando a bordo de la Jenny Haniver. No parece tener ni idea de adónde fueron ni por qué, pero han encontrado los restos de una nave siniestrada con motores Jeunet-Carot en un valle en Erdene Shan. Dice que, si lo deseo, puedo ir a presentar mis respetos al lugar donde murieron.

Es muy considerado por su parte, pero yo no quiero ir. Estoy segura de que mi padre y mi madre están muertos y, aunque los restos de la Jenny estén en Erdene Shan, ellos ya no están allí. Se han ido. Nadie sabe adónde y nadie lo sabrá nunca. Pero me gusta pensar que han vuelto a tomar los Caminos de las Aves, al oeste del sol, más allá de la luna, volando juntos por cielos vírgenes y viviendo aventuras fantásticas. A veces, sin querer, me descubro mirando al cielo, como si una parte de mí aún esperara ver a la Jenny Haniver aparecer tras una nube o un risco y trayéndolos de vuelta a casa...

Y ahora me estoy quedando sin luz y está saliendo la luna, y por ahí viene Theo, que baja corriendo las escaleras para decirme que la cena está lista. Así que corto ya, esperando que esto te llegue pronto.

Con cariño para toda Londres,

*Wren*

## 54

### Shrike en el mundo del porvenir

Shrike había llegado demasiado tarde. Corrió como un fantasma por las montañas y llegó a Erdene Tezh justo antes del anochecer, cuando las estelas de las estrellas fugaces arañaban el cielo sobre el lago.

Para entonces, la casa ya estaba en ruinas. Cenizas grises, vigas calcinadas, unas cuantas volutas de humo que aún se elevaban desde el jardín. En una estancia llena de maquinaria carbonizada encontró los restos de la stalker Fang y se arrodilló junto a ella. La chapucera parte de su cerebro construida por los ingenieros había dejado de funcionar, pero detectó leves pulsaciones eléctricas en la otra, la más antigua. Desenchufó uno de los cables de su propio cráneo y lo encajó en uno de los puertos del de ella. Sus recuerdos le susurraron y su mente los embebió.

Salió el sol. Shrike salió al jardín y en la luz incipiente vio a Tom y Hester esperándolo junto a la fuente. No había reparado en ellos en la oscuridad porque estaban tan fríos como las piedras sobre las que yacían.

Shrike se arrodilló junto a ellos y extrajo con mucho cuidado el cuchillo que Hester se había clavado en el corazón. En un primer momento pensó que, si se daba prisa, aún podría llevarla a Batmunkh Gompa y hacer que Enone Zero la resucitara. Pero, cuando comenzó a levantarla en brazos, descubrió que había agarrado la mano de Tom al morir y que aún la aferraba con fuerza.

Si los stalkers pudieran llorar, él lo habría hecho porque en ese preciso instante supo que aquel era el final adecuado para ella y que no habría



querido que la sacara de aquel pacífico valle ni que la separara del nacido una vez al que había amado.

Así que los cargó a los dos juntos y los alejó de la casa. Mientras cruzaba el puente, el peso muerto de sus cuerpos sacudió un leve e impreciso recuerdo en su interior. Comprobó si era uno de los que acababa de absorber de Anna Fang, pero era suyo. Hacía mucho tiempo, antes de convertirse en stalker, había tenido hijos y, cuando se quedaban adormilados y los llevaba a sus camitas, sus cuerpos tendidos eran tan flácidos y pesados en sus brazos como los de Tom y Hester en aquel momento.

El recuerdo era un fragmento, un regalo, un anticipo del conocimiento de su pasado que Enone Zero le había prometido que recuperaría cuando muriera. Pero aquello no sucedería hasta dentro de mucho tiempo. Había sido fabricado para durar.

Encontró un lugar al comienzo del valle donde el río se derramaba en cataratas blancas tras un saliente rocoso donde crecía un raquítico roble. Le recordó las historias que Hester le había contado sobre la isla perdida de su infancia. Así que la depositó allí con Tom, los dos juntos, aún de la mano, con los rostros casi tocándose. Desenfundando sus garras por última vez, cortó las ropas empapadas de los difuntos, los cinturones y las botas que ya no necesitarían más. Al pie de las rocas cercanas había una cueva poco profunda, y fue a sentarse allí, a observar y esperar, preguntándose qué podría dedicarse a hacer en un mundo en el que Hester ya no estaba.

Aquella noche, unas aeronaves descendieron zumbando para aterrizar en las ruinas junto al lago. Pasado un rato, volvieron a marcharse.

Los días pasaban volando en el valle de Erdene Tezh. Bajo aquella luz que iba y venía, Tom y Hester comenzaron a hincharse y oscurecerse bajo su sudario de moscas. Los gusanos y los escarabajos se alimentaron de ellos y los pájaros bajaron volando para picotearles los ojos y la lengua. Su aroma no tardó en atraer a pequeños mamíferos, que empezaban a sentirse hambrientos en aquel sombrío verano.

Shrike no se movió. Fue apagando sus sistemas uno a uno hasta que solo sus ojos y su mente estuvieron despiertos. Contempló emerger la grácil arquitectura de los esqueletos de Tom y Hester, sus cráneos pelados

apoyados el uno al lado del otro como dos huevos en un nido de cabello húmedo. El invierno apiló nieve sobre ellos y las lluvias primaverales los limpiaron. Al verano siguiente, la hierba veraniega creció espesa y verde debajo de ellos y un retoño de roble brotó en el cesto blanco formado por las costillas de Hester.

Shrike lo observó todo mientras los años caían sobre él, verde y blanco, verde y blanco. Los huesecillos de sus manos y pies se dispersaron entre la hierba como dados; los más grandes fueron arrastrados y mordisqueados por los zorros, se volvieron grises y frágiles, y costaba distinguir a quién habían pertenecido.

El retoño de roble se convirtió en un árbol del que brotó una copa que se arrebolaba de verde en verano y arrojaba sombras danzarinas sobre Shrike; un árbol que dio bellotas que a su vez se convirtieron en nuevos retoños; que envejeció; que de él surgieron barbas de líquenes; que murió, cayó y se pudrió, nutriendo con su esencia las raíces de los árboles más jóvenes que se extendían colina abajo hasta el lago.

Shrike se hundió aún más en su estado de evasión. Las estrellas brillaban borrosas sobre él, las estaciones le parpadeaban. Los árboles se convirtieron en bosque. Las ramas de los árboles pelados inhalaban, exhalaban hojas verdes, se ponían dorados, se quedaban pelados, inhalaban de nuevo.

Finalmente, una silueta humana comenzó a relumbrar frente a él, agachándose una y otra vez para colocarle algo alrededor del cuello. Con un profundo esfuerzo, comenzó a despertarse, el parpadeo del día y la noche se volvían cada vez menos frenéticos a medida que aquel torbellino de estaciones y siglos se iba ralentizando.

\* \* \*

Una mañana estival. Luz verde colándose entre las hojas de un viejo bosque de robles. Guirnaldas de flores cubrían el torso de Shrike, y los restos de las más antiguas yacían, secas y frágiles, sobre su regazo

enmohecido. Tenía los hombros enredados en helechos. Un ave había anidado en el hueco de su brazo. De Tom y Hester no quedaba más que el leve polvo que soplaba entre las enmarañadas raíces de los árboles.

Unas cabras avanzaban por el bosque. Los cencerros que llevaban al cuello repiqueteaban débilmente. Un muchachito nacido una vez de poca altura se acercó y se quedó allí, mirando a Shrike, y a él se unió una chiquilla más pequeña todavía. Tenían la piel color ocre, los ojos marrones, el cabello negro y polvoriento.

—HOLA —dijo Shrike. Su voz sonaba más oxidada y chirriante que nunca.

El muchachito salió corriendo, pero la niña se quedó, y le habló en un lenguaje que no conocía. Pasado un rato fue a recoger unas florecillas verdes que crecían entre los robles y le hizo una corona con ellas. Su hermano regresó, cauteloso, con los ojos como platos. La niña trajo un poco de grasa y se la untó a Shrike en las articulaciones. Se movió. Se levantó. De su cuerpo se desprendieron gravilla y excrementos de búho, se sacudió las telarañas, el musgo y los nidos de las aves.

La niña le dio la mano y su hermano los guio valle abajo, rodeados por un rebaño de cabras que no dejaban de balar ni de cascabelear. Se detuvieron en un pueblo, donde nacidos una vez adultos se quedaron mirando a Shrike y lo pincharon con palos y mangos de sencillas herramientas de granja. Escuchando su parloteo emocionado, comenzó a descifrar su idioma. Lo habían tomado por una simple estatua antigua, sentada plácidamente en su cueva. Le habían colgado flores del cuello cada verano para que les diera suerte cuando llevaban a sus cabras a los pastos de las tierras altas. Llevaban haciéndolo desde la época de las madres de sus madres.

Bajaba por un sendero pedregoso a una carretera pavimentada, ahora montado sobre un carro, con los niños junto a él. El sol era más rojo de lo que Shrike recordaba, el aire estaba más limpio, el clima de la montaña era más suave. El lecho de aquel valle boscoso albergaba una pequeña población. Shrike se preguntó si sus nuevos amigos serían conscientes de que sus antiguas murallas metálicas estaban hechas con las cadenas tractoras de una ciudad móvil, y de que algunas de aquellas torres redondas

de color marrón óxido habían sido ruedas en algún momento. Parecían gente sencilla e imaginó que su sociedad no debía de poseer ningún tipo de tecnología, pero mientras lo llevaban a través de las puertas de la ciudad vio delicadas naves voladoras hechas de madera y vidrio elevarse como libélulas desde altas torres de amarre de piedra. Unos discos plateados, como espejos empañados, giraban y pivotaban en la parte inferior de sus cubiertas y, a su alrededor, el aire ondeaba como si hubiera calima.

Lo llevaron a un lugar de asamblea, un gran salón en el centro de la ciudad. La gente se agolpaba a su alrededor para hacer preguntas. ¿Qué tipo de criatura era? ¿Cuánto llevaba en letargo? ¿Era uno de los antiguos hombres-máquina de las viejas leyendas?

Shrike no tenía respuestas que darles. A su vez, él también formuló preguntas. Preguntó si quedaban lugares en el mundo donde las ciudades aún se desplazaran y se cazaran las unas a las otras. Los nacidos una vez rieron. Por supuesto que no las había: las ciudades solo se movían en los cuentos, ¿quién querría vivir en una ciudad móvil? ¿Era una locura de idea!

—¿Para qué sirves? —le preguntó finalmente un muchacho que se abrió camino a empujones hasta la parte delantera del corrillo. Shrike lo miró. Reflexionó sobre ello un momento, recordando algo que el doctor Popjoy le había contado a Anna.

—SOY UNA MÁQUINA DE RECORDAR —dijo.

—¿Y qué recuerdas?

—RECUERDO LA ERA DE LAS CIUDADES-TRACCIÓN. RECUERDO LONDRES Y ARKANGEL, A THADDEUS VALENTINE Y A ANNA FANG. RECUERDO A HESTER Y A TOM.

Su audiencia lo miró impávida.

—¿Quiénes eran? —dijo alguien.

—VIVIERON HACE MUCHO, AUNQUE PARA MÍ PARECE QUE FUERA AYER.

La niñita que había encontrado a Shrike alzó la vista y dijo:

—¿Cuéntanoslo!

A su alrededor, la gente sonrió y asintió; se sentaron con las piernas cruzadas y esperaron a ver qué cuentos les traía de aquel pasado perdido. Les gustaban los cuentos. Por un instante, Shrike casi sintió miedo. No sabía por dónde empezar.

Se sentó en la silla que le habían traído. Cogió a la niñita y la sentó en su regazo. Observó las motas de polvo que danzaban en la vetusta luz que se derramaba, cual miel, a través de las alargadas ventanas del salón. Y entonces volvió su rostro hacia las expectantes caras de los nacidos una vez y comenzó:

—ERA UNA TARDE DE PRIMAVERA, OSCURA Y DESAPACIBLE, Y LA CIUDAD DE LONDRES IBA EN PERSECUCIÓN DE UNA PEQUEÑA POBLACIÓN MINERA CRUZANDO EL LECHO SECO DEL ANTIGUO MAR DEL NORTE.



Philip Reeve (1966), Brighton, Reino Unido. Reeve empezó su carrera profesional como librero, además de director, escritor y productor de obras de teatro. Se pasó al mundo de la ilustración infantil y su trabajo ilustró más de cuarenta obras. Con *Máquinas mortales* (2001), comenzó su tetralogía *Predator Cities*, *Máquinas mortales*.